



Ilduro

**Moneda e identidad en la Layetania republicana
(Siglos II-I a. C.)**

Alejandro García Sinner

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

Universitat de Barcelona
Facultat de Geografia i Història
Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia

Tesis doctoral

ILDURO

MONEDA E IDENTIDAD EN LA LAYETANIA REPUBLICANA
(SIGLOS. II-I A. C.)

Alejandro García Sinner

Tesis doctoral dirigida por:
Dra. Mercè Roca Roumens y Dra. Marta Campo Díaz.

Programa de doctorado: Societat i Cultura
Mayo 2014



B Universitat de Barcelona

«Lo que tiene precio, poco valor tiene».

Friedrich Nietzsche

***A mis padres, Arturo y Christiane,
por dármelo todo; especialmente,
lo que no tiene precio.***

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, es un placer reconocer la valiosa dirección que las doctoras Mercè Roca y Marta Campo han llevado a cabo durante estos casi cuatro años de investigación. Esta tesis nunca se habría completado sin su guía y generosidad.

En segundo, debo agradecer al Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (Programa de Formación del Profesorado Universitario) la concesión de una beca predoctoral a tiempo completo. Sin semejante ayuda, este trabajo tampoco habría sido posible.

Tampoco me puedo olvidar de mi centro de adscripción, la Universitat de Barcelona (Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia), donde me he formado durante casi diez años además de disfrutar de la mencionada beca.

Debido a la temática –interdisciplinar en muchas ocasiones– de este estudio, he tenido que recurrir no pocas veces a varios amigos y colegas para comentar y valorar diversos aspectos del mismo. No querría dejar pasar la ocasión de agradecer a todos ellos su dedicación y apoyo:

En el área de la arqueología, el primero en la lista debe ser Albert Martín (arqueólogo municipal de Cabrera de Mar), buen amigo y la persona que me ha formado como arqueólogo. Sus trabajos, junto con los del Dr. Joaquim García y la Dra. Dolors Zamora, son los pilares que sustentan la vertiente más arqueológica de este estudio. Tampoco me quiero olvidar del Dr. Víctor Revilla, a quien he recurrido en muchas ocasiones en busca de consejo. Finalmente –y tratando de ser breves, ya que son muchos los colegas que han marcado mi evolución como arqueólogo–, no puedo dejar de mencionar a Jordi Aguelo y a Carlos Velasco. Juntos fundamos Griu Arqueologia i Patrimoni, S. L., empresa que ha supuesto un antes y un después en mi carrera profesional.

Ya en el campo de la numismática –en el que era un completo neófito al iniciar este trabajo–, me enorgullece decir que he contado con la formación y el soporte proporcionados por algunos de los mejores investigadores de que dispone esta disciplina. Con la Dra. Marta Campo al frente, he de expresar mi más sincera gratitud al Dr. Pere Pau Ripollès y al Dr. Leandre Villaronga por facilitarme el acceso a sus archivos y fototecas. Además, el Dr. Ripollès me ha aconsejado y guiado siempre que he recurrido a él. También quiero expresar mi gratitud a Carles Martí y al Dr. Manuel Gozálbés, que han sido una valiosa fuente de conocimientos e inspiración, por la ayuda que me prestaron. Más allá de nuestras fronteras, mencionaré al Dr. Alan Stahl no solo por hacer posible mi estancia en la Princeton University, sino por impartirme de forma personalizada el prestigioso seminario en numismática que dicha universidad ofrece con carácter bianual. Asimismo, no

puedo olvidar al Dr. William Metcalf, a quien agradezco que me abriese las puertas de la Yale University y de la Yale Art Gallery. Finalmente, también he de expresar mi gratitud a Clive Stannard por la paciencia y la ayuda prestada en la última etapa de mi investigación. Trabajar con él ha supuesto un aprendizaje constante.

Hemos de saltar ahora al ámbito de la Historia para agradecer al Dr. Toni Ñaco su comprensión y dedicación; su conocimiento de las fuentes y sus trabajos han sido un referente que nunca he perdido de vista. Hago extensiva dicha gratitud al Dr. Robert Knapp, que, además, posibilitó mi estancia en la University of California, Berkeley, y de quien sigo aprendiendo cada día. También es mi deseo reconocer la ayuda del Dr. Jonathan Edmondson y la Dra. Suzanne Frey-Kupper por leer este trabajo con espíritu crítico pero siempre constructivo.

Esta tesis se enorgullece de aunar numismática, arqueología y Filología, lo que se debe en gran parte a la ayuda del Dr. Javier Velaza y de Joan Ferrer. A ellos les debo lo poco que sé sobre la lengua ibérica, y son los culpables de las virtudes que esta tesis pueda presentar en este campo tan especializado.

Técnicamente, hubiese sido imposible llevar a cabo las analíticas necesarias sin la colaboración del Dipartimento di Scienze di Base e Applicate per l'Ingegneria de la Università degli Studi di Roma «La Sapienza»; especialmente, sin la ayuda del Dr. Giacomo Pardini, de la Dra. Anna Candida Felici y de Margherita Vendittelli.

La muestra de monedas con la que he trabajado procede de fondos de instituciones públicas, colecciones privadas y catálogos de subasta, a cuyos directores y conservadores quisiera mostrar mi más sincero agradecimiento por su atención y paciencia. Además, deseo hacer una mención especial a la Dra. Paloma Otero (MAN), a la Dra. María Clua (GNC) y al Dr. Albert Estrada (GNC). En cuanto a los coleccionistas privados, agradezco la amabilidad y la colaboración de Josep Barceló, Gonzalo Cores, Miquel Montañés, Anton Torrents, Gabriel Villaronga y Martín Fombuena, quienes muy amablemente me han permitido estudiar los ejemplares de **ilduro** que poseen.

En el ámbito de lo personal, debo rendir homenaje a mis padres, Arturo y Christiane, a quienes dedico este trabajo. Finalmente, sería injusto cerrar estos agradecimientos sin tener unas palabras para mi pareja, Anna. Gracias a ella, los malos momentos han sido breves, y los buenos mucho más intensos y duraderos.

En definitiva, a todos los mencionados anteriormente y a todas aquellas personas que me han ayudado a lo largo de este proyecto de una u otra manera: gracias. Este trabajo es tan vuestro como mío.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	13
2. METODOLOGÍA	17
2.1. La muestra numismática	17
2.1.1. Colecciones públicas internacionales	18
2.1.2. Colecciones públicas nacionales	18
2.1.3. Colecciones privadas	19
2.2. Las bases de datos	19
2.3. Los moldes	22
2.4. La datación de las monedas	25
2.5. El estudio de cuños	26
2.6. Análisis metalográficos por fluorescencia de rayos X (ED-XRF)	30
2.7. La elaboración de un discurso concreto	34
PRIMERA PARTE: EL VALLE DE CABRERA DE MAR	37
3. LOCALIZACIÓN Y PRECEDENTES	39
3.1. El valle de Cabrera de Mar	39
3.2. La comarca de El Maresme	41
3.3. El territorio layetano	43
3.4. Las vías de comunicación	47
3.5. La Layetania, un Estado arcaico	54
4. EL <i>OPPIDUM</i> DE BURRIAC	61
4.1. Fase I. El siglo VI a. C.	62
4.2. Fase II. Siglo V a. C. hasta el último cuarto del siglo IV a. C.	63
4.3. Fase III. Último cuarto del siglo IV a. C. y siglo III a. C.	63
4.4. Fase IV. Segunda mitad del siglo II a. C.	67
4.5. Fase V. Primera mitad del siglo I a. C.	73
4.6. Otros asentamientos ibéricos del valle	76
5. EL ASENTAMIENTO DE ÉPOCA TARDO-REPUBLICANA	81
5.1. El sector oeste	84
5.1.1. El conjunto termal	84
5.1.2. El sector de Can Mateu	90
5.1.3. La <i>domus</i> de Can Benet y construcciones anexas	92
5.2. El sector este	95
5.2.1. El conjunto de habitaciones de la calle Sant Vicenç	95
5.2.2. Can Masriera, un espacio cultural?	96
5.2.3. El sector de Can Rodon de l'Hort	98

5.2.4. Mas Català y l'Hostal	102
6. LOS MATERIALES DE IMPORTACIÓN	105
6.1. La cerámica de barniz negro	105
6.1.1. <i>Circa</i> 200 a. C.	105
6.1.2. Primera mitad del siglo II a. C.	107
6.1.3. Tercer cuarto del siglo II a. C.	108
6.1.4. Último cuarto del siglo II a. C.	109
6.1.5. Primer cuarto del siglo I a. C.	110
6.1.6. Segundo cuarto del siglo I a. C.	111
6.1.7. Algunas valoraciones	114
6.2. Las ánforas	115
6.2.1. <i>Circa</i> 200 a. C.	115
6.2.2. Siglos II-I a. C. (195-80 a. C.)	115
6.2.3. Segundo cuarto del siglo I a. C. (80-50 a. C.)	118
6.3. Inscripciones sobre cerámica importada	118
7. LA CIRCULACIÓN MONETARIA	125
7.1. Análisis de la circulación	125
7.2. Comparación de la circulación monetaria por yacimientos	129
7.3. Comparación cronológica de la circulación monetaria por yacimientos	133
7.3.1. Último cuarto del siglo II a. C.	133
7.3.2. Primer cuarto del siglo I a. C.	134
7.3.3. Segundo cuarto del siglo I a. C.	136
7.4. Valoraciones finales	138
SEGUNDA PARTE: LA CECA DE ILDURO	145
8. HISTORIOGRAFÍA DE LA CECA	147
8.1. Introducción	148
8.2. Siglo XVII	150
8.3. Siglo XVIII	151
8.4. Siglo XIX	151
8.5. Siglo XX	172
9. UBICACIÓN DE LA CECA	183
9.1. ¿Qué se sabe sobre la ubicación de otros talleres layetanos?	185
9.1.1. Sobre la ubicación del taller de lauro	186
9.1.2. La ubicación del taller de baitolo	189
9.2. La producción de moneda en el registro arqueológico	192
9.3. El plomo y sus aleaciones, una primera evidencia	194

9.4. El trabajo metalúrgico _____	199
9.5. Ceca-leyenda-ciudad: una cuestión compleja _____	201
9.6. Valoraciones finales _____	203
10. LA LEYENDA _____	205
10.1. ¿ilduro o ilturo? _____	205
10.2. El topónimo ilduro _____	206
10.3. Variantes conocidas de la leyenda _____	209
11. TIPOLOGÍA _____	215
11.1. Diseños principales _____	218
11.1.1. Cabeza masculina-jinete con lanza _____	218
11.1.2. Cabeza masculina-caballo _____	224
11.1.3. Cabeza masculina-dos delfines _____	225
11.1.4. Cabeza masculina-delfín _____	228
11.1.5. Cabeza masculina-medio Pegaso _____	229
11.2. Símbolos _____	231
11.2.1. Jabalí y delfín _____	231
11.2.2. Signo ibérico do/to (W) _____	234
11.2.3. Oreja _____	234
12. METROLOGÍA Y DENOMINACIONES _____	237
12.1. Período I (150-125 a. C.) _____	238
12.1.1. Ases unciales reducidos _____	238
12.1.2. Divisores _____	240
12.2. Período II (125-100/90 a. C.) _____	241
12.2.1. Unidades _____	241
12.2.2. Divisores _____	244
12.3. Período III (90/80-72 a. C.) _____	248
12.3.1. Unidades _____	248
12.3.2. Divisores _____	250
12.4. ¿Cómo se valoraron las monedas? _____	253
13. ASPECTOS TÉCNICOS DE LA PRODUCCIÓN _____	257
13.1. Análisis metalográficos _____	257
13.1.1. Interpretación de los resultados _____	259
13.2. Posición de los cuños _____	272
13.2.1. Período I (150-125 a. C.) _____	272
13.2.2. Período II (125-100/90 a. C.) _____	273
13.2.3. Período III (90/80-72 a. C.) _____	275
13.2.4. Interpretación de los resultados _____	276

13.3. Consideraciones finales	277
14. PRODUCCIÓN Y VOLUMEN DE EMISIÓN	279
14.1. Características de la muestra estudiada	280
14.2. Volumen de las distintas emisiones de ilduro	282
14.2.1. Grupo I	283
14.2.2. Grupo II	284
14.2.3. Grupo III	285
14.2.4. Grupo IV	287
14.2.5. Grupo V	287
14.3. Valoración global de la producción	290
14.3.1. Período I (150-125 a. C.)	293
14.3.2. Período II (125-100/90 a. C.)	294
14.3.3. Período III (90/80-72 a. C.)	296
15. CRONOLOGÍA Y ORDENACIÓN DE LAS EMISIONES	301
15.1. Cronología de las emisiones	301
15.1.1. Atesoramientos	301
15.1.2. Hallazgos aislados procedentes de intervenciones arqueológicas	304
15.2. Ordenación de las emisiones	312
15.2.1. Período I (150-125 a. C.)	312
15.2.2. Período II (125-100/90 a. C.)	315
15.2.3. Período III (90/80-72 a. C.)	321
16. DISPERSIÓN	323
16.1. Ocultaciones con moneda de ilduro	323
16.1.1. Balsareny	323
16.1.2. Cànoves	326
16.1.3. Azaila	328
16.1.4. Calle Lladó (Badalona)	330
16.2. Los hallazgos aislados	331
16.2.1. Dispersión de la moneda	332
16.2.2. Período I (150-125 a. C.)	335
16.2.3. Período II (125-100/90 a. C.)	336
16.2.4. Período III (90/80-72 a. C.)	339
16.3. Conclusiones	341
16.4. Anexo	346
16.4.1. Hallazgos aislados fuera de Cataluña	346
16.4.2. Hallazgos aislados en Cataluña	346
17. CATÁLOGO	351

17.1. Procedencia de las monedas	352
17.1.1. Colecciones públicas	352
17.1.2. Colecciones privadas	353
17.1.3. Subastas	354
17.1.4. Excavaciones	354
17.2. Las emisiones	355
17.2.1. Período I (150-125 a. C.)	355
17.2.2. Período II (125-100/90 a. C.)	361
17.2.3. Período III (90/80-72 a. C.)	375
18. LÁMINAS	391
18.1. Período I (150-125 a. C.)	393
18.1.1. Grupo I	393
18.1.2. Grupo II	394
18.2. Período II (125-100/90 a. C.)	396
18.2.1. Grupo III	396
18.2.2. Grupo IV	403
18.3. Período III (90/80-72 a. C.)	406
18.3.1. Grupo V	406
TERCERA PARTE: EL PROCESO DE COLONIZACIÓN	419
19. EL PROCESO DE COLONIZACIÓN DEL VALLE DE CABRERA DE MAR	421
19.1. De la Segunda Guerra Púnica a Catón (218-195 a. C.)	423
19.1.1. La Segunda Guerra Púnica	423
19.1.2. La intervención del cónsul M. Porcio Catón	429
19.2. La primera mitad del siglo II a. C. (195-c. 150)	434
19.2.1. La herencia de la sublevación indígena del 197 a. C.	434
19.2.2. ¿Un territorio de retaguardia?	439
19.2.3. Los primeros bronce ibéricos del NE peninsular	441
19.3. La segunda mitad del siglo II a. C. e inicios del I a. C. (150-90/80 a. C.)	443
19.3.1. El binomio Burriac-asentamiento tardo-republicano	443
19.3.2. Los asentamientos de tipo itálico y su integración en la red viaria	449
19.3.3. El proceso de monetización	460
19.3.4. Hacia nuevas formas de ocupación y explotación del territorio	465
19.4. El primer cuarto del siglo I a. C. (90/80-50 a. C.)	469
19.4.1. Los abandonos del 90-80 a. C.	469
19.4.2. Del núcleo urbano al centro productor	470
19.4.3. La implantación de la villa: algunas reflexiones	474
19.4.4. La fundación de <i>Iluro</i> (80-70 a. C.)	476

20. CONCLUSIONES	487
20.1. El valle de Cabrera de Mar: un ejemplo de hibridación	487
20.2. La ceca de ilduro	490
20.3. El proceso de colonización: del <i>oppidum</i> a la <i>civitas</i>	497
20B. CONCLUSIONS	501
20b.1. Cabrera de Mar Valley: an example of hybridization	501
20b.2. The ilduro mint	504
20b.3. The process of colonization: from <i>oppidum</i> to <i>civitas</i>	509
ABREVIATURAS	513
BIBLIOGRAFÍA	515
ÍNDICE DE FIGURAS	535
ÍNDICE DE TABLAS	547

1. INTRODUCCIÓN

«El catálogo que antecede demuestra la importancia que alcanzó la fabricación de moneda en la Iluro ibérica, y cuán interesante es su estudio. Por esta razón, no he vacilado en reunir mis apuntes y redactar ese pequeño esbozo de la numismática ilduronense para que pueda servir mañana de punto de partida a una monografía más completa y atinada del dinero que produjo aquella población. Para ello, es preciso emplear la labor de todos: he ofrecido ya la mía, y me alienta la esperanza de que otros con mejor fortuna descubrirán las nuevas variedades de monedas que desconocemos y que han de servir de base para acabados estudios»¹.

Con estas palabras concluía don Celestino Pujol i Camps en 1887 el único estudio monográfico existente dedicado al taller de **ilduro** y, 127 años más tarde, se ha considerado pertinente que sus palabras sean el inicio de un trabajo que pretende continuar y ampliar considerablemente su obra.

El taller de **ilduro**, aunque a veces de forma involuntaria, siempre ha jugado un importante papel en el avance y el conocimiento de la moneda ibérica y del territorio layetano en la época antigua. El hallazgo casual de sus monedas ha estimulado el interés por la Historia y la arqueología de diversas generaciones aficionadas a dar largos paseos por la montaña de Burriac. De la misma manera, la necesidad de saber más sobre las primeras monedas que nuestros ancestros acuñaron ha sido un constante motivo de inspiración y curiosidad para los habitantes de El Maresme. Quizá el mejor ejemplo de ello sea el caso de Leandre Villaronga, que bien podría considerarse el padre de la numismática ibérica moderna y que tenía una especial devoción por este taller².

Algo distinta, aunque no menos especial, es la relación del autor de esta tesis con el mismo. En el año 2006, y mientras cursaba el tercer curso de la licenciatura de Historia, dicho autor tuvo la ocasión de excavar en Cabrera de Mar

¹ Pujol i Camps 1887: 208.

² La familia Villaronga veraneaba en el municipio de Argentona (El Maresme), lo que explica la especial devoción del Dr. Villaronga por la ceca de **ilduro**. Es de agradecer la información proporcionada por Gabriel Villaronga, con quien el autor de esta tesis pasó muy buenos ratos hablando sobre la ceca y los estudios de su padre.

por primera vez. Entonces, comenzó a descubrir un yacimiento arqueológico con el que no tardaría en vincularse estrechamente. Sin lugar a dudas, ese debía ser el tema de esta tesis doctoral. No obstante, no sería hasta avanzado el año 2007 –y tras tener la fortuna de recuperar varios ejemplares de la ceca junto con otras monedas ibéricas durante los trabajos de excavación– que pudieron concretarse más el enfoque y la temática del estudio que se presenta aquí.

La ceca de **ilduro** era un tema poco trabajado³, lleno de interesantes preguntas y que, además, abría la puerta a un proceso mucho mayor que es, sin duda, la razón del interés que el autor muestra por la Historia y la arqueología: la conquista y colonización del NE peninsular a manos de Roma y su proceso de monetización.

Retomando las palabras de Celestino Pujol i Camps, «[...] es preciso emplear la labor de todos [...]», y lo seguirá siendo en el futuro. Si bien se ha avanzado mucho en la ordenación y sistematización del numerario de **ilduro**, todavía persisten algunas preguntas a las que no se ha podido dar respuesta en este estudio, y otras solo se han respondido parcialmente. Es necesario, por tanto, que el presente trabajo sea completado en el futuro por jóvenes investigadores. Estos, a partir de nuevos hallazgos, posiblemente serán capaces de completar una documentación que aún hoy es algo fragmentaria, tanto en el campo de la numismática como, especialmente, en el de la arqueología.

Por otra parte, y a pesar del peso y la importancia que la moneda tiene a lo largo de este estudio, llevar a cabo un trabajo exclusivamente numismático no es la intención del mismo. Al contrario, pretende ser un estudio interdisciplinar que, partiendo de la numismática, se apoye en otras disciplinas como la Historia, la Filología y, sobre todo, la arqueología para proporcionar una visión lo más detallada posible del funcionamiento y producción de la ceca de **ilduro**. La acuñación de moneda en un territorio sin historia ni tradición monetaria previa supone que se ha producido una serie de cambios políticos, sociales y culturales para hacerla posible. Tales cambios se perfilan como algunos de los puntos más relevantes dentro del mencionado proceso de colonización que tuvo lugar a lo largo del siglo II a. C. e inicios de la centuria siguiente en el valle de Cabrera de Mar, y tendrán que ser tratados a lo largo de este trabajo⁴.

Cuando se descubre que aspectos aparentemente tan distintos como la moneda, la cerámica de importación, la lengua, los ritos funerarios o la arquitectura

³ Con la excepción de los estudios del Sr. Carles Martí, a quien el autor tanto debe y hace partícipe de este trabajo.

⁴ Posiblemente, los orígenes de este proceso deban buscarse en los tiempos de los primeros contactos coloniales llevados a cabo por fenicios y griegos.

–elementos que, en ocasiones, se tiende a individualizar en publicaciones y congresos demasiado específicos– son todos parte de una relación causa-efecto –que no hace más que reflejar fases de un mismo proceso en el registro arqueológico–, es el momento de llevar a cabo estudios de síntesis que ayuden a interrelacionar las distintas partes de un todo. Esa es la tarea que se ha tratado de llevar a cabo de una forma sintética y muy resumida en la primera parte de este trabajo. En ella, nos adentraremos en los principales yacimientos del valle de Cabrera de Mar, veremos su urbanismo, su arquitectura, las cerámicas que importaron, la lengua de la que se sirvieron y las monedas que utilizaron y conocieron.

Por otro lado, las preguntas básicas que se pretenden responder son siempre muy similares cuando se emprende el estudio de un taller monetar: ¿Quién acuñó la moneda? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cuánta? Con la intención de responder a todos estos interrogantes, la mayoría de las monografías numismáticas sigue unas características formales básicas que apenas se diferencian unas de otras. En la segunda parte de esta tesis doctoral, se intenta contestar de la forma más exhaustiva posible a dichas incógnitas. Los apartados dedicados a la ubicación de los talleres y a las leyendas utilizadas suelen ser elementos clave para responder a las cuestiones de quién acuñó la moneda y dónde. A su vez, aspectos como la metrología, tipología y la técnica (análisis metalográficos) utilizada por la ceca son fundamentales para conocer cómo se acuñó la moneda e, incluso, plantear hipótesis sobre el uso que se dio al numerario puesto en circulación que hoy estudiamos. Finalmente, los capítulos dedicados a la producción, ordenación y cronología de las emisiones deberían ofrecer respuestas a interrogantes tan trascendentes como cuándo y cuánta moneda se puso en circulación.

Si se consigue dar respuesta a todas estas preguntas –algo poco frecuente debido a la complejidad de las mismas y a las escasas evidencias normalmente existentes– se obtendrá lo que, a priori, debería ser un exhaustivo y detallado análisis de cualquier taller de moneda.

Desgraciadamente, la práctica no siempre cumple las expectativas derivadas de la teoría, y esto se hace especialmente patente en el caso de la moneda ibérica. En muchas ocasiones, si bien se conocen las monedas, su contexto y procedencia se desconocen en gran parte y se torna irrealizable establecer el tan deseado binomio ceca-yacimiento arqueológico (ubicación del taller). Sin tener certeza alguna de dónde se emitió la moneda, es difícil relacionar la producción del taller con su contexto histórico y arqueológico, y solamente es posible aproximarse a la cronología, la producción o a los aspectos más técnicos de la ceca.

En el caso de **ilduro**, el problema es curiosamente el contrario. Lejos de tener un posible binomio yacimiento-ceca, existen tres: Burriac, el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar e *Iluro*. Por si eso fuese poco, cada uno de estos yacimientos presenta unas características formales muy distintas a los demás, tanto arquitectónica como urbanísticamente hablando. Dichas características hacen pensar, al menos, en la convivencia e interacción de distintos grupos étnicos cuya representatividad, además, parece variar de un yacimiento a otro. Por tanto, y sin entrar ahora en una problemática que se discutirá a lo largo de esta tesis, resultaba evidente que la respuesta a la pregunta «¿Dónde y quién acuñó la moneda?» condicionaría íntegramente el resto del discurso así como toda interpretación posterior.

Una vez más, tales conclusiones muestran la necesidad y relevancia que el estudio arqueológico adquiere en este trabajo –primera parte–, en el que se presenta un amplio estado de la cuestión de lo que el registro arqueológico relata, ya sea de forma directa o indirecta, sobre el valle de Cabrera de Mar. Solo así parece posible tener acceso a las bases sobre las que se cimentarán las teorías planteadas y elaboradas en este trabajo.

Si bien estas dos primeras partes –arqueológica y numismática– resultan complementarias entre sí, presentan unas características básicamente descriptivas. En ellas, se detallan todos los datos de que se dispone y se presentan las reflexiones derivadas de los mismos, pero solo en raras ocasiones se intentará incorporar la ceca de **ilduro** dentro del que fue su contexto histórico –el proceso de colonización del NE peninsular–. Para llevar a cabo esta última tarea, se ha elaborado una tercera y última parte mucho más breve, teórica y explicativa. En ella, se pretende desarrollar un hilo expositivo que narre los acontecimientos que tuvieron lugar en el valle de Cabrera de Mar durante los siglos II-I a. C. y que contextualice históricamente las mencionadas dos primeras partes de la tesis.

Como no podía ser de otra manera, el estudio se cierra con las correspondientes conclusiones y la obligada bibliografía. Dichas conclusiones se han basado en la confrontación de los datos expuestos en las dos primeras partes del estudio, donde arqueología y numismática se dan la mano para, en la medida de lo posible, intentar responder a las seis preguntas fundamentales anteriormente formuladas: ¿Quién acuñó la moneda? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

2. METODOLOGÍA

La mayor parte de la actividad investigadora desarrollada por el autor de esta tesis, así como el disfrute de su beca, tuvo lugar en la Universitat de Barcelona, Departament de Prehistòria, Historia Antiga y Arqueologia bajo la dirección de las directoras de tesis Dra. Mercè Roca Roumens (catedrática de arqueología en la Universitat de Barcelona) y Dra. Marta Campo Díaz (conservadora jefe del Gabinet Numismàtic de Catalunya entre los años 1986 y 2013).

Las tareas de investigación realizadas en Barcelona se compaginaron con los constantes trabajos arqueológicos llevados a cabo en el municipio de Cabrera de Mar –en cuyo yacimiento se ubicó la ceca en época antigua–, y que han supuesto una inagotable fuente de datos con la que trabajar. Adicionalmente, el autor realizó diversas estancias en el extranjero relacionadas con la presente tesis, entre las que destacan las llevadas a cabo en la Princeton University, Department of Classics / Rare Books and Special Collections bajo la tutela del Dr. Alan Stahl y en la University of California, Berkeley, Department of Classics, bajo la supervisión del Dr. Robert Knapp.

2.1. La muestra numismática

La muestra numismática utilizada en este trabajo procede tanto de fondos públicos como de colecciones privadas y catálogos de subastas. Tres niveles diferentes de desplazamientos se requirieron para su recopilación. En primer lugar, y debido al carácter regional que alcanzó la difusión del numerario objeto de estudio, fue necesario hacer un periplo por toda Cataluña, donde, sin lugar a dudas, se concentra una importante parte de las monedas de **ilduro** existentes. En segundo lugar, y dada la afición que el coleccionismo de objetos antiguos –especialmente, numismáticos– suscita ya desde el Renacimiento, fue necesario visitar las principales colecciones y museos tanto nacionales como europeos. Finalmente, hubo que cruzar el Atlántico para poder visitar las colecciones públicas más relevantes de Norteamérica –en especial, la ANS–, así como las pertenecientes

a algunas universidades de la Ivy league. Todas estas colecciones cuentan con unos fondos que no se pueden obviar en ningún estudio de estas características.

Es importante mencionar que, al iniciarse este estudio, en el *CNH*, Villaronga cifraba en algo más de 300 las monedas de la ceca de **ilduro** que había podido documentar. Tras la exhaustiva tarea de recopilación llevada a cabo en este trabajo, hoy conocemos 725 ejemplares de dicha ceca. Pese al importante aumento en el número de monedas documentadas, no se puede descartar pieza alguna cuando se trabaja con una muestra de este tamaño. Por otro lado, aunque los viajes realizados consumiesen una importante cantidad de tiempo y recursos, consideramos que estuvieron sobradamente justificados, ya que supusieron la primera piedra de esta tesis doctoral.

Las colecciones consultadas fueron:

2.1.1. Colecciones públicas internacionales

Herzog Anton Ulrich-Museum (Brunswick), Dansk National Museum (Copenhague), Royal Coin Cabinet (Estocolmo), British Museum, Department of Coins and Medals (Londres), Museo Archaeologico de Napoli (Napoles), American Numismatic Society (ANS) e Hispanic Society of America (HSA) (Nueva York), Ashmolean Museum, Heberden Coin Room (Oxford), Bibliothèque Nationale, Cabinet des Médailles (BN) (París), Firestone Library, Department of Rare Books and Special Collections (Princeton), Museo Nazionale Romano (Roma) y Universität Tübingen (Tubinga).

2.1.2. Colecciones públicas nacionales

Museo de Alicante (Alicante), Museu de Badalona (Badalona), Gabinet Numismàtic de Catalunya (GNC/MNAC) (Barcelona), Dipòsit temporal de materials de Can Bartomeu (DMCB) (Cabrera de Mar), Museu de Guissona (Guissona), Museu del Puig dels Molins (Ibiza), Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries (L'Escala), Institut d'Estudis Ilerdencs (Lérida), Museo Arqueológico Nacional (MAN) (Madrid), Real Academia de la Historia (RAH) (Madrid), Museu de Mataró (Mataró), Museu Municipal de Montmeló (Montmeló), Museu Nacional Arqueològic de Tarragona (MNAT) (Tarragona), Museu de Terrassa (Tarrasa), Museu del Camp de Les Lloses (Tona), Biblioteca General Històrica (Valencia), Instituto don Juan de Valencia (Valencia), Museo de Prehistoria, Servicio de Investigación Prehistórica (SIP) (Valencia) y Museu Diocesà de Vic (Vic).

2.1.3. Colecciones privadas

Colección Fombuena (CF) (Barcelona), Colección Montañes (CM) (Barcelona), Colección Cores (CC) (Madrid), Colección Barcelò (CB) (Mataró), Colección Torrents (CT) (Premià de Mar) y Colección Pardini (CP) (Roma).

No se puede cerrar el apartado dedicado a la muestra numismática examinada sin mencionar que esta se vio notablemente enriquecida tanto en número como en calidad gracias a la amabilidad de Leandre Villaronga y de Pere Pau Ripollès, quienes facilitaron al autor el acceso a sus archivos y fototecas.

2.2. Las bases de datos

A medida que crecía la muestra numismática, se hizo patente la necesidad de utilizar una serie de mecanismos que permitiesen almacenar toda la información procedente de cada moneda de una forma ordenada y eficiente.

Con este objetivo, se elaboró una base de datos –empleando Microsoft Access 2010– que permitiría realizar una ficha detallada de cada moneda en la que aparecerían los siguientes campos:

- *Localizadores*: Número de inventario y número diferencial.
- *Procedencia arqueológica*: Yacimiento, municipio, año, UE y datación, y ubicación.
- *Clasificación*: Serie, entidad geopolítica, autoridad emisora, ceca, estatus, metal, nominal, cronología.
- *Descripción del objeto*: Descripción de anverso y reverso.
- *Datos técnicos*: Peso, diámetro, ejes.
- *Observaciones y bibliografía*

Además, cada ficha incluye una fotografía del anverso y del reverso de la moneda en cuestión (figura 2). Esta ficha permitió tener toda una serie de tablas asociadas con ventanas desplegadas en las que se pudo trabajar de una forma mucho más eficiente con aquellos datos que se repetían una y otra vez (figura 1).

La existencia de la mencionada base de datos hizo posible manejar de forma rápida y eficiente una importante cantidad de información, además de facilitar diversos filtros de búsqueda que ayudaron a evitar problemas frecuentes en este tipo de estudios, como por ejemplo, introducir dos veces la misma pieza cuando esta es subastada en más de una ocasión a lo largo de los años.

ID	Cofre	Delegación	DESCRIPCIÓN	Año de la obra	Págs.	Dígitos	Peso	Publicación	DOI	DOI	Observaciones	Moneda	Idioma
1	A1 R21	CNH 11	Can Bastonsau 2052-2	8.900	26,38	8,88	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)	El signo du presenta la forma de una A	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
2	A4 R2 g	CNH 12	Can Bastonsau 2007-2	7.900	22,50	8,66	MARIT 2004, pp. 255-265		(11)	(11)	El signo du presenta la forma de una A	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
3	O1 a	CNH 8	Can Bastonsau 2003-2	1	77,00	7,94	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
4	A13 R11 c	CNH 8	Can Bastonsau 2200-6	1	25,00	11,71	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
5	A1 R2 g	CNH 15	Can Bastonsau 2200-3	4	25,00	5,47	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)	El signo du presenta la forma de una A. El caso tipo "Teama de today"	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
6	O1 a	CNH 11	Can Bastonsau 2006-2	1.900	34,38	1,42	MARIT 2004, pp. 109-125		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
7	A1 R1 a	CNH 8	Can Bastonsau 20-1	8	26,50	10,18	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)	La leyenda presenta puntos en los angulos. Cada una muestra la forma	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
8	A6 R15 b	CNH 12	Can Bastonsau 2007-18	8.900	25,00	12,04	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)	El caso es una versión del tipo Beocio tanto con trazo.	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
9	A4 R3 c	CNH 13	Can Bastonsau 2007-17	1	24,50	5,23	MARIT 2004, pp. 255-265		(11)	(11)	El signo du presenta la forma de una A	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
10	A1 R1 d	CNH 13	Can Bastonsau 2007-18	9	24,00	5,62	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)	El signo du presenta la forma de una A. El caso parece de tipo Beocio.	Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
11	A13 R11 d	CNH 8	Can Bastonsau 2007-15	1	24,50	5,64	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
12	A1 R1 b	CNH 8	Can Bastonsau 2007-13	12	21,00	8,34	MARIT 2004, pp. 109-125		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
13	A13 R10	CNH 8	Can Bastonsau 2006-1	1	25,00	8,11	MARIT 2004, pp. 355-365		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
14	A13 R15 e	CNH 8	Can Bastonsau 2006-2	6.900	25,00	5,96	MARIT 2004, pp. 255-265		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica
15	A1 R2 c	CNH 11	Can Bastonsau 2003-2	1	24,50	11,08	MARIT 2004, pp. 255-265		(11)	(11)		Cy Farnau - Cas Mates	Moneda Ibérica

Figura 1. Imagen de las tablas de la base de datos realizada en Microsoft Access.

Otro problema era el de la bibliografía. A medida que el autor se adentraba en el estudio de la moneda ibérica, y en todos aquellos trabajos relacionados con el proceso de colonización del NE peninsular (siglos II-I a. C.), el número de libros, artículos y volúmenes en congresos y reuniones diversas que era necesario consultar crecía de forma alarmante. Para poder manejar toda esta información, se elaboró una biblioteca digital⁵ propia en la que, al igual que en cualquier otra biblioteca, cada entrada tiene su propia ficha. En primer lugar, se escogió el tipo de entrada –libro, capítulo de libro, congreso, artículo en revista, etc.– para seguidamente –basándose en el criterio elegido– rellenar los siguientes campos⁶: autor/es, año de la publicación, título, revista, número, páginas, ISSN, DOI, número del artículo, número de acceso, núm. de llamada o «call number», palabras clave, enlace a la página web en caso de que fuese un texto en línea, archivos adjuntos en el supuesto de disponer de un PDF del texto e idioma entre otros criterios secundarios que no se considera necesario detallar (figura 3).

Gracias a esta biblioteca, cada texto con el que se trabajó pudo ser eficientemente guardado, así como recuperado y citado de forma correcta siempre que fuese necesario.

⁵ El programa utilizado es EndNote X5.

⁶ Para esta explicación, se han utilizado los campos de un texto tipo artículo de revista. Los campos se modifican sensiblemente según el tipo de publicación.

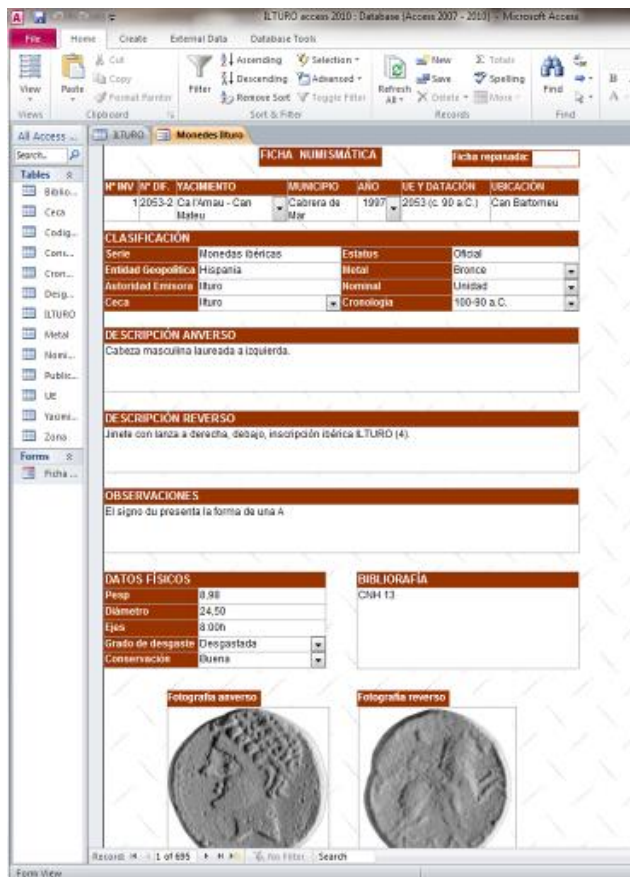


Figura 2. Imagen de la ficha numismática realizada en Microsoft Access.

Este sistema, que permite buscar mediante cualquiera de los campos cumplimentados y de las palabras claves asociadas a la entrada, posibilita manejar de una manera relativamente sencilla una ingente cantidad de información que, en papel, resultaría caótica y haría perder mucho tiempo.

La combinación de estas dos bases de datos (la referida a las fichas de las monedas y la biblioteca digital) posibilitó trabajar con una importante muestra de monedas y con una extensa bibliografía, lo que habría resultado muy complicado de cualquier otro modo.

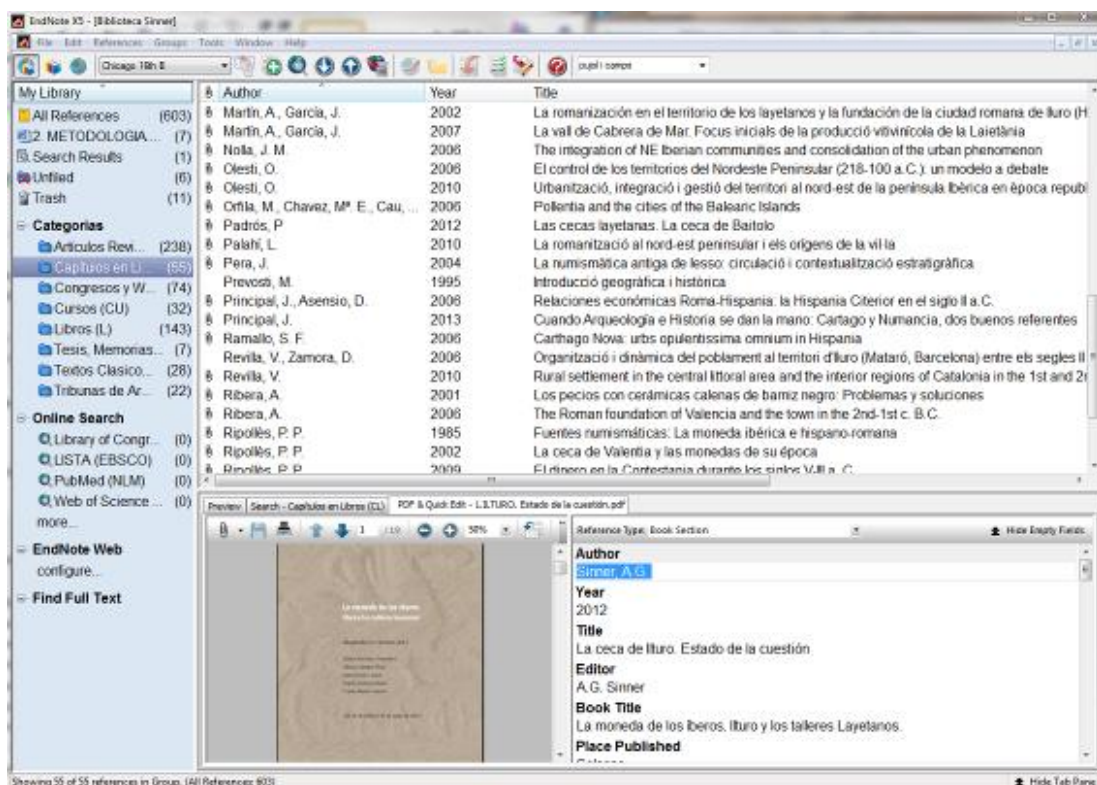


Figura 3. Imagen de la biblioteca digital utilizada en la elaboración de este trabajo.

2.3. Los moldes

A la hora de realizar el estudio de cuños, imprescindible en todo trabajo monográfico que pretenda estudiar un taller de moneda, la elaboración de moldes es un punto fundamental; especialmente, en aquellas ocasiones en que se trabaja con monedas de bronce, como es el caso de **ilduro**. Las pátinas de los broncees normalmente presentaban diversas tonalidades y manchas que desvirtuaban considerablemente el aspecto de la pieza al ser fotografiada. Además, cuando se trataba de la visita a algún museo, no siempre fue posible utilizar la misma base o tipo de iluminación, detalles que hacen que la moneda fotografiada cambie sensiblemente de una imagen a otra. Finalmente, las monedas restauradas en muchas ocasiones presentaban una capa de acetona con paraloid (3 o 5 %). Esta pátina, si bien protege a la pieza, también le proporciona un aspecto brillante que genera reflejos al fotografiarla. Por todas estas razones, siempre que se permitió y fue posible, se intentó realizar moldes de las piezas además de fotografiarlas. Para llevar a cabo este proceso, se necesita una serie de materiales básicos, como plastilina no tóxica y altamente moldeable, talco, escayola de dentista, agua, un cuenco en el que hacer la mezcla, una cuchara y algún objeto para presionar la moneda sin que esta se dañe lo más mínimo.

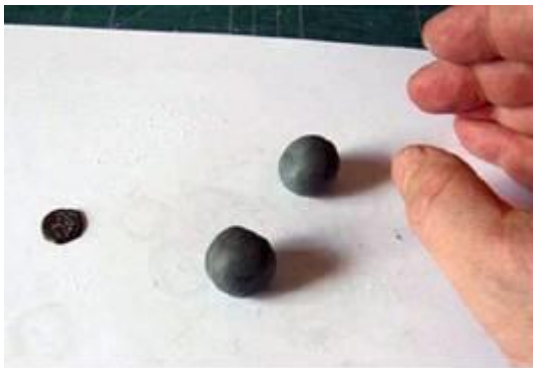
Dicho proceso consta de diez pasos básicos y se ilustra en la figura 4 (pasos 1-5) y la figura 5 (pasos 6-10)⁷. Partiendo de los mismos, cada investigador tiene sus propios trucos para mejorar el resultado.

1. Se elabora una bola con la plastilina.
2. Se aplana ligeramente la superficie de esta; es mejor si tiene forma algo cónica.
3. La superficie de la bola se pule mediante la aplicación de talco. Este paso será fundamental para que no queden restos de plastilina en la moneda y sea fácil de extraer.
4. La moneda se introduce en la plastilina con presión uniforme hasta que quede totalmente hundida.
5. La moneda se extrae mediante un golpe seco, con lo que se obtiene una impronta en negativo de la misma sobre la plastilina.
6. En un bol con agua, se añade escayola de dentista hasta que se forme una pasta líquida pero densa.
7. La mezcla se remueve hasta quedar uniforme.

⁷ Las imágenes del proceso fueron obtenidas de la página web de nuestro colega Clive Stannard. Recuperado el 03 de marzo de 2014. <http://www.stannard.info/website/Presentations.html>. Las mencionadas imágenes fueron montadas por el autor de este trabajo.

8. Utilizando una cucharilla, se rellena la negativa de la plastilina con la mezcla elaborada en los pasos 6 y 7.
9. Una vez esté seca la mezcla y haya pasado a estado sólido, se retira el molde de la plastilina.
10. Con un cúter o cualquier otro elemento afilado, se pulen los laterales del molde eliminando los posibles excesos de pasta.

Se intentó seguir los mencionados pasos con tantas monedas como fuese posible. Esta técnica tiene la ventaja de que permite obtener una réplica exacta de la pieza, lo que ofrece la posibilidad de observarla siempre que se quiera. Además, todos los moldes se pueden fotografiar bajo unas mismas condiciones (luz, posición, cámara, base, etc.), lo que facilita mucho el posterior estudio de cuños.



1



2



3



4



5

Figura 4. Primera secuencia de imágenes de los pasos necesarios para obtener el molde de una moneda (pasos 1-5).

No hace falta decir que cada moneda debe tener dos moldes: uno correspondiente al anverso y otro para el reverso. Durante la realización de esta tesis doctoral, se hicieron moldes de más de la mitad de las piezas empleadas, lo que supone un total de casi 800 moldes si se suman los de anverso y reverso.

De la misma manera que no se puede evitar hacer desplazamientos para visitar colecciones al realizar un estudio de estas características, el tiempo que lleva obtener los moldes de una moneda –una vez se domina la técnica– es asumible si lo comparamos con la precisión que ganamos en el estudio de cuños posterior.



1



2



3



4



5

Figura 5. Segunda secuencia de imágenes de los pasos necesarios para obtener el molde de una moneda (pasos 6-10).



Figura 6. Comparación entre la fotografía original de la moneda y del molde. En líneas generales, se aprecia mucho mejor el cuño de la pieza en el molde debido a que el material absorbe la luz, evita reflejos y resalta las sombras.

2.4. La datación de las monedas

A la hora de afrontar el apartado dedicado a la cronología y ordenación de las emisiones de la ceca, es necesario ofrecer una datación para los distintos grupos de emisiones; esto, a su vez, sirve para ordenar toda la producción del taller. Afortunadamente, el autor de esta tesis contó con libre acceso a uno de los yacimientos arqueológicos más relevantes del NE peninsular para el estudio de la moneda ibérica. En las excavaciones realizadas en el valle de Cabrera de Mar, se han recuperado más de 300 monedas ibéricas asociadas cada una de ellas a su correspondiente unidad estratigráfica⁸. Desafortunadamente, una gran parte de los materiales procedentes de excavaciones modernas aún estaba pendiente de inventariar, clasificar y estudiar, labor sin la que resultaba imposible dar una cronología fiable y lo más exacta posible a las unidades estratigráficas. El estudio de dichos materiales es básico, ya que –como se comprobará en el capítulo dedicado a la cronología y ordenación de las emisiones de la ceca de **ilduro**– ofrece el intervalo de tiempo en que la moneda quedó sellada estratigráficamente. Con esta información, se puede establecer un mínimo *terminus ante quem y post quem* para las distintas monedas a partir de su presencia o ausencia durante un determinado período de tiempo.

Por otra parte, el examen de los materiales asociados a un importante número de unidades estratigráficas del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar es la principal fuente de información sobre la cultura material utilizada por sus habitantes. Únicamente mediante el estudio de todos estos materiales fue posible elaborar la primera parte de este trabajo, en lo que podría ser un primer estado de la cuestión y en el que se estudia y presenta una imagen sintética, pero global, de la arqueología en el valle de Cabrera de Mar.

⁸ La metodología utilizada no se adaptaba a los estándares modernos en el caso de las excavaciones del *oppidum* de Burriac, por lo que sus contextos son menos fiables. No sucede lo mismo en los de las excavaciones modernas, totalmente fiables y llevadas a cabo con la metodología actual.

Por todo ello, el autor de la presente tesis trabajó codo con codo a lo largo de casi cuatro años con el Sr. Albert Martín, arqueólogo municipal de Cabrera de Mar, para intentar inventariar y estudiar el mayor número de unidades estratigráficas posibles (figura 7). Aunque esta tarea aún está por terminar, se ha avanzado considerablemente en ella y seguro que ofrecerá una importante cantidad de nuevos datos con los que trabajar en el futuro.

	A	B	C	D	E	F	G	H	I
1		Circa 150-125 a.C.							
2		UE 1021							CMR-2003
3		Categoria	Quantitat	Formes	Quantitat	Elements			Número d'inventari
4			fragments		elements	classificats			de dibuix
5		Ibèric a mà	2						
6		Ibèric a torn	212	àmfora	7	7v			
7				gerra s/c	1	1f			
8		Ibèrica grisa	9	pàtera rentrant	1	1v			
9				pàtera s/c	1	1f			
10				Lamb. 36	2	2i			
11		Comuna local reduïda	3	gerra s/c	1	1v			
12		Total cer. ibèriques							
13									
14		Campaniana A	3	Lamb. 27 Ba	1	1v			
15				Lamb. 36	1	1i			
16		Comuna itàlica	1	s/c	1	1i			
17		Total cer. importació							
18									
19		Importació ibèrica (pastes clares)	3						
20		Àmfora cartaginesa	1						
21		Àmfora itàlica s/c	2	s/c	1	1n			
22		Total àmf. importació							
23									
24		TOTAL							
25									
26		Fauna	5						
27		Fauna mal-lacològica	2						
28									
29									
30									

Figura 7. Imagen de una de las unidades estratigráficas inventariadas.

2.5. El estudio de cuños

Los dos tipos diferentes de cuño (anverso y reverso) necesarios para fabricar una moneda en la época antigua eran totalmente independientes, y se podía remplazar uno sin tener que hacer lo propio con el otro. El hecho de que la vida de dichos cuños fuese distinta explica por qué se pueden encontrar diferentes combinaciones de ellos dentro de un mismo grupo de monedas acuñadas solamente con algunas horas o días de diferencia. La cadena de cuños es la representación

gráfica que ilustra y ordena el orden de fabricación de las monedas de una misma emisión. Es, por tanto, la base de todo trabajo monográfico que pretenda investigar a un taller monetario (figura 8). Para llevar a cabo el estudio de cuños, se han utilizado diversas técnicas que permiten establecer si una moneda comparte cuños de anverso y/o reverso con otra moneda. Estas técnicas son:

1. Se imprimieron el anverso y el reverso de cada una de las monedas de la muestra en fichas. Cuando el tamaño de la pieza era demasiado reducido para permitir trabajar con la ficha de forma confortable y precisa, se amplió el tamaño de la pieza hasta conseguir una escala apropiada que, obviamente, se mantuviese para todas las monedas de un mismo grupo. Sobre la base de una detallada inspección ocular inicial, se llevó a cabo una primera ordenación y selección.
2. Siempre que se dispuso de moldes, se trabajó con fotografías de los mismos. Esta regla presentó alguna excepción puntual, como en aquellas ocasiones en que la moneda no poseía relieve alguno pero era posible ver los tipos a pesar de su desgaste.
3. Mediante la utilización de distintos programas informáticos –tales como Photoshop, Corel Draw, etc.–, todas aquellas piezas que ofrecían dudas se superpusieron y compararon hasta esclarecer si se trataba de un mismo cuño o no. Herramientas como la creación de cuadrículas, transparencias, superposición de capas, etc. hacen que esta tarea sea factible en casos que, de otra manera, serían bastante complicados o requerirían de un ojo muy entrenado (figura 9).
4. Todas aquellas piezas cuya pareja de cuños no fue posible identificar debido a su mal estado de conservación fueron excluidas de la cadena y, por tanto, del correspondiente estudio.

Sin duda alguna, una vez identificados los cuños que conforman la muestra de esta tesis, el investigador puede disponer de una información valiosísima. En efecto, es posible realizar una serie de cálculos estadísticos que, hipotéticamente, establezcan la cantidad total de cuños utilizados por la ceca a partir del número de cuños identificados y del de monedas conservadas (muestra estudiada). Gracias a estos datos, puede calcularse una estimación mínima y aproximada de la masa de monedas que la ceca puso en circulación⁹.

⁹ Es posible encontrar algunos ejemplos recientes de esta metodología en los estudios de **tuñasu** o SAETABI; Gozálbés 2009a: 103-124; Ripollès 2007: 77-86 .

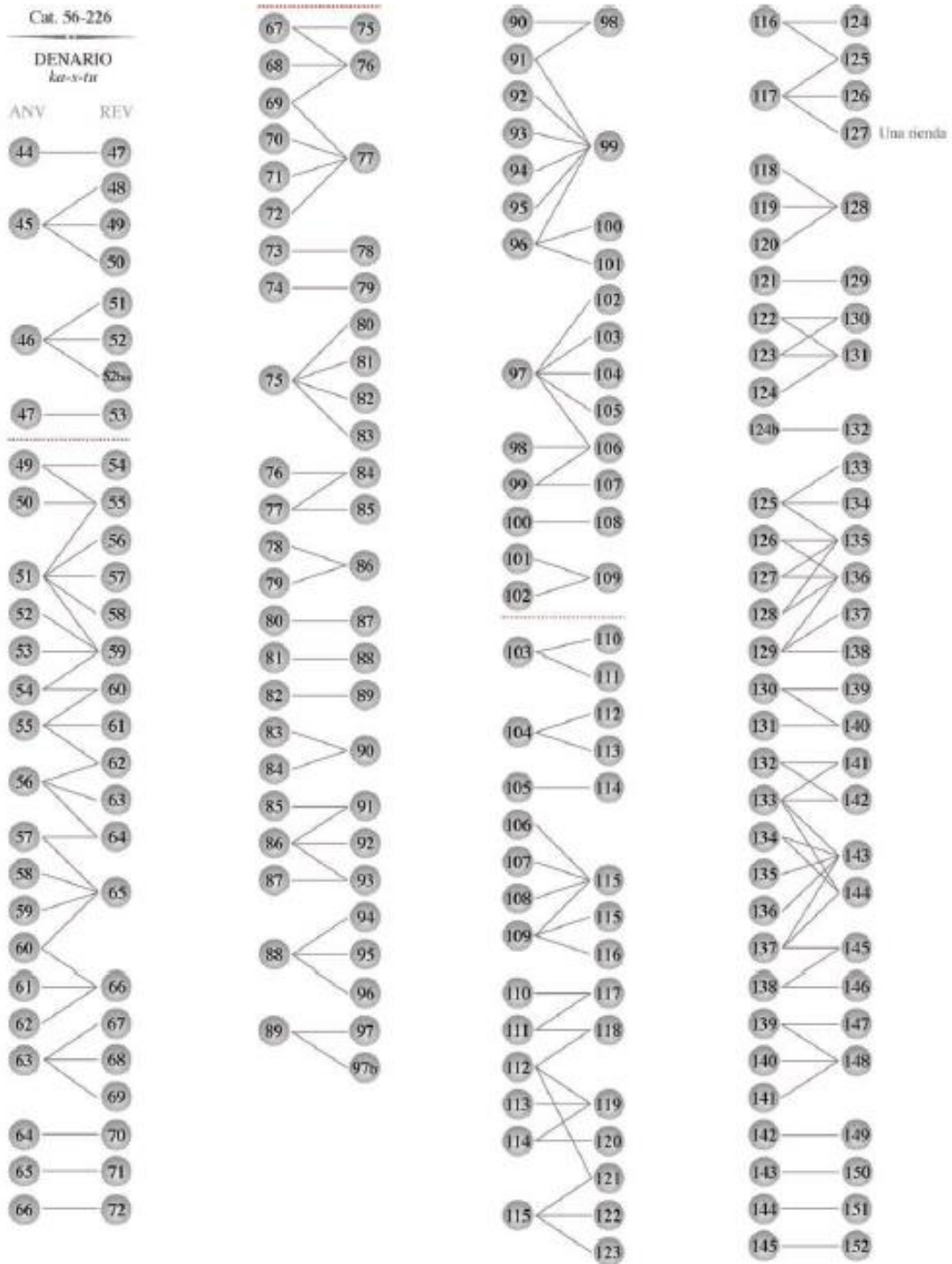


Figura 8. Representación de una cadena de cuños perteneciente al estudio de la ceca de tuñasu¹⁰.

¹⁰ Gozálbres 2009a:110.



Figura 9. Comparación de dos reversos de la ceca de **ilduro** mediante la utilización de software especializado para el diseño gráfico.

Con el objeto de calcular la estimación aproximada del número total de cuños empleados por la ceca, se aplicaron las tres fórmulas o sistemas actualmente más aceptados: el de Carter (1983), el de Esty (1986) y el realizado por Good, de manera que pueden hacerse comparaciones entre los mismos que dan un margen mayor de fiabilidad al sistema; se profundizará más sobre ellos en este estudio (figura 10).

La tarea de calcular la cantidad de monedas que se pueden fabricar aproximadamente con cada cuño resultó más compleja, puesto que se está lejos de llegar a un consenso similar al de la cuestión anterior en este aspecto. Por ello, es un importante motivo de debate entre los principales estudiosos de la materia a día de hoy. Las cantidades propuestas más aceptadas y con las que se ha trabajado a lo largo de esta tesis son las siguientes: Sellwood manufacturó cuños de tetradracmas utilizando las técnicas antiguas, llegando a producir entre 10.000 y 16.000 monedas con cospeles calientes y solamente entre 5.000 y 8.000 con el cospel en frío¹¹. Otra cifra a tener en cuenta es la propuesta por Kinns, de 20.000

¹¹ Selwood 1963.

Tabla 11. Unidad (cat. 1-3)*

	Cuños	Carter	Esty	Good	Int. Good
Anv.	2	2,11 ± 0,24	2,11	1,98	1,65-2,47
Rev.	3	3,38 ± 0,48	3,35	3,12	2,49-4,18

*N = 14

Tabla 12. Unidad (cat. 4-9)*

	Cuños	Carter	Esty	Good	Int. Good
Anv.	2	1,94 ± 0,06	2,01	2,00	2-2
Rev.	6	6,27 ± 0,36	6,30	6,10	5,66-6,61

*N = 45

Figura 10. Cálculo del número de cuños utilizando las fórmulas de Carter, Esty y Good.

del número total de cuños utilizados por un taller– fueron seriamente contrastadas con resultados realmente óptimos. Esto permite afirmar que ofrecen un resultado muy cercano a la realidad, en la que el cálculo siempre es más fiable cuanto más elevado sea el número de monedas de la muestra.

Por otro lado, y generalizando más, la mencionada metodología resulta fundamental, pues de ella se extrae la información que, posteriormente, se empleará para tratar temas tan importantes dentro del estudio de un territorio como la magnitud de la producción de una emisión concreta y la importancia económica de las monedas puestas en circulación; en definitiva, poder tratar de cuantificar la riqueza que emitió cada grupo o taller. A partir de aquí, las hipótesis son muchas y muy distintas, pudiéndose seguir interesantes líneas de investigación tales como en qué se gastó dicha riqueza, cuál fue la evolución de la misma o, incluso, intentar detectar etapas de expansión o de regresión económica a lo largo de la historia del taller y, por ende, del grupo o sociedad vinculado al mismo¹⁴.

unidades por cuño¹². Por último, Crawford, que trabajó con denarios de la República romana, calculó 30.000 unidades para cada cuño de anverso¹³.

Finalizando esta breve introducción a la metodología utilizada para calcular el volumen de la producción de una ceca, es importante mencionar que las técnicas anteriormente descritas –que dan una estimación aproximada

2.6. Análisis metalográficos por fluorescencia de rayos X (ED-XRF)

La fluorescencia de rayos X (ED-XRF) resulta particularmente útil para realizar un análisis metalográfico básico de una muestra numismática, tanto de tipo cualitativo como, especialmente, cuantitativo. Este método fue el elegido porque se adapta bien a las necesidades del objeto que se pretende analizar: la moneda. En primer lugar, es una técnica de muestreo rápida, versátil y no destructiva, lo que

¹² Kinns 1983: 18.

¹³ Crawford 1974: 694.

¹⁴ Ripollès y Llorens 2002: 182.

no quiere decir que no resulte algo agresiva para la pieza que se estudia (figura 11). En segundo lugar, la fluorescencia de rayos X reconoce una gran cantidad de elementos químicos y llega a alcanzar una precisión de hasta 0,01 % (100 ppm), valores que pueden considerarse lo suficientemente precisos para este tipo de estudio.

La ED-XRF utiliza la emisión secundaria o fluorescente de radiación ionizante (rayos X, gamma, partículas alfa, etc.), que se genera al excitar a una muestra con una fuente emisora de radiación. La radiación X incidente, o primaria, expulsa electrones de las capas interiores de los átomos. Entonces, los electrones de las capas más externas ocupan los lugares dejados por los del interior, y el exceso energético resultante de esta transición se disipa en forma de fotones provocando la emisión de una fluorescencia característica para cada elemento químico (figura 12). Así pues, es posible identificar un elemento dentro del espectro de la muestra si se conoce la energía entre los orbitales atómicos implicados (longitud de onda). La concentración de cada elemento se detecta midiendo la intensidad de la energía asociada a cada transición de electrones. La identificación de los elementos ligeros (Si o Ca) o medios (Cr, Fe, Cu, Ag) se realiza usando líneas de emisión de la «serie K», mientras que las líneas de la «serie L» se emplean en el caso de los más pesados (Au o Pb). Estas líneas de energía permiten identificar inequívocamente al átomo emisor, y la intensidad de las mismas depende del número de átomos excitados; por tanto, de su concentración¹⁵.

Para llevar a cabo los análisis, se utilizó un equipo portátil de medición de la fluorescencia de rayos X que adquiere el espectro en la modalidad «dispersión de energía» (ED-XRF), cuyas principales características técnicas se pueden apreciar en la tabla 1¹⁶.



Figura 11. Moneda del grupo IV.1 de ilduro una vez se ha eliminado la pátina para poder realizar el posterior análisis.

¹⁵ Para más información sobre este tipo de análisis, consúltese el manual editado por van Grieken y Markowicz 2002 .

¹⁶ Para conocer más detalles del instrumental, véase Pardini (no publicado): 113-115.

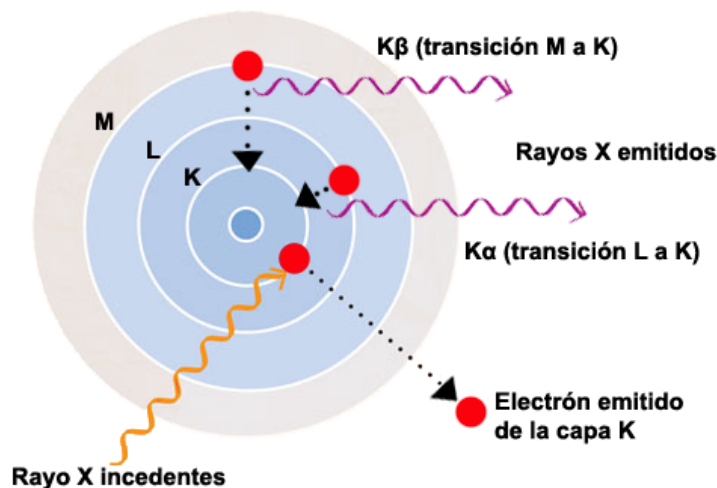


Figura 12. Representación esquemática del proceso de emisión de fluorescencia X.

Con el instrumental que acabamos de describir, normalmente se revelan las líneas K de los elementos comprendidos entre el silicio y el antimonio, así como las líneas L de los situados entre el estroncio y el uranio.

El análisis del espectro obtenido se realizó utilizando el software AXIL de Canberra¹⁷. Mediante un procedimiento de *best fit*, se obtienen N_i relativos a la línea K α (o L α) del elemento i identificado para cada espectro.

No se tuvieron en cuenta los elementos cuyas líneas de fluorescencia proporcionasen valores inferiores a 3 veces el error estadístico de los datos. El límite de detección del instrumental utilizado (medido en porcentaje de peso) para los elementos encontrados en la monedas analizadas es el que se muestra en la tabla 2.

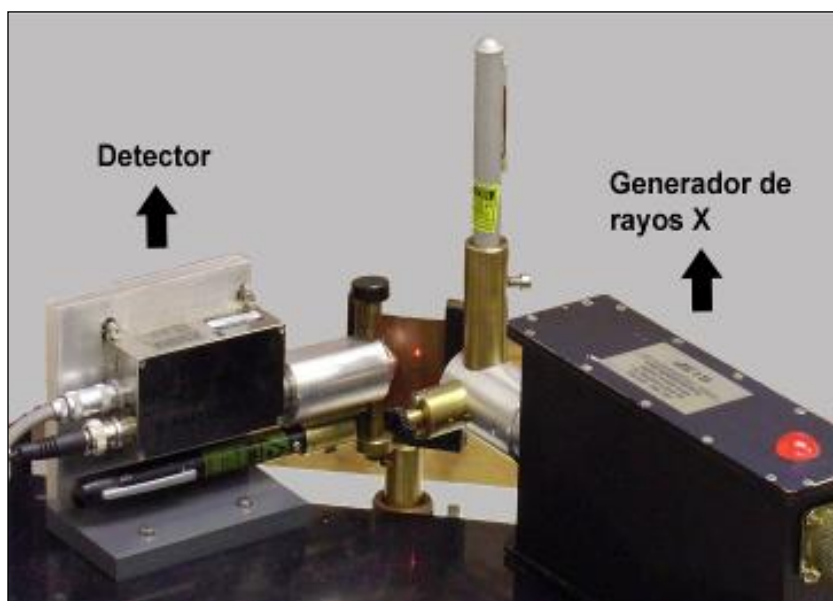


Figura 13. Equipo con el que se realizaron los análisis.

¹⁷ Es posible encontrar más información sobre el software en: <http://www.canberra.com/products/438012.asp>

Tabla 1. Características principales del equipo utilizado.

Generador RX	EIS (Roma) - catodo di palladio - utilizzato a 40 kV, 0.2 mA
Detector RX	Amptek XR-SDD, tipo Si-PIN, área 25 mm ² , refrigeración Peltier, resolución FWHM 127 eV a 5.9 keV (riga K _α del Mn). Superficie del muestra vista desde el detector: 1 mm ²
Ángulo entre el generador y el detector	Aproximadamente 80°

Tabla 2. Límite de detección del instrumental utilizado en los análisis.

V	Mn	Fe	Co	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
0.03	0.02	0.02	0.02	0.03	0.03	0.02	0.03	0.13	0.28	0.32	0.08

Una vez explicados brevemente tanto la técnica analítica como el instrumental utilizado, es importante detallar cómo se preparó la muestra numismática. Con la intención de minimizar al máximo el daño que las monedas deberían sufrir, se eliminó la pátina antigua de cada una de las piezas de forma mecánica. Para ello –siempre bajo la supervisión de una restauradora especializada en la materia¹⁸–, se utilizó un taladro de precisión con punta cilíndrica de diamante con el que se retiraron los cloruros y otras alteraciones existentes hasta encontrar el metal en estado puro (figura 14). Posteriormente, esta incisión milimétrica de forma circular y no mayor de 2 o 3 mm de diámetro fue observada al microscopio electrónico para comprobar que no quedaran residuos o zonas aún afectadas dentro del área dispuesta para el análisis (figura 15). Con la certeza de que la zona que se



debía analizar estaba totalmente adecuada, se sometió a fluorescencia de rayos X (ED-XRF). Este proceso se realizó con todos y cada uno de los ejemplares analizados.

Figura 14. Fotografía del proceso de preparación de las monedas (fotografía del autor).

¹⁸ Agradecemos a Sara Carraro los trabajos de restauración realizados.



Figura 15. Imagen de la zona sometida a análisis observada con el microscopio electrónico. Las zonas oscuras muestran alteraciones y son indicativas de que se debe seguir puliendo su superficie.

2.7. La elaboración de un discurso concreto

Como en todo trabajo de síntesis –que, además, pretende aunar diversas disciplinas–, se puede correr el riesgo en esta tesis de simplificar en demasía la argumentación de los distintos apartados así como de obviar bibliografía o cometer errores al abordar temas que son –por lo menos– poco conocidos para el autor. Para evitarlo, y siempre que fue posible, se recurrió a un importante número de especialistas en diferentes áreas de estudio que, amablemente, dedicaron una importante cantidad de su tiempo para formar, aconsejar y corregir al autor.

Fruto de la colaboración entre los mencionados especialistas, esta tesis pretende tener una serie de características innovadoras que, quizá, puedan sorprender al lector. La primera de estas novedades tiene que ver con el campo de la Filología. Desde hace ya algunos años, se puede observar que los nombres escritos utilizando el alfabeto ibérico toman formas distintas según los escriban filólogos o historiadores y arqueólogos. Tras deliberar cuidadosamente sobre esta cuestión, se decidió seguir los criterios utilizados por los filólogos de la Universidad de Barcelona a la hora de representar los epígrafes latinos, griegos e ibéricos en este estudio¹⁹. Por ello, siempre que se trate de un documento epigráfico –como, por ejemplo, la leyenda de las monedas– en lengua ibérica, esta se escribirá en minúsculas y negrita (**ilduro**). Si la inscripción o nombre utiliza la lengua ibérica en su variante dual, se emplearán minúsculas, negrita y cursivas (***ařantařsu***), mientras que serán minúsculas y cursivas (*orti gařokan*) cuando se use el signario greco-ibérico. Por el contrario, los epígrafes en griego o latín se representarán siempre en mayúsculas (EMPORIAE) utilizando, además, las cursivas en el primero de los casos (nombres en griego, *EMPORION*).

¹⁹ Agradecemos a Javier Velaza y a Joan Ferrer su paciencia y sus consejos.

En resumen:

EMPORIAE (latín).

EMPORION (griego).

orti gaʿokan (greco-ibérico).

aʿantaʿśu (ibérico dual).

bantuin (ibérico no dual).

Como ejemplo, y para que pueda resultar más explicativo, se ilustra con el siguiente texto ficticio en el que es posible ver el uso de esta metodología integrada en el proceso de redacción habitual:

«El *oppidum* se hallaba, según Plinio, *in summo plano montis*, y allí hemos hallado *tegulae*, *dolia* y monedas con la leyenda MVN(icipium) CASCANTVM, otras celtibéricas con el rótulo **kaiskata** y una inscripción ibérica (dual) que dice **ildirbigis**».

De esta manera, el lector podrá diferenciar fácilmente y sin necesidad de ser un entendido en la materia cuándo se está haciendo referencias a documentos epigráficos documentados y a la lengua que en que estos fueron escritos.

Otro aspecto que caracteriza a este estudio tiene mucho que ver con la terminología en él empleada. Es posible que a muchos lectores les extrañe que no se emplee el término «romanización» en un trabajo de semejante temática y que siempre vaya entrecomillado cuando se hace. A lo largo de la década de 1990, surgió un animado debate sobre los problemas que plantea la utilización del mencionado término. Si bien hay excepciones, en nuestro país se ha tendido a obviar dicha controversia, que ha alcanzado una gran importancia, por el contrario, en los países anglosajones, países en los que antropólogos y arqueólogos han elaborado interesantes discursos al respecto²⁰. En este trabajo, siempre se empleará una terminología muy concreta (colonialismo, colonización e hibridación) con la que, además, el autor se siente más cómodo a la hora de describir los procesos acaecidos en el NE peninsular durante los siglos II y I a. C. Respecto al uso y significado de estas palabras –que puede resultar muy amplio y entenderse de diversas maneras por distintos autores–, se ha seguido el criterio y la línea expositiva que Dietler utiliza en algunos de sus trabajos más recientes²¹.

²⁰ Sobre este tema, véase: Meadows 1994; Woolf 1998; Webster 2001; Mattingly 2002; Hingley 2005.

²¹ Dietler 2009.

PRIMERA PARTE: EL VALLE DE CABRERA DE MAR

3. LOCALIZACIÓN Y PRECEDENTES

3.1. El valle de Cabrera de Mar

Situado en la comarca de El Maresme, a 28 kilómetros al NE de Barcelona, este valle se encuentra enclavado entre tres montañas principales que delimitan un espacio semicircular abierto al mar Mediterráneo por su cara S. La primera de ellas es la de Burriac, que lo cierra por su parte septentrional y que es el lugar en el que se ubicó el *oppidum* ibérico conocido con este mismo nombre²² entre los siglos VI y I a. C. Por su parte, los picos de Montcabrer y el Turó de l'inferrn delimitan el flanco O, mientras que el Turó dels Oriols hace lo propio con el E (figura 16).

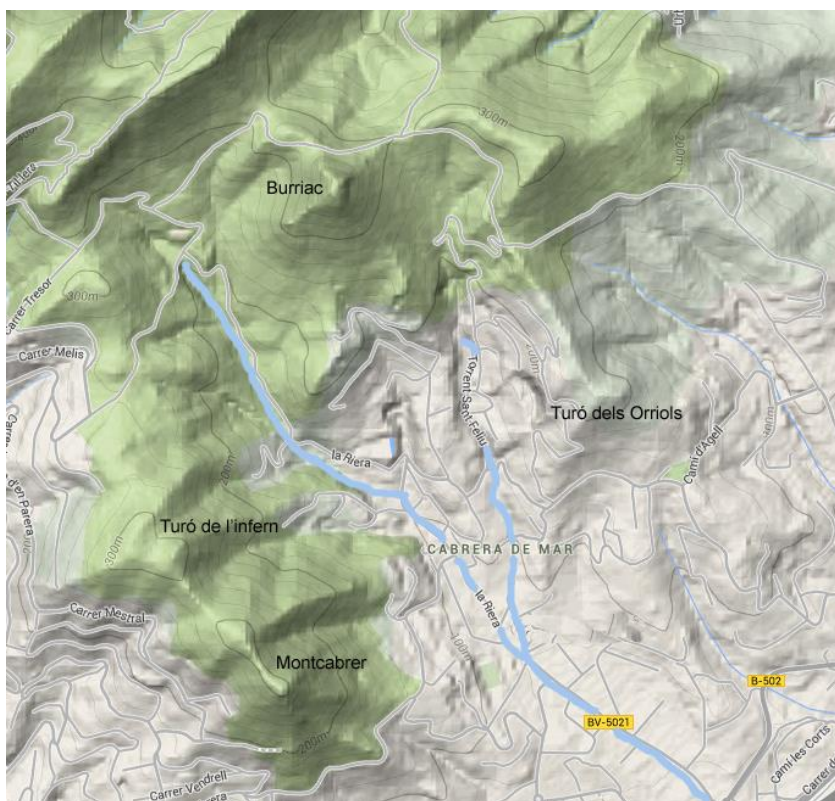


Figura 16. Mapa topográfico del valle de Cabrera de Mar (imagen extraída de Google Maps).

²² Zamora 2006-2007: 281-303.

La riera del municipio y el torrente de St. Feliu surcan el valle. Son cursos de agua estacionales, secos durante la mayor parte del año, que se originan a ambos lados de la montaña de Burriac y que descienden formando una V hasta confluír en las afueras del centro histórico del municipio. Actualmente, pero también desde época antigua, estas rieras configuran los ejes vertebradores del poblamiento en el valle. Muy posiblemente entre los siglos IV-III a. C. –y durante la totalidad del siglo II a. C. y hasta, al menos, las primeras décadas del siglo I a. C. con toda seguridad–, el valle de Cabrera de Mar se convirtió en uno de los mayores centros urbanos –si no el más grande– de un extenso territorio en el que los autores clásicos situaban a la etnia de los layetanos.

El valle alberga al municipio homónimo de Cabrera de Mar, cuyo término municipal tiene una extensión de 9,05 km² y cuenta con apenas 4.500 habitantes²³ en la actualidad, cifra que posiblemente sea inferior a la que este territorio albergó durante la segunda mitad del siglo II a. C.

Gracias a la riqueza de su patrimonio histórico y arqueológico, es uno de los pocos ayuntamientos catalanes que, hoy en día, incluye a un arqueólogo entre sus técnicos²⁴. Este se encarga de gestionar, preservar, estudiar y divulgar el patrimonio histórico local, esfuerzo que debe ser reconocido y un ejemplo a seguir por aquellos otros municipios cuyo patrimonio así lo requiere.

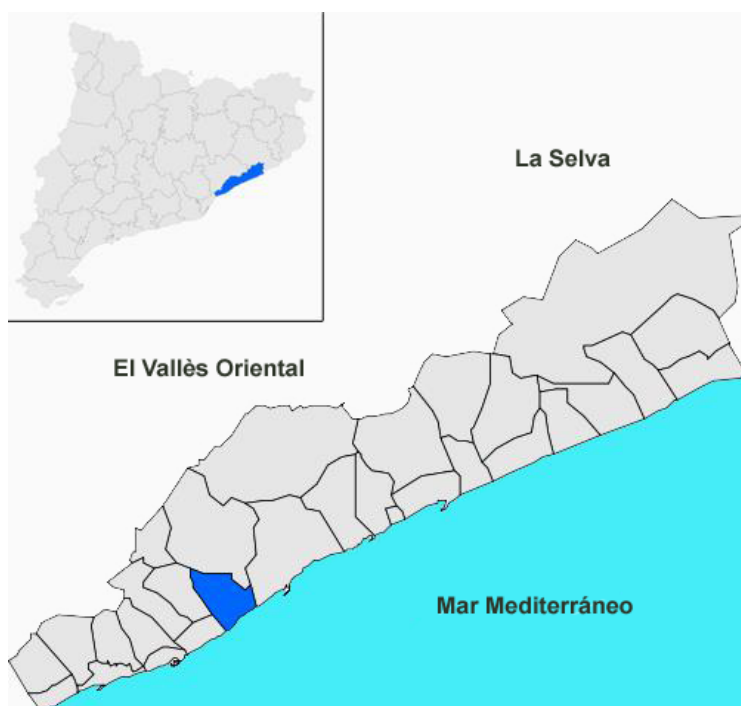


Figura 17. Localización del municipio de Cabrera de Mar (azul) dentro de la comarca de El Maresme (Barcelona).

²³ Datos extraídos de la página web del municipio www.cabrerademar.cat. Recuperado el 06 de julio de 2013.

²⁴ Agradecemos al Sr. Albert Martín, arqueólogo municipal de Cabrera de Mar, la ayuda y dedicación que nos ha prestado durante todos estos años. Este trabajo jamás hubiese sido posible sin su colaboración.

3.2. La comarca de El Maresme

Como ya se señala al principio del epígrafe anterior, el municipio de Cabrera de Mar forma parte de una unidad geográfica mayor, la comarca de El Maresme, con 398,9 km² de superficie. Esta área geográfica, con más de treinta municipios y cuya capital es la ciudad de Mataró (la antigua *Iluro* romana), limita a su vez con las comarcas de La Selva, El Vallès Oriental y El Barcelonès. Geográficamente, se trata de una comarca muy bien delimitada entre el mar Mediterráneo y la Sierra Litoral catalana, una unidad geológica de base granítica que se formó durante la Era Primaria (Herciniano). Su relieve está definido por la presencia de una serie de macizos entre los que destacan, de S a N, el de La Conreria (485 m en su punto más elevado), Sant Mateu (499 m), Céllecs (534 m), El Corredor (632 m) y El Montnegre, que es el de mayor altura (762 m). Por su parte, la zona baja que precede a la línea de costa configura una llanura litoral de entre 1 y 3 kilómetros de anchura originado durante el Cuaternario merced a las aportaciones aluviales de las distintas rieras que nacen en la mencionada Sierra Litoral y que desembocan en el mar Mediterráneo. Esta llanura aluvial es, sin lugar a dudas, el suelo más fértil de la comarca gracias al agua presente en el subsuelo, que puede extraerse mediante minas o pozos.

Solo hay dos cursos de agua importantes en toda la comarca, los ríos Besòs y Tordera, que establecen sus límites nororiental y suroccidental, respectivamente. Por ello, las rieras han desempeñado y desempeñan un papel fundamental modelando con el paso del tiempo un paisaje en el que los valles interiores –como el de Cabrera de Mar– han configurado y definido ya desde la época antigua las pautas de poblamiento y los accesos hacia el interior. Las principales rieras de la comarca –de S a N– son: Montgat, Alella, Premià, Argentona, Arenys, Sant Pol y Pineda (figura 18).

La configuración de la línea de costa está condicionada por el avance y el retroceso de las playas, lo que no favorece la creación de puertos naturales, que necesitan formaciones rocosas. Posiblemente debido a ello, no se han documentado puertos a lo largo de esta comarca en la época antigua, aunque sí se sabe de la presencia de algunos fondeaderos²⁵. A lo largo del siglo XX, la construcción de diversos puertos deportivos modificó esta tendencia. Aun así, no parece que la línea de costa se haya modificado demasiado en los dos últimos milenios si consideramos los yacimientos conocidos de la época romana –muy próximos al mar– y la localización de los ya mencionados fondeaderos. De todos modos, algunos autores

²⁵ Matamoros 1991.

han sugerido la posibilidad de que el nivel del mar sea ahora medio metro más alto que en la época antigua²⁶.

Respecto al origen del topónimo que da nombre a la comarca, existen dos hipótesis. La primera, y que parece ser la más probable, sugiere que, en el pasado, pudo haber marismas en ella. No obstante, la existencia de estas marismas solo se ha documentado en la desembocadura del río Tordera²⁷. Un indicio que refuerza esta primera hipótesis lo encontramos en la obra de Marta Prevosti, que relaciona las villas romanas situadas en la llanura litoral con la explotación de dichas marismas durante la época antigua²⁸. La segunda hipótesis –que no niega la existencia de estas– establece una relación entre el topónimo y el término medieval «Marítima» (próximo al mar), nombre que estos territorios cercanos a la costa recibieron ya desde el siglo IX²⁹.

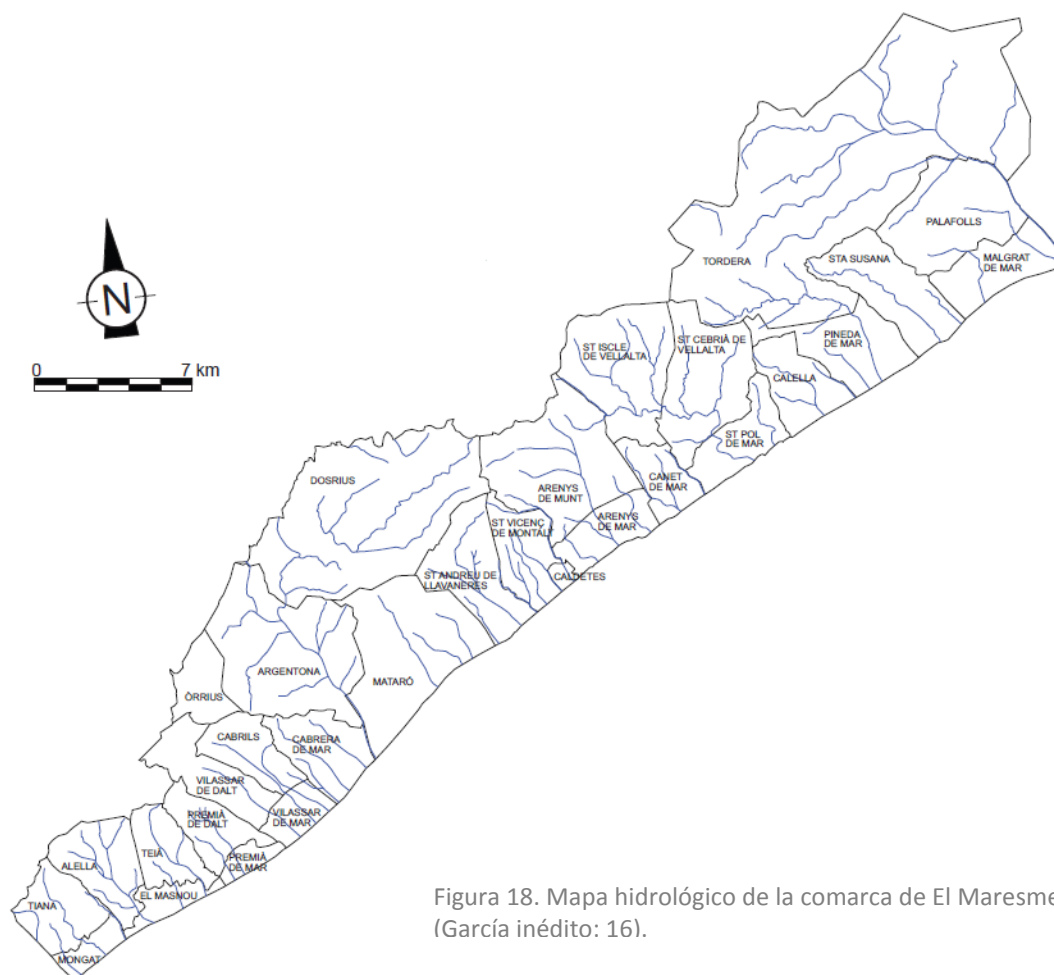


Figura 18. Mapa hidrológico de la comarca de El Maresme (García inédito: 16).

²⁶ García (no publicado): 16.

²⁷ Sobre los cambios que ha sufrido la línea de costa, es recomendable consultar la tesis doctoral de Joaquim García (no publicada): 16-19, en la que el autor trata el tema de una forma sintética y clara. La existencia de marismas también se detecta en el grabado de Miquel Garriga Roca (1847), que actualmente se encuentra en el Museu de Nàutica de El Masnou.

²⁸ Almirall 1971: 19.

²⁹ Olesti 1995: 33.



Figura 19. Mapa con el relieve de la comarca de El Maresme y la llanura de El Vallès (imagen extraída de Google Earth).

3.3. El territorio layetano

El estado actual de la investigación arqueológica no permite conocer de forma concluyente los límites territoriales de los diferentes grupos humanos que habitaron en el NE peninsular durante la época prerromana, y es un asunto que ha sido tratado por diversos autores sin que, a día de hoy, haya podido ser resuelto³⁰. No obstante, si bien no es posible trazar con exactitud las fronteras entre los territorios de las diferentes etnias ibéricas, sí lo es localizarlas de forma aproximada; en gran medida, gracias a las fuentes antiguas.

Es importante ser muy cautos a la hora de trabajar con los textos clásicos, puesto que no debe olvidarse el desfase cronológico existente entre los cronistas y el momento en que ocurrieron los hechos que narran. Estrabón (65 a. C.-20 d. C.) es la fuente más antigua que poseemos sobre la Layetania, territorio que, aparentemente, nunca llegó a visitar. Además, una gran parte de su obra se basa en los trabajos de autores anteriores, como Polibio, Posidonio y Artemidoro. La producción del primero se sitúa a mediados del siglo II a. C., mientras que los escritos de Posidonio y Artemidoro datan de inicios del siglo I a. C. Aún más recientes son las obras de Plinio el Viejo (23-79 d. C.) y de Claudio Ptolomeo (siglo II d. C.).

Es decir, ninguno de estos autores tuvo la posibilidad de visitar la Layetania ni cualquier otro de los territorios del NE peninsular con anterioridad a la Segunda

³⁰ Padró y Sanmartí 1992; Olesti 1995; Sanmartí y Santacana 2005.

Guerra Púnica. Por tanto, difícilmente pueden ofrecer una visión real de la organización política y territorial de los grupos humanos allí asentados anteriormente a la intervención romana, ya que les era totalmente desconocida. Cabe pensar que su visión, además de subjetiva, se encuentra mucho más próxima a la de una cultura ibérica cuyas estructuras políticas, sociales y económicas se vieron profundamente modificadas tras la conquista romana. Teniendo presentes todos estos inconvenientes, se pasa a analizar la información que es posible extraer sobre la Layetania partiendo de los historiadores antiguos.

Aunque el territorio layetano nunca fue objeto de un especial interés por parte de los autores clásicos –más bien, todo lo contrario–, parece que las fuentes nos permiten situarlo con cierta fiabilidad en la costa catalana, justo al norte del territorio de los cosetanos. Estrabón afirma que esa costa tiene pocos puertos desde los pilares de Hércules hasta *Tarraco*, pero que son buenos a partir de *Tarraco* y hasta llegar a *Emporion*. Indica, además, que el país –tanto la tierra de los *leetanoi* como la de los *lartolaietai*– es fértil, así como las tierras de otros pueblos³¹. Por su parte, Claudio Ptolomeo también hace referencia al litoral layetano en su tratado de geografía. Asimismo, lo sitúa a continuación de la costa de los cosetanos en una descripción que va de S a N. El autor, adicionalmente, localiza de forma bastante precisa las ciudades de *Barkinon*, *Baitulon*, *Ailuron* y *Blanda* (Barcelona, Badalona, Mataró y Blanes, respectivamente), así como la desembocadura del río *Rubricaton* (El Llobregat) y el *Lunarion akron* («promontorio lunar»). Se trata este último de un santuario posiblemente dedicado a una divinidad lunar que, según Claudio Ptolomeo, estuvo emplazado en algún lugar indeterminado entre las actuales ciudades de Badalona y Mataró³² (figura 20). Por su parte, otros autores aseveran que el mencionado *Lunarion akron* se corresponde con el santuario ibérico de «la cova de les encantades», y, por tanto, lo ubican en la montaña de El Montcabrer, dentro del término municipal de Cabrera de Mar³³. Para acabar de completar esta información, el mismo Ptolomeo comenta que la población de *Rubricata* se encontraba en el interior de territorio layetano. Pese a que su localización exacta sigue siendo objeto de debate actualmente, parece razonable situarla en las proximidades del río *Rubricaron* (El Llobregat) –del que dicha población tomaría su nombre– tomando el topónimo como base para ello. Este dato parece confirmar la hipótesis que afirma que el territorio layetano no se limitaba estrictamente a la zona litoral, sino que tenía continuidad hacia el interior (actuales comarcas de El Vallès Oriental y Occidental).

³¹ Estrabón: 3.4.8.

³² Ptolomeo: 2.6.18.

³³ Coll *et al.* 1994.



Figura 20. Mapa del territorio layetano y sus pueblos vecinos según Claudio Ptolomeo.

Finalmente, Plinio –en su *Historia natural*– vuelve a hacer referencia a dicho etnónimo. En esta ocasión, describe que el territorio de los *laeetani* y los *indigetes* empieza inmediatamente después del río *Rubricatum* (El Llobregat). A continuación –haciendo una descripción del litoral de S a N– indica que, en la costa, se encuentra la colonia de *Barcino*, llamada *Faventia* (Barcelona), y los *oppida civium Romanorum* de *Baetulo* (Badalona), *Iluro* (Mataró), el río *Arnum, Blandae* (Blanes), el río *Alba* y, finalmente, *Emporiae*³⁴.

La existencia del gentilicio Layetania parece quedar confirmada tras el hallazgo en Barcelona de una lápida con una inscripción con el nombre de *Annia Laietana*³⁵, *cognomen* que podría repetirse en una inscripción fragmentada localizada recientemente en las excavaciones de la villa romana de la Sagrera, en Barcelona. Sin embargo, tan solo se conserva la terminación «-tana» en esta segunda inscripción, por lo que podría tratarse de otro *cognomen* distinto, ya que son muchas las variantes posibles³⁶.

³⁴ Plinio, *HN*: 3.22.

³⁵ CIL II 6171; Gimeno 1950: 75.

³⁶ Información facilitada por Daniel Alcubierre, director de la intervención al que agradecemos su ayuda. La inscripción está siendo estudiada actualmente por la Dra. Isabel Rodà, a quien también agradecemos sus consejos.

Parece ser que Laietana sería un *cognomen* de origen íbero que haría referencia al gentilicio de este territorio, lo que no deja duda alguna sobre la existencia de dicho etnónimo al menos ya desde época romana.

La disparidad fonética observada en los textos clásicos ha suscitado un interesante debate historiográfico en torno a los layetanos a causa de la obra de Tito Livio³⁷; concretamente, se trata de determinar si lacetanos y layetanos deben ser considerados, o no, un mismo pueblo. El problema aún parece estar lejos de quedar resuelto, por lo que tan solo se puede ofrecer un breve resumen del estado de la cuestión. Para Sánchez, layetanos y lacetanos serían una misma etnia ibérica, por lo que las menciones a ambos pueblos en los textos serían tan solo un problema fonético³⁸. Por el contrario, la mayoría de los autores³⁹ considera que layetanos y lacetanos fueron dos pueblos distintos y con territorios diferenciados. Así, los layetanos serían mayoritariamente costeros, mientras que los lacetanos se habrían establecido en las montañas de la Cataluña interior. El parecido entre los etnónimos y el área geográfica en la que tradicionalmente se localizan estos dos pueblos ha hecho pensar a Olesti en la posibilidad de que dichos grupos fuesen uno solo hasta que se produjo la represión llevada a cabo por el cónsul Catón, momento en que el pueblo lacetano quedó dividido en los dos anteriormente mencionados. Asimismo, cabe la posibilidad de que los layetanos simplemente formasen parte de un grupo mayor, el de los lacetanos⁴⁰. En esta misma línea, otros autores han matizado la idea de Olesti concluyendo que layetanos y lacetanos habrían constituido una misma formación sociopolítica⁴¹.

Por otra parte, no se puede obviar un elemento tan importante y relacionado con este territorio como las emisiones de la ceca de **laiesken** cuando se trata de analizar los documentos antiguos. La historiografía numismática ha venido identificando la leyenda de estas monedas –así como de las todas aquellas acabadas con el sufijo «-s(ken)»⁴²– como un indicador étnico; es decir, algo similar a «de los layetanos». Han tenido una menor repercusión otras alternativas mucho más factibles filológicamente hablando, como que se trate, por ejemplo, de un topónimo –la ciudad de *Laie*–, algo habitual en las leyendas monetales ibéricas (véase capítulo 10) o, como apuntan M. P. García-Bellido y C. Blázquez, que identifique a las capitales de los distintos territorios ibéricos una vez estas se

³⁷ Livio: 21.23; 21.61; 28.4; 28.24. Puede encontrarse un breve estado de la cuestión en García (no publicado): 49-50.

³⁸ Sánchez 1987.

³⁹ Padró y Sanmartí 1992; Sanmartí y Santacana 2005: 31-74.

⁴⁰ Olesti 1994. El autor basa esta idea en que las referencias a los lacetanos en los textos son siempre anteriores a la represión que llevó a cabo el cónsul Catón.

⁴¹ Asensio *et al.* 2001.

⁴² Sobre el sufijo -s(ken), véase: Silgo 2007: 183-192; Silgo (2007, 183-192); Ferrer 2012: 32-35.

disgregaron tras la conquista romana⁴³. Sea como fuere, y sin entrar ahora en profundidad dentro de un tema que se expondrá con detalle posteriormente, la dispersión de estas monedas cubre casi exclusivamente la comarca de El Maresme⁴⁴, dato que debe tenerse presente a la hora de trazar las fronteras del territorio objeto de estudio y con el que –sea como etnónimo o como topónimo de una de sus ciudades– están relacionadas con total seguridad.

Recapitulando, sobre la base de las escasas evidencias históricas y numismáticas que se poseen –y más allá de la dualidad Layetania-Lacetania existente–, parece que el territorio layetano tendría su capital en la actual comarca de El Maresme –concretamente, en el valle de Cabrera de Mar– al menos desde el Ibérico final y hasta las primeras décadas del siglo I a. C. controlando, por tanto, un área relativamente extensa dentro de la actual Cataluña. Este territorio estaría principalmente formado por las actuales comarcas de El Maresme, Vallès Oriental, Vallès Occidental, Barcelonès y Baix Llobregat, quedando bien delimitados sus límites fronterizos por el macizo del Garraf al S y el río Tordera al N, mientras que su frontera interior es mucho más confusa⁴⁵. Todos estos accidentes naturales lo separan del territorio ausetano aproximadamente por el NO, de las tierras habitadas por los cosetanos por el SO, del pueblo lacetano⁴⁶ por el O y, finalmente, de los dominios indigetes hacia el NE.

3.4. Las vías de comunicación

Aunque someramente, el presente estudio no puede dejar de intentar hacer una aproximación a las principales vías y caminos que daban acceso al valle de Cabrera de Mar y que discurrían por gran parte del territorio layetano. Tener una mínima noción de estas vías ayudará a entender aspectos tan importantes como por qué un *oppidum* como Burriac se desarrolló hasta llegar a ejercer la capitalidad de un territorio tan amplio como el layetano, la dispersión de la moneda de la ceca objeto de estudio (véase capítulo 16) e, incluso, algunos de los aspectos que convertirán al valle de Cabrera de Mar en un auténtico centro de redistribución de productos importados y bienes de prestigio durante el siglo II a. C. e inicios de la centuria siguiente.

Como bien apuntaba Olesti⁴⁷, El Maresme siempre ha sido un lugar de paso. Su ubicación junto a la línea de costa le ha concedido el privilegio de constituir un

⁴³ García-Bellido y Blázquez 2001: 28, vol. I.

⁴⁴ Sinner 2013a: 179-181.

⁴⁵ García *et al.* 2000: 30; Padrós 2002: 105.

⁴⁶ En el presente estudio, se comparte la opinión de aquellos autores que defienden la existencia del pueblo lacetano al menos con anterioridad a la conquista romana, como bien apuntó Olesti en 1994.

⁴⁷ Olesti 1995: 237.

enclave imprescindible en las rutas comerciales marítimas. Además, los diversos pasos existentes hacia el interior –que permiten salvar fácilmente la Sierra Litoral–, unidos a la existencia del río Llobregat (*Rubricaton*), conectan a este territorio con la depresión de El Vallès. Esta, que forma parte de la depresión prelitoral catalana, se convirtió ya en la época antigua en el principal eje que atravesaba longitudinalmente el territorio layetano. La Vía Hercúlea, posteriormente conocida como Vía Augusta, discurría por ella (figura 19)⁴⁸.

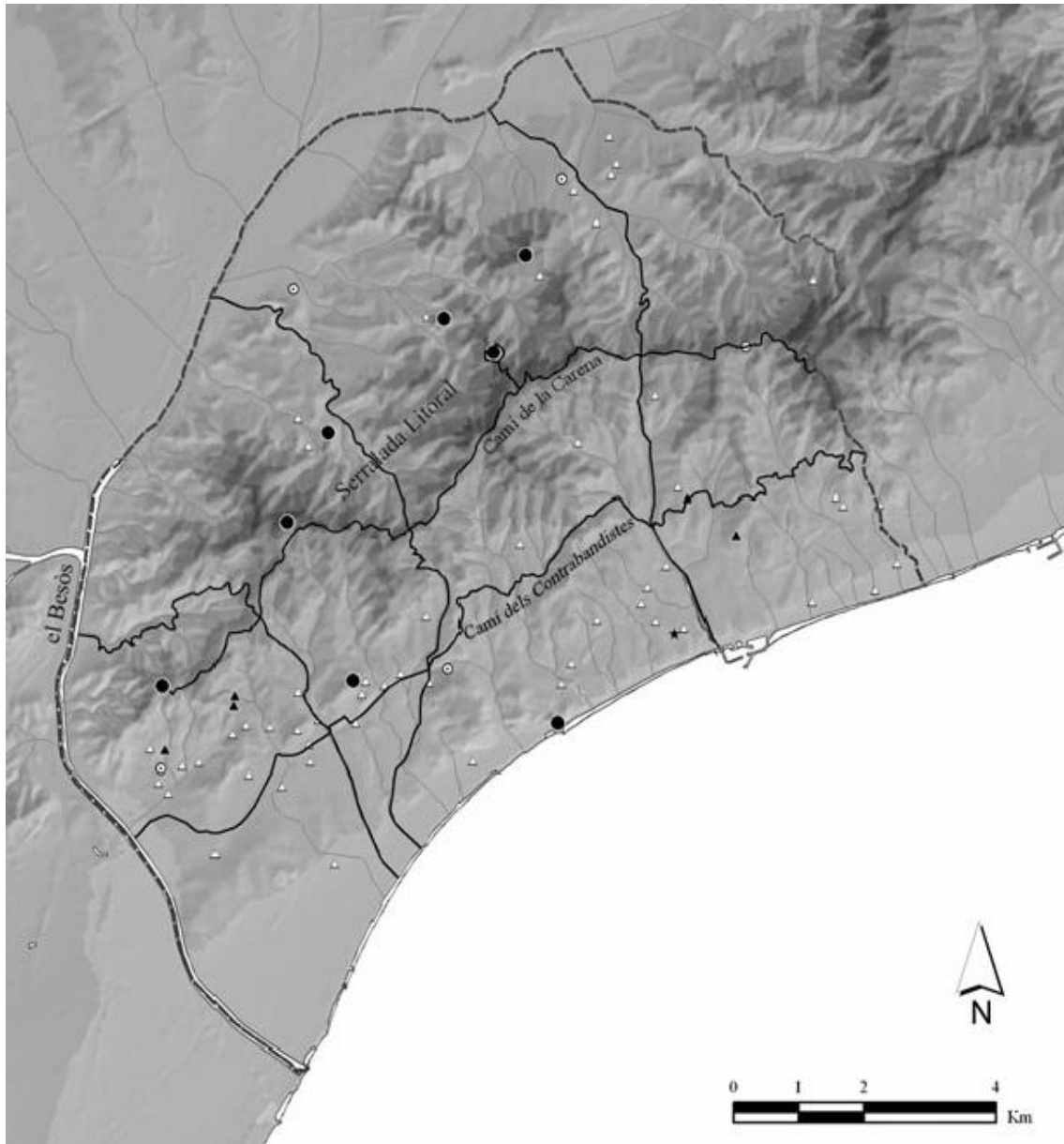


Figura 21. Recorrido del *Camí dels Contrabandistes* y del *Camí de la Carena* a su paso por Badalona (Ruestes 2008: 362, fig. 2).

⁴⁸ Es posible encontrar un meticuloso estudio de la Vía Augusta en tierras catalanas en Soto (no publicado).

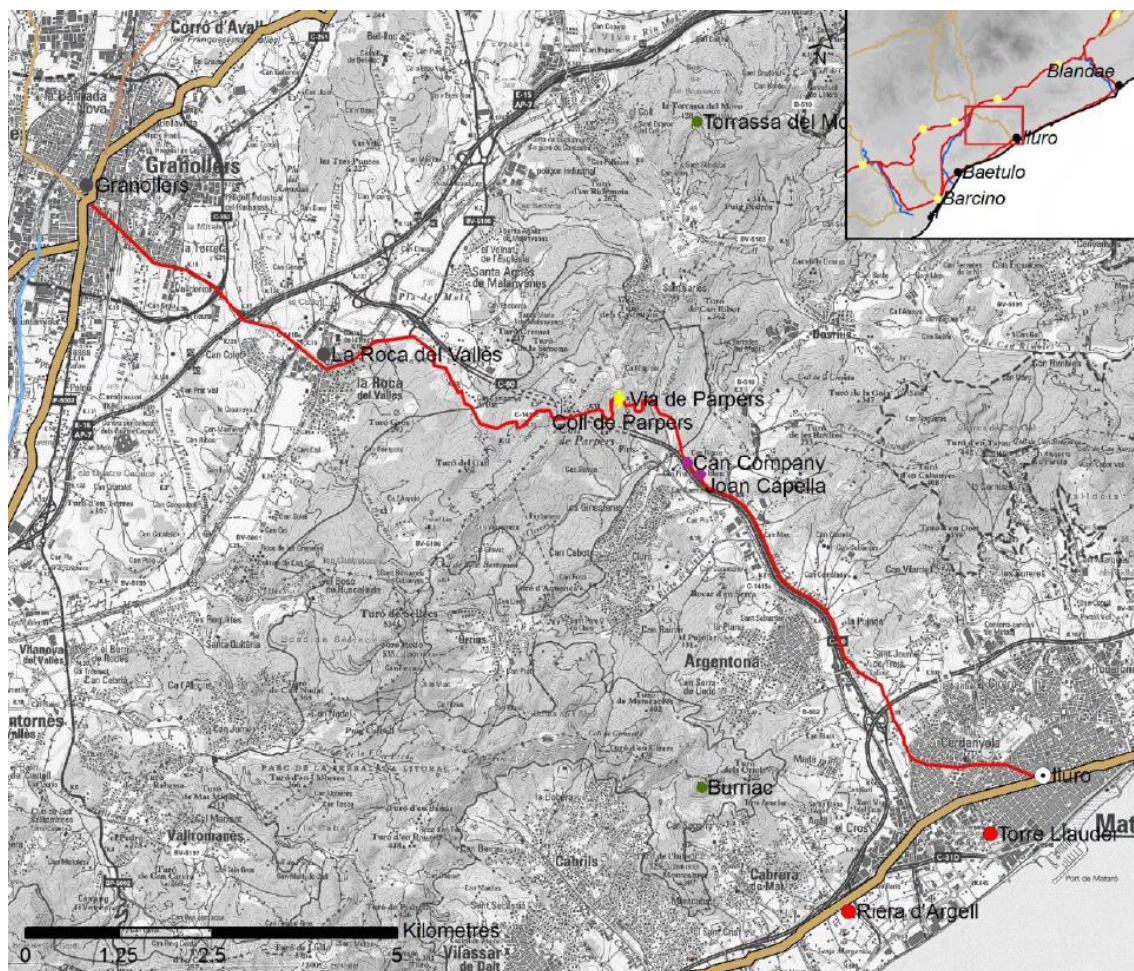


Figura 22. Recorrido de la Vía de Parsers. Soto (no publicado): 203, fig. 141.

Tales condiciones orográficas han propiciado –y, a la vez, condicionado– la existencia de una red de comunicaciones relativamente densa que se estructura en dos direcciones: una primera SO-NO que discurre paralela a la línea de costa aprovechando el relieve poco abrupto del terreno, y una segunda perpendicular a la primera que comunica con el interior remontando los valles más suaves de la Sierra Litoral.

Se conoce la existencia de distintas vías y caminos que, siguiendo una de estas dos direcciones, estructuraban y comunicaban esta parte del territorio layetano ya desde la época prerromana. Por lo que se refiere a aquellas que siguen un camino paralelo a la costa y dejando a un lado el recorrido de la Vía Hercúlea –objeto de múltiples estudios mucho más exhaustivos⁴⁹ y bien conocida en muchos de sus puntos gracias a la existencia de algunos tramos conservados, los miliarios de época romana o los vasos de Vicarello–, destacan el Camí de la Carena y el Camí dels Contrabandistes (Figura 21). El primero de estos dos caminos tiene como eje la Sierra Litoral, y parece que podría conectar entre sí a los que, transversalmente,

⁴⁹ Mayer y Rodà 1986; Lostal 1992; Sillières 1999; Soto (no publicado).

comunicaban la costa con la depresión prelitoral⁵⁰. Se trataría, por tanto, de una vía en altura cuyo papel en las comunicaciones sería vital, ya que no solo comunicaría muchos de los *oppida* existentes en el territorio, sino que, además, unía a las dos vertientes (S y N) de la Sierra Litoral⁵¹. El segundo, por su parte, siempre ha sido considerado como un camino de época antigua, y hay evidencias de su existencia al menos desde la época ibérica⁵². Su itinerario discurría por una cota más baja que el Camí de la Carena, a media altura o por la parte más baja de la Sierra Litoral. Es muy posible que, en la mencionada época ibérica, comunicase los poblados situados en pendiente y orientados hacia la costa, y que constituyera el principal eje vertebrador de la vertiente litoral de la Layetania durante los siglos IV-I a. C.⁵³. Es indicio de ello que, en el bajo Maresme, dicho itinerario discorra muy próximo a los poblados ibéricos de Mas Boscà (Badalona) y La Cadira del Bisbe (Permià de Dalt), pasando posteriormente por detrás del *oppidum* de Burriac, continuando hacia el Puig del Castell y rodeando el poblado de Montpalau, además de interconectar otros muchos asentamientos de hábitat dispersos⁵⁴. Su recorrido, por el contrario, está muy alejado de las ciudades de *Iluro* y *Baetulo*, por lo que cabe suponer que el origen de las mismas es posterior, mientras que, como se ha dicho, se adecuaba a la estructura del poblamiento de esta zona durante la época ibérica. Sin duda, esta vía tuvo que tener un importante papel a lo largo del período tardo-republicano –al menos, hasta la construcción del ramal litoral de la Vía Augusta–, puesto que enlaza a la mayor parte de los *oppida* residenciales layetanos.

De los múltiples caminos que conectan la llanura litoral con la depresión prelitoral a través de los valles más suaves de la Sierra Litoral, el más importante es el conocido como Coll de Parpers (figura 22) por su cercanía y estrecha vinculación con el valle de Cabrera de Mar. Si bien resulta difícil establecer una cronología concreta para esta vía, es muy posible que fuese utilizada ya desde época prehistórica y, según Olesti, desde la ibérica con total seguridad⁵⁵. Por fortuna, el caso del Coll de Parpers es un tanto peculiar, puesto que se ha conservado un tramo importante de la vía (1.101 m). Ello ha permitido conocer con certeza al menos una parte de su recorrido, que se iniciaba en la Roca del Vallès y concluía en Argentona, al pie del *oppidum* de Burriac⁵⁶. Posiblemente –con tan solo

⁵⁰ García (no publicado): 22. Existe una detallada descripción de su posible itinerario en Olesti 1995: 249-252.

⁵¹ Olesti 1995: 251-252.

⁵² Ribas 1952. Existe una detallada descripción de su posible itinerario en Olesti 1995: 239-241.

⁵³ Zamora *et al.* 2001.

⁵⁴ Olesti 1995: 242.

⁵⁵ Olesti 1995: 252. Otros autores, como García (no publicado), creen que los restos conservados son modernos, aunque no descartan la existencia de una vía antigua en el mismo lugar.

⁵⁶ Una descripción detallada de su posible itinerario se puede encontrar en Olesti 1995: 252-254.

290 m de desnivel– sea el paso más sencillo hacia los territorios interiores, y se accede a él remontando las rieras de Argentona (Maresme) o la de Gaussac (Vallès), dependiendo del punto de partida. Más allá de la relación que esta vía pudiese tener con la de Manio Sergio –que une la Vía Hercúlea con los territorios ausetanos (Vic)⁵⁷– parece incuestionable que el paso a través del Coll de Parpers llegó a conectar la mencionada Vía Hercúlea con el Camí dels Contrabandistes. Como bien apunta Soto, dada la antigüedad de esta vía, parece factible que –al menos, en sus orígenes– no pasase por la ciudad romana de *Iluro* (aún inexistente por aquel entonces), conectando, por el contrario, el poblado ibérico de Burriac con El Vallès⁵⁸.

Por tanto –y, al menos, desde el siglo III a. C.– existe un importante nudo de comunicaciones alrededor del valle de Cabrera de Mar desde el que se puede acceder a gran parte del territorio layetano y que resulta imprescindible conocer –si acaso, en líneas generales– en el momento de abordar el estudio que se desarrolla a continuación.

Finalmente, no puede dejar de mencionarse la Vía de Manio Sergio (121-118 a. C.)⁵⁹ (figuras 23 y 24). Este eje comunicaba la llanura de El Vallès con las tierras ausetanas en un punto cercano a la actual Granollers (Layetania).

Debido al hallazgo de distintos miliarios de época tardo-republicana, se considera que esta vía fue producto de una de las primeras reformas llevadas a cabo por Roma sobre la red viaria peninsular. La calzada de Manio Sergio sería, a priori, anterior a la del Congost⁶⁰, y tendría su origen en la actual población de Santa Eulalia de Riuprimer –milla I–; posiblemente, en un campamento militar o *castellum* dedicado al control del territorio⁶¹. Desde aquí, se dirige hacia el S pasando por Tona –milla VII–, lo que vincula a la vía con el yacimiento de El Camp de les Lloses –también relacionado con la logística militar romana⁶²–. Posteriormente, prosigue hasta las cercanías de Collsuspina. Ya en territorio layetano, la vía discurriría próxima a St. Quirze de Safaja pasando cerca de St. Feliu de Codines para dirigirse hacia Caldes de Montbui, donde –tras efectuar un importante giro hacia el E– llegaría a Sta. Eulalia de Ronçana –milla XXI–. Desde allí, su trazado continuaría hasta las inmediaciones del actual municipio de Granollers, donde posiblemente se cruzaría con la Vía Hercúlea en un punto cercano

⁵⁷ Mayer y Rodà 1986: 210-215. Parece más que factible que todas estas vías estuviesen interconectadas en algún momento.

⁵⁸ Soto (no publicado): 202-203.

⁵⁹ Mayer y Rodà 1986; Soto (no publicado): 204.

⁶⁰ Aunque con un itinerario distinto, la Vía del Congost habría unido los mismos territorios.

⁶¹ Arrayás 2007: 56. Como se verá en el capítulo 19 la existencia de este *castellum* debe de ser tomada con mucha prudencia y a modo de hipótesis.

⁶² Ñaco y Principal 2012.

a Canovelles⁶³. Otro hecho que apunta al carácter militar de la vía –al menos en sus orígenes– más allá de su relación con los posibles asentamientos militares cercanos a las millas I y VII es su situación en altura. Como ya han apuntado otros autores, este elemento podría deberse a la necesidad de un paso seguro a lo largo de unos territorios en ocasiones beligerantes⁶⁴.

Es importante mencionar que algunos autores que han estudiado los miliarios –y, por consiguiente, el recorrido de la vía– han propuesto que esta podría dividirse en dos a la altura de Caldes de Montbui, conectando por un lado con la costa layetana (*Iluro* y *Baetulo*) y, por el otro, con Sentmenat, hacia el «Congost de Martorell»⁶⁵. Actualmente, todo indica que los núcleos de *Iluro* y *Baetulo* aún no habían sido fundados en el momento en que parece se iniciaron los trabajos de planificación y construcción de la calzada (121-118 a. C.). Debido a esta incongruencia cronológica, sería más plausible –en el caso de existir dicha bifurcación– hacerla llegar hasta el valle de Cabrera de Mar superando la Sierra Litoral por el paso del Coll de Parpers. Más allá de la certidumbre de esta hipótesis –no existe prueba alguna de ello, pero la ubicación de yacimientos como el de Can Tacó apoyaría esta idea gracias al control visual que permite sobre estos pasos⁶⁶–, lo que parece estar fuera de toda duda es que el litoral layetano y el valle de Cabrera de Mar estaban conectados en esos momentos con los territorios interiores –por ejemplo, el ausetano y el lacetano– de una forma mucho más eficiente. Aparentemente, dicha conexión obedecería a la necesidad de facilitar el desplazamiento y el avituallamiento de los contingentes militares que marcharían desde la costa layetana hacia El Camp de les Lloses –milla VII– y, desde allí, hacia otros destinos (véase capítulo 19).

Parece evidente que, desde el siglo III a. C., existió un importante nudo de comunicaciones alrededor del valle de Cabrera de Mar gracias al que se podía acceder a gran parte del territorio layetano. Esta red, además de interconectar muchos de sus *oppida*, podría desembocar en la Vía Hercúlea a través del Coll de Parpers. Además, y a partir del último cuarto del siglo II a. C. por lo menos, dicha red viaria estuvo eficiente y directamente conectada con los territorios interiores y el resto del NE peninsular⁶⁷.

⁶³ Itinerario basado en el trabajo de Soto (no publicado): 204-206. También se han utilizado los estudios de Mayer y Rodà 1986: 158-165; Lostal 1992: 12-15, y Padrós 2010: 236-239. Según la hipótesis de este último autor, la vía pasaría por Centelles y Sant Miquel del Fai.

⁶⁴ Soto (no publicado): 205.

⁶⁵ Mayer y Rodà 1986: 160; idea que también recoge posteriormente Lostal 1992: 13.

⁶⁶ Pera *et al.* (en prensa).

⁶⁷ Es importante recordar que los miliarios se documentan a partir de C. Graco (123 a. C.), lo que quiere decir que no debe descartarse la posibilidad de que esta u otras vías ya existiesen con anterioridad.

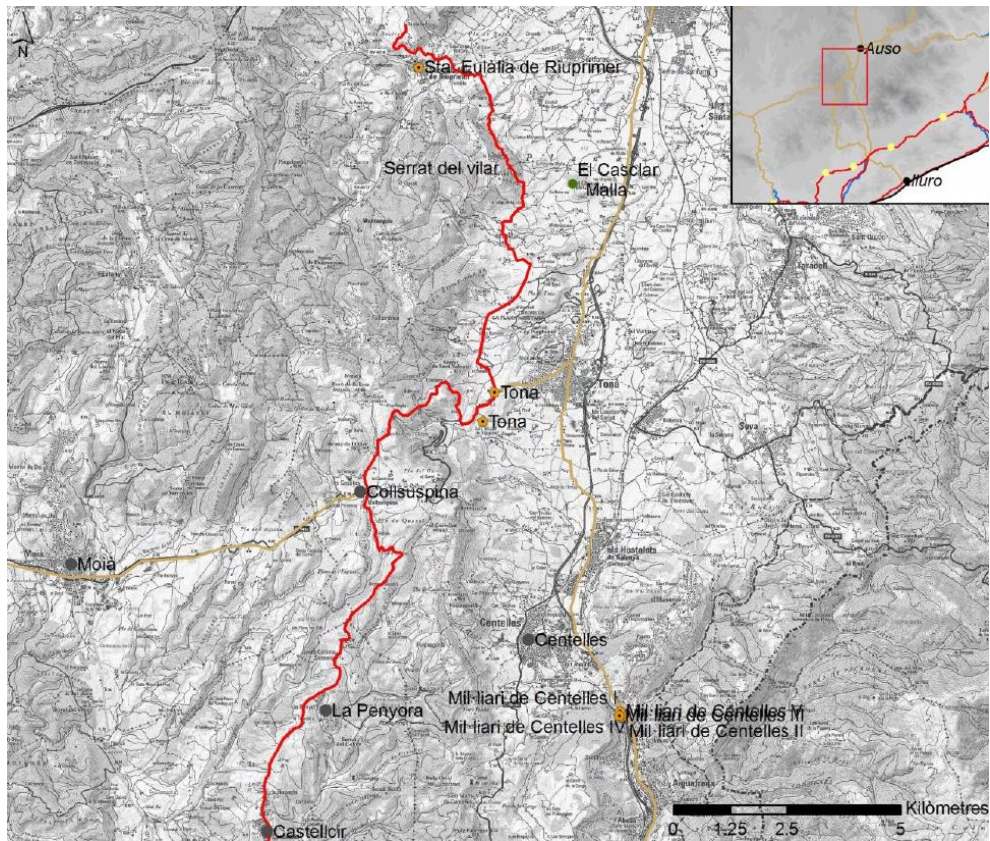


Figura 23. Primer tramo del recorrido de la Vía de Manio Sergio. Soto (no publicado): 205, fig. 142.

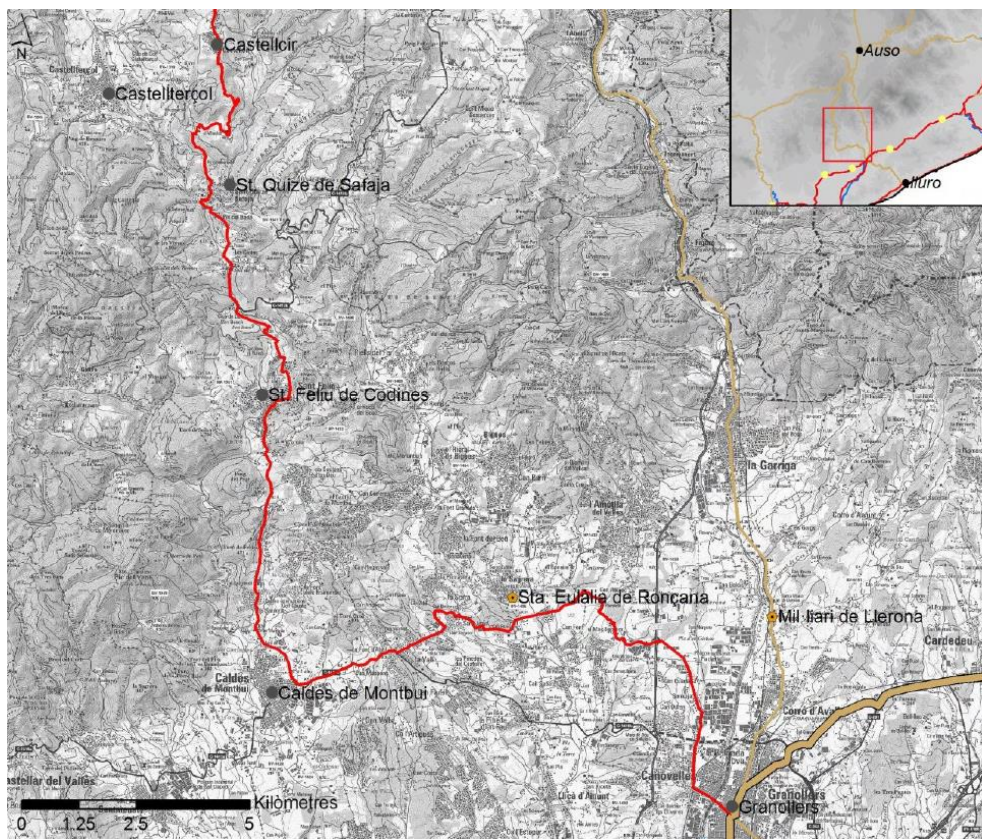


Figura 24. Segundo tramo del recorrido de la Vía de Manio Sergio. Soto (no publicado): 206, fig. 143.

3.5. La Layetania, un Estado arcaico

Establecidos los límites y las principales vías de comunicación del territorio layetano, es importante entender –cuanto menos, conocer– cómo estaba organizada políticamente esta área antes de la conquista romana⁶⁸. Solo así se puede comprender hasta qué punto dicha infraestructura pudo haberse modificado en el momento en que la ceca objeto de estudio emitió su numerario.

Según el modelo teórico vigente en la bibliografía de nuestro país, la organización de los pueblos ibéricos del NE peninsular durante el período conocido como Ibérico Pleno –anterior a la conquista romana– parece responder a un orden y tener una jerarquía muy concreta⁶⁹. Según este modelo genérico y aplicado a toda la actual Cataluña, existe una serie de asentamientos de primer orden cuya extensión aproximada ronda las 10 hectáreas, llegando a 18 en el caso de Ullastret. Estos núcleos urbanos eran las capitales políticas de extensos territorios (figura 20), y se caracterizaban por la presencia de un sistema defensivo monumental, un urbanismo complejo e importantes instalaciones destinadas a actividades de transformación –metalurgia, cerámica, etc.⁷⁰–. Por otro lado, las desigualdades sociales eran muy claras en estos núcleos; especialmente, en lo que a arquitectura doméstica y militar se refiere –complejas casas de hasta 350 m² organizadas en torno a un patio central frente a los 20-40 m² de las viviendas comunes⁷¹–.

Además de estos centros urbanos –que ejercerían la capitalidad del territorio–, pueden encontrarse asentamientos de segundo orden que fueron residenciales en su mayoría y con entre 2 y 4 hectáreas de superficie construida. Tales asentamientos se situarían a distancias más o menos equidistantes entre sí organizando y poblando el territorio; al menos, en la vertiente que mira al mar⁷². Son poco conocidos en general, pero parece que ocupaban las laderas marítimas de las colinas y poseían una cierta complejidad estructural; además, estarían bien fortificados.

Dentro de esta compleja estructura organizativa, existió un tercer grupo compuesto por aquellos *oppida* que no sobrepasaban la hectárea de superficie –normalmente, media hectárea construida–. Se trata de asentamientos con fortificaciones muy sencillas que se adaptaban a la configuración del terreno –muralla perimetral con viviendas adosadas– y solían carecer de torres –a excepción de las puertas, en las que estas estructuras eran más frecuentes–. Su

⁶⁸ No es intención de este trabajo tratar la formación y evolución de los estados arcaicos en el NE peninsular. A este respecto, se recomienda Sanmartí 2004, y Sanmartí y Santacana 2005.

⁶⁹ Sanmartí y Santacana 2005: 60-66; Sanmartí 2009.

⁷⁰ Sanmartí y Santacana 2005: 60-61.

⁷¹ Sanmartí 2004: 24-25.

⁷² Sanmartí y Santacana 2005: 62.

sencilla distribución urbanística se disponía en torno a una o dos calles centrales. Estos poblados siempre estaban situados en alto, por lo que se ha considerado que eran lugares de vigilancia, defensa y control del territorio –también como aldeas agrícolas–. Dentro de este grupo, encontramos una variante constituida por núcleos residenciales fuertemente fortificados con viviendas complejas y mucho material de importación (bienes de prestigio). Se ha propuesto que se trata de enclaves aristocráticos desde los que se controlaba a la población campesina y las vías de comunicación.

Finalmente, existió un cuarto nivel compuesto por núcleos de dimensiones reducidas –nunca superiores a los 2.500 m²– y cercanos a los campos de cultivo que han sido relacionados con la producción agrícola. No obstante, la presencia de este tipo de asentamientos no es global ni se documenta por igual en todos los territorios del NE peninsular.

En resumen, este modelo propone la existencia de Estados arcaicos⁷³ desde la Segunda Edad del Hierro en los que un *oppidum* central –normalmente, con más de 10 hectáreas de extensión– ejercía el control sobre un amplio territorio ocupado por *oppida* de menor tamaño y algunas granjas aisladas. Dentro de estos *oppida* menores, cabría distinguir entre los que tenían una finalidad productiva o residencial y unos pocos cuyo fin sería meramente defensivo, asegurando las fronteras del territorio y la seguridad de sus cultivos. La existencia de estos Estados arcaicos, más allá del aspecto arquitectónico y macroespacial, se confirmaría con la aparición y control de los campos de silos, la aparición de un sistema de escritura inicialmente con propósitos administrativos y económicos⁷⁴, y el acceso de ciertos grupos sociales a algunas importaciones (bienes de prestigio). En un momento en el que el poder basado en el prestigio y la ideología resultaban posiblemente insuficientes para preservar la estabilidad social, el poder de las élites se complementó con la aparición de nuevos mecanismos, como las leyes, el Ejército, la burocracia y sus correspondientes sanciones coercitivas⁷⁵.

No obstante, la existencia de un modelo teórico aplicable a un territorio extenso y con realidades étnicas y políticas distintas no implica que este se adapte meticulosamente a realidades concretas de menor tamaño, como por ejemplo, la Layetania. Por ello, y siguiendo el modelo de organización recientemente propuesto

⁷³ Las razones para sugerir la existencia de estados arcaicos van más allá de la mera estructura macroespacial aquí descrita. Los indicios que muestran un sistema ideológico legitimador de una sociedad estratificada en constante evolución –especialmente, desde los siglos VII-VI a. C.– prueban su existencia. Puede encontrarse un excelente estado de la cuestión en Sanmartí (2004).

⁷⁴ De Hoz 1993.

⁷⁵ Sanmartí 2004: 25.

por J. García⁷⁶, se expondrán ahora las pautas de asentamiento y ocupación existentes en el territorio layetano con anterioridad al inicio de la conquista romana relacionándolas con el modelo genérico que acaba de ser desarrollado.

El pueblo layetano gozó de una aparentemente compleja organización social, política y económica que se refleja de forma evidente en sus pautas de asentamiento. La prosperidad del grupo descansaba sobre una economía básicamente agrícola y excedentaria que requería de un estricto control y explotación de las tierras más fértiles situadas en la depresión prelitoral⁷⁷.

Sobre la base de dichos condicionantes (orografía, organización social, política y económica), se ha propuesto una distribución de los *oppida* layetanos en tres ejes bien diferenciados (figura 27)⁷⁸. El primero de estos ejes se situaría en la Sierra Litoral y englobaría –de S a N– los *oppida* conocidos como Turó de la Rovira (Barcelona), Montjuïc (Barcelona), Turó d'en Bosca (Badalona), La Cadira del Bisbe (Premià de Dalt), Burriac (Cabrera de Mar), La Torre dels Encantats (Arenys de Mar) y el de Montpalau (Pineda). Este eje incluye la capital del territorio (Burriac) y toda una serie de poblados que, dentro del modelo general antes expuesto, encajarían bien dentro del segundo grupo (poblados de entre 2 y 4 hectáreas). Normalmente, ocupaban la ladera S de sus respectivas colinas, por lo que tenían un excelente control de la llanura litoral quedando conectados entre sí por el Camí dels Contrabandistes.

La segunda línea de *oppida* –en este caso, interior– ocupaba, en contraposición a la anterior, las cimas de las colinas. Esta privilegiada ubicación les proporcionaría una excelente visión de la depresión prelitoral. Fueron poblados conectados entre sí por el Camí de la Carena y, en general, podrían incluirse en el tercer grupo, aunque con algunas excepciones que, por su tamaño, parecerían corresponder mejor con el segundo. Los más destacados son: Turó de ca n'Olivé (Cerdanyola del Vallès), Les Maleses (Montcada i Reixac), Sant Miquel (Vallromanes), Castellruf (Santa María de Martorelles), Turó Gros de Céllecs (La Roca del Vallès), Turó Cremat, Turó del Vent (Llinars del Vallès) y el Puig del Castell (Cànoves i Samalús).

El tercer eje, mucho menos definido y peor conocido arqueológicamente, lo conformarían yacimientos como La Torre Roja (Caldes de Montbui), Puig Alt (Bigues i Riells) y Castell de Montclún (Sant Esteve de Palautordera).

Entre estas tres líneas de *oppida*, y más allá de las comunicaciones longitudinales entre ellos (Camí de la Carena y dels Contrabandistes), es patente la

⁷⁶ García (no publicado): 53-61.

⁷⁷ García (no publicado): 53-54.

⁷⁸ García (no publicado): 53-61.

existencia de una comunicación visual (figuras 25 y 26) que ayuda a entender esta estrategia de ocupación del territorio⁷⁹. Los poblados pertenecientes al segundo de los ejes expuestos (los ubicados en las cimas de las colinas) tenían una excelente conexión visual entre sí, ya fuese de forma directa o indirecta. Todo lo contrario ocurría entre los *oppida* situados en las laderas de la montaña y de mayor tamaño. Orientados al mar, su conexión visual era deficiente al igual que también lo era la conexión entre los dos ejes, pues tan solo los *oppida* de Burriac-Turó del Vent y Turó d'en Boscà-Puig Castellar podían verse entre sí. Aparentemente, la conexión interior-costa quedaba casi exclusivamente reducida a la capital (Burriac)⁸⁰.

Por tanto, y una vez analizadas las pautas de asentamiento, organización del territorio y las conexiones tanto físicas como visuales entre los *oppida* layetanos, da la sensación de que su organización responde a distintos criterios que la hacen tremendamente compleja y especializada.

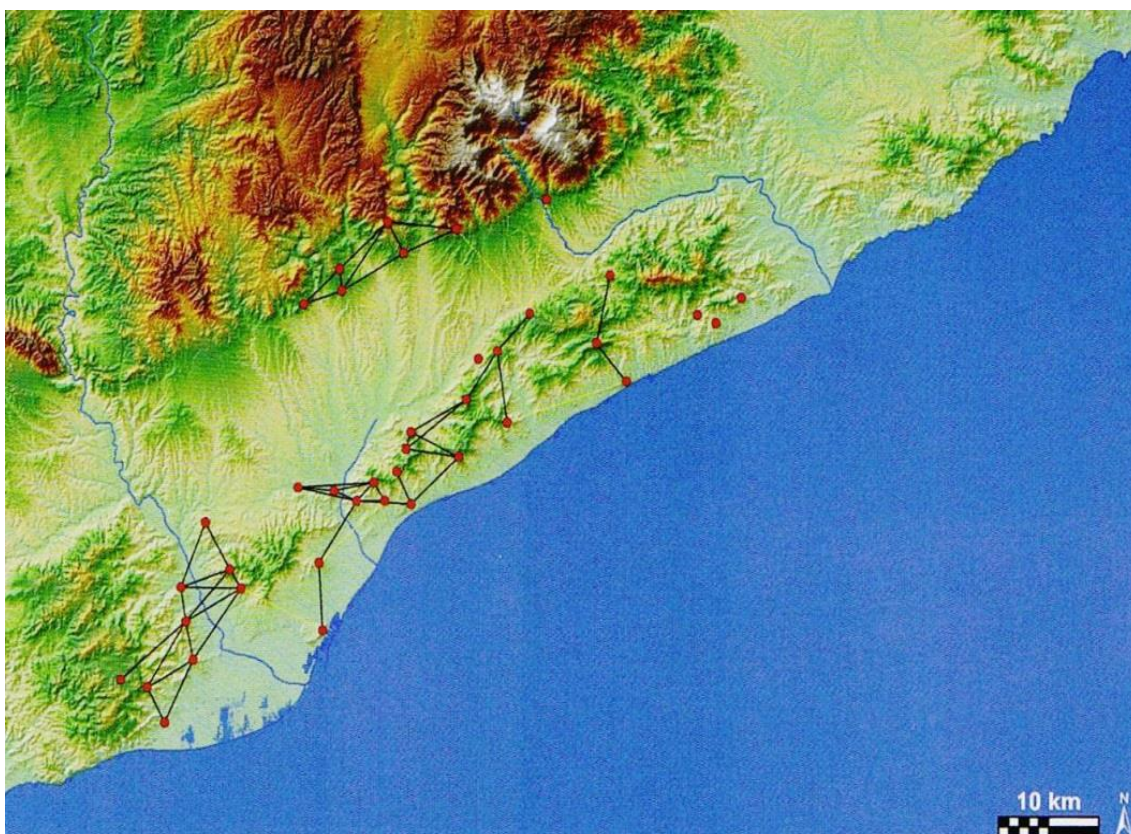


Figura 25. Mapa visibilidad *oppida* layetanos con un radio de 8 km (Sanmartí y Santacana 2005: 78).

⁷⁹ Sanmartí y Santacana 2005: 144; García (no publicado): 55-57.

⁸⁰ No se puede descartar la existencia de torres o atalayas que realizasen esta función y que se desconocen.



Figura 26. Mapa con la visibilidad de los *oppida* layetanos en la zona de la actual Badalona (Ruestes 2008: 371, fig. 7).

Parece evidente que los poblados que forman la segunda y tercera línea de *oppida* (los interiores y en altura) tendrían una función principalmente defensiva y de control del territorio a la que el hábitat se le supeditaba⁸¹. Una hipótesis que explicaría dicha función sería la de poseer el control de la depresión prelitoral⁸², lugar donde se concentraba la producción de grano. Además, y como recientemente ha apuntado García⁸³, estos asentamientos quizá también servían como residencia a la población campesina que cultivaba las tierras. Tampoco puede descartarse la creación de una línea defensiva que protegiera a los poblados de mayor tamaño y a los pasos transversales que, como el Coll de Parpers, enlazaban la costa con la mencionada depresión prelitoral.

⁸¹ García (no publicado): 55-56.

⁸² La depresión prelitoral queda en medio de las dos líneas, por lo que estaría totalmente rodeada y excelentemente bien protegida y controlada.

⁸³ García (no publicado): 59.

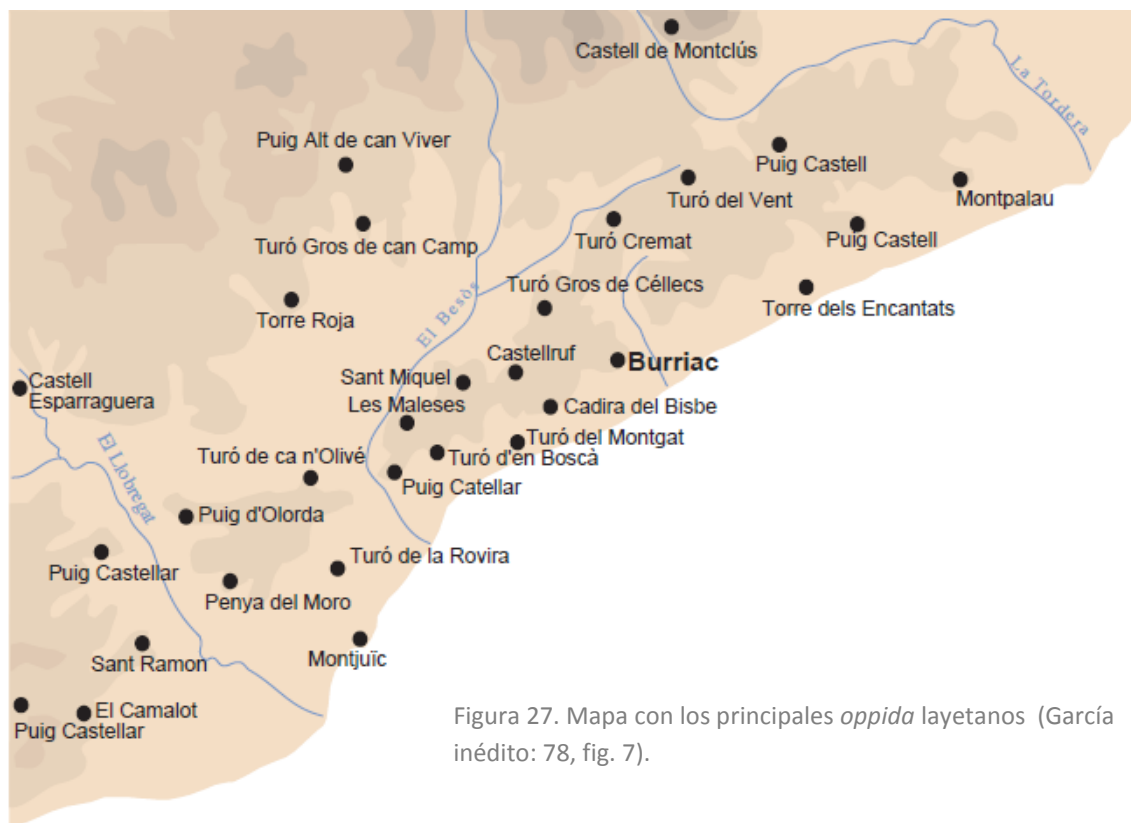


Figura 27. Mapa con los principales *oppida* layetanos (García inédito: 78, fig. 7).

Por el contrario, los poblados de la primera línea –normalmente, de mayor tamaño– aparentemente fueron residenciales –aunque también se realizaban actividades productivas en ellos–. Tal vez ello explique por qué su ubicación no se decidió basándose en criterios defensivos o de control, sino pensando qué lugares serían los más adecuados para albergar a un alto volumen de población, generar un urbanismo complejo y acoger actividades comerciales y de redistribución. Con Burriac a la cabeza, y como centro del poder político de la Layetania ibérica, cabe suponer que las élites locales residían en ellos, una minoría de artesanos especializados –encargados de las actividades de transformación–, guerreros, comerciantes y el grueso de la población adscrita a este territorio (campesinos y ganaderos)⁸⁴. A modo de síntesis, podemos decir que la Layetania, con anterioridad a la conquista romana, parece encajar bien dentro del modelo genérico de poblamiento propuesto para el NE peninsular, configurándose en líneas generales como lo que podríamos denominar «un Estado de tipo arcaico». Eso implica la existencia de un poder centralizado y bien asentado que, desde el siglo IV a. C. por lo menos, realizó una distribución racional y bien organizada tanto de su territorio como de los recursos existentes en el mismo. El registro arqueológico indica que la evolución de este Estado se vio truncada a finales del siglo III a. C. e inicios del II

⁸⁴ Esta jerarquía parece reflejarse muy bien en las necrópolis de Cabrera de Mar (véase capítulo 4).

a. C. con la conquista romana dirigiéndose hacia modelos totalmente distintos que –al menos, para el caso del valle de Cabrera de Mar– se desarrollarán a lo largo de la primera parte de este estudio.

4. EL OPPIDUM DE BURRIAC

Como bien apuntó Dolors Zamora a lo largo del estudio monográfico que dedicó al *oppidum* de Burriac (figura 28) –del que este capítulo no es más que una breve síntesis–⁸⁵, resulta curioso que el primer poblado ibérico descubierto en territorio layetano –así como el de mayor extensión e importancia– siga siendo uno de los peor conocidos en la actualidad.

El *oppidum* ibérico de Burriac ha sido objeto de diversas campañas arqueológicas desarrolladas a lo largo de más de 60 años –entre 1949, cuando Marià Ribas resiguó y documentó un importante tramo de muralla, y 2011, la última llevada a cabo por la propia Dolors Zamora y en la que se volvió a intervenir en la puerta meridional del poblado–. Sin embargo, nunca se ha llevado a cabo un proyecto de investigación conciso, riguroso y que se extendiese en el tiempo todo lo necesario para abordar un estudio de las características que un yacimiento de la importancia y las dimensiones de Burriac requiere.

Al contrario, únicamente se ha realizado una serie de intervenciones arqueológicas puntuales y esporádicas en muchas ocasiones. Hasta la década de 1970, dichas intervenciones tuvieron un carácter altruista gracias a voluntarios y aficionados que no contaban con los recursos necesarios ni con la metodología actual⁸⁶. En 1981, la montaña de Burriac fue catalogada como zona forestal quedando así protegida de la feroz actividad inmobiliaria de la que estaba siendo objeto toda la Sierra Litoral, en la comarca de El Maresme. En 1983, se iniciaron los trámites para declarar al yacimiento BCIN (Bien Cultural de Interés Nacional), lo que parecía iba marcar un antes y un después en la vida y el estudio de este relevante poblado ibérico que, hay que insistir en ello, es imprescindible para comprender el proceso de colonización de nuestro país en la época antigua⁸⁷.

⁸⁵ Zamora 2006-2007: 31-280. En relación con el *oppidum* ibérico, es recomendable la lectura del estudio llevado a cabo por Zamora.

⁸⁶ Jaume Lladó, Marià Ribas o Josep Barberà son, junto con los distintos miembros de la Secció Arqueològica del Museu de Mataró, algunas de las personas a las que hoy se debe gran parte de los datos disponibles para el poblado.

⁸⁷ Zamora 2006-2007: 31-281.

Desafortunadamente, el paso del tiempo ha evidenciado la falta de interés por el mencionado yacimiento, y se sigue esperando la aprobación del expediente incoado. A partir de la década de 1980, las intervenciones realizadas en este poblado ibérico estuvieron dirigidas en su práctica totalidad por la Sección Arqueológica del Museo de Mataró. Todas ellas –a excepción de la llevada a cabo en 2011– se recogieron y reestudiaron en el estudio monográfico que, recientemente, se ha dedicado al *oppidum* en cuestión hubiesen sido, o no, publicadas⁸⁸.

No es la intención de este capítulo analizar el poblado ibérico de Burriac con detalle, lo que sí hace el exhaustivo trabajo de Dolores Zamora⁸⁹, pero presentar brevemente las fases y evolución de este asentamiento parece imprescindible para poder entender el contexto histórico y arqueológico del valle de Cabrera de Mar. Se prestará especial atención a los dos últimos siglos de la vida del yacimiento, momento que se solapa con la actividad de la ceca de **ilduro** y el proceso de colonización que, presumiblemente, acaeció en el valle de Cabrera de Mar.

Hasta la fecha, se han diferenciado en el *oppidum* cinco fases distintas distribuidas por un extenso marco cronológico que engloba, con toda certeza, desde el siglo VI a. C. hasta la primera mitad del siglo I a. C.⁹⁰. Tales fases y sus elementos más destacados son los siguientes:

Figura 28. Imagen de la montaña de Burriac tomada desde El Montcabrer (fotografía del autor).



4.1. Fase I. El siglo VI a. C.

En ella, se documenta el que parece ser primer asentamiento estable en la ladera de la montaña de Burriac –aunque algunos materiales pertenecientes a esta fase pueden fecharse ya en la época del Bronce Final–. Así, los restos de estructuras de hábitat más antiguos parecen localizarse en el tiempo hacia el siglo VI a. C., y se trata de varios hogares de tipología similar –tres como mínimo, todos ellos documentados en la campaña de 1984– que podrían formar parte de diferentes estructuras de hábitat simples entre las que, al menos, sería posible

⁸⁸ Zamora 2006-2007: 31-280.

⁸⁹ Zamora 2006-2007.

⁹⁰ Las fases que aquí se resumen brevemente pueden encontrarse desarrolladas de forma más extensa y detallada en el trabajo de Zamora 2006-2007: 281-303.

diferenciar un fondo de cabaña⁹¹. Posiblemente sean los únicos y escasos restos del inicio del proceso de «iberización» de Burriac que se conservan. Es un suceso que podría deber sus orígenes a los contactos comerciales –intercambio de bienes de consumo– establecidos con los diferentes pueblos colonizadores del Mediterráneo occidental⁹² y, especialmente, con las colonias Foceas de occidente, que, a partir de *Massalia* –fundada en el 600 a. C.⁹³–, experimentaron un importante proceso de expansión a lo largo del siglo VI a. C. que culminaría en el control de gran parte de las costas peninsulares⁹⁴.

4.2. Fase II. Siglo V a. C. hasta el último cuarto del siglo IV a. C.

Aunque esta es una fase de la que apenas se conserva evidencia alguna, parece caracterizarse por la transformación del pequeño núcleo de hábitat en cabañas en otro más elaborado basado en la edificación mediante un zócalo construido en piedra y una superestructura posiblemente construida utilizando adobe. Poco se sabe acerca de las estructuras conservadas –hasta cuatro estructuras de hábitat, entre las que destacan un horno y dos hogares– más allá de una serie de materiales de importación coetáneos con la fase descrita y normalmente encontrados sin un contexto arqueológico fiable al que puedan adscribirse –fragmentos de kylix, skyphos, lékanis y crateras de figuras rojas, entre otros⁹⁵–. Difícilmente pueden asociarse con este período, y la única evidencia fiable de ocupación de Burriac en esta segunda fase es un nivel arqueológico del que se desconoce su función y cuyo material puede datarse a finales del siglo IV a. C.: un vaso de figuras rojas y un bol de la forma Lamb. 27 del Taller de las Pequeñas Estampillas⁹⁶.

4.3. Fase III. Último cuarto del siglo IV a. C. y siglo III a. C.

Esta parece ser la fase en que el núcleo poblacional –que evolucionó en la ladera sur de Burriac desde el Bronce Final– se consolida como un auténtico *oppidum* bien planificado, con las consecuentes características arquitectónicas y políticas que ello conlleva.

⁹¹ Zamora 2006-2007: 282.

⁹² García y Zamora 1993: 148.

⁹³ Sobre la fundación de *Massalia*, es recomendable consultar la síntesis realizada por Ebel 1976: 5-6.

⁹⁴ Estrabón: 3.4.6 hace referencia a la existencia, entre el Sucrio y Cartago, de tres pequeñas villas de fundación massaliota de las que *Hemeroskopeion* es la más conocida. A estos enclaves de difícil asociación arqueológica hay que sumar los bien conocidos de *Emporion* y Rhode.

⁹⁵ Rouillard 1981.

⁹⁶ Zamora 2006-2007: 282.



Figura 29. Imagen de una de las torres del poblado ibérico de Burriac.

En este momento, se dotó al asentamiento de un complejo y estructurado sistema defensivo. Su entramado tiene como base y elemento más emblemático una muralla perimetral –con tramos fechados en el último cuarto del siglo IV a. C.– con claras características defensivas, como la incorporación de diferentes torres –incluidas las del sector oriental, todas ellas de planta cuadrangular⁹⁷–. Del mismo momento histórico pudiera ser el denominado «edificio público», aunque las evidencias que lo vinculan a esta etapa de la vida del poblado parecen tener que ver en esta ocasión con la tipología de las estructuras –aparentemente ligadas a un poder centralizado y fuertemente asociado con el territorio– más que con los datos procedentes del registro arqueológico⁹⁸.

Finalmente, también se han constatado estructuras de hábitat simples de carácter doméstico –por otra parte, las que deberían ser mayoritarias– cerca de la muralla y de la torre del sector occidental del poblado. Sobre estas estructuras –que podrían indicar una fase caracterizada por la construcción de viviendas adosadas a la base de la muralla– solo se ha podido fechar su abandono, que se produjo en algún momento indeterminado del último cuarto del siglo III a. C. También pertenecientes al siglo III a. C. parecen ser las estructuras delimitadas en

⁹⁷ Sobre el sistema defensivo, véase Zamora 2006-2007: 31-33.

⁹⁸ Sobre el denominado «edificio público», véase Zamora 2006-2007: 88-93.

el sector central del *oppidum*; en opinión de Zamora, podría ser un sector del poblado ya urbanizado en este período⁹⁹.

Prácticamente contemporáneos a esta fase, aunque localizados fuera de las murallas del poblado, pueden encontrarse dos tipos de yacimiento muy característicos que no pueden dejar de asociarse con la presencia del *oppidum* de Burriac. Son, naturalmente, las áreas de necrópolis –se conocen tres, aunque solo dos parecen estar directamente relacionadas con el *oppidum*– y los campos de silos.

Excavada durante la campaña llevada a cabo en 1986-1987, la necrópolis conocida como El Turó dels Dos Pins¹⁰⁰ se compone de un total de 94 tumbas cuyos *loculi* funerarios –siempre de forma cilíndrica– están excavados en la roca y nunca sobrepasan el metro de diámetro (figura 30). La urna cineraria preferida acostumbraba a ser un ánfora ibérica alrededor de la cual se depositaba cuidadosamente el ajuar funerario. Aunque pueden responder a tipologías algo distintas¹⁰¹, sus características básicas son uniformes y forman un conjunto homogéneo. La cronología de esta extensa necrópolis –que, sin lugar a dudas, ha de vincularse con el *oppidum* de Burriac por su proximidad y tamaño– parece ocupar toda la segunda mitad del siglo III a. C., y se prolongaría hasta principios del siglo II a. C.¹⁰². La necrópolis del Turó dels dos Pins no es un caso aislado en el valle de Cabrera de Mar, donde, además, la necrópolis de Cand Rodon de L'Hort¹⁰³ –de la que se conocen 14 tumbas a día de hoy, pero que aún no ha sido totalmente excavada– es conocida desde 1888. De características muy similares a las de Dos Pins, podría fecharse entre finales del siglo IV a. C. e inicios del siglo II a. C., pero es imposible precisar más la cronología de su abandono, puesto que este se ha datado basándose en el barniz negro. Ambas necrópolis pudieron estar destinadas al enterramiento de unas élites layetanas que, con casi total certeza, residían en el *oppidum* de Burriac.

En lo referente a los campos de silos, la colmatación de los silos de Can Modolell-Can Miralles¹⁰⁴ y de Can Bartomeu también se documenta a lo largo de esta fase; cuanto menos, en la mayoría de los casos. El primero de los dos conjuntos de silos –se han documentado hasta 14 de importante capacidad– fue amortizado a finales del siglo III a. C. e inicios del siglo II a. C., si bien algunos silos ya habían sido vaciados con anterioridad –segunda mitad del siglo IV a. C.– y otros

⁹⁹ Zamora y García 2005; Zamora 2006-2007: 283.

¹⁰⁰ Para más detalles acerca del yacimiento, véase García 1991; García y Zamora 2005.

¹⁰¹ García 1991: 114.

¹⁰² El autor de esta tesis agradece a Dolors Zamora la información facilitada

¹⁰³ Para más detalles acerca del yacimiento, véase De la Serna 1888 y Barberá 1968; 1969.

¹⁰⁴ Para más detalles acerca del yacimiento, véase Pujol y García 1982-1983.

pocos lo fueron posteriormente –mediados del siglo II a. C.–. El segundo grupo, el de Can Bartomeu, se compone de 30 silos de los cuales 5 fueron amortizados a lo largo del tercer cuarto del siglo III a. C. y 8 en el período que coincide con la amortización de las necrópolis; esto es, finales del siglo III y principios del siglo II a. C..

Parece evidente que fue entonces cuando se usó la mayor parte de las reservas alimenticias disponibles en la zona.

Este período ha sido entendido como el momento en que el *oppidum* de Burriac pasó de ser un asentamiento en altura a convertirse en el centro del poder político de la Layetania ibérica. Desde Burriac, se organizará jerárquicamente un importante territorio (véase capítulo 3), como así indican los cambios urbanísticos y la creación de un imponente sistema defensivo. Tales cambios, por otra parte, no fueron sino el reflejo de una creciente estructura política, económica, social y cultural¹⁰⁵, estructura de la que se nutrirá el posterior proceso de colonización que tendrá lugar en las fases IV y V, y que supondrá el máximo apogeo del *oppidum* así como su posterior abandono.



Figura 30. Imágenes de las tumbas de la necrópolis del Turó dels Dos Pins (fotografías de A. Martín y F. Bayés).

¹⁰⁵ Zamora 2006-2007: 286.

4.4. Fase IV. Segunda mitad del siglo II a. C.

A partir de la segunda mitad del siglo II a. C., parece que se producirán remodelaciones importantes en el poblado de Burriac. Posiblemente, es la fase en la que se muestran un gran desarrollo urbanístico y demográfico –tanto del *oppidum* como del resto del valle–. No parece posible desvincular a esta nueva etapa de episodios bien conocidos, como la llegada a *Emporion* de contingentes itálicos con motivo de la Segunda Guerra Púnica (218 a. C.), la revuelta indígena del 197 a. C. y la posterior represión del cónsul Catón –posiblemente, las causas que propiciaron el declive de la fase anterior– o, a menor escala, de la construcción del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar.

En los aspectos urbanístico y arquitectónico, hay que destacar en primer lugar una importante reorganización urbanística unida a la adopción de algunas técnicas constructivas y materiales característicos de la península Itálica –pero sin perder otros propios de la cultura ibérica, con los que parecen convivir–, como el uso de *tegulae* e *imbrices* –revestimientos fabricados con mortero de cal– de *dolia* o de pavimentaciones en *opus signinum*, entre otros.

No obstante, la remodelación urbanística de Burriac irá mucho más allá de la mera adopción de las técnicas o los materiales itálicos. La edificación y reutilización de estructuras tan características y emblemáticas dentro de la arquitectura del poblado como la puerta meridional (figura 32) –construida utilizando una técnica muy cercana al *opus quadratum* romano¹⁰⁶ y que claramente pretende dotar al asentamiento de un acceso principal de tipo monumental–, la construcción de una vivienda en el llamado «edificio público» (figura 33) –lo que indica que dicho edificio estaba en desuso a esas alturas de la vida del poblado¹⁰⁷– o la aparición del almacén de *dolia* (figura 34) –una iniciativa que parece deberse a una estructura política y social más compleja al igual que la reforma de la puerta meridional– deben situarse en este momento. El «almacén de *dolia*» es un espacio dedicado al almacenamiento que llama la atención por sus dimensiones, y todo indica que su finalidad –comercial o industrial– sobrepasa nuevamente el ámbito de lo privado¹⁰⁸.

¹⁰⁶ Se desconoce cuándo se construyó este edificio, pero –como ya se ha indicado– estaba en funcionamiento en el siglo III a. C. Para más información sobre la construcción y características de la puerta meridional del poblado, véase Zamora 2006-2007: 252-257.

¹⁰⁷ Para más información sobre la construcción y características del «edificio público», véase Zamora 2006-2007: 88-96.

¹⁰⁸ Para más información sobre el almacén de *dolia*, consúltese Zamora 2006-2007: 94-111.

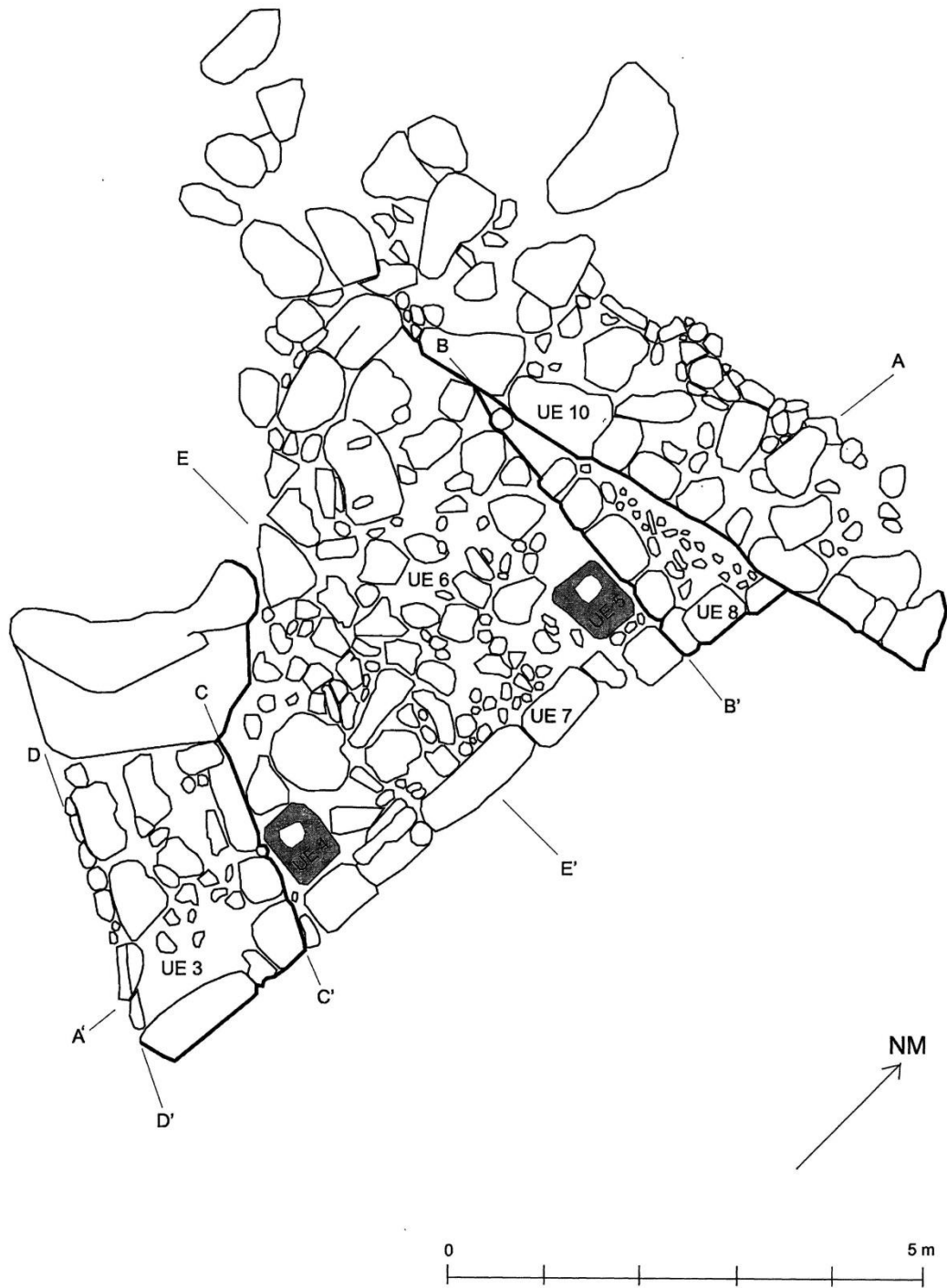


Figura 31. Planta de la puerta meridional de Burriac. Zamora 2006-2007: fig. 1.



Figura 32. Imágenes de la puerta meridional de Burriac (fotografías de A. Martín).

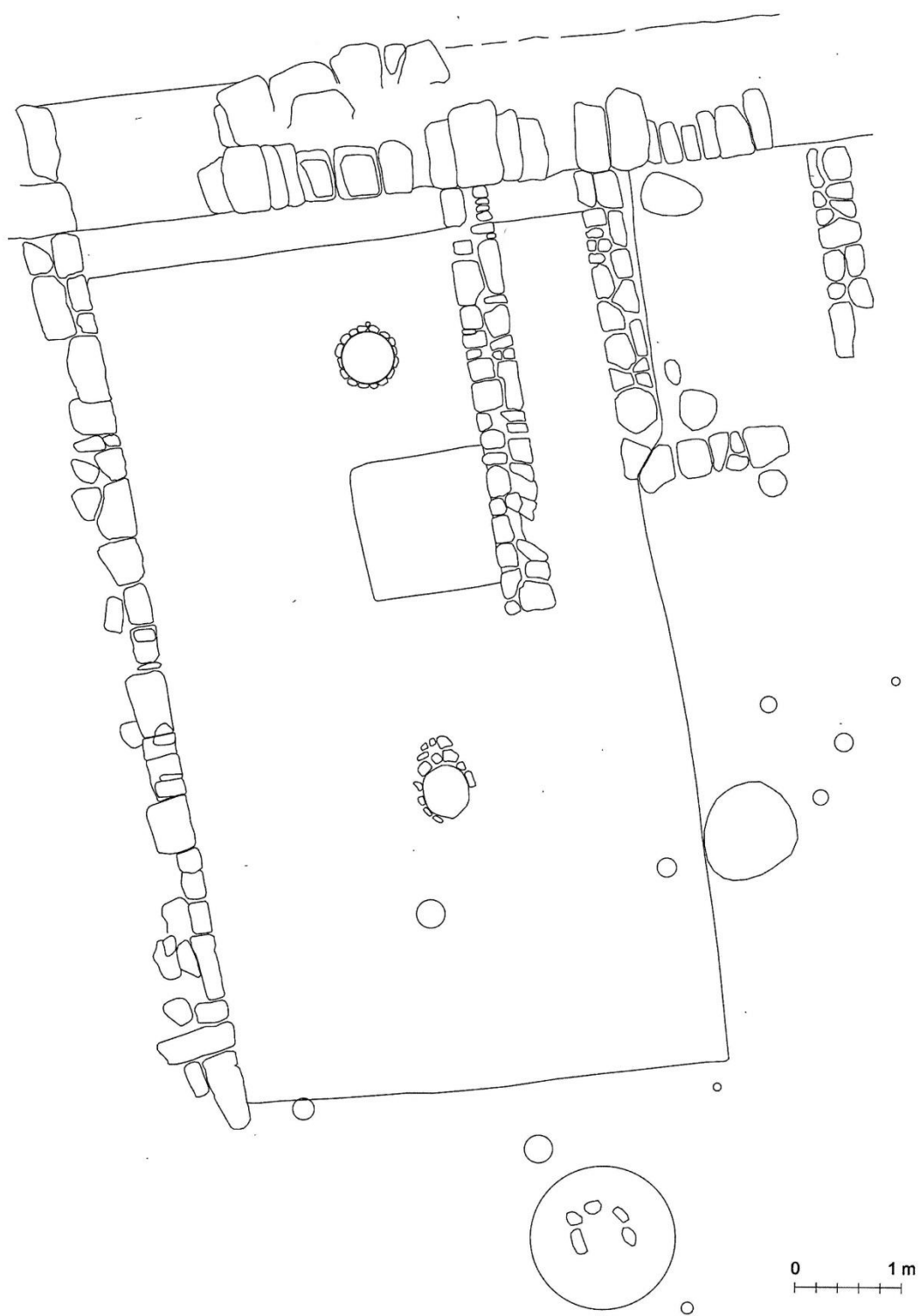


Figura 33. Planta del llamado «edificio público» de Burriac (Barberà y Pascual 1979-1980).

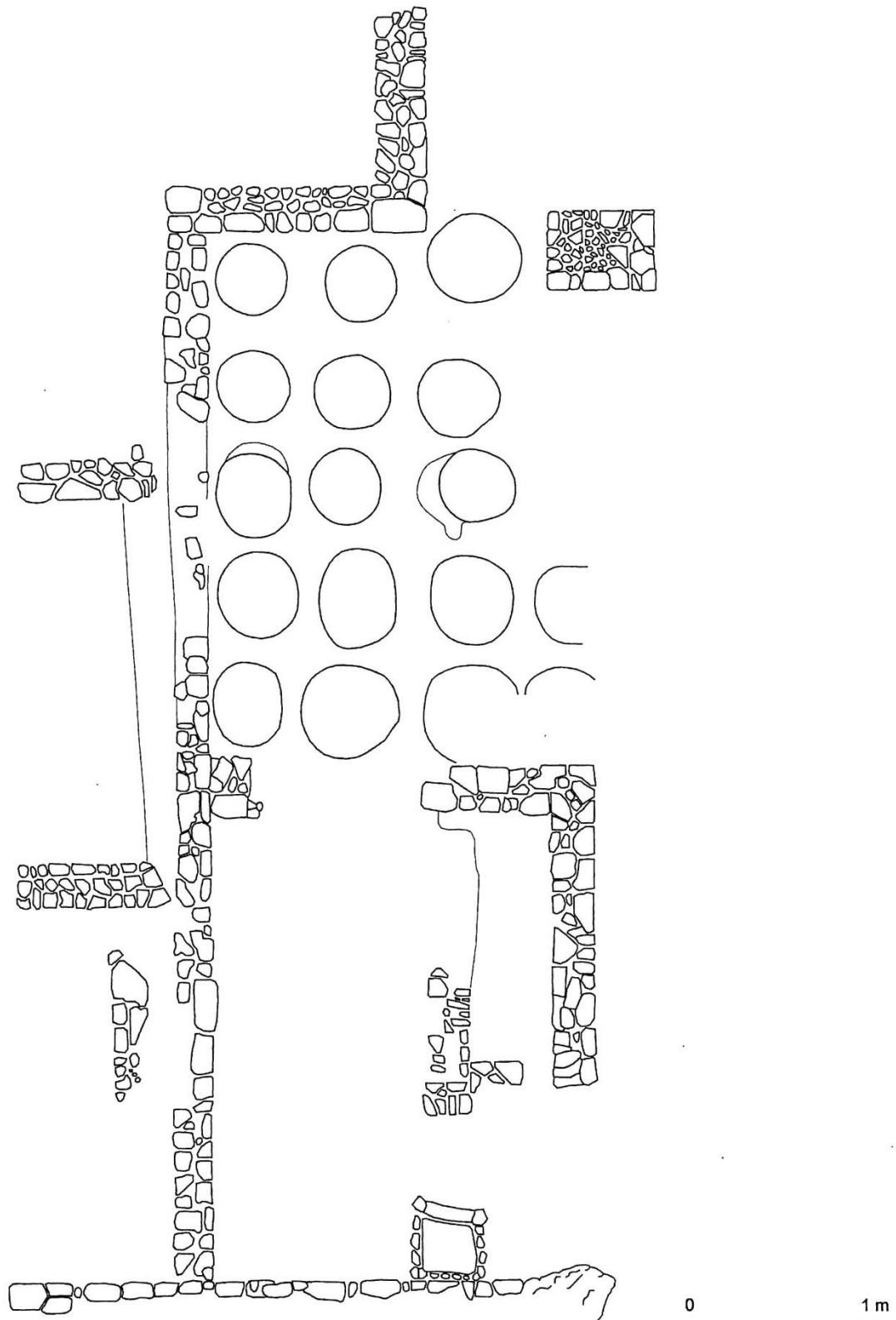


Figura 34. Planta del llamado «almacén de *dolia*», de Burriac (Barberà y Pascual 1979-1980).

Parece evidente que, en Burriac, existe un espacio muy característico y especializado que no puede relacionarse con lo doméstico o lo privado al menos ya desde mediados del siglo II a. C. Al contrario, podría indicar la existencia de un claro poder centralizado que estructura al *oppidum* y le confiere los mecanismos necesarios para que funcionase como el asentamiento urbano de grandes dimensiones y densamente poblado que fue.

Contrastando con la aparente función de este nuevo espacio, es importante destacar la presencia de un conjunto de silos amortizados durante esta fase y la siguiente. Se trata de silos aislados, localizados intramuros y que fueron excavados en el interior de espacios domésticos –los silos 36 y 37 son un buen ejemplo de ello–, lo que parece indicar que se pudo haber generalizado un sistema de almacenamiento privado basado en la unidad familiar durante las fases finales del poblado.

Finalmente, el sector central del poblado aporta una última prueba –aunque con menos peso– de la remodelación y construcción de nuevas edificaciones en el mismo. Debe mencionarse aquí la construcción de cuatro nuevas viviendas que, según indica Zamora, podrían tener una orientación algo distinta a las estructuras anteriores. Además, se han documentado nuevos sectores construidos por primera vez en áreas antes no habitadas, como la vivienda de la zona de Can Gaspar, excavada en el año 1983.

Tales datos podrían ser nuevamente indicativos de la profunda reestructuración sufrida en Burriac a lo largo de este período. Citando a Zamora –«*assistim a la que podríem qualificar com a refundació, i no només de del punt de vista urbanístic, de l'oppidum ibèric de Burriac*¹⁰⁹»– cabría pensar que el poblado no solo debió de modificarse o reorganizarse durante esta fase, sino –lo que es más importante–, se documenta un estallido de la cultura material importada –de carácter itálico esencialmente– (véase capítulo 6). Eso demuestra que el poblado ibérico volvió a ser un relevante centro para el comercio, la redistribución y el control del territorio tanto en el territorio layetano como en todo el NE peninsular tras una fase poco clara –correspondiente a la primera mitad del siglo II a. C. de la que prácticamente no hay información alguna–. Quizá la principal diferencia con respecto al período anterior –aparte de una estructura viaria y urbanismo distintos– resida en el hecho de que, en ese momento, las decisiones de este importante centro podrían estar tomándose desde el asentamiento vecino, en el que –supuestamente– se instalaron las élites locales junto con una minoría de personajes relevantes (militares, comerciantes, etc.) de origen itálico. Nuevamente

¹⁰⁹Zamora (2006-2007, 286).

en palabras de Dolores Zamora, «[...] es tracta de l'etapa del Burriac romanitzat i, alhora, romanitzador del territori¹¹⁰».

4.5. Fase V. Primera mitad del siglo I a. C.

Responde a la fase final de un asentamiento que parece ser abandonado de manera progresiva y pacífica sin que, de momento, dicho final pueda relacionarse con episodio bélico o traumático alguno. Los síntomas iniciales de abandono se documentan durante los inicios del siglo I a. C. –concretamente, en torno a los años 100-90 a. C.–, y afectan a la cisterna del poblado¹¹¹ y a un importante número de habitaciones¹¹². Posteriormente, se produjo un segundo episodio –alrededor de los años 80-70 a. C.– en el que se abandonará un importante número de estructuras, entre las que destacan una nueva batería de viviendas y el almacén de *dolia*; adicionalmente, la cisterna pasará a utilizarse como vertedero¹¹³. Parece evidente que –aparte de la perduración de núcleos de hábitat en Burriac– todo aquello que apuntaba a un núcleo urbano importante y fuertemente jerarquizado en la fase anterior –que incluso podría haber funcionado como un importante centro de redistribución– se abandonó en estos momentos. Sin duda, resulta tremendamente significativo que dichas amortizaciones se produzcan paralelamente al abandono del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, que se iniciará entre el 90-80 a. C.¹¹⁴ y se desarrollará durante el primer cuarto de la centuria (véase capítulo 5) coincidiendo con la fundación de la nueva ciudad de *Iluro* –fundación *ex novo* recientemente fechada en el 80-70 a. C.¹¹⁵– y con una importante reorganización que afectará al NE peninsular en un primer momento y que parece se extenderá por toda la Hispania Citerior¹¹⁶.

A pesar de la decadencia que pudiera estar viviendo el *oppidum* de Burriac contemporáneamente con estas primeras fases de abandono (90-70 a. C.), se siguen detectando niveles de ocupación e, incluso, un cierto dinamismo en algunos sectores del poblado. Prueba de ello son las remodelaciones acaecidas en el sector central, en el que se construye una –al menos– nueva vivienda y se documenta la apertura de una calle. Por otra parte, todo apunta a que algunas áreas del poblado siguen usándose en esos momentos.

¹¹⁰ Zamora 2006-2007: 287.

¹¹¹ Miró *et al.* 1988.

¹¹² Zamora 2006-2007: 285.

¹¹³ Zamora 2006-2007: 285.

¹¹⁴ Como se verá en la parte final de este trabajo, dicho momento de abandono es coetáneo a muchos de los cambios que tendrán lugar en la ruta costa-interior (véase capítulo 19).

¹¹⁵ García (no publicado): 520-525.

¹¹⁶ Pina Polo 1993.

Sobre la base del estrato de amortización más moderno documentado en el poblado ibérico, se puede plantear la hipótesis de la existencia de un hábitat residual que parece permaneció activo hasta mediados del siglo I a. C. (50-40 a. C.), momento en que se fecha el abandono final del asentamiento; por otro lado, es muy difícil cuantificar el número de habitantes que conformaban dicho hábitat residual.

Los indicios señalan que la montaña de Burriac no será nuevamente ocupada hasta la época medieval, aunque no es posible descartar ocupaciones parciales o esporádicas que aún no han podido ser documentadas.

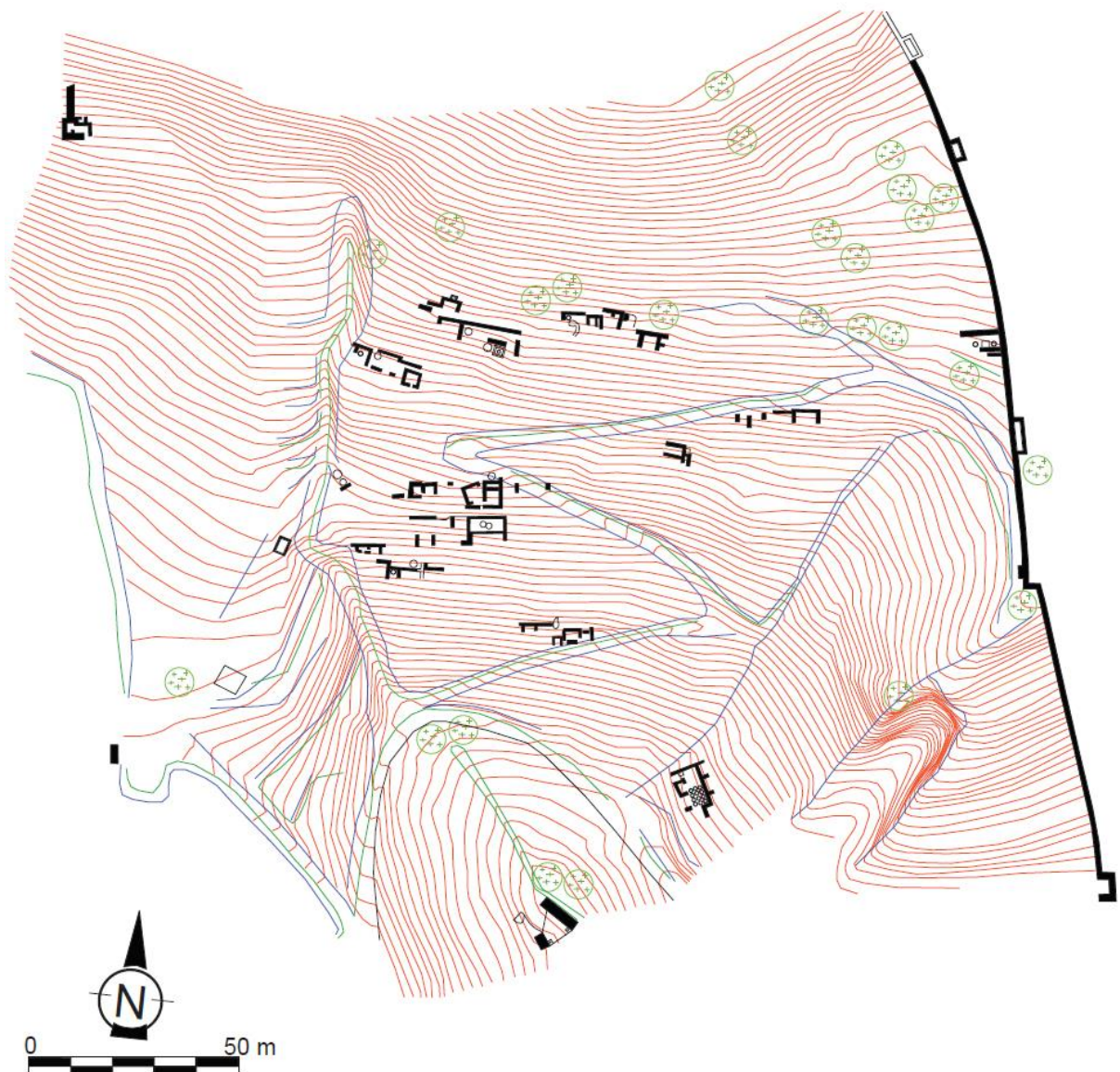


Figura 35. Planta del *oppidum* ibérico de Burriac. García (no publicado): 81, fig. 9.

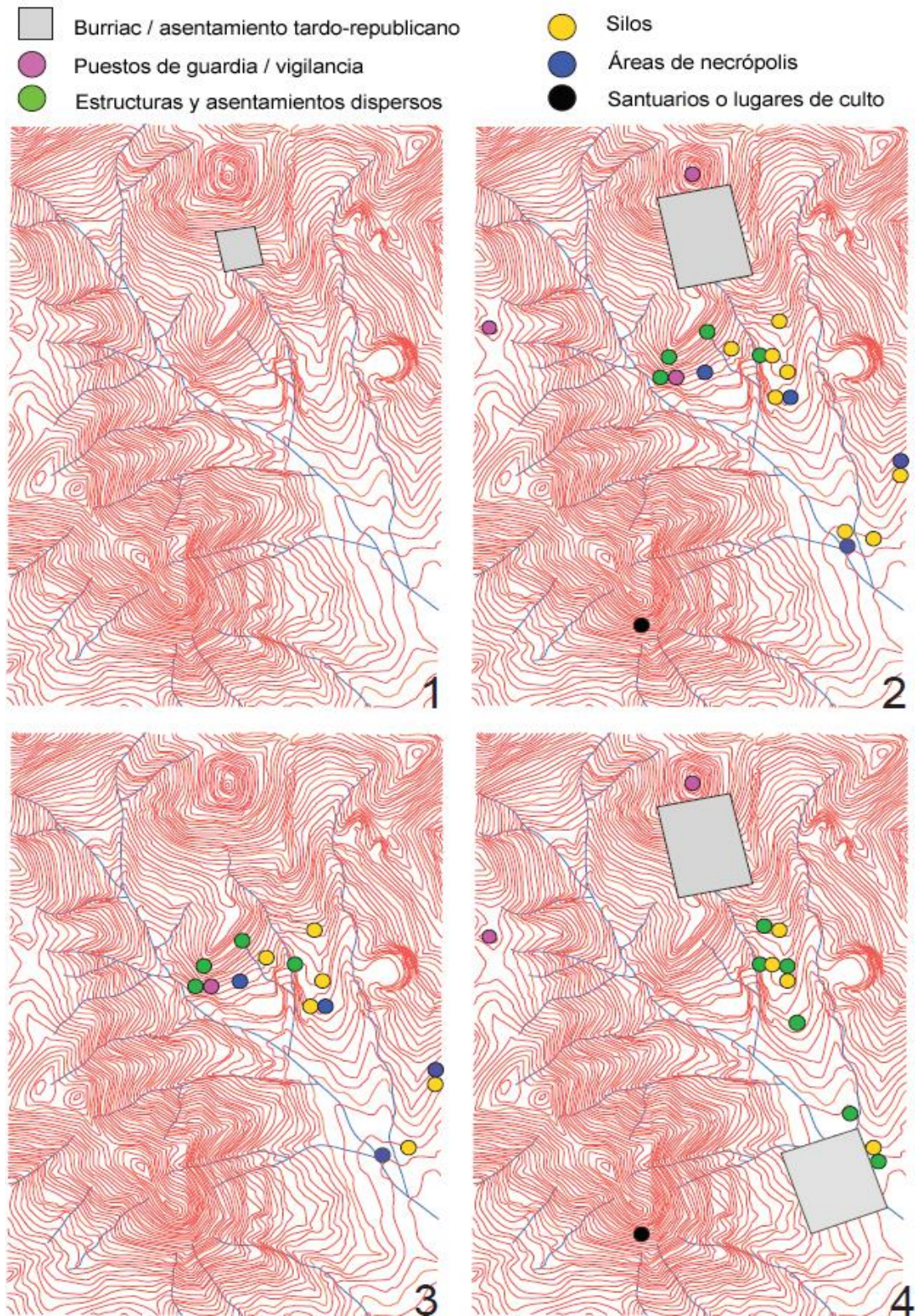


Figura 36. Evolución del poblamiento en el valle de Cabrera de Mar. 1. Poblamiento desde mediados del siglo VI a. C. al siglo IV a. C. 2. Poblamiento desde el siglo IV a. C. hasta finales del siglo III a. C. 3. Abandonos de finales del siglo III a. C. e inicios del siglo II a. C. Poblamiento a mediados del siglo II a. C. hasta mediados del siglo I a. C. García (no publicado): fig. 10.

4.6. Otros asentamientos ibéricos del valle

Toda una serie de asentamientos dispersos –que han de relacionarse con el poblado ibérico de uno u otro modo– se ubican en las elevaciones que rodean al *oppidum* de Burriac en un radio no superior a los 800 m y tomando su puerta meridional como centro de ese círculo imaginario¹¹⁷. Organizados a partir de los ejes de comunicación que constituyen los actuales cascos antiguos de Cabrera de Mar, la Riera y el Torrente de Sant Feliu, se documentan hasta cuatro tipos distintos de yacimientos (hábitat, necrópolis, vigilancia y almacenaje) con características funcionales y formales bien diferenciadas, y pueden agruparse en dos grupos cronológicos¹¹⁸:

Los asentamientos más antiguos (finales del primer cuarto del siglo IV-siglo III a. C. y hasta mediados siglo II a. C.) situados en esta área están constituidos por estructuras de tipo negativo –como los campos de silos o las necrópolis– o constructivas –ya sean de habitación o vigilancia–. Estas últimas, como el Turó de l’Infern, la cima de Burriac o la Torre de Dos Pins, siempre se encuentran ubicadas en altura y son poco conocidas¹¹⁹. El yacimiento más importante y mejor conocido dentro de este grupo quizá sea El Turó dels Dos Pins (las características de su necrópolis ya han sido previamente comentadas), que reúne a tres de los cuatro tipos de yacimientos descritos (hábitat, vigilancia y necrópolis) en un mismo lugar (figura 39)¹²⁰. Entre las necrópolis, no pueden dejar de mencionarse la de Can Rodon de l’Hort –también tratada con anterioridad– o la de Can Ros, con hasta cinco tumbas distribuidas en una superficie no superior a 50 m². Por lo que a los campos de silos se refiere, parecen estar ubicados a ambos lados de los ejes de población anteriormente citados (la riera y el torrente de Sant Feliu), siendo ejemplos muy significativos los yacimientos conocidos como Can Borràs, Ca l’Esteban, Ca l’Angusto, Can Bartomeu (figura 37), Can Miralles-Can Modolell, Camí de Can Segarra, etc.¹²¹. Por último, dentro de este primer grupo de yacimientos cuya datación inicial –y también final en muchos casos– se puede establecer antes de la construcción del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, solo queda reseñar el santuario de la Cova de les Encantades (figura 38). Está situado en la montaña del Montcabrer –a 312 m de altura–, la cual cierra el valle por la parte de poniente. Se trata de una cueva en la que parece se habrían llevado

¹¹⁷ El objetivo de esta tesis no es analizar dichos asentamientos uno a uno, tarea meticulosamente realizada en trabajos anteriores por Dolors Zamora 2006-2007: 306-309.

¹¹⁸ García y Zamora 1993.

¹¹⁹ Para saber más sobre los puntos de control del territorio, véase García y Zamora 2005; Zamora 2006-2007: 308.

¹²⁰ García 1991; Zamora 2006-2007: 306 y 309.

¹²¹ Una síntesis sobre las diferentes áreas de almacenaje puede encontrarse en García y Zamora 2005; Zamora 2006-2007: 307-309.

a cabo prácticas de tipo cultual al menos desde el siglo IV a. C. y que perdurará hasta el abandono del valle en momentos avanzados del siglo I a. C.¹²² conviviendo en su etapa final con otros espacios de culto aparentemente de carácter itálico.

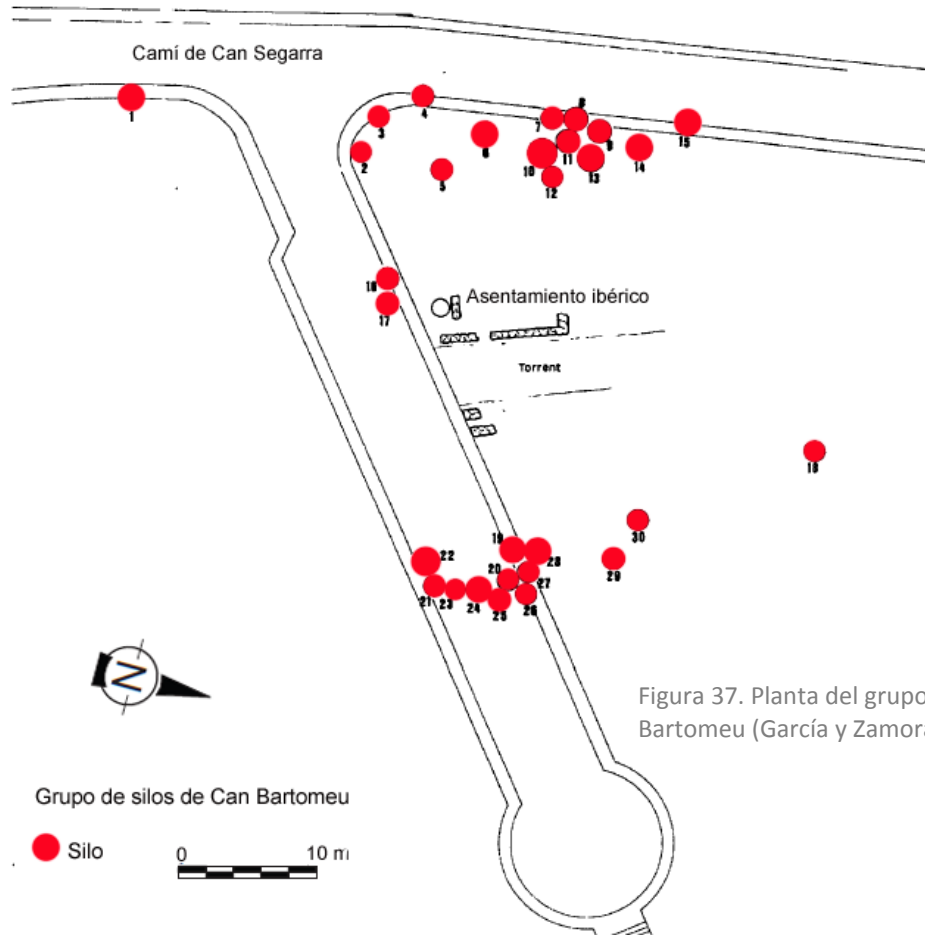


Figura 37. Planta del grupo de silos de Can Bartomeu (García y Zamora 1993: fig. 14).

Figura 38. Imagen del exterior y el interior de la Cova de les Enacantades (Cabrera de Mar) (fotografías del autor).



¹²² Coll *et al.* 1994.

En cuanto a los asentamientos más modernos (mediados del siglo II a. C.- mediados del siglo I. a. C.)– y, por tanto, coetáneos al asentamiento tardo-republicano del valle en muchos casos, presentan mayoritariamente estructuras con un zócalo de piedra recrecido con adobe. Se encuentran habitualmente en un pésimo estado de conservación, y suelen ubicarse en los mismos yacimientos en los que, con anterioridad, se encontraban las agrupaciones de silos (figura 40). Es un hecho bastante frecuente y bien documentado que estas construcciones interpretadas frecuentemente como «granjas» aisladas (véase capítulo 19) –en bastantes ocasiones– amortizan a los campos de silos del período anterior¹²³. Dichas estructuras presentan una clara influencia de las técnicas constructivas itálicas, utilizando materiales como las cubiertas de *tegulae* e *imbrices*, muros estucados, etc. también documentados en las construcciones del *oppidum* de esta época. Todo apunta hacia una incipiente participación o, al menos, un alto grado de adaptación a las técnicas constructivas de los recién llegados en la totalidad del territorio.

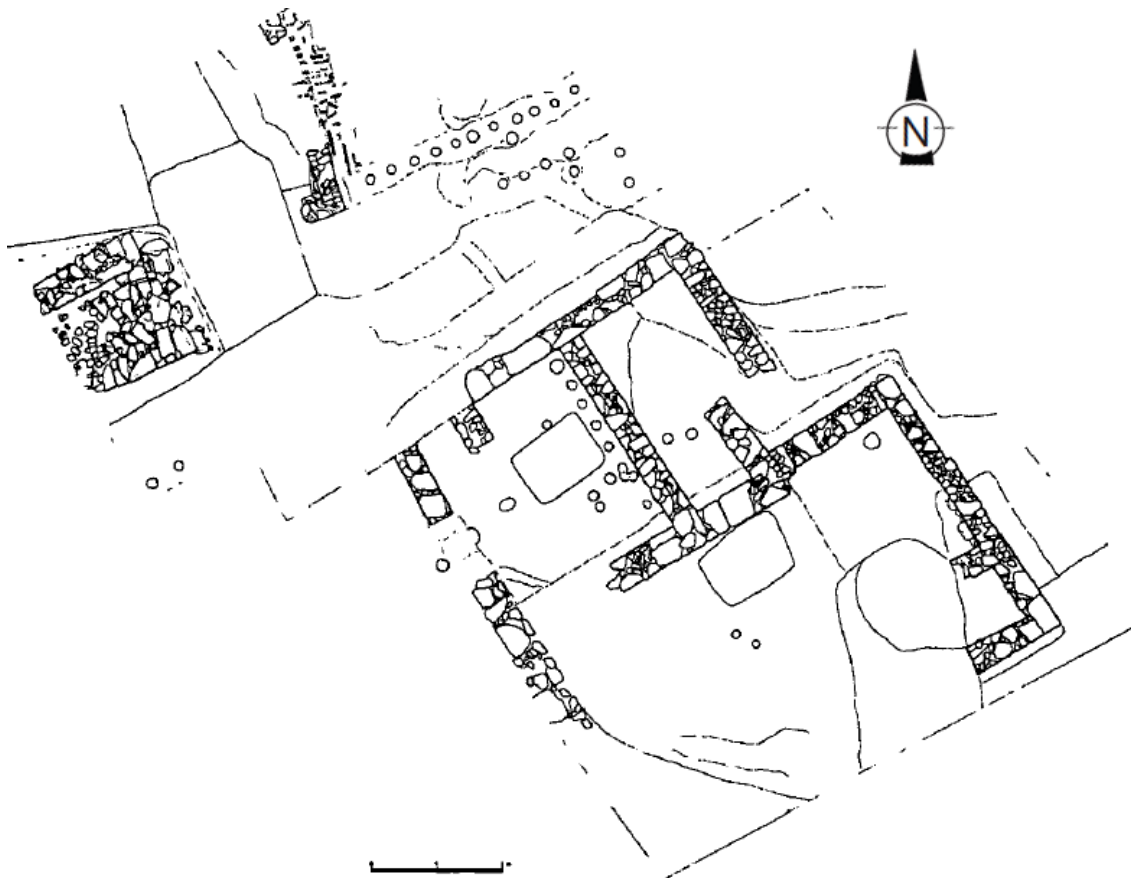


Figura 39. Planta del yacimiento del Turó dels Dos Pins. García y Zamora 1993: fig. 21.

¹²³ No se puede obviar el hecho de que también hay algunas construcciones relacionadas con silos en esta época (como es el caso de Mas Català), yacimiento que el autor de esta tesis considera parte del asentamiento tardo-republicano, o con los silos que fueron amortizados en el primer cuarto del siglo I a. C. (una parte de los de Can Bartomeu).

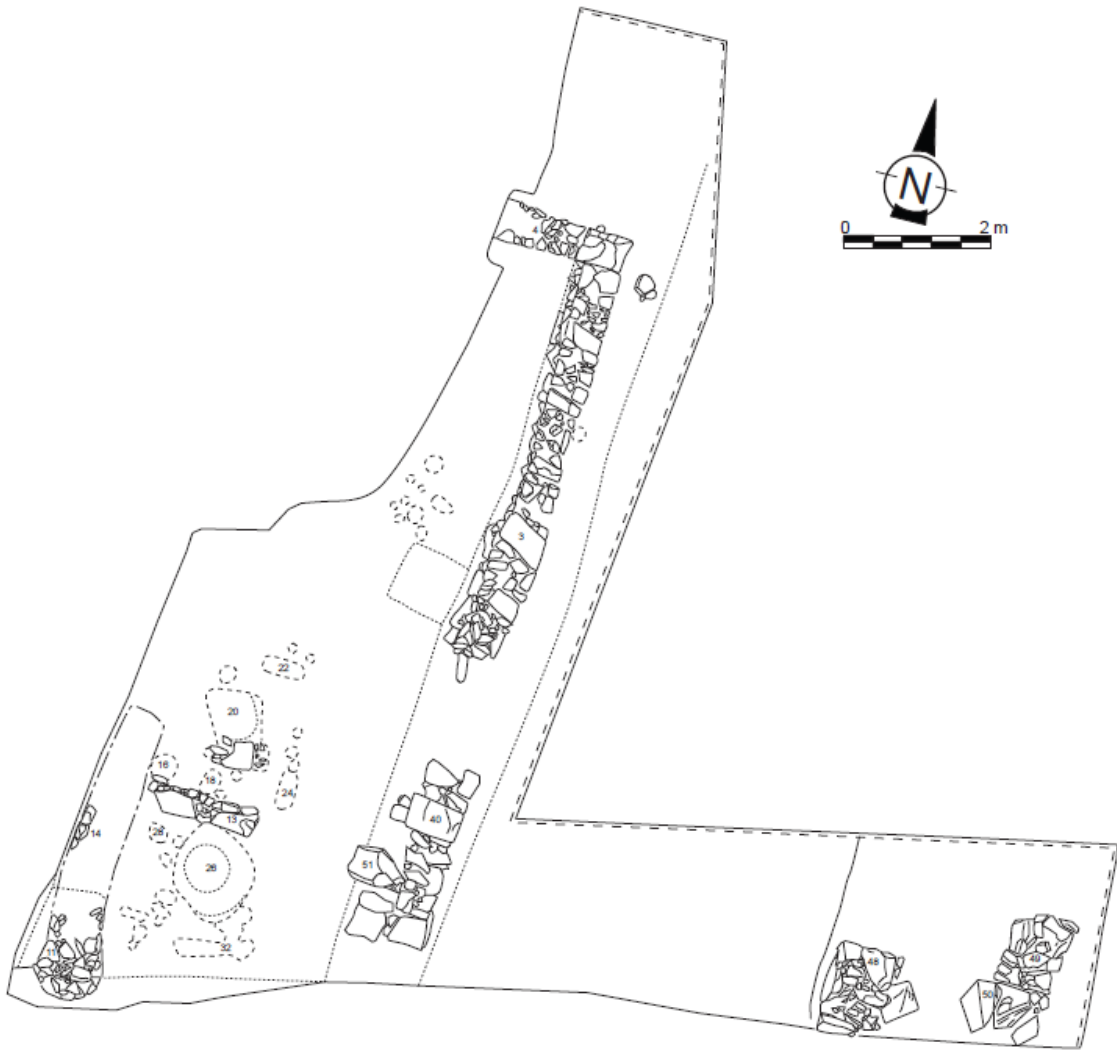


Figura 40. Planta del asentamiento de Can Bartomeu. García y Zamora 1993: fig. 10.

5. EL ASENTAMIENTO DE ÉPOCA TARDO-REPUBLICANA

Como ya se ha mencionado en el capítulo anterior, un asentamiento de época tardo-republicana con marcadas características itálicas se construyó al pie del poblado ibérico de Burriac. Las excavaciones que se llevan a cabo desde 1997 en el actual núcleo urbano del municipio de Cabrera de Mar (Barcelona) han puesto al descubierto los vestigios de este enclave en diversas parcelas –alguna de considerable extensión–, pero no están conectadas unas a otras por el momento. A día de hoy, la superficie por la que se extiende dicho asentamiento supera las 3 hectáreas.

Las construcciones excavadas hasta la fecha, presentan, en general, unos rasgos bastante homogéneos, y se han podido identificar tanto espacios residenciales de diverso tamaño como talleres, almacenes e instalaciones productivas entre ellas. También se han sacado a la luz diversas calles que articulan y ordenan una buena parte de las construcciones. Un elemento destacable de lo excavado hasta el momento casi en su totalidad son unas termas públicas comparables a sus contemporáneas de la península itálica. La cronología de este asentamiento se extiende aproximadamente desde mediados del siglo II a. C. hasta el primer cuarto del siglo I a. C.

Su ubicación a los pies de la montaña de Burriac –y a ambos lados del torrente estacional que surca el valle de Cabrera de Mar– provocó la erosión y destrucción de las construcciones más próximas a este torrente –tal y como se ha podido apreciar en distintos cortes estratigráficos– en épocas posteriores al abandono del asentamiento. Paradójicamente, los procesos posdeposicionales posibilitaron la formación de grandes paquetes sedimentarios que cubrieron a los restos arqueológicos poco después de su abandono y facilitaron su conservación.

Este yacimiento aparece en la bibliografía científica con diversos nombres –Ca l’Arnau, Can Masriera, Can Mateu, Can Benet, Can Rodon de l’Hort, etc.– que se corresponden con las diferentes parcelas o propiedades en las que se han realizado intervenciones arqueológicas (figura 41). No obstante, y a todos los efectos, debe considerarse un único yacimiento arqueológico que, desde su descubrimiento, se ha interpretado como un centro urbano de origen itálico

fundado *ex novo* por la Administración romana para tutelar el proceso de colonización en la antigua Layetania ibérica¹²⁴.

Hoy –adicionalmente y tras el interesante trabajo de Cadiou¹²⁵– no hay que descartar la posibilidad de que dicho asentamiento –además de resultar un atractivo polo de atracción para los productos y los comerciantes itálicos (véase capítulo 6)– pudiese haber formado parte al mismo tiempo de una serie de puntos logísticos que conformasen la retaguardia del Ejército romano en un territorio ya pacificado, asegurando así el abastecimiento de los contingentes emplazados en el interior Peninsular. Ambas funciones pudieron haber sido complementarias entre sí, y se volverá a ellas más adelante, cuando se haga una aproximación al yacimiento dentro de sus contextos histórico y arqueológico (véase capítulo 19).



Figura 41. Principales parcelas (en naranja) del asentamiento tardo-republicano de Cabrera de Mar. Sector O: 1. Can Benet; 2. Ca l'Arnau-Can Mateu; 3. La Guardiola; sector E: 4. calle Sant Vicenç; 5. Can Masriera; 6. Can Rodon de l'Hort.

¹²⁴ García *et al.* 2000.

¹²⁵ Cadiou 2008.

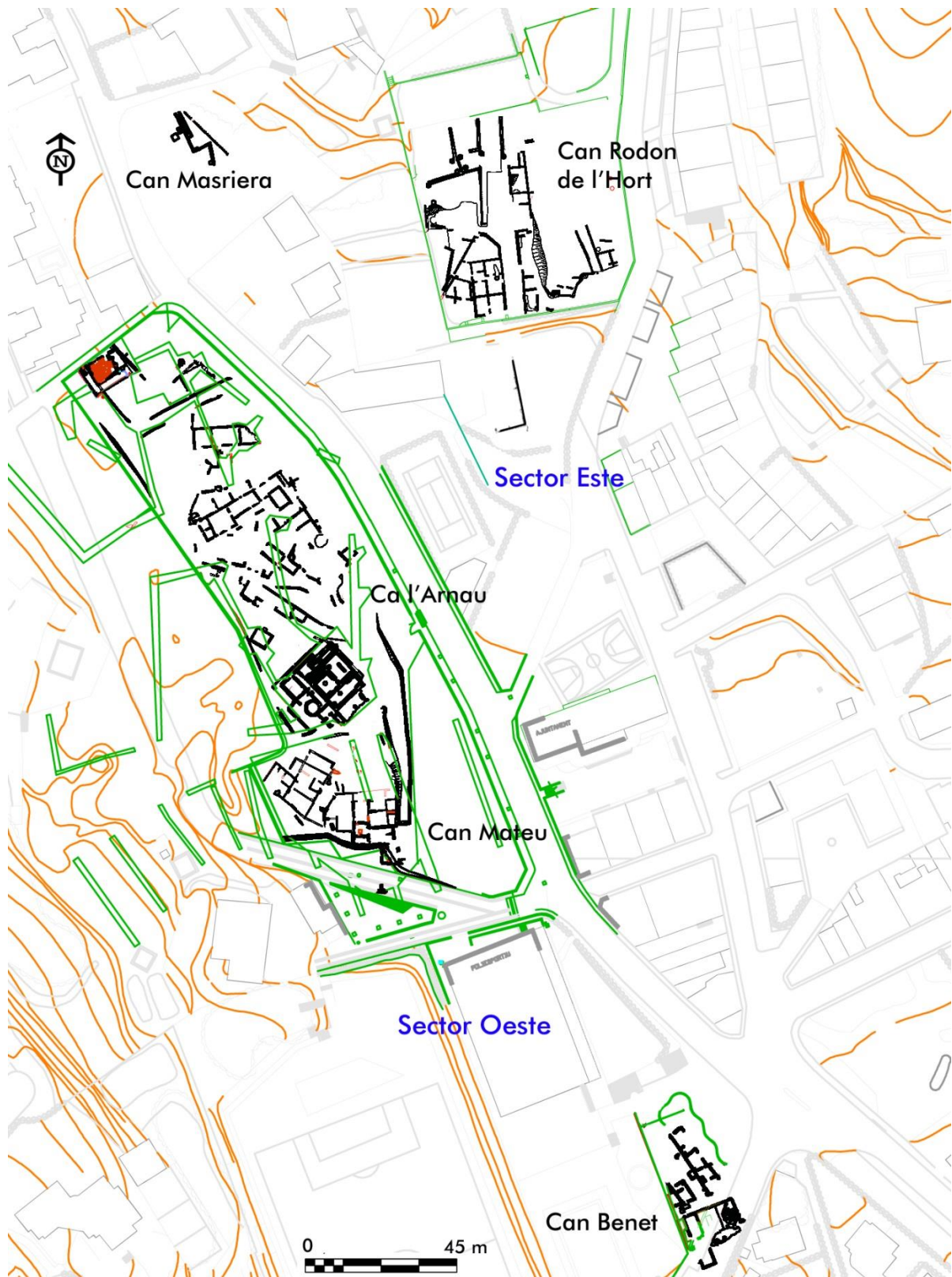


Figura 42. Planta general del yacimiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar según A. Martín y el autor.

Actualmente, la superficie de este asentamiento puede describirse diferenciando entre las construcciones situadas a poniente de la riera de Cabrera de Mar y las ubicadas en el lado de levante. También hay que tener en cuenta que las primeras son mucho mejor conocidas que las segundas por parte del autor de esta tesis y sus excavadores.

En el lado O, en su extremo N, pueden encontrarse las construcciones ubicadas bajo el barrio de La Guardiola –principalmente, bajo la calle de Barcelona (figura 41, 3)–, mientras que un interesante grupo de edificaciones (figura 41, 1) ha sido excavado en la zona de Can Benet, en el extremo S. También se han documentado restos constructivos aún más al S, en este mismo lado de la riera del municipio –concretamente, en la calle de Agustí Vendrell–, pero no se puede asegurar que no sean restos aislados.

Por el lado E, los restos arqueológicos más septentrionales han sufrido importantes daños en el sector conocido como L'Hostal¹²⁶, y se encuentran enmascarados por construcciones de cronología alto-imperial algo más hacia el SE. La zona mejor conservada y conocida es la de Can Rodon de l'Hort¹²⁷ (figura 41, 6), a la cual posiblemente habría que añadir los restos documentados y publicados bajo el nombre de Mas Català¹²⁸. Las construcciones ubicadas hacia el S se documentaron bajo el inmueble conocido como Ca l'Espanyó, situado precisamente frente a las construcciones de Can Benet.

5.1. El sector oeste

5.1.1. El conjunto termal

Localizadas en el año 1997, las termas de Ca l'Arnau –como se las conoce en la bibliografía científica– fueron casi totalmente excavadas durante el año siguiente, a diferencia del resto de estructuras existentes en la parcela y que tan solo fueron delimitadas (figura 47). Este complejo de baños públicos, que ya ha generado una importante bibliografía¹²⁹, estaba formado en el momento de su abandono por cuatro habitaciones principales: el *apodyterium* o vestuario, el *tepidarium* o sala tibia, el *caldarium* o sala caliente –con una piscina o *alveus* de uso comunitario– y el *laconicum* o sauna (figura 48). Además, se documentaron otras estancias destinadas aparentemente al servicio y relacionadas con el funcionamiento del complejo termal, como hornos, depósitos de agua, etc. Resulta interesante el

¹²⁶ Cela *et al.* 2002.

¹²⁷ López y Martín 2010a.

¹²⁸ Pérez-Sala y García 2002.

¹²⁹ García *et al.* 2000: 36-38; Martín y García 2002: 200-204; Martín (en prensa).

ámbito localizado en el extremo meridional. De considerables dimensiones, fue anexado en una ampliación del complejo llevada a cabo durante una de las diversas reformas aún en fase de estudio, por lo que se desconoce si dicha ampliación coincide con la construcción del *laconicum* o si –por el contrario– son dos reformas independientes. Esta estancia presenta un pavimento de *opus signinum* desgraciadamente mal conservado en su extremo oriental, al igual que el paramento que lo definía por el S. Tan deficiente estado de conservación aún genera ciertas dudas en la interpretación de la función de la estancia y de su aspecto constructivo.

La interpretación y cronología del edificio, sin embargo, son claras aun con las muchas preguntas que suscita en los niveles tipológico y arquitectónico. Especialmente compleja resulta la lectura concreta en el detalle constructivo de la cubierta de las dos estancias (*caldarium* y *tepidarium*), que habían tenido un techo elaborado mediante el uso de *tubuli* ahusados recubiertos externa e internamente por mortero de cal y, al mismo tiempo, armados con un entramado de varillas de hierro (figura 45). El complejo ocupa toda una terraza que, evidentemente, fue nivelada para poder erigirlo. Las construcciones situadas inmediatamente al S presentan una cota más baja y una nivelación diferente, mientras que las emplazadas más al N están situadas a una cota sensiblemente más alta. Todas estas construcciones, prácticamente aún sin excavar, todavía no dejan entrever con claridad la disposición de las calles entre ellas, pero no hay ninguna duda de su carácter claramente urbano. El eje viario que, por supuesto, no arroja ninguna duda es el curso de la riera.



Figura 43. Imagen de las termas de Ca l'Arnau (Cabrera de Mar, Barcelona) (fotografía de A. Martín).



Figura 44. Imagen de las termas de l'Almoïna (fotografía cedida por el SIAM).

Construidas hacia el 150 a. C. y abandonadas durante la década del 90-80 a. C., quedan muy pocos complejos termales comparables en todo el Mediterráneo occidental, y hoy en día se consideran las más antiguas de toda la península ibérica. Relacionar este conjunto termal con las termas de La Almoïna –en la actual Valencia¹³⁰– posee un interés especial al analizarlo. Efectivamente, la ordenación y disposición de las estancias en las termas valencianas (aunque estas no presentan *laconicum*), así como el estilo de sus espacios –especialmente, el *caldarium*, *alveus* e *hipocaustum*–, parecen querer reproducir fielmente el modelo seguido en Cabrera de Mar (figura 49). Son muchos los detalles –la cronología casi coetánea de los dos conjuntos termales incluida– que permiten barajar la hipótesis de que ambos fuesen diseñados por un mismo arquitecto.

La existencia de un conjunto termal como el de Ca l'Arnau en una fecha tan temprana hace pensar en la presencia de gentes itálicas¹³¹ en el valle de Cabrera de Mar o en unas élites fuertemente influenciadas por el estilo de vida y la cultura itálica. De hecho, es el mismo fenómeno que se detecta también en otras zonas de

¹³⁰ Marín y Ribera 1999.

¹³¹ Posiblemente procedentes de Campania, en la región de Nápoles, ya que allí –como indican Marín y Ribera 1999: 23-24– «[...] se produjo la síntesis entre los baños y las palestras de tipo griego para dar lugar a las termas de tipo romano [...]».

dicha península, como es el caso de la colonia latina de *Fregellae* ya desde finales del siglo III a. C.¹³²



Figura 45. Imagen de los *tubuli* encontrados en el *alveus* de las termas de Ca l'Arnau durante el proceso de excavación (fotografía de A. Martín).

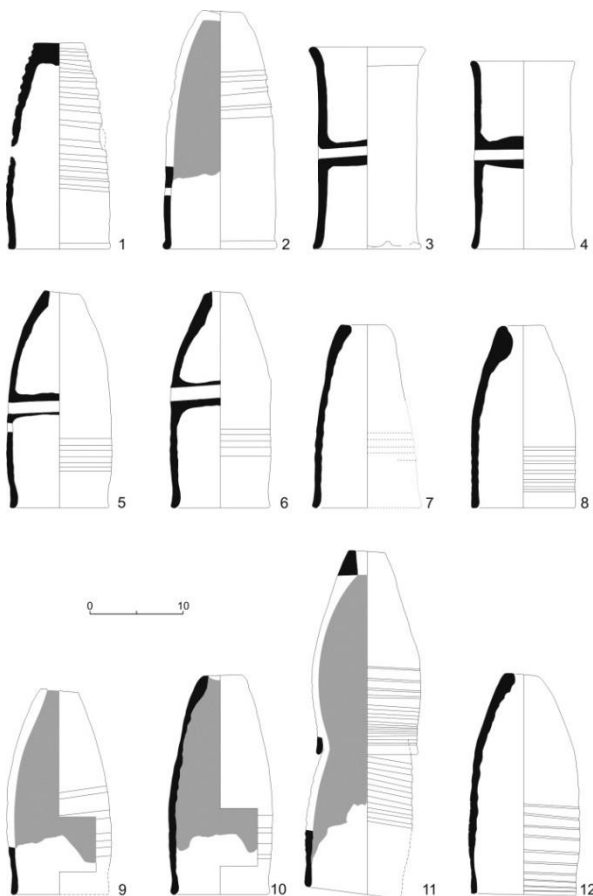


Figura 46. Tipologías de los distintos *tubuli* ahusados utilizados en la construcción de las cubiertas de las termas de Ca l'Arnau (ilustración de A. Martín).

¹³² Rodrigo *et al.* (en prensa): 28.



Figura 47. Planta del sector conocido como Ca l'Arnau (planta según A. Martín y el autor).

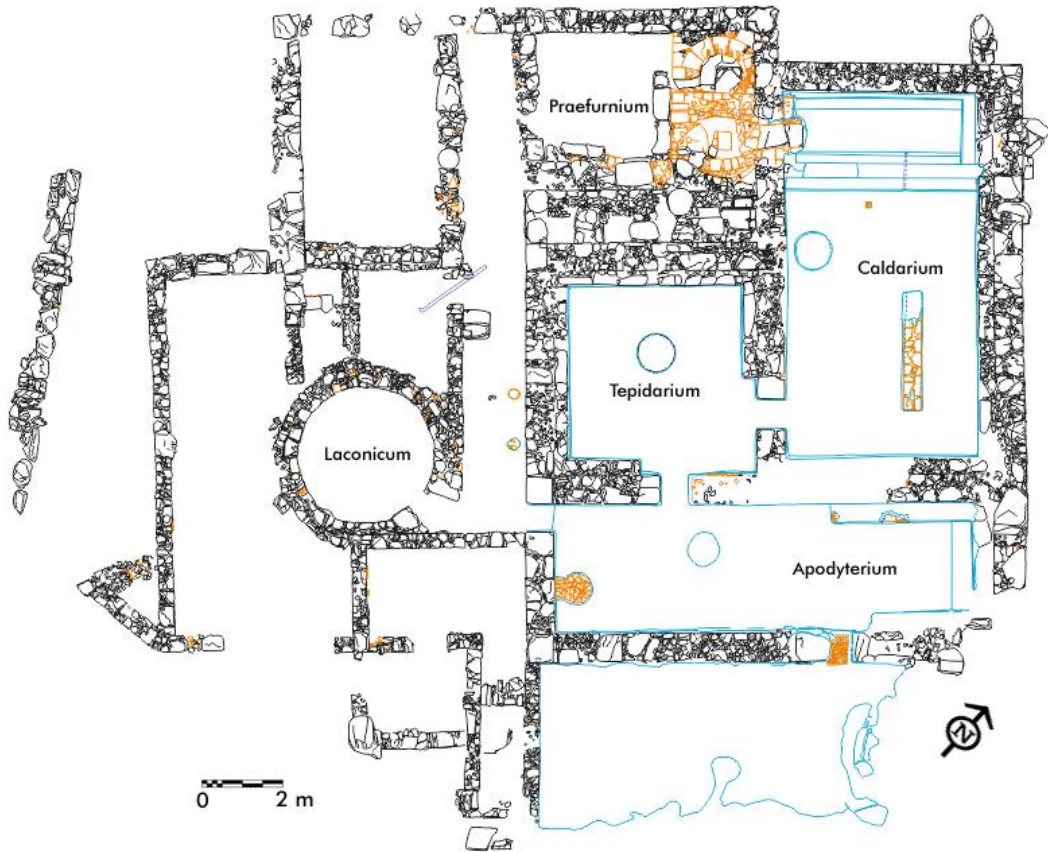


Figura 48. Detalle de las termas de Ca l'Arnau (planta según A. Martín y el autor).

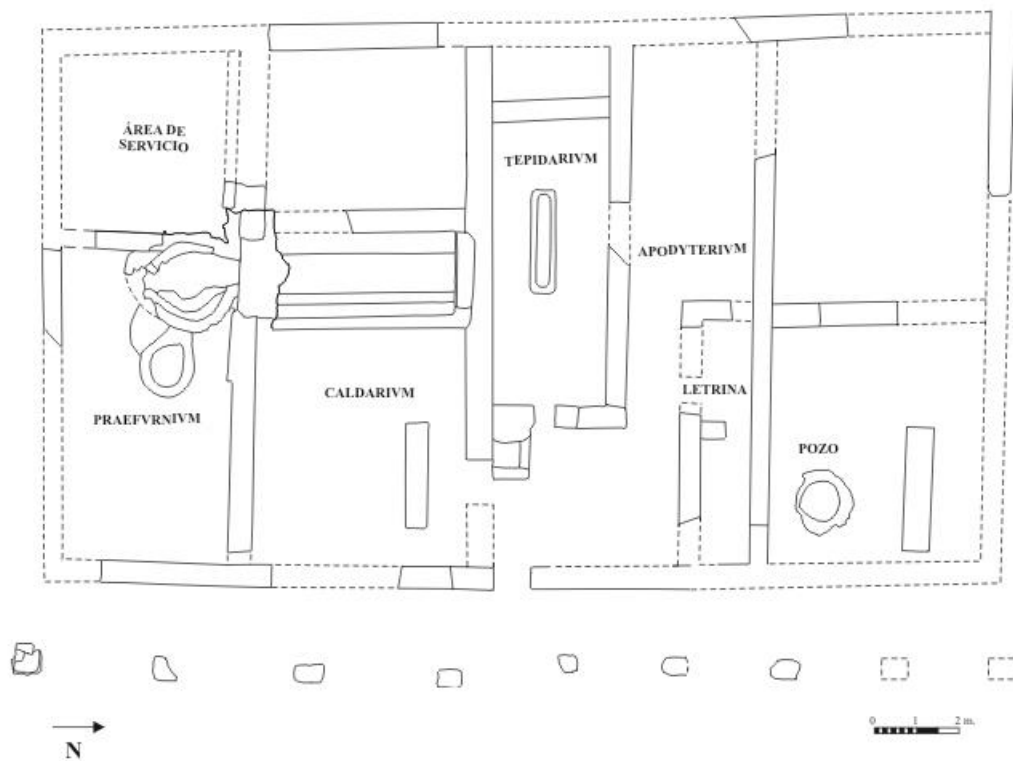


Figura 49. Planta de las termas de l'Almoina (imagen cedida por el ayuntamiento de Valencia y el SIAM).

5.1.2. El sector de Can Mateu

Se denomina así al conjunto de las construcciones situadas inmediatamente al S del complejo termal. Se trata de estructuras seguramente de tipo residencial organizadas en dos grupos claramente diferenciados dependiendo de sus distintas orientaciones y que salvan el desnivel natural mediante terrazas que recortan el terreno (figura 51). Ello se debe, sin duda, al hecho de intentar adaptarse de la mejor manera posible a la orografía del lugar en el momento de planificar unas construcciones de cierta extensión y envergadura sobre una superficie en absoluto lisa y de variable resistencia a los trabajos de nivelación.

La intervención llevada a cabo durante los años 1997-1998 afectó solo a cuatro de las estancias más meridionales, lo que permitió saber que fueron utilizadas como habitaciones domésticas entre el tercer cuarto del siglo II a. C. y el primero del siglo I a. C. Sin embargo, aún es difícil matizar cómo se relacionaron con el resto de los ámbitos que están todavía por excavar, aunque parece que formaron parte de un complejo de gran formato y no de piezas de tipo más individual a la vista de la planta general y de sus posibilidades de circulación. Los ámbitos excavados presentan unas dimensiones más bien reducidas, con pavimentos de tierra batida y unos paramentos perimetrales que, en algunos casos, sirven como muros de contención del terreno circundante; en este caso, las construcciones se hicieron con piedra cohesionada con barro. En el caso de ser únicamente muros divisorios con otras estancias, por su parte, son construcciones que presentan un zócalo de piedra y un alzado fabricado en adobe. En todos los casos, no obstante, parece haber existido también un enlucido en barro que cubría la superficie de los paramentos y que, además, habría sido encalado.



Figura 50. Imagen del sector de Can Mateu (fotografía de A. Martín).

El hallazgo de hasta cuatro inhumaciones –fetos humanos– en los niveles fundacionales permite documentar la existencia o pervivencia de algún tipo de rito de carácter ibérico¹³³, dato que quizá pueda ser significativo a la hora de valorar el origen de una parte de los pobladores del asentamiento o, al menos, el de los de esta parte del mismo.



Figura 51. Planta de las estructuras de Can Mateu (planta según D. Olivares).

¹³³ Este tipo de ritos también se documenta en los niveles fundacionales de la ciudad de *Lesso* (información facilitada por César Carreras).

5.1.3. La domus de Can Benet y construcciones anexas

Excavado entre 1999 y 2013, los trabajos arqueológicos permitieron localizar y documentar dos calles perpendiculares entre sí que separaban a un grupo de casas de modesto aspecto situadas en el extremo N del vial que discurre en dirección E-W de los lujosos restos de una *domus* de la que se conocen un total de más de 200 m² de superficie construidos y hasta ocho ámbitos o habitaciones –seis de ellas pavimentadas mediante la técnica del *opus signinum*, al que incorporaron teselas blancas y negras a modo de ornamento (figura 55)¹³⁴-. La decoración siempre incluye motivos geométricos, desde alineaciones alternas de teselas blancas y negras a trazados más complejos –como sucesiones de esvásticas con cuadrados intercalados–; todo ello, usualmente combinado con superficies rectangulares compuestas por una trama de rombos a modo de emblema.

La cronología de los restos se puede dividir en tres momentos diferentes: un primero constructivo –*domus* y edificaciones aledañas– fechado entre el 135-125 a. C., un segundo en el que se detectan nuevos niveles de uso en las estancias aledañas a la *domus* y datado entre el 100 a. C. e inicios del siglo I a. C. y un momento final en el que se abandona todo el sector y cuya cronología puede fecharse en torno al 80-70 a. C.¹³⁵. La cronología de estos nuevos hallazgos resultaba, pues, contemporánea a las estructuras de Ca l'Arnau-Can Mateu, lo que amplió considerablemente la superficie conocida para este asentamiento hacia el S. Sin duda, la complejidad de la vivienda –unida a los materiales y técnicas constructivas empleadas en su construcción– lleva a considerar que esta *domus* debería de haber pertenecido a un personaje relevante y con una importante función dentro del asentamiento del valle de Cabrera de Mar.



Figura 52. Detalle de uno de los mosaicos de la *domus* de Can Benet (fotografía de F. Bayés).

¹³⁴ Martín y García 2007: 70.

¹³⁵ Martí 2009: 375-376.



Figura 53. Detalle del único mosaico de la *domus* de Can Benet elaborado con escoria férrica (fotografía de A. Martín).



Figura 54. Imagen general de la *domus* de Can Benet (fotografía del autor).

Figura 55. Ortofoto de la *domus* de Can Benet realizada con base en el estudio fotogramétrico llevado a cabo en 2013 por J. Biosca.



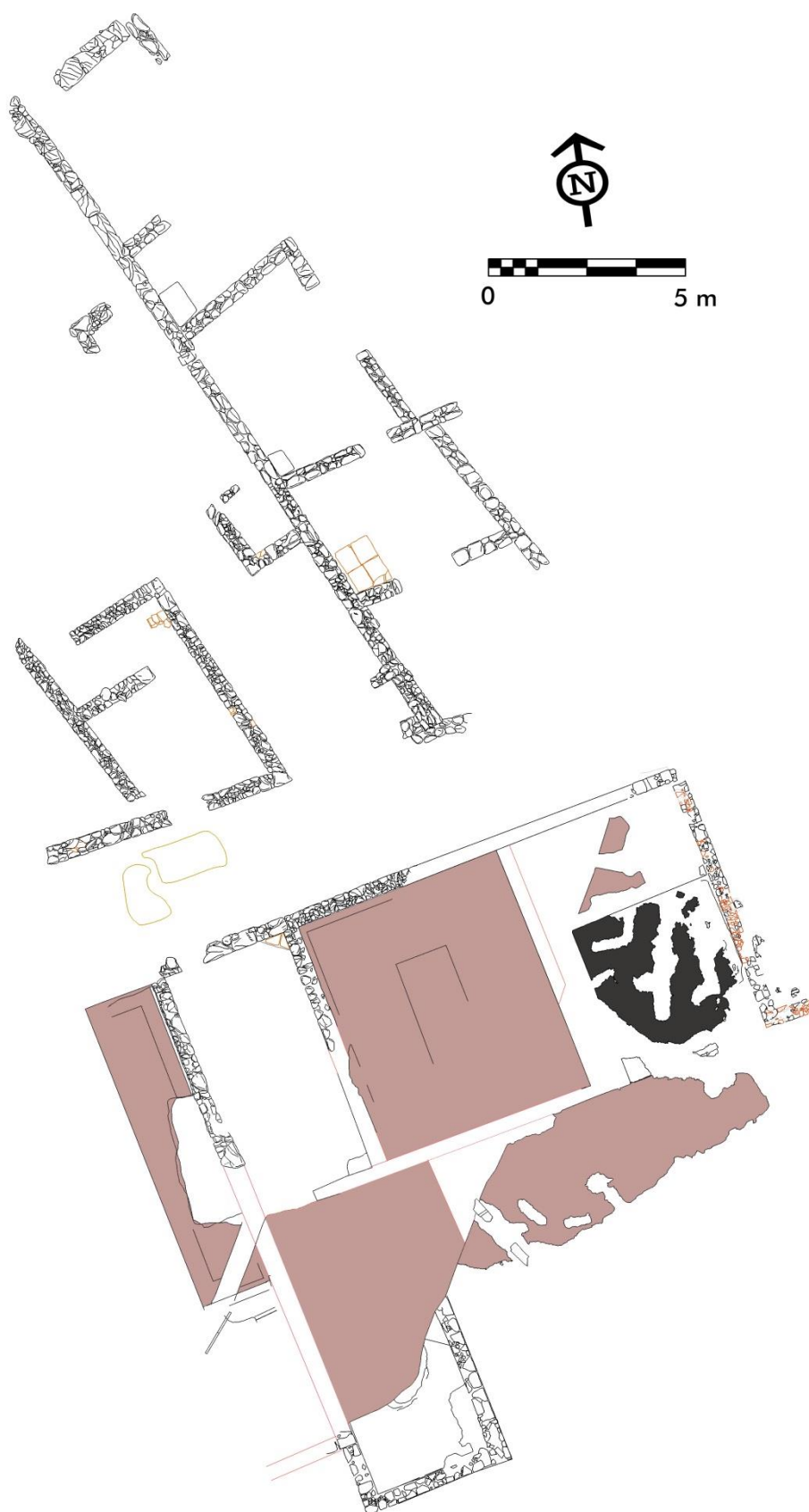


Figura 56. Planta del sector conocido como Can Benet. Las líneas rojas han sido restituidas a partir de la ortofoto (planta según el autor).

5.2. El sector este

5.2.1. El conjunto de habitaciones de la calle Sant Vicenç¹³⁶

Se documentan diferentes niveles de ocupación. Las primeras estructuras, exclusivamente ibéricas todas ellas, muestran una secuencia de ocupación constante. La más antigua es un silo al que se vinculan tres agujeros de poste. Dicho silo es cortado por diferentes recortes realizados en el terreno geológico que, posteriormente, serán rellenados con grava, limo y una importante cantidad de material. El muro más antiguo, que posiblemente funcionó con unas estructuras que no se han conservado, se levanta sobre esta nivelación.

Posteriormente, y ya en cronologías íbero-romanas (siglos II-I a. C.), una serie de nuevas edificaciones se adosó al primer muro existente formando los tres ámbitos que hoy se pueden ver (figuras 57 y 58). Al igual que en el resto del



asentamiento tardo-republicano, estos se componían de un zócalo de piedra recocado con ladrillos de adobe que se encontraron caídos durante el proceso de excavación. Resulta complicado decir más acerca de los diferentes niveles de ocupación o sobre la función de estas estructuras, puesto que su estudio sigue en curso. Aun así, no parece aventurado –al igual que se verá con los casos de Mas Català y l’Hostal– razonar que la fase íbero-romana hubiese estado relacionada o formó parte de este asentamiento delimitándolo por su extremo N.

Figura 57. Imagen final de la excavación llevada a cabo en la parcela conocida como calle de Sant Vicenç (fotografía del autor).

¹³⁶ La excavación dirigida por el autor de este trabajo sigue inédita en estos momentos.

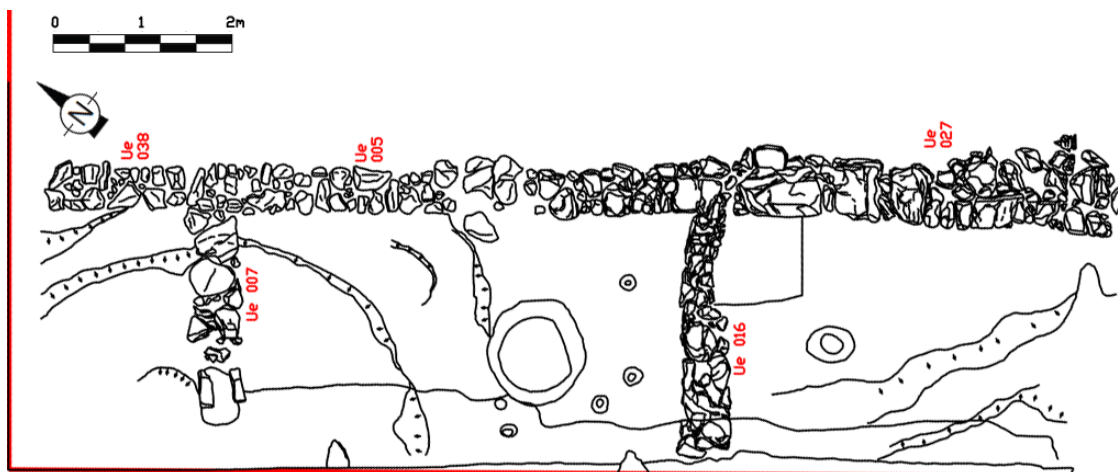


Figura 58. Planta de las estructuras documentadas en la parcela conocida como calle de Sant Vicenç (planta según J. Aguelo y el autor).

5.2.2. Can Masriera, un espacio cultural?

En el año 2003 una nueva intervención arqueológica –realizada esta vez en la parcela conocida como Can Masriera, situada delante del barrio de La Guardiola y en el lado oriental de la riera de Cabrera de Mar– permitió documentar unas estructuras muy dañadas por los procesos posdeposicionales y poco conocidas que fueron interpretadas por sus excavadores como los restos de un posible templo o lugar de culto¹³⁷.

Gracias a un estudio preliminar de los materiales cerámicos recuperados durante el trabajo de excavación, fue posible determinar que los restos arquitectónicos hallados eran contemporáneos a los de Ca l'Arnau-Can Mateu y Can Benet, ampliando de nuevo no solo la superficie construida de este importante asentamiento de la época tardo-republicana, sino también su margen más oriental, que se extendió a ambos lados de la riera del municipio. Un estudio reciente sobre el yacimiento¹³⁸ defiende la posibilidad de que se trate de un templo provincial de pequeñas dimensiones y marcadas influencias itálicas –*tegulae*, *imbrex*, revestimientos de mortero, presencia de *opus signinum*, etc.– y posible planta *in antis* (figuras 59 y 60). El templo –tercera fase de ocupación del yacimiento– podría fecharse en sus inicios en el último cuarto del siglo II a. C., mientras que el abandono del mismo se sitúa en un momento avanzado del primer cuarto del siglo I

¹³⁷ Martín Oliveras (inédito). *Informe de la intervenció arqueològica preventiva al jaciment de Can Masriera, Cabrera Mar, El Maresme, Dipositat al Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya*. Barcelona, 2003.

¹³⁸ Parte de los datos aquí expuestos forman parte de un estudio monográfico dedicado al yacimiento de Can Masriera (no publicado) realizado M. Orts como trabajo de final de carrera de la licenciatura de Historia en la Universidad Autónoma de Barcelona. Sería muy positivo que dicho estudio se publicase en el futuro.

a. C.; muy posiblemente, en el decenio 80-70 a. C. debido a la abundante cantidad de ánfora Dressel 1C de producción local recuperada¹³⁹.



Figura 59. Excavación llevada a cabo en la parcela de Can Masriera (arriba) y primer plano de la escalera de acceso al templo (abajo) (fotografía de A. Martín).

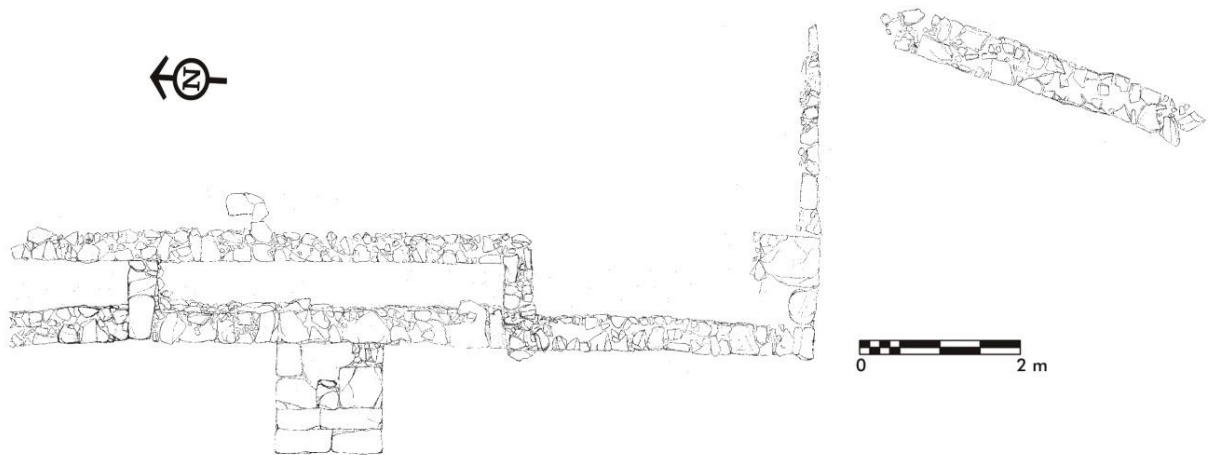


Figura 60. Planta del sector de Can Masriera (según A. Martín).

¹³⁹ López y Martín 2008: 33-43.

5.2.3. El sector de Can Rodon de l'Hort

A grandes rasgos, este sector se encuentra dividido en dos antiguos niveles de cultivo diferentes. El inferior se conoce en la bibliografía arqueológica desde finales del siglo XIX gracias al hallazgo de una necrópolis del período ibérico pleno (véase capítulo 4)¹⁴⁰ a la cual siempre se le supuso continuidad en la terraza superior. Hasta el año 2006 no se pudo llevar a cabo una intervención arqueológica en la terraza superior (figuras 61), en la que se pusieron al descubierto unos 2.500 m² de superficie arqueológica. Trabajos posteriores –ya en los años 2010 y 2013– incidieron en algunos aspectos puntuales del yacimiento y, lo que es más importante, permitieron –en la primera de estas dos campañas– constatar la continuidad de la superficie construida documentada en la terraza superior dentro de la terraza inferior (figura 62).



Figura 61. Ortofoto de los restos arqueológicos documentados en la parcela de Can Rodon de l'Hort sobre la base del estudio fotogramétrico llevado a cabo en 2012 (ortofoto de J. Biosca).

¹⁴⁰ De la Serna 1888; Barberá 1968; 1969.

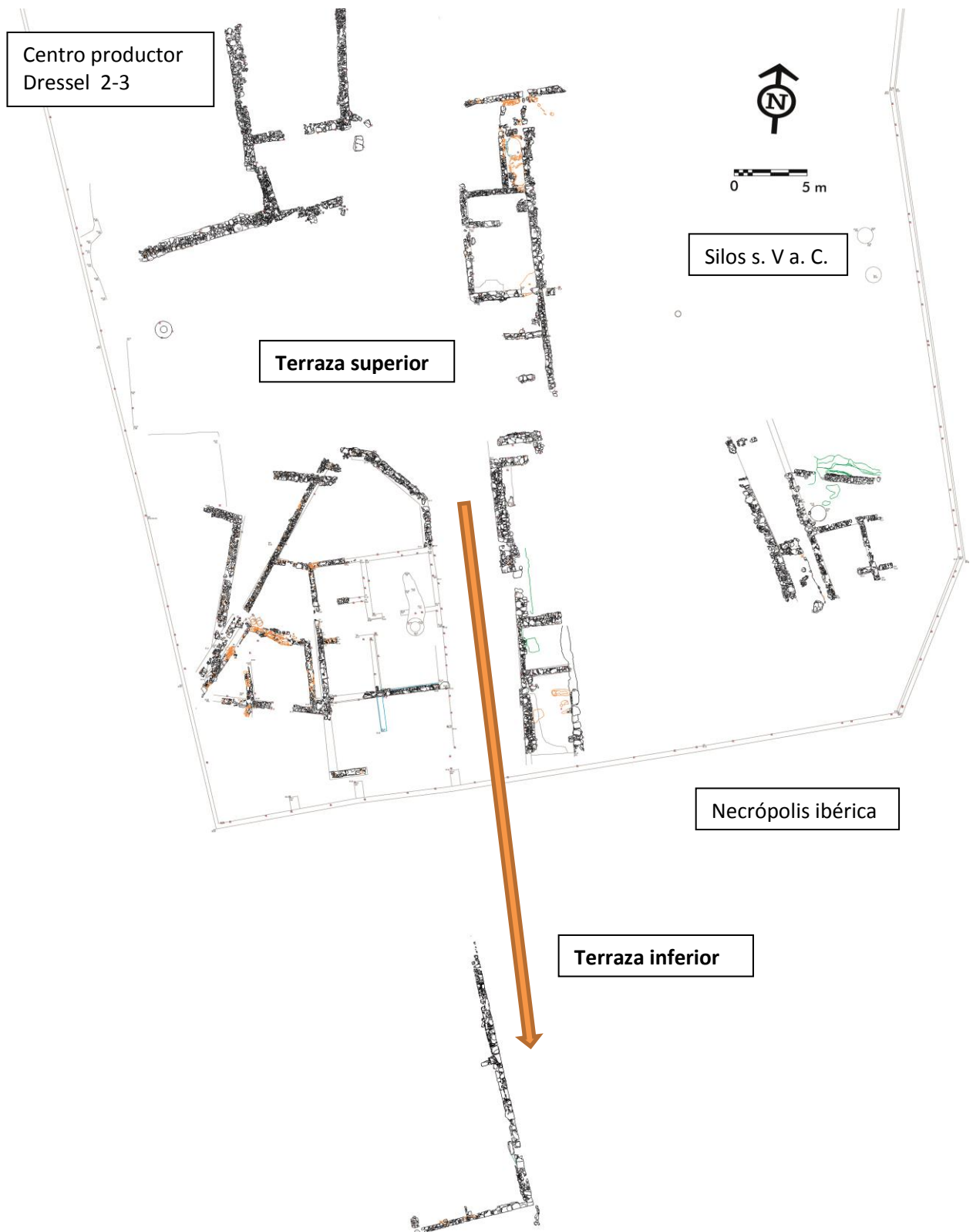


Figura 62. Planta del sector conocido como Can Rodon de l'Hort. La flecha naranja señala la calle que estructura el sector. Las estructuras que no han sido etiquetadas pertenecen todas ellas a la fase tardo-republicana (planta según A. Martín y el autor).

Después de las campañas de excavación efectuadas, puede concluirse que la orografía del lugar en la época antigua nada tenía que ver con estas dos terrazas, sino que respondía a un terreno más llano que, simplemente, registra una elevación hacia el E rebajada en la época tardo-republicana para que las construcciones encajaran convenientemente.

Los restos arqueológicos hallados responden esta vez a una mayor complejidad de ocupación. En primer lugar, se ha documentado un conjunto de tres silos colmatados en el punto más elevado del extremo E que datan del siglo V a. C. Seguidamente, en el extremo E –en el que se halló la necrópolis ibérica–, se han documentado potentes paquetes sedimentarios con material arqueológico de los siglos VI-III a. C. mezclado con algunos restos posteriores. En el extremo N del solar –y separado de los restos arqueológicos de cronología anterior por una serie de aportaciones aluviales de dos metros de espesor–, se ha documentado un centro productor de ánforas Dressel 2-3 y vasos de paredes finas que funcionó durante el siglo I d. C. y, posiblemente, hasta principios de la centuria siguiente¹⁴¹.

Los restos arqueológicos más importantes, empero, corresponden a construcciones de la época tardo-republicana, y ocupan más de la mitad O de la parcela y buena parte del cuadrante SO adentrándose también en la terraza inferior, justo a poniente de donde se excavó la necrópolis ibérica se cruzan formando un ángulo recto. La principal de ellas, con una anchura de más de cinco metros¹⁴², discurre en sentido N-S y se supone que tiene una longitud superior a los cincuenta metros. El lado E de dicha calle parece estar ocupado por una sucesión de estancias o talleres –algunos de ellos dedicados a la producción de hierro–, mientras que el lado O alberga, al menos, una *domus* de considerables dimensiones que aún no es muy bien conocida dada la escasez de trabajos que se le han dedicado. La cronología de todas estas construcciones es similar a la registrada en las construcciones del sector occidental de la riera, y lo mismo se puede decir de los detalles constructivos.

Las estructuras del cuadrante SE de la parcela aportan una cronología más tardía; sobre todo, en lo que se refiere a los niveles de abandono¹⁴³. Sus características arquitectónicas, asimismo, son algo menos cuidadas y más irregulares. Este grupo de habitaciones, cortado por rebajes modernos en sus límites S y E, parece estuvo destinado a la actividad metalúrgica del plomo (figura 63), como apuntan los elementos de cultura material recuperados durante la

¹⁴¹ López y Martín 2010a; 2010b; 2011.

¹⁴² Martín y García 2007: 71.

¹⁴³ Sinner y Martí 2011: 63.

excavación y la presencia de numerosos objetos de dicho metal susceptibles de ser fundidos.

La continuidad de este nuevo sector (Can Rodon de l'Hort) en todas direcciones es clara excepto hacia el E, donde la construcción de la calle de Pare Jaume Català y de las edificaciones de viviendas de su margen oriental destruyeron los restos arqueológicos. Se sabe que las muy mal conservadas y conocidas construcciones del sector de l'Hostal –hacia el N– están muy cerca y, por tanto, podrían continuar con las de Can Rodon de l'Hort. Sin embargo, las del yacimiento de Mas Català parecen tener más importancia, ya que quedan a solo una treintena de metros de las estructuras del cuadrante SE de Can Rodon de l'Hort, y fueron separadas de ellas por destrucciones durante la época contemporánea. Por ello, a la luz de estas nuevas aportaciones, algunos autores¹⁴⁴ han valorado la posibilidad de replantear la consideración de hábitat rural que sendos yacimientos tenían hasta ahora¹⁴⁵. Esto debería tenerse muy en cuenta en futuros trabajos, ya que cabe la posibilidad de que formen parte del asentamiento tardo-republicano que aquí se estudia.



Figura 63. Habitaciones dedicadas a actividades productivas en el cuadrante SO (fotografía del autor).

¹⁴⁴ Martín y García 2007: 71.

¹⁴⁵ García *et al.* 2000; Pérez-Sala y García 2002; Revilla y Zamora 2006.

5.2.4. Mas Català y l'Hostal

Dada la posibilidad de que estos dos asentamientos –hasta la fecha considerados dispersos dentro del valle de Cabrera de Mar– pertenezcan al asentamiento tardo-republicano, las siguientes líneas persiguen explicar sus características formales.

Mas Català se localiza en el lado E del Torrent de Sant Feliu, sobre una elevación en pendiente que llega hasta el Turó dels Oriols. El yacimiento fue interpretado como dos pequeños asentamientos rurales en el llano cuya función se relacionaría con actividades agropecuarias. Se compone de seis silos, dos de los cuales fueron amortizados en la época ibérica, y dos estructuras de hábitat. Una de ellas presenta elementos constructivos de tipo itálico que recuerdan a los utilizados en los demás sectores del asentamiento tardo-republicano, tales como *tegulae* e *imbrex*, además de revestimientos en las paredes interiores. Poco se puede decir de la segunda, prácticamente arrasada, pero se sabe que presentaba una serie de agujeros excavados en la roca interpretados como los restos de un posible almacén de ánforas (figura 64)¹⁴⁶.

La cronología de estas estructuras podría tener su inicio a mediados del siglo II a. C., y serían abandonadas a lo largo del primer cuarto del siglo I a. C.¹⁴⁷. Sin lugar a dudas, es muy probable que sea otro sector más del asentamiento tardo-republicano tanto por su ubicación como por sus cronologías de construcción y abandono.

Por lo que a l'Hostal se refiere –situado en la actual calle de Pere Jaume Català de Cabrera de Mar–, resulta complicado precisar la extensión y función de unas estructuras en gran parte destruidas debido a la actual actividad constructiva. Destacan un pozo amortizado durante la primera mitad del siglo II a. C. y un depósito de 2 x 2,5 metros y más de 3 de profundidad cuya capacidad estimada sería de 17.500 l; el segundo se amortizó durante el tercer cuarto del siglo II a. C. Además, se documentaron un silo también amortizado a lo largo del último cuarto del siglo II a. C. y una estructura con un hogar cuya construcción parece más o menos coetánea a la amortización del mencionado silo¹⁴⁸. Si bien el pozo y el depósito parecen responder a un momento anterior, la construcción de la estructura se desarrolla de forma paralela al crecimiento del asentamiento tardo-republicano, por lo que resulta difícil creer que no guarda relación con el mismo.

¹⁴⁶ Pérez Sala y García 2002.

¹⁴⁷ Zamora 2006-2007: 307.

¹⁴⁸ Cela *et al.* 2002; Zamora 2006-2007: 307.

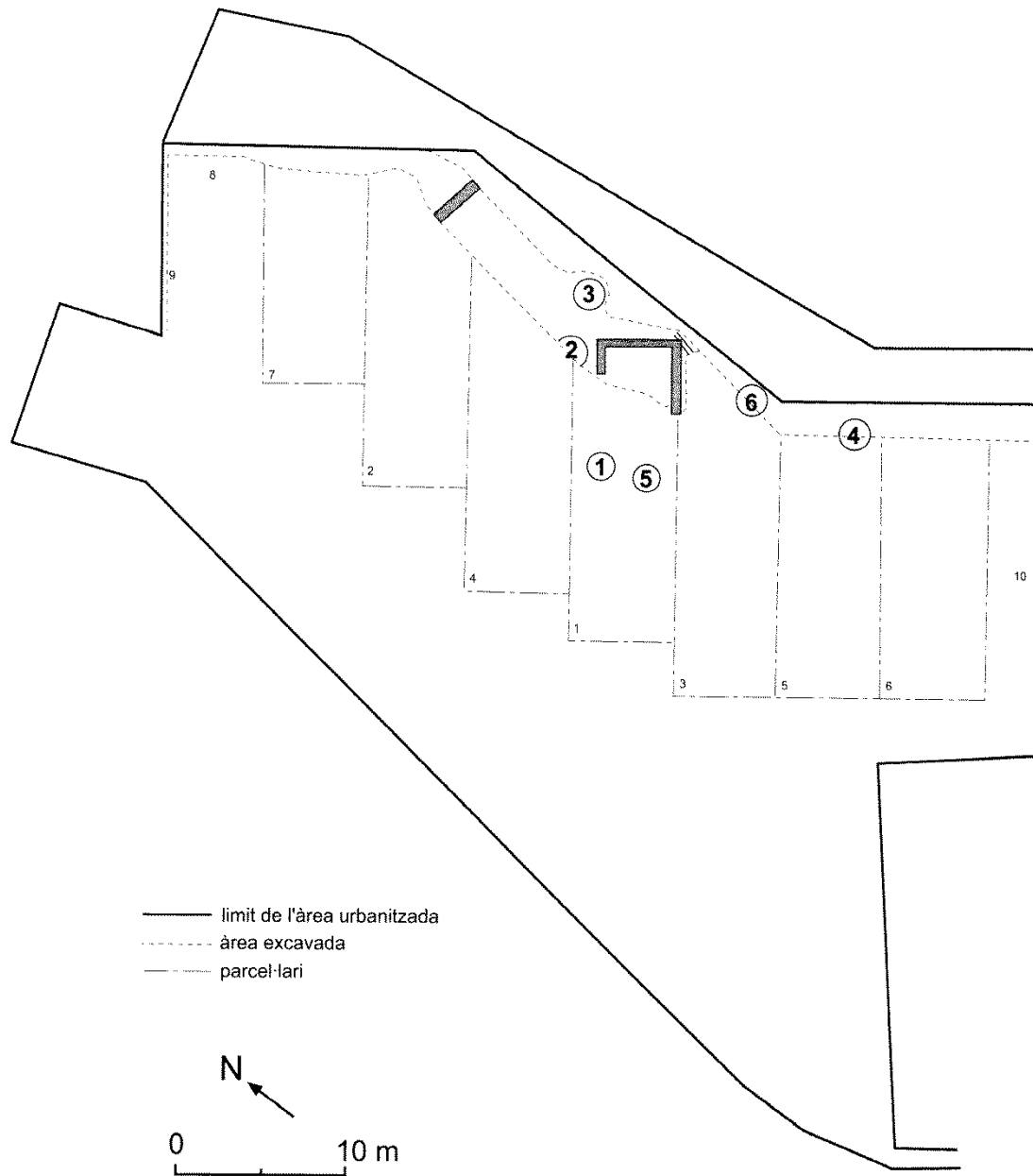


Figura 64. Planta de la parcela conocida como Mas Català (Pérez Sala y García 2002).

6. LOS MATERIALES DE IMPORTACIÓN

6.1. La cerámica de barniz negro¹⁴⁹

El caso de la cerámica de barniz negro es bastante peculiar, ya que habitualmente se ha utilizado una denominación meramente geográfica para definirla –incorrecta en muchos casos– como cerámica «campaniense» o «campaniana»¹⁵⁰. A día de hoy, se sabe que este tipo de vajilla no siempre procede de la zona de la Campania, por lo que sería más correcto utilizar el término «cerámica de barniz negro» y añadir su lugar de origen a continuación; por ejemplo, cerámica de barniz negro de Campania o campaniense, de Etruria, de Sicilia, etc. Por otro lado, hay que tener presente que –al menos– se elaboró una producción de barniz negro prácticamente en cada ciudad de la península itálica, y solamente se exportaron unas pocas a regiones con las que existía intercambio comercial por otros productos; principalmente, el vino¹⁵¹. Por todo ello, no debe extrañar que las producciones a las que se hace referencia en este capítulo sean tan solo unas pocas y que coincidan *grosso modo* con las que tuvieron una mayor salida hacia los mercados del Mediterráneo occidental.

6.1.1. Circa 200 a. C.

Prácticamente y de forma coetánea al desenlace de la Segunda Guerra Púnica, apareció en Campania una serie de grandes centros productores dedicados a la fabricación de vajilla fina y ánforas. De ese modo, la práctica totalidad de las cerámicas de mesa consumidas en occidente se elaboró en una misma área y

¹⁴⁹ Los datos aquí expuestos proceden exclusivamente de los yacimientos ibéricos del valle de Cabrera de Mar y fueron facilitados por Dolors Zamora 2006-2007 (Secció Arqueològica del Museu de Mataró) y Joaquim García (arqueólogo municipal de Mataró), a quienes el autor de esta tesis agradece su colaboración. A diferencia de las ánforas, la cerámica de barniz negro del asentamiento tardo-republicano aún no ha sido objeto de un estudio sistemático. No obstante, los datos parciales de que se dispone indican que las variaciones con el resto del valle serán mínimas tal y como ocurre en el caso de la numismática o en el de las ánforas, asuntos ambos bien estudiados.

¹⁵⁰ Ribera y Principal 2013: 44-45.

¹⁵¹ Ribera y Principal 2013: 53.

durante apenas dos centurias¹⁵². Este episodio marcará el devenir de las importaciones recibidas en el litoral layetano y, ¿cómo no?, en el valle de Cabrera de Mar que se analizarán seguidamente.

Se detecta un gran aumento de la producción de cerámica de barniz negro del tipo campaniense A a finales del siglo III a. C. e inicios de la centuria siguiente si se compara con los contextos fechados en el último cuarto del siglo III a. C. Estas producciones superan en ese instante a las conocidas como «del Taller de Rosas» (figura 65), y este incremento de la vajilla itálica posiblemente fuese un reflejo directo en los mercados de la victoria romana en la Segunda Guerra Púnica.

En cuanto a los repertorios tipológicos, los cuencos de diferentes tamaños son mayoritarios dentro de las producciones del mencionado Taller de Rosas (Lamb. 25 y 27), y su variedad ha disminuido en relación con contextos más antiguos. Pese a ello, aún pueden encontrarse formas como las Lamb. 26 y 28. Contrariamente, el repertorio tipológico de la cerámica de barniz negro del tipo campaniense A aumentó considerablemente con la aparición de la variante antigua de este taller. La Lamb. 27ab destaca sobre el resto de formas por su frecuencia de aparición en los hallazgos arqueológicos del valle de Cabrera de Mar; por tanto, el cuenco –de diferentes medidas– fue la forma preferida en esos momentos (Lamb. 27, 25, 31 y 34). En segundo lugar, y a cierta distancia, se encuentran los sistemas de cuencos (Lamb. 26, 27B, 28 y 33). Por último, la tercera forma más representada es el plato, que básicamente aparece en dos variantes: la Lamb. 23 –plato de pescado– y la Lamb. 36. El servicio de mesa se completa con el vaso con asas –número 68 del repertorio de Morel–.

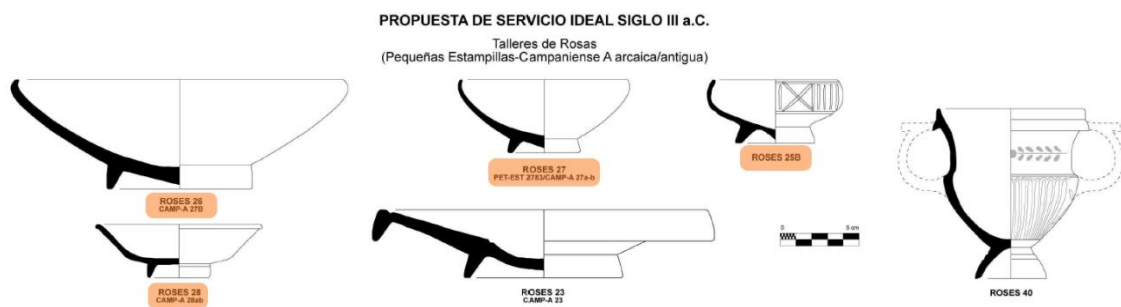


Figura 65. Propuesta de servicio ideal siglo III a. C. Belarte *et al.* 2010: 106, fig. 13. Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.

¹⁵² Ribera y Principal 2013: 82.

6.1.2. Primera mitad del siglo II a. C.

La vajilla fina de mesa representa en ese momento histórico el 72 % de las importaciones documentadas. Si bien aún se sigue documentando una pervivencia de la cerámica del Taller de Rosas en los contextos del primer cuarto del siglo II a. C., pasa a ser claramente minoritaria con tan solo un 5,56 % del total de la cerámica de barniz negro producida. A partir del siglo II a. C., dicha cerámica de barniz negro será esencialmente de origen itálico –napolitana principalmente, y la campaniense A supone el 94,44 % del total–, lo que no es de extrañar y se ajusta bien con la dominación romana en la zona y la llegada de tropas y comerciantes itálicos, como se verá al abordar el capítulo 19.

La forma preferida es el cuenco, al igual que ocurría en la fase anterior, y los tipos Lamb. 27ab y Lamb. 31 serán los favoritos en el valle. En segundo lugar –y ya en menor proporción, pero en aumento con respecto a la fase anterior–, se muestra predilección por los platos; especialmente, por las formas Lamb. 23 –plato de pescado– y Lamb. 36. Es importante destacar la continuidad del tipo Lamb. 23, que tenderá a desaparecer a partir del segundo cuarto de esta centuria siendo sustituido en gran medida por la popular Lamb. 36. También en relación con la etapa previa, se observa un incremento en la producción del vaso Morel 68, que pasará a incluirse en el servicio de mesa en este momento. Finalmente, y para concluir con la cerámica de barniz negro, pueden hallarse asimismo cuencos de gran tamaño; en especial, los tipos Lamb. 26 –más antiguo– y 27B –algo más moderno– (figura 66).



Figura 66. Propuesta de servicio ideal c. 200 a. C. Belarte *et al.* 2010: 106, fig. 13. Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.

6.1.3. Tercer cuarto del siglo II a. C.

El dominio de la cerámica de barniz negro del tipo campaniense A es abrumador también durante el tercer cuarto del siglo II a. C. No obstante, y desde mediados de la centuria, la cerámica de barniz negro del tipo B comienza a entrar en los mercados, aunque de forma muy minoritaria; principalmente, la procedente del taller de Cales –también denominada «calena»– inicialmente en su variante antigua y en su variante media después –a finales del tercer cuarto del siglo II a. C.–. La irrupción del taller de Cales no debe sorprender en absoluto, puesto que elaboró aproximadamente la mitad del total de cerámica de barniz negro producida sumando todas sus variantes –antigua, media y tardía–¹⁵³. Estas producciones fueron ampliamente exportadas hacia el litoral peninsular; concretamente, desde el puerto de la pequeña colonia marítima de *Minturnae*.

Tercer cuarto del siglo II a.C.

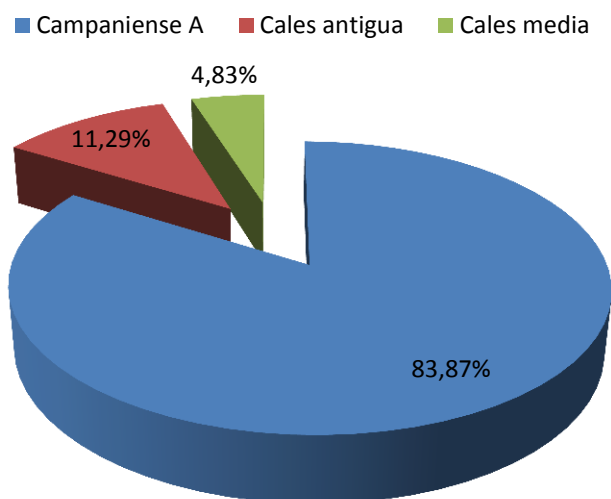


Figura 67. Porcentaje de cerámica de barniz negro del tercer cuarto del siglo II a. C. recuperada en el valle de Cabrera de Mar.

la cerámica de barniz negro del tipo B –en contextos del tercer cuarto del siglo II a. C.– sigue siendo claramente minoritaria frente a la campaniense del tipo A, que todavía representa el 83,87 % del total de cerámica de barniz negro producida. La variante antigua de Cales supone un 11,29 %, y la variante media –que aparece a finales de este período– tan solo un 4,83 %. Estos porcentajes, por otro lado, cuadran bien con los datos procedentes de otras importantes ciudades del litoral Mediterráneo, como *Valentia*¹⁵⁴.

La irrupción de las producciones de cerámica de barniz negro del tipo B en los mercados supuso la introducción de un nuevo repertorio formal, introducción

¹⁵³ Ribera y Principal 2013: 82.

¹⁵⁴ Marín y Ribera 2000.

que se inició a partir del tercer cuarto del siglo II a. C. y aumentó sustancialmente a medida que la centuria avanzaba; especialmente, durante el primer cuarto del siglo I a. C.

La aparición de la cerámica calena en el valle de Cabrera de Mar en fechas tempranas tampoco será casual. No se debe olvidar que estas cerámicas se documentaron inicialmente en los cuatro centros de la Hispania Citerior, para los que se supone un mayor número de población itálica –ya fuese estable o en constante movimiento–, y fueron más frecuentes en *Tarraco* –capital administrativa y militar–, *Emporion* –lugar en el que se produjeron los distintos desembarcos militares e importante puerto–, *Cartago Nova* –principal centro minero– y *Valentia* –colonia itálica–¹⁵⁵. Aunque no se puede suponer que el asentamiento tardorepublicano del valle de Cabrera de Mar tuviese una importancia similar a la de estas cuatro ciudades –ni en número de habitantes ni administrativa o económicamente hablando–, sus características itálicas y sus demostrados contactos con la península homónima¹⁵⁶ explican sobradamente la presencia de dichos materiales en el área objeto de estudio.

6.1.4. Último cuarto del siglo II a. C.

La cerámica campaniense A continúa teniendo un amplio repertorio en el que, básicamente, destaca el cuenco Lamb. 27ab y los platos de las formas Lamb. 36 y Lamb. 5, que sustituyen al tradicional plato de pescado –Lamb. 23–. Con la aparición de la variante media del taller de Cales –a finales del tercer cuarto del siglo II a. C.–, estas nuevas producciones presentarán un repertorio tipológico variado y numeroso, y gozarán de una gran aceptación en el territorio equiparándose rápidamente a la campaniense A en los hallazgos. El plato Lamb. 5 destaca dentro de la variante media de Cales, y representa casi la mitad de las piezas recuperadas pertenecientes a esta producción, lo que indica una preferencia cada vez mayor por la utilización del plato en detrimento del cuenco, dominante en etapas anteriores. Otras formas frecuentes serán el plato Lamb. 6 y las «escudellas» Lamb. 1 y 8. En general, parece que se prefiere un servicio de mesa individual compuesto por el plato Lamb. 5, al que se le podría añadir su correspondiente copa representada por las formas Lamb. 2, 3, 10 y MP 127 (figura 68).

¹⁵⁵ Ribera y Principal 2013: 88.

¹⁵⁶ Sinner y Stannard (en prensa).

PROPUESTA DE SERVICIO IDEAL c. 120-75 a.C.

Campaniense A media/tardía

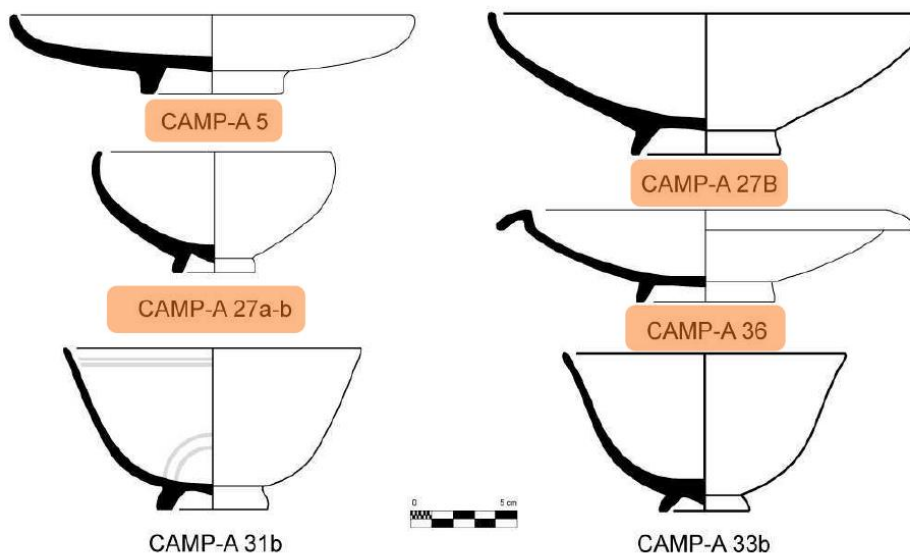


Figura 68. Propuesta de servicio ideal c. 120-75 a. C. (Belarte *et al.* 2010: 106, fig. 13). Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.

6.1.5. Primer cuarto del siglo I a. C.

Las formas Lamb. 36 y Lamb. 5 se sustituyen en gran parte por el tipo Lamb. 5/7, una producción tardía dentro de la campaniense A que imita claramente al repertorio tipológico de la cerámica de barniz negro del tipo B durante el siglo I a. C. Aun así, la forma Lamb. 36 no desaparece totalmente, y continuará viéndose durante las producciones tardías del taller –si bien mucho menos en ese momento–, mientras que el tipo Lamb. 6 pasa a hallarse muy esporádicamente. Entre los cuencos, el tipo Lamb. 27ab –antes habitual– será poco frecuente en los contextos del siglo I a. C. Los otros cuencos, aunque muy raros, pervivirán en la variante tardía de la cerámica campaniense A. Dentro de las formas que podrían definirse como «escudellas», el tipo 27B se mantiene durante todo el período. Las Lamb. 27bc, 28 y 31, por su parte, únicamente podrán verse durante el primer cuarto del siglo I a. C. y, normalmente, en la variante tardía del taller. Parece que la repentina desaparición del tipo Morel 68 debe atribuirse a la llegada de los vasos de paredes finas, vajilla cuya función es idéntica a la de esta forma y que, por tanto, tenderá a sustituirla.

Primer cuarto del siglo I a.C.

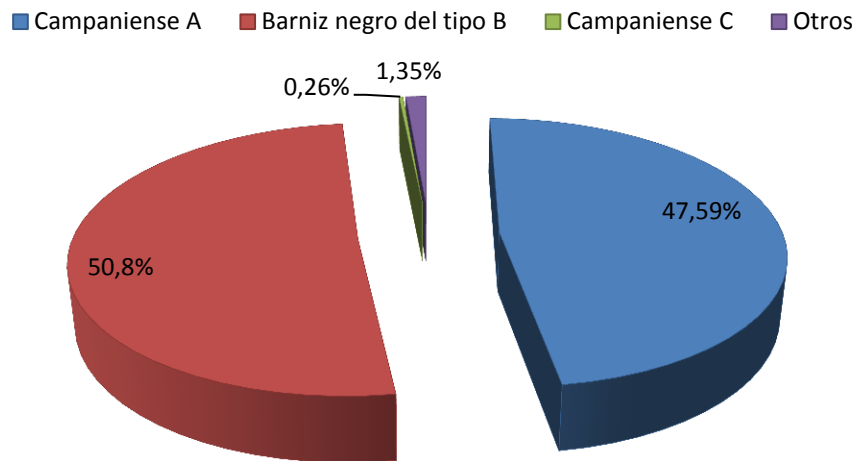


Figura 69. Porcentajes de cerámica de barniz negro recuperada en el valle de Cabrera de Mar en contextos del primer cuarto del siglo I a. C.

A inicios del siglo I a. C., también pueden observarse producciones afines al tipo B cuya procedencia es, a su vez, de origen itálico. Estas, sumadas a las cerámicas calenas, superan en número a las producciones del tipo campaniense A, que en este momento representa el 47,59 % de la cerámica de barniz negro elaborada frente a un 50,80 % de las producciones del tipo B. Se confirma, por tanto, el cambio ya detectado a finales del siglo II a. C. y que supuso la implantación de un nuevo repertorio tipológico. Los hallazgos de cerámica de barniz negro procedentes de Sicilia –tradicionalmente denominada campaniana C– son meramente testimoniales, y tan solo suponen un 0,26 % del total (figura 69).

6.1.6. Segundo cuarto del siglo I a. C.

Por vez primera, las producciones del tipo B del total de cerámica de barniz negro son más que las de la campaniense A, con un porcentaje del 76,19 %. Las elaboradas en el taller de Cales destacan entre todas las del mencionado tipo B, y suponen el 74,02 % del total sumando sus variantes media y tardía. La presencia de la cerámica de barniz negro etrusca es prácticamente insignificante, y apenas llega al valle de Cabrera de Mar. Esto no es nada extraño si se tiene presente que estas producciones –así como las de tipo aretino– apenas superan en muy contadas ocasiones el 10 % del total en los contextos del litoral hispano¹⁵⁷. De este modo, cualquiera de las dos variantes de Cales –media o tardía– son, por sí mismas, superiores numéricamente a las cerámicas del tipo campaniense A, y las

¹⁵⁷ Ribera y Principal 2013: 68.

producciones tardías son ligeramente mayores en número que las del tipo medio en estos momentos.

El repertorio tipológico de la cerámica de barniz negro del tipo campaniense A se muestra variado en el segundo cuarto del siglo I a. C. (figura 70). El plato parece haberse consolidado como la forma mejor representada, seguida por los cuencos a cierta distancia. Dicha forma destaca especialmente en la producción tardía del taller, en la que está representada por las formas Lamb. 5/7 (32 %), Lamb. 27bc (22 %), Lamb. 31 (14 %) y Lamb. 36 (11 %). El resto de formas son raras y minoritarias en los hallazgos arqueológicos y, por ejemplo, se han documentado las formas Lamb. 34 y Morel 68 (5 % cada una), así como los tipos Lamb. 33, Lamb. 8 y Lamb. 27/55; cada uno de ellos apenas supone el 3 % del total. Finalmente, puede encontrarse un 3 % de formas indeterminadas.

Segundo cuarto siglo I a.C.

■ Lamb. 5/7 ■ Lamb. 27bc ■ Lamb. 31 ■ Lamb. 36 ■ Lamb. 34 ■ Morel 68 ■ Otras

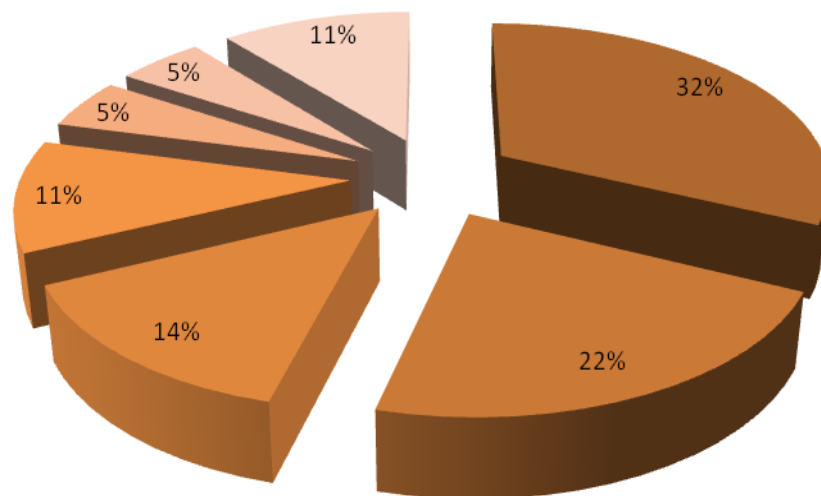


Figura 70. Tipos más habituales de la campaniense A en el valle de Cabrera de Mar durante el segundo cuarto del siglo I a. C.

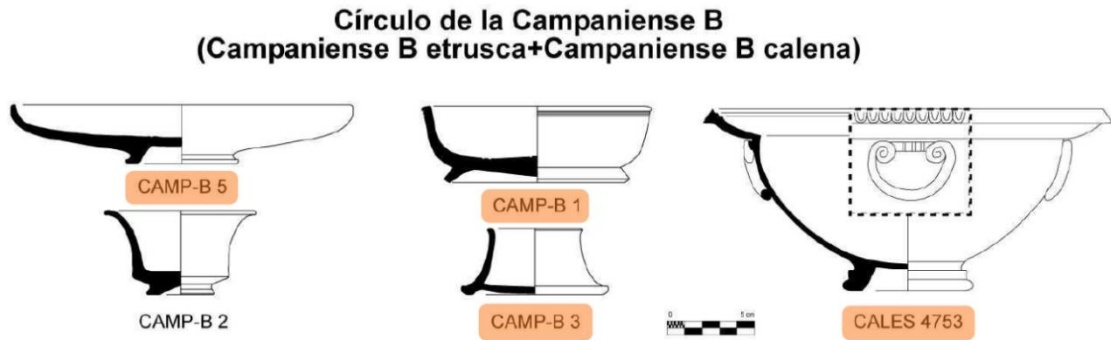


Figura 71. Cerámica campaniense B. Belarte *et al.* 2010: 106, fig. 13. Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.

En el repertorio del taller de Cales, puede observarse que las formas más habituales coinciden tanto en las producciones del tipo medio como en las tardías. Estas son el plato Lamb. 5 –que constituye por sí solo más de la mitad del número de piezas recuperadas en las dos variantes–, el cuenco/«escudella» del tipo Lamb. 1 –más utilizado en la variante media del taller– y, finalmente, la forma Lamb. 3 –con porcentajes bastante similares en las variantes media y tardía–. Por ello, se podría decir que el servicio de mesa del taller de Cales estaría prácticamente formado por el plato Lamb. 5, la «escudella» Lamb. 1 y la *píxide* Lamb. 3 (figura 71). Estas tres formas representan la práctica totalidad de los materiales recuperados pertenecientes a la variante media del taller. El caso de las producciones tardías es muy parecido y, además, también se documenta la forma Lamb. 2 –un tipo con escasa representación en la variante media del taller y en el que su presencia es testimonial–. Podría ser que, en esos momentos, la forma Lamb. 2 tuviese una función similar a la de la Lamb. 3; es decir, que fuera utilizada a modo de vaso.

Si estos datos se comparasen con los del período anterior, se llegaría a la conclusión de que la variante media no es otra cosa que la continuación de la fase precedente en cuanto al repertorio tipológico. La superioridad del plato Lamb. 5 se mantiene seguido de lejos por el cuenco/«escudella» del tipo Lamb. 1, pero hay un notorio aumento del tipo Lamb. 3 en la fase siguiente –la aquí tratada–, y es coetáneo a la desaparición de otras formas, como las Lamb. 8, 6 y F 4753 –que se documentaban en la aludida fase precedente–. El resto de formas mantiene su proporción en ambos períodos.

Para terminar, es importante señalar que la presencia de las producciones de cerámica de barniz negro procedentes de Etruria y Sicilia son, en esos momentos, totalmente residuales y prácticamente inexistentes.

6.1.7. Algunas valoraciones

A lo largo del tercer cuarto del siglo II a. C. –y, especialmente, en el último cuarto de la centuria– las producciones del taller de Cales irrumpieron con fuerza en los mercados. Primero en su variante antigua y luego en sus producciones medias y tardías, supusieron un importante cambio en los repertorios formales, en los que el plato tendería a sustituir al cuenco como elemento central del servicio de mesa.

Habría que valorar, por tanto, a qué se debió la gran aceptación de estas nuevas producciones en el valle y fuera de él, pues parece que la mencionada sustitución del cuenco por el plato como elemento principal de la vajilla de mesa podría deberse a algo más que a un simple gusto por formas distintas o más eficientes, como podría pensarse ocurre con la sustitución de la forma Morel 68 por los vasos de paredes finas o los *píxides*. En este caso, ¿es factible que dicho cambio pudiera ser indicativo de una variación en los productos consumidos y, por tanto, de un cambio en la dieta? De ser así, ¿sería este cambio un reflejo de la conquista romana y supondría la adopción cada vez mayor de la dieta y tradiciones culinarias de tipo itálico por parte de los habitantes del valle de Cabrera de Mar? Sin duda, el estudio de la funcionalidad de la vajilla de mesa, de la culinaria y su evolución a lo largo de la conquista son elementos a tener muy en cuenta y que pueden aportar una interesante información sobre el proceso de colonización. Al fin y al cabo, la dieta siempre ha sido, es y será una parte importante, inseparable y muy característica de todas las culturas. Por otro lado, el estudio de la vajilla utilizada para su preparación y consumo –junto con los aportes de disciplinas mucho más específicas, como las dedicadas a la flora y la fauna– puede ser de gran utilidad para entender la dieta de un pueblo concreto y su evolución.

No obstante, algunos autores –como Dietler– han apuntado: «*One must also recognize that when an object crosses cultural frontiers, it does not necessarily arrive with the meaning and practices associated with it in its context of origin*»¹⁵⁸. Es decir, cabe la posibilidad de que los grupos locales readaptaran las nuevas formas a su dieta dándoles un uso algo distinto al que se les proporcionó en su lugar de origen.

¹⁵⁸ Dietler 2009: 32.

6.2. Las ánforas¹⁵⁹

6.2.1. Circa 200 a. C.

Las púnicas supusieron el 72,73 % de las ánforas de importación datadas a principios del siglo II a. C. que se recuperaron en el valle de Cabrera de Mar. Dentro de este repertorio, el número de envases recuperados del tipo púnico-ebusitano –procedentes de *Ebusus*, actual Ibiza– y el de las originarias del Mediterráneo central son muy similares. Las importaciones anfóricas procedentes de la zona del estrecho de Gibraltar, aunque existentes, fueron minoritarias en comparación con las otras dos mencionadas. En el grupo de las ánforas ebusitanas, destaca la PE-16/T 8.1.3.1, mientras que la forma preferida entre las del Mediterráneo central parece ser la Maña D/T 5.2.3.2. Las ánforas greco-itálicas, por su parte, se encuentran a mucha distancia del monopolio comercial púnico –en lo que a las ánforas se refiere– con un 18,18 % del total de la producción.

Estos porcentajes concuerdan con los datos que se conocen para otros yacimientos del litoral catalán, donde la presencia de ánforas itálicas se eleva a cifras cercanas al 17 % y los envases púnicos tienen un papel dominante en este tipo de importaciones¹⁶⁰.

6.2.2. Siglos II-I a. C. (195-80 a. C.)

La presencia del material púnico sigue siendo mayoritaria (60 % del total) a lo largo de la primera mitad del siglo II a. C., aunque la proporción de ánforas greco-itálicas aumentará de forma considerable con respecto a la etapa anterior (llegando a cifras cercanas al 40 %). A partir de mediados del siglo II a. C., y coincidiendo con la aparición del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, las ánforas de origen itálico pasarán a ser claramente mayoritarias, y los contenedores de origen púnico se documentarán en menor número invirtiéndose la dinámica del período anterior (tabla 3).

Las ánforas greco-itálicas están presentes en contextos que llegan hasta el tercer cuarto del siglo II a. C. junto con otras ánforas de transición de este tipo a la Dressel 1A y las Dressel 1A propiamente dichas. A partir de estos momentos, la producción de los tipos Dressel 1 itálicos aumenta de forma progresiva hasta que llegan a ser los mayoritarios en el último cuarto del siglo II a. C. y primer cuarto de la centuria siguiente. Llegados a este punto, es interesante comparar en el presente apartado –el único en que tal comparación es factible– los datos procedentes de los

¹⁵⁹ Solamente contamos con información procedente del asentamiento de época tardo-republicana para las ánforas del período comprendido entre el 195 y el 80 a. C. El resto de los datos expuestos en este capítulo tiene su origen exclusivamente en los yacimientos ibéricos del valle de Cabrera de Mar.

¹⁶⁰ Asensio 2010: 27.

yacimientos ibéricos del valle de Cabrera de Mar con los del asentamiento de la época tardo-republicana –con fuertes influencias itálicas y algo distinto al resto de asentamientos–. En el primer caso, las ánforas itálicas suponen el 73,91 % del total de los envases de importación documentados. Los procedentes del área de Apulia-Brindisi (7,24 %) ¹⁶¹ y los de la zona situada al N del Adriático –Lamb. 2 (2,89 %)– son minoritarios y no suponen un volumen significativo dentro de las importaciones que se realizan en ese instante. Las cifras documentadas en el asentamiento tardo-republicano son ligeramente distintas, aunque similares. Los envases itálicos representan aquí el 68,58 % del total de fragmentos recuperados, y los procedentes de la bahía de Nápoles (Pompeya) son los más habituales con diferencia, seguidos de otros procedentes de la zona de *Minturnae* y el *Ager Falernus* ¹⁶². Finalmente, los contenedores con origen en el S de la península itálica –Apulia-Calabria– parecen constituir el cuarto grupo en cuanto a número de fragmentos recuperados; no obstante, están mucho peor representados que los anteriores ¹⁶³. Entre las ánforas itálicas del tipo Dressel 1, la presencia de la variante 1A destaca durante la segunda mitad del siglo II a. C., aunque también se documenta la variante del tipo 1C –siempre minoritaria respecto a la primera– a partir del último cuarto de la centuria. Ya en contextos del primer cuarto del siglo I a. C., pueden encontrarse las tres variantes –1A, 1B y 1C–.

Por lo que a las ánforas púnicas se refiere, los contenedores de origen ebusitano –ya en la segunda mitad del siglo II a. C.– alcanzaron cifras del 35,71 % en los yacimientos ibéricos del valle, mientras que las originarias del Mediterráneo central supusieron el 46,42 % del total de los envases púnicos recuperados. Finalmente, y ya en porcentajes más reducidos, las del estrecho de Gibraltar (17,85 %) completan el total de la muestra. Los tipos Maña D/T5.2.3.1 –muy posiblemente residual–, Maña C1b/T7.4.1.1, Maña C2c/T7.3.2.1 y T7.3.1.1 destacan entre las pocas formas procedentes del área central del Mediterráneo que han podido clasificarse ¹⁶⁴. Una PE-16/T8.1.3.1 –también posiblemente residual– y una PE-17/T8.1.3.2 tienen su origen en Ibiza, mientras que los tipos C2b/T7.4.2.1 y T9.1.1.1. se observan entre las ánforas del estrecho ¹⁶⁵.

¹⁶¹ La presencia de esta ánfora olearia es significativa, puesto que tiene una distribución de carácter militar; Pera *et al.* (en prensa): fig. 9.

¹⁶² Esta procedencia aún ha de ser confirmada.

¹⁶³ Los datos relativos al asentamiento tardo-republicano han sido extraídos de una muestra total de 8.075 fragmentos procedentes de los sectores de Ca l'Arnau-Can Mateu y Can Benet.

¹⁶⁴ Los tipos Maña C1b/T7.4.1.1 y Maña C2c/T7.3.2.1 también se documentan en Puig Castellar (el autor de esta tesis agradece la información facilitada por César Carreras).

¹⁶⁵ Zamora 2006-2007.

Tabla 3. Origen de los fragmentos de ánfora estudiados recuperados en el asentamiento tardo-republicano de Cabrera de Mar. Sinner y Stannard (en prensa).

Origen	fragmentos	%
Itálicos	5,538	68,58
Púnicos	1,939	24,01
Ebusitanos	708	8,77
Norteafricanos	1,231	15,25
Otras importaciones	598	7,41
Total	8,075	100,00

Ánforas importadas asentamiento tardo-republicano

■ Mediterráneo central ■ A. Púnico-Ebusitanas ■ A. Itálicas ■ Otras

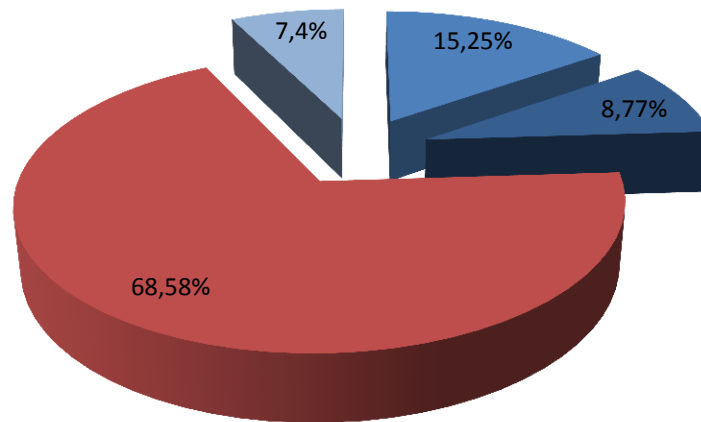


Figura 72. Porcentajes de ánforas importadas hacia el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar.

Ánforas Púnicas yacimientos ibéricos

■ Mediterráneo central ■ A. Púnico-Ebusitanas ■ A. estrecho ■ A. Indet.

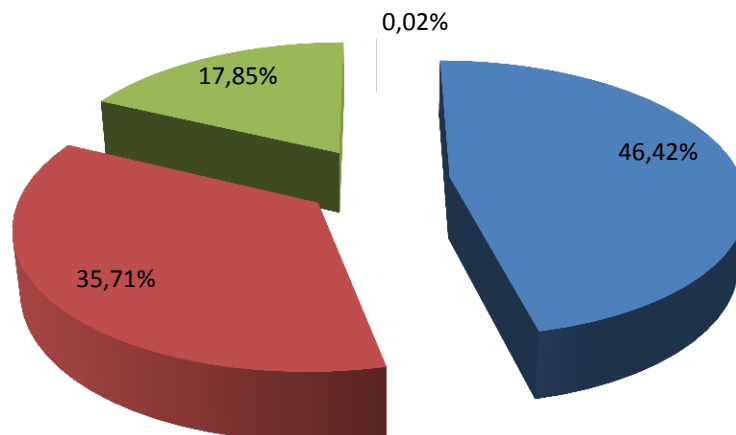


Figura 73. Ánforas de origen púnico recuperadas (núm. de fragmentos) en los yacimientos ibéricos del valle de Cabrera de Mar.

Al analizar las cifras procedentes del yacimiento tardo-republicano, se comprueba que las ánforas importadas del Mediterráneo central suponen un 15,25 % del total de fragmentos recuperados, porcentaje algo superior al correspondiente a las del tipo ebusitano –que es de un 8,77 % del total–; los tipos procedentes del estrecho son minoritarios y, por tanto, poco significativos (figura 72).

6.2.3. Segundo cuarto del siglo I a. C. (80-50 a. C.)

Las producciones de origen itálico de este período, el 86,48 %, son ánforas del tipo Dressel 1 en sus tres variantes –A, B y C–, aunque predominan los tipos A y B. El 8,10 % de estas importaciones son ánforas procedentes de Apulia-Brindisi, mientras que el 4,05 % pertenecen al tipo Lamboglia 2 adriáticas y tan solo hay un 1,35 % del tipo Dressel 26.

Las ánforas de procedencia púnica son básicamente ebusitanas, y el tipo PE18 es el mejor representado (8 ejemplares), seguido por el PE16 (2 ejemplares) y PE17 (1 ejemplar). Dentro de esta misma categoría, se mantiene una escasa representación del área central del Mediterráneo con los tipos Maña C2/T.2.2.1 y Maña C2b/T7.4.3.3, estas procedentes del área del estrecho de Gibraltar¹⁶⁶.

Finalmente, una novedad importante a lo largo de este último período en el valle es la que supuso el abandono del asentamiento tardo-republicano en beneficio de la nueva ciudad de *Iluro* (cuya fundación se ha datado recientemente entre el 80-70 a. C.)¹⁶⁷. Después de dicho abandono –o, incluso, en los momentos previos–, una importante actividad productiva empezó a desarrollarse en la zona. Su producción, que no se analizará con detalle en este capítulo dado su carácter local, imitaba a los envases itálicos copiando inicialmente las ánforas del tipo Dressel 1 –denominadas Dressel 1 Citerior–¹⁶⁸ para, posteriormente, evolucionar a tipos tan conocidos como las Tarraconense 1 –en todas sus variantes–, la Pascual 1 y la Dressel 2-3, que acabarán sustituyendo poco a poco a los contenedores itálicos hasta dominar el registro arqueológico (véase capítulo 19)¹⁶⁹.

6.3. Inscripciones sobre cerámica importada

Como se ha visto a lo largo de este capítulo, es mucha la información que puede obtenerse con el estudio detallado de las cerámicas importadas; especialmente, en relación con las rutas comerciales y los contactos –ya fuesen

¹⁶⁶ Zamora 2006-2007.

¹⁶⁷ El autor de esta tesis agradece la información facilitada por Joaquim García.

¹⁶⁸ Martín y García 2007.

¹⁶⁹ Sobre la cronología de estos envases, véase López y Martín 2008.

directos o indirectos– entre el valle y los principales centros productores del Mediterráneo occidental. Por el contrario, poco o nada se sabe normalmente sobre quiénes eran el comprador y el destinatario final de estos bienes. En un caso tan complejo como el del valle de Cabrera de Mar –donde parece que un importante *oppidum* ibérico y el asentamiento tardo-republicano conviven durante casi tres cuartos de centuria–, averiguar la identidad de los propietarios de dichos conjuntos importados sin duda podría ayudar a conocer el componente étnico de los pobladores del valle. Si bien parece una obviedad pensar que puede encontrarse a una inmensa mayoría de población indígena o local en el poblado ibérico, el tema resulta mucho menos claro al abordar un estudio similar en el asentamiento tardo-republicano; en especial, si sus características arquitectónicas se tienen presentes (véase capítulo 5).

Tabla 4. Grafitos sobre cerámica importada procedentes del valle de Cabrera de Mar.

Ref. ¹⁷⁰	Yac./Sec.	Soporte	Texto	Cronología Int.	Texto
1	Burriac	Cales (Lamb. 3)	laker	½ s. II a.C.	NP
2	Burriac	Camp A (Lamb. 68)	seftun	½ s. II a.C.	NP
3	Burriac	Cales	kai	Inicis s. I a.C.	NP (GAIVS?)
4	Burriac	Camp A	kue	1er 1/3 s.I a.C.	?
5	Burriac	Camp A	biu[ss. II-I a.C.	NP
6	Burriac	Ánf. It. Dr.1	balai/ balan	s. II a.C.	?
7	Burriac	Ánf. It. Dr.1	la / AR	s. II a.C.	?
8	Burriac	Camp. A (Lamb. 5)	bilake	s. II a.C.	NP (FLACVS?)
9	Burriac	Camp. A (Lamb. 5)	bil[s. II a.C.	NP (FLACVS?) NP (bil/bilos)
10	Burriac	Cales	ko		?
11	Burriac	Cales (Lamb. 8)	ta		?
12	Burriac	Cales (Lamb. 1)	ta		?
13	Burriac	Camp. A	ko		?
14	Burriac	Cales (Lamb. 1)	a		?
15	Turó Orriols	Cales (Lamb. 3)	ata	s. II a.C.	NP
16	Mas Català	Cales (Lamb. 3)	tite	2a ½ s. I a.C.	NP
17	Mas Català	Cales (Lamb. 8)	balke	último ¼ s. II a.C.	NP
18	l'Hostal	Camp. A]kai	último ¼ s. II a.C.	NP (GAIVS?)
19	Ca l'Arnau	Camp. A	ti	2a ½ s.II a.C.	?
20	Ca l'Arnau	Cales (Lamb. ?)	śalaj	2a ½ s.II a.C.	NP
21	Ca l'Arnau	Cales (Lamb. ?)	bi/P	2a ½ s.II a.C.	?
22	Ca l'Arnau	Cales (Lamb. ?)	ker	2a ½ s.II a.C.	?
23	Ca l'Arnau	Cales (Lamb. ?)] +ka	2a ½ s.II a.C.	?

¹⁷⁰ Las referencias bibliográficas de las inscripciones mostradas en la tabla son: núm. 1-3, Unterman *MLH* C.7.3, C.7.4, C.7.5, C.7.6; núm. 4, 12-14 Miró *et al* 1988: 35,74; núm. 8-11 Zamora 2006-2007: 266, lám. 3.5, 4.5, 270, lám. 3.3, 3.2; núm. 6 y 7 Panosa 1993: 5.3, 5.4; núm. 15 Panosa 2001: 3.1; núm. 16-18 Rodríguez Ramos 2005: 118. Los otros grafitos presentados son inéditos.

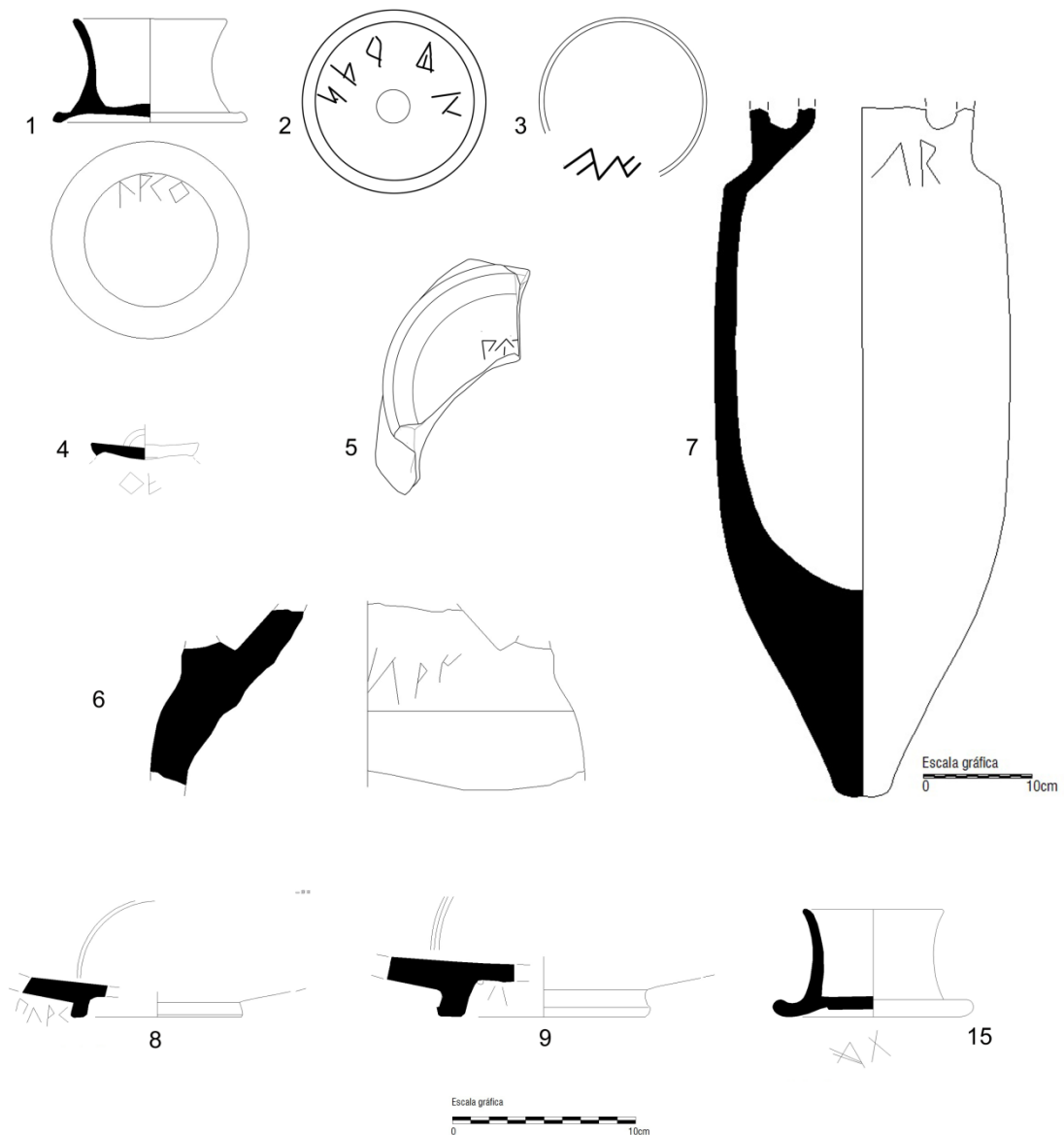


Figura 74. Lámina con los grafitos sobre cerámicas importadas con dos o más signos procedentes de Burriac. La numeración coincide con la de la tabla 4 (dibujos de C. Velasco y A. Martín).

Por este motivo, y con el fin de aportar nuevos datos sobre el tema, se considera necesario incorporar en este capítulo un breve estudio¹⁷¹ en el que se tratarán las posibles marcas de propiedad procedentes del valle de Cabrera de Mar; eso sí, solamente aquellas realizadas sobre cerámicas importadas¹⁷².

¹⁷¹ El autor de esta tesis quiere mostrar su agradecimiento a Joan Ferrer i Jané por permitirle utilizar en ella una parte importante de los datos con los que actualmente están trabajando y que esperan verán a la luz en breve. El texto en cuestión pretende ser un corpus dedicado a las inscripciones ibéricas recuperadas en el valle de Cabrera de Mar.

¹⁷² Solo se trabajará con aquellas inscripciones sobre cerámicas importadas cuya lectura no ofrezca dudas y puedan fecharse a lo largo del período cronológico que este trabajo abarca (siglos II-I a. C.). Si

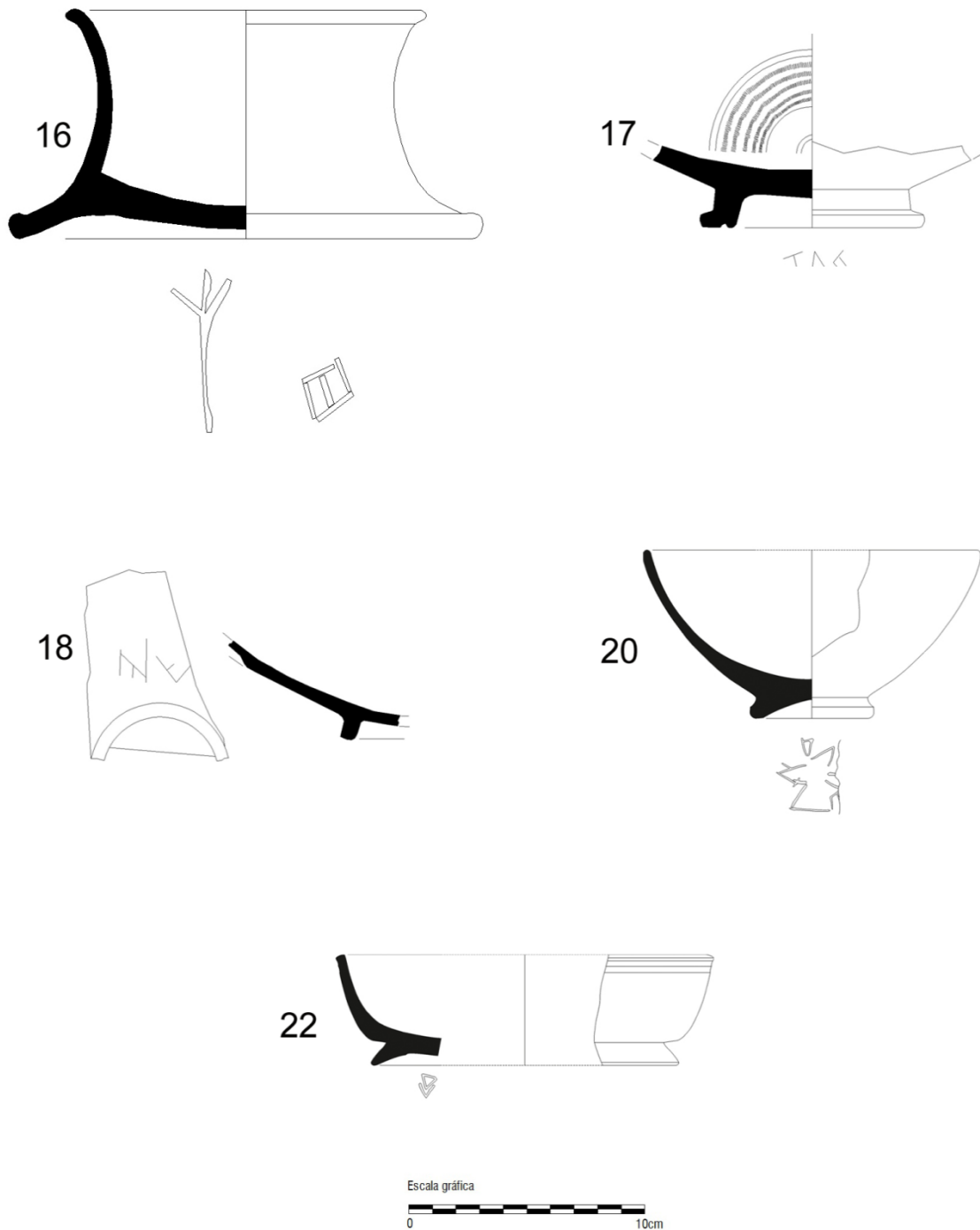


Figura 75. Lámina con grafitos sobre cerámicas importadas con dos o más signos procedentes del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. La numeración coincide con la de la tabla 4 (dibujos de C. Velasco y A. Martín).

bien la muestra final apenas llega a la mitad del total de las inscripciones que actualmente están siendo estudiadas –por lo que las conclusiones no deben forzarse en demasía–, se considera que es lo suficientemente significativa como para poder barajar algunas hipótesis.

De las veintitrés inscripciones representadas en la tabla 4, todas utilizan la lengua y el signario ibéricos, lo que ofrece una valiosa información sobre el empleado habitualmente por los habitantes del susodicho valle –cuanto menos, en la esfera de lo doméstico o privado–, así como de su composición étnica. Además, hasta once de los grafitos podrían responder a nombres personales (NP); es decir, que deben ser interpretados como la marca con la que el propietario grabó un objeto que le pertenecía. De estos once breves documentos epigráficos, tan solo cuatro –tres en Burriac y uno procedente del asentamiento tardo-republicano– parecen ser nombres itálicos grabados utilizando el alfabeto ibérico¹⁷³, mientras que el resto tendría un origen local (ibérico).

Sin pretender forzar demasiado unas comparaciones realizadas con una muestra reducida –y, por tanto, simplemente orientativa–, la epigrafía sobre la cerámica de importación muestra un dominio absoluto de la escritura ibérica sobre la latina en el valle. Además, parece indicar que aquellos posibles personajes cuyos nombres podrían tener un origen itálico establecidos tanto en Burriac como en el asentamiento tardo-republicano no solo eran minoría –la proporción de la muestra es 1 a 4 en el mejor de los supuestos; es decir, un 25 %–, sino que, además, parece que adoptaron el signario local¹⁷⁴.

Estos datos no deberían sorprender en el caso de Burriac. En efecto, si bien la presencia de población itálica en el valle está más que demostrada –al menos, los contactos comerciales parecen ser constantes–, un *oppidum* de las dimensiones de Burriac debería poder seguir albergando a una mayoría de población autóctona. Por contra, estos números sí resultan sorprendentes en el asentamiento tardo-republicano del valle. Aquí, tal y como sus características formales ya apuntaban (véase capítulo 5), cabría suponer que había habitantes de origen itálico. No obstante, la revisión de los documentos epigráficos parece indicar que estos debieron de ser muy minoritarios. El supuesto más plausible a la hora de explicar los nombres personales de origen latino es el que apunta hacia personajes locales –posiblemente relevantes– que, en esos momentos, ya habían adoptado los mencionados nombres de tipo latino en consonancia con un estilo de vida «a la Romana»¹⁷⁵. Sin embargo, sería altamente improbable que individuos de origen itálico recurriesen a un signario que no es el propio a la hora de marcar sus pertenencias; fundamentalmente, cuando –como se verá a continuación– se

¹⁷³ El número se reduciría considerablemente en el caso de que **bil o bilos** –así como **kai** – fuesen nombres personales de origen ibérico y no latino, posibilidad que no puede ser descartada (el autor de esta tesis agradece nuevamente la información facilitada por Joan Ferrer).

¹⁷⁴ Se utilizan nombres personales en todos los grafitos sobre cerámica de barniz negro, por lo que no es posible determinar qué lengua era la usada en el valle.

¹⁷⁵ El uso de nombres personales de tipo latino entre los íberos es un hecho bien documentado gracias a la Turma Salluitana.

conocen yacimientos en los que su presencia está demostrada y se sabe que empleaban el alfabeto latino.

Sería fácil caer en la tentación de desacreditar a una muestra que, de por sí, es algo reducida argumentando que los grafitos realizados en lengua latina simplemente aún no han aparecido. Por ello, es importante mencionar que todavía no se conoce un solo grafito *post coctem* procedente del asentamiento tardo-republicano en el que el autor utilizara la lengua o el alfabeto latinos. Este hecho es enormemente significativo si lo comparamos con los datos procedentes de otros asentamientos prácticamente contemporáneos, como por ejemplo, *Valentia* (Valencia) o La Cabañeta (El Burgo de Ebro, Zaragoza)¹⁷⁶. El primero –que ya ha sido citado en reiteradas ocasiones a lo largo de este estudio por sus similitudes con el asentamiento del valle– es una fundación itálica bien documentada (138 a. C.), y los grafitos localizados en ella utilizan mayoritariamente la lengua y el alfabeto latinos, quedando reducidos a la mínima expresión aquellos otros que se sirven del ibérico¹⁷⁷. En cuanto al segundo, aunque los porcentajes tienden a equipararse, los grafitos que emplean el alfabeto ibérico siguen siendo minoría frente a los que usan el latino¹⁷⁸.

Por tanto, y siempre sobre la base de los documentos epigráficos, parece que el valle de Cabrera de Mar –a diferencia de lo que se intuye arquitectónicamente hablando; al menos, para el asentamiento tardo-republicano– tuvo más en común con otros núcleos de tradición y carácter indígena –como Azaila o el *oppidum* de Ca n’Oliver (Cerdanyola del Vallès), donde la epigrafía ibérica es claramente mayoritaria– que con aquellos en donde la presencia itálica es un hecho consumado. Algunos ejemplos son *Valentia*, La Cabañeta, *Emporion* y *Cartago Nova* –en la costa de la *Citerior*– o los asentamientos con un marcado carácter militar, léase los campamentos numantinos o *Castra Caecilia* (Cáceres el Viejo); este último, en la *Ulterior*¹⁷⁹.

Todo parece apuntar a un valle con un marcado carácter indígena ya mencionado –el elevado número de inhumaciones de fetos humanos documentadas en niveles fundacionales o los documentos epigráficos, moneda incluida, apoyan este argumento–, pero muy integrado en las rutas, el comercio y el *modus vivendi* de tipo itálico; en otras palabras, fuertemente «romanizado». Así lo demuestra la presencia de edificios públicos y privados similares a sus contemporáneos itálicos

¹⁷⁶ Ambas ciudades serán destruidas en las Guerras Sertorianas –momento en que se abandona el valle de Cabrera de Mar–. Hasta dicho momento, las tres ciudades apenas contaban con menos de una centuria de vida, lo que hace tremendamente interesante la comparación.

¹⁷⁷ El autor de esta tesis agradece la información facilitada por Albert Ribera.

¹⁷⁸ Mínguez y Díaz 2011: 82.

¹⁷⁹ Díaz 2008: C18-C23; C88-C94; C97-C104; C112-C113; U9-U15.

–las termas de Ca l’Arnau y las suntuosas *domus* de Can Benet o Can Rodon son algunos ejemplos–, además de una importante cantidad de cerámica y materiales de construcción importados que parecen estar presentes de forma constante a lo largo y ancho de todo del valle.

7. LA CIRCULACIÓN MONETARIA

La circulación monetaria en el valle de Cabrera de Mar ha sido bien estudiada anteriormente. En un principio, y con motivo de la campaña de excavación llevada a cabo en el poblado ibérico de Burriac durante el año 1983, se elaboró un estudio inicial dedicado exclusivamente a dicha circulación monetaria en el *oppidum* ibérico¹⁸⁰. Posteriormente, tras iniciarse en 1997 las excavaciones en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, se realizaron diversos trabajos que dieron a conocer los hallazgos numismáticos de este yacimiento. Estos estudios no solo aportaron datos de gran interés para la comprensión de la circulación monetaria del yacimiento de forma sintética, sino que también compararon la información procedente del nuevo asentamiento con la previamente obtenida gracias al estudio del *oppidum* ibérico¹⁸¹. Tomando como base los mencionados trabajos, el autor de esta tesis ha elaborado un reciente estudio actualizado y dedicado exclusivamente a la circulación monetaria del valle de Cabrera de Mar en colaboración con Carles Martí. Este capítulo reproduce gran parte de su contenido¹⁸².

7.1. Análisis de la circulación

Del total de monedas analizadas en el presente trabajo, 173 proceden del poblado ibérico de Burriac, las cuales se pueden dividir en distintos grupos cronológicos gracias al examen de los materiales arqueológicos recuperados en las intervenciones arqueológicas: último cuarto del siglo II a. C., solo 3 monedas; primer cuarto del siglo I a. C., 43 monedas; segundo cuarto del siglo I a. C., 66 monedas y, finalmente, 58 piezas procedentes de estratos superficiales que, por tanto, carecen de contexto cronológico. Después de descartar las piezas ilegibles y aquellas cuya cronología nada tiene que ver con la estudiada, quedó un total de 164 monedas con las que poder trabajar. Por su parte, se conocen 142 monedas del asentamiento tardo-republicano, que también pueden clasificarse en grupos

¹⁸⁰ Martí 1984.

¹⁸¹ Martí 2004; 2009.

¹⁸² Sinner y Martí 2012.

diferentes nuevamente sobre la base del análisis de los materiales cerámicos recuperados en las excavaciones: último cuarto del siglo II a. C., 20 monedas; primer cuarto del siglo I a. C., 95 monedas; segundo cuarto del siglo I a. C., tres monedas, más 24 monedas procedentes de estratos superficiales.

Al estudiar la circulación monetaria, se trabajará casi exclusivamente con amonedaciones de bronce, pues tan solo 13 de todas las piezas recuperadas en el valle de Cabrera de Mar se acuñaron sobre plata –cinco denarios ibéricos y tres romano-republicanos; de ellos, al menos tres son falsos–.

Tras examinar la procedencia de las piezas, se puede comprobar que la circulación muestra un marcado carácter regional. El 34,94 % de los ejemplares recuperados pertenece a talleres adscritos al territorio layetano, mientras que se alcanza el 75,48 % de la totalidad de monedas en circulación si se incluyen las procedentes de los territorios limítrofes –Ausetania (13,69 %), Cosetania (12,42 %), Ilergecia y Lacetania (9,87 %) ¹⁸³, e Indegecia (2,55 %)– (tabla 5).

Más allá de la actual Cataluña, las únicas zonas con relativo peso estadístico son las comprendidas entre los valles de los ríos Ebro y Jalón (y sus territorios limítrofes), así como las pertenecientes al SE de la Galia. Aun así, las monedas recuperadas en esta área geográfica tan extensa únicamente suponen un 5,73 % del total puesto en circulación pese a la cantidad de talleres adscritos al primer grupo, mientras que esta cifra baja hasta un 4,78 % en el caso galo (tabla 5).

Un análisis pormenorizado de las cecas deja entrever nuevamente el escaso radio de acción e influencia de las amonedaciones ibéricas. Solo sumando los ejemplares producidos por cuatro talleres ¹⁸⁴ –**ilduro** (27,07 %), **kese** (12,42 %), **auśesken** (10,83 %) e **ildirgesken** (7,01 %)– se obtiene el 57,33 % del numerario circulante. Son amonedaciones –como ya se ha apuntado– emitidas mayoritariamente en bronce (95,54 %) ¹⁸⁵, y destaca el importante peso de los divisores –monedas fraccionarias de bajo valor–, que suponen el 30 % del total de monedas recuperadas (figura 79). Los valores más utilizados son el cuadrante/cuarto (45,35 %), el semis/mitad (40,21 %) y el triente/tercio (14,44

¹⁸³ En su día, el taller de **ildirgesken** fue considerado ilergete (Sinner y Martí 2012: 59). No obstante, se cree que esta adscripción presenta muchas dudas a día de hoy, ya que podría tratarse una ceca lacetana teniendo en cuenta la dispersión y localización de sus hallazgos.

¹⁸⁴ Estos talleres destacan debido a que el primero –**ilduro**– es la ceca local; **auśesken** e **ildirgesken** parecen estar especialmente bien comunicados con el valle, como se verá a lo largo de este capítulo, mientras que **kese** resulta relevante por tratarse de la ceca más productiva de todo el NE peninsular. Tales criterios explicarían el porqué de la importante presencia de estas amonedaciones en el valle.

¹⁸⁵ Hay que tener presente que el hecho de que no se recupere prácticamente plata no significa que esta no circulase. Es bien sabido que, debido a su alto valor, la moneda de plata no es habitual entre los hallazgos arqueológicos, puesto que raras veces se pierde o se abandona, siendo mucho más frecuente en los atesoramientos. Desafortunadamente, aún no se conoce ninguna ocultación en el valle de Cabrera de Mar, por lo que el estudio de la circulación se basa estrictamente en los datos procedentes de los hallazgos aislados.

%) (figura 78). Todo parece indicar que la circulación satisfaría pagos de baja cuantía que se pueden relacionar fácilmente con las transacciones del día a día efectuadas en el valle de Cabrera de Mar.

Tabla 5. Procedencia y número de monedas recuperadas en el valle de Cabrera de Mar (Sinner y Martí 2012: 58, tabla 1).

	Denario	Medio victoriato	As Unidad Trishekel	Mitad Semis	Tercio Triens	Cuarto Quadrans	Doceavo Unctia	TOTALES	
1. Roma	8	1	2		1			12	3,82 %
2. Cartago			1					1	0,32 %
3. Gadir			1			1		2	0,64 %
4. Ebusus				5		6		11	3,50 %
5. Massalia						9		9	2,87 %
6. Catalauni						1		1	0,32 %
7. neronken			3					3	0,96 %
8. baetarrae			2					2	0,64 %
9. undikesken			7	1				8	2,55 %
10. kese			22	8		8	1	39	12,42 %
11. ildírda	1		4	2		1		8	2,55 %
12. ildírgesken			13	9				22	7,01 %
13. auésken			32	2				34	10,83 %
14. euštibaikula			2	1				3	0,96 %
15. ore			6					6	1,91 %
16. laiešken			11	1				12	3,82 %
17. ilduro			64	3	8	10		85	27,07 %
18. lauro			8	3				11	3,50 %
19. baitolo			6			1	1	8	2,55 %
20. iešo			1					1	0,32 %
21. abaíldur							1	1	0,32 %
22. kelse			2					2	0,64 %
23. sedeisken			1					1	0,32 %
24. bolšken	4		6		1			11	3,50 %

25. belikiom			1				1	0,32 %
26. kaiskata			1				1	0,32 %
27. k. karbika			1				1	0,32 %
28. segeiza			1				1	0,32 %
29. arse/Saguntum			3			5	8	2,55 %
30. <i>Valentia</i>				1			1	0,32 %
31. ikalensken			2				2	0,64 %
32. <i>Castulo</i>				1			1	0,32 %
33. <i>Corduba</i>						1	1	0,32 %
34. <i>Carteia</i>					1		1	0,32 %
Semis de imitación				2			2	0,64 %
No clasificada						1	1	0,32 %
TOTALES	13	1	203	39	11	44	3	314
	4,14 %	0,32 %	64,65 %	12,42 %	3,50 %	14,01 %	0,96 %	

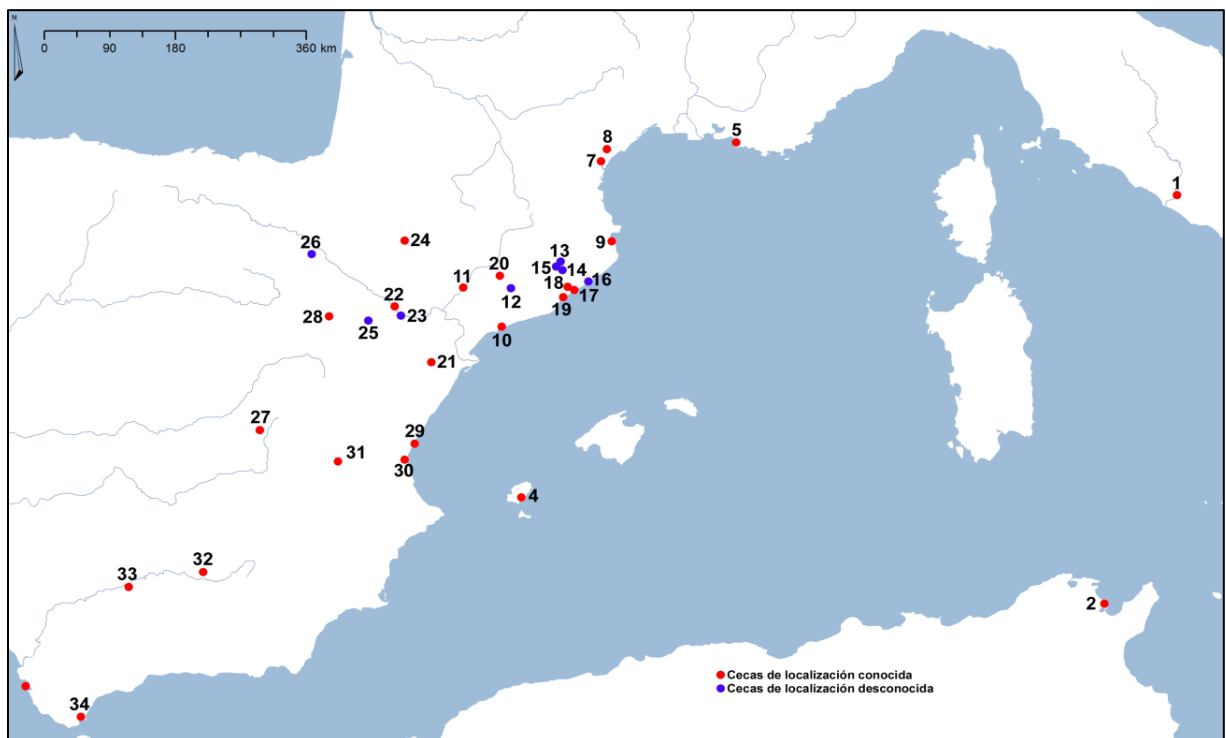


Figura 76. Mapa con la localización de todas las cecas presentes en el valle de Cabrera de Mar. La numeración que identifica a cada ceca coincide con la de la tabla 5.

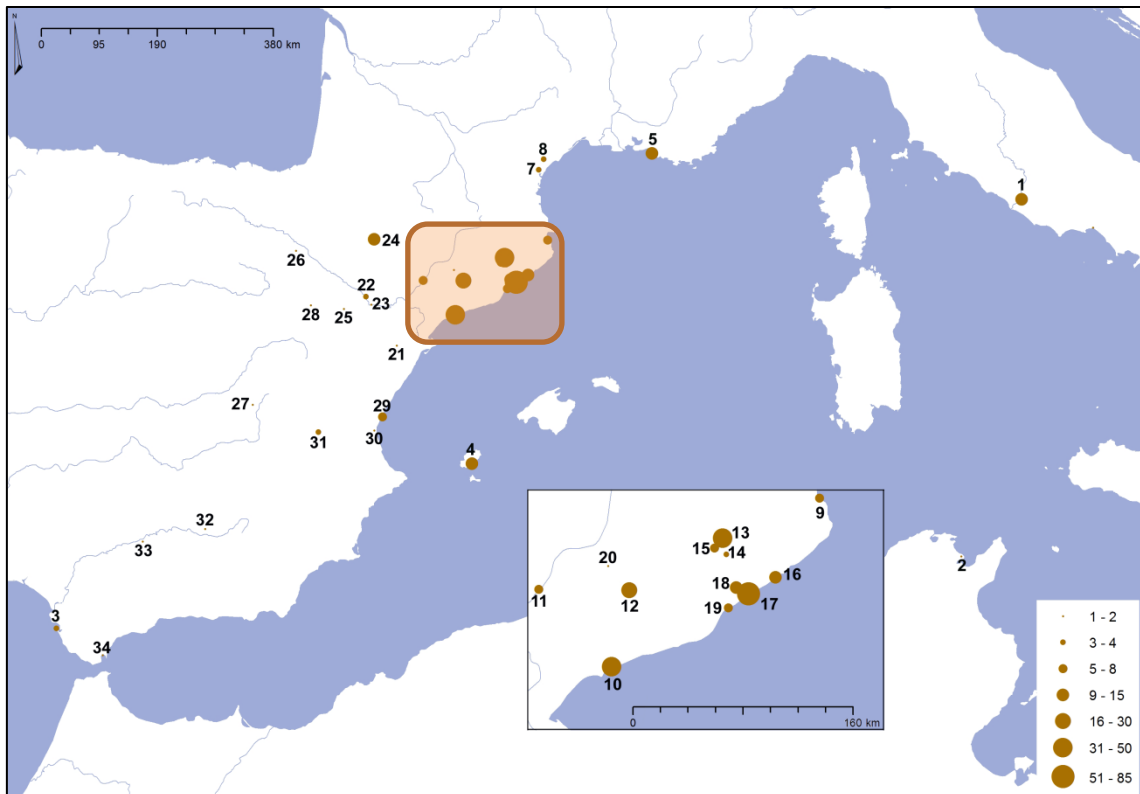


Figura 77. Mapa de círculos que muestra la procedencia y cantidad de moneda recuperada en el valle de Cabrera de Mar. La numeración que identifica a cada ceca coincide con la de la tabla 5.

7.2. Comparación de la circulación monetaria por yacimientos

Como se desprende del análisis global, la circulación tiene un carácter marcadamente regional en los dos yacimientos. Se impuso la lógica y, como era de esperar, la moneda más habitual en uno y otro asentamiento es la layetana, con un 40,85 % en el tardo-republicano y un 33,54 % en el poblado ibérico. Por su parte, el conjunto de cecas ibéricas catalanas en el *oppidum* de Burriac alcanza el 69,53 % de las monedas en circulación, mientras que esta cifra se eleva hasta un 84,51 % del total cuando se trata del asentamiento tardo-republicano. Obviamente, el taller de **ilduro** es el mejor representado en ambos yacimientos, que muestran unos porcentajes muy similares –25,61 % para Burriac y 28,87 % en el asentamiento tardo-republicano–. No obstante, se detectan variaciones de interés a la hora de trabajar con los porcentajes de las otras cecas mejor representadas, así como después de analizar los porcentajes de los talleres adscritos a la Layetania (tabla 7).

Teniendo presente que el asentamiento de la época tardo-republicana muestra sus primeros síntomas de abandono hacia el 90-80 a. C. –mientras que el *oppidum* ibérico presenta niveles de ocupación hasta mediados del siglo I a. C.– dos conclusiones relevantes que definen la circulación monetaria del valle de Cabrera de Mar se desprenden de los datos de la tabla 7: En primer lugar, se observa un claro

declive de las emisiones de **lauro** y **laieśken** en el poblado ibérico. En segundo, la total ausencia de ejemplares de **baitolo** en el asentamiento tardo-republicano llama la atención, mientras que es la segunda ceca layetana mejor representada en el poblado ibérico por detrás de la de **ilduro**.

Tabla 6. Comparación por cecas con una presencia superior al 5 % del total en alguno de los dos yacimientos comparados (Sinner y Martí 2012: 562, tabla 3).

Ceca	Asentamiento tardo-republicano	Oppidum de Burriac
auśesken	15,49 %	7,32 %
kese	12,68 %	12,68 %
ildirgesken	9,15 %	5,49 %
laieśken	7,04 %	1,22 %
Roma	0,70 %	6,10 %

Tabla 7. Presencia de moneda layetana en ambos yacimientos arqueológicos (Sinner y Martí 2012: 562, tabla 4).

Ceca	Asentamiento tardo-republicano	Oppidum de Burriac
ilduro	28,87 %	25,61 %
laieśken	7,04 %	1,22 %
lauro	4,93 %	2,44 %
baitolo	0,00 %	4,27 %

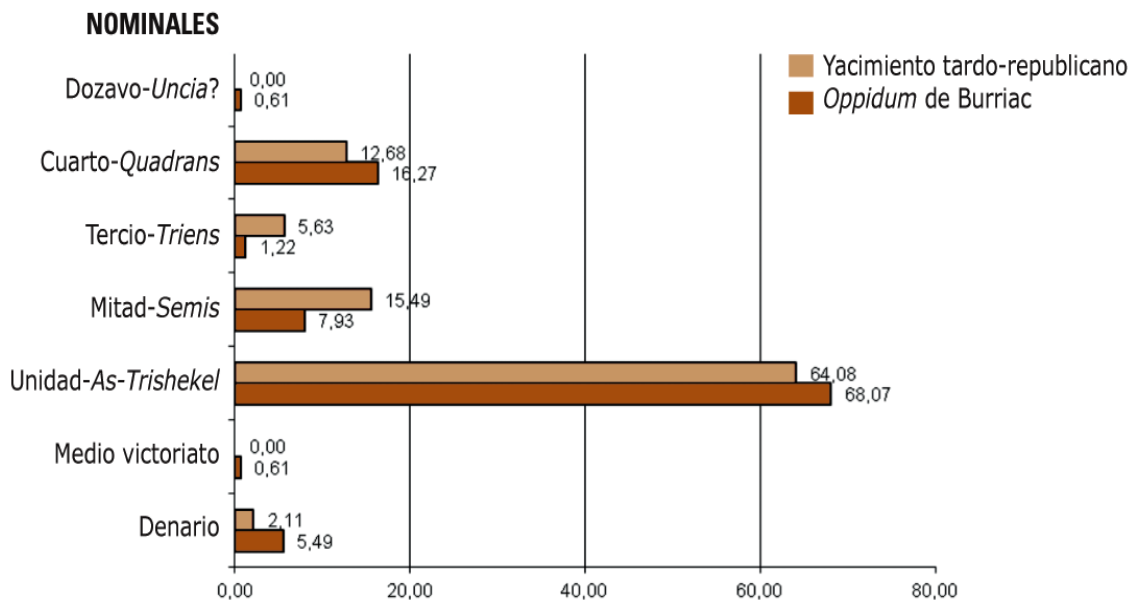


Figura 78. Porcentajes de los nominales hallados en el valle de Cabrera de Mar (Sinner y Martí 2012: 63, tabla 5).

Como ya se ha señalado en alguna otra ocasión, todo apunta a que el declive mostrado por el numerario de los talleres de **lauro** y **laiesken** –en Burriac– parece deberse a que estas cecas ya han finalizado su producción cuando el asentamiento de la época tardo-republicana del valle empezó a abandonarse (90-80 a. C.)¹⁸⁶. Por consiguiente, las amonedaciones de estas cecas irán desapareciendo progresivamente a medida que el siglo I a. C. avanza, aunque –como es lógico– un cierto número de monedas sigue en circulación al no acuñarse nuevas emisiones. Parece ser que este hecho se detecta en los estratos más modernos del *oppidum* ibérico –que pervive durante más tiempo–, en el que dichas producciones son claramente inferiores a las de estratos algo anteriores, como los del asentamiento tardo-republicano. En la misma línea, la ausencia de moneda de **baitolo** en el asentamiento del valle de Cabrera de Mar –unida a su presencia en los estratos más recientes del poblado ibérico– no hace sino confirmar la cronología que Padrós viene dando para las emisiones de esta ceca¹⁸⁷. En referencia al taller de **ilduro**, parece evidente que permaneció activo durante los primeros decenios del siglo I a. C. No obstante –como se verá más adelante–, es importante valorar qué series se están acuñando en cada momento, ya que la total ausencia de la emisión final de la ceca (grupo V)¹⁸⁸ en el asentamiento tardo-republicano parece indicar que estas emisiones y el numerario de **baitolo** fueron muy probablemente coetáneos. Ambas monedas –las de **ilduro** y las de **baitolo**– son habituales en los estratos del siglo I a. C. en el *oppidum* de Burriac.

Respecto a la presencia de moneda fraccionaria por yacimientos, este numerario parece ser algo más importante en el asentamiento de la época tardo-republicana (33,80 %) que en Burriac (26,03 %). A su vez, pueden detectarse diferencias en cuanto al tipo de nominal preferido en cada uno de ellos. En el caso del valle, las monedas que supuestamente debieron de circular con el valor mitad aparecen en proporciones muy similares (15,49 %) a las que lo hicieron con el valor cuarto (12,68 %), siendo el valor tercio aparentemente el menos frecuente, con cantidades inferiores al 6 % del total. Por el contrario, las cifras cambian considerablemente cuando se trata de los divisores procedentes del *oppidum* ibérico. En este caso, el nominal dominante es el valor cuarto con un 16,27 % del total de moneda circulante, y supera ampliamente al valor mitad (7,93 %); en cuanto al valor tercio, su utilización es prácticamente insignificante (figura 78).

¹⁸⁶ Campo 2005: 77.

¹⁸⁷ Padrós 2001: 73.

¹⁸⁸ Martí 2004; Sinner 2012: 82.

PROCEDENCIA POR ÁREAS

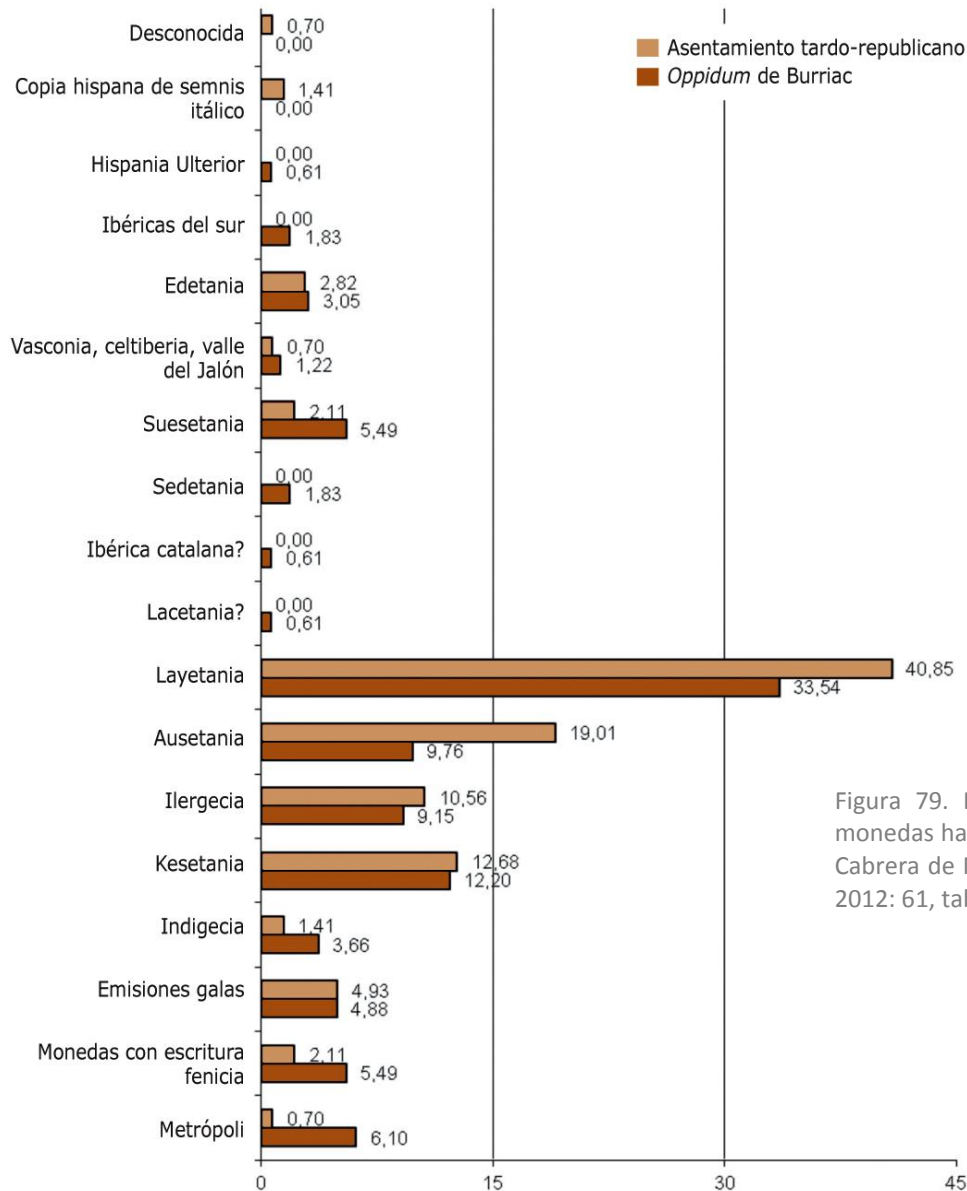


Figura 79. Procedencia de las monedas halladas en el valle de Cabrera de Mar (Sinner y Martí 2012: 61, tabla 2).

Una posible explicación para estos datos tan dispares en dos asentamientos que, sin embargo, parecen tener una circulación muy similar es que serían fruto de la entrada en escena de las emisiones de **baitolo** y del grupo V de **ilduro**. A diferencia de lo que ocurre con la mayoría de las series ibéricas catalanas –que acuñan el valor mitad–, dichas emisiones solamente emiten el valor cuarto a la hora de satisfacer las necesidades de moneda fraccionaria (grupo V.1 de **ilduro**). Al iniciarse estas amonedaciones con posterioridad al abandono del yacimiento de época tardo-republicana, solo afectaron a la circulación del poblado ibérico, lo que explica por qué el cuarto pasó a ser el divisor por excelencia aumentando su número en un 3,59 %. Por otra parte, el cierre de un gran número de talleres ibéricos que utilizaban el valor mitad como divisor principal –**lauro**, **laiesken** o **ausesken**, entre otros– justifica la decadencia de este valor, ya que el activo

circulante existente irá desapareciendo poco a poco al no emitirse numerario nuevo.

7.3. Comparación cronológica de la circulación monetaria por yacimientos

7.3.1. Último cuarto del siglo II a. C.

En primer lugar, fue necesario valorar el reducido tamaño de la muestra datada en este período con la que poder trabajar, por lo que las posibles conclusiones a las que se llegue deben tomarse con precaución extrema.

Ninguna moneda de plata de dicho período pudo ser recuperada, lo que hace suponer una vez más que fue una circulación basada en el bronce. No obstante, y como ya se ha comentado anteriormente, la cautela es imprescindible al hablar de circulación o uso de la moneda de plata cuando se trabaja con hallazgos aislados procedentes de excavaciones arqueológicas.

El uso de moneda fraccionaria destaca nuevamente, y supone el 39,13 % del total del numerario circulante en esos momentos. Las monedas con valor mitad son las mejor representadas a lo largo de este período (55,54 % de los divisores), lo que resulta obvio, pues las series de **baitolo** y la última de **ilduro** aún no se han puesto en circulación –cabe recordar que debieron de empezar sobre el 90-80 a. C.–, mientras que la mayoría de cecas catalanas que acuñan el valor mitad sigue en activo. Cuartos y tercios aparecen a partes iguales con un 22,23 % para cada valor.

La procedencia de las amonedaciones apenas se modifica con respecto a lo comprobado al analizar toda la muestra, correspondiendo el 82,61 % del total del numerario en circulación a cecas layetanas o de los territorios limítrofes.

Individualmente, la ceca de **ilduro** –taller local– es la más habitual en los hallazgos y su cifra se eleva a un 43,48 %, seguida por el taller de **auésken**, con un 17,39 % del total. Ya con cifras algo inferiores, destacan las monedas de *Massalia* y **kese**, ambas con un 8,70 %. Llama la atención que talleres de la importancia de **ildírda** o **undikesken** no se ven representados en este momento pese a saberse que están en activo y que su producción es importante¹⁸⁹. Es interesante el claro predominio de las emisiones de **auésken** en este período. A priori, cabría pensar que el taller de **kese** –cuya producción y difusión de numerario son mucho mayores que los de la ceca ausetana¹⁹⁰– tendría que ser la ceca mejor

¹⁸⁹ En el caso de **undikesken**, que sabe que las piezas de este taller apenas salen del territorio indigete gracias a los estudios dedicados a la circulación de moneda, dato que es de gran interés debido a la importancia y volumen de producción del taller. Campo 2002: 88-90. La poca presencia de moneda de **ildírda** quizás se pueda explicar porque su área de influencia se extendió más hacia los territorios del oeste como ya apuntó Villaronga (1978: 8).

¹⁹⁰ Sobre la abundante producción de la ceca, véase Martín Valls 1967: 119; Campo 2002. Sobre la difusión, véase Martín Valls 1967: 169, mapa XI; Ripollès 1982: 372-378; Campo 2002: 90-92.

representada. Especialmente, teniendo en cuenta la existencia del binomio **kese-Tarraco**, que sitúa al taller en la órbita de la ciudad más importante del NE peninsular en estos instantes y en la de uno de sus puertos más dinámicos, con todo lo que ello representa en la difusión de un numerario determinado.

Tabla 8. Circulación monetaria en el valle durante el último cuarto del siglo II a. C. (Sinner y Martí 2012: 64, tabla 6).

	As Unidad Trishekel	Mitad Semis	Tercio Triens	Cuarto Quadrans	TOTALES			
<i>Massalia</i>				2	2	8,70 %		
neronken	1				1	4,35 %	3	13,04 %
kese		2			2	8,70 %	2	8,70 %
ildírgesken		1			1	4,35 %	1	4,35 %
auésesken	4				4	17,39 %	4	17,39 %
ilduro	7	1	2		10	43,48 %		
lauro	1				1	4,35 %		
Ceca layetana	1				1	4,35 %	12	52,17 %
<i>Valentia</i>			1		1	4,35 %	1	4,35 %
TOTALES	14	5	2	2	23			
	60,87 %	21,74 %	8,70 %	8,70 %				

7.3.2. Primer cuarto del siglo I a. C.

Si bien la circulación siguió basándose estrictamente en la moneda de bronce durante este período, también se documentan los primeros hallazgos de monedas de plata, incluidas las falsificaciones, ya que cabe suponer que circularon como plata hasta ser detectadas.

Al igual que ocurría en el anterior, la moneda fraccionaria sigue suponiendo en este período un tercio del total de numerario en circulación, lo que indica el tipo de uso que se estaba dando a la moneda. El valor mitad –también como en el período anterior– es dominante y supone el 62,16 % del total de moneda fraccionaria en circulación, mientras que tercios (10,81 %) y cuartos (27,03%) ya no aparecen en proporciones similares, sino que el balance se decanta a favor de este último valor.

Tabla 9. Circulación monetaria en el valle durante el primer cuarto del siglo I a. C (Sinner y Martí 2012: 66, tabla 7).

	Denario	As	Unidad Trisheke	Mitad Semis	Tercio Triens	Cuarto Quadrans	TOTALES				
<i>Roma</i>	6	2					8	5,84 %	8	5,84 %	
<i>Cartago</i>		1					1	0,73 %			
<i>Gadir</i>		1				1	2	1,46 %			
<i>Ebusus</i>				1		1	2	1,46 %	5	3,65 %	
<i>Massalia</i>						3	3	2,19 %			
neronken		1					1	0,73 %			
baetarrae		1					1	0,73 %	5	3,65 %	
undikesken		4		1			5	3,65 %	5	3,65 %	
kese		11		3		3	17	12,41 %	17	12,41 %	
ildírda	1	3					4	2,92 %			
ildírgesken		2		10			12	8,76 %	16	11,68 %	
auésken		16		1			17	12,41 %			
euštibaikula		2		1			3	2,19 %			
ore		4					4	2,92 %	24	17,52 %	
laiešken		6		1			7	5,11 %			
ilduro		22			3		32	23,36 %			
lauro		3		3			6	4,38 %			
baitolo		2					2	1,46 %	47	34,31 %	
bolšken		1		2	1		4	2,92 %			
belikiom		1					1	0,73 %	5	3,65 %	
kont. karb.		1					1	0,73 %	1	0,73 %	
arse/Saguntum		1				2	3	2,19 %	3	2,19 %	
ikalesken		1					1	0,73 %	1	0,73 %	
TOTALES	7	86		23	4	10	137				
	5,11 %	62,77 %		16,79 %	2,92 %	7,3 %					

Aunque el carácter marcadamente regional –tónica habitual de la circulación monetaria en el valle de Cabrera de Mar– no cambia, sí es cierto que empieza a detectarse la llegada de numerario procedente de zonas alejadas del área objeto de estudio en estos momentos. Aun así, el 79,57 % de las monedas estudiadas para este intervalo de tiempo fueron emitidas en talleres layetanos o territorios vecinos. Ninguna otra área o territorio –aparte de los que se acaban de mencionar– tiene una presencia superior al 5 % del total de numerario circulante con la única excepción de la ceca de Roma, que solo superaría dicha cifra si los denarios forrados también se contabilizaran en su producción.

El análisis pormenorizado por cecas nuevamente sitúa al taller de **ilduro** como el mejor representado –23,36 % del total–, cifra que se ve reducida casi a la mitad respecto al período anterior aunque sigue siendo elevada, lo que parece indicar una circulación algo más abierta que en momentos anteriores. A continuación, y similares en número, se encuentran las cecas de **auésken** y **kese** –12,41 % del total–. Más allá de estos tres talleres –que claramente monopolizan la circulación del valle en todo momento– solo puede destacarse el de **ildiígesken**, cuya presencia supone el 8,76 % de la totalidad de monedas estudiadas. Una vez más, se debe puntualizar que talleres próximos y muy productivos –como **undikesken** o **ildiída**– siguen sin tener un papel importante en la circulación monetaria –3,65 % y 2,92% del total, respectivamente–.

7.3.3. Segundo cuarto del siglo I a. C.

Vuelve a verificarse una circulación de bronce con destacado papel de la moneda fraccionaria. No obstante, el valor cuarto se convierte en el divisor por excelencia en este momento –71,44 % del total frente al 23,80 % para el nominal mitad–, y los porcentajes del período anterior se invierten. Como ya se ha señalado, este fenómeno se debe al cierre de algunos talleres que utilizaban el valor mitad –como **lauro**, **laieésken** o **auésken**– sumado a la entrada en circulación de las emisiones de **baitolo** y la final de **ilduro** a partir del 90-80 a. C., que solamente emitieron el valor cuarto como único divisor.

Tabla 10. Monedas recuperadas por períodos y yacimientos (Sinner y Martí 2012: 68, tabla 9).

Número de monedas		
Cronología	<i>Oppidum</i> de Burriac	Asentamiento tardo-republicano
Último cuarto del siglo II a. C.	3	20
Primer cuarto del siglo I a. C.	42	95
Segundo cuarto del siglo I a. C.	65	3

Tabla 11. Circulación monetaria en el valle durante el primer cuarto del siglo I a. C. (Sinner y Martí 2012: 66, tabla 7).

	Denario	Medio victoriato	As Unidad Trishekel	Mitad Semis	Cuarto Quadrans	Doceavo? Uncia?	TOTALES				
Roma	1	1					2	2,94 %	2	2,94 %	
Ebusus				2	2		4	5,88 %	4	5,88 %	
Massalia					3		3	4,41 %			
catalauni					1		1	1,47 %			
neronken			1				1	1,47 %			
baetarrae			1				1	1,47 %	6	8,82 %	
undikesken			3				3	4,41 %	3	4,41 %	
kese			4	2	2		8	11,76 %	8	11,76 %	
ildiída			1	1	1		3	4,41 %			
ildiígesken			4				4	5,88 %	7	10,29 %	
auésken			2				2	2,94 %			
euštibaikula /eušti			1				1	1,47 %			
ore			2				2	2,94 %	5	7,35 %	
laiešken			1				1	1,47 %			
ilduro			13		4		17	25,00 %			
lauro			3				3	4,41 %			
baitolo			3		1		4	5,88 %	2 5	36,76 %	
iešo			1				1	1,47 %	1	1,47 %	
abaíldur						1	1	1,47 %	1	1,47 %	
kelse			2				2	2,94 %			
aeteisken			1				1	1,47 %	3	4,41 %	
arse/Saguntum			1		1		2	2,94 %	2	2,94 %	
ikalensken			1				1	1,47 %	1	1,47 %	
TOTALES	1	1	45	5	15	1	68				

El origen del numerario continúa manteniendo su carácter regional, pero el numerario procedente de áreas alejadas a la Layetania se intensifica llegando a suponer el 30 % del estudiado, al igual que sucedió en el período anterior. Llama la atención el aumento de moneda gala, que alcanza la nada despreciable cifra de un 8,82 % del total. Es muy posible que la presencia de moneda massaliota guarde relación con la gran cantidad de pequeñas fracciones que la ceca acuña en esos momentos, así como con la importante difusión que estas piezas alcanzaron a lo largo de todo el golfo de León hasta llegar al NE peninsular¹⁹¹. El mismo fenómeno se ha documentado también en otros yacimientos del litoral catalán, como Empúries. No se trata, por tanto, de un hecho aislado que afecte exclusivamente al valle de Cabrera de Mar.

En el nivel individual, resulta muy significativo el decrecimiento detectado en la llegada de la moneda de la Ausetania en general (7,35 %) y del taller de **auésken** en particular (2,94 %). Este dato, por otra parte, resulta lógico al considerar que dicho taller parece que cesó su producción antes que otros –como **kese** e **ildiída**–, que continuaron con la misma durante algún tiempo. Además, y esto también se ha señalado previamente, la ceca de **kese** emitió un volumen de moneda mucho más elevado. De ese modo, sería plausible suponer que ambos motivos justificasen por sí solos la caída de **auésken** en beneficio del taller cosetano.

Como cabría esperar, el taller de **ilduro** repite como el mejor representado sumando el 25 % de la moneda estudiada. La ceca de **kese** le sigue de cerca, con un 11,76 % –ningún otro taller tiene una presencia superior al 10 %–, y las de **baitolo**, **ildiígesken** y *Ebusus* cierran la lista ya con cifras relativamente modestas (5,88 %).

7.4. Valoraciones finales

El estudio de la circulación monetaria del último cuarto del siglo II a. C. se basa casi exclusivamente en datos procedentes del asentamiento de época tardo-republicana del valle de Cabrera de Mar, mientras que las cifras obtenidas para el segundo cuarto del siglo I a. C. provienen del *oppidum* ibérico de Burriac en su práctica totalidad. Eso significa que solamente hay un período –el primer cuarto del siglo I a. C.– en el que la comparación entre los dos asentamientos puede ser significativa. Este fenómeno –representado en la tabla 9– tiene una explicación evidente que está relacionada con las diferentes fases de cada yacimiento arqueológico. Ya se ha expuesto (véanse capítulos 4 y 5) que el poblado ibérico

¹⁹¹ Freugère y Py 2011: 116-149.

–aunque ocupado desde el siglo VI a. C.– tuvo una mayor pervivencia que el asentamiento tardo-republicano –al menos que los sectores excavados hasta el momento–: el primero llegó hasta mediados del siglo I a. C., y el segundo se abandonó a inicios de la centuria. La existencia de niveles de ocupación más tardíos en Burriac hacen difícil llegar a niveles antiguos, ya que se superponen a ellos y los han destruido en muchas ocasiones. Por el contrario, el asentamiento del valle –aunque mucho más moderno en sus cronologías fundacionales– fue abandonado casi medio siglo antes que Burriac, por lo que resulta mucho más sencillo llegar a niveles del último cuarto del siglo II a. C.

En primer lugar, es importante comentar que la circulación monetaria en ambos yacimientos durante el único período comparable –el ya mencionado primer cuarto del siglo I a. C.– parece mostrar a un valle que funciona de forma unitaria, al igual que ocurría con las importaciones cerámicas (véase capítulo 6). Por otra parte, no se observan marcadas diferencias en la circulación del numerario documentada en los susodichos yacimientos; las mismas cecas y valores se repiten reiteradamente en ambos núcleos poblacionales. Este dato es significativo, ya que cabría esperar –al igual que ocurre en otros yacimientos más o menos coétaneos; por ejemplo, los campamentos numantinos– un numerario algo distinto entre los dos yacimientos si se conjetura sobre la existencia de una marcada presencia itálica o militar en el asentamiento tardo-republicano. Es más, si alguno de ambos asentamientos parece recibir una mayor cantidad de moneda procedente de la metrópolis o de talleres algo más alejados durante este período –especialmente, numerario que utiliza el alfabeto fenicio–, ese es el *oppidum* ibérico.

No hace falta volver a reiterar el dinamismo y el carácter marcadamente regional y basado en la moneda de bronce que se puede apreciar en la circulación monetaria del valle de Cabrera de Mar; son características habituales que se repiten en los estudios sobre moneda ibérica¹⁹². Dicha circulación, no obstante, se irá abriendo poco a poco hacia cecas más alejadas a medida que avanza el siglo I a. C.; posiblemente, como resultado de una mejora y mayor control de las vías de comunicación –tanto terrestres como marítimas y fluviales–, así como de la organización más eficiente de los territorios peninsulares por parte de Roma (véase capítulo 19). Tampoco debe extrañar la relativa poca presencia de moneda romana si se tiene presente la hipótesis –basada en estudios realizados en los campamentos numantinos– que defiende que la moneda de la metrópoli pudo ser

¹⁹² Martín Valls 1967; Ripollès 1982; Martí 1984; Llorens y Ripollès 1998: 65-86, entre otros.

sustituida en la península por los numerarios ibérico y celtibérico a mediados del siglo II a. C.¹⁹³.

Adicionalmente, parece un hecho constatado que el territorio layetano nunca acuñó moneda de plata¹⁹⁴, pero otros territorios próximos sí lo hicieron y de manera abundante en algunos casos –cecas de **kese** e **ildiída**–, y también en cantidades mucho más reducidas –ceca de **auésken**¹⁹⁵–. Por el contrario, diferentes hallazgos apuntan a que los denarios acuñados en la metrópoli llegaron a la zona emporitana entre el 125 y el 92 a. C. –así lo indica, al menos, la distribución de las escasas ocultaciones conocidas¹⁹⁶–, y alcanzaron su nivel máximo durante los años 90-89 a. C. coincidiendo con el conflicto de los *socii*¹⁹⁷. Empero, estos datos no se confirman en absoluto al estudiar la moneda del valle de Cabrera de Mar, donde la reducida presencia de denarios ibéricos y republicanos –falsificaciones en más del 50 % de los casos– abre un interesante debate sobre el que, sin duda, se deberá incidir en el futuro.

Los talleres de **auésken** y **kese** han surgido constantemente al tratar las cecas mejor representadas en el valle de forma individual. La presencia de la ceca cosetana estaría sobradamente justificada teniendo en cuenta su excelente comunicación con el valle mediante la vía marítima, su gran producción de numerario y su longevidad. Más significativa, incluso, parece la presencia de la ceca de **auésken** y de la moneda de la Ausetania en general. El autor de la presente tesis ya ha manifestado en trabajos anteriores –y, más adelante se abordara el tema en detalle en los capítulos 16 y 19– que la estrecha relación existente entre estos dos territorios está perfectamente justificada –en su opinión– por los hallazgos numismáticos y, además, por la construcción de la Vía de Manio Sergio. Se trata de una calzada erigida entre el 120-110 a. C. y que, junto con la vía Hercúlea, estructuraría la circulación y dispersión de las cecas ibéricas catalanas (figura 187); en especial, de las layetanas, lacetanas y ausetanas¹⁹⁸. Obviamente, el factor que propiciará que este numerario deje de ser importante durante el segundo cuarto del siglo I a. C. ha de relacionarse, asimismo, con el cierre del taller y con el abandono de asentamientos de la importancia de Can Tacó –Layetania–, Camp de les Lloses –Ausetania– o del propio centro tardo-republicano del valle de

¹⁹³ Crawford 1985: 96. Aun así como bien apunta Otero (1998: 122) en los campamentos numantinos observamos la circulación conjunta de piezas romanas e indígenas de procedencia muy variada. Aparte de un tesoro de 115 o 120 victoriatos procedente del campamento III de Renieblas, encontramos monedas romanas –sobre todo ases y divisores– fechadas entre el 211 y el 137, junto a bronce ibéricos y celtibéricos.

¹⁹⁴ Crawford 1985: 101, fig. 18.

¹⁹⁵ Villaronga 1979: 137.

¹⁹⁶ Crawford 1969: tabla XI; Villaronga 1979: 88-89.

¹⁹⁷ Ripollès 1982; Campo 1984: 229-248.

¹⁹⁸ Sinner 2013a.

Cabrera de Mar entre otros (véase capítulo 19). A su vez, estos episodios parecen ser inmediatamente anteriores a la fundación *ex novo* de toda una serie de nuevos núcleos en muchos casos vinculados con nuevos talleres monetarios y que podrían responder a una profunda reorganización del territorio peninsular iniciada en la actual Cataluña¹⁹⁹. Los casos más paradigmáticos son los de *Baetulo-baitolo*, *Iesso-ieíso*, *Aeso-eíso* e *Iluro-ilduro*, aunque este último es algo más complejo y, por ello, se tratará más adelante y con mayor profundidad durante la segunda parte de esta tesis.

Por lo que al sistema de valores se refiere –como se verá en el capítulo 12–, se basa en el as/unidad de bronce. El hecho de que la moneda de bajo valor –fraccionaria– tenga un papel importante en todo momento es un claro indicio sugerente de que se trata de una circulación que responde a las necesidades y transacciones del día a día, de poco valor.

Yendo más allá de la actual Cataluña, la aportación de moneda a la circulación del valle de Cabrera de Mar se reduce en líneas generales a medida que se amplía la distancia hasta este territorio (figura 80). Llama la atención cómo la circulación de moneda en dicho valle tiende a alimentarse en mayor medida de numerario procedente del golfo de León, Roma y *Ebusus* antes que del originario de la Celtiberia o del de la Hispania Ulterior, que tienen un impacto mucho menor. Este dato parece ser especialmente relevante, puesto –como se verá en el capítulo 16–, la misma pauta se repite al estudiar la difusión del numerario de la ceca local –**ilduro**–. Es posible que tanto la moneda que recibe el valle de Cabrera de Mar como la que «exporta» coincidan en gran medida con los territorios productores de las importaciones cerámicas, que –como se expone en el capítulo anterior– tenían una mayor presencia en el valle (cerámicas de barniz negro y ánforas itálicas fabricadas en la bahía de Nápoles y en la zona de Minturnae, así como ánforas púnico-ebusitanas originarias de la actual isla de Ibiza).

Por tanto, se detectan dos factores fundamentales que rigen la circulación de moneda en el mencionado valle. Cabe poner al primero en relación con la proximidad de unos territorios –Layetania, Ausetania, Lacetania y Cosetania– que están bien comunicados entre sí –ya sea por vía marítima o terrestre– e integrados en los nuevos modelos de ocupación del territorio desarrollados por Roma desde, al menos, el 125 a. C. y que también afectaron al sur de la Galia (véase capítulo 19). Sorprende especialmente que la moneda indigete (**undikesken**) no parece llegar al valle en las cantidades que se debería esperar pese a su relativa proximidad y excelente accesibilidad. Por el contrario, el numerario ilergete está presente gracias a la ceca de **bolésken** cuando lo habitual sería una mayor cantidad de moneda de

¹⁹⁹ Pina Polo 1993; Olesti 1995: 331-342.

ildiída tanto por proximidad como por importancia política. El segundo factor tiene su origen en el comercio –sobre todo, el marítimo– y en la llegada de población itálica. Ambos motivos favorecieron la llegada, asimismo, de numerario procedente de zonas aparentemente más alejadas pero con las que los intercambios son frecuentes²⁰⁰.

Finalmente, y como también se ha comentado en diversas ocasiones a lo largo de este capítulo, es muy importante conocer qué está ocurriendo en cada momento en cada yacimiento. No se puede olvidar que –tal y como muestra la tabla 9– el único período válido para realizar una comparación rigurosa entre los dos núcleos urbanos del valle de Cabrera de Mar es el primer cuarto del siglo I a. C. Ahora bien, lo que a priori puede parecer un dato negativo resulta tremendamente útil para poder comprender la circulación monetaria de la zona y los sucesos históricos que acontecieron en ella. Gracias a la arqueología –y ahora también a la evidencia numismática–, se sabe que el asentamiento de la época tardo-republicana fue abandonado antes que el poblado ibérico de Burriac, lo que explicaría por qué no pueden encontrarse ciertas series monetales en el primer yacimiento y, sin embargo, son frecuentes en el segundo.

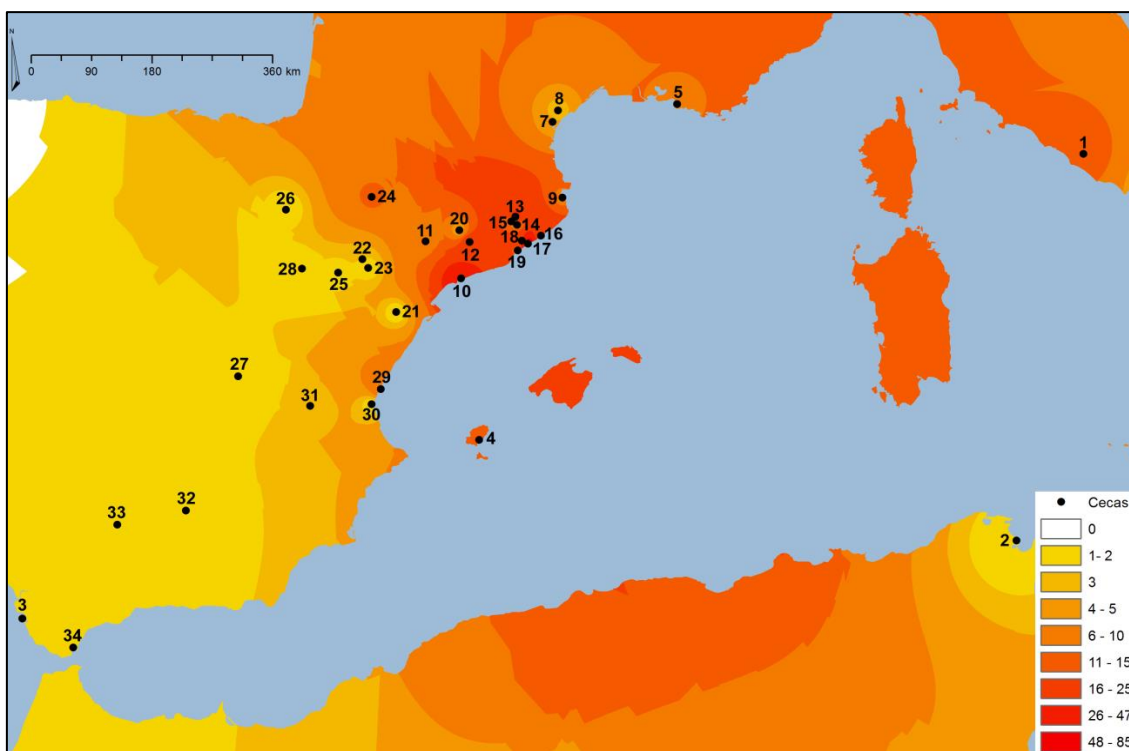


Figura 80. Mapa interpolado con la localización de las monedas recuperadas en el valle de Cabrera de Mar²⁰¹

²⁰⁰ Sobre este tema, véase Sinner y Stannard (en prensa).

²⁰¹ El mapa se basa en una interpolación del tipo Inverse Distant Weight. Las zonas marcadas en rojo indican una mayor aportación de moneda a la circulación del valle de Cabrera de Mar, mientras que

Sin lugar a dudas, el dinamismo mostrado por estos dos importantes centros tiene su reflejo en la circulación monetaria del valle de Cabrera de Mar. Una vez más, queda patente que el estudio de ambas disciplinas –arqueología y numismática, yacimientos y moneda– debe realizarse y valorarse de forma conjunta en todo momento si se pretende comprender los sucesos acaecidos en el valle durante los siglos II-I a. C.

indica menor presencia cuanto más cercano es el color al blanco. El autor de esta tesis agradece a Pau de Soto su inestimable ayuda en la elaboración de los mapas que ilustran este capítulo.

SEGUNDA PARTE: LA CECA DE ILDURO

8. HISTORIOGRAFÍA DE LA CECA

Se entiende por historiografía el estudio bibliográfico y crítico de los escritos sobre la Historia y sus fuentes, así como de los autores que han tratado estas materias²⁰².

Las siguientes páginas intentarán ajustarse a dicha definición adaptándose, lógicamente, al objeto de este estudio: el taller de **ilduro**. El objetivo de estas líneas será repasar de la forma más detallada posible los distintos escritos que eruditos, investigadores y otros amantes de la numismática han dedicado a la ceca a lo largo de los tiempos. Este capítulo, dedicado exclusivamente a la historiografía del taller, solamente abarcará hasta llegar al *CNH*, publicado en 1994²⁰³. El trabajo que aquí se presenta es heredero directo de las tesis que Leandre Villaronga plasma en su obra, aunque se pretende aportar algunas novedades sobre el taller distintas a las que este *corpus* ofrece. Todas ellas se tratarán reiteradamente y de forma individualizada en la presente monografía, motivo por el que no se ha considerado oportuno incluirlas en este capítulo.

Tal visión retrospectiva resulta de gran interés, ya que permite revivir el camino recorrido por aquellos que, previamente, dedicaron su tiempo a estas cuestiones²⁰⁴. Sus dudas, ideas, hipótesis, planteamientos y soluciones han contribuido al saber actual, por lo que resulta imprescindible conocer dichos trabajos y prestarles tanto la atención como la crítica que se merecen valorando siempre el contexto y momento en que fueron redactados.

²⁰² Definición que da el Diccionario de la Real Academia Española en su vigésima segunda edición.

²⁰³ Villaronga 1994.

²⁰⁴ Llegados a este punto, el autor quisiera dedicar unas palabras de reconocimiento para el excelente trabajo de Carles Martí 2008, a quien se debe el primer estudio historiográfico sobre la ceca en cuestión.

8.1. Introducción

*Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*²⁰⁵, obra póstuma de Antonio Agustín –arzobispo de Tarragona–, vio la luz en esta misma ciudad en el año 1587. Su trabajo posiblemente pueda considerarse como el primer manual moderno dedicado a la numismática publicado en España con éxito²⁰⁶. Aunque no trata la ceca de **ilduro** ni ilustra ninguna de sus monedas en él, dio inicio a cuatro siglos de apasionantes investigaciones en gran parte dedicadas a descifrar los denominados «caracteres desconocidos», que se encontraban grabados en las monedas ibéricas y celtíberas.

Debido a la concreta temática de este estudio, no se puede abordar un asunto tan complejo y extenso como el de las distintas corrientes historiográficas que influyeron sobre los trabajos de los eruditos tratados a lo largo de este capítulo. No obstante, sí se ha querido elaborar un cuadro sintético en el que se señalen los avances más relevantes y las principales preocupaciones que condicionaron los estudios de dichos autores en relación con la moneda ibérica y, especialmente, con el alfabeto ibérico; como se verá, este fue el principal foco de atención²⁰⁷.

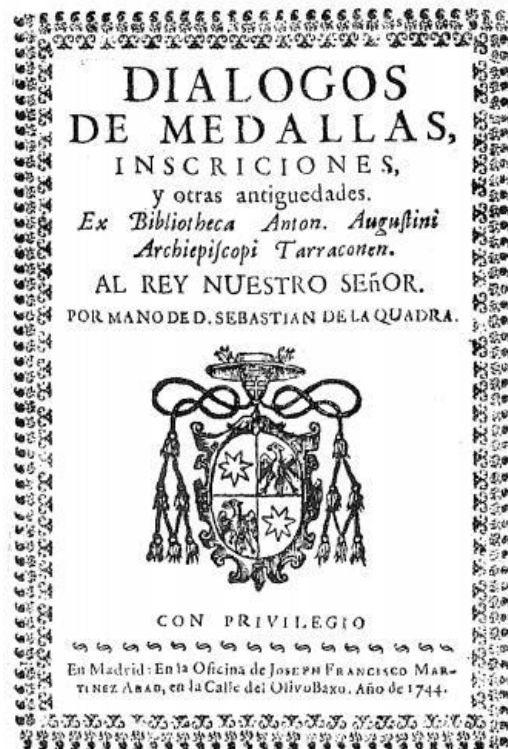


Figura 81. Imagen de la portada del libro de Antonio Agustín *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*. Tarragona, 1587.

²⁰⁵ Agustín 1587.

²⁰⁶ Campo.

²⁰⁷ El resto de este capítulo está exclusivamente enfocado en las aportaciones que cada autor hizo para el taller de **ilduro**, por lo que una breve introducción de carácter más general resultaría de interés. El cuadro está basado en el trabajo de Cacciotti y Mora (1995).

Tabla 12. Cuadro con los principales avances y preocupaciones que condicionaron los estudios numismáticos entre los siglos XVI y mediados del XIX.

Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX
<ul style="list-style-type: none"> • El interés por las monedas ibéricas se inicia a mediados de siglo. • El punto de partida son los monetarios españoles. • La moneda ibérica está ligada a un tipo de coleccionismo erudito. • Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, publica su obra²⁰⁸. • Escaso interés por un campo de estudio aún desconocido. • Esfuerzos centrados en descifrar las leyendas. • No se diferencia entre los alfabetos púnico e ibérico. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se publica la obra de Lastanosa. No conoce ni la lengua ni el tipo de escritura. • La mencionada obra incorpora 200 monedas pertenecientes a más de 40 cecas distintas. • Lastanosa no propone una nueva lectura, repite las tesis de Agustín. • No se da importancia a determinar la ceca emisora mediante el hallazgo numismático. • El área de estudio es muy limitada, y se reduce a los amigos y eruditos en contacto con Lastanosa. Prácticamente Aragón. • Los caracteres ibéricos se desvinculan definitivamente de los púnicos. • Primeras tesis de Alcázar²⁰⁹. Las monedas conservaban los caracteres usados antiguamente por la nación española. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se afianza la idea del origen español de las monedas. • Obsesión por identificar al pueblo primitivo y la lengua que hablaba. • Todas las obras tratan sobre el alfabeto. • La moneda ibérica es el único soporte conocido que utiliza esta lengua. • Preocupación por la unidad nacional. Interesa la idea de nación como algo anterior a las distintas invasiones extranjeras. • Dos corrientes: <ol style="list-style-type: none"> 1. Es imposible descifrar el alfabeto cotejándolo con otros. 2. Se intenta descubrir el funcionamiento de estos signos dentro de un sistema propio. • Bustamante²¹⁰. Primer intento de elaborar un catálogo exclusivamente dedicado a moneda ibérica. • Primera denominación de las monedas como ibéricas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Puertas²¹¹ elabora una obra que finalmente queda inédita. Conclusiones fundamentales en que se basan los estudios posteriores. • Alfabeto ibérico «hijo» del griego. Es traído a España por los colonos griegos. • Primera mención a la existencia de una escritura silábica y alfabética a la vez. • Sestini toma el relevo de Puertas. • Las monedas ibéricas empiezan a formar parte de colecciones extranjeras. • Se pierde el interés por la numismática característico del siglo XVIII. No se recuperará hasta los trabajos de Delegado y Zobel.

²⁰⁸ Agustín 1587.

²⁰⁹ Alcázar 1676.

²¹⁰ La obra no fue publicada. Algunos manuscritos del autor se conservan en el archivo de la embajada española ante la Santa Sede. Para más información, véase Cacciotti y Mora 1995: 358, nota 37.

²¹¹ Tampoco se publicó la obra de Dámaso Puertas *Alfabeto y Lengua de los Celtíberos y sus Colonias en España* y un *Catálogo de las Medallas Celtibéricas aplicadas a los pueblos que las corresponden*.

8.2. Siglo XVII

Vicencio Juan de Lastanosa, con su obra *Museo de las Medallas Desconocidas Españolas* (1645), tiene el mérito de ser el primer autor en ilustrar la que parece ser una moneda de **ilduro** (figura 82, núm. 7). Como ocurre en gran parte de su obra, no cuenta con medios para poder identificar la leyenda de la pieza, de manera que el único dato que menciona es la colección en la que dicha moneda se halla depositada: «*La Bibliotheca del Doctor Don Francisco Ximenez de Urrea, Capellan de su Majestad, I Cronista del Reino de Aragon*²¹²».

Si la susodicha moneda se analiza, se pueden reconocer fácilmente los signos ibéricos **r** (4) y **o** (H); aunque la leyenda está incompleta, solo se representan cuatro signos y de forma imprecisa dos de ellos. Se conocen dos cecas ibéricas que presentan esta terminación: **lauro** e **ilduro**. Hay que descartar que se trate de la primera, pues **lauro** nunca utilizó el tipo del jinete lancero en sus reversos, por lo que todo apunta a que **ilduro** fue el taller emisor.

Variantes documentadas: Una vez establecida la ceca, identificar la variante no es problema. La cabeza masculina representada en el anverso de la moneda mira a la derecha. Al no representarse símbolo alguno en el reverso –jabalí u oreja–, debe presuponerse que se trata de un as del grupo II.1 de la ceca²¹³.



Figura 82. Imagen de la obra de Lastanosa (1645: 223), en la que se graba por primera vez lo que parece ser una moneda de la ceca de **ilduro**.

²¹² Lastanosa 1645: 221.

²¹³ Lastanosa 1645: 23, núm. 7. En el capítulo 15 de este trabajo (tablas 35, 37 y 39) se pueden consultar cuadros detallados con nuestra propuesta de ordenación para las emisiones de la ceca.

8.3. Siglo XVIII

Será necesario esperar más de una centuria para encontrar la primera referencia segura a las monedas del taller de **ilduro**, que aparece en las apreciaciones realizadas por Luis Joseph Velázquez de Velasco. En su obra *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas, que se encuentran en las más antiguas Medallas, y Monumentos de España* (1752), este autor interpretó la leyenda como NERDRA, atribuyendo las monedas a Nardino, pueblo que –según afirma– Ptolomeo adscribe a la Tarraconense²¹⁴.

Variantes documentadas: Velázquez de Velasco es el primero en documentar el grupo III.1 de **ilduro** en la tabla XIV de su estudio (figura 83, núm. 7)²¹⁵, y es de destacar que ilustra los símbolos ibéricos 𐌛 y 𐌜 de forma incorrecta cerrando su trazado (𐌛, 𐌜).



Figura 83. Imagen de la obra de Velázquez de Velasco (1752: tabla XIV, núm. 7) en la que se ilustra una moneda de la ceca de **ilduro**.

8.4. Siglo XIX

No se encuentra nueva referencia alguna a las monedas de **ilduro** hasta medio siglo más tarde (figura 84, núm. IIII). En esta ocasión, hay que referirse al trabajo de Juan Bautista de Erro y Azpiroz, que realizó una imaginativa lectura de la leyenda (ARARAN) en su obra *Alfabeto de la lengua primitiva de España* (1806) especificando que debía ser leída de derecha a izquierda, y cuyo significado era «pueblo situado en una llanura muy grande». Partiendo del topónimo grabado en las monedas, el de Andoaín dedujo que la población a la que estas pertenecían, aunque desconocida, debía adscribirse a las Vascongadas²¹⁶.

²¹⁴ Velázquez 1752: 106.

²¹⁵ Velázquez 1752: tabla XIV, núm. 7.

²¹⁶ Bautista de Erro 1806: 200.



Figura 84. Imagen de la obra de Bautista de Erro (1806: lám. 8, núm. IIII) en la que se ilustra una moneda de la ceca de *ilduro* (imagen a escala 1,5:1).

Variantes documentadas: El grabado de Erro presenta las mismas virtudes –de nuevo, el anverso mira a la izquierda– y defectos –signos ibéricos Γ y Δ representados como P y 4 – que el ya mencionado de Velázquez de Velasco. Al igual que en el caso anterior, cabe pensar que ilustra uno de los ejemplares del grupo III.1²¹⁷, por lo que no se documentan nuevas variantes.

Las lecturas y transcripciones totalmente erróneas que estos autores realizaron no deben sorprender. Es más, resultan comprensibles al considerar que se estaban enfrentando a una lengua y un alfabeto que les eran totalmente desconocidos. El alfabeto ibérico fue descifrado entre 1922 y 1925 por Manuel Gómez-Moreno, aunque académicamente no se reconoció en nuestro país hasta la década de 1940 –en concreto, 1943²¹⁸–, lo que justifica en parte lo imaginativo de algunas transcripciones.

En 1818, Domenico Sestini publicó un trabajo cuya finalidad última era sacar a la luz la colección de moneda ibérica en esos momentos conservada en el Museo Herdervariano de Florencia. Al parecer, el erudito italiano aprovechó algunos de los manuscritos de Dámaso Puertas para escribir su obra²¹⁹.

Sestini, que agrupa a las monedas de *ilduro* bajo los epígrafes ILDVUM o ILDVNI transcribiendo la leyenda como ILDRE o ILDRI, obtenía el topónimo **ΙΛΔΡΗ**, que debía leerse ILDVRI en latín según el autor²²⁰.

Su trabajo, de gran interés, no solo transcribía correctamente por vez primera una parte importante de la leyenda del taller, sino que también reconocía los caracteres de la misma como celtíberos. Sobre la base del parecido toponímico, atribuyó estas monedas a *Ildum*, ciudad mencionada en el itinerario de Antonino

²¹⁷ Bautista de Erro 1806: lám. 8, núm. IIII.

²¹⁸ Martí 2008: 46.

²¹⁹ Cacciotti y Mora 1995: 356-359.

²²⁰ Sestini 1818: 157.

(figura 111) que el autor adscribió al pueblo edetano, cuyos restos actualmente parecen encontrarse en la provincia de Castellón (País Valenciano)²²¹.

Variantes documentadas: Desafortunadamente, este trabajo no ilustra ningún ejemplar de la ceca objeto de estudio, si bien es cierto que sentó un precedente dentro de la historiografía del siglo XIX. Por el contrario, el autor realiza una breve descripción de las piezas que conoce clasificándolas según su módulo²²². Los números 1 y 2 podrían ser cualquier unidad de los grupos IV.1 o V.1 de la ceca. El número 3, por su parte, parece ser una moneda del grupo IV.1, mientras que el número 4 pudiera corresponder al grupo III.2 de **ilduro**, aunque la describe con el signo **I** innovado (véase capítulo 10). En el caso de estar en lo cierto, Sestini también habría sido el primero en documentar los grupos III.2 y IV.1 y V.1 de la ceca.

Louis Felicien de Saulcy, en *Essai de classification des monnaies autonomes de l'Espagne* (1840), realizó –como indica el título de la misma– una embrionaria clasificación de las monedas autónomas de España. Según el autor, influenciado por el trabajo de su predecesor, la leyenda **ilduro** transcrita al latín debía leerse como ILDRÈ o ILDRÌ²²³.

Saulcy realiza una interesante –a la par que efímera– contribución al atribuir las piezas de **ilduro** a un emplazamiento concreto. Inicialmente, indica que no es posible vincular dichas piezas a ningún lugar conocido²²⁴, comentando inmediatamente después que Sestini las había adscrito a *Ildum*. Finalmente, leyendo a Ptolomeo, se da cuenta de la existencia de una ciudad llamada *Ailuron* emplazada en el territorio layetano, toponimia que se asemeja bastante a la de la leyenda que figura en las monedas de **ilduro**. Con esta reflexión, se queda a un paso de dar un importante salto cualitativo atribuyendo estas monedas a la ciudad de *Iluro* (Mataró). Finalmente, Saulcy abandona su hipótesis argumentando –no sin razón– que el jinete representado en el reverso porta una lanza y no una palma, como es habitual en las monedas del norte de España, por lo que decide mantener la atribución a *Ildum* que Sestini había dado²²⁵.

Aunque Saulcy no especifica en su obra una cronología concreta para las amonedaciones de **ilduro**, sí lleva a cabo una propuesta para la datación de la moneda ibérica en general. Para el erudito francés, las acuñaciones ibéricas –incluidas las de **ilduro**– debieron de iniciarse dos centurias antes del reinado de

²²¹ Sestini 1818: 157. Sobre la localización de la *mansio ildum*, véase Arsa 2013.

²²² Sestini 1818: 157, núm. 1-4.

²²³ Saulcy 1840: 115.

²²⁴ Saulcy 1840: 116.

²²⁵ Saulcy 1840: 117-118.

Augusto²²⁶ como máximo, mientras que el final de estas amonedaciones no iría más allá del 140 a. C.²²⁷.

Variantes documentadas: Al igual que Sestini, Saulcy tampoco ilustra ningún ejemplar del taller, pero lleva a cabo una sintética descripción de las monedas que conoce y que ordena según su módulo –leyenda número 98 de su obra–²²⁸. Así, describe claramente el grupo V.1 –símbolo oreja en el anverso y jinete en el reverso– y lo que parece ser un semis uncial reducido –grupo II.3, ya que lleva una diadema y no laurea–. Finalmente, también hace lo propio con el grupo II.4 del taller –reverso delfín–; cabe deducir que se trata de esta variante y no del grupo I.2, porque no indica marca de emisión alguna en el anverso. Por tanto, Saulcy será el primer autor en documentar los grupos II.3 y II.4 del taller de **ilduro**.

Tan solo seis años más tarde, John Yonge Akerman publicó *Ancient coins of cities and princes, geographically arranged and described* (1846). En este trabajo basado en la obra de Sestini –al menos, en lo que al taller de **ilduro** se refiere–, se mantiene el epígrafe ILDUM o ILDUNI. Akerman hace referencia a la lectura dada por Sestini –ILDRE o ILDRI– añadiendo que este no justificó el porqué de tal asignación²²⁹.

Posteriormente, el anticuario inglés dedica un apartado de su mencionada obra a aquellas leyendas que han quedado sin atribución. En él, hace constar la leyenda **ilduro** –que, en su opinión, equivale a ILDRE²³⁰– con el número 9. Haciendo valer las palabras de Saulcy, Akerman observa que dicha leyenda no coincide con ninguno de los emplazamientos conocidos en la España antigua²³¹. De esta forma, el autor omite la segunda parte de la reflexión llevada a cabo por Saulcy –sin duda, la más interesante– relacionándola con la *Ailuron* de Ptolomeo.

En el apartado cronológico, el de Londres se limita nuevamente a recoger las observaciones del numismático francés. Mucho más interesante resulta la referencia que hace Akerman cuando vincula la figura ecuestre de los reversos ibéricos y celtibéricos con las emisiones de Hierón II de Siracusa²³², idea que gozará de una gran aceptación posteriormente y hasta nuestros días.

²²⁶ Saulcy: 1840: 9.

²²⁷ Saulcy: 1840: 11.

²²⁸ Saulcy: 1840: 115.

²²⁹ Akerman 1846: 91.

²³⁰ Akerman 1846: 120.

²³¹ Akerman 1846: 120, nota 3.

²³² Akerman 1846: 2.

La siguiente referencia a las monedas de **ilduro** aparece poco más de un lustro después con el catálogo de la colección de José García de la Torre, elaborado por Joseph Gaillard (1852). Este título, al igual que en el caso de Akerman, apenas introduce novedad alguna con respecto a los trabajos de Sestini o Saulcy. Gaillard engloba a las monedas del taller bajo el epígrafe ILDVNI, ubicando la ceca de **ilduro** en algún punto indeterminado entre Tortosa y Sagunto²³³.

Variantes documentadas: El autor describe lo que parece ser un ejemplar del tipo grupo III.1 del taller. Así lo indican tanto el anverso mirando hacia la izquierda como la leyenda que ilustra. No obstante, la cabeza masculina del anverso es barbada en su descripción, rasgo típico de las amonedaciones celtibéricas y que nunca utilizó la ceca de **ilduro**²³⁴.

En ese mismo año, el sueco Gustaf Daniel Lorichs publicó una obra que ha resultado cuanto menos controvertida para los autores postreros. En palabras de Hübner: «[...] tiene solo mérito a causa de las láminas esmeradamente dibujadas. El texto es un gran disparate²³⁵». Gozálbres se muestra mucho más cauto cuando juzga a este trabajo como «significativo al organizar un volumen importante de material ilustrándolo en magníficas láminas²³⁶», mientras que «es una obra inclasificable que obvia todas las teorías anteriores²³⁷» para Martí.

Como se desprende de las citas que se han repasado, únicamente las láminas de la obra de Lorichs resultan aprovechables a la hora de estudiar el taller de **ilduro**. La transcripción de las leyendas carece de interés debido a sus fantasiosas lecturas epigráficas fruto de entender la leyenda grabada utilizando el alfabeto ibérico como si se tratase de abreviaciones latinas:

- *IN Aeris Argento Officina OCTAVA* (figura 85, núm. 7).
- *IN Pecuniae Denariae Officina OCTAVA* (figura 85, núm. 8).
- *IN Pecuniae Aerae Denariae Officina OCTAVA* (figura 85, núm. 9).
- *IN Assium Denariorum Officina OCTAVA* (figura 86, núm. 7).
- *IN Pecuniae Aerae Denariae Officina OCTAVA* (sin S en el exergo) (figura 86, núm. 8).
- *IN Assium Denariorum Officina OCTAVA* (figura 86, núm. 9).
- *IN Pecuniae Aerae Officina OCTAVA* (figura 86, núm. 10).

²³³ Gaillard 1852: 63.

²³⁴ Gaillard 1852: 63 y tabla leyendas.

²³⁵ Hübner 1888: 191.

²³⁶ Gozálbres 2009a: 13.

²³⁷ Martí 2008: 48.

El sueco vincula a las monedas de **ilduro** que presentan el símbolo oreja con *Auringis* o *Oringis* (actual ciudad de Jaén) entendiéndose, por tanto, que el numerario de la ceca es propio del sur de la península ibérica. Lorichs será el primer autor en ilustrar todas las variantes epigráficas que hoy se conocen de la leyenda de **ilduro**²³⁸. No obstante, debe matizarse que la leyenda reproducida en la imagen número 7 (figura 85) no es una variante de la misma, sino de un cuño en que el signo ibérico **du** salió algo defectuoso, presentando una característica forma de A. La leyenda número 7 de la figura 86 debe descartarse, ya que esta variante no existe con el signo ζ por debajo del exergo.

Como se puede ver, todos los trabajos llevados a cabo durante el siglo XVIII y gran parte del XIX centraron sus esfuerzos en descifrar las leyendas de las monedas. Como hemos visto a lo largo de la tabla 12 es imposible desvincular las corrientes historiográficas de la época de los trabajos llevados a cabo por sus autores.

Variantes documentadas: El trabajo de Lorichs documenta por vez primera –cuanto menos, con total certeza– al grupo IV.1 del taller²³⁹. El resto de las variantes ilustradas son una moneda del grupo III.1²⁴⁰, un sextante grupo II.4²⁴¹, tres ejemplares del grupo V.1²⁴² y una pieza del grupo III.2²⁴³. También es el primero en añadir a los reversos del grupo V.1 el signo ζ ²⁴⁴, algo que hoy se sabe que dicho reverso no existe, pero que tendrá una buena acogida entre los autores posteriores²⁴⁵.

²³⁸ Lorichs 1852: 225-227.

²³⁹ Lorichs 1852: lám. XVIII, núm. 7.

²⁴⁰ Lorichs 1852: lám. XVIII, núm. 8.

²⁴¹ Lorichs 1852: lám. XVIII, núm. 9.

²⁴² Lorichs 1852: lám. XIX, núm. 8 y 9.

²⁴³ Lorichs 1852: lám. XIX, núm. 10.

²⁴⁴ Lorichs 1852: lám. XIX, núm. 7.

²⁴⁵ Parte de la colección Lorichs se encuentra en el Royal Coin Cabinet, de Estocolmo y se publicó en el *SNG Stockholm*, colección que el autor de esta tesis ha consultado y en la que ha podido identificar las siguientes piezas que Lorichs ilustra: lám. XVIII, núm. 8 (grupo III, 11b); lám. XIX, núm. 7 (grupo V.1, 53h); núm. 9 (grupo V.1, 66a); núm. 10 (grupo III.2, 3c).

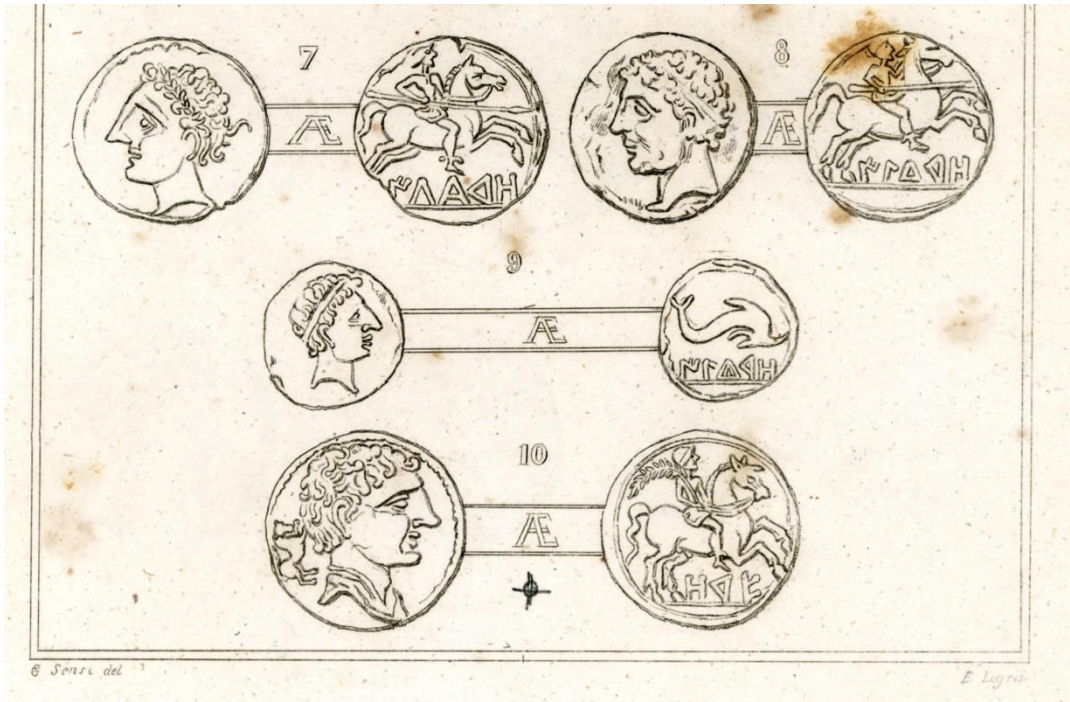


Figura 85. Imagen de la lámina XVIII de la obra de Lorichs (1852: lám. XVIII).

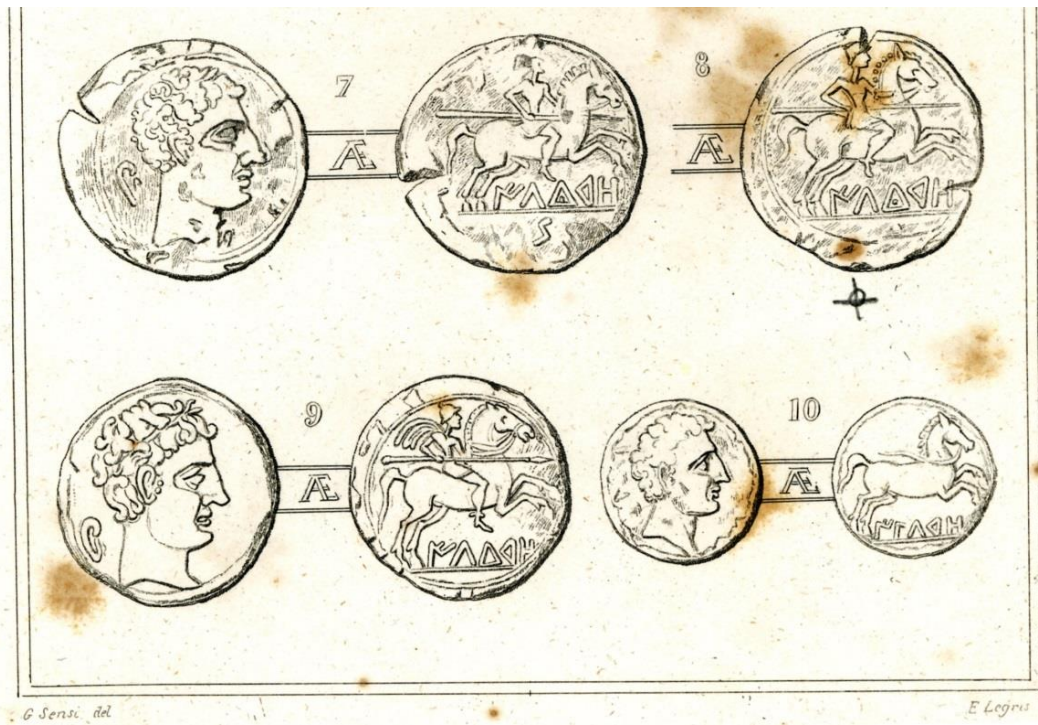


Figura 86. Imagen de la lámina XIX de la obra de Lorichs (1852: lám. XIX).

Con motivo de la venta de la colección numismática de Gustaf Daniel Lorichs, en 1857, el prestigioso numismático español Antonio Delgado publicó un catálogo en que da a conocer los fondos de la misma y que destaca por su introducción. En ella, Delgado plantea la hipótesis de que las leyendas ibéricas y celtibéricas deben relacionarse con los topónimos de tribus o ciudades²⁴⁶.

A lo largo de su obra y fiel a esta idea, Delgado añade una posible identificación con la ciudad o territorio a la que pertenecen las monedas junto a la leyenda en caracteres ibéricos –en ocasiones y siempre entre paréntesis–. En el caso de **ilduro**, y sin dar explicación alguna para ello, las adscribe a la ciudad de *Iluro* por vez primera²⁴⁷.

Tan solo un año más tarde, en su obra titulada *Catálogo general de las antiguas monedas autónomas de España, con noticia de sus leyendas, tipos, símbolos y pueblos a que corresponden* (1858), Manuel Cerdá i de Villarestau no ofrece ninguna novedad con respecto a trabajos anteriores. Únicamente describe las monedas de la ceca de **ilduro** que él conoce y se remite a lo dicho por otros autores –como Erro, Sestini o Saulcy– en el momento de hacer atribuciones²⁴⁸.

Variantes documentadas: Cerdá tampoco aporta variante nueva alguna del taller de **ilduro**. No obstante, recoge bajo la leyenda núm. XXX a los grupos V.1, III.1 o IV.1²⁴⁹ –no se puede precisar sin una ilustración–, II.2 o III.2²⁵⁰ –tampoco se puede concretar sin tener una imagen, el peso o el diámetro de la moneda– y II.4 en su obra²⁵¹.

Con un año de diferencia respecto al catálogo de Cerdá, Pierre André Boudard (1859) publicaba *Essai sur la numismatique iberienne précédé de recherches sur l'alphabet et la langue des ibères*. Su estudio supondría un paso atrás comparado con los trabajos anteriores –al menos, en lo referente al taller de **ilduro**–. Boudard engloba a las monedas bajo el epígrafe ILADHE o ILDUN, localidad que se menciona en el itinerario de la vía romana que va de Dertosa a Sagunto en opinión del autor²⁵². Obvia, por tanto, el trabajo de Delgado y vuelve a la línea seguida por anteriores autores, como Sestini, Saulcy o Gaillard.

²⁴⁶ Delgado 1857: VI; Gozálbés 2009a: 15.

²⁴⁷ Delgado 1857: 77

²⁴⁸ Cerdá 1858: 24, 76, 78-79.

²⁴⁹ Cerdá 1858: 24, núm. 80.

²⁵⁰ Cerdá 1858: 24, núm. 82.

²⁵¹ Cerdá 1858: 24, núm. 83.

²⁵² Boudard 1859: 208-209.

Pese a los notables esfuerzos que Boudard realiza para estudiar la cronología de la moneda ibérica –tema al que dedica diversas elucubraciones²⁵³–, su aportación quizá más interesante es aquella en que relaciona estas amonedaciones con las de Hierón I o Demetrios Poliorketes. Finalmente, el numismático francés se decide por una cronología genérica y extremadamente amplia que se prolonga desde el siglo IV a. C. hasta el mandato del emperador Tiberio²⁵⁴.

Variantes documentadas: Tras unos cuantos trabajos en los que las piezas de **ilduro** eran solamente descritas, Boudard vuelve a ilustrar algunos ejemplares pertenecientes a esta ceca. El grupo II.3 del taller²⁵⁵ se documenta por vez primera (figura 87, 12) junto a otros grupos conocidos, como el V.1 –nuevamente, con la presencia del signo ζ como parte de la leyenda²⁵⁶–, el III.1²⁵⁷ y el III.2²⁵⁸.

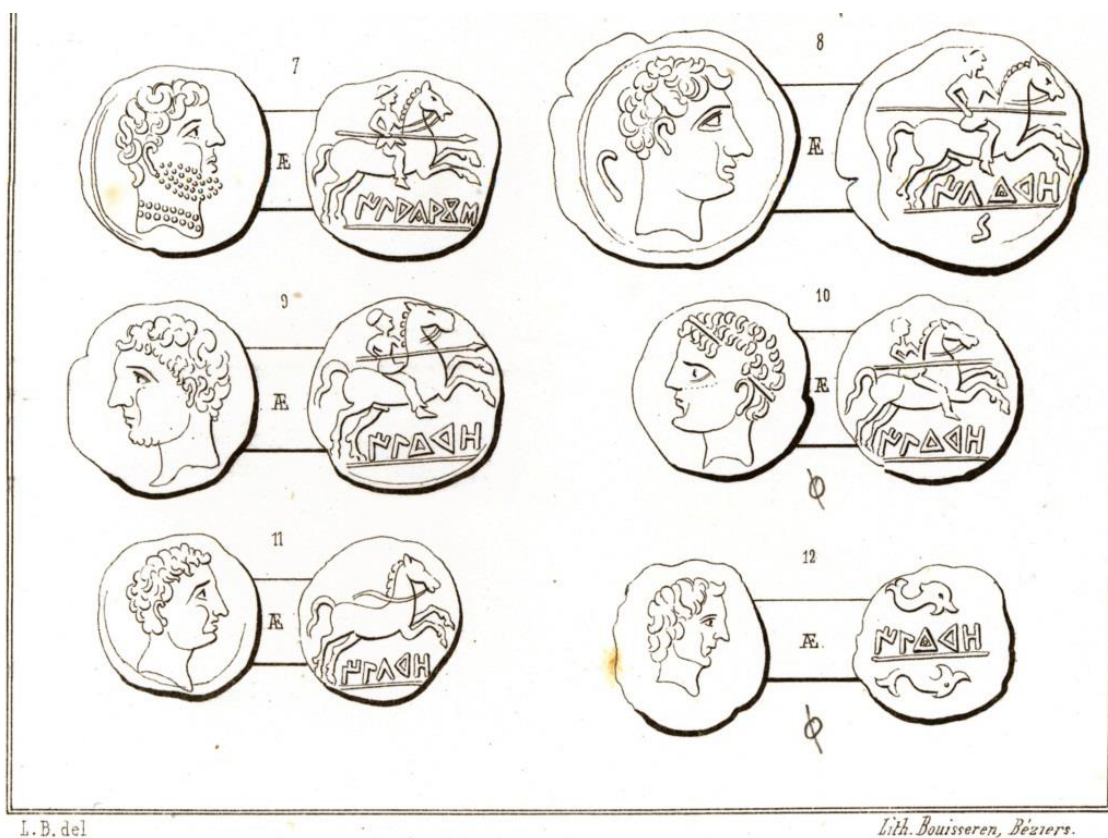


Figura 87. Imagen de la lámina XXI de la obra de Boudard (1859), en la que se ilustran diversos ejemplares de la ceca de **ilduro**.

²⁵³ Boudard 1859: 144-146.

²⁵⁴ Boudard 1859: 147.

²⁵⁵ Boudard 1859: lám. XXI, núm. 12.

²⁵⁶ Boudard 1859: lám. XXI, núm. 8.

²⁵⁷ Boudard 1859: lám. XXI, núm. 9 y 10.

²⁵⁸ Boudard 1859: lám. XXI, núm. 11.



Figura 88. Imagen de la lámina **XXVII** de la obra de Heiss (1870), en la que se ilustran diversos ejemplares de la ceca de **ilduro**.

En 1866, Alois Heiss elaboró un breve trabajo dedicado a la moneda de los celtíberos en el que ya avanzaba algunos de los axiomas que se verán plasmados en su producción posterior²⁵⁹. Solamente cuatro años más tarde, el erudito publicaba en París su *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne* (1870), que se convertiría rápidamente en una obra de referencia para todos los estudiosos interesados en la moneda ibérica y celtibérica. Heiss organizó su libro siguiendo un criterio que podría definirse como meramente geográfico. Posiblemente fue este esquema de trabajo la causa por la que mezcló y confundió las cecas de **lauro** e **ilduro**, así como los municipios de Lloret de Mar y Liria.

Para Heiss, la leyenda **lauro** debe transcribirse como LAAVRE, ciudad que Delgado transcribió como LAURONA y que se correspondía con Liria (Valencia) según él. No obstante y debido al estilo de las monedas –similar al del taller de **kese**– el autor interpreta estas acuñaciones como cercanas a Tarragona, motivo por el que, finalmente, las identifica con *Iluro* (en su opinión, la actual Lloret de Mar)²⁶⁰.

²⁵⁹ El estudio de Heiss (1866), en el que en ningún momento se menciona al taller de **ilduro**, trata básicamente sobre la cronología y la lengua de las emisiones ibéricas y celtibéricas.

²⁶⁰ Heiss 1870: 110-111.

Por lo que respecta a la ceca de **ilduro** –taller para el que la descripción que Heiss hace de **lauro** habría resultado en esos momentos perfectamente lógica–, transcribe la leyenda como ILOVRE y también la atribuye a Liria, tal y como él mismo afirma que Delgado había hecho para **lauro**. Los argumentos para tal adscripción se basan en el símbolo delfín, que aparece en algunos ejemplares –Heiss deduce que deben de pertenecer a una población marítima–, mientras que descarta *Iluro*, pues afirma que el estilo de las monedas no permite esta posibilidad²⁶¹.

Como otros especialistas ya habían señalado previamente, Heiss entiende a la moneda ibérica como una serie amonedaciones indígenas que imitan al sistema del numerario romano republicano, lo que el autor ya avanza en trabajos anteriores²⁶². Partiendo de esta hipótesis, dicha moneda ibérica no podía ser anterior al denario romano de ninguna manera. Este axioma le lleva a proponer una cronología –nuevamente genérica– para la moneda ibérica entre el 259 a. C. –año en que, según él, se acuñan los denarios más antiguos– y el 39 a. C. –fecha en que, asevera, Hispania fue finalmente sometida por Roma²⁶³–.

Variantes documentadas: Es la primera vez que el diámetro y el peso de las monedas se proporciona en toda la historiografía de la ceca. Heiss será el primero en identificar el grupo III.3 del taller de **ilduro**²⁶⁴, tipo al que el autor añade dos delfines en el anverso que no se han podido documentar en ninguno de los cuños conocidos. El resto de las piezas que ilustra corresponde a los grupos V.1²⁶⁵, III.1 –ejemplar que ilustra con el signo ibérico † del revés–²⁶⁶, III.2, II.4 y II.3²⁶⁷ (figura 88).

Este capítulo dedicado a la historiografía de la ceca no podría continuar sin volver una vez más a la eminente figura del numismático español Antonio Delgado, que publicó otro trabajo titulado *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*²⁶⁸ entre los años 1871 y 1876 (figura 89). En esta ocasión, y siempre en relación con el taller de **ilduro**, Delgado se desdice de la anterior lectura que él mismo había realizado y atribuido a *Iluro*: HILVRE. A continuación, transcribe nuevamente la leyenda como ILDERA, nombre que, señala, acabará convirtiéndose en *Ildum* por el uso del latín. También hace una interesante

²⁶¹ Heiss 1870: 212-213.

²⁶² Heiss 1866: 64-68.

²⁶³ Heiss 1870: 6-7.

²⁶⁴ Heiss 1870: lám. XXVII, núm. 3.

²⁶⁵ Heiss 1870: lám. XXVII, núm. 1.

²⁶⁶ Heiss 1870: lám. XXVII, núm. 2.

²⁶⁷ Citadas en el texto en el mismo orden que lo hace Heiss (1870: lám. XXVII, núm. 4-6).

²⁶⁸ Delgado 1871-1876.

aportación cuando, tras reflexionar sobre el valor del signo Δ/Δ , deduce que el signo Δ fue utilizado durante los primeros tiempos de la ceca para, posteriormente, simplificarlo adoptando la forma de la *daleph* griega²⁶⁹.

En el aspecto cronológico, el autor no ofrece una datación detallada para el numerario de **ilduro**, pero sí para lo que él denomina *Monedas Autónomas de España*. Según él, estas fueron –en general y salvo muy raras excepciones– acuñadas entre el 218 a. C. y el 41 de nuestra era²⁷⁰.

Variantes documentadas: Basándose en las descripciones de Delgado y en los grabados que publica (figura 89), queda claro que conocía los grupos V.1²⁷¹, III.1²⁷², IV.1, III.2, II.4, II.3²⁷³ y, finalmente, el tipo III.3²⁷⁴; todos ellos, también conocidos e ilustrados por los autores anteriores.

La siguiente obra que trata las amonedaciones de **ilduro** es de Jacobo Zóbel de Zangróniz, que realizó interesantes aportaciones al estudio de la numismática ibérica en *Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el Imperio romano* (1878-1880)²⁷⁵.

Posiblemente debido a los notables conocimientos que poseía del alfabeto ibérico, Zóbel transcribe la leyenda como ILDUROH y clasifica a estas monedas como iluronenses. No obstante, y aunque él mismo reconoce que lo natural sería atribuir este numerario a la ciudad de *Iluro* ante dicha transcripción, finalmente lo señala como propio del litoral valenciano. En concreto, adscribe el taller a la antigua ciudad de *Ildum*, población que se corresponde con la actual Alcalá de Xivert en opinión del académico²⁷⁶. El mismo Zóbel reconoce previamente no estar totalmente convencido de dicha atribución –hace constar las dudas que estas amonedaciones le causan tan solo unas páginas antes²⁷⁷–, y el reflejo de esta vacilación con la localización del taller de **ilduro** queda plasmado en el mapa con que el de Manila ilustra su obra. En él, la ceca de **ilduro** aparece en dos lugares distintos: *Ildum* e *Iluro* (figura 90).

²⁶⁹ Delgado 1871-1876: 274-275.

²⁷⁰ Delgado 1871-1876: tomo I, lám. LXXIX.

²⁷¹ Delgado 1871-1876: tomo III, lám. CXLVIII, núm. 1-3.

²⁷² Delgado 1871-1876: tomo III, lám. CXLVIII, núm. 4-6.

²⁷³ Citadas en el texto en el mismo orden que Delgado (1871-1876: tomo III, lám. CXLVIII, núm. 7-10) las ilustra.

²⁷⁴ Delgado 1871-1876: tomo III, lám. CXLVIII, núm. 11.

²⁷⁵ Zóbel publicó inicialmente el trabajo dentro del *Memorial Numismático Español*.

²⁷⁶ Zóbel 1880 tomo II: 54-55 y 57.

²⁷⁷ Zóbel 1880 tomo II: 21 y mapa.

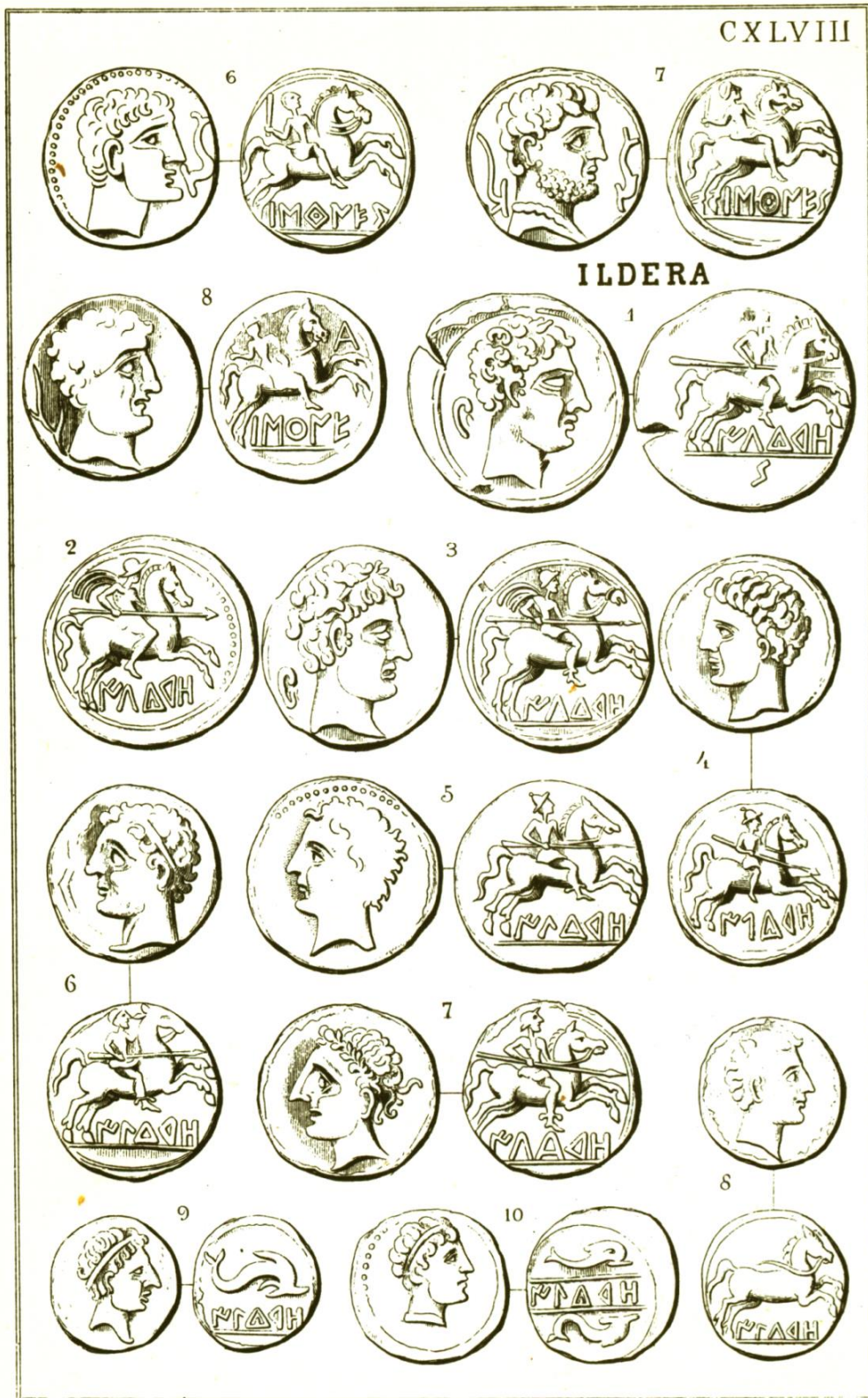


Figura 89. Imagen de la lámina CXLVIII de la obra de Delgado (1871-1876), en la que se ilustran diversos ejemplares de la ceca de **ilduro**.

Múltiples argumentos e hipótesis destacan de los volúmenes publicados por Zóbel de Zangroniz, y quizá los relacionados con los aspectos cronológico y epigráfico sean los más relevantes para este estudio. El eminente numismático divide a las amonedaciones ibéricas y celtibéricas de la Hispania Citerior en cuatro períodos: 226-214 a. C.; 214-204 a. C.; 204-154 a. C., y 154-72 a. C. Sitúa las acuñaciones de la ceca de **ilduro** durante el segundo y tercer período²⁷⁸. Es decir, Zóbel ofrece una cronología para las amonedaciones del taller ya en el siglo XIX y afirma que habrían sido emitidas entre el 214 y el 154 a. C. En el terreno epigráfico, se percató de que algunos signos sufrían variaciones de unas emisiones a otras llegando a establecer tales variaciones como uno de los principales criterios en su clasificación de las monedas ibéricas²⁷⁹. Como se podrá ver en el capítulo 10, dicho criterio resultará de gran interés a la hora de ordenar el numerario de **ilduro**.

Variantes documentadas: La obra de Zóbel tan solo cuenta con cinco láminas en las que no ilustra ningún ejemplar de la ceca objeto de estudio. Aun así, basándose en la esquemática información recogida en sendos cuadros²⁸⁰, se puede ver que es el primero en clasificar el numerario del taller siguiendo criterios epigráficos y no según su módulo (tabla 13). En este importante estudio, es la primera ocasión en que puede tenerse constancia de monedas tan poco usuales como las pertenecientes a los grupos I.1²⁸¹, I.2²⁸² y V.24-13²⁸³ –esta última pudiera ser en realidad un cuarto del taller de **abañildur** (CNH 4)²⁸⁴, lo que volverá a tratarse en el apartado sobre la ordenación de las emisiones de **ilduro** (capítulo 15).

²⁷⁸ Zóbel 1880 tomo II: 54-55.

²⁷⁹ Zóbel 1880 tomo II: 4.

²⁸⁰ Zóbel 1880 tomo IV: 54-55 y 222-235.

²⁸¹ Zóbel 1880 tomo II: 222-223, núm. 82.

²⁸² Zóbel 1880 tomo II: 222-223, núm. 219.

²⁸³ Zóbel 1880 tomo II: 222-223, núm. 187.

²⁸⁴ Sinner 2013b: 109-110.



Figura 90. Fragmento del mapa de las monedas con leyendas ibéricas acuñadas en la Hispania Citerior realizado por Zóbel (1880: lám. VII).

Tabla 13. Ordenación de las emisiones de *ilduro* según Zóbel (1880 tomo II: 222-235).

Período	Núm.	Valor	Marca A/R	Reverso	Grupo
II	82	As	Cerdo/---	Jinete con lanza	I.1
	193	Cuadrante	Delfín?/---	Dos delfines	II.3
II a III	83	As	---/---	Jinete con lanza	III.1
	84	As	---/---	Jinete con lanza	III.1
	194	Cuadrante	2 delf./---	Dos delfines	III.3
III	85	As	Oreja/---	Jinete con lanza y clámide	V.1
	86	As	Oreja/---	Jinete con lanza, clámide y signo ⚡	---
	151	Semis	Delfín?/---	Caballo corriendo	III.2
	187	Cuadrante	●●/---	Caballo corriendo	---
	219	Sextante	---/---	Delfín	II.4

Las páginas de Celestino Pujol i Camps (*El dinero de Iluro*), incorporadas a la monografía de J. M. Pellicer *Estudios histórico-arqueológicos sobre Iluro. Antigua ciudad de la España Tarraconense, región layetana* (1887) quizá marcaron un antes y un después en lo que al estudio del taller de *ilduro* se refiere. Su obra, pionera en muchos aspectos, pudiera ser considerada como el primer trabajo monográfico dedicado a la ceca. Pujol i Camps no solo es un pionero al relacionar y mantener definitivamente las monedas de *ilduro* asociadas a la ciudad de *Iluro* y el territorio layetano –hay que recordar que Delgado cambió de idea–, sino que además lo hace superando todos aquellos problemas que resultaron insalvables para sus predecesores con sólidos argumentos epigráficos y arqueológicos²⁸⁵. El estudio incluye una completa clasificación de las emisiones del taller acompañada por láminas de calidad (figuras 91 y 92). Esta clasificación relaciona y ordena las monedas partiendo de un detenido estudio de las leyendas y los tipos, con lo que obtiene una primera cronología relativa de las emisiones (tabla 14)²⁸⁶.

Del excelente trabajo del numismático de Girona, sorprende cómo se desdice de las ideas expresadas por numismáticos anteriores en lo referente al origen del numerario de *ilduro*. Si las amonedaciones ibéricas se habían puesto en relación con las romano-republicanas hasta ese momento, Pujol y Camps vinculará a los bronce de *ilduro* –según sus propias palabras: «de traza verdaderamente púnica»– con la presencia cartaginesa²⁸⁷. Es decir, las emisiones de la ceca habían de ser, por tanto, anteriores al 206 a. C., fecha en que Roma expulsó definitivamente a los contingentes púnicos de Hispania.

²⁸⁵ Pellicer y Pagés 1887: 199-204.

²⁸⁶ Pellicer y Pagés 1887: 204-208.

²⁸⁷ Pujol i Camps 1887: 207.

Variantes documentadas: Sin duda alguna, la práctica totalidad de las emisiones de la ceca se recoge por primera vez en el excelente trabajo de Pujol i Camps (tabla 14), pionero en documentar el reverso con dos delfines del grupo I.2²⁸⁸ y del V.2, aunque sin detectar la presencia del símbolo oreja en este último. Además, sitúa a los glóbulos –marca de valor– en el anverso y no en el reverso de la pieza, como es habitual²⁸⁹.

El trabajo de Pujol i Camps marcó un punto de inflexión en la historiografía de la ceca, y el taller de **ilduro** no volvería a ser adscrito a *Ildum* ni a ninguna otra ciudad localizada en los territorios de la actual Comunidad Valenciana salvo en contadas excepciones. Habría que esperar a que se produjese el descubrimiento del *oppidum* ibérico de Burriac (Cabrera de Mar) para que algunas ideas de este autor fuesen puestas en duda definitivamente. Hasta entonces, habían gozado de una excelente aceptación aunque no se tuvieran en cuenta en la publicación de la importante colección numismática de Manuel Vidal Quadras (1892)²⁹⁰. Su autor, Arturo Pedrals y Moliné, transcribe la leyenda del taller como ILDERA y atribuye las monedas de la ceca a Cabanes (Castellón), aunque recoge en una nota a pie de página que Celestino Pujol i Camps las había adscrito a *Iluro*²⁹¹.

Un año después de que saliese a la luz el catálogo de la mencionada colección de Vidal Quadras, la obra de Emil Hübner, *Monumenta Linguae Ibericae* (1893)²⁹² hizo lo propio. Los datos que se poseían sobre la lengua ibérica hasta ese momento se recopilan y analizan con detalle en ella. El prestigioso arqueólogo, epigrafista e historiador no deja de lado la vertiente numismática en este importante trabajo de carácter básicamente epigráfico. En la mencionada obra de Hübner –notablemente influenciada por el trabajo de Zóbel–, se encuentran escasas referencias a **ilduro**, para el que lee ILDURH sin poder atribuir la ceca a ninguna localidad concreta. El epigrafista nacido en Düsseldorf incluye a las monedas del taller dentro de su *Pars Prima*, junto con aquellas otras pertenecientes a la *Regio Saguntina* –número 44²⁹³–. Semejante clasificación resulta indicativa del área a la que el autor adscribía estas amonedaciones. De ese modo, como ya le ocurrió a Zóbel, Hübner confirma sus dudas al ubicar a **ilduro** en Alcalá de Chisvert (actual Alcalá de Xivert) (ILDURH) y en Mataró (ILDUR) cuando elabora el mapa con el que ilustra su trabajo (figura 93).

²⁸⁸ Pujol i Camps 1887: lám. I, núm. 2.

²⁸⁹ Pujol i Camps 1887: lám.II, núm. 17.

²⁹⁰ Pedrals 1892.

²⁹¹ Pedrals 1892: 35.

²⁹² Hübner 1893.

²⁹³ Hübner 1893: 49.

Al acabar el siglo XIX, ya se había documentado la práctica totalidad de las variantes conocidas para el mencionado taller²⁹⁴, su leyenda había sido totalmente descifrada y transcrita de forma correcta e, incluso, se había iniciado un tortuoso camino que, partiendo de *Iluro*, daría alguna pista sobre un tema tan complejo como el de la ubicación exacta del taller (véase capítulo 9). Sin lugar a dudas, la centuria supuso un paso importante en el conocimiento tanto de la moneda y de la lengua ibérica en general como del numerario de **ilduro** en particular. Las bases de la numismática moderna se sentaron en apenas cien años, y las obras de autores posteriores solo pueden explicarse como una herencia directa del legado científico creado durante el siglo XIX.

Tabla 14. Ordenación de la producción de **ilduro** según Pujol i Camps (1887: 204-208).

Emisión	Marca A/R	Reverso	Núm.	Leyenda	Grupo
1	Cerdo/---	Jinete con lanza	1	ƳΓΔϰΗ	I.1
	Delfín/---	Dos delfines	2	ƳΓ-Δ-ϰΗ	I.2
	Delfín/•••	Delfín	3	ƳΓ-Δ-ϰΗ	I.2
2	---/---	Caballo galopando	4	ƳΓΔϰΗ	II.2
	---/---	Dos delfines	5	ƳΓΔϰΗ	II.3
	---/---	Dos delfines	6	ƳΓΔϰΗ	III.3
3	---/---	Jinete con lanza	7	ƳΓΔϰΗ	III.1
	---/---	Jinete con lanza	8	ƳΓΔϰΗ	III.1
	---/---	Jinete con lanza	9	ƳΓΔϰΗ ²⁹⁵	---
	---/---	Jinete con lanza	10	ƳΓΔϰΗ	---
	---/---	Caballo suelto	11	ƳΓΔϰΗ	III.2
	---/---	Delfín der.	12	ƳΓΔϰΗ	II.4
4	Oreja/---	Jinete con lanza	13	ƳΛΔϰΗ	V.1
	Oreja/---	Jinete con lanza	14	ƳΛΔϰΗ	V.1
	Oreja/---	Jinete con clámide y clámide	15	ƳΛΔϰΗ	V.1
	•••/---	Caballo	16	ƳΛΔ... ²⁹⁶	---
	•••/---	Medio Pegaso	17	ƳΛΔϰΗ	V.2

²⁹⁴ Los únicos tipos que faltaban por documentar con respecto a la clasificación realizada en el *CNH* (1994) eran las variantes *CNH* 10 y *CNH* 15. Como se verá a lo largo de este estudio, ambas son inexistentes y no deben tenerse en cuenta. Desde el siglo XIX, y hasta la fecha, solo Villaronga (1998: 1-4) ha dado a conocer un nuevo grupo (III.4) de la ceca.

²⁹⁵ Según Pujol i Camps (1887: 206, núm. 10), el signo ibérico Γ mira hacia la izquierda y no a la derecha en estos ejemplares, como es habitual. No hay constancia de la existencia de dicha variante.

²⁹⁶ Pujol i Camps (1887: 208, núm. 16) defiende que la leyenda se encuentra escrita de afuera hacia adentro. La posición invertida de los signos ibéricos podría explicarse mejor si la leyenda corresponde al taller de **abañildur** y está grabada de forma circular.

EL DINERO ILDURONENSE.
Estudios histórico-arqueológicos sobre ILURO
(página 208)

CATÁLOGO INÉDITO

LÁMINA I



C. PUJOL COLLEGIT

ANNJ MDCCLXXXVII

Figura 91. Imagen de la lámina I de la obra de Pujol i Camps (1887), en la que el autor ilustra diversos ejemplares de la ceca de **ilduro**.

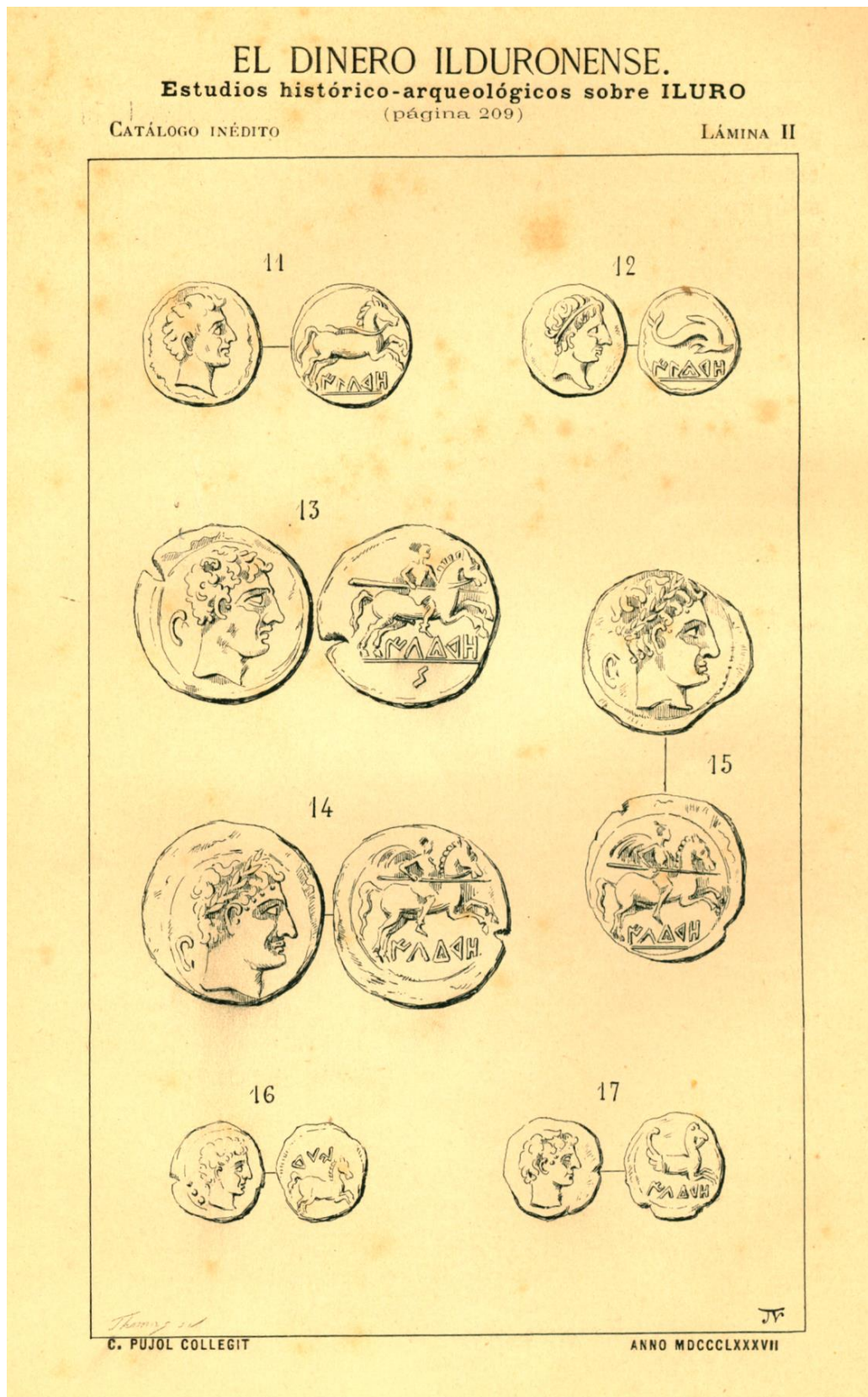


Figura 92. Imagen de la lámina II de la obra de Pujol i Camps (1887), en la que el autor ilustra diversos ejemplares de la ceca de ilduro.



Figura 93. Fragmento del mapa de Hübner (1893), en el que se aprecia la doble ubicación de ilduro.

8.5. Siglo XX

Si el siglo XIX fue tremendamente fecundo en lo relativo al estudio de la moneda ibérica y celtibérica, el primer cuarto del XX sería mucho menos prolífico. No se han encontrado aportaciones relevantes dentro de este campo de estudio durante dicho período con la única excepción del trabajo de Joaquim Botet y Sisó *Les Monedes Catalanes* (1908)²⁹⁷. En su obra, aunque dedicada mayoritariamente al estudio de la moneda catalana de épocas posteriores –medieval y moderna–, hace algún breve comentario sobre la moneda ibérica; concretamente, en la introducción de su primer volumen. Siguiendo las tesis de Pujol i Camps, Botet transcribe la leyenda del taller como ILDVRE, que quería decir **ilduro** según él –*Iluro* en latín²⁹⁸–. Justifica esta atribución dada la frecuencia con la que ese numerario aparece en el litoral catalán, y cita diversos hallazgos cuya procedencia le es conocida. Por el contrario, afirma que no se conocen descubrimientos de monedas de **ilduro** en *Ildum* (Alcalá de Xivert), lo que refuta las tesis de autores anteriores –Delgado, Zobel, etc.–, que ubicaban la ceca en dicha localidad como ya se ha comentado.

Mucho menos acertada resulta su clasificación del numerario de **ilduro**. El numismático de Gerona divide a las amonedaciones de la ceca en dos períodos distintos. Durante el primero, afirma que se emitieron los valores as, semis, triens y sextans, mientras que solo se acuñarían los valores as y quadrans en el segundo. Su ordenación –a diferencia del resto de sus valoraciones– parece obviar el excelente trabajo de Pujol i Camps, que distinguió hasta cuatro grupos de emisiones (tabla 14).

Al igual que el resto de autores anteriores –a excepción de Zóbel– tampoco entrará a valorar la cronología de las emisiones de la ceca, pero se atreve a proponer tres momentos diferenciados de acuñación para la moneda ibérica. El axioma principal de su propuesta es la disminución del peso de las piezas y, aunque no ofrece cronologías concretas, asocia al último de estos momentos de acuñación y el final de las emisiones ibéricas con el establecimiento del as semiuncial romano y con la promulgación de la Ley Papiria del 89 a. C²⁹⁹.

La moneda Hispánica (1924-1926), de Antonio Vives y Escudero, abriría el segundo cuarto de la centuria para, posteriormente, convertirse en la obra de referencia tipológica por excelencia durante prácticamente todo el resto del siglo XX.

²⁹⁷ Botet 1908.

²⁹⁸ Botet 1908: LIX.

²⁹⁹ Botet 1908: LI.

Si bien el mencionado título resulta de gran interés por el abundante material fotográfico que ilustra en las láminas de su segundo volumen (figura 94), tiene como contrapartida que soslaya por completo la parte lingüística o epigráfica –campos que se consideran imprescindibles en el presente estudio cuando se trabaja con moneda ibérica o celtibérica– y que evita en todo momento el aspecto cronológico. Aun así, su obra es muy sugestiva en el caso concreto de **ilduro**, ceca número siete del primer volumen de Vives que el erudito engloba dentro de la categoría *Monedas ibero-romanas de tipo jinete*. El prestigioso numismático distribuye el numerario del taller en cinco emisiones distintas para las que, además, ofrece una posible denominación (tabla 15)³⁰⁰.

Variantes documentadas: Con respecto a los trabajos del siglo XIX, la única variante que Vives y Escudero aporta en su manual –al menos, de forma segura– es el grupo II.1³⁰¹. No obstante, su lámina XXIV –dedicada exclusivamente al numerario de **ilduro**– es muy interesante, ya que el autor fotografía por vez primera las monedas de la ceca (figura 94). No habrá posteriores aportaciones relevantes en relación con las variantes del taller de **ilduro** hasta la publicación del *CNH*.

Tabla 15. Clasificación de las monedas de **ilduro** según Vives y Escudero (1926: 44-47).

Emisión	Núm.	Valor	Reverso	Marca A/R	Grupo
1	1	As	Jinete con lanza	Jabalí/---	I.1
	2	Cuadrante	Dos delfines	Delfín/---	I.2
	3	Sextante	Delfín	Delfín/---	I.2
2	4	As	Jinete con lanza	---/---	II.1
	5	Semis	Caballo	---/---	II.2
	6	Cuadrante	Dos delfines	---/---	II.3
	7	Sextante	Delfín	---/---	II.4
3	8	As	Jinete con lanza y clámide	Oreja/---	V.1
	9	Cuadrante	Medio Pegaso	Oreja/---	V.2
4	10	As	Jinete con lanza	---/---	III.1
	11	Semis	Caballo	---/---	III.2
	12	Cuadrante	Caballo	●●/---	---
5	13	Cuadrante	Dos delfines	---/---	III.3

³⁰⁰ Vives 1926: 44-47.

³⁰¹ Vives 1926: lám. XXIV, núm. 4.

Una vez descubierto el *oppidum* ibérico de Burriac por Lluís Bonet i Garí en el año 1916³⁰², Joan Ribas i Bertrán publicó el primer trabajo dedicado a este poblado ibérico (1924). En su obra, el autor propone que el *oppidum* de Burriac sería el lugar en el que se debieron de acuñar las diferentes emisiones del taller de **ilduro**³⁰³. Su trabajo, de carácter histórico-arqueológico, no contempla aspectos propios de la numismática; sin embargo, su propuesta sobre la localización de la ceca resultaría fundamental en la historiografía posterior³⁰⁴.

El mismo año en que fue nombrado director del *British Museum* (1931), George F. Hill publicó un estudio dedicado a la moneda antigua de la *Hispania Citerior*. En esta breve obra, pero de importante proyección internacional, transcribe la leyenda como ILDURO y adscribe al taller, ya sin duda alguna, a la ciudad layetana de *Iluro*, que identifica correctamente con la actual Mataró (El Maresme)³⁰⁵.

Hill utiliza el esquema de clasificación de Vives –cinco series de emisiones distintas– y le añade una sexta serie o emisión. Esto será lo más novedoso del estudio junto con un interesante comentario –citando a Pujol i Camps–, en el que destaca la similitud que presentan algunos anversos de **ilduro** con los de las monedas de **laiesken**³⁰⁶.

Variantes documentadas: Quizá la aportación más novedosa del londinense –puesto que no da a conocer ninguna variante nueva ni ofrece datos inéditos sobre el aspecto cronológico de las emisiones– es la utilización de vaciados de escayola con los que, como ya hizo Vives, ilustra su obra. Con esta técnica se consiguen imágenes más fidedignas que resultan imprescindibles a la hora de realizar un estudio de cuños.

Casi una década después, Marià Ribas i Bertrán –hermano de Joan Ribas– llevó a cabo diversas campañas de limpieza, adecuación y documentación de los restos arqueológicos localizados en la ladera de la montaña de Burriac. La información que obtuvo fue mostrada en la obra *Origen i fets històrics de Mataró*³⁰⁷ (1934), en la que Marià Ribas –como ya había hecho su hermano años atrás– propuso al poblado ibérico como lugar más adecuado para ubicar la ceca de **ilduro**. Como se verá a continuación, la atribución de los hermanos Ribas fue rápidamente aceptada por eruditos e investigadores de talla nacional e

³⁰² Zamora 2006-2007: 26.

³⁰³ Ribas 1924.

³⁰⁴ Ripollès 1982: 357; Villaronga 1994: 192.

³⁰⁵ Hill 1931: 52-53.

³⁰⁶ Hill 1931: 52-53.

³⁰⁷ Ribas 1934. El propio Marià Ribas ya había realizado anteriormente otros trabajos de menor envergadura en los que trataba el tema del poblado ibérico.

internacional. Resultaba lógico pensar que unas monedas cuya leyenda se había grabado utilizando los caracteres del alfabeto ibérico se hubiesen acuñado en un *oppidum*, asentamiento propio de la cultura ibérica.

La siguiente mención a la ceca se debe a Jürgen Untermann (1964), prestigioso lingüista y una de las máximas autoridades en el estudio de las lenguas paleohispánicas; especialmente, de la ibérica. Su trabajo –una síntesis de carácter epigráfico que aúna un buen análisis tipológico de las acuñaciones ibéricas con una importante labor de cartografía– trata por vez primera de organizar las diferentes cecas del jinete, entre las que se encuentra el taller de **ilduro**³⁰⁸.

Para Untermann, la leyenda del numerario de **ilduro** se podía comparar con las referencias a la *Iluro* de los autores clásicos, localización que es segura en opinión del alemán debido a los hallazgos de moneda de esta ceca en la zona³⁰⁹. Basándose en tales argumentos, engloba a las emisiones del taller dentro del grupo de monedas con escritura ibérica perteneciente a Cataluña –grupo A³¹⁰–.

De la sistematización de la moneda hispánica en la antigüedad publicada dos años después por Octavio Gil Farrés (1966), destaca principalmente el énfasis del autor por otorgar una cronología a las acuñaciones de los diferentes talleres ibéricos. Gil Farrés elabora tres grandes grupos o fases en los que distribuye a las amonedaciones ibéricas de la Hispania Citerior: una primera fase que denomina «monetaria uncial», una segunda que se habría emitido entre el 100 y el 50 a. C. y una última que se extiende por el período comprendido entre el 50 y el 23 a. C.

En relación con el taller de **ilduro**, el autor clasifica a los ejemplares de mayor módulo de la ceca –siguiendo la ordenación propuesta por Antonio Vives– (tabla 15) como pertenecientes a un grupo mucho más amplio, que denomina «monedas unciales del jinete ibérico» –incluidas dentro de la fase monetaria uncial– (tabla 16). El numismático propone la ciudad de Ampurias (*Emporion*) como el lugar de acuñación de todas estas amonedaciones, matizando que el epígrafe de las mismas –**ilduro** en este caso– no hace referencia al taller o asentamiento emisor, sino al área de circulación a que estas piezas fueron destinadas³¹¹, reflexión que resulta interesante cuanto menos. Gil Farrés incluye al resto del numerario del taller dentro de su segunda fase (100-50 a. C.); más concretamente, en lo que él denomina «la serie primera del jinete ibérico», que fecha entre el 100 y el 80 a. C. (tabla 17).

³⁰⁸ Untermann 1964.

³⁰⁹ Untermann 1964: 106-107.

³¹⁰ Untermann 1964: 145-146.

³¹¹ Gil Farrés 1966: 130-135.

Tabla 16. Cuadro de las monedas de **ilduro** pertenecientes al grupo uncial del jinete ibérico según Gil Farrés (1966: 148).

Núm.	Valor	Reverso	Marca A/R	Exergo	Grupo
285	As	Jinete con lanza	Jabalí/---	ilduro	I.1
286	Cuadrante	Dos delfines alrededor ilduro	Delfín/---	---	I.2
287	Sextante	Delfín a izq.	Delfín/••	ilduro	I.3
288	As	Jinete con lanza	---/---	ilduro	II.1
289	Semis	Caballo saltando	---/---	ilduro	II.2
290	Cuadrante	ilduro entre delf.	---/---	---	II.3
291	Sextante	Delfín	---/---	ilduro	II.4
292	As	Jinete con lanza	Oreja/---	ilduro	V.1
293	Cuadrante	Hipocampo	Oreja/---	ilduro	V.2

Tabla 17. Cuadro de las monedas de **ilduro** pertenecientes a la serie primera del jinete ibérico. Gil Farrés 1966: 211.

Núm.	Valor	Reverso	Marca A/R	Exergo	Grupo
627	As	Jinete con lanza	---/---	ilduro	III.1
628	Semis	Caballo saltando	---/---	ilduro	III.2
629	Cuadrante	Hipocampo	---/---	ilduro	---
630	Cuadrante	ilduro entre delf.	2 Delf./---	---	III.3

Un año después de que el estudio de Gil Farrés viera la luz, Ricardo Martín Valls (1967) publicó un novedoso trabajo dedicado exclusivamente a la circulación de la moneda ibérica. En esta obra, el autor recopila e ilustra cartográficamente por vez primera los hallazgos pertenecientes al taller de **ilduro**, monedas que –según Martín Valls– circularon por el litoral catalán con escasa penetración hacia el interior (figura 95)³¹². Valls no duda en adscribir la ceca al poblado ibérico de Burriac, pero sin contemplar la idea de su posterior traslado a *Iluro*³¹³ (véase capítulo 9). De ese modo, aunque reflexiona sobre el tema, interpreta la aparición de moneda de **ilduro** en la actual Mataró como el reflejo de una circulación residual de materiales antiguos en los estratos iniciales de la ciudad romana –algo totalmente coherente, ya que esta fue la sucesora directa del antiguo núcleo indígena³¹⁴–.

³¹² Martín Valls 1967: 49 y lám. XIV.

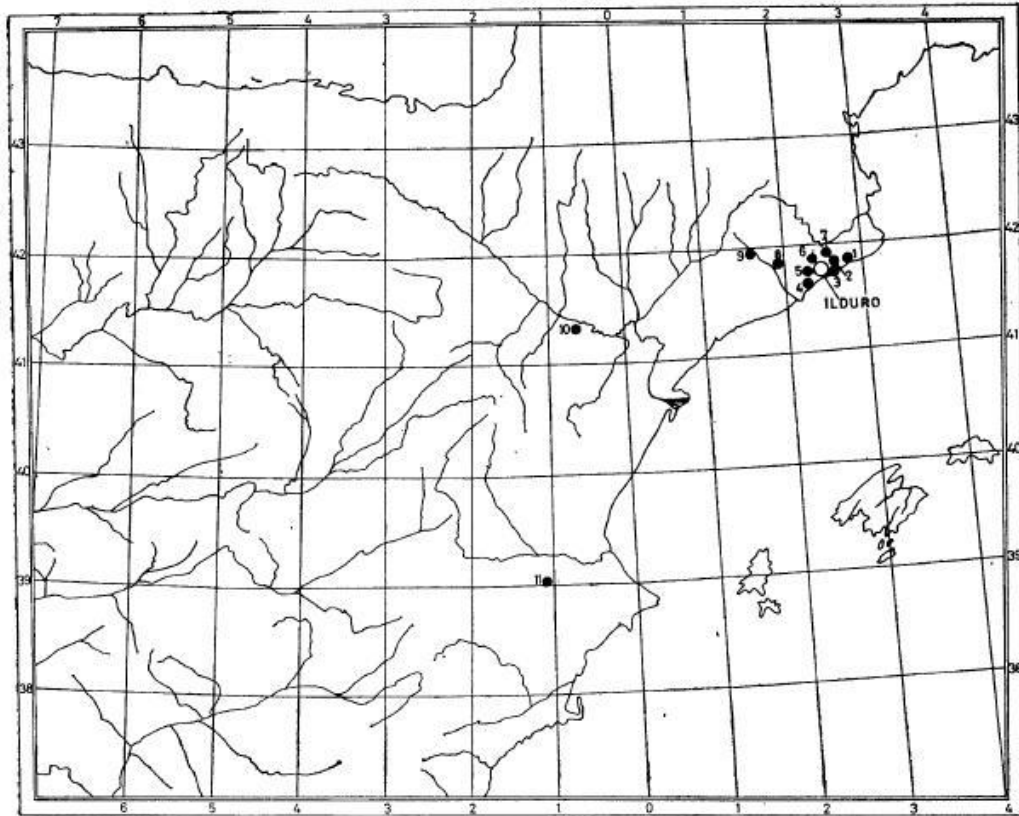
³¹³ Pérez Almoguera 1996: 43.

³¹⁴ Martín Valls 1967: 48-49.

LÁMINA XXIV



Figura 94. Imagen de la lámina XXIV de la obra de Vives y Escudero (1926).



Mapa XIV.

Figura 95. Mapa con la circulación de la moneda de *ilduro* según Martín Valls (1967: lám. XIV).

LÁMINA 34



Figura 96. Imagen de la lámina 34 de la obra de Guadán (1969: lám. 34).

Antonio M. de Guadán publicaría en 1969 *Numismática Ibérica e Íbero-Romana*, un trabajo que trata el tema de las amonedaciones antiguas en la península ibérica a modo de manual³¹⁵. El autor dedica escasas líneas al taller de **ilduro**, ceca que pertenece a la clase VI –*Monedas con leyendas en alfabeto ibérico del norte*– en su opinión y, más concretamente, al grupo de **auśesken**. Respecto al taller, solo menciona que su localización es conocida –el *oppidum* de Burriac– y que emitió ases de gran peso primero (figura 96, núm. 299) para pasar a los ases de peso normal después –señala que algunos de ellos presentan el símbolo oreja– (figura 96, núm. 300 y 301)³¹⁶.

Llegados a este punto, resulta imprescindible volver una vez más a la obra de Jürgen Untermann. El prestigioso lingüista alemán publicó en 1975 la que posiblemente no solo sea su obra de referencia, sino una de las de mayor repercusión internacional. Naturalmente, se trata de *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, un corpus de inscripciones paleohispánicas. El primer volumen –*Die Münzlegenden*– de este extenso trabajo versa en su totalidad sobre las leyendas monetales ibéricas. Adicionalmente, el filólogo nacido en Rheinfeldern dedica una página al taller de **ilduro** –A.11– y propone ordenar sus amonedaciones en tres grupos distintos en función de su peso: uncial, semiuncial o uncial reducido (tabla 18). Transcribe la leyenda como **ilturo**, y destaca la rareza de la mayoría de las monedas de la ceca así como su procedencia casi exclusiva de la zona de Mataró y alrededores.

Tabla 18. Ordenación de la producción de **ilduro**. Untermann 1975: 189.

	Pesos	Valores	Dec. Anverso	Atributo	Reverso	Vives lám. XXIV
Ia	Uncial (± 21,5 g)	As, Quadrans, Sextans	-	Caballo	Dos delfines	1-3
		As, Semis, Quadrans, Sextans	Diadema	-		4-7
II	Semiuncial (±10,5 g)	As, Semis, Quadrans.	Laurea	-	Medio Pegaso	10,11,13
III	Uncial reducido (±15,5g)	As, Quadrans	Laurea	Oreja		8,9

³¹⁵ Guadán 1969.

³¹⁶ Guadán 1969: 196-197.

El libro *Numismática Antigua de Hispania*, de Leandre Villaronga (1979) es este un excelente trabajo de síntesis destinado a convertirse rápidamente en una obra de referencia, pues incorporaba novedosas metodologías –de carácter estadístico básicamente– nunca antes aplicadas a los estudios numismáticos en nuestro país. El carácter de manual de estilo que el numismático catalán confirió a su obra la distingue de todas las anteriores, y constituye una herramienta útil tanto para principiantes como para los estudiosos más avanzados.

En lo referente al taller de **ilduro**, Villaronga considera a la primera de las emisiones de la ceca perteneciente al que él denomina Grupo Ausetano Antiguo y debido a que sus monedas se caracterizan por presentar un jabalí a modo de símbolo totémico detrás de la cabeza masculina del anverso³¹⁷. Posteriormente, las amonedaciones de dicha ceca pasarían a formar parte del grupo Centro Catalán Antiguo (aquellas con pesos similares a los del as uncial reducido romano) y Grupo Centro Catalán Moderno, al que pertenecen las series cuyos anversos miran a la izquierda. El que sería doctor *honoris causa* por la Universidad de Colonia matiza, además, que pueden encontrarse series que utilizan la variante antigua del signo ibérico I (𐌰) dentro de este grupo y otras que ya graban la versión más moderna del mismo (Λ)³¹⁸. Finalmente, el tercer y último grupo es el del numerario caracterizado por presentar el símbolo oreja en el anverso. Villaronga destaca el aumento de peso de estas piezas –al igual que ocurre en la última serie del taller de **lauro**–, así como el fuerte parecido estilístico de alguno de sus cuños con los de talleres como **baitolo** o **iešo**³¹⁹.

Gracias al carácter marcadamente cronológico de la obra de Villaronga, se pueden distinguir diferentes momentos de emisión para las monedas ibéricas según el grupo en que el autor las incluye. En el caso de **ilduro**, sitúa a sus dos grupos iniciales –Grupo Ausetano Antiguo y Centro Catalán Antiguo– dentro de la primera mitad del siglo II a. C.. Por su parte, el segundo –Centro Catalán Moderno– emitiría las piezas con el anverso a la izquierda durante la segunda mitad del siglo II a. C., perteneciendo a la primera mitad de la siguiente centuria –por tanto, más modernas– aquellas monedas que presentan el símbolo oreja; solamente Pujol i Camps y Untermann habían sido capaces de ver con anterioridad esta apreciación.

Resulta imposible cerrar la centuria y este capítulo sin mencionar el *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem*, de Leandre Villaronga (1994), un exhaustivo catálogo que organiza, describe e ilustra todas las amonedaciones

³¹⁷ Villaronga 1979: 129.

³¹⁸ Villaronga 1979: 210.

³¹⁹ Villaronga 1979: 224.

emitidas en la península ibérica –incluyendo las de la Galia Narbonense– antes de que Augusto llegara al poder.

La ceca de **ilduro** se adscribe a la Layetania, área geográfica a la que –según el autor– deben adscribirse los talleres de **laiešken**, **ilduro**, **lauro**, **oškumken**, **baitolo**, **iešo**, **ildiřgesken** y **abařildur**, y que geográficamente ocuparía un área similar a la comprendida por las actuales comarcas de El Barcelonès, El Maresme, El Vallès Oriental y Occidental, El Bagès, La Segarra y el Solsonès³²⁰. Villaronga no duda en ubicar al taller en el *oppidum* ibérico de Burriac, al que además llama **ilturo** siguiendo las tesis de los hermanos Ribas³²¹. En este mismo trabajo, puntualiza que el **ilturo** romano estaría situado en el actual municipio de Mataró; por tanto, establece la existencia de un **ilturo** ibérico y de otro romano.

Tabla 19. Ordenación de la producción de **ilduro**. Villaronga 1994: 192-194.

Cronología	Emisión	Núm.	Valor	Marcas A/R	Grupo
Primera mitad del siglo II a. C.	1	1	As	Jabalí/---	I.1
		2	Triente	Delfín/---	I.2
		3	Sextante	Delfín/••	I.2
Primera mitad del siglo II a. C.	2	4	As	---/---	II.1
		5	Semis	---/---	II.2
		6	Triente	---/---	II.3
		7	Sextante	---/---	II.4
Segunda mitad del siglo II a. C.	3	8	Unidad	---/---	III.1
		9	Mitad	---/---	III.2
		10	Mitad	---/∪	---
		11	Tercio	---/---	III.3
		12	Cuarto	•••/---	---
Segunda mitad del siglo II a. C.	4	13	Unidad	---/---	IV.1
Cambio de siglo II al I a. C.	5	14	Unidad	Oreja/---	V.1
		15	Unidad	Casco/---	V.1
		16	Cuarto	Oreja/•••	V.2

El numismático catalán elabora una clasificación cronológica y metrológica de las series del taller, que distribuirá en tres grandes grupos y cinco emisiones (tabla 19)³²²: El primero está formado por las monedas acuñadas durante la primera mitad del siglo II a. C., piezas cuyos pesos seguían el sistema uncial romano en opinión de Unterman. El segundo grupo habría sido acuñado durante la

³²⁰ Villaronga 1994: 190.

³²¹ Ribas 1924; Ribas 1934.

³²² Villaronga 1994: 192-194.

segunda mitad del mismo siglo, y reúne a las series del taller en cuyas unidades el anverso mira a la izquierda; se corresponden con las que Unterman valora como semiunciales según el sistema de pesos romano. Finalmente, el tercer y último grupo está formado por aquellas monedas que se caracterizan por presentar el símbolo oreja en el anverso y que seguirían el sistema uncial reducido según el lingüista alemán.

Variantes documentadas: El corpus de Leandre Villaronga documenta dos nuevas variantes –*CNH 10* y *CNH 15*³²³– que nunca se habían recogido con anterioridad y que no existen como tales, algo que se verá a lo largo de este estudio. El resto de los ejemplares ilustrados ya habían sido previamente documentados e ilustrados, por lo que no se repetirán una vez más.

³²³ Villaronga 1994: 194, núm. 10 y 15.

9. UBICACIÓN DE LA CECA

Se ha señalado reiteradamente que la posible relación entre ceca, leyenda y ciudad resulta demasiado simple para tener como fruto de la misma a la moneda ibérica durante el período tardo-republicano. El caso de **ilduro** no es una excepción, por lo que es imprescindible intentar dilucidar esta cuestión antes de analizar en profundidad dicho taller layetano.

Como se ha podido ver en la primera parte de este estudio, las certidumbres arqueológicas sobre el taller de **ilduro** son bastantes, a diferencia de lo que ocurre con muchas de las cecas íberas o celtíberas. La ceca plantea, como tantas otras, un problema de localización, pero el de **ilduro** es un caso singular. Gracias al examen de los hallazgos aislados de monedas de esta ceca (véanse capítulos 5 y 16), se sabe con toda certeza que estuvo ubicada en el actual valle de Cabrera de Mar y que, posiblemente, se trasladó a la nueva fundación de *Iluro* (actual Mataró) –a escasos 6 kilómetros de distancia– junto con una importante parte de los pobladores del valle en un momento en el que su producción estaba en una fase avanzada.

Cuando se trabaja con la moneda ibérica o celtíbera, lo habitual es que sea muy complicado asociar o vincular el taller a un yacimiento arqueológico concreto. Lo que hace peculiar a **ilduro** es el hecho de que existan dos importantes yacimientos arqueológicos separados por apenas 2 kilómetros de distancia. Uno de ellos se ubica en altura –el poblado ibérico de Burriac–, y el otro lo hace en el valle –el asentamiento tardo-republicano–; a priori y, dadas sus características, los dos podrían haber albergado al taller. Un tercer yacimiento, la ciudad de *Iluro*, complica aún más esta ecuación en su dimensión cronológica, pues si bien los dos primeros yacimientos coexisten durante casi 75 años, el de la actual Mataró es un caso muy distinto. Fundada alrededor del 80-70 a. C.³²⁴, únicamente coincide en el tiempo con la última fase del *oppidum* ibérico de Burriac, pero en ningún modo con los sectores urbanos del asentamiento tardo-republicano, ya totalmente abandonados en aquellos momentos.

³²⁴ García (no publicado): 521.

Por otro lado, el poblado ibérico y el asentamiento tardo-republicano no son tan solo coetáneos, sino que ambos se encontraban en su fase de máximo apogeo cuando el taller emitió los grupos I-IV de su producción, coincidiendo también sus primeros niveles de abandono con la fundación de la mencionada *Iluro*. La única diferencia entre estos dos asentamientos, aunque notable, sería la pervivencia en el tiempo del poblado ibérico, cuyos niveles de ocupación se prolongan en ciertos sectores hasta la mitad del siglo I a. C.

Gracias a los hallazgos de moneda de **ilduro** en contextos arqueológicos fiables, la cronología de los distintos períodos de acuñación de la ceca (véase capítulo 15) se conoce con detalle: su numerario se emitió entre el 150 a. C. y el 80-72 a. C. El hecho de tener una cronología tan precisa para las series del taller supone una valiosa información que, en principio, solamente deja cuatro posibles ubicaciones para el taller:

1. En el *oppidum* ibérico de Burriac.
2. En el *oppidum* ibérico de Burriac y, posteriormente, en la ciudad de *Iluro*.
3. En el asentamiento tardo-republicano.
4. En el asentamiento tardo-republicano y, después, en la ciudad de *Iluro*.

Desafortunadamente, los hallazgos arqueológicos que pueden relacionarse con la fabricación de moneda no suelen ser habituales. Normalmente, los cuños se destruyen después de usarse para evitar que caigan en manos de falsarios³²⁵. Por otro lado, el espacio físico en el que se trabajaba es uno de los aspectos peor conocidos dentro de la acuñación de moneda en la antigüedad. Debido a la simplicidad del proceso, los requerimientos básicos necesarios –infraestructura y espacio– eran mínimos. Posiblemente, solo el volumen de las emisiones y su continuidad podrían ser argumentos de peso a la hora de determinar si se ocuparon provisionalmente edificios concretos para desarrollar el procedimiento puntualmente –como posiblemente ocurrió en el caso de algunas emisiones ibéricas y muy probablemente en el caso de **ilduro**– o que existiesen sedes permanentes para tal actividad, como sucedió en la ciudad de Roma³²⁶.

El taller de **ilduro** no es una excepción, y en ninguno de los tres yacimientos mencionados se han encontrado restos arqueológicos que puedan vincularse taxativamente con la actividad productiva de la ceca. Por ello, resultará imprescindible volver sobre las características formales de estos asentamientos, su función, evolución y pobladores para intentar establecer una hipótesis cuya base

³²⁵ Los cuños ibéricos o celtíberos actualmente conocidos son escasos. Solo se conocen dos de **tuñasu** (Gozálbes 2009a) y una matriz de **bolésken** (Domínguez 1991: 130).

³²⁶ Gozálbes y Ripollès 2002: 17-18.

científica sea sólida. De la misma manera, estudiar en profundidad los datos que se poseen sobre la ubicación de otras cecas layetanas será importante para poder inclinarse por una u otra de las opciones anteriormente enumeradas.

9.1. ¿Qué se sabe sobre la ubicación de otros talleres layetanos?

En este territorio, y partiendo principalmente del estudio de la dispersión de la moneda, se habrían ubicado hasta ocho talleres que fabricaron moneda ibérica (**oškumken**, **abaíldur**, **iešo**, **ildírgesken**, **laiešken**, **lauro**, **ilduro** y **baitolo**)³²⁷.

Las diferentes campañas de excavación realizadas durante los últimos quince años han permitido llevar a cabo una importante revisión y puesta al día de los datos³²⁸, que se resumen brevemente:

Las cecas de **abaíldur** y **oškumken** siguen siendo una incógnita. De la primera, se conocen tres ejemplares en Empúries y cinco en Lesera (Castellón)³²⁹, mientras que tan solo se sabe de una pieza en territorio layetano (procedente de Burriac, véase capítulo 7). Tales datos indican que, muy posiblemente, este taller no debe buscarse en territorio layetano, sino más bien en algún lugar indeterminado situado entre las actuales provincias de Tarragona y Castellón³³⁰. Similar es el caso de **oškumken**, cuyo parecido tipológico con ciertos ejemplares de **lauro** e **ilduro** llevó asimismo a ubicarla en esta área geográfica concreta³³¹. No obstante, no se ha hallado ningún ejemplar de dicha ceca en tierras layetanas³³², por lo que su pertenencia a dicho territorio no parece justificable a día de hoy.

Mucho más reveladores resultan los datos arqueológicos al investigar la procedencia del numerario de **ildírgesken** e **iešo**. No solo parece que estas cecas deban situarse fuera del territorio layetano con total seguridad, sino que, además, podrían tener alguna relación con los asentamientos tardo-republicanos de *Iesso* (actual Guissona) y, quizá, de Sigarra (Prats del Rey), donde los hallazgos de estas cecas son mayoritarios dentro del numerario ibérico³³³. Independientemente de que se confirmen tales hipótesis, parece más que factible en el caso de **iešo**-*Iesso*, y la de Sigarra-**ildírgesken** quizá plantee muchas más preguntas. Lo cierto es no que hay que considerarlas cecas adscritas a la Layetania.

Como se acaba de ver, la reformulación de las teorías más tradicionales tan solo deja cuatro talleres (**laiešken**, **lauro**, **ilduro** y **baitolo**) que, como se

³²⁷ Villaronga 1994: 190; Padrós 2012: 44.

³²⁸ Padrós 2002; 2012.

³²⁹ Información facilitada por P. P. Ripollès.

³³⁰ El autor de esta tesis quiere agradecer a P. P. Ripollès la información aportada.

³³¹ Villaronga 1994: 197.

³³² Padrós 2012: 46.

³³³ Pera 2001: 60.

comprobó al estudiar la dispersión de su numerario, no ofrecen duda alguna en cuanto a su pertenencia al territorio layetano³³⁴. Prácticamente nada se sabe de la ubicación del taller de **laiesken**; especialmente, una vez descartada la posibilidad de que estuviese emplazado en la actual montaña de Montjuïc (Barcelona)³³⁵. A día de hoy, solo se puede especular con que dicho taller tuviese su sede en la actual comarca de El Maresme, dato basado en el estudio de la dispersión de su numerario y que resulta poco útil para el caso que aquí se trata³³⁶. Mucho más interesantes resultan las ubicaciones de **lauro** –aún desconocida, pero con datos y recientes aportaciones relevantes– y de **baitolo** –conocida y bien estudiada–, que se revisan a continuación.

9.1.1. Sobre la ubicación del taller de lauro

La ubicación de la ceca de **lauro** ha sido objeto de análisis por parte de diversos autores, y cada uno de ellos ha formulado su propia propuesta³³⁷. Villaronga la sitúa en el actual municipio de Llerona argumentando que dicho topónimo sería el sucesor del ibérico pasando previamente por el de *Laurona*³³⁸. Llorens y Ripollès –en el único estudio monográfico dedicado a este taller layetano hasta ahora–, lo hace en la ciudad ibérica de *Lauro*, asentamiento para el que no pueden concretar una ubicación determinada y que deben limitarse a ubicar en algún lugar indeterminado de El Vallès Oriental³³⁹. Recientemente, Padrós –argumentando que no existían pruebas arqueológicas para ninguna de las dos localizaciones anteriores– planteó la posibilidad de que la ceca tuviera que relacionarse con un núcleo romano-republicano en un momento en que la presencia romana ya estaba fuertemente asentada en el territorio. Sobre la base de esta teoría, y tras una breve lista de probables sugerencias, la autora parece decantarse por la opción de Can Tacó (Montmeló/Montornès), yacimiento en el que se localiza –según sus excavadores– un *casellum* fechado en el 150 a. C. y cuyos niveles se extienden hasta los primeros años del siglo I a. C.³⁴⁰. Finalmente, y tras realizar un estudio sobre la difusión de la moneda layetana –que incluía a la del taller de **lauro**–, el autor de esta tesis decidió proponer como emplazamiento el municipio de Canovès i Samalús³⁴¹. Esta hipótesis parece plausible –el atesoramiento de

³³⁴ Sinner 2013a.

³³⁵ Asensio *et al.* 2009: 81-82; Sinner 2013a: 180.

³³⁶ Sinner 2013a: 179-180.

³³⁷ Solamente se mencionarán en este trabajo las propuestas más recientes. Para examinar todas las recogidas con anterioridad a 1998, véase Llorens y Ripollès 1998: 21-23.

³³⁸ Villaronga 1994: 195.

³³⁹ Llorens y Ripollès 1998: 117.

³⁴⁰ Padrós 2012: 47-48.

³⁴¹ Sinner 2013a: 179.

Cànoves así lo apunta (véase capítulo 16)–, y el asentamiento del Puig del Castell –en Samalús– sería un firme candidato a albergar la ceca. Dicha teoría tiene la virtud de recoger ideas de algunas suposiciones anteriores, ya que se sabe que el aludido poblado del Puig del Castell presenta importantes niveles tardo-republicanos además de ser un monumental núcleo ibérico³⁴².

El *oppidum* del Puig del Castell se encuentra en el límite meridional del Parque Natural del Montseny, a unos 632 m de altura sobre el nivel del mar, lo que le concede una posición de control privilegiada sobre la llanura de El Vallès³⁴³. Su extensión está delimitada por una muralla construida en el Ibérico Pleno y dotada con, al menos, ocho torres de defensa (finales del siglo V a. C. e inicios del IV a. C.) que alcanza los 2 metros de espesor en muchos casos. Tan potente elemento defensivo cerraría una superficie cercana a las 3 hectáreas, si bien aún no se conoce la extensión total del asentamiento³⁴⁴. Posteriormente, se detecta el abandono de la misma y la construcción de una nueva que amortiza a la anterior siguiendo un trazado muy similar, aunque con importantes modificaciones³⁴⁵. Semejante construcción hace pensar que el asentamiento –todavía poco conocido en general y, sobre todo, en estas fases más tardías del mismo– debió de tener un destacado papel a lo largo del siglo II a. C. hasta su abandono definitivo a mediados del siglo I a. C.



Figura 97. Unidad de lauro. Último cuarto del siglo II a. C. (escala 2:1) (DMCB).

³⁴² Al igual que ocurre en Burriac y otros *oppida* de grandes dimensiones adscritos al territorio layetano, como el Turó de Ca n'Olive.

³⁴³ Guàrdia 2014: 77 y 79.

³⁴⁴ Guàrdia 2014: 79-80.

³⁴⁵ Guàrdia 2014: 85.

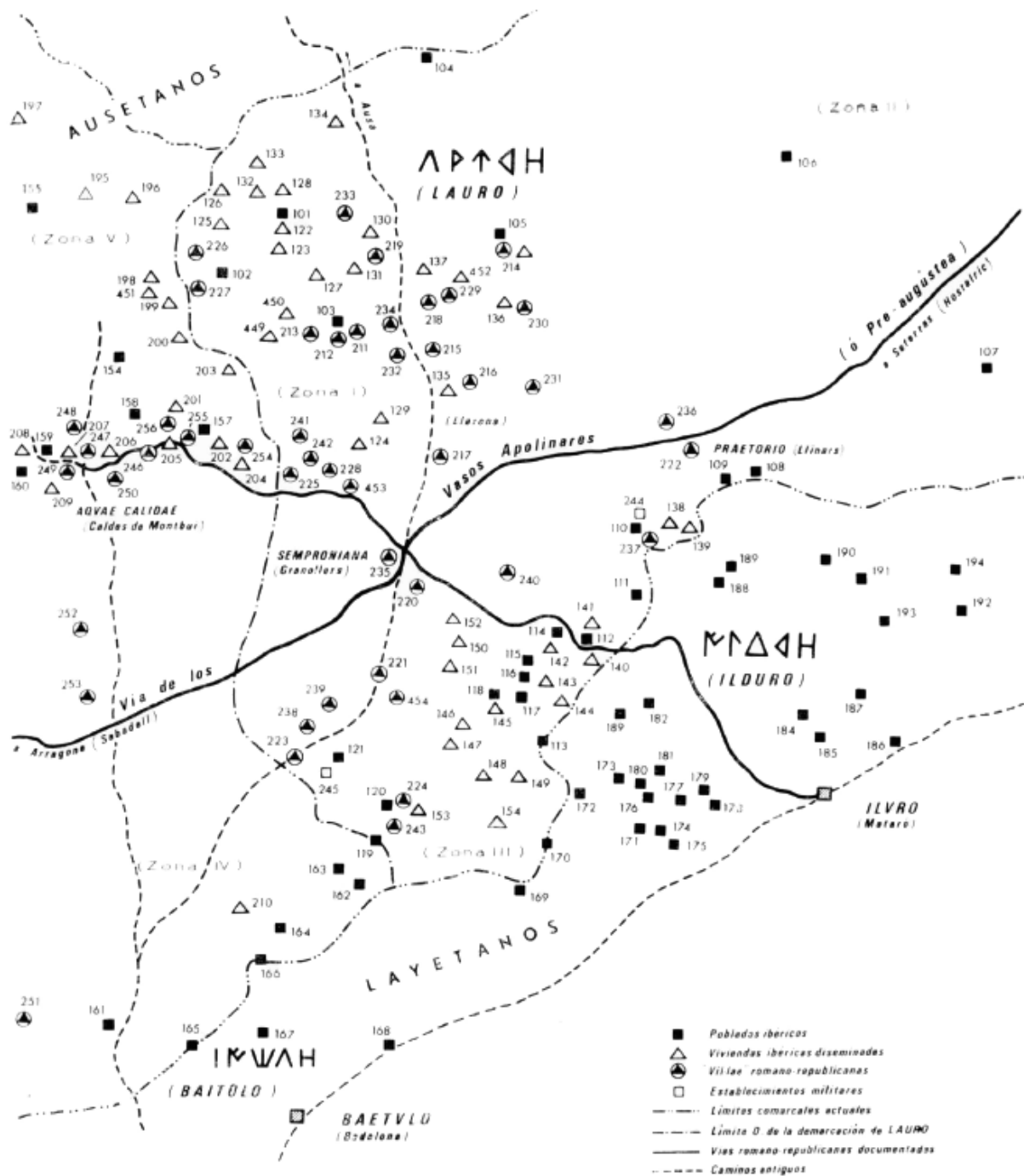


Figura 98. Mapa del poblamiento íbero-romano en El Vallès durante los siglos II-I a. C., en el que los autores sitúan aproximadamente a la ciudad de Lauro (Estrada y Villaronga 1967, mapa III).

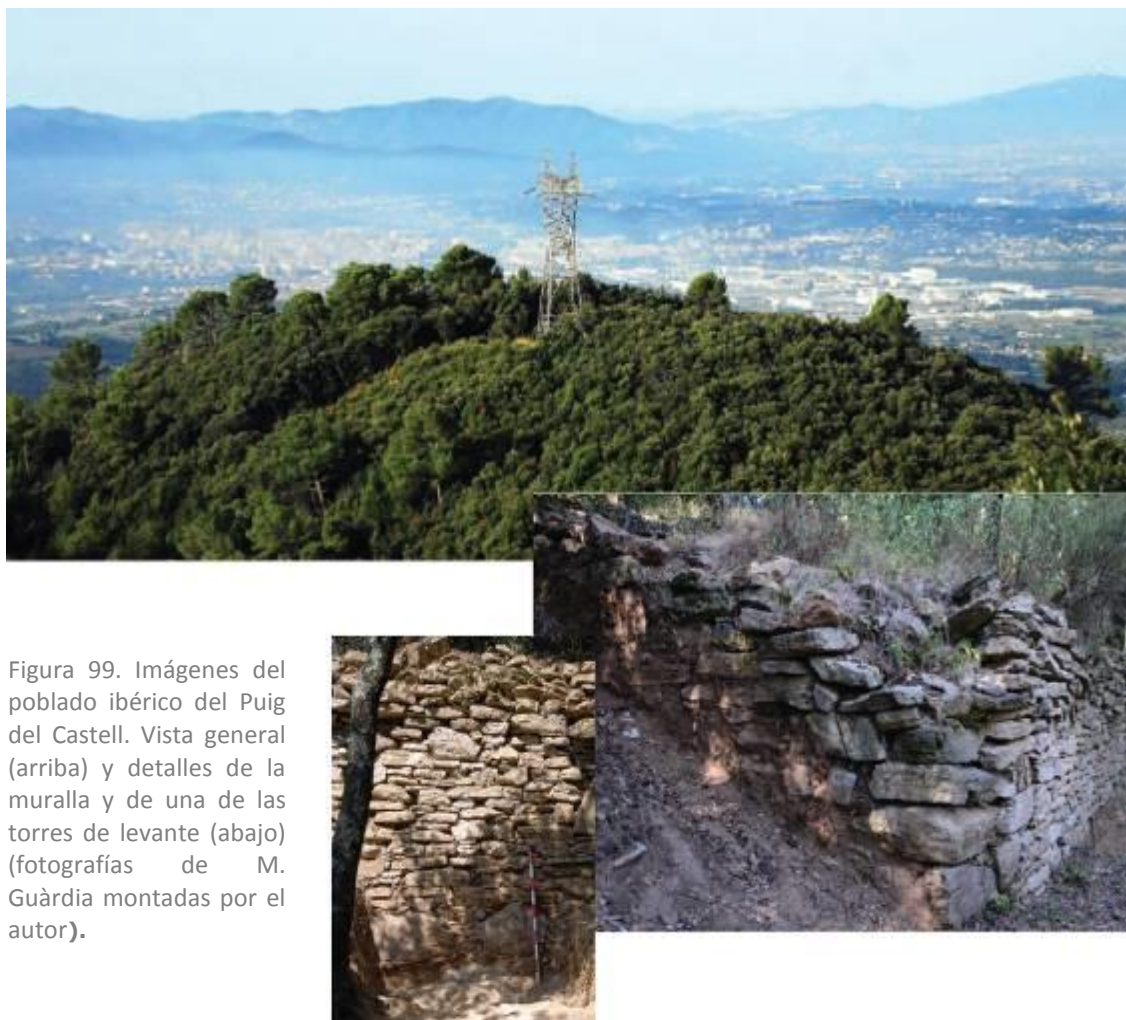


Figura 99. Imágenes del poblado ibérico del Puig del Castell. Vista general (arriba) y detalles de la muralla y de una de las torres de levante (abajo) (fotografías de M. Guàrdia montadas por el autor).

Dada la cronología de las acuñaciones de **lauro** –difícilmente puede establecerse antes del último cuarto del siglo II a. C.–, cabría pensar que la ceca –en el caso de confirmarse su ubicación en el Puig del Castell– estaría relacionada con los niveles de ocupación tar-do-republicanos y con la villa romana de Can Martí, cuya datación inicial parece remontarse a finales del siglo II a. C.³⁴⁶. La cronología del Puig del Castell parece extenderse entre un momento impreciso del siglo IV a. C. y mediados del siglo I a. C.³⁴⁷.

9.1.2. La ubicación del taller de baitolo

El caso de **baitolo** es bien distinto. Tradicionalmente, la ceca se había relacionado con la ciudad prerromana antecesora a la *Baetulo* romana³⁴⁸, pero Padrós planteó –en 2011– una relación directa entre la ceca de **baitolo** y la ciudad

³⁴⁶ Guàrdia 2014: 87.

³⁴⁷ Guàrdia 2014: 85.

³⁴⁸ Pina Polo 1993: 79; Villaronga 1994: 198; Pérez Almoguera 1996: 39.

de *Baetulo* basándose en sus múltiples trabajos sobre la urbe romana –que le permiten tener un conocimiento privilegiado del yacimiento– y después de realizar un estudio de la circulación monetaria del asentamiento³⁴⁹.

Empleando argumentos arqueológicos, la autora estableció la cronología de la fundación de la ciudad en los inicios del siglo I a. C. –en las décadas 90-80 o 80-70 a. C.–, y sería coetánea a las de *Iluro*, *Gerunda*, *Emporiae* e *Ilerda* entre otras³⁵⁰. El 82 % de las monedas de la ceca se recuperaron en las excavaciones de *Baetulo*, dato que por sí mismo ya es suficiente para proponer la existencia del binomio **baitolo**-*Baetulo*. No obstante, la ausencia de moneda de esta ceca en el poblado ibérico del Turó d'en Boscà –el asentamiento prerromano más importante en la zona y, posiblemente, antecesor de *Baetulo* (*oppidum* abandonado en los inicios del siglo I a. C.³⁵¹)– pudiera ser el dato que confirme la ubicación del taller de **baitolo** en la ciudad de *Baetulo*. Finalmente, la aparición de moneda en las excavaciones llevadas a cabo en los primeros niveles de abandono de Burriac (90-80 a. C.³⁵²) y en las ciudades de *Tarraco*, *Iluro*, *Iesso* o *Emporion* (siempre en niveles posteriores al 90-80 a. C.) parecen confirmar dicha ubicación y, además, proporcionaron una detallada cronología para sus emisiones junto con el atesoramiento de la calle de Lladó (Badalona) (véase capítulo 16).



Figura 100. Imágenes de la ciudad de *Baetulo*. Vista general de las termas públicas (fotografía de A. Guillen).

³⁴⁹ Padrós 2001.

³⁵⁰ Padrós 2001: 49-50.

³⁵¹ Zamora 1996: 164.

³⁵² Se trata de los niveles más antiguos en los que se ha recuperado moneda de **baitolo**.



Figura 101. Unidad de **baitolo**. 90-80-72 a. C. (escala 1,5: 1) (CT).

Gracias a los datos con que actualmente se cuenta sobre la ubicación de otros talleres de la época tardo-republicana –así como sobre la acotada cronología de las emisiones layetanas y de la ceca de **ilduro** (véase capítulo 15)–, parece que habría que ubicar al mencionado taller de **ilduro** en un *oppidum* o en un asentamiento con importantes niveles tardo-republicanos que cubrirían, al menos, la segunda mitad del siglo II a. C. prolongándose hasta el 90-80 a. C., momento en que se fechan las monedas del grupo V –el último– de la ceca.

Por desgracia, esta información resulta poco útil a la hora de responder a la pregunta: ¿Dónde se ubicó la ceca? No obstante, permite desechar o, cuanto menos, poner en duda algunas de las opciones que se mencionan al principio de este capítulo.

Parece altamente improbable que la mayor emisión de la ceca –grupo V (al menos, con 73 cuños de anverso estimados)–, datada entre el 90-80 a. C. y el 72 a. C., se produjese en un poblado ibérico que, en esos momentos, presentaba importantes niveles de abandono; principalmente, la cisterna³⁵³. Del mismo modo, resulta prácticamente imposible que dicha última emisión del taller tuviese lugar en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. No se ha recuperado moneda de este grupo V de la ceca en ninguna de las excavaciones llevadas a cabo, indicio claro –aunque *ex silentio*– de que el numerario de ese grupo no llegó a circular en dicho yacimiento. Además, se sabe que el asentamiento se estaba abandonando de forma generalizada en el mismo momento en que el taller producía su emisión final.

Resulta evidente que la ceca no pudo acuñar toda su producción en un solo yacimiento. Burriac y el asentamiento tardo-republicano están en decadencia y muestran importantes síntomas de abandono cuando se emite el grupo V de **ilduro**, mientras que la ciudad de *Iluro* aún no se había fundado cuando la ceca emite los grupos I-IV. Parece indiscutible que el taller de **ilduro**, en un momento

³⁵³ El abandono del principal depósito de agua es indicio probable de un fallo en el mantenimiento de las estructuras públicas y, por ende, de que ya no hay un poder encargado de controlar tales actividades; muy posiblemente, ya se había desplazado a la ciudad de *Iluro*. La acuñación de moneda necesita de un poder fuerte y consolidado. Gozálbos y Ripollès 2002: 11. Basándose en los datos arqueológicos (niveles generalizados de abandono), no parece factible que Burriac estuviese en condiciones de acuñar en ese momento la serie más numerosa de la ceca.

indeterminado y tras haber acuñado el grupo IV, se trasladó desde el valle de Cabrera de Mar a *Iluro*³⁵⁴.

Resumiendo, es un hecho que el taller cerró su producción desde la ciudad de *Iluro*, pero aún no hay respuesta para la pregunta: ¿Dónde estaba situada la ceca cuando se acuñaron los grupos I-IV de **ilduro**? Para tratar de responder a esta cuestión, se analizarán con detalle las necesidades relacionadas con la fabricación de moneda en la antigüedad y, por tanto, de la ceca. Después, serán comparadas con las evidencias arqueológicas que ambos yacimientos (*oppidum* ibérico y asentamiento tardo-republicano) ofrecen.

9.2. La producción de moneda en el registro arqueológico

La fabricación de moneda propiamente dicha era un proceso muy simple en el que, mediante un golpe de martillo, se grababa el diseño de una pareja de cuños (anverso y reverso) en un disco metálico

–cospel– que se colocaba entre ambos. Más allá de la simplicidad de la acción de acuñar en sí misma, esta necesitaba una autorización legal; es decir, una entidad política, Estado o monarca– que diese la orden de emitir moneda además de una manufacturación técnica y un almacenamiento y distribución de las monedas³⁵⁵.

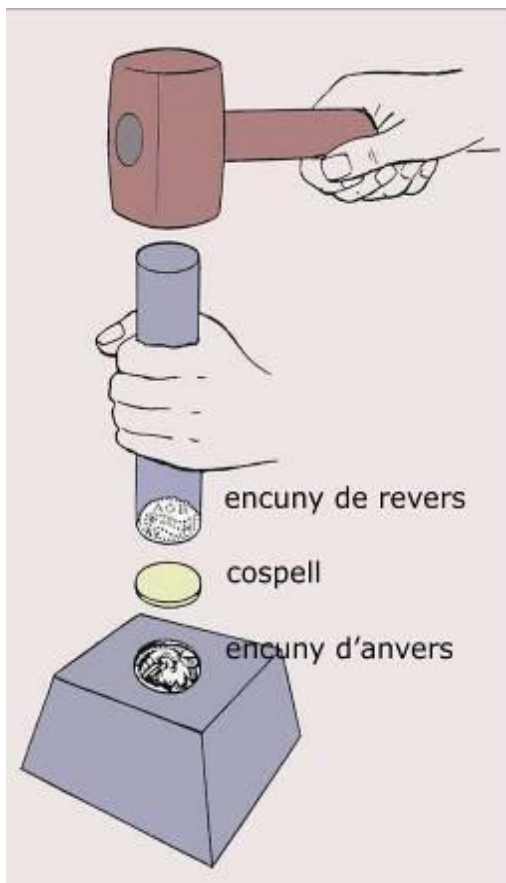


Figura 102. Representación del proceso de acuñación de una moneda.

El primer paso en la fabricación de moneda siempre era la obtención del metal. Los depósitos naturales de oro y plata puros son extremadamente raros en la naturaleza, por lo que normalmente era necesaria una técnica conocida como «copelación». En el proceso, los metales menos nobles se separan (pasan a la atmósfera por oxidación), a la vez que son absorbidos por un recipiente de cal y cenizas que recibe el nombre «copela».

³⁵⁴ Martí 2009: 383.

³⁵⁵ Gozálbés y Ripollès 2002: 11. En general, se acepta que una comunidad necesitaba, además, una cierta estructura y organización política para emitir moneda.



Figura 103. Recreación hipotética de un taller de acuñación (dibujo de MARQ).

Esta práctica se ha documentado en yacimientos ibéricos como el de Puntal dels Llops, de lo que se infiere que era perfectamente conocida ya en el Ibérico Pleno³⁵⁶.

En el caso de los talleres layetanos –que nunca emitieron moneda de oro o plata–, la necesidad de materias primas y estructuras de combustión en las que se pudiese fundir el metal eran igualmente necesarias con toda certeza, y este será el primer punto en el que se incidirá a la hora de ubicar la ceca. No puede haber taller de moneda si no se dispone de metal y estructuras donde fundirlo para elaborar los cospeles.

Si bien es cierto que se sabe muy poco sobre el poblado ibérico de Burriac a día de hoy, también lo es que los niveles mejor conocidos corresponden a la etapa más tardía del mismo. Hasta el momento, no hay estructuras documentadas en las que se haya detectado trabajo metalúrgico importante. Del mismo modo, tampoco hay constancia de la recuperación de significativas cantidades de escoria férrica, plomo, cobre o cualquier otro tipo de metal que pueda indicar una actividad metalúrgica relevante ya sea continuada o puntual.

Todo lo contrario ocurre en el asentamiento tardo-republicano, donde un importante porcentaje de dicha escoria férrica, bronce y plomo aparece en las excavaciones de forma constante. También se han documentado, al menos, dos puntos distintos en los que el trabajo del metal parece ser la actividad primaria y tener una magnitud considerable.

³⁵⁶ Gozálbés y Ripollès 2002: 12.

9.3. El plomo y sus aleaciones, una primera evidencia

El debate sobre la ubicación de la ceca de **ilduro** dio un notable giro tras la publicación del siguiente texto: «*Llegados a este punto, cabe destacar los hallazgos en unos niveles de relleno de una gran cantidad de fragmentos y de desechos de metal que, una vez analizados, resultaron estar compuestos por una aleación de plomo y estaño. Este resultado, unido al aspecto formal que presentan –piezas discoidales en las que se han recortado porciones regulares– permite suponer con bastante certeza que se trata de los lingotes de donde se extrajo la materia base utilizada en la fabricación de monedas. Es consecuente, pues, plantearse la posibilidad de que no muy lejos del lugar del hallazgo de estos lingotes hubiese un taller monetario, quizás la misma ceca de Ilturo. En relación con esta ceca, que tradicionalmente se ha asociado al oppidum de Burriac, a partir de ahora deberá, como mínimo, plantearse la posibilidad de vincularla al asentamiento de Ca l'Arnau-Can Mateu*»³⁵⁷.

Parece que actualmente hay cierto consenso a la hora de aceptar que la ceca de **ilduro** se emplazó en algún lugar indeterminado del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. No obstante, si bien la propuesta realizada por los autores en dicho texto es lógica sobre la base de las evidencias que poseían³⁵⁸ –además, abría una interesante línea de investigación–, algunos investigadores citaron el texto posteriormente sin poder confirmar o refutar la hipótesis que plantea; en gran medida, debido a la distinta naturaleza de sus estudios³⁵⁹.

Nunca hasta ahora se habían consultado las analíticas, cuestionado o, cuanto menos, revisado con espíritu crítico, algo muy necesario, pues muchos detalles se pueden matizar. Tres muestras procedentes de las excavaciones llevadas a cabo en la parcela de Ca l'Arnau-Can Mateu se utilizaron en las analíticas realizadas en 1998³⁶⁰. En el apartado dedicado a la composición de los metales, se detalla lo siguiente:

«**MOSTRA 1:** *Es tracta d'un metall de plom amb algunes impureces de silici (Si), calci (Ca), ferro (fe) i coure (Cu) que probablement es troben adherides a la capa superficial d'òxids i carbonats de plom (capa blanca i vermella) (vegeu figures 1, 2 i 3).*

MOSTRA 2: *També es tracta de plom, però en aquest cas té traces d'estany (Sn) en la seva composició (vegeu figures 4, 5 i 6).*

³⁵⁷ García et al. 2000: 41.

³⁵⁸ Hay que tener presente que no se había analizado ninguna moneda de **ilduro** en esos momentos, por lo que se desconocía la aleación ternaria utilizada en su elaboración.

³⁵⁹ Padrós 2002: 106; Martí 2004: 360.

³⁶⁰ Los análisis fueron realizados por la empresa Saxum Diagnosi i Tractament de Materials SCP.

MOSTRA 3: *Es tracta d'un aliatge de plom i estany amb impureces, probablement superficials, de calci, ferro i coure (vegeu figures 7, 8 i 9)».*

Después de ver la descripción de los resultados, queda patente que dos de las tres muestras analizadas son básicamente plomo. La aparición de impurezas o restos de otros metales y minerales es algo habitual en los análisis de materiales procedentes de excavaciones arqueológicas. Aunque las técnicas utilizadas en el trabajo del metal eran sorprendentemente eficientes en la época antigua, resulta obvio que difícilmente se conseguían del 100 %. Por desgracia, el porcentaje de todos y cada uno de los elementos presentes no se ofrece en las analíticas, lo que hace mucho más ambigua su interpretación. Aun así, y tras solicitar la opinión de expertos en la materia³⁶¹, se confirmó que era plomo en dos de los tres casos. La tercera muestra –posiblemente, a la que los excavadores se refieren en el texto–, es, efectivamente, una aleación binaria (dos elementos) compuesta por plomo y estaño, pero los porcentajes también se desconocen.

No se puede obviar el hecho de que las acuñaciones peninsulares de la franja costera mediterránea, bajo Ebro, Carpetania y Bastetania están formadas por una aleación ternaria con un alto contenido de plomo³⁶². La ceca de **ilduro** no es una excepción; al menos, no en el caso de las unidades de los grupos III y IV, de las que un importante número de piezas ha podido analizarse y confirmado esta tendencia (véase capítulo 13).

Se antoja muy complicado o imposible creer que ninguna de las tres muestras analizadas fuese la materia prima final utilizada en la elaboración de los cospeles con los que, posteriormente, la ceca de **ilduro** fabricaría la moneda. El hecho de que esta se componga de una aleación ternaria (formada por cobre, plomo y estaño, donde el cobre siempre alcanza valores de entre el 56 y el 86 % del total) y nunca por una binaria (plomo y estaño) parece hacer imposible la existencia de una relación directa entre las muestras y el taller de moneda. No obstante, podría argumentarse perfectamente que estas piezas discoidales con recortes regulares –si bien no corresponden a la materia final– podrían haber formado parte de los lingotes de los que se extrajeron las cantidades de plomo o plomo y estaño necesarias para elaborar la aleación ternaria final con la que los cospeles se confeccionaron.

³⁶¹ El autor de esta tesis agradece la ayuda prestada por la Dra. Anna Candida Felici y su equipo del Dipartimento di Scienze di Base e Applicate per l'Ingegneria, SBAI (Department of Basic and Applied Sciences for Engineering) de la Università di Roma «La Sapienza».

³⁶² Ripollès y Abascal 1998: 50.

Figura 104. Analíticas de la muestra núm. 1.

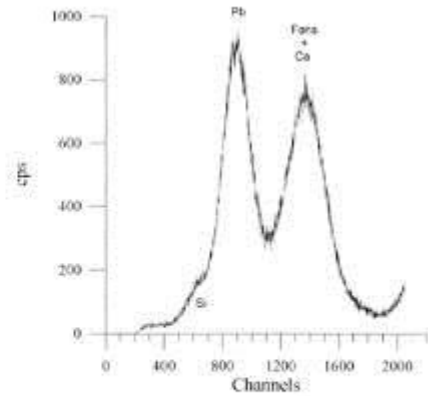


Figura 1.- Espectre de la mostra 1 amb la font de Fe-55

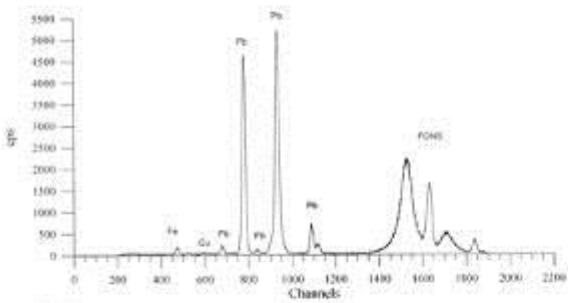


Figura 2.- Espectre de la mostra 1 amb la font de Cs-137

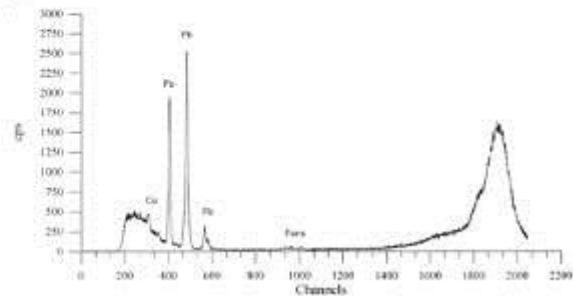


Figura 3.- Espectre de la mostra 1 amb la font de Am-241

En contraposición, el sitio en el que se hallaron esas muestras juega un papel relevante en su interpretación. Este lugar es el sector conocido como Ca l'Arnau-Can Mateu, situado a escasa distancia de un conjunto termal que –como ya se señala en el capítulo 5– incluía un complejo sistema de tuberías de plomo y otros elementos elaborados con este metal empleados en la construcción de los baños. Nunca se ha analizado la composición de ninguno de estos elementos aparentemente manufacturados en plomo –es imposible para un profano en la materia distinguir el plomo de una aleación de plomo y estaño sin recurrir a analíticas–, pero pudiera ser factible que los mencionados residuos tuviesen algo que ver con la reparación y sustitución de estas tuberías o con los trabajos de mantenimiento de las termas.

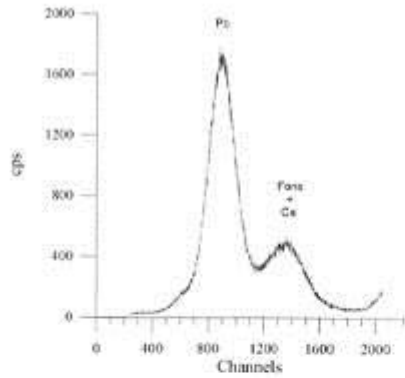


Figura 4.- Espectre de la mostra 2 amb la font de Fe-55

Figura 105. Analíticas de la muestra núm. 2.

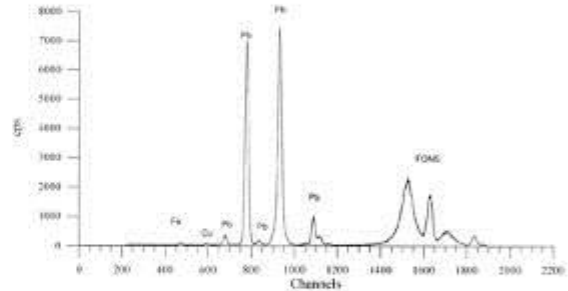


Figura 5.- Espectre de la mostra 2 amb la font de Cs-137

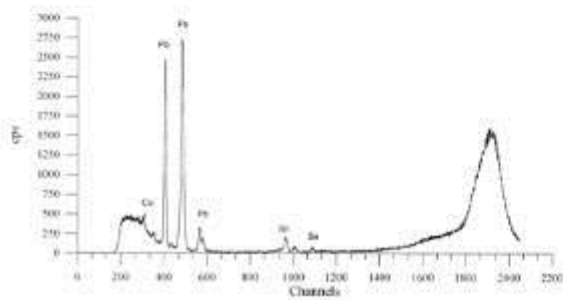


Figura 6.- Espectre de la mostra 2 amb la font de Am-241

A partir de las evidencias expuestas con anterioridad, parece que el hallazgo de importantes cantidades de plomo –así como de aleaciones de plomo y estaño– no permite establecer una relación directa materia prima-ceca. No obstante, sí son un indicio claro de que, en el asentamiento tardo-republicano, se poseían las materias primas necesarias para elaborar la moneda y también los conocimientos acerca de cómo manipular, mezclar y dar forma a los metales. Teniendo presente que ninguna de estas evidencias ha sido documentada en el *oppidum* de Burriac hasta la fecha, parecería mucho más lógico a priori localizar la ceca de **ilduro** en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. Aun así, sería necesario analizar otras evidencias.

Figura 106. Analíticas de la muestra núm. 3.

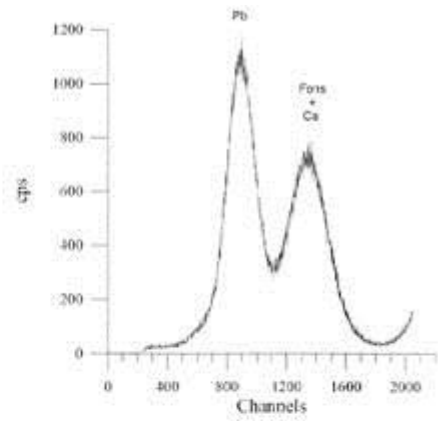


Figura 7.- Espectre de la mostra 3 amb la font de Fe-55

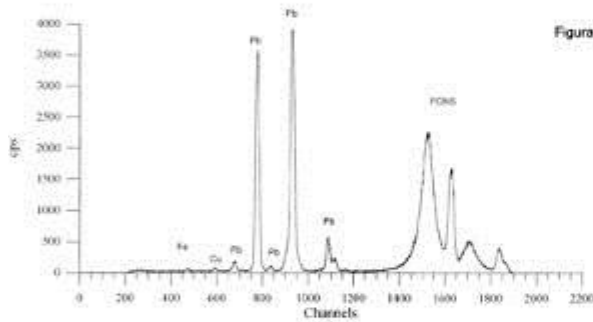


Figura 8.- Espectre de la mostra 3 amb la font de Cd-109

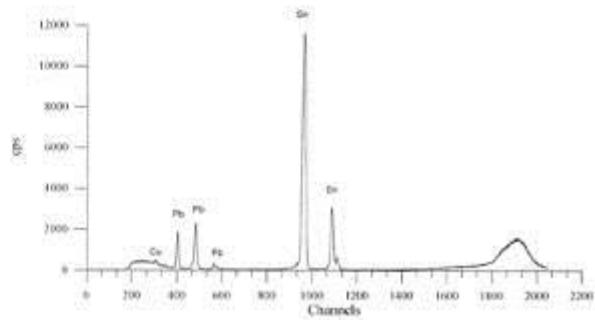


Figura 9.- Espectre de la mostra 3 amb la font de Ar-241



Figura 107. Imagen de una de las tuberías de plomo recuperadas en las excavaciones de Ca l'Arnau (fotografía de A. Martín).

9.4. El trabajo metalúrgico

Toda ceca requiere un espacio de trabajo, y Ripollès y Gozálbés apuntan lo siguiente al respecto: *«El espacio físico donde se trabajaba es uno de los aspectos menos conocidos de la acuñación de moneda en la Antigüedad. La infraestructura y el espacio necesario serían mínimos [...] el volumen de las emisiones y su continuidad determinarían que se ocupasen provisionalmente edificios para desarrollar el trabajo, como en el caso de algunas emisiones ibéricas, o que existiesen sedes permanentes para el mismo, como sucedió en la ciudad de Roma. Una variante fueron las cecas itinerantes de campaña o aquellas que en el bajo imperio se movían junto con la corte imperial. También fueron cecas coyunturales aquellas que se dedicaron a las imitaciones³⁶³».*

En el caso de la ceca de **ilduro**, todas sus monedas parecen haberse realizado mediante la técnica de la acuñación (figura 102); muy posiblemente, empleando la técnica de los moldes para obtener cospeles lisos y más o menos regulares. Desafortunadamente, y a diferencia de lo que ocurre en otros casos³⁶⁴, ninguno de los cuños o moldes utilizados por el taller ha podido ser recuperado en el valle de Cabrera de Mar hasta la fecha, lo que permitiría establecer una asociación directa entre yacimiento y ceca.

En la misma línea, como deja claro la cita con la que abrimos este apartado, tanto la infraestructura como el espacio necesarios para la acuñación de moneda eran mínimos. En el caso de talleres que, como el de **ilduro**, emitieron un número relativamente modesto de monedas y en diferentes períodos, lo más acertado sería pensar en la reocupación provisional de espacios dedicados a otras tareas.

Tanto si esto es cierto y la ceca nunca tuvo su espacio propio como si contó con él, fue permanente y estuvo bien delimitado, no se han encontrado evidencias definitivas que permitan vincular al taller con una estancia concreta del poblado ibérico de Burriac o del asentamiento tardo-republicano del valle a día de hoy. Lo único que parece estar fuera de toda duda es que, en el espacio donde la ceca desarrolló su actividad, debía de haber una cierta infraestructura previa o especialmente adecuada para esta y que permitiese pasar el metal de su estado sólido al líquido (figura 103); es decir, hornos o estructuras de combustión.

Una vez más, si se comparan los datos acerca de la actividad metalúrgica en sendos asentamientos, los resultados obligan a dirigir la mirada nuevamente hacia el de la época tardo-republicana (Can Rodon de l'Hort). Mientras que aún no se ha detectado industria metalúrgica alguna ni hallado estructuras de combustión dedicadas a tales actividades en el *oppidum*, estas se encuentran bien

³⁶³ Gozálbés y Ripollès 2002: 17.

³⁶⁴ Es muy poco habitual encontrar moldes, cuños o cualquier otro utensilio de un taller de moneda.

documentadas en el solar conocido como Can Rodon de l'Hort. En concreto, hay que destacar dos conjuntos de habitaciones: Del primero –relacionado con la metalurgia del plomo (figura 63), aunque podría haber sido utilizado puntualmente– no se han conservado los hornos y, además, presenta una cronología de abandono que parece algo más tardía, por lo que solamente se cuenta con una importante cantidad de escorias de plomo que certifican dicha actividad.

El segundo de estos conjuntos es el que más llama la atención y en el que, aun sin prueba alguna de que hubiese albergado a la ceca de **ilduro**, esta podría haber funcionado temporalmente sin problemas. Se encuentra situado en el sector sur de la parcela; concretamente, en lado E de la calle principal que la recorre en dirección S-N. Está formado por, al menos, dos habitaciones en las que se aprecia con total seguridad un mínimo de tres estructuras de combustión excavadas en el suelo. Solo se ha desenterrado totalmente una de las tres, mientras que las otras dos únicamente fueron delimitadas.

Durante los trabajos de excavación llevados a cabo en el año 2010 en una de las dos estancias mencionadas, se pudo recuperar una importante cantidad de escorias de hierro así como restos de bronce y plomo. Además, todo el nivel de



circulación de una de las habitaciones estaba compuesto por arcilla rubefactada y cenizas compactadas; muy posiblemente, procedentes de los desechos de los hornos. Sin lugar a dudas, son los restos de un importante taller metalúrgico cuya producción debió de ser significativa; especialmente, si se tienen en cuenta su tamaño, características y ubicación. Tres monedas ibéricas de las cecas de **ilduro**, **auśesken** y **kese** pudieron recuperarse en dichos trabajos.

Figura 108. Imagen del conjunto de estancias dedicadas al trabajo metalúrgico localizadas en Can Rodon de l'Hort (fotografía del autor).



Figura 109. Imagen detallada de una de las estancias y del horno excavado en Can Rodon de l'Hort (fotografía del autor).

La cronología inicial de estas estancias es mal conocida, pero parecen ser coetáneas al resto de estructuras urbanas tardo-republicanas (algún momento inicial del tercer cuarto del siglo II a. C.) y fueron abandonadas con toda seguridad en torno al 80 a. C., al igual que el resto del asentamiento³⁶⁵.

Una vez más, no hay certeza alguna de que la ceca ocupase dichas habitaciones. No obstante, se ha señalado anteriormente que, en el asentamiento tardo-republicano, poseían las materias primas, habilidades y conocimientos necesarios. Por ello, también dispondrían de estructuras y espacios adecuados para el trabajo metalúrgico y, por tanto, para la elaboración de moneda.

9.5. Ceca-leyenda-ciudad: una cuestión compleja

Existe una tendencia mayoritaria a establecer la asociación leyenda-ceca-ciudad, pero ya se ha mencionado anteriormente que existen otras posibilidades que también deben ser analizadas: *«No hay duda de que los talleres o los artesanos itinerantes no vinculados a una determinada ciudad debieron de ser numerosos en época Antigua, siendo sus servicios usualmente contratados por aquellas ciudades que solo acuñaron de forma esporádica. Las similitudes estilísticas entre las emisiones de determinadas ciudades prueban su existencia; en*

³⁶⁵ Los fósiles directores son ánfora Dressel 1A, 1C y cerámica de Cales de cronología media.

Hispania disponemos de buenos ejemplos, no solo para la época republicana [...]»³⁶⁶.

Hasta el momento, se ha barajado la posibilidad de que la ceca de **ilduro** estuviese localizada, temporal o permanentemente, en algún lugar del valle de Cabrera de Mar, desde donde habría emitido los grupos I-IV de **ilduro**. Posteriormente, el taller se habría trasladado a la ciudad de *Iluro* una vez el valle perdió su estatus de centro urbano en beneficio del nuevo asentamiento costero.

No obstante, queda por explorar una última posibilidad que, quizá, no debería descartarse: la existencia de talleres itinerantes y de centros emisores especializados. En el caso de **ilduro**, esta opción resulta especialmente interesante a lo largo del primer período de su producción (grupos I y II). Como veremos al tratar los tipos más habituales utilizados por la ceca (véase capítulo 11), se produjo una evolución en los estilos de los cuños de **ilduro** a lo largo del período I. Así, estos pasaron de guardar un importante parecido con los tipos ausetanos de **auésken** y **euštibaikula** (grupo I) para, posteriormente, dar un importante giro de estilo y asemejarse a los de la ceca de **laiešken** (grupo II).

Ese cambio de estilo pudo deberse al trabajo de un grabador itinerante e, igualmente, podría igualmente interpretarse como el resultado del trabajo de una ceca itinerante que habría elaborado numerario para las tres ciudades, lo que explicaría el parecido de sus tipos.



Figura 110. Anversos de **laiešken** (izquierda) e **ilduro** (derecha) con estilos similares (escala 1,5:1) (AV; Ex HSA).

De la misma manera, la existencia de asentamientos muy especializados en el trabajo metalúrgico durante el período tardo-republicano –de los que el Camp de les Lloses es, sin lugar a dudas, el mejor ejemplo³⁶⁷– no permiten descartar que el trinomio ceca-leyenda-ciudad no siempre sea tan claro. No parece descabellado contemplar otras posibilidades, como esos asentamientos especializados a los que se pudiera haber acudido con la materia prima y encargar la fabricación de un

³⁶⁶ Gozálbés y Ripollès 2002: 18.

³⁶⁷ Álvarez *et al.* 2000.

cierto número de piezas; es decir, acuñar tantas monedas con tantos kilos de metal. Este sistema, quizá poco práctico para cecas que emiten un gran volumen de numerario, podría resultar, empero, tremendamente útil en el caso de comunidades emisoras pequeñas, cuya necesidad de acuñación era puntual. Sería, pues, la versión opuesta de la ceca itinerante: la existencia de un taller común para distintos grupos emisores. Esta teoría, hasta ahora poco desarrollada en la bibliografía numismática pero ya propuesta con anterioridad³⁶⁸, tiene la ventaja de explicar –al menos, en parte– por qué es tan raro encontrar restos físicos de los talleres de moneda.

9.6. Valoraciones finales

Si se tienen presentes las evidencias arqueológicas disponibles hoy en día, parece que lo más apropiado sería ubicar a la ceca de **ilduro** en dos lugares y momentos distintos como mínimo –sin olvidar las otras opciones valoradas en el punto anterior–:

El primero de estos momentos (150-100/90 a. C.) coincide con los períodos productivos I y II del taller (véase capítulo 15). En aquel entonces, la ceca pudo emplazarse en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, desde donde habría emitido las monedas correspondientes a los grupos I-IV de **ilduro**. Dicho yacimiento no solo atestigua arqueológicamente que se poseían las materias primas requeridas para la elaboración de la aleación ternaria, necesaria en la fabricación de moneda, sino también los conocimientos y espacios de trabajo adecuados para llevar a cabo tal actividad.

Asimismo, se ha señalado anteriormente que la acuñación de moneda es un proceso que requiere una autorización legal y una autoridad que asegure el valor y validez del numerario emitido. Es decir, una entidad política –ya sea Estado o monarca– que dé la orden de producir moneda y un aparato administrativo encargado de controlar este proceso y de la distribución del metal acuñado³⁶⁹.

Dejando a un lado si la moneda de **ilduro** fue acuñada por una Administración local –siempre con el beneplácito de Roma– o directamente por la romana –cuestión esta sobre la que se volverá más adelante (véase capítulo 19)–, parece evidente que el aparato político y administrativo que tutelaba el valle de Cabrera de Mar –es decir, la autoridad que podía ordenar y controlar la producción del taller– se encontraba en el asentamiento tardo-republicano en esos momentos. Así parecen atestiguarlo tanto las características arquitectónicas y urbanísticas

³⁶⁸ Llorens y Ripollès 1998: 115; Gozálbés y Ripollès 2002: 15-16.

³⁶⁹ Gozálbés y Ripollès 2002: 11. En general, se acepta que una comunidad necesitaba, además, cierta estructura y organización política para emitir moneda.

(véase capítulo 5) –como en el caso de la *domus* de Can Benet o las termas de Ca l’Arnau– propias de las élites locales y de los miembros más relevantes dentro de la comunidad itálica.

El segundo de estos momentos (90/80-72 a. C.) coincide con el período III de la producción de la ceca, en que el taller acuña desde la nueva ciudad de *Iluro* con toda certeza. Los aislados hallazgos de monedas y los niveles de abandono documentados tanto en el *oppidum* de Burriac como en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar confirman este hecho.

Además, y como se apuntaba para el primer momento, no cabe la menor duda de que la Administración y todos los personajes relevantes de la sociedad layetana ya se han trasladado a los nuevos centros urbanos –las ciudades de *Iluro* y *Baetulo* en este período. Con total certeza –y como ocurre con el taller de **baitolo**, que inicia su producción en ese instante–, *Iluro* reúne todos los elementos necesarios para que el proceso de acuñación sea factible. Por el contrario, parece muy difícil –si no imposible– que tales características se sigan dando en el valle de Cabrera de Mar.

El grupo V de **ilduro** –la emisión más voluminosa que nunca emitirá el taller– se produce en este nuevo centro urbano, y también es el lugar donde la ceca cerrará su producción definitivamente.

10. LA LEYENDA

10.1. ¿ilduro o ilturo?

El término **ilturo** ha sido el habitualmente empleado durante las últimas décadas para referirse a esta ceca en los artículos de epigrafía ibérica y numismática. Ello se debe a que las oclusivas dentales y velares sordas no se distinguen de las sonoras en los textos ibéricos en escritura no dual, como es el caso de la mayoría de las leyendas de monedas, y suelen representarse de forma arbitraria como sordas; es decir, **ilturo**. Algunos autores, sin embargo, prefieren emplear el nombre **ilduro** –lo que también se defiende en este trabajo–, pues el topónimo **ilduro** está formado a partir de la raíz **ildu**. El lexema **ildur**, cuya utilización es bien conocida en la formación de topónimos y para el que existe cierto consenso a la hora de transcribirlo como «ciudad», se documenta –por ejemplo– en los antropónimos **ilduradin** (E.1.1), **ildursaiŕ** (F.9.7, A-4), **ildurbilos**³⁷⁰ y en la ceca **abaŕildur** (A.27)³⁷¹. La variante **ildun**, por su parte, está documentada, por ejemplo, en el antropónimo **aloŕildun** (D.10.1)³⁷². Algunos paralelismos que justifican la variante sonora **ildu** son los siguientes:

1. En latín, se conoce el topónimo **ILDUM**, documentado en el itinerario de Antonino así como en los vasos de Vicarello (XXII) (figura 111); se ha ubicado en la provincia de Castellón.
2. En la escritura greco-ibérica, se encuentra el antropónimo *biosildun*, documentado en uno de los plomos de La Serrtea d'Alcoi (G.1.3).
3. En el signario nororiental, está presente el epígrafe de **ildursu** –documentado en el plomo de Puig Castellar de Sant Just Desvern (C.17.1)–, que posiblemente utiliza el signario dual y en el que **ildur** aparece en su variante simple; es decir, la sonora.

³⁷⁰ Simon (2010).

³⁷¹ Velaza 2011: 568.

³⁷² Untermann 1990: núm. 62; Rodríguez Ramos 2002: 262.



Figura 111. Imagen de los Vasos de Vicarelo y su itinerario. En naranja, la parte del itinerario en la que se menciona *Ildum*.

Como se acaba de ver, el elemento *ildu* aparece en textos donde sí se distinguen las sordas de las sonoras, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de las fuentes literarias y epigráficas, donde el consonantismo -lt/-ld ya no está documentado³⁷³. Parece certificarse, pues, que la transcripción correcta de este elemento era la forma sonora³⁷⁴ antes de que el sistema dual cayese en desuso³⁷⁵.

10.2. El topónimo ilduro

El topónimo es el tipo de elemento más frecuente en las leyendas numismáticas ibéricas y acostumbra a ser la interpretación por defecto de la leyenda principal de una ceca; especialmente, de aquellas que emitieron bronce en los siglos II y I a. C.

La interpretación objetiva de una leyenda o fragmento de la misma como topónimo se produce al disponer de un equivalente toponímico plausible en alguna

³⁷³ Mela: 2.90; Plinio, *HN*: 3.22; Ptolomeo: 2.6.18; CIL II 4616; IRC I 215.

³⁷⁴ Ferrer 2005: 958, nota 4.

³⁷⁵ El sistema cae en desuso a principios del siglo II a. C. por razones aún poco claras más allá de su coincidencia temporal con la conquista romana del territorio ibérico.

fuente antigua –como es el caso de **ilduro**, que equivale a la *Iluro*³⁷⁶ de las fuentes antiguas– o porque combina con algún morfo o elemento léxico previamente identificado como característico de los topónimos. Son ejemplos de ello **śalir** en **eśuśalir** (CNH.IV.77) –que permite identificar al topónimo **eśu-** o el sufijo complejo **-skēn/-śkēn**³⁷⁷, el más frecuente en topónimos –que hace posible identificar al elemento **laie-skēn-**. Este podría interpretarse como la «(moneda) de los de laie» o «(moneda) de los layetanos³⁷⁸», donde el morfo **-s** sería el indicador de origen, **-k** el elemento que lo convierte en plural y **-en** el indicador de pertenencia o genitivo, aunque son muchas y diversas las interpretaciones sobre el sufijo en cuestión³⁷⁹. El presente trabajo comparte la opinión de Javier Velaza, que ve en la partícula **-skēn** un sufijo que se añade al topónimo, al igual que ocurre con el elemento **-o**. Sin que se pueda precisar aún su valor exacto, uno de los dos sufijos podría marcar el lugar *ubi* –esto es, el locativo (**ildur-o**: «en la ciudad»)– y, el otro, el lugar *unde* o ablativo (**laieśkēn**: «de Laie»). Esto haría inválida la tan extendida teoría de que el sufijo **-skēn** marca etnónimos. Apuntando en la misma dirección, Untermann llegó a la conclusión de que las partículas **ildif** e **ildur** –y sus traducciones latinas como *Iler* e *Ilur*– podían tener el significado de ciudad u *oppidum*³⁸⁰; es decir, que podían hacer referencia a una comunidad urbana o a un núcleo fortificado³⁸¹. Tal deducción, aunque procedente de unos escasos documentos epigráficos, permitía suponer que las leyendas grabadas por algunos de los talleres ibéricos del área catalana –como, por ejemplo, las de **ildifda** o **ilduro**– hacían referencia a su condición urbana y, por tanto, estarían acuñando el topónimo con el que se identifican en los reversos de sus monedas³⁸². Al menos, parece claro que el

³⁷⁶ Plinio, *HN*: 3.22; Claudio Ptolomeo: 2.6.18.

³⁷⁷ Untermann 1990: 175; Pérez 1993: 34; Correa 1994: 282, entre otros.

³⁷⁸ De Hoz 2002: 160; Rodríguez Ramos 2005: 62; Pérez 2009: 34.

³⁷⁹ Puede encontrarse un breve estado de la cuestión en Silgo 2007.

³⁸⁰ Untermann 1990: 187-189.

³⁸¹ Pérez Almoquera 2001: 21-22.

³⁸² Aunque la propuesta tiene una base objetiva (Pompeilon = Pompei + ilon) y simetría con BRIGA, los supuestos datos epigráficos se basan en una lectura posiblemente errónea (Ferrer *et al*: 2009, 127): «Tot i que l'element **ildif** també és característic de topònims, per exemple **ildifda** (A.18) i **ildirge** (A.19), i que es considera amb certa unanimitat que el seu significat estaria en el camp semàntic de 'ciutat' o similar. Alguns investigadors (Orduña, 2003, 137; Luján, 2005, 475) consideren que el seu ús com a element del lèxic comú permetria identificar com a topònims els elements que l'acompanyessin en l'esquema NL + (**ildif** / **ildur**) + (**te**). Aquesta hipòtesi s'origina en una proposta d'Untermann que identifica el topònim **alaun** (A.16) en el text **aiunildirte** d'un dels grafitis rupestres d'El Cogul (D.8.1), però aquesta lectura és impossible, atès que combina alhora dues variants del signe **I**, **I2** (**alaun**) i **I1** (**ildif**): la lectura **ildif** és clara i, per tant, la lectura **alaun** és amb seguretat errònia. D'acord amb la fotografia publicada a *MLH* III, la lectura més plausible seria **aiunildirte**, on s'identificaria l'antropònim **aiunildif**, que tindria un quasi paral·lel a **aiunildun**, amb un primer formant ben conegut: **aiun**. Untermann 1990: 209; Rodríguez Ramos 2002: 254».

elemento **-o** es una característica propia de la formación de topónimos del área lingüística ibérica en casos como los de **ilduro**, **lauro** o *Auso*³⁸³.

Centrándose en las distintas posibilidades que la raíz **ildur** ofrece, su interpretación se complica, ya que debe valorarse la opción de que **ildur** no haga referencia a una ciudad u *oppidum*, sino a una divinidad, el Deus *Iluro*, bien documentado en el sur galo³⁸⁴. Ciertamente, si ello puede ser aceptable para la *Ilurone* aquitana (actual Olorón), es poco factible para la **ilduro** ibérica y posterior *Iluro* romana (Mataró). No se han podido documentar referencias al culto de esta divinidad en la Layetania ibérica ni en sus territorios vecinos en la presente tesis. Por el contrario, parecen existir pruebas suficientes –como la propia evidencia numismática, las fuentes escritas³⁸⁵ o la epigrafía– que permiten relacionar la raíz **ildur** en **ilduro** o *Ilur* en *Iluro* con un asentamiento concreto y, por tanto, como un topónimo. Por tanto, la hipótesis resulta improbable, y aun en el caso de valorarla, parecería más lógico que la divinidad fuese una personificación de la ciudad, una especie de *Genius loci*.

Aún más complicado puede ser asociar la raíz *Ilur* con otra divinidad, *Ilurbedae*, con la que se ha intentado relacionar en algunas ocasiones no solo el caso de *Iluro*, sino otros nombres ibéricos tanto personales como geográficos³⁸⁶. Debe tenerse presente que *Ilurbedae* es una divinidad propia de áreas bastante alejadas de la zona de estudio –como Portugal, Salamanca o Zamora–, y no parece haber pruebas de su culto en el área estudiada una vez más.

Una última posibilidad que debería valorarse es la propuesta por Gil Farrés (1966), aunque parece haber caído en el olvido. Según este autor, si bien la leyenda **ilduro** actuaría como topónimo, no haría referencia al asentamiento emisor del numerario, sino al asentamiento o área a la que irían destinadas dichas amonedaciones. El numerario ibérico sería, de ese modo, acuñado en un lugar distinto al de su puesta en circulación –Farrés propone *Emporion*–, lo que explicaría el parecido estilístico entre amonedaciones con leyendas distintas³⁸⁷. Si bien lleva una vez más a interpretar a **ilduro** como un topónimo, tal idea no deja de matizar sensiblemente la función que la leyenda del taller tendría dentro de estas acuñaciones.

Tras hacer un breve repaso a las distintas interpretaciones que dicha leyenda ofrece, parece incuestionable que las monedas procedentes del taller de

³⁸³ Velaza 2011: 570. El autor propone proceder con cautela en otros casos, donde no se cuenta –a diferencia de lo que ocurre en **ilduro**– con paralelismos indiscutibles para los segmentos radicales libres.

³⁸⁴ Pérez Almoguera 2001: 28; Marco 1998: 77.

³⁸⁵ Plinio, *HN*: 3.22; Claudio Ptolomeo: 2.6.18.

³⁸⁶ Blázquez 1975: 109; Pérez Almoguera 2001: 28.

³⁸⁷ Este parecido también podría explicarse por la existencia de grabadores o talleres itinerantes.

ilduro indicaron el topónimo con el que estas emisiones debían identificarse en todas sus series y emisiones, ya fuese como asentamiento emisor, como centro receptor de este numerario o, lo que parece más factible, ambas opciones al mismo tiempo.

Posteriormente, el topónimo **ilduro** apenas sufrirá modificaciones en su paso de la forma ibérica **ilduro** a la forma latina *Iluro*, evolucionando durante la época medieval como *Alarona* para acabar convirtiéndose en Mataró, municipio que actualmente es la capital de la comarca de El Maresme.

10.3. Variantes conocidas de la leyenda

Las diferentes variantes documentadas a la hora de representar la leyenda en las emisiones de la ceca de **ilduro** –al igual que ocurre en las demás cecas ibéricas con las que comparte territorio– corresponden a las variantes epigráficas modernas de la escritura ibérica del NE peninsular; es decir, al denominado por los entendidos en la materia «alfabeto nororiental» o «levantino». Este se caracteriza, como el resto de escrituras paleohispánicas, por presentar al mismo tiempo signos de valor silábico para las consonantes oclusivas y signos de valor alfabético para el resto de las consonantes y las vocales³⁸⁸.

La leyenda **i.l.du.r.o** (𐌺𐌹𐌳𐌺𐌹) está compuesta por cuatro signos de valor alfabético **i** (𐌺), **l** (𐌹), **r** (𐌳), **o** (𐌺) y un signo de valor silábico que, como se verá a continuación, se representó indistintamente de dos formas distintas: **du** (𐌳)/**tu** (𐌳). Analizando el aspecto formal de los signos, se aprecia una relativa uniformidad en la forma en que estos se representan a lo largo de las emisiones del taller. Sus trazos apenas presentan diferencias con los de la escritura ibérica formalizada, el mencionado alfabeto nororiental o levantino, algo habitual entre las leyendas numismáticas ibéricas.

El grafema habitual para representar a la vocal **i** es 𐌺. Posiblemente, es uno de los signos que sufre una mayor variación de estilo al representarse, característica que pudiera achacarse a su forma algo compleja y a la cantidad de espacio que necesita, lo que obliga al grabador a adaptarlo en muchas ocasiones. Siempre se inicia con una línea vertical en el extremo superior de la cual parten otras dos líneas en forma de V que presentan un corto trazo diagonal en su punto medio.

La consonante lateral **l** se encuentra representada en las emisiones del taller de dos formas distintas: 𐌹/Λ (figura 112). Según estudios epigráficos sobre diferentes soportes –cerámicas, plomos, bronces o materiales lapídeos–, la primera

³⁸⁸ Velaza 1998: 70.

parece ser la más antigua. Rodríguez Ramos se refiere a ella como «forma clásica» (I-1/Γ), lo que también se hará en este trabajo³⁸⁹. Esta forma, a su vez, puede representarse inclinada hacia delante (^) o en posición vertical (Γ). No ha podido documentarse ningún caso dentro de esta variante clásica en que el signo I se haya representado en posición invertida –con el trazo corto mirando hacia la izquierda– o adoptando la forma de la letra ibérica P (figura 113), tal y como aparece en algunas monedas ilustradas en trabajos anteriores³⁹⁰. La segunda variante se caracteriza por que los dos brazos presentan la misma longitud y adoptan la forma de la lambda griega. Esta, definida habitualmente como «innovada» (I-2/Λ), parece ser la variante más moderna y resultado de una evolución en la forma de representar el signario ibérico³⁹¹.

Tabla 20. Leyendas conocidas para la ceca de *ilduro*.

Emisión/es	Leyenda	Signo I	Signo tu/du	Ref. CNH
Grupos I y II	ƳΓΔϞH	Clásico	Variante sorda tu	CNH 1-7
Grupo III	ƳΓΔϞH	Clásico	Variante sonora du	CNH 8-12
Grupo IV (cat. 11-13 y 16-20) Grupo V.2 (cat. 2-3).	ƳΛΔϞH	Innovado	Variante sonora du	CNH 13
Grupo IV.1 (cat. 1-10 y 14-15) Grupo V.1 y V.2 (cat. 1)	ƳΛΔϞH	Innovado	Variante sorda tu	CNH 13-16



Figura 112. Variantes clásica (izquierda) e innovada (derecha) del signo ibérico I.

³⁸⁹ Es necesario mencionar que Untermann estableció la clasificación habitual de las variantes paleográficas en el *MLH* III (246) y que, en este caso, coincide con la utilizada por Rodríguez Ramos 1997: 70.

³⁹⁰ Velázquez 1752, tabla XIV, núm. 7; Bautista de Erro 1806, lám., 8 núm. III; Heiss 1870, lám. XXVII, núm. 2; Pujol i Camps 1887, lám. I, núm. 9.

³⁹¹ Zóbel 1880: tomo II, 4; Villaronga 1958: 9-27; 1979: 69-71.

La forma clásica se utiliza en la totalidad de las emisiones del período I del taller así como en las monedas del grupo III del período II (tabla 20). A su vez, la variante innovada será empleada en el resto de las monedas acuñadas por la ceca. Gracias a esta cronología relativa –basada en las diferentes formas de representar el signo I en la producción del taller–, puede plantearse que las emisiones con el signo clásico (I-1/Γ) son más antiguas que las que tienen el innovado (I-2/Λ). En esta tesis, se contempla que tal característica es válida para el taller de **ilduro** y para las otras cecas adscritas al territorio layetano. El paso de la forma clásica a la innovada pareció llevarse a cabo en momentos distintos en cada taller, lo que impide utilizar este criterio de clasificación como una cronología relativa aplicable a todas las monedas que presenten este signo. Dicho sistema solo parece resultar eficiente a la hora de trabajar con las diferentes emisiones de un taller en particular y en cuya leyenda se utilicen ambas variantes de este signo.



Figura 113. Imagen de la obra de Velázquez de Velasco (1752: tabla XIV, núm. 7), en la que se ilustra una moneda de la ceca de **ilduro** con el signo adoptando la forma P (la figura no está a escala).

Figura 114. Imagen de la lámina XXVII de la obra de Heiss (1870), en la que se ilustra una moneda de la ceca de **ilduro** con el signo Γ en posición invertida (la figura no está a escala).

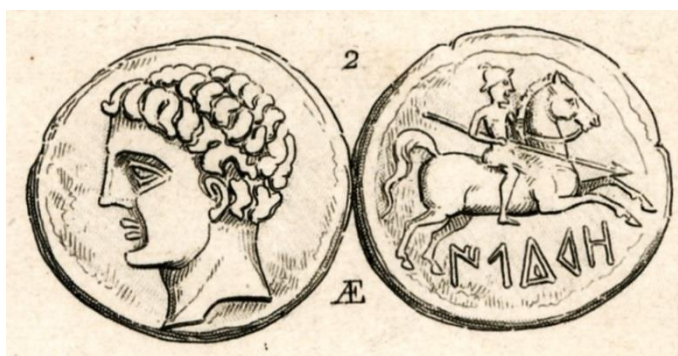


Figura 115. Imagen de la lámina I de la obra de Pujol i Camps (1877) mostrando una moneda de la ceca de **ilduro** con el signo Γ en posición invertida (la figura no está a escala).



Figura 116. Reverso del grupo IV.1 de *ilduro* (cat. 7a), en el que el signo **tu/du** adopta la forma de nuestra letra A. 100-90 a. C. (escala 2:1).

El signo silábico **tu/du** también puede representarse de dos formas distintas según corresponda a la variante sorda (Δ) o sonora (Δ). Como ya se ha indicado con anterioridad, ello se debe a que la variante más antigua de la escritura ibérica, el signario dual, permitía diferenciar las oclusivas velares y dentales sordas de las sonoras mediante la adición de un trazo a la forma del signo base. La forma simple, cuya geometría es la de un triángulo, representa a la sonora (Δ /**du**), mientras que la forma con el trazo adicional –compleja– hace lo propio con la sorda (Δ /**tu**). Este sistema cayó en desuso a principios del siglo II a. C., por lo que no se utiliza en las leyendas de las monedas acuñadas durante los siglos II-I a. C., en las que se emplean mayoritariamente las variantes simples. No obstante, algunas cecas –como **ilduro**–, grababan alternativamente– las variantes simples y complejas, pero ya desposeídas de su significado original –especialmente en los grupos IV y V del taller (tabla 20)–³⁹². Es interesante destacar que el signo **tu** adopta la forma de nuestra letra A en algunos cuños del grupo IV.1 (figura 116) (cat. 1-8 y 14)³⁹³.

La vibrante **r** (r) se representa como un triángulo orientado hacia la izquierda en casi todos los cuños conocidos. Normalmente, no es objeto de grandes variaciones y las pocas que sufre se deben a una necesidad de adaptar la leyenda al espacio existente en el cuño. En el taller de **ilduro** no encontramos nunca este signo representado de manera que el brazo inferior se una a la línea vertical del triángulo en algún otro punto que no sea el más bajo (r), y tampoco se ha podido documentar cuño alguno en que el signo se encuentre en posición invertida adoptando la forma del signo ibérico r (**a**) tal y como Pujol i Camps indica en su obra³⁹⁴.

La vocal H (**o**), cuya representación en el signario ibérico es idéntica a la de nuestra letra H, siempre se graba de manera uniforme. Una de las pocas variaciones documentadas es una ligera curvatura en su lateral derecho, y tal anomalía parece

³⁹² Ferrer 2005.

³⁹³ Es importante destacar que no se trata de un signo distinto ni de una variante diferente de la leyenda.

³⁹⁴ Pujol i Camps 1887: lám. I, núm. 10.

deberse una vez más a la necesidad de adaptarse al espacio disponible en el cuño. Debido a la gran cantidad de espacio que ocupan los signos **i** (ℓ) y **du/tu** (Δ/Δ), en ocasiones, los dos signos finales (**r** y **o**) queden desproporcionados con respecto al resto en las monedas de **ilduro** (grupo III.1, cat. 37).

Por último, es importante mencionar que la leyenda **ilduro** usualmente se encuentra en posición horizontal –con la excepción de los ejemplares pertenecientes al grupo I.2 (CNH 2 y CNH 3), en los que adquiere una posición circular– en el reverso de las monedas. Como se indica más adelante, dicha leyenda apenas muestra variaciones en su contenido. En los ases y unidades del taller (véase capítulo 12), el topónimo **ilduro** se sitúa sobre la línea del exergo³⁹⁵ y entre los cuartos traseros y delanteros del caballo; en los semis y mitades de la ceca, la posición es prácticamente idéntica; en los trientes y tercios, no obstante, se observa un cambio de ubicación y la leyenda pasa a ocupar el centro de la pieza –siempre entre dos líneas–; finalmente, en los cuadrantes y sextantes, se graba en la parte baja del medio Pegaso o del delfín –según el valor– y, normalmente, también sobre la línea del exergo.



Figura 117. Variantes conocidas de la leyenda: a. **ilduro** con signo I clásico y signo **tu/du** sordo; b. **ilduro** con signo I clásico y signo **tu/du** sonoro; c. **ilduro** con signo I evolucionado y signo **tu/du** sonoro; d. **ilduro** con signo I evolucionado y signo **tu/du** sordo.

³⁹⁵ La línea del exergo podría ser una constante en las emisiones de **ilduro**. Se supone que, en aquellas piezas en las que no aparece, se debe al desgaste o al mal estado de conservación de la moneda.

11. TIPOLOGÍA

Analizar el diseño de las monedas supone entrar en uno de los campos más atractivos a la vez que subjetivos de todo estudio numismático, ya que requiere interpretar un imaginario del que –como ocurre en el caso de la sociedad ibérica– ocasionalmente se desconocen algunos rasgos importantes de su cultura y de su organización social o religiosa³⁹⁶. Todos ellos son aspectos que, sin duda, condicionaron la elección final de unos tipos elegidos en mayor o menor medida por la autoridad emisora de forma totalmente premeditada con la intención de hacer llegar un mensaje al usuario final de carácter tanto simbólico³⁹⁷ como práctico.

En el caso de la moneda ibérica de la Citerior, la interpretación de un repertorio iconográfico ambiguo y repetitivo pasa por responder a una serie de preguntas recurrentes en la bibliografía especializada. Según se respondan de un modo u otro, modificarán ostensiblemente dicha interpretación y los motivos por los que este fue elegido. Entre ellas, destacan cuestiones tan relevantes como: ¿Fueron las series ibéricas emitidas por iniciativa romana o por iniciativa indígena? ¿Ciudades como **ilduro** tenían permiso para acuñar numerario entre sus prerrogativas establecidas o les era concedido puntualmente por la administración romana movida por sus propios intereses? ¿La uniformidad de los tipos utilizados en la Hispania Citerior se debe a una imposición³⁹⁸ o a la libre elección de unas autoridades que, partiendo de una serie de diseños que sabían eran aceptados y reconocidos, copiaron sus tipos adaptándolos mínimamente a su imaginario, gusto y estilo?

Difícilmente pueden exponerse aquí los motivos que han llevado a elegir una u otra interpretación en este trabajo, tarea a la cual otros autores han dedicado distintas obras a las que se remite al lector³⁹⁹. Además, se pretende responder a las cuestiones anteriores a lo largo de este estudio, puesto que se ha intentado sentar las bases para ello en la primera parte del mismo. Sin embargo, no está de más

³⁹⁶ Llorens 1998: 49.

³⁹⁷ Según Chávez (2012: 183) este mensaje en el caso de las amonedaciones ibéricas de la Citerior sería el de la pertenencia a una supracomunidad, forzando el proceso de etnogénesis de un amplio conjunto de pueblos mostrando elementos identitarios aglutinantes.

³⁹⁸ García-Bellido 1992: 242.

³⁹⁹ Ripollès 1996: 24; Llorens y Ripollès 1998: 47-48.

mencionar que la presente tesis se decanta por la existencia de un control ejercido por Roma sobre unas emisiones que, dados su volumen, dispersión en el territorio y cronología, tuvo que «autorizar» cuanto menos⁴⁰⁰. A partir de aquí, y debido a la complejidad y heterogeneidad características de la conquista romana de Iberia, parece que cada caso concreto debe ser objeto de un estudio particular. Solamente así podría ser posible concretar las condiciones y mecanismos por los que se rigió cada ciudad o grupo emisor para con la administración romana⁴⁰¹.

Abordando el estudio iconográfico sin más dilación, es bien sabido –aunque hubo excepciones– que los pueblos de la Citerior representaron habitualmente una cabeza masculina –en ocasiones diademada o laureada, imberbe o barbuda⁴⁰²– en el anverso de denarios y unidades de bronce, y un jinete a caballo junto con el nombre de la autoridad emisora en lengua ibérica en el reverso. Esta iconografía, de estética aparentemente helenística y ambigua interpretación, se suele relacionar en última instancia con las series de Hierón II de Siracusa⁴⁰³. Se trata de un repertorio que únicamente parece presentar pequeñas diferencias asociadas a áreas geográficas concretas, como la representación de fíbulas en los anversos⁴⁰⁴ y distinto armamento o una palma en los reversos –jinete–⁴⁰⁵. Son detalles nimios, pero que parecen demostrar cierta libertad a la hora de elegir unos tipos que posiblemente copiaban, a la vez que readaptan el imaginario conocido, y que gozaban de buena aceptación. Posiblemente sea este un fenómeno de mimetismo que también se conoce en otras amonedaciones; por ejemplo, en las celtas⁴⁰⁶.

Al igual que ocurre en las emisiones romanas, los diseños elegidos en las monedas ibéricas layetanas, lejos de tener una finalidad meramente estética, debían cumplir una serie de funciones. Entre las de mayor importancia, pueden señalarse dos bien distintas:

En primer lugar, la difusión de un mensaje de carácter ideológico en el nivel político y/o religioso⁴⁰⁷.

En segundo, permitir al usuario identificar el valor de la moneda de la que era propietario⁴⁰⁸.

⁴⁰⁰ Posiblemente se trató de un control meramente simbólico en el caso de los bronce, cuyo valor es escaso. Sin embargo, sería mucho más estricto en el caso del denominado denario ibérico.

⁴⁰¹ Como bien apunta García (1999: 52) el estatus jurídico de la ciudad emisora puede presentar distintos grados en su relación con Roma, dependiendo de si se trata de una alianza económico-militar, una situación de autonomía con pago de indemnizaciones de guerra o bien de un estatus estipendiario.

⁴⁰² Según López (2010: 184) la distinción entre busto barbado y no barbado puede tener una relación mayor en la moneda celt(ibérica) con el estatus y la edad del guerrero representado que con su etnia.

⁴⁰³ Almagro-Gorbea 1995: 237; Llorens y Ripollès 1998: 101.

⁴⁰⁴ Detalles que caracterizan a las ropas y mantos de distintas emisiones.

⁴⁰⁵ García-Bellido y Blázquez 2001: 63-68; Beltrán 2004: 133.

⁴⁰⁶ Knapp 1987: 26.

⁴⁰⁷ Sobre el carácter religioso de los tipos representados en la moneda ibérica, véase Gozálbres 2010; 2012.

Desafortunadamente, en el caso de la moneda ibérica, en muchas ocasiones no se cuenta con símbolos o indicios que podrían orientar y que serían clave para la correcta interpretación del mensaje de tipo ideológico. Como señala Ripollès: «[...] cuando la iconografía parece estar clara, entonces los sincretismos que se produjeron entre las divinidades indígenas y las púnicas, griegas y romanas, así como la simple adopción de imágenes, no aseguran que fueran identificados de acuerdo con los atributos que portan y con la información que proporciona la mitología clásica»⁴⁰⁹.

Resulta complicado creer que iconografías tan extendidas como el jinete o, especialmente, la cabeza varonil tengan el mismo significado para pueblos tan distintos como los íberos, celtiberos o vascones. Posiblemente sea un caso de *interpretatio* iconográfica⁴¹⁰, en la que una misma imagen se acepta en territorios alejados entre sí porque es interpretada de forma distinta por cada usuario en función de su sustrato religioso social o cultural. Este hecho explicaría por qué los tipos principales utilizados en la Citerior fueron válidos en un área tan extensa y aceptados por grupos aparentemente tan diferentes y heterogéneos.

Mucho menos subjetiva –y, por ello, quizá más restrictiva territorialmente hablando– resulta la parte práctica del mensaje. Teniendo siempre presente la reducida difusión que caracteriza al numerario ibérico⁴¹¹, y que condicionó con toda certeza el área en que los tipos de reverso se asociaron con un determinado valor –por ejemplo, el territorio layetano⁴¹²–, no parece aventurado atribuir a algunos de los diseños utilizados la tarea de transmitir al usuario final el valor de la pieza –mediante el tipo de reverso– y la autoridad emisora –gracias a la leyenda–⁴¹³.

Para abordar el análisis de los diseños del taller de **ilduro** de la forma más ordenada posible, el anverso y el reverso siempre se tratarán dentro del mismo epígrafe⁴¹⁴. Es muy importante entender a la moneda como un todo, de la que anverso y reverso forman parte de manera indisoluble, en el momento de hacer su lectura iconográfica. Se pretende ser tan concisos y sintéticos como sea posible, evitando hacer excesivamente extenso y descriptivo un apartado cuyo objetivo debería ser simple: presentar los diseños que la ceca de **ilduro** utilizó y abordar brevemente la interpretación de los mismos.

⁴⁰⁸ Llorens 1998: 49; Ripollès 2007: 29.

⁴⁰⁹ Ripollès 2007: 29.

⁴¹⁰ El autor de esta tesis se ha tomado la libertad de utilizar el término *interpretatio* iconográfica queriendo rendir un pequeño homenaje al Dr. Parker (Oxford University), quien impartió la conferencia *interpretatio Graeco-Romana* –que le sirvió de inspiración– durante las Sather Lectures (Berkeley University) de 2013. Para más información sobre el concepto *interpretatio*, véase Wissowa 1916-1919

⁴¹¹ Sobre el tema, véase Martín Valls 1967; Ripollès 1982; Sinner 2013a, entre otros.

⁴¹² Sinner 2013b: 93-96.

⁴¹³ Ripollès 2007: 30; Sinner 2013b: 94, 104.

⁴¹⁴ Ripollès 2007.

11.1. Diseños principales

11.1.1. Cabeza masculina-jinete con lanza

Es el diseño más frecuente de la ceca, aparece en todos sus períodos de acuñación y siempre lo hace representando a los bronce de mayor valor que emitió el taller en cada momento; esto es, ases unciales reducidos cuando su patrón parece seguir el uncial reducido de las emisiones romanas o unidades cuando ese patrón es el de 10-12 g de tipo local (véase capítulo 12).

El diseño se compone invariablemente de dos elementos fijos –cabeza masculina imberbe en el anverso y jinete lancero a derecha en el reverso– que pueden presentar pequeñas variaciones según los distintos períodos de acuñación del taller (véase capítulo 15), así como en función de la originalidad de algunos cuños concretos. Es uno de los diseños más habituales dentro de los utilizados en la Hispania Citerior, aunque el hecho de que el jinete porte una lanza y no una palma es una característica peculiar de **ilduro**, ya que, en las series layetanas, el accesorio habitual es la palma.

Dentro de los cuños de anverso del período I, pueden distinguirse dos estilos bien definidos. En el primero (grupo I.1 de la ceca), la cabeza masculina aparece destocada y con un estilo que recuerda mucho al de algunas acuñaciones adscritas al grupo ibérico de los ausetanos (figura 119a). Además, y en relación directa con esta última asociación, los anversos de dicha primera serie presentan el símbolo jabalí, animal totémico del pueblo ausetano. Tales peculiaridades llevaron a Villaronga a incluir a estos primeros cuños de la ceca dentro del grupo Ausetano antiguo por su parecido estilístico con algunos tipos de los talleres de **auśesken** y **euštibaikula**⁴¹⁵.



Figura 118. Anverso de estilo helenístico del taller de **laieśken** (CC) (escala 2:1).

⁴¹⁵ Villaronga 1979: 129-130.



Figura 119. Ases unciales reducidos de **ilduro**. a. Anverso de estilo ausetano. 150-125 a. C. (CM); b. Anverso de estilo helenístico (DMCB). 150-125 a. C. (escala 1,5:1).

Los anversos del segundo estilo (grupo II.1) muestran igualmente una cabeza masculina, pero diademada en esta ocasión. Los anversos –en los que el símbolo jabalí ha desaparecido– reflejan ahora un estilo mucho más helenístico y muy cercano al utilizado por el taller de **laiesken** en sus cuños más antiguos (figura 118). Que aparezca la diadema, el símbolo más exclusivo de la realeza helenística desde que Alejandro Magno la adoptase como tal, parece apoyar esta interpretación. Probablemente sean los cuños de anverso de mayor calidad que el taller emitió a lo largo de toda su producción. Este importante cambio de estilo sirvió para que Villaronga calificase a este otro grupo de cuños del taller –que ahora se sabe está relacionado con el I– como perteneciente al grupo Centro Catalán Antiguo⁴¹⁶.

No parece que las diferencias estilísticas tengan que relacionarse con la pertenencia del numerario a un grupo o área de influencia determinada. Más bien, parece cobrar peso la hipótesis de que simplemente se trata del trabajo de un mismo grabador –posiblemente itinerante y, por tanto, con un radio de acción determinado– que abrió cuños para diversos talleres por encargo (véase capítulo 9). El trabajo de ese o esos artesanos es lo que aúna a los tipos de los talleres de **ilduro** y **auésken** primero, y de **ilduro** y **laiesken** después. No obstante, se

⁴¹⁶ Villaronga 1979: 130.

conocen otros casos similares que relacionan a cecas mucho más alejadas entre sí gracias al trabajo de un mismo grabador, y buen ejemplo de ello son las unidades de **lauro** –con símbolo cetro– estilísticamente muy similar al de **arse**, **śaiti** y **kili**, talleres localizados en el Levante peninsular.

Ya dentro del período II del taller (grupos III.1 y IV.1) –denominado como el de las emisiones intermedias de la ceca en trabajos anteriores⁴¹⁷–, el diseño sufre cambios importantes en la apariencia de sus anversos y mucho más puntuales en lo que a los reversos se refiere. La cabeza masculina –anverso– se representa en este momento con una *laurea*, y pasa a mirar hacia la izquierda. Este es un rasgo muy peculiar, puesto que son escasos los talleres ibéricos y celtibéricos en los que la efigie del anverso toma dicha orientación en alguno de sus cuños. Centrándose en detalles menores, se observa que el estilo de los anversos de las unidades del grupo III.1 es mucho más realista en general que el de los del grupo IV.1 (cat. 13-20), en el que la cabeza parece perder dicho realismo y ser más esquemática (figura 120). Las modificaciones son menores en los reversos, pero hay una tendencia general a perder calidad y realismo a medida que el período II avanza. La leyenda también sufre modificaciones, y pasa de $\text{Ϝ}\text{Ϛ}\text{Δ}\text{ϰ}\text{H}$ –variante habitual durante el período I de acuñación del taller a $\text{Ϝ}\text{Ϛ}\text{Δ}\text{ϰ}\text{H}$ – en las unidades del grupo IV.1, a finales del período II de emisión de la ceca. Igualmente, y en el mismo momento (grupo IV.1), el signo ibérico **l** pasa de la variante clásica (Γ) –utilizada en los grupos anteriores (I-III)– a la innovada (Λ) (figura 120). Esta será la forma habitual de incluir al signo **l** en los reversos de las unidades durante el tercer período.

Ya en el momento final de su producción –período III–, da la sensación de que el taller hace un esfuerzo por recuperar el estilo más clásico del primer período. En el anverso de las monedas, la cabeza laureada vuelve a mirar hacia la derecha. Además, nuevamente se acuña un símbolo o posible marca de emisión; en este caso, una oreja. En el reverso, los detalles del jinete y su montura vuelven a ganar en realismo y calidad, aunque nunca alcanzarán la belleza de los cuños de las emisiones del primer período. Dicho jinete viste ahora la clámide (figura 121), detalle que podría ser un indicio a la hora de vincular esta última emisión con la fundación de la ciudad que se convertiría en el *municipium Iluronense* durante el reinado de Augusto y a la que se trasladó la ceca⁴¹⁸. No puede olvidarse que la clámide era una prenda de vestir ligera que los soldados de caballería griegos llevaban entre los siglos V y III a. C., y que posteriormente fue adoptada por

⁴¹⁷ Sinner 2013b: 108-110.

⁴¹⁸ Pérez Almoguera 1996: 43; Martí 2009: 383.

los romanos y acabó derivando en el *paludamentum*, ropaje que los mandos militares vestían sobre la coraza.



Figura 120. Unidades de *ilduro*. a. Grupo III. 125-100 a. C. (MCM). b. Grupo IV. 100-90 a. C., (AV) (escala 2:1).



Figura 121. Unidad del período III de *ilduro*. 90/80-72 a. C. (CM) (escala 2:1).

En cuanto a la identificación del recurrente retrato masculino presente en todos los anversos del taller, el tema ha generado una extensa bibliografía que ha evolucionado hacia interpretaciones más elaboradas a medida que se avanzaba en este campo de estudio. Desde que Navascués identificase a una divinidad ampliamente aceptada por grupos tan distintos y heterogéneos como los que poblaban la Citerior a mediados del siglo II a. C.⁴¹⁹ –como lo define Ripollès, una especie de Hércules hispánico⁴²⁰–, la lectura de estos anversos ha ido pasando por diversos estadios⁴²¹ hasta llegar a la propuesta de Almagro-Gorbea, que es la que actualmente goza de mejor aceptación. Según este autor, «[...] debe de representar a la divinidad local del grupo étnico y/o población correspondiente, que sería su Héros Ktístes o epónimo, más que un dios de carácter supra-regional o pancéltico»⁴²².

Volviendo al mencionado jinete, este porta una lanza en actitud guerrera y aparece invariablemente en el reverso de todas estas monedas. En ocasiones, se distinguen perfectamente detalles como el casco –que varía de un cuño a otro (figura 122)–, las botas de caballería y una lanza en la mano derecha, mientras que sujeta las riendas del equino con la izquierda. Los cuartos traseros del animal se apoyan sobre la línea del exergo transfiriendo estabilidad y equilibrio al diseño. Parece evidente que el grabador/es de estos primeros cuños del taller era un artista experto (grupos I.1 y II.1), ya que muestra un excelente conocimiento tanto de las facciones humanas como de las del propio equino, que resulta detallado y bien proporcionado.

Es probable que la interpretación del jinete deba relacionarse con la del anverso. Nuevamente, es posible que se trate del *Héros Ktístes*, pero en una representación mucho más cercana a la de las élites ecuestres e intrincada en su sistema socio-cultural, como podría ser la de un guerrero en plena batalla o cazando, prestigiosas actividades ambas entre las élites ibéricas.



Figura 122. Detalle de los distintos diseños de casco utilizados por la ceca de *ilduro* a lo largo de sus emisiones. a. Grupo I.1; b. Grupo IV.1; c. Grupo III.1; d. Grupo V.1.

⁴¹⁹ Navascués 1961-1962.

⁴²⁰ Ripollès 2007: 35.

⁴²¹ Se puede encontrar una excelente síntesis sobre estas cuestiones en Almagro-Gorbea 1995; 2005.

⁴²² Almagro-Gorbea 2005: 178.

Por lo que se refiere al origen del diseño, la hipótesis que lo relaciona con las abundantes acuñaciones de Hierón II de Siracusa (figura 123) ha sido bastante popular entre los investigadores⁴²³. El hecho de que hubiera mercenarios hispanos sirviendo en Sicilia ha servido a una gran parte de la historiografía para justificar muchas de las influencias griegas en la península aun cuando cabría pensar en la existencia de un foco de influencia mucho más directo en colonias como *Emporion* o *Rhode*⁴²⁴. Sea como fuere, el conflicto en esta isla puso efectivamente en contacto a toda una serie de mercenarios hispanos con las amonedaciones siracusanas⁴²⁵. Por otra parte, no faltan autores que recalcan que discurrió un lapso de tiempo demasiado amplio desde este contacto inicial hasta la aparición de las primeras series con el jinete para poder atribuir a las monedas de Hierón II la «paternidad» del diseño hispano por excelencia en la Citerior. En su lugar, proponen otros influjos mucho más vinculados con Roma, como el de los dioscuros⁴²⁶.



Figura 123. Moneda de bronce de Hierón II de Siracusa (SIP) (escala 2:1).



Figura 124. Semis uncial reducido del grupo II.1 de ilduro. 150-125 a. C. (DMCB) (escala 2:1).

⁴²³ Hill 1931: 42-43; Almagro-Gorbea 1995: 58.

⁴²⁴ Ripollès 2007: 43, nota 89.

⁴²⁵ Vives 1926: CLXXXVI.

⁴²⁶ Beltrán 1982: 174. Sobre la relación entre las monedas con leyenda HISPANORVM (Morgantina) y el tipo del jinete utilizado en las emisiones ibéricas de la Citerior véase Chávez 2012.

11.1.2. Cabeza masculina-caballo

Este diseño fue utilizado por la ceca en dos períodos de emisión distintos –I y II–, en los que siempre ocupa el segundo lugar en la escala de valores. Las piezas elaboradas en el primero de ellos pudieron ser semises unciales reducidos (grupo II.2), mientras que las del segundo siempre tendrán el valor mitad (grupo III.2).

El diseño de los anversos del primer período muestra un retrato masculino diademado a derecha de estilo muy similar al observado para los ases unciales reducidos de tipo helenístico. Aunque apenas se ha conservado un ejemplar que permite examinar los detalles del rostro representado (figura 124), es posible en líneas generales contemplar un estilo que se asemeja bastante al utilizado para el mismo valor en la ceca de **laieśken** (figura 125), alejándose del más étnico de las primeras acuñaciones. Un caballo al galope, sin jinete y con las riendas al viento, se muestra siempre en el reverso.

Apenas hay diferencias en el diseño a lo largo del segundo período de emisión de la ceca, en el que se sigue viendo un trabajo realista y de calidad que hace fácilmente reconocibles los escasos cuños que el taller produjo (figura 126).

Este diseño, también ampliamente documentado en el imaginario iconográfico de la Hispania Citerior, debe relacionarse con la importancia que el caballo tuvo en las sociedades hispanas anteriores a la llegada de Roma y, por

tanto, la lista de talleres que lo adoptaron como una de sus iconografías habituales es larga. En palabras de Almagro-Gorbea: «*La nueva clase ecuestre es esencial para comprender la estructura ideológica de la Hispania prerromana. Esta clase social aristocrática tenía como base ideológica la heroización de sus antepasados, siguiendo la tradición gentilicia, elemento en el que se fundamentaba su preeminencia social, clave de su poder político y económico. En consecuencia, estas aristocracias, tanto las ibéricas como las célticas, basaban su estatus social y se identificaban como élites ecuestres o 'caballeros'*»⁴²⁷.



Figura 125. Semis uncial reducido de **laieśken**. Segunda mitad del siglo II a. C. (CC) (escala 2:1)

⁴²⁷ Almagro-Gorbea 2005: 153.

Si se busca el origen del diseño, cabe decir que fueron muchas las ciudades y pueblos del Occidente mediterráneo que se sirvieron de él en sus monedas –Siracusa, Roma, Luceria, Larinum, Arpi, Salapia, Alesa, Thurium o Beneventum, entre otras⁴²⁸–. No obstante, los cartagineses fueron quienes más asiduamente se sirvieron del caballo, animal que estuvo presente en la práctica totalidad de sus reversos de una u otra manera. Pese a la amplia y bien documentada difusión que el equino tiene como diseño monetar, parece que hay que buscar en el taller de **kese** la causa o la influencia directa por la que **ilduro** adoptó dicho diseño.



Figura 126. Mitad del grupo III de **ilduro**. 125-100 a. C. (GNC/MNAC) (escala 2:1).

Figura 127. Sextante uncial reducido de estilo ausetano del grupo I de **ilduro**. 150-125 (GNC/MNAC) (escala 2:1).



11.1.3. Cabeza masculina-dos delfines

Sin duda, es la combinación más original, innovadora y, por su rareza, de compleja interpretación que el taller de **ilduro** ofrece. Este diseño –aunque con matices que se verán a continuación– será empleado tanto en el período I de la ceca –en el que parecen actuar como sextantes unciales reducidos (grupo I.2) y trientes unciales reducidos (grupo II.3)– como en el período II –con valor de un tercio (grupo III.3)–.

Dentro del primero de ellos, se pueden encontrar dos variantes distintas que podrían englobarse dentro de esta descripción algo genérica:

⁴²⁸ Ripollès 2007: 45.



Figura 128. Triente uncial reducido del grupo II de *ilduro*. 150-125 a. C. (GNC/MNAC) (escala 2:1).

Una (grupo I.2) posee –al igual que ocurría en diseños anteriores– un estilo muy similar al de los anversos ausetanos (**auśesken** CNH 3 y **euśtibaikula** CNH 3), con los que además coincide al presentar un delfín detrás de la cabeza masculina a modo de símbolo –marca de emisión– en los divisores de menor valor. Dos delfines superpuestos –uno a izquierda, en la parte superior, y otro mirando hacia la derecha, en la parte inferior– se representan invariablemente en el reverso de las escasas monedas conservadas. La leyenda $\text{M}\Gamma\Delta\text{H}$ aparece alrededor de los cetáceos. Se inicia en la parte izquierda del reverso –frente a la parte delantera del delfín superior–, prosigue bajo la cola de este animal hacia la derecha –parte inferior del reverso– y concluye tras la parte trasera del primer delfín (figura 127).

En la segunda variante (grupo II.3), bastante más pesada, el símbolo delfín no aparece en el anverso como principal diferencia frente a la anterior. Por lo que al reverso se refiere, si bien se mantienen las características básicas de este diseño –cabeza masculina/dos delfines–, ahora se observa que ambos cetáceos miran hacia la derecha. La leyenda, antes alrededor de estos, pasa a ocupar una posición central en el diseño. El topónimo **ilduro** ($\text{M}\Gamma\Delta\text{H}$) siempre se ubica entre los dos delfines, y se delimita mediante la colocación de sendas líneas horizontales (figura 128).

Este diseño se mantiene invariable durante el período II de acuñación del taller, aunque irá perdiendo calidad, realismo y precisión en los detalles a medida que los cuños evolucionan (grupo III.3). Posiblemente dicha pérdida de calidad se deba a la necesidad de trabajar en un espacio muy reducido, ya que los flanes de estas piezas serán los más pequeños que el taller utilizará. En la leyenda, el **ilduro** del primer período ($\text{M}\Gamma\Delta\text{H}$) se torna en $\text{M}\Gamma\Delta\text{H}$, como es habitual en los cuños del segundo período (figura 129).



Figura 129. Tercio del grupo III de **ilduro**. 125-100 a. C. (AV) (escala 2,5:1).

Resulta tremendamente complicado argumentar por qué el taller de **ilduro** se decantó por este innovador diseño a la hora de definir –en general– sus trientes unciales reducidos y sus tercios. El tipo de los dos delfines se aleja considerablemente del caballo pastando utilizado por el taller de **kese** –ceca de la que posiblemente **ilduro** y el resto de talleres ibéricos catalanes tomaron la mayoría de sus diseños y valores⁴²⁹– para identificar a sus tercios. Por otro lado, no se conoce ningún otro taller íbero o celtíbero que acuñe utilizando un diseño similar, siendo el *tartemorion* de *Emporion* –emitido con posterioridad al 241 a. C. (CNH 20) y otra vez más adelante, en el 218 a. C. (CNH 39, 40, 48 y 49)– el origen más plausible de dicho tipo de reverso o, al menos, el más cercano. Otro posible origen serían las emisiones de Salacia-Ketouibon, donde algunas de sus unidades (CNH 7, 8, 9, 10 y 13) utilizan un tipo de reverso casi idéntico al que se puede ver en los trientes y tercios de **ilduro**. No obstante, parece complicado que esta amonedación sirviese de inspiración a los grabadores que abrieron los cuños de **ilduro**, aunque la cronología de las unidades de Salacia –segunda mitad del siglo II a. C.⁴³⁰– es prácticamente coetánea a la estimada para las monedas del taller layetano, la distancia entre ambas cecas es considerable.

Es casi imposible determinar el significado simbólico que el delfín puede tener dentro de las amonedaciones de **ilduro**, dado que este animal es una de las representaciones zoomorfas más habituales en el mundo clásico. Fue empleado como símbolo de buen augurio, del mar y de la navegación segura. Además, aparece frecuentemente asociado a importantes deidades, tales como Poseidón, Apolo, Taras, Falanto o Eros⁴³¹, por lo que no es descartable que hubiese sido objeto de culto entre los massaliotas, como señala Estrabón⁴³². Por otro lado, el delfín fue uno de los diseños iconográficos más frecuentes en las emisiones ibéricas

⁴²⁹ Llorens y Ripollès 1998: 56-57.

⁴³⁰ García-Bellido y Blázquez 2001: 334-335.

⁴³¹ Ripollès: 2007: 49.

⁴³² Estrabon: 4.1.4.

y celtibéricas ya fuese como tipo principal o como símbolo⁴³³. Está presente en las amonedaciones de todos los talleres layetanos en mayor o menor medida exceptuando a **laiesken**, que nunca lo utilizó en su producción.

Al igual que otros autores, el de esta tesis se inclina por la posibilidad de que el delfín se identificase originalmente con alguna divinidad marina en origen. Más tarde, con el paso del tiempo, habría quedado estereotipado como un diseño que se identificaría con uno u otro nominal en función del taller, pero siempre vinculado a divisores, como sucedía en Tarento y otros talleres de la Magna Grecia⁴³⁴. El hecho de que se graben dos de estos animales podría responder simplemente a un tema estético o ser una manera de especificar el valor doble de dichas piezas frente las que solo tienen uno aunque en el caso de **ilduro**, de ser así, habría habido excepciones (véase capítulo 12).

11.1.4. Cabeza masculina-delfín

Solamente se encuentra este diseño en los sextantes unciales reducidos de la ceca enmarcados dentro su primer período de acuñación, y poco se puede decir sobre él, pues está formado por dos elementos tratados con anterioridad –cabeza masculina y delfín– y no habría mucho más que añadir en cuanto a sus aspectos simbólico e interpretativo.

Sin duda, el reverso permite establecer dos grupos de cuños claramente diferenciados:

El primero (grupo I.2 cat. 3), estilísticamente muy vinculado en sus anversos con los tipos de estilo ausetano –también presentan el símbolo delfín–, se caracteriza por mostrar un delfín mirando a la izquierda en el reverso. Además, y como ocurría en los cuños con reverso dos delfines (grupo I.2 cat. 1-2), la leyenda **ilduro** –con signo **tu/du** complejo– se encuentra dispuesta alrededor del cetáceo.

Figura 130. Sextante uncial reducido de estilo ausetano del grupo I de **ilduro**. 150-125 a. C. (antigua colección HSA; escala 2,5:1).



⁴³³ Para un análisis detallado de la utilización del delfín en relación con la moneda, véase Ripollès y Llorens 2002: 85-88.

⁴³⁴ Ripollès y Llorens 2002: 88.



Figura 131. Sextante uncial reducido del grupo II de **ilduro**. 150-125 a. C. (antigua colección HSA; escala 2,5:1).

El diseño se ve ostensiblemente modificado en el segundo grupo de cuños (grupo II.3 cat. 2-4). Así, el símbolo delfín desaparece del anverso, mientras que modifica su orientación en el reverso de las monedas mirando hacia la derecha (con la excepción del ejemplar 1a del grupo II.4). La leyenda $\text{M}\Gamma\Delta\text{H}$ también cambia su ubicación y pasa a estar en la parte inferior, bajo el animal y sobre la línea del exergo.

Más sencillo parece el origen de un diseño que no resulta en absoluto novedoso o peculiar. El delfín mirando a la derecha fue el reverso más habitual en los sextos de las series acuñadas por el taller de **kese** –posiblemente, el modelo que inspiró a los grabadores de **ilduro**–, aunque también puede verse puntualmente en los sextantes unciales reducidos del taller de **euštibaikula**, dentro del grupo ausetano. En el Levante peninsular, el cetáceo fue representado con la cabeza hacia la izquierda –como en los sextantes unciales reducidos de **ilduro**–, o a la derecha –como en las amonedaciones saguntinas (**arse**)–. Desde finales del siglo III a. C. e inicios del II a.C., es el diseño es el empleado en los octavos de esta ceca. Ya en su segundo período de emisión⁴³⁵, el taller de **arse-Saguntum** representó el delfín a derecha en los cuartos, mientras que el animal mira indistintamente a uno u otro lado en octavos y doceavos de la ceca⁴³⁶.

11.1.5. Cabeza masculina-medio Pegaso

Nuevamente, es uno de los tipos que gozaron de una mejor aceptación en la Hispania Citerior de los siglos II-I a. C. Un importante número de talleres ibéricos utilizó este diseño muy uniformemente para representar a sus cuartos o cuartos. El taller de **ilduro** no será la excepción, e hizo uso de dicho repertorio iconográfico para identificar al mismo valor –cuarto– durante los períodos II (grupo III.4 cat. 1) y III (grupo V.2 cat. 1-3) de su producción.

⁴³⁵ Sobre los diferentes períodos del taller de **arse-Saguntum**, véase el apartado sobre ordenación y cronología en Ripollès y Llorens 2002.

⁴³⁶ Ripollès y Llorens 2002: 86-87.



Figura 132. Cuartos de *ilduro*. a. Grupo III. 125-100 a.C. (AV); b. Grupo V. 90/80-72 a. C. (MCM) (escala 2:1).

Pocas son las diferencias entre los cuños abiertos por la ceca con este valor. Los producidos en el segundo período son escasos y muy raros (grupo III.1). A modo de símbolo, presentan el signo ibérico **to/do** (W) en su anverso, y lee la leyenda **ilduro** (ʎΓΔϠH) escrita con caracteres ibéricos siempre debajo del Pegaso y sobre la línea del exergo en el reverso. Los acuñados en el último período –III– son fácilmente reconocibles por presentar el símbolo oreja en sus anversos (grupo V.2). Los reversos, por su parte, muestran tres glóbulos formando un triángulo a modo de marca de valor como principal característica. Estos indican que las monedas equivalen a 3/12 partes de la unidad, por lo que deben ser valoradas como cuartos. La leyenda ocupa la misma posición que en los cuartos del grupo II, pudiendo ser transcrita como ʎΛΔϠH o ʎΓΔϠH indistintamente en función del cuño de reverso utilizado (figura 132).

Si bien es posible que el tipo con el medio Pegaso llegara a **ilduro** vía **kese** –parece que es el primer taller en utilizar este diseño–, queda claro que la introducción del hijo de Poseidón y Medusa en el repertorio iconográfico de la península ibérica se debe a *Emporion*. Al mismo tiempo, resulta plausible creer que la que un día fue fundación massaliota se inspiró en los modelos utilizados en las estáteras siracusanas o, incluso, los adoptó⁴³⁷. Parece que –una vez más y siempre en última instancia– la ciudad griega debe considerarse precursora de algunos de los diseños más populares entre los talleres ibéricos de la Citerior.

En el plano simbólico, el Pegaso tiene un papel destacado dentro del repertorio mitológico clásico. El caballo alado fue engendrado por Poseidón y Medusa naciendo del cuello de esta al decapitarla Perseo con la colaboración de Atenea⁴³⁸. La misma diosa medió con Belerofonte para que, finalmente, este domesticase a la bestia en Corinto. Otra versión, nuevamente de la mano de Hesiodo⁴³⁹, afirma que Pegaso fue un presente de Poseidón a Belerofonte.

Más allá de la vinculación entre Pegaso y Belerofonte, la fuerte carga simbólica del primero está fuera de toda duda. No obstante, no se conoce evidencia

⁴³⁷ Ripollès 2007: 47.

⁴³⁸ Hesiodo, *Teogonía*: v. 278-282.

⁴³⁹ Hesiodo, *Eneas*: frag. 7.

alguna que permita relacionar al mitológico animal con las amonedaciones ibéricas. Si bien es sabido que el mito de Pegaso gozó de bastante repercusión y buena acogida en el oriente Mediterráneo, poco o nada se conoce de su difusión dentro del imaginario simbólico y religioso de las ciudades más occidentales. Sin lugar a dudas, Pegaso y su mito encontraron en las estáteras de Corinto y Siracusa –así como en las dracmas de *Emporion*– a sus mejores aliados en el Mediterráneo occidental⁴⁴⁰.

11.2. Símbolos

Las emisiones del taller de **ilduro** fueron poco dadas a utilizar elementos secundarios –como símbolos o marcas de valor– en sus diseños. Aun así, este tipo de diseños secundarios –que acompañan y complementan al principal– puede hallarse en todos los períodos productivos del taller, pero sin mostrar una constancia o regularidad que permita sistematizarlos o atribuirles una funcionalidad clara, como sí ocurre con el taller de **kese**.

11.2.1. Jabalí y delfín

Al igual que en las emisiones ausetanas más antiguas⁴⁴¹, parece que las primeras monedas de **ilduro** –período I– emplearon esta pareja de símbolos interrelacionados entre sí para marcar a sus unidades (grupo I, cat. 1-3) –jabalí (figura 134 a)– y divisores (grupo I.2, cat. 1-3) –delfín (figura 134 b)–. Este hecho podría establecer una ligera diferencia en cuanto a su función como símbolos –el delfín principalmente– en relación con otros talleres que, como **ildiúrda** u otras muchas cecas celtibéricas, también utilizaron al cetáceo de forma secundaria en sus reversos. En **ilduro**, **auśesken** o **euštibaikula**, el delfín podría marcar a los divisores de un grupo concreto de unidades –las que presentan el símbolo jabalí en sus anversos–. Por el contrario, en el resto de talleres mencionados –con **ildiúrda** a la cabeza, ya que parece ser la ceca que introdujo esta tendencia–, el delfín tendría más que ver con el tipo principal al que complementa, igual que en los anversos de las dracmas de *Emporion*, origen de los tipos de **ildiúrda** con tres delfines alrededor⁴⁴². Por tanto, podría decirse que el jabalí y el delfín fueron las marcas de la primera emisión del taller de **ilduro** (grupo I), y posiblemente estuvieron más relacionadas con el control del proceso productivo y con el poder emisor que con su simple diseño⁴⁴³. Otro tema muy distinto, pero no menos interesante, es por qué el

⁴⁴⁰ Ripollès 2007: 47.

⁴⁴¹ Villaronga 1994: 185-189.

⁴⁴² Villaronga 1979: 128.

⁴⁴³ Recientemente, López (2010: 178-179) ha propuesto que el símbolo jabalí –al igual que ocurría con la oreja– está conectado con una festividad apolínea, momento en el que tendría lugar la supuesta

taller eligió estos símbolos concretos, y no otros, como marca de emisión. Poco más se puede añadir sobre el delfín, puesto que su simbología y procedencia más plausible han sido anteriormente explicadas. Respecto al jabalí, se conocen numerosas representaciones de este animal –mayoritariamente, fíbulas zoomorfas– en la meseta occidental, territorio en el que se habló una lengua celta. Este mamífero perteneciente a la familia de los suidos también jugó un importante papel dentro del imaginario del mundo celta europeo, en el que sus representaciones fueron igualmente abundantes⁴⁴⁴. El jabalí tampoco es un animal extraño en el ámbito religioso de los íberos, al que aparecería asociado como elemento de ultratumba desde –al menos– el siglo V a. C.⁴⁴⁵. Asimismo, no se puede afirmar que fuese desconocido en el imaginario mítico del mundo clásico, donde aparece en diversas leyendas asociado a contextos de caza –Adameto, Androclo, Heracles, Hiante Melegaro– o relacionado con divinidades, el propio Apolo llegó a tomar la forma del suido en una ocasión para dar muerte a Adonis⁴⁴⁶.

El hábitat predilecto del jabalí son los encinares y los macizos forestales caducifolios o mixtos, y también se encuentra cómodo en la alta y media montaña. Esta descripción, que encaja bien con la apariencia que debieron de tener las actuales sierra Litoral y pre-Litoral en la época antigua, podría explicar el motivo de que layetanos –y, sobre todo, ausetanos– lo adoptaran como animal totémico. El hecho de que se trate de la presa más fuerte y difícil de capturar a la que estos pueblos se enfrentaban en sus cacerías –unido al amplio simbolismo del mismo y a la importancia de la caza entre las sociedades ibéricas– también podría explicar su elección.

No se puede descartar la posibilidad de que estos símbolos, más allá de su extenso universo simbólico, respondan simplemente a copias que tendrían su origen en el taller de **auésken** con o sin conocimiento de su funcionalidad. Parece que **ilduro** –y, posiblemente, también **euštibaikula**– compartieron grabador con este taller en el momento de abrir los cuños de sus primeras emisiones, por lo que esta hipótesis no es muy aventurada.; más aún si se tiene en cuenta que se conocen muchas más piezas de estas primeras series de **auésken** –aun cuando la ceca no ha sido objeto de un estudio monográfico– que de **ilduro** o de **euštibaikula**. De ese modo, sería factible atribuir una mayor importancia a la ceca de **auésken**, lo que en cierto modo justificaría que pudiese influir sobre los tipos

ceremonia de reclutamiento de fuerzas ciudadanas. Esta hipótesis establece paralelismos entre los símbolos de las monedas ibéricas catalanas y los presentes en denarios romanos de Piso Frugi, RRC, 340 /1 y, por tanto, las vincula directamente con amonedaciones de carácter estrictamente militar.

⁴⁴⁴ Cabanes y Cerdeño 1994.

⁴⁴⁵ Almaguera 1995: 254.

⁴⁴⁶ Almaguera 1995: 255.

de los otros talleres mencionados, cuya producción era mucho más humilde en esos momentos⁴⁴⁷.

Llegados a este punto, no hay que obviar uno de los hallazgos más relevantes llevados a cabo en el valle de Cabrera de Mar –concretamente, en la parcela conocida como Ca l’Arnau (véase capítulo 5)– y que aún sigue inédito a día de hoy. Se trata de una cabeza de jabalí –posiblemente procedente de una fuente o tejado– a través de la cual discurría el agua (figura 133). Dicho elemento decorativo está elaborado en cerámica, con una pasta de clara procedencia itálica. Es decir, se trata de un elemento de prestigio dado que su propietario, itálico o no (no hay forma de determinarlo; véase capítulo 6), lo importó expresamente para decorar una parte de lo que cabe suponer sería el patio o tejado de su vivienda⁴⁴⁸. Es perfectamente posible que no exista relación alguna entre el jabalí de las monedas de **ilduro** y este ornamento cerámico, pero también lo es que dicho animal tuviese una fuerte presencia en el imaginario local por ser totémico en la zona y que el mencionado propietario no eligiese este diseño al azar.



Figura 133. Fotografía y reconstrucción en 3D de la cabeza de jabalí hallada en Cabrera de Mar (fotografía de A. Martín. 3D A. Biosca; montaje del autor).

⁴⁴⁷ Sobre la relación entre las cecas de **auésken** e **ilduro**, así como entre la Layetania y la Ausetania, véanse capítulos 7, 16 y 19.

⁴⁴⁸ Las excavaciones llevadas a cabo en el lugar son prácticamente inexistentes, por lo que muy poco se sabe acerca de la construcción en la que se encontró esta pieza; no obstante, podría tratarse de una vivienda similar a las de Can Mateu o Can Rodon. Sí se conoce que la estructura presenta, al menos, una sala pavimentada mediante la técnica del *opus signinum*, así como un revestimiento de cal que recubre las paredes de varias estancias.

11.2.2. Signo ibérico *do/do* (*W*)

Aparece en unas escasísimas monedas correspondientes al segundo período de acuñación del taller. Basándose en su iconografía y metrología, su valor parece ser el de un cuarto (grupo III.4, cat. 1).

El hecho de que sea un signo epigráfico (figura 134 c) podría descartar la posible pertenencia del mismo al diseño primario de estas monedas. Quizá se trate nuevamente de una marca de emisión, pero resulta complicada de explicar aun así. No se conoce ninguna otra marca en ninguna otra denominación del taller a lo largo de todo este período productivo. Se antoja complicado que solamente un divisor concreto presente una marca de emisión cuando ni las unidades ni ningún otro valor de las series con las que estas monedas parecen relacionarse siguen esta tónica.

A priori, lo más sencillo sería pensar que aún se desconoce la unidad con la que estos divisores se relacionan. No obstante, teniendo presente la muestra de monedas con la que se ha trabajado y los datos procedentes del estudio de cuños realizado (véanse capítulos 14 y 17), no da la sensación de que tal cosa sea factible. La estadística indica que la practica totalidad de las unidades que la ceca layetana produjo durante el segundo período de emisión es conocida, por lo que esta posibilidad resulta remota aunque no se pueda descartar totalmente. Tampoco resulta fácil explicar por qué, en este caso concreto, un taller que siempre utilizó símbolos antropomorfos o zoomorfos a modo de marca de emisión cambió puntualmente esa dinámica que, luego, volverá a abandonar en su último período de acuñación. Gracias al estudio de cuños (véase capítulo 17) sabemos que los anversos del grupo III.3 (cat. 1a-2a) y III.4 (cat. 1a-1b) compartieron el mismo cuño. Parece plausible suponer que el símbolo **to/do** fue añadido a la hora de acuñar las monedas del grupo III.4 –evitando así el abrir un cuño nuevo aprovechando uno que todavía estaba en buen estado– para así diferenciar sus anversos de las del grupo III.3.

11.2.3. Oreja

La oreja (figura 134 d) –o, cuanto menos, lo que se ha interpretado hasta hoy como tal– es posiblemente el símbolo más original y característico de **ilduro** por diversas razones:

Ningún otro taller íbero o celtíbero lo utiliza, y solamente se encuentran ciertos paralelismos en las amonedaciones romanas; principalmente, en los denarios de Piso Frugi, RRC, 340/1 (90 a. C.), en los que dicho símbolo oreja (núm. 18) aparece claramente descrito entre las marcas de anverso.

Es importante tener presente que tales denarios son coetáneos a la serie de la oreja de **ilduro**, serie que solamente emitirá unidades (grupo V.1) y cuartos (grupo V.2), y debe recordarse que se acuña ya desde la fundación de *Iluro* con toda probabilidad. Si a todo esto se suma el hecho de que el único divisor de la serie presenta siempre la marca de valor al estilo de las amonedaciones romanas, parece lógico ver la influencia de Roma en este tercer período de emisión del taller ya sea de un modo directo o indirecto.

En el aspecto mitológico, la representación de orejas tampoco resulta rara ni desconocida, y está muchas veces vinculada entre griegos y cartagineses con los dioses que los primeros llamaron *epékooi*. Como señala García-Bellido: «Una cualidad divina imprescindible para que el diálogo entre el fiel y el dios se inicie, y con él todo el proceso del culto. Es un acto religioso transcendente. El momento en el que la divinidad presta oídos a los clamores del fiel. Esta divinidad que por fin escucha ha sido aludida en todos los cultos; en unos, aquellos que usan la escritura para los usos del culto como los griegos, a través de epítetos divinos; en otros, a través de la hipertrofia del miembro auditivo»⁴⁴⁹.

El epíteto griego *epékooi* –que cuenta con innumerables epígrafes y ejemplos– se extendió y aplicó a divinidades orientales como Artemis Efesia o Baal Shamon, Serapis e Isis ya dentro del panteón semita. Como bien dice García-Bellido, no se puede descartar que los íberos conociesen también esta fórmula de conmemorar el hecho de que la divinidad haya escuchado y que así lo plasmasen en sus monedas⁴⁵⁰. No obstante, parece más plausible –sobre todo, debido a la avanzada cronología de la serie en cuestión– que se trate de la copia de un símbolo



utilizado en unas emisiones romanas numerosas que, por el contexto bélico en que se produjeron –la Guerra Social (91-88 a. C.)–, debieron de entrar en contacto sin duda alguna con los habitantes de la Citerior; fundamentalmente, con aquellos que lucharon como tropas auxiliares en el conflicto.

Figura 134. Símbolos utilizados por la ceca de **ilduro**: a. Jabalí; b. Delfín; c. Signo ibérico to/do; d. Oreja.

⁴⁴⁹ García-Bellido 2002-2003: 230.

⁴⁵⁰ García-Bellido 2002-2003: 231.

12. METROLOGÍA Y DENOMINACIONES⁴⁵¹

El peso es un elemento clave en la naturaleza de una moneda, pues condiciona aspectos tan importantes de la misma como su función o valor⁴⁵². Por ello, uno de los objetivos principales de este capítulo será establecer si los modelos seguidos por la ceca son romanos, autónomos o si se alternan a lo largo de la producción del taller.

Aunque las acuñaciones peninsulares en bronce presentan un variado panorama y muchas menos certezas que las realizadas en plata, parece evidente cuando se trabaja con los bronce de **ilduro** y con casi todas las emisiones ibéricas layetanas que la mayoría de ellas va perdiendo peso gradualmente a medida que son más modernas; esto ocurrirá a lo largo de la segunda mitad del siglo II a. C. y hasta llegar a la primera década del siglo I a. C., momento en que parece haber una recuperación de dicho peso. Gracias a estos cambios de las acuñaciones a lo largo de la vida de los talleres, se puede llegar a diferenciar tres grandes grupos de emisiones basándose en sus respectivos pesos, que parecen, además, seguir dos sistemas de valoración distintos como mínimo⁴⁵³. Estos tres grupos coinciden perfectamente con los respectivos períodos de acuñación del taller, lo que facilita mucho el discurso del presente capítulo así como el del dedicado a la cronología y ordenación de las series.

Al igual que ocurre con la plata emitida por otros talleres cercanos –como **auśesken** o **kese**–, lo más lógico sería que el patrón metrológico seguido por la ceca de **ilduro** fuese romano en todo momento, dato que, por otro lado, concuerda bien con alguno de los mencionados períodos de acuñación. Por el contrario, y como se verá en adelante, la realidad es mucho más compleja y la ceca muestra una heterogeneidad que, aunque no debe sorprender⁴⁵⁴, sí tiene que ser objeto de un análisis detallado.

⁴⁵¹ Este capítulo está basado en el texto que el autor publicó en la revista *Pyrenae* (2013); Sinner 2013b.

⁴⁵² Llorens y Ripollès 1998: 89.

⁴⁵³ Ripollès 2007: 70.

⁴⁵⁴ Villaronga ya anticipaba esta heterogeneidad (1994: 192-194), y se ha visto confirmada en otros estudios. Llorens y Ripollès 1998: 89-95; Ripollès 2007: 66-76.

Antes de iniciar la exposición de los datos recopilados e interpretados, hay que señalar que es normal encontrar valores por encima o por debajo de la media esperada cuando se realiza el análisis metrológico de una ceca antigua. Es asimismo importante tener presente que la característica con la que se trabaja –en este caso, el peso de cada moneda–, es el resultado de dos mil años de alteraciones que, en mayor o menor medida, afectan a la pieza y, por consiguiente, a dicho peso. Lógicamente, nunca se ha contado con una muestra recién acuñada (pesos originales), por lo que será necesario tener esto en cuenta a la hora de hacer grupos o sacar conclusiones. Este hecho resulta especialmente relevante cuando son monedas de bronce, aleación mucho más delicada que la plata o el oro y que tiende a sufrir un desgaste y presentar un grado de alteración mucho mayores.

Finalmente, y como muy bien apunta Gozálbés: «*Un factor determinante para el esclarecimiento de los sistemas seguidos y su cronología sería conocer los márgenes de tolerancia metrológica permitidos por los talleres en cada momento que, sin duda, debieron de ser bastante amplios*»⁴⁵⁵. Son demasiadas las incertidumbres en relación con los patrones metrológicos utilizados a lo largo del siglo II a. C. e inicios de la centuria siguiente en Hispania. No se sabe si existió una cierta tolerancia o si debía acuñarse un número determinado de piezas partiendo de una determinada cantidad de metal disponible. Si eso fuese así, la variación en estos dos factores –metal disponible/número de monedas que acuñar– podría justificar en gran medida las diferencias observadas entre distintos grupos de emisiones.

No es intención de este estudio negar la existencia de patrones o sistemas de referencia que –al menos, en el caso de **ilduro**– parece existieron y son bastante evidentes, pero sí podría ser importante cuestionar su rigidez en el caso de los bronces. Su bajo valor, unido a la desigual composición de las aleaciones utilizadas (véase capítulo 13), llevaría a pensar que existió una cierta relajación en el momento de seguir dichos sistemas de referencia.

12.1. Período I (150-125 a. C.)

12.1.1. Ases unciales reducidos

Los ases de los grupos I y II del período I son minoritarios en los hallazgos arqueológicos de la ceca. Sin embargo y gracias a ellos –procedentes del valle de Cabrera de Mar y del atesoramiento de Balsareny⁴⁵⁶–, se conoce que estas piezas

⁴⁵⁵ Gozálbés 2009a: 100.

⁴⁵⁶ Villaronga 1961: 38-39.

llegaron a circular conjuntamente con las denominaciones de los períodos II y III, al igual que los ases del grupo II.

Hacia el 170 a. C., Roma estaba acuñando con un peso estándar para los ases cercano a los 27 g. Desde esa fecha y hasta el 158 a. C., el peso medio se situó en torno a los 22,5 g llegando posiblemente a los 18 g en la década de 130 a. C.⁴⁵⁷. Estos valores concuerdan a la perfección con lo que se sabe sobre los ases unciales reducidos pertenecientes a los grupos I.1 y II.1 de **ilduro**. Aunque se conocen pocos ejemplares, se han documentado trece piezas cuyos pesos varían entre los 17 y los 24 g (figura 135), siendo 19,91 g el peso medio de los ases del grupo I.1 y 20,5 g el de los del grupo II.1. Pese a que la muestra es demasiado pequeña como para poder extraer conclusiones, la horquilla de más de 7 gramos de diferencia documentada parece indicar una cierta tolerancia en el momento de controlar el peso de los cospeles. Esta idea será confirmada para los períodos posteriores de acuñación, tal y como se verá al abordar los aspectos tecnológicos de la ceca en el capítulo siguiente.

Parece evidente que los primeros ases de la ceca de **ilduro** se adaptaron al modelo romano basado en el estándar del as uncial reducido. Su cronología de emisión (150-125 a. C.) unida a sus pesos (24-17 g) resulta casi idéntica a lo que se conoce para Roma en ese mismo momento (158-130 a. C.; 22,5-18 g).

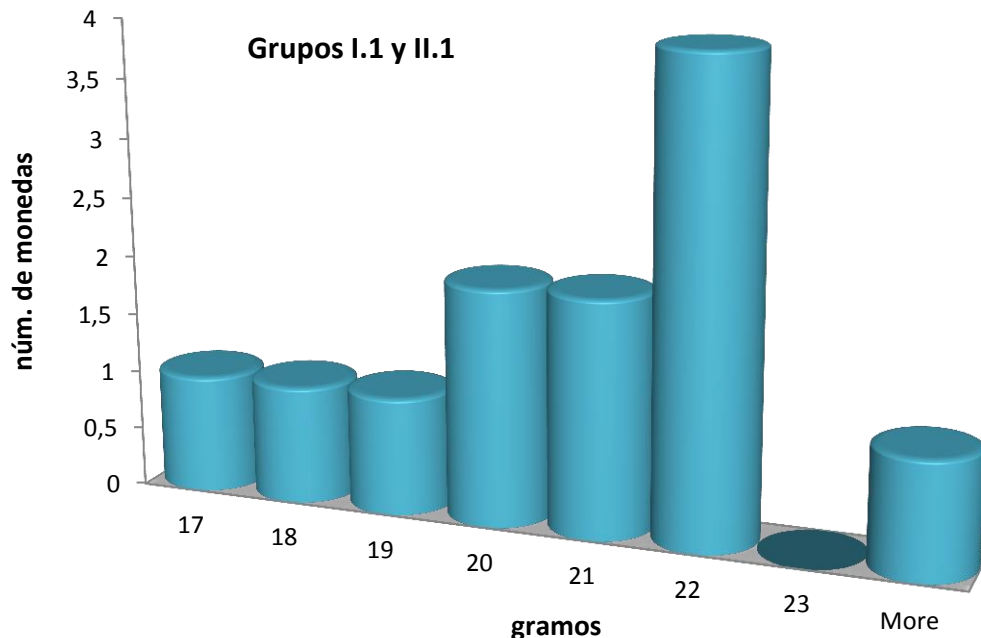


Figura 135. Histograma de los pesos de los ases unciales reducidos de **ilduro** (grupos I.1 y II.1).

⁴⁵⁷ Crawford 1974: 52-54; Ripollès 2007: 69.

12.1.2. Divisores

Como ocurre con la práctica totalidad de los divisores del taller de **ilduro**, los ejemplares conocidos y con los que se ha podido trabajar son escasos.

De este primer período, se han documentado 8 ejemplares que podrían identificarse como semises unciales reducidos basándose en sus pesos (grupo II.2, figura 136). Sus valores oscilan entre los 7,89 y los 12,03 g, siendo el peso medio de estas monedas de 10,1 g. Si dichas piezas se entienden como semises unciales reducidos –como parece debería ser–, las cifras anteriores concuerdan con las de un as uncial reducido cuyo peso ideal sería de 19,42 g. Esta cantidad, por otro lado, se engloba sin problemas dentro de las documentadas en los ases del primer período de la ceca (figura 135).

El taller de **ilduro** también emitió trientes unciales reducidos a lo largo de su primer período de acuñación (grupo II.3, figura 137). El triente equivale a 4/12 partes de la unidad –el as– en la metrología romana. En el caso de **ilduro**, dicho triente –con un peso medio de 6,38 g (9 ejemplares)– remite a un as uncial reducido cuyo peso medio ideal debería estar en torno a los 19,35 g y que parece confirmar el patrón seguido por estas piezas.

Discrepando de trabajos anteriores⁴⁵⁸, las piezas que Villaronga catalogó como *CNH 2* y a las que el autor se refiere como trientes –los pesos de los ejemplares que se conocen son 3,53, 3,5 y 4,03 g– se han considerado como sextantes unciales reducidos y, por tanto, incluido dentro del grupo I.2 de la ceca

en base a sus tipos. Una vez hecha esta matización, es importante mencionar que el taller acuña sextantes siguiendo el sistema de valoración romano del uncial reducido (grupos I.2 y II.4) en dos ocasiones. En el caso del grupo I.2 (5 ejemplares), los pesos oscilan entre los 3,18 y los 4,03 g, mientras que el peso medio es de 3,51 g. Esta cifra daría un as uncial reducido con un peso medio ideal de 21,06 g. Si bien resulta algo más elevado que lo observado en las denominaciones de mayor valor (semises y trientes), sigue encajando perfectamente en los parámetros estipulados.



Figura 136. Semis uncial reducido del grupo II.2 de **ilduro**. 150-125 a. C. (DMCB) (escala 2:1).

⁴⁵⁸ Sinner 2013b: 97.



Figura 137. Triente uncial reducido del grupo II.3 de **ilduro**. 150-125 a. C. (DMCB).



Figura 138. Sextante uncial reducido del grupo II.4 de **ilduro**. 150-125 a. C. (DMCB) (escala 2:1).

En cuanto a los sextantes del grupo II.4 (figura 138) (5 ejemplares), la horquilla de pesos se amplía considerablemente fluctuando entre los 2,35 g y los 5,46 g (peso máximo). El peso medio resultante de 3,96 g es ligeramente mayor que en el grupo I.2 y, aunque el peso medio ideal del as (23,76 g) roza el valor máximo documentado para los ases unciales de la ceca en este período (23,78 g), todo parece indicar que el valor sextante para estas monedas es correcto.

En resumen, el taller de **ilduro** podría haber tomado al romano –basado en el as uncial reducido– como sistema ponderal de referencia durante su primer período de acuñación. Con este patrón metrológico, la ceca emite ases (grupo I.1 y II.1), semises (grupo II.1), trientes (grupo II.3) y sextantes (grupo I.2 y II.4).

12.2. Período II (125-100/90 a. C.)

12.2.1. Unidades

Las unidades documentadas de este segundo período de acuñación de la ceca (grupos III.1 y IV.1) son mucho más numerosas. Las monedas de mayor valor (unidades)⁴⁵⁹ sufren en este momento una importante reducción de su peso a casi

⁴⁵⁹ Debido a que estas emisiones no parecen seguir el patrón metrológico romano, y sí el denominado ibérico o local de 10-12 g, se considera oportuno denominar a sus respectivos valores como unidades, mitades, tercios, cuartos y sextos, respectivamente, siguiendo una tendencia mayoritaria en los últimos años.

la mitad si se comparan con el máximo valor acuñado –el as– en el período anterior.

Articulados dentro del sistema que tradicionalmente se ha denominado patrón ibérico o local⁴⁶⁰, los pesos más habituales⁴⁶¹ oscilan entre 10 y 12 g, superando los 13 g solo en contadas ocasiones. Debido a esta importante pérdida de peso, lo que antes era un as uncial reducido pasará a ser un semis uncial reducido dentro del sistema de pesos romano⁴⁶². Todas las cecas layetanas presentan diversas series que se corresponden con este nuevo patrón. Las de **ilduro**, que se analizan a continuación, resultan especialmente características porque la cabeza masculina típica del anverso mira a la izquierda en dichas unidades.

Se ha trabajado con los pesos de 277 unidades (181 grupo III.1 y 96 grupo IV.1), que oscilan entre valores tan dispares como los 2,91 g y los 18,89 g de peso; no obstante, la práctica totalidad de las monedas conocidas arroja valores de entre 10 y 12 g. Centrándose en las piezas del grupo III.1, se puede comprobar que la horquilla resulta extremadamente amplia con mínimos excepcionalmente bajos de 2,91 g y máximos de 18,89 g. Más allá de estas cifras –no representativas de una muestra que resulta muy homogénea en líneas generales (figura 139)–, el peso medio de las unidades del grupo III.1 de la ceca es de 9,96 g. Por lo que se refiere al grupo IV.1, el peso más bajo documentado es de 4,5 g, mientras que el más elevado llega a los 13,14 g. Nuevamente, los valores centrales de la curva gaussiana y el peso medio de 9,3 g deberán ser los que ofrezcan cantidades próximas al peso con el que la ceca acuñó en esos momentos (figura 140).

Las cifras obtenidas de 9,96 g y 9,30 g (grupos III.1 y IV.1, respectivamente) demuestran que estas unidades pudieron ser perfectamente compatibles con el anterior sistema de pesos –el uncial reducido–, con el que presentan una relación aproximada de 1:2. Dicha relación abre un interesante debate acerca de cómo se relacionaron las monedas de **ilduro** acuñadas durante el período I con las que lo fueron en el período II dado que se sabe circularon conjuntamente. ¿La relación fue de 1:1 o de 1:2? En el caso de que los tipos manden, habría que apostar por una relación igualitaria aunque el peso se hubiese reducido –sin devaluación de la moneda–, mientras que lo lógico sería pensar que la relación fue 1:2 si se da preferencia a la metrología. Este tema volverá a tratarse al final del presente capítulo.

⁴⁶⁰ Ripollès 2007: 70.

⁴⁶¹ Debido a la amplia muestra con la que se ha trabajado, estos valores han sido tomados sobre la base de los pesos más habituales mostrados por la curva gaussiana.

⁴⁶² Llorens y Ripollès 1998: 92.

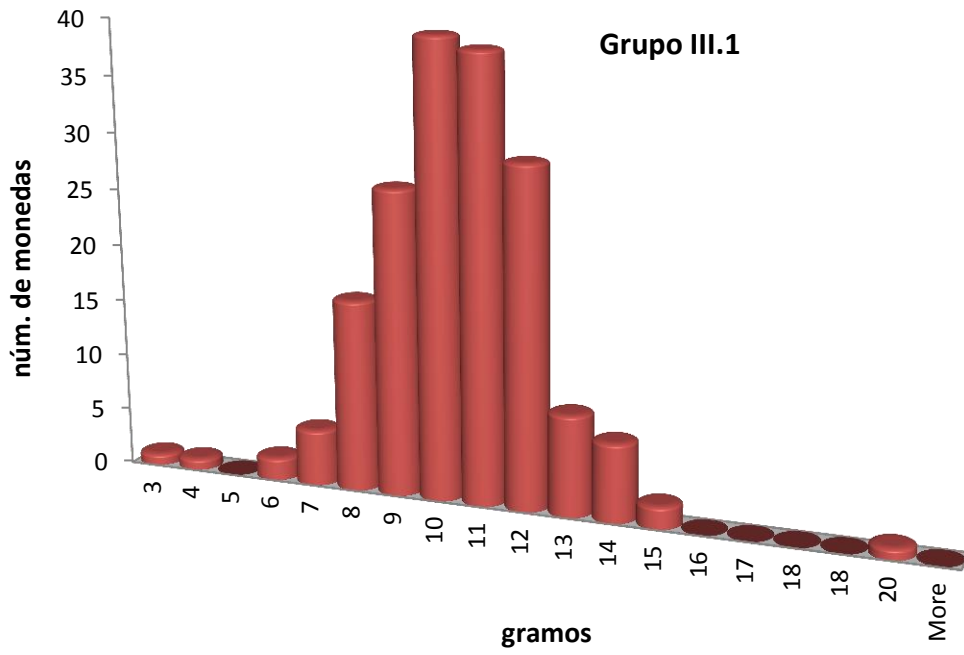


Figura 139. Histograma de los pesos de las unidades del grupo III.1 de ilduro.

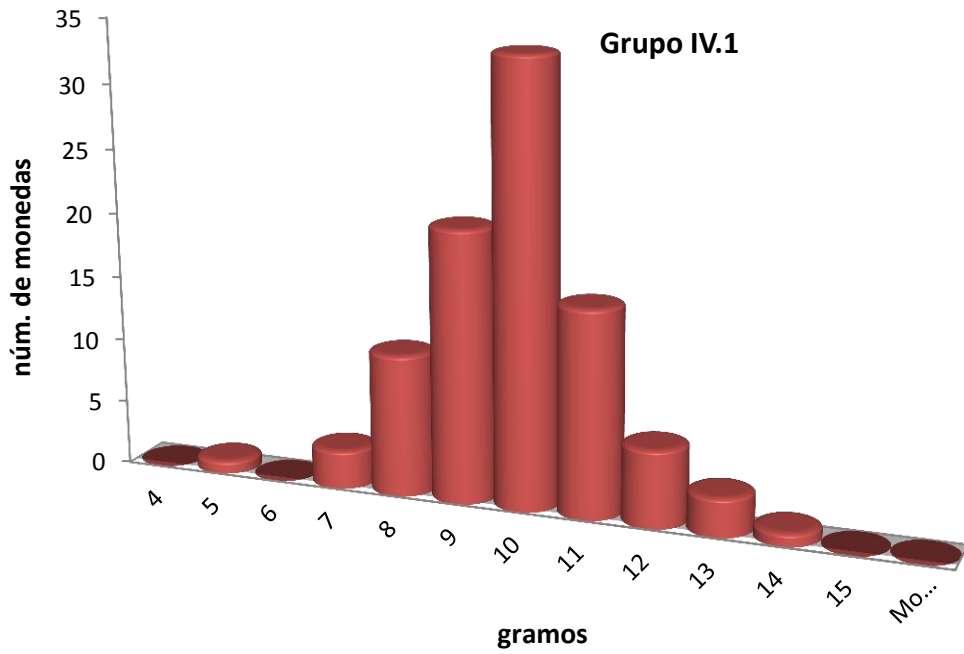


Figura 140. Histograma de los pesos de las unidades del grupo IV.1 de ilduro.

12.2.2. *Divisores*

Dentro del período II de emisión de la ceca de **ilduro**, solo se acuñaron valores fraccionarios del grupo III, pero en una amplia gama de los mismos (mitades, tercios y cuartos). Han podido documentarse 18 ejemplares que se corresponden con el valor mitad (figura 141). Sus pesos –que presentan un amplio coeficiente de variación– oscilan entre un mínimo de 3,94 g y un máximo de 7,63 g, siendo el peso medio de 6,1 g. Esta cifra cuadra bien con una unidad cuyo peso medio ideal sería de 12,2 g que, como ya se ha señalado, es habitual dentro las unidades del grupo III.1 del taller si bien sobrepasa el peso medio de la muestra.

Los ejemplares documentados dentro de este grupo III que presentan un medio Pegaso en el reverso y el signo ibérico **to/do**⁴⁶³ en el anverso (grupo III.4) son realmente escasos –dos de 3,0 y 3,7 g, respectivamente–, por lo que es poco fiable realizar cálculos metrológicos (figura 142 b). Al trabajar con el peso medio de dichas piezas (3,35 g), surge una duda razonable. Por un lado, el valor de las piezas que muestran esta iconografía en el reverso suele ser habitualmente de un cuarto (véase capítulo 11). Siguiendo este criterio –que parece el más coherente, ya que existe un ejemplar con los mismos tipo y valor dentro del siguiente período de emisión del taller (grupo V.2)–, el peso de la unidad tendría que ser de 13,5 g. Esta cifra, aunque aceptable, se aleja un poco de los valores medios conocidos para las unidades del grupo III.1. Por el contrario, si se considera a estos ejemplares como tercios ($3,35 \times 3 = 10,05$ g), el valor resultante para la supuesta unidad coincide mejor con las cifras obtenidas al estudiar las unidades de dicho grupo III.



Figura 141. Mitad del grupo III.2 de **ilduro**. 125-100 a. C. (AV) (escala 2,5:1).

⁴⁶³ Villaronga 1998: 1-4.



Figura 142. Tercio del grupo III.3 (cat. 1-3) de **ilduro** (arriba) (AV). Cuarto del grupo III.4 de **ilduro** (abajo) (CC) (escala 1,5:1).

Similar resulta el problema al trabajar con las denominaciones que se catalogaron como tercios (CNH 11; grupo III.3) en el CNH y a las que no parece metrologicamente posible asignarles tal valor ($2,22 \times 3 = 6,66$ g) (figura 142 a). Se conocen 16 ejemplares, número que –aunque algo más significativo– sigue sin ser suficiente como para afrontar un estudio basado en los datos estrictamente metrologicos.

El peso medio de los ejemplares del grupo III.3 (2,22 g) es de 8,88 g en el caso de considerarlos cuartos, algo bajo aunque se aproxima bastante al de las unidades del grupo III.1. Por el contrario, la iconografía utilizada para representar a este valor no parece apoyar dicha teoría. Hay que recordar que, en las acuñaciones de los grupos I y II de la ceca, se hablaba de trientes o de sextantes al observar delfines en el reverso.

Surge, pues, una problemática compleja desde el punto de vista metrologico; especialmente, si no se acepta la existencia de una posible y amplia tolerancia metrologica o si se resta importancia a los tipos. Cuando se trata del taller de **ilduro**, los tipos de reverso y los pesos de las monedas no parecen ir siempre al unísono. Por tanto, es necesario hallar una explicación razonable que resuelva esta aparente incongruencia.

Tras una larga reflexión sobre ello, es razonable creer haber detectado que los problemas metrologicos –en el caso de este taller– siempre aparecen en las denominaciones en que la muestra es escasa y los pesos son bajos. Por ello, se decidió comparar el caso de **ilduro** con el de **kese**, posiblemente el más antiguo de los talleres ibéricos del NE peninsular y del que parece el resto de cecas catalanas tomaron prestados sus tipos y valores incluido el que es objeto de estudio.

Nadie cuestiona actualmente el hecho de que las emisiones romanas fueron un referente para los talleres ibéricos. **Kese** fue la única ceca ibérica que utilizó fielmente símbolos tan habituales dentro de las amonedaciones romanas como las marcas de emisión o las de valor en sus emisiones desde el primer momento.

Siempre que este taller emplea la iconografía del medio Pegaso en su reverso –cosa que hace en múltiples ocasiones (CNH 9, 14, 26, 42, 45, 48, 48A, 50, 53, 59, 65, 70, 77A, 80, 84, 86A, 91 y 94)–, lo acompaña de tres glóbulos. Esta marca de valor –que puede aparecer en el anverso o en el reverso de la moneda– encuentra sus orígenes en el sistema de marcas de valor romano, en el que representaba al cuadrante –que equivalía a $3/12$ partes del as⁴⁶⁴–. En el caso de **kese**, la utilización de tres glóbulos indica que este tipo de reverso –medio Pegaso– equivale a dichas $3/12$ partes de la unidad y, por tanto, es un cuarto. Poco parece importar que, como cabría esperar, los pesos no se correspondan con una unidad cercana a los 10-12 g en muchos de los casos (CNH 42 [$2,18 \times 4 = 8,72$ g], CNH 45 [$1,91 \times 4 = 7,64$ g], CNH 53 [$1,92 \times 4 = 7,68$ g]). Es decir, la ceca cosetana usa las marcas de valor romanas adaptadas al sistema de valoración ibérico o local sin prestar especial atención –hasta cierto punto– al peso de los cospeles utilizados.

Tal hipótesis parece confirmarse con el valor sexto. Todas y cada una de las emisiones de **kese** que acuñan esta denominación (CNH 7, 10, 15, 27, 43, 54, 56A y 71) presentan dos glóbulos ya sea en su anverso o en su reverso. En esta ocasión, la marca de valor indica que se trata de $2/12$ partes de la unidad, por lo que el valor de esas monedas ha de ser el de un sexto. El hecho de que los sextos sean más pesados que los cuartos de la misma serie (el sexto CNH 15 pesa más que el cuarto CNH 14, y el sexto CNH 54 es más pesado que el cuarto CNH 53) en momentos puntuales parece apuntar a que, nuevamente, lo que indica el valor final de la moneda es el tipo de reverso, y confirma que existe una amplia tolerancia en lo que al peso de los cospeles se refiere.

Cuando se trabaja con las denominaciones más pequeñas, al igual que ocurre con las de mayor valor, los pesos pueden ser ligeramente inferiores o superiores a lo esperado. La diferencia radica en que esto es aceptable cuando ocurre entre una unidad y su mitad, pues la relación de valor de las mismas no se modifica. Además, como son denominaciones habituales, normalmente se cuenta con una muestra fiable y los pesos medios cuadran. El problema aparece cuando se aplica el mismo criterio a los valores más pequeños. Entonces, las muestras son mucho más reducidas y ofrecen una visión parcial y fragmentada del total que no

⁴⁶⁴ Sobre las marcas de valor y el sistema de fraccionamiento romano-republicano, véase el trabajo de Sydenham 1952: XV.

permite estudios metrológicos fiables. En estas situaciones, una desviación de 1 o 2 g –cosa muy factible cuando la muestra es escasa y muchas de las piezas se hallan fragmentadas y desgastadas– puede marcar la diferencia entre un tercio y un cuarto –como en el caso de **ilduro**– o entre un cuarto y un sexto –como se ha visto en **kese**–.

Aun así, podría parecer que la diferencia entre el peso medio de los tercios (grupo III.3, 2,22 g) y el de los cuartos (grupo III.4, 3,35 g) de este taller sigue siendo demasiado alta; sin embargo, hay un último factor que la explica de forma bastante convincente. Como se verá en el apartado dedicado a la ordenación y la cronología de la ceca –grupo III de **ilduro**–, esta podría haber emitido en dos fases diferentes aunque consecutivas. En la primera, las unidades (10,20 g: 12 ejemplares, grupo III.1, cat. 1-4) y sus divisores (mitades tercios y cuartos, grupos III.2, cat. 1; III.3, cat. 1-3 y III.4) son algo más pesadas que en la segunda, donde solo se emiten unidades y tercios (grupo III.1, cat. 5-37 y III.3, cat. 4-7) (figuras 175 y 176). Si los tres ejemplares conocidos para el valor tercio de esta primera fase –2,73 g de peso medio siendo de 2,9 y 2,93 g el de las piezas mejor conservadas– son analizados, se obtiene que las cifras se aproximan bastante a los 3,35 g de los cuartos. Si a ello se le añade que el cuño de anverso utilizado en los tercios (grupo III.3, cat. 1-3) y en los cuartos es el mismo –solo se incluye el signo ibérico **to/do** para diferenciarlos (figura 142)– las diferencias inferiores a un gramo no serían significativas en la producción de un taller que –se sabe– no presta especial atención a la cantidad de plomo que emplea en cada colada (véase capítulo 13), detalle que puede causar fácilmente estas fluctuaciones.

En opinión del autor de esta tesis, la dificultad para diferenciar a los divisores de menor valor y menos habituales ya existía en la época antigua. Desafortunadamente, solo el taller de **kese** marcó la práctica totalidad de sus fracciones y emisiones a la romana –utilizando las marcas de valor–, mientras que las cecas layetanas parece que se conformaron con adoptar la idea de una iconografía de reverso asociada con el valor de la pieza⁴⁶⁵.

Sin lugar a dudas, el tema resulta complejo y requeriría de una muestra mayor en los grupos III.3 y III.4 de **ilduro** para poder extraer conclusiones definitivas⁴⁶⁶. Hay que tener presente que la moneda ibérica llegó a ser frecuente durante el último cuarto del siglo II a. C. e, incluso, abundante en los inicios del I a. C. Un sistema basado en la iconografía o en las marcas de valor –visibles a primera vista– resultaría mucho más eficiente una vez el metal acuñado estuviese en circulación que otro con el inconveniente de tener que pesar las piezas más

⁴⁶⁵ Sinner 2013b: 101.

⁴⁶⁶ Se puede consultar un interesante estudio sobre el tema en Gozálbés 2012b: 49-59.

pequeñas para poder asignarles su valor. Las diferencias en el peso y el diámetro de tercios, cuartos y sextos pueden resultar en ocasiones imperceptibles para la mano o el ojo inexpertos, lo que dificultaría considerablemente el uso cotidiano de la moneda de poco valor.

A modo de síntesis, se puede afirmar que la ceca de **ilduro** cambió el sistema ponderal utilizado en su segundo período de emisión y pasó del romano basado en el as uncial reducido al local de 10-12 g. Con este nuevo patrón metrológico, emitió unidades (grupos III.1 y IV.1), mitades (grupo III.2), tercios (grupo III.3) y cuartos (grupo III.4).

12.3. Período III (90/80-72 a. C.)

12.3.1. Unidades

El tercer y último período (grupos V.1 y V.2) reúnen a aquellas monedas cuyos pesos aumentan de forma sustancial con respecto al anterior llegando a una unidad de 13-15 g.

Dentro de una muestra de 159 piezas, se detectó un amplio coeficiente de variación que oscilaba entre los 6,2 y los 22,19 g. No obstante, la práctica totalidad de los ejemplares documentados se encuentra en la franja comprendida entre los 13 y los 15 g, siendo el peso medio de estas unidades de 14,13 g (figura 143).

Resulta evidente un aumento del peso en este grupo V.1 –14,13 g– con respecto al período anterior (grupos III.1 y IV.1) de **ilduro**, con valores de 9,96 y 9,3 g, respectivamente. Estas diferencias demuestran que, en el propio sistema ibérico o local, parece existir la tendencia de aumentar el peso y tamaño de los cospeles a medida que avanza el primer cuarto del siglo I a. C.⁴⁶⁷.

Por otra parte, basándose en su peso y cronología de emisión (véase capítulo 15), estas piezas podrían coincidir perfectamente con el as semiuncial romano –cuyo peso recomendado era de 13,53 g– en lo que quizá significaría una vuelta de la ceca al patrón romano –ahora, el semiuncial–. Esta teoría podría encajar perfectamente con el traslado de la misma a la ciudad de *Iluro*, una fundación *ex novo* y que ya presenta un urbanismo totalmente romano.

A pesar de lo plausible de la hipótesis anterior, dichas piezas y sus divisores –el valor cuarto– han permanecido clasificándose dentro del sistema ibérico o local de 10-12 g hasta la fecha. Sigue sin estar nada claro que la *Lex Papiria* (91 a. C.) llegara a aplicarse debido a la inestabilidad política del momento⁴⁶⁸, aunque autores

⁴⁶⁷ Llorens y Ripollès 1998: 90.

⁴⁶⁸ Amela 2004: 211.

como Crawford creen que se había ensayado desde finales del siglo II a. C.⁴⁶⁹. Además, este aumento tan claro del peso de los cospeles se da en el caso de **ilduro** y en la emisión final de **lauro** (CNH 17), pero no puede detectarse en emisiones coetáneas de otras ciudades de similares características y cronología, como la vecina *Baetulo* (**baitolo**) o *Iesso* (**ieíso**)⁴⁷⁰. Todo parece indicar que dicho incremento de peso tiene que ver más con el funcionamiento y los condicionantes internos de cada taller que con un cambio general que se adapte al sistema metroológico utilizado por Roma.

Con respecto a este último punto, es importante mencionar que se detecta un abundante exceso de metal en relación con el tamaño del cuño utilizado en la mayoría de las unidades y cuartos de este grupo V de **ilduro**. Es decir, se sigue empleando el mismo módulo que en los cuños del período anterior (24-26 mm aproximadamente para las unidades), pero el cospel es ahora mucho más rico en metal (con diámetros entre los 18 y los 32 mm). Al acuñar un disco con mayor cantidad del mismo, la presión ejercida puede expandir algo dicho cospel haciéndole ganar diámetro. Este factor, empero, no parece poder explicar por qué las monedas del grupo V.1 y V.2 son mucho más pesadas que las unidades y los cuartos del período anterior (grupos III.1, IV.1 y III.4).

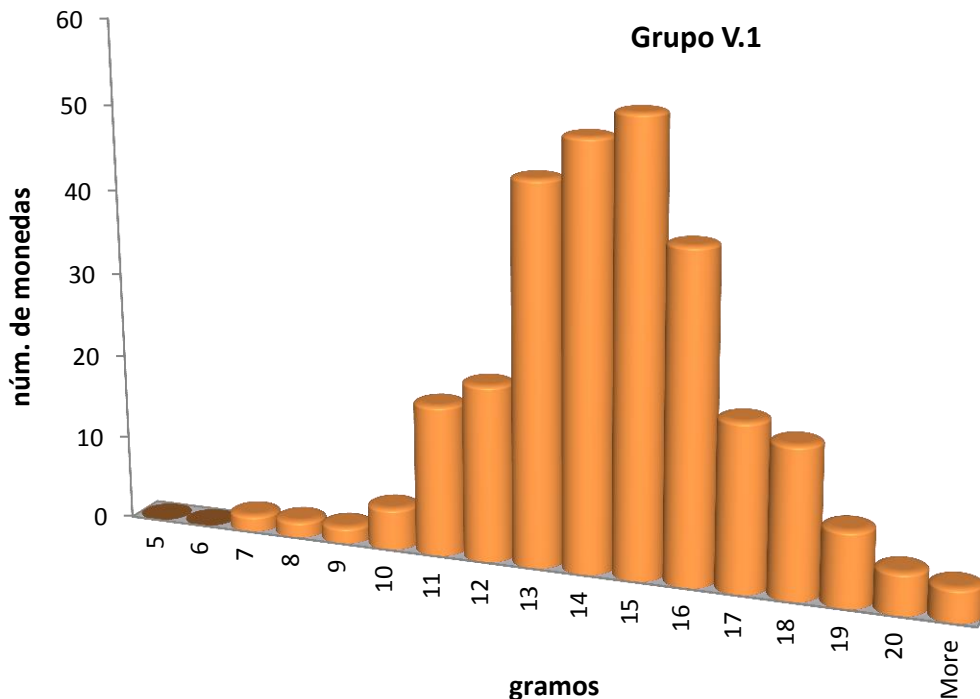


Figura 143. Histograma de los pesos de las unidades del grupo V.1 de **ilduro**.

⁴⁶⁹ Crawford 1974 : 611; 1985: 183.

⁴⁷⁰ Villaronga 1994: 198-199.



Figura 144. Cuños de anverso del grupo V.1 de *ilduro* en los que se aprecia el exceso de metal y el diámetro real del cuño. 90/80-72 a. C. (CB/CT).

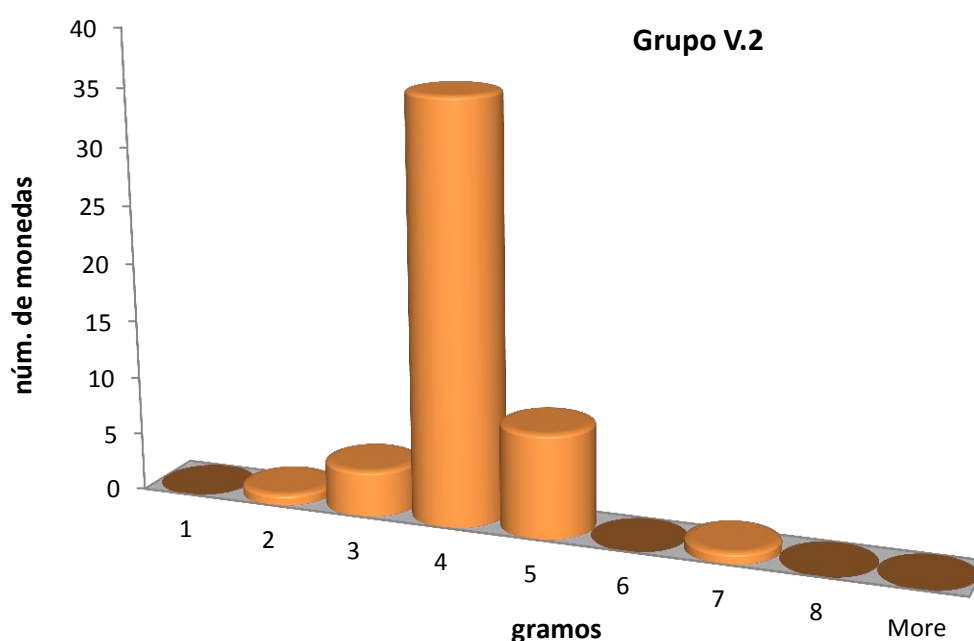


Figura 145. Histograma de los pesos de los cuartos del grupo V.2 de *ilduro*..

12.3.2. Divisores

La ceca de *ilduro* acuñó un único tipo de divisor (grupo V.2) durante el último período de emisión, y el valor cuarto constituye la muestra más amplia dentro de los divisores del taller (51 ejemplares). Sus pesos, mucho más homogéneos de lo que suele ser habitual, oscilan entre los 1,58 y los 6,96 g, y la práctica totalidad de las piezas se sitúan entre los 3 y los 4 g (figura 145).

Con un peso medio de 3,65 g, estas monedas podrían ser consideradas como cuartos, puesto que remiten a una unidad de 14,5 g. Esta cifra coincide perfectamente con los pesos documentados para las piezas del grupo V.1 de la ceca (figura 143). Además, y como sucede en otros talleres –como *baitolo* o *lauro*–, dichas monedas –a diferencia de lo que ocurre en las emisiones anteriores de la

ceca– suelen presentar tres glóbulos a modo de marca de valor en su reverso. Como ya se ha mencionado con anterioridad, esos tres glóbulos indican que estas piezas equivalen a 3/12 partes de la unidad, lo que confirma su valor como cuartos.



Figura 146. Cuarto del grupo V.2 de la ceca de **ilduro** (CC) 90/80-72 a. C. (escala 2:1).

Tabla 21. Metrología de las monedas de **ilduro**⁴⁷¹.

Grupo	Valor	Tipo/símbolo	Diám.	N	x	s	mín.	máx.
I.1	As	Jinete / jabalí	31-34	5	19,91	1,64	17,91	21,67
I.2	Sextante	2 delfines / delfín	17-19	7	3,52	0,33	3,18	4,03
II.1	As	Jinete / ---	31-33	7	20,5	2,13	16,95	23,78
II.2	Semis	Caballo / ---	24-27	9	10,1	1,65	7,89	12,03
II.3	Triente	2 delfines / ---	20-22	9	6,38	0,98	4,68	7,04
II.4	Sextante	Delfín a der. / ---	15-18	4	3,96	1,13	2,35	5,46
III.1	Unidad	Jinete / ---	22-27	186	9,96	1,97	2,91	18,89
III.2	Mitad	Caballo / ---	18-23	18	6,1	1,02	3,94	7,63
III.3	Tercio	2 delfines / ---	13-16	16	2,2	0,44	1,42	2,93
III.4	Cuarto	Pegaso / W	16-17	2	3,35	0,49	3,0	3,7
IV.1	Unidad	Jinete / ---	23-27	102	9,3	1,38	4,50	13,14
V.1	Unidad	Jineta / oreja	27-33	307	14,13	2,52	6,2	22,19
V.2	Cuarto	Pegaso / oreja	16-19	53	3,65	0,71	1,58	6,96

⁴⁷¹ Los valores de la tabla están expresados en mm y g. N = núm. de monedas, x = peso medio y s = desviación típica.

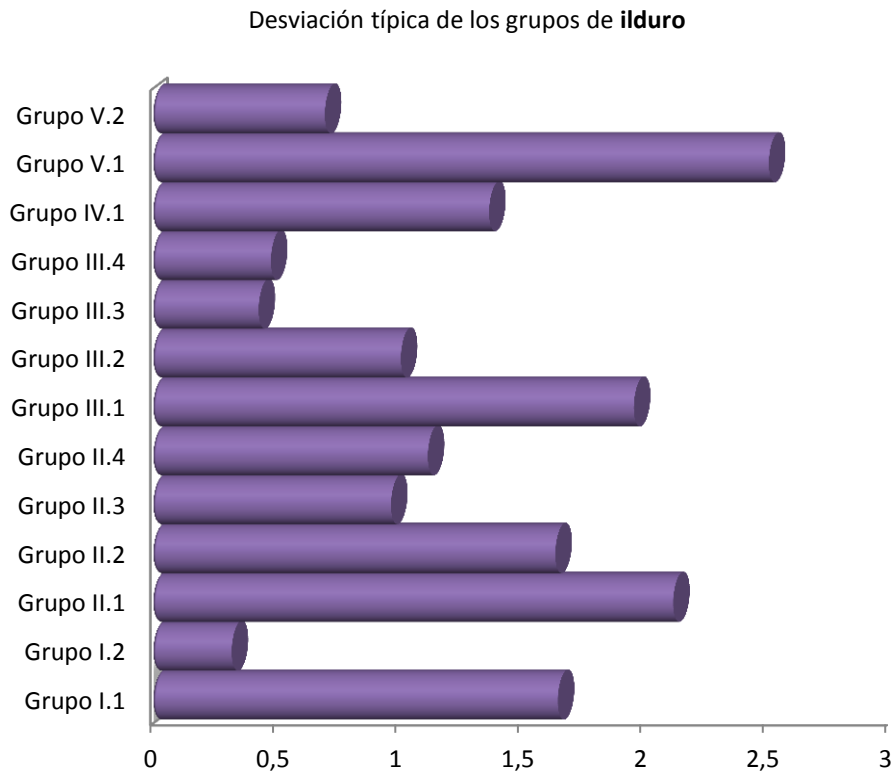


Figura 147. Gráfica que representa la desviación típica de los distintos grupos de *ilduro*.

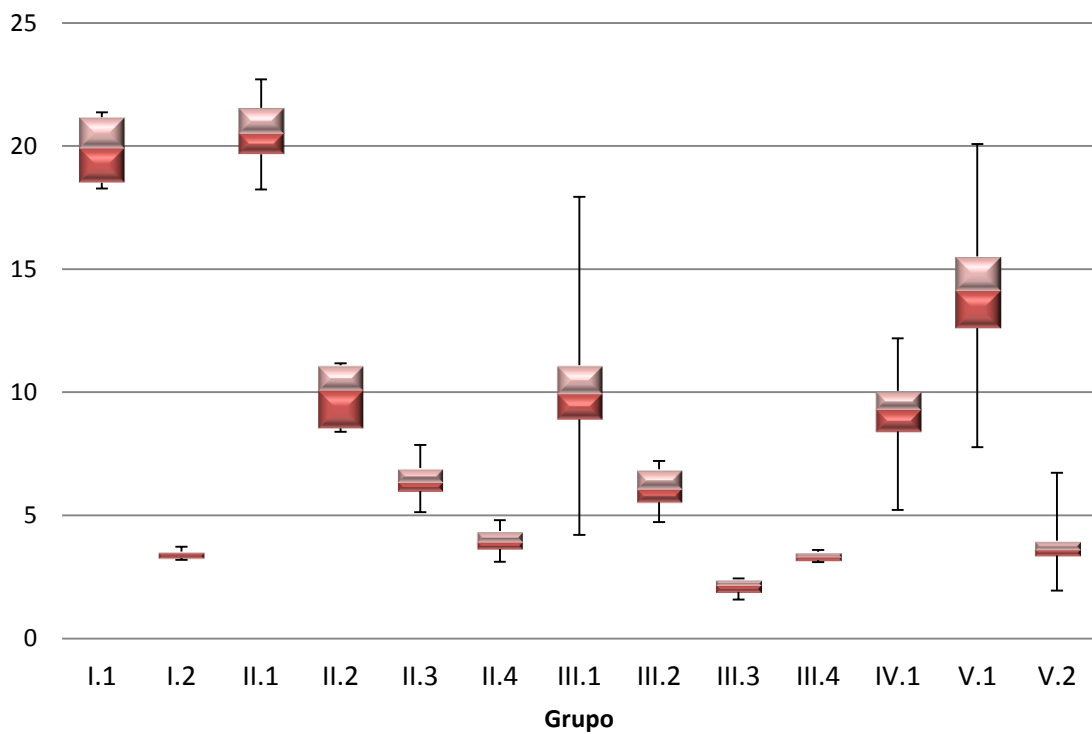


Figura 148. Diagrama de cajas con los pesos de los diferentes grupos de *ilduro*. Dichas cajas reúnen al 50 % de los pesos, y el punto medio de las mismas representa a la mediana. Los extremos de las líneas verticales son los percentiles 10 y 90.

12.4. ¿Cómo se valoraron las monedas?

Los patrones metrológicos que siguió la ceca de **ilduro** deben relacionarse con el empleo que sus usuarios dieron a las monedas. Como bien apunta Gozálbés: «En nuestra historia monetaria antigua se ha trabajado intensamente en identificar los patrones empleados, enfatizando las similitudes metrológicas de todos aquellos talleres que emitieron moneda bajo parámetros semejantes, sin embargo se ha profundizado menos en el impacto que sus diferencias pudieron provocar en términos prácticos a medio y largo plazo a la hora de conformar la masa monetaria [...] Dicho de otro modo, se trata de llamar la atención sobre la experiencia de uso de todas aquellas poblaciones que manejaron dichas monedas para efectuar sus pagos, más que sobre las autoridades emisoras y sus decisiones. Es indudable que, en alguna medida, muchos de ellos tuvieron que adaptarse al empleo de un circulante heterogéneo, creado durante unas décadas convulsas, donde se mezclaban regularmente piezas de procedencias diversas»⁴⁷².

Es un hecho que las monedas pertenecientes a los tres períodos de emisión de **ilduro** –al menos, acuñadas según dos sistemas ponderales distintos: uncial reducido y local de 10-12 g– circularon conjuntamente durante todo el siglo I a. C. como mínimo. Posiblemente, los usuarios de dichas monedas tuvieron que buscar la manera de normalizar esta situación⁴⁷³. Es más, como se pudo ver en el capítulo dedicado a la circulación monetaria, los diversos grupos de esta ceca circularon al mismo tiempo con monedas cuyos patrones no eran romanos ni locales –los casos de *Ebusus* y *Massalia* serían los más claros–, lo que parece indicar que no existieron restricciones que condicionasen la libre circulación de numerario con un origen muy distinto. Dejando a un lado el peso de las piezas y cómo estas habrían sido valoradas en Roma, *Massalia* o cualquiera de las ciudades en que fueron fabricadas, todo parece indicar que se adaptaron de un modo u otro a las necesidades de sus usuarios finales en el valle de Cabrera de Mar, siendo ellos quienes acabarían por dar el valor real a cada moneda en última instancia sin que las autoridades competentes pudiesen o quisiesen intervenir al respecto.

En cuanto a las emisiones locales, las de **ilduro**, quizá fueron los tipos los que indicaron al usuario local el valor de las piezas una vez puestas en circulación y más allá de la existencia de unos patrones marcados por las autoridades emisoras. Así, los ases unciales reducidos de los grupos I y II habrían circulado con el mismo valor que las unidades de los grupos III y IV, ocurriendo lo mismo entre los respectivos divisores (semis = mitad, cuadrante = cuarto, etc.)

⁴⁷² Gozálbés 2012b: 48.

⁴⁷³ Siempre se refiere a las monedas de bronce. La realidad es completamente distinta en el caso de la plata debido a su elevado valor intrínseco.

independientemente de que su relación de pesos variase considerablemente de un grupo a otro –grupos I y II-III y IV 1:2; grupos I y II-V, 1:1,5; grupos III y IV-V, 1:1,5 aproximadamente–.

El caso de **ilduro** posiblemente fue similar al de Roma, donde el as mantuvo su valor de unidad pero perdió peso en diversas ocasiones. Eso, unido a una escasa preocupación y quizá también al elevado coste que suponía retirar las piezas más antiguas, dio lugar a una metrología tan dispar como la que se acaba de presentar. Los distintos patrones ponderales, sin embargo, no parece que afectaran al valor del numerario, que quedó unificado –siempre refiriéndose a un área de influencia reducida y circulación regional– y, por fin, era comprensible para el usuario final gracias a la iconografía de los reversos. La continuidad en los tipos y el bajo volumen de las emisiones con pesos más altos –como se comprueba en los hallazgos arqueológicos– parecen ser indicios que apuntan en esta dirección. En la misma línea, los atesoramientos –especialmente, el de Balsareny (figura 149)– podrían ser otra fuente que refuerce la veracidad de la hipótesis mencionada. Si las monedas que seguían el patrón uncial reducido actuaron como dobles⁴⁷⁴ –es decir, valían el doble que las unidades de 10-12 g–, parecería lógico –debido a su elevado valor– que fuesen los bronce preferidos en los atesoramientos. El hecho de que estas piezas no sean representativas en ninguno de los tesoros conocidos que presentan moneda ibérica nos alerta de la rareza de tales monedas y de su nulo o escaso papel en la circulación monetaria del momento. Así, da la impresión de que se están atesorando monedas de valor similar –a este respecto, es importante destacar la casi nula presencia de moneda fraccionaria en las ocultaciones–, por lo que no habría una preferencia por las de mayor peso debido a que su valor de mercado sería el mismo.

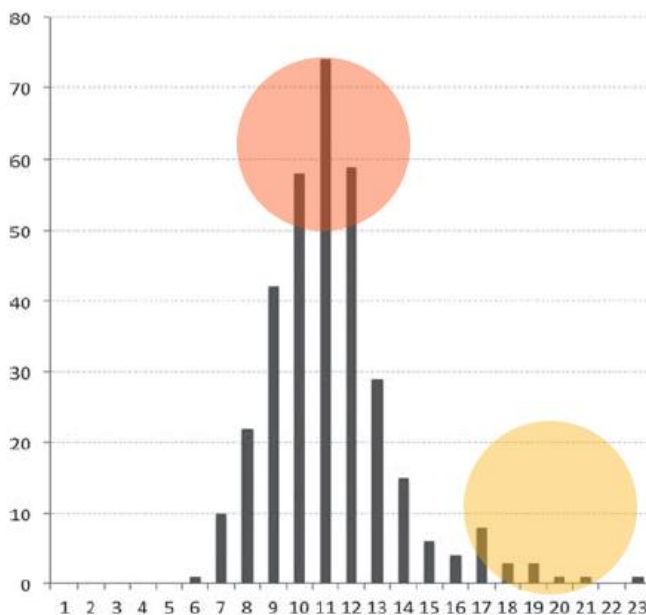
Cómo se valoraron las monedas de **ilduro** fuera de su zona de circulación habitual y dónde eran bien conocidas es una incógnita. En esta ocasión, no se dispone de indicio alguno que apunte en una u otra dirección. Posiblemente, y sobre la base de lo visto en el valle de Cabrera de Mar, habría que pensar en una amplia variedad de reacciones por las que cada usuario aceptaría, o no, el valor propuesto por el dueño de la moneda según sus propios intereses. De esta manera, el valor final quedaría determinado en última instancia por comprador y vendedor en el momento de la transacción. Aun así, esta idea podría matizarse dependiendo del lugar en que se produjese el intercambio.

En el caso de la Citerior, las unidades de las emisiones más abundantes tenían un peso de entre 8 y 11 g, existiendo un segundo bloque también bastante

⁴⁷⁴ Ripollès 2007: fig. 58.1.

uniforme en el que se optó por otros algo más elevados (12-15 g)⁴⁷⁵. Sendos grupos encajan perfectamente en cuanto a peso y cronología con los períodos II (9-12 g) y III (13-15 g) de acuñación de **ilduro**. Dejando aparte la relación que estos dos grandes bloques tuviesen entre sí (1:1 o 1:1,5) y de la exclusividad que cada transacción representara en sí misma, parece evidente que la moneda de **ilduro** no debería haber tenido problemas a la hora de ser aceptada con unos valores idénticos o muy similares a aquellos con los que se acuñó en gran parte de la Citerior. El panorama en la Ulterior posiblemente fue bien distinto, ya que las acuñaciones parece tuvieron una realidad mucho más diversa (figura 150). En este segundo caso –en el que la mencionada moneda de **ilduro** habría sido totalmente desconocida y, además, puede que no encajase con los distintos estándares utilizados–, su valor sí podría haber dependido única y exclusivamente de los individuos involucrados en la transacción. Quizá este último factor, unido a la distancia –determinante sin duda–, explicaría por qué no suelen encontrarse monedas de **ilduro** en la Ulterior (véase capítulo 16) o fuera de la Citerior.

Basándose en la metrología, y como se verá más adelante al tratar la difusión que el numerario de **ilduro** tuvo, parece que las monedas fueron pensadas y acuñadas para ser utilizadas en un área geográfica muy concreta y reducida. No obstante, es de esperar que futuros trabajos aporten algo de luz a un tema que sigue siendo muy complejo a día de hoy. Como ya advirtió Crawford en su momento: «*I am well aware that metrology and madness both begin with the letter 'M' [...]*»⁴⁷⁶.



C. Balsareny [337 ejemplares]

Figura 149. Pesos de las monedas presentes en el hallazgo de Balsareny. En rojo, las de patrón de 10-12 g; en naranja, las de patrón uncial reducido (17-23 g).

⁴⁷⁵ Gozálbres 2012: 52-53.

⁴⁷⁶ Crawford 2003: 67.

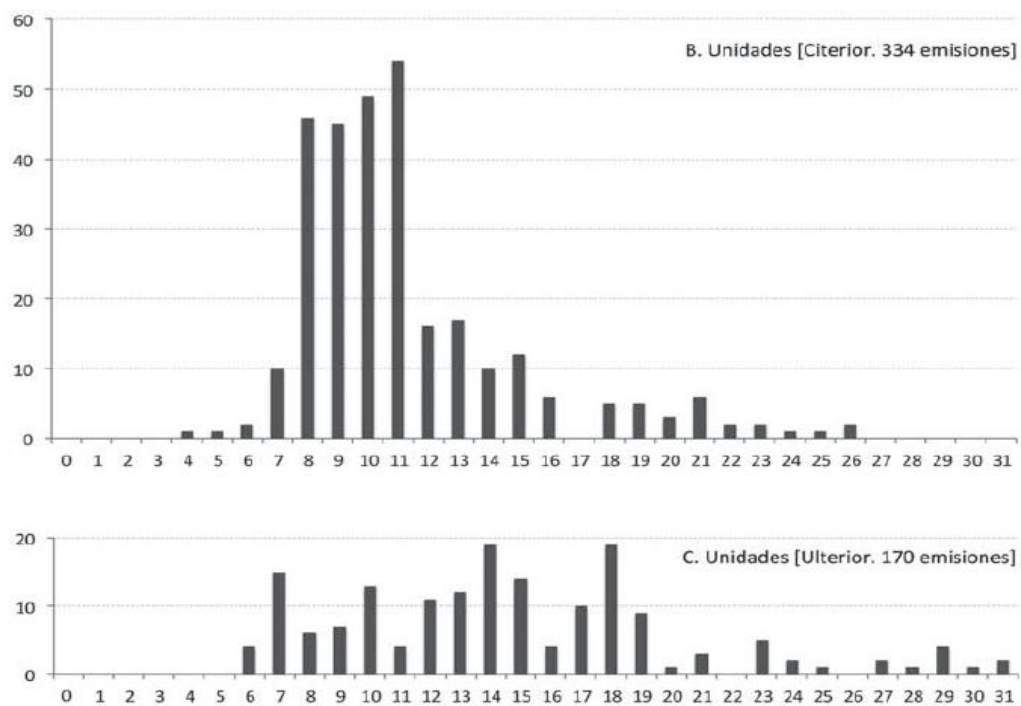


Figura 150. Distribución por pesos de las unidades de bronce acuñadas en Hispania durante los siglos III-I a. C. según datos del *CNH*. Gozálbres 2012: fig. 2.

13. ASPECTOS TÉCNICOS DE LA PRODUCCIÓN: METALOGRAFÍA Y POSICIÓN DE LOS CUÑOS

13.1. Análisis metalográficos

Desde mediados de los noventa del siglo XX, se han realizado, y lo que es más importante publicado, diversos análisis metalográficos realizados sobre moneda ibérica y celtibérica⁴⁷⁷. Este tipo de estudios han contribuido enormemente a que hoy tengamos un mejor conocimiento de la tecnología utilizada por los diferentes talleres emisores. Desgraciadamente, los trabajos que se han llevado a cabo hasta la fecha presentan un importante inconveniente, la muestra de monedas de bronce procedentes de un mismo taller y pertenecientes a una misma emisión con las que hasta ahora se ha podido trabajar es, en general, escasa⁴⁷⁸. Este hecho supone un serio problema pues, si bien los datos son indicativos en líneas generales, resultan poco fiables a la hora de extraer conclusiones acerca de la tecnología que conocían y empleaban las diferentes cecas emisoras.

A la hora de llevar a cabo análisis metalográficos de monedas antiguas topamos con tres problemas fundamentales: el primero de ellos es que son muy pocas las monedas ibéricas, especialmente las de las series más antiguas, que han llegado hasta nosotros, lo que obviamente dificulta en gran medida el obtener suficientes ejemplares para analizar. El segundo, y quizás mucho más grave, la preeminencia de una mentalidad que valora más el objeto en sí mismo como pieza a coleccionar, que el valor que esta tiene científicamente como artefacto que puede ser objeto de estudio⁴⁷⁹. Si tenemos presente que en el caso de la moneda ibérica el grueso del material estudiado proviene de colecciones públicas y privadas, este segundo inconveniente se convierte, en nuestra opinión, en un lastre que ralentiza la investigación científica –en ocasiones no se permite el dañar la pieza mínimamente eliminando la pátina antigua, aunque ello pueda significar un

⁴⁷⁷ Abascal y Ripollès 1995; Abascal *et. al.* 1996; Llorens y Ripollès 1998: 95-96; Gozálbés 2009a: 131.

⁴⁷⁸ Debemos destacar los análisis llevados a cabo de monedas de **arse** del tipo Vives 20-2. Abascal y Ripollès 1995: 137-138.

⁴⁷⁹ Agradecemos al ayuntamiento de Cabrera de Mar, y especialmente la regidora de cultura la Sra. Joana Orfila y al arqueólogo municipal el Sr. Albert Martín el que nos hayan dado permiso para analizar algunas de las piezas que actualmente se encuentran en el depósito temporal de materiales de Can Bartomeu.

importante avance en forma de análisis para el campo de estudio-. Finalmente, el tercero de los problemas, pero no por ello menos importante, reside en el elevado coste de unos análisis que requieren no solo de una maquinaria muy especializada, sino también de unos técnicos que puedan interpretar y presentar los resultados de una manera inteligible para el arqueólogo o el numismático⁴⁸⁰.

En el caso de **ilduro**, y siempre condicionados por los problemas mencionados con anterioridad, hemos centrado nuestros análisis en las unidades del segundo período de emisión de la ceca (grupos III y IV)⁴⁸¹. En total se han analizado 36 ejemplares (19 del grupo III.1 y 17 del grupo IV.1), de los que 30 proceden de excavaciones arqueológicas⁴⁸². Sin lugar a dudas se trata del mayor número de piezas ibéricas pertenecientes a un mismo período de acuñación analizada, motivo por el que pensamos que serán de gran utilidad a la hora de entender al menos uno de los períodos productivos del taller objeto de estudio.

La hipótesis de trabajo consistía en vislumbrar lo que aportaban los análisis metalográficos al conocimiento de la tecnología que empleó la ceca de **ilduro**. Con el afán de completar estas analíticas, optamos por analizar de forma paralela monedas de otros dos talleres ibéricos layetanos –**lauro** y **laiešken**– así como ejemplares de la principal ceca ausetana –**aušesken**–⁴⁸³. Esta última es en muchos momentos, como veíamos al ocuparnos de la circulación monetaria en el valle de Cabrera de Mar (capítulo 7), la ceca con mayor presencia en el valle por lo que pensamos es interesante la comparación. Finalmente compararemos nuestros resultados con los procedentes de otros estudios similares⁴⁸⁴. No obstante, esta comparación resultará menos fiable puesto que si bien las técnicas empleadas han sido las mismas o muy similares, los resultados pueden variar en base al tipo de maquinaria utilizada, su calibración, la preparación (limpieza, tamaño y lugar) de la zona a analizar en cada moneda, e incluso a la misma interpretación de los resultados por parte del equipo científico a cargo de las analíticas. Por todo ello y sin que esto sirva para disuadirnos de llevar a cabo esta comparación, que en líneas

⁴⁸⁰ Aprovechamos la ocasión para dar las gracias al Dipartimento di Scienze di Base e Applicate per l'Ingegneria, SBAI, (Department of Basic and Applied Sciences for Engineering), de la Università di Roma "La Sapienza", y en especial a la profesora Anna Candida Felici y a Margherita Vendittelli por haber colaborado con nosotros en este trabajo. Sin su esfuerzo y dedicación este capítulo jamás hubiese sido posible.

⁴⁸¹ En trabajos anteriores nos hemos referido a ellas como emisiones intermedias. Sinner 2013b: 108-110.

⁴⁸² Este hecho resulta fundamental no solamente porque tenemos la certeza de la autenticidad de las piezas analizadas, sino porque también estamos seguros que estas no han sido alteradas por restauraciones o actuaciones modernas de cualquier tipo.

⁴⁸³ Todas las piezas analizadas no solo proceden del mismo yacimiento arqueológico, si no que en teoría, y en base a lo que sabemos sobre la moneda ibérica catalana, fueron acuñadas de forma coetánea a aquellas analizadas para el taller de **ilduro**.

⁴⁸⁴ Abascal y Ripollès 1995; Abascal *et. al.* 1996; Llorens y Ripollès 1998: 95-96; Gozálbés 2009a: 131.

generales es perfectamente válida, se deberán de tener presentes todos estos factores a la hora de llegar a conclusiones generales.

13.1.1. Interpretación de los resultados

Antes de pasar a la interpretación de los análisis, es importante matizar algunos detalles en relación a las tablas de datos que se ilustran en este capítulo:

1. Las cifras ilustradas siempre ofrecen valores en %
2. En todas las tablas resaltamos en verde el valor máximo documentado para cada componente presente en la aleación, mientras que se marcan en rojo los valores mínimos.
3. En algunas tablas se aprecia una línea que la divide en dos. Esta línea marca la división entre las piezas procedentes de excavaciones arqueológicas y las de subastas y colecciones privadas o bien entre diferentes cecas⁴⁸⁵.
4. En todos los análisis se ha excitado la muestra para detectar Cu, Pb, Sn, V, Mn, Fe, Co, Zn, Ni, Sb y Ag. Si en alguna de las tablas uno de estos elementos no aparece es porque ninguna de las piezas presentaba en su aleación restos de dicho elemento y por lo tanto lo hemos omitido.

La muestra de moneda de **ilduro** analizada tan solo cubre, eso sí de manera exhaustiva, las unidades del período II de acuñación de la ceca. Este estudio ha estado condicionado por la disponibilidad del numerario a analizar, por lo que todos los datos que exponemos a continuación son válidos para las piezas del grupo III.1 y IV.1 de **ilduro** (125-100/90 a.C.), pero no tienen por qué serlos para los dos períodos restantes de acuñación de la ceca. El único ejemplar que se ha podido analizar del período III de acuñación del taller (grupo V.1) permite intuir resultados similares, pero la muestra no es significativa en número como para poder extraer conclusiones.

A pesar de las limitaciones señaladas, los resultados reflejan una imagen bastante clara de las aleaciones utilizadas por la ceca a la hora de acuñar las monedas de los grupos III.1 y IV.1. No pensamos que la ausencia de análisis en los divisores del grupo III del taller sea decisiva puesto que se acuñaron en escasas cantidades y cabe pensar que utilizando una composición metálica muy similar a la de sus unidades.

⁴⁸⁵ Se ha considerado interesante marcar esta división ya que en el caso de las monedas procedentes de excavaciones arqueológicas tenemos la certeza de su autenticidad, mientras que en las procedentes de subastas y colecciones privadas no es posible estar seguros al 100%.

Tabla 22. Análisis metalográficos de monedas del grupo III.1 de *ilduro* realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).

N	Núm. Cat.	Grupo	Pb	Sn	V	Mn	Fe	Co	Cu	Ni	Ag
1	5b	III.1	26,40	4,30	0,09			0,13	68,90	0,13	
2	5a	III.1	17,60	5,30		0,03	0,06	0,16	76,80	0,11	
3	25b	III.1	9,80	7,50			0,32		81,60	0,34	0,28
4	15d	III.1	15,20	8,30	0,07		0,11	0,13	76,10	0,14	
5	20e	III.1	12,32	9,30	0,06	0,029	0,052	0,11	77,90	0,21	
6	OEat ⁴⁸⁶	III.1	21,10	8,40	0,06		0,16	0,16	70,00	0,13	
7	20a	III.1	8,32	7,00	0,06		0,071	0,12	84,20	0,15	
8	OEF	III.1	26,20	9,70				0,14	63,80	0,12	
9	16b	III.1	19,50	12,00			0,21	0,12	68,00	0,15	
10	37h	III.1	25,30	9,40			0,34	0,19	64,60	0,20	
11	15c	III.1	18,70	6,50	0,07			0,12	74,40	0,16	
12	18b	III.1	15,30	9,20	0,06			0,14	75,10	0,13	
13	8a	III.1	19,50	15,00			0,44	0,10	64,90	0,14	
14	37g	III.1	37,60	13,20	0,14		0,31	0,13	48,50	0,09	
15	24b	IV.1	17,50	9,30				0,13	72,90	0,13	14
16	21b	III.1	7,47	5,50	0,05			0,15	86,60	0,19	0,18
17	20d	III.1	9,53	7,40	0,08		0,06	0,16	82,60	0,20	
18	20f	III.1	10,64	8,20	0,06		0,07	0,13	80,60	0,24	
19	27c	III.1	9,83	4,50			0,082	0,14	85,30	0,23	0,17
20	32b	III.1	13,05	6,20	0,07		0,075	0,12	80,20	0,36	0,18
21	6	III.1	26,50	10,20			0,13	0,10	62,70	0,25	

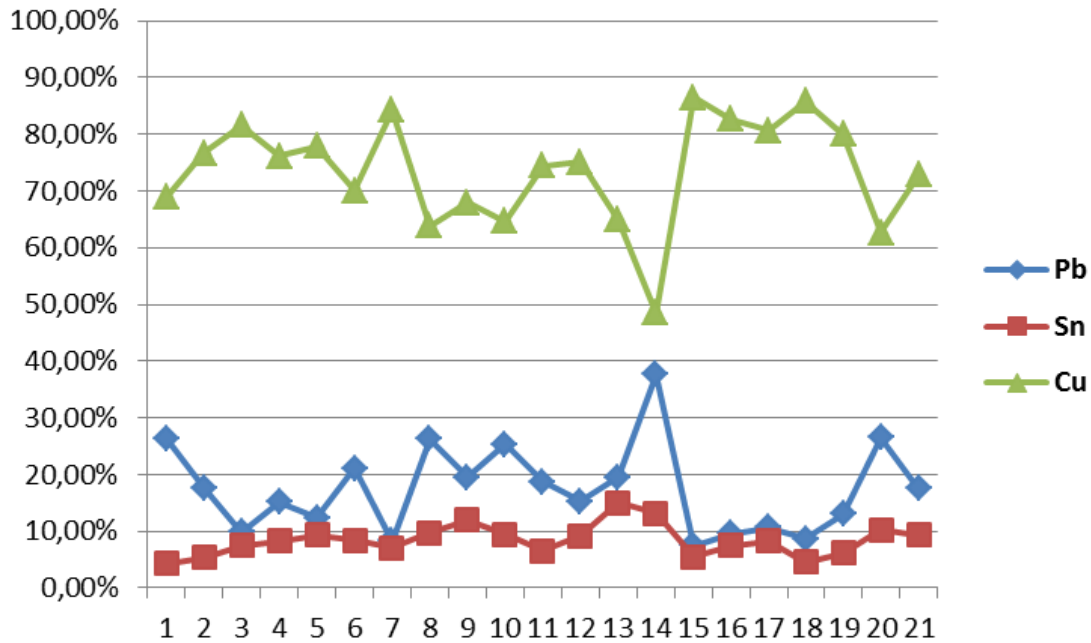
Tabla 23. Análisis metalográficos de monedas del grupo IV.1 de *ilduro* realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).

N	Núm. cat.	Grupo	Pb	Sn	V	Mn	Fe	Co	Cu	Ni
1	OEK	IV.1	21,70	9,20	0,06	0,06	0,07	0,13	68,80	
2	8c	IV.1	28,50	10,40			0,12	0,11	60,90	0,15
3	20a	IV.1	14,00	8,40			0,09	0,10	77,40	0,14
4	20e	IV.1	19,90	8,00	0,05	0,03	0,42	0,24	71,30	0,07
5	14d	IV.1	27,30	16,30			0,06	0,08	56,30	
6	2d	IV.1	13,50	6,20	0,05	0,04	0,12	0,17	79,90	
7	2h	IV.1	14,30	6,30		0,03		0,11	79,30	
8	1d	IV.1	14,50	11,00			0,08	0,14	74,20	0,08
9	2g	IV.1	11,40	7,80		0,03	0,18	0,18	80,30	0,14
10	1g	IV.1	20,00	12,30	0,08	0,04	0,09	0,11	67,30	0,10
11	2i	IV.1	19,40	11,20	0,05	0,04	0,11	0,15	68,90	0,09
12	8g	IV.1	21,30	10,40	0,07		0,24	0,17	67,60	0,16
13	1c	IV.1	19,00	11,40			0,07	0,12	69,40	0,06
14	20d	IV.1	21,00	7,5		0,04	0,06	0,16	71,10	0,14
15	13b	IV.1	25,40	11,10			0,24	0,12	63,00	0,13
16	14c	IV.1	23,50	9,80			0,09	0,12	66,40	0,13
17	9a	IV.1	9,40	4,80	0,10		0,06	0,14	85,40	0,13

⁴⁸⁶ OE = Otros ejemplares en el catálogo.

Tabla 24. Análisis metalográficos de una moneda del grupo V.1 de **ilduro** realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).

N	Núm. cat.	Grupo	Pb	Sn	V	Mn	Fe	Co	Cu	Ni
1	44f	V.1	18,00	6,80		0,04	0,08	0,14	74,90	0,11

Figura 151. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del grupo III.1 de **ilduro**

Si pasamos a valorar los resultados de los análisis de las unidades del grupo III (tabla 22), de las que se han analizado nada menos que veintinueve ejemplares, la primera deducción es que la ceca utilizó una aleación ternaria compuesta de cobre, plomo y estaño. Dentro de esta aleación, el cobre es siempre el elemento predominante oscilando entre valores máximos del 86,6% y mínimos del 62,70%. El plomo es el segundo elemento mejor representado en la mezcla con una banda porcentual que oscila entre 7,47% y el 26,50%. Finalmente el tercer elemento de esta aleación es el estaño que presenta unos valores mínimos del 4,30% y unos máximos del 10,20% (figura 151). Más allá de estos tres metales que forman la aleación ternaria, es interesante ver que una gran cantidad de estas monedas contienen trazas de vanadio (0,05-0,14%), hierro (0,052-0,44%) y especialmente cobalto (0,10-0,19%) y níquel presente en casi todas ellas (0,09-0,36%). No obstante debido a las limitaciones de los métodos utilizados no pensamos que se deba de entrar en detalle en el análisis de lo que podrían ser impurezas de la muestra.

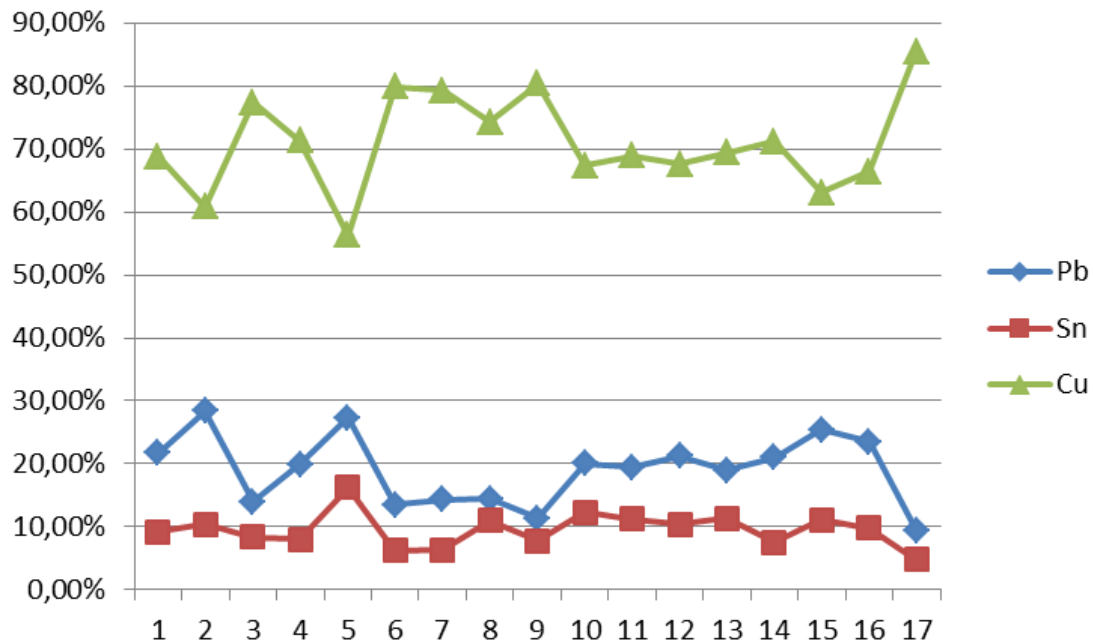
En base a los datos que disponemos para las unidades de este grupo III de la ceca, da la sensación de que los artesanos encargados de la elaboración de los cospeles intentaron fabricar cospeles de bronce, aunque no parece que se prestase especial atención a los porcentajes de cada uno de los metales vertidos en las diferentes coladas, siendo el resultado importantes diferencias en los valores alcanzados por el cobre y el plomo en cada una de las monedas analizadas que normalmente se nos muestra inversamente proporcional –cuanto más plomo menos cobre y viceversa– (figura 151). Otra hipótesis que explicaría el porqué de esta amplia variabilidad es que se refundiesen objetos de bronce como parte de la colada, lo que dificultaría mucho el control de los porcentajes de cada metal presentes en la mezcla, puesto que esta estaría condicionada a la calidad y los porcentajes de la aleación de cada objeto refundido. Pensamos que esta hipótesis no debe descartarse especialmente en el caso de **ilduro** y, especialmente para este período II de acuñación de la ceca. Tampoco podemos descartar dificultades a la hora de obtener alguno de los metales utilizados –por lo que en alguna colada se redujese la cantidad empleada en vista de las escasas existencias disponibles–.

Sabemos que las monedas de los grupos II y III son mayoritarias en los hallazgos del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, y que dicho numerario muy posiblemente fue acuñado en algún lugar indeterminado de este yacimiento. En relación con la posibilidad de reutilizar elementos de bronce ya existentes, hemos de mencionar el caso de la UE 2007 de la excavación llevada a cabo en la parcela conocida como Can Mateu (ver capítulo 5). Dicha UE, de la que se muestra su inventario de materiales en la tabla 25⁴⁸⁷, además de 9 monedas, dio un alto contenido en láminas y escorias de bronce mostrando evidencias claras de la existencia de actividades relacionadas con la fundición de este metal. En muchos casos se pudieron apreciar pequeños objetos a medio fundir (algunos parecían de ornamento o personales). Desafortunadamente la UE en cuestión se halló en una rasa situada debajo de la primera casa del sector de Can Mateu durante el proceso inicial de delimitación del yacimiento, lo que impidió su excavación en extensión y por tanto una mejor documentación de la misma. Aun así, no queda duda de la existencia de prácticas en las que se funden objetos de bronce en el asentamiento, que si bien no pueden relacionarse directamente con la actividad de la ceca, sí que nos obligan a barajar la hipótesis de que técnicas similares fuesen utilizadas por el taller monetario.

⁴⁸⁷ Debido a la extensión de la UE solo hemos mostrado la parte que concierne a los elementos metálicos.

Tabla 25. Inventario de los elementos metálicos presentes en la UE 2007 de Can Mateu.

UE 2007	Cantidad	Formas	Cantidad	Elementos	Número de
Categoría	fragmentos		elementos	clasificados	inventario / dibujo
Bronce	1	pendiente	1		2007-10
	15	láminas			
	1	bronce s/c			
Escoria bronce	35				
Hierro	2	chapa			
Escoria de Hierro	3				
Monedas	9	ilduro	4	unidad	2007-15 a 2007-18
		ilduro	1	unidad	2007-13
		neronken	1	unidad	2007-19
		VALENTIA	1	mitad	2007-12
		il·legible	1	unidad	2007-11
		il·legible	1	unidad	2007-20

Figura 152. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del grupo IV.1 de **ilduro**.

De las monedas del grupo IV.1 de **ilduro** (tabla 23) hemos podido analizar un total de 17 unidades. Los resultados son tremendamente similares a los que veíamos para las unidades del grupo III, lo que nos indica, aunque sin que existan certezas al respecto, que su agrupación dentro de un mismo período de acuñación parece ser correcto. Lo primero que podemos apreciar es que los artesanos siguen recurriendo a la aleación ternaria de cobre, plomo y estaño para elaborar los cospeles de la ceca. Una vez más el cobre es el elemento predominante oscilando ahora entre el 56,30% y el 85,40%. En lo que al plomo se refiere las cifras mínimas dentro de la aleación son del 9,40% mientras que las máximas alcanzan el 28,50% del total. El último elemento de la mezcla, el estaño, como ya ocurría en las

monedas del grupo III.1 oscila entre mínimos del 4,80% y máximos del 16,30% alcanzando valores máximos algo más elevados en este grupo (figura 152). La presencia de elementos residuales sigue documentándose, apareciendo trazas de vanadio en algunas de las piezas (0,04-0,06%), de níquel (0,11-0,15%) –aunque ahora en un número menor de ejemplares– y de hierro (0,06-0,42%) y cobalto (0,08-0,24%) en casi todas las piezas.

Finalmente, el único ejemplar que hemos podido analizar adscrito al período III de acuñación del taller (tabla 24), una unidad del grupo V de la ceca, nos permite divisar la existencia de una cierta continuidad en la utilización de una aleación ternaria por parte de los artesanos. Desgraciadamente, un único ejemplar analizado no permite ver si la variabilidad entre los tres elementos principales de la mezcla –cobre, plomo y estaño– continúa siendo muy elevada o si, por el contrario, esta se ha equilibrado y es ahora constante en sus proporciones. Tal dato resultaría de especial interés puesto que, como ya hemos reiterado a lo largo de este estudio, pensamos que la ceca se traslada en este momento a la nueva ciudad de *Iluro*, por lo que se podrían esperar cambios en el proceso de producción. Unas cifras similares en distintas monedas analizadas indicaría un mayor control en la elaboración de las distintas coladas y, por lo tanto, nos mostraría un cambio en el funcionamiento del taller. Por el contrario, si la tendencia fuese la misma que en los grupos III.1 y IV.1 podríamos argumentar que aunque el taller modificó su ubicación, nada cambió en lo referente a su proceso productivo. Será necesario esperar a futuros análisis para poder responder a estas preguntas.

Desgraciadamente, la gran ausencia en estos análisis son las monedas del período I de acuñación de la ceca. La rareza de estos ejemplares imposibilita el poder remover la pátina de estas piezas, bien por su valor histórico –siempre se hallan expuestas en las vitrinas de los museos– o económico –la mayoría de ellas se hallan en colecciones privadas–. Esperamos que en el futuro, nuevos hallazgos permitan realizar algún análisis las primeras monedas emitidas por el taller.

Una vez examinada la composición metálica de los grupos III.1 y IV.1 de la ceca de **ilduro**, acuñados durante su período II, pensamos que sería interesante el comparar los resultados de estas unidades con otras de talleres próximos. Para realizar tal comparación se han analizado ejemplares de dos cecas layetanas – **lauro** y **laiesken**– así como del taller de **ausésken** debido a su importante presencia en el valle de Cabrera de Mar durante este período (125-100/90) (tabla 26). Las monedas no han sido elegidas al azar, sino que se han analizado piezas que circulan conjuntamente con las unidades de los grupos III.1 y IV.1 de **ilduro** en el asentamiento tardo-republicano.

A primera vista vemos como los tres talleres utilizan, al igual que lo hace el de **ilduro**, una aleación ternaria formada por cobre, plomo y estaño, donde el cobre es siempre el metal con mayor presencia. Si pasamos a un examen algo más detallado, mientras vemos que en las cecas de **lauro** y **auésken** los valores de cobre, plomo y estaño muestran unos índices de variabilidad bastante elevados –al igual que ocurría en los grupos III.1 y IV.1 de **ilduro**– (figuras 154 y 155), el caso de la ceca de **laieşken** se nos presenta algo distinto. Los porcentajes de las cuatro unidades analizadas parecen tener valores mucho más próximos entre sí. El cobre oscila entre una mínimo de 54,30% y un máximo de 71,10%, mientras que el plomo nunca aparece en porcentajes inferiores al 20% (20,10-35,40%), siendo el taller de todos los comparados que presenta una mayor cantidad de plomo en sus monedas (figura 153). Finalmente, los valores del estaño se muestran también muy parejos oscilando entre el 7,90% y el 10,60% del total de la aleación. Sin que la muestra sea lo bastante amplia como para extraer conclusiones definitivas, sí que parece dibujarse un panorama en el que la ceca de **laieşken** controla más la elaboración de las coladas. De todos modos habrá que esperar a nuevos análisis para poder confirmar o refutar esta tendencia.

Tabla 26. Análisis metalográficos de monedas de lauro, **laieşken** y **auésken** realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).

N	Ref ⁴⁸⁸	ceca	Bibl.	Pb	Sn	V	Mn	Fe	Co	Cu	Zn	Ni	Sb	Ag
1	2053-1	lauro	CNH 9	12,40	13,90	0,11		0,49	0,13	72,70		0,12		
2	JMA365 ⁴⁸⁹	lauro	CNH 9	4,42	7,41			0,07	0,01	85,62	0,45	0,08		0,12
3	145	lauro	CNH 14	28,80	16,60				0,07	53,70		0,24		0,60
4	JMA366	lauro	CNH 14	4,07	3,59			0,07	0,04		0,48	0,31	0,19	0,19
5	2112-1	lauro	CNH 16	8,40	9,00		0,03	0,11	0,08	82,40		0,68	4,40	0,28
6	2344-1	lauro	CNH 16	19,50	7,40			0,63	0,13	67,60		0,44	3,70	0,54
7	2362-1	laieşken	CNH 5	27,40	10,60			0,17	0,14	61,60		0,08		
8	2100-2	laieşken	CNH 5	30,70	8,40		0,05	0,05	0,11	60,60		0,09		
9	1119	laieşken	CNH 5	20,10	7,90			0,15	0,17	71,10		0,09	0,60	
10	2362-2	laieşken	CNH 5	35,40	9,70			0,37	0,12	54,30		0,09		
11	2007-11	auésken	CNH 8	7,83	10,00	0,05		0,20	0,09 2	81,90		0,07		
12	2100-5	auésken	CNH 8	11,80	15,00			0,14	0,10	72,70		0,18		
13	2067-1	auésken	CNH 8	18,40	9,00			0,17	0,09	69,80		0,21	1,90	0,45
14	2381-1	auésken	CNH 8	29,80	13,80			0,26	0,13	55,90		0,14		
15	2324-7	auésken	CNH 8	20,00	9,70		0,04	0,41	0,10	69,50	0,24	0,09		
16	28-B	auésken	CNH 8	16,40	5,00			0,04	0,15	78,30		0,09		
17	28-3	auésken	CNH 8	11,13	10,30	0,05		0,11	0,16	77,80		0,47		
18	2324-2	auésken	CNH 8	19,70	9,30		0,06	0,09	0,09 2	68,60		0,26	1,60	0,37

⁴⁸⁸ Al no representarse estas piezas en el catálogo, se de en la tabla el número de referencia con que estas monedas son identificadas en sus respectivas colecciones, museos u otras publicaciones.

⁴⁸⁹ Los datos de los núm. 2 y 4 de la tabla 26 pertenecen a análisis realizados con la misma técnica pero por un equipo distinto; Llorens y Ripollès 1998: 95, fig. 16.

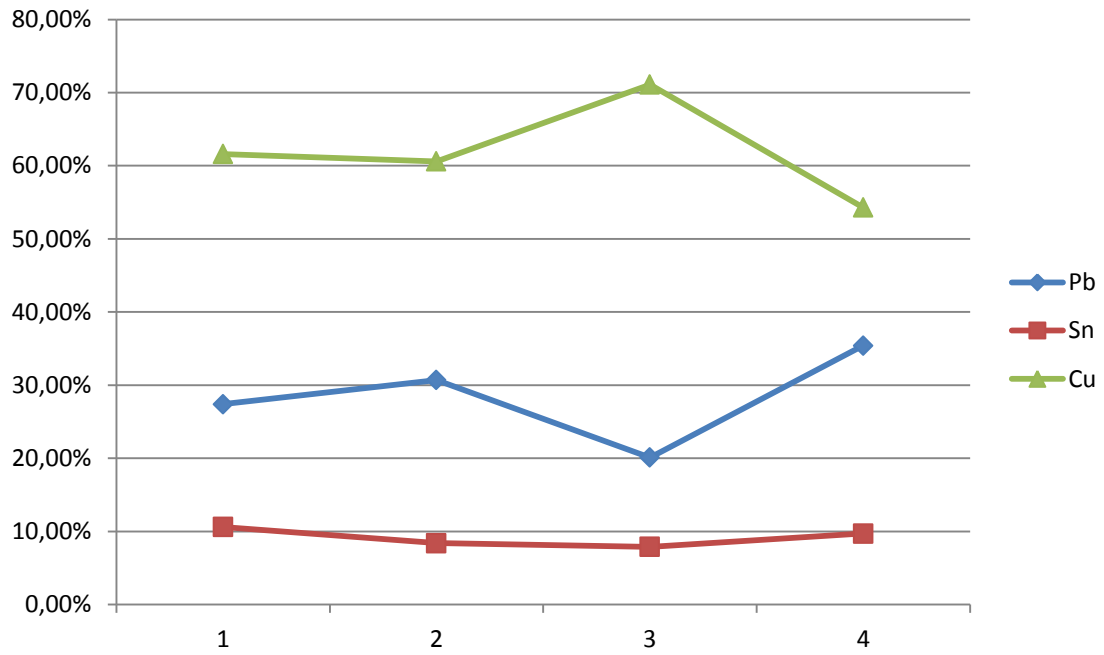


Figura 153. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del tipo *CNH 5* de *laiešken*.

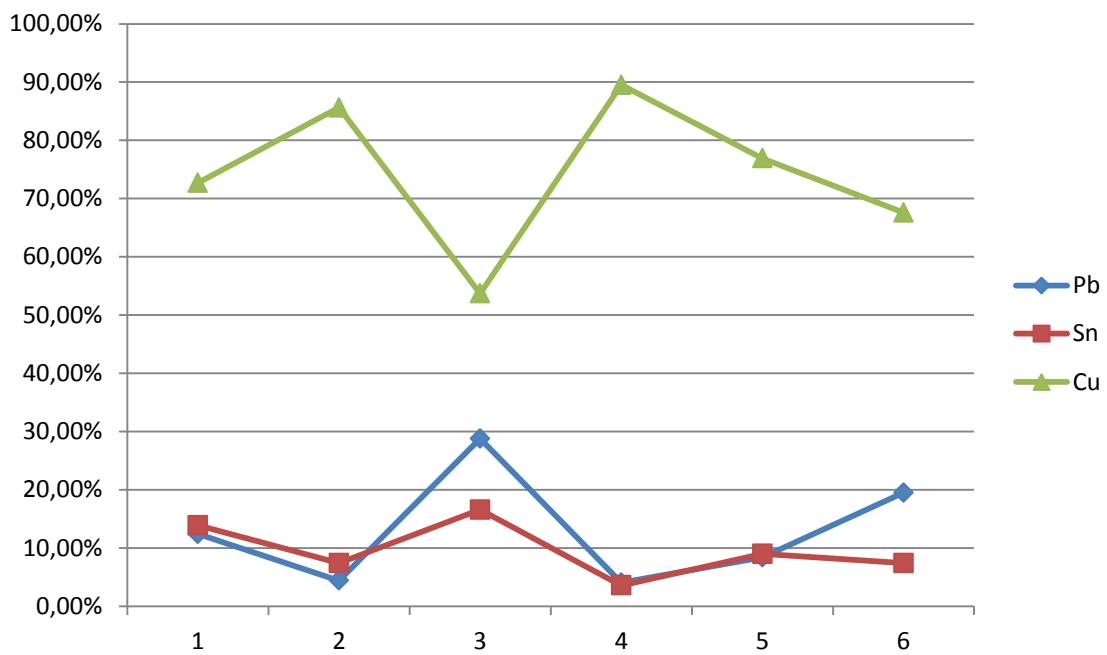


Figura 154. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del tipo *CNH 9, 14 y 16* de *lauro*.

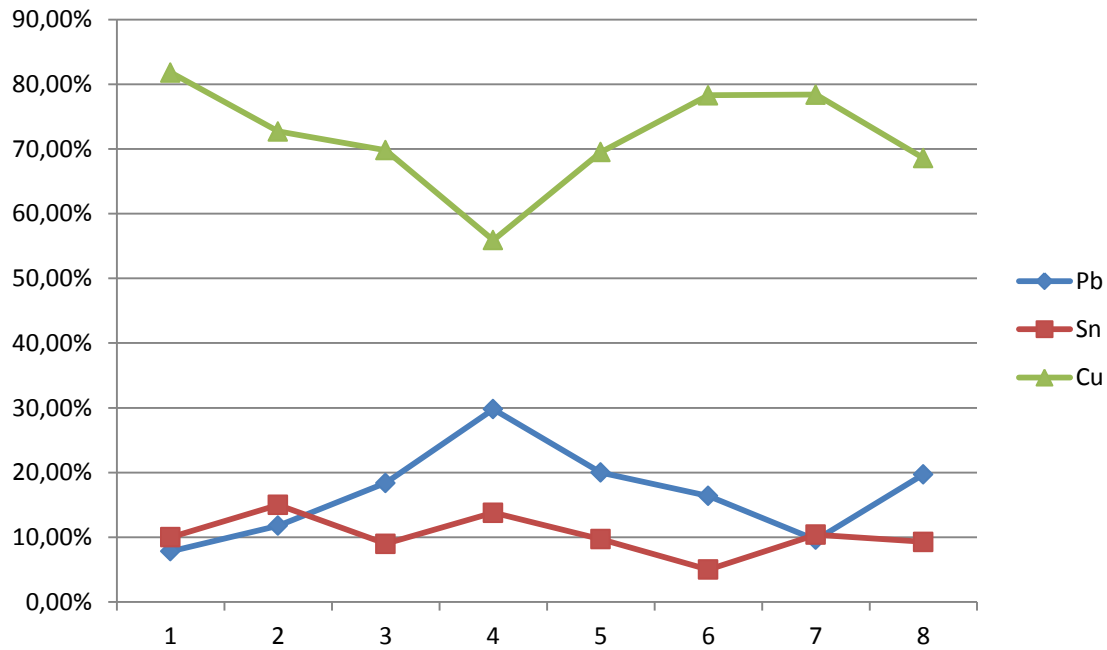


Figura 155. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del tipo CNH 8 de auésken.

Los resultados que hemos presentado revelan que la ceca de **ilduro** a lo largo de su período II de acuñación y, posiblemente del período III, acuñó sobre cospeles elaborados con una aleación de bronce rica en cobre. Los análisis realizados de ejemplares de **lauro**, **laieésken** y **auésken** indican una composición metálica similar. Con la posible excepción del caso de **laieésken**, resulta evidente que nunca se tomaron medidas para intentar mantener unos niveles equilibrados de los metales (cobre, plomo y estaño) en las distintas coladas elaboradas. Dato que a su vez pensamos que revela la relativa poca preocupación que el peso de estas monedas suscitaba entre sus productores. Cabe pensar que una moneda mucho más rica en plomo será algo más pesada que una cuya cantidad de plomo se vea reducida a la mitad, especialmente cuando los porcentajes de plomo y estaño son habitualmente inversamente proporcionales. Si tenemos presente que los moldes utilizados para elaborar los cospeles debían ser siempre, o al menos durante varias coladas, los mismos, este fenómeno explica la variabilidad de los pesos de las monedas de **ilduro** dentro de un mismo grupo⁴⁹⁰.

En relación con la disparidad mostrada en las coladas y como ya han apuntado otros autores, las diferencias en la composición de cada moneda no parece que afectase a su valor una vez puesta en circulación. Posiblemente tal

⁴⁹⁰ Con ello no pretendemos decir que el peso de las monedas no importase. Como hemos visto en el capítulo dedicado a la metrología, el peso es un punto clave para entender las acuñaciones de la ceca. No obstante, sí que pensamos que la composición poco homogénea de las distintas coladas explica en parte la variabilidad mostrada dentro de cada patrón metrológico.

fenómeno se explica debido al escaso valor del numerario de bronce y a la imposibilidad por parte del usuario final de percibir tales diferencias⁴⁹¹.

Si examinamos en un marco más amplio los resultados de las unidades de los grupos III.1 y IV.1 de la ceca de **ilduro**, así como los de las piezas analizadas de **auésken**, **laieésken** y **lauro**, vemos que sus porcentajes son relativamente similares a los que se conocen de otros talleres como **arse**, **śaiti**, **kese** y otras cecas de la Citerior. No obstante y en líneas generales, parece que las monedas de **ilduro**, **auésken**, **laieésken** y, en menor medida, **lauro** tienen un margen mayor de oscilación que el resto de talleres mencionados (**arse**, **śaiti**, **kese**).

Quizás el factor más característico de todas estas emisiones propias del último cuarto del siglo II a. C. es su elevado contenido en plomo, por lo que la pregunta que surge inmediatamente es: ¿por qué? La respuesta más habitual a dicha cuestión es el mayor coste del estaño con respecto al del plomo debido a su rareza y, por lo tanto, a su elevado coste de obtención⁴⁹². No pensamos que esta explicación se adapte bien a lo que nos están mostrando los análisis, puesto que los valores de estaño parecen ser relativamente estables, siendo el plomo y el cobre los que sufren mayores variaciones. En nuestra opinión y en base a lo que sabemos del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, donde la utilización plomo se documenta en grandes cantidades y no así el cobre, da la sensación de que se está incrementando el porcentaje de plomo para suplir una carencia de cobre. Esto explica perfectamente los valores invertidos que los dos metales presentan en las gráficas. Cuanto más plomo menos cobre. Por otro lado y como muy bien apunta Ripollès, hay que tener presente que una mezcla rica en plomo dará como resultado una aleación mucho más maleable y por lo tanto que facilitará la ardua tarea de la acuñación⁴⁹³. Finalmente la utilización de plomo baja el punto de fusión de la mezcla a la vez que hace la aleación más fluida⁴⁹⁴. Por lo tanto, son diversos los motivos que parecen estimular el uso de este metal.

Por último y nuevamente en palabras de Ripollès, si tuviésemos que definir el metal con el que acuñó la ceca de **ilduro** a lo largo de su período II y posiblemente también del III deberíamos referirnos y citamos textualmente: "*un bronce plúmbeo*"⁴⁹⁵.

⁴⁹¹ Ripollès 2007: 64.

⁴⁹² Plino, NH: 40.161.

⁴⁹³ Ripollès 2007: 64.

⁴⁹⁴ Pardini (inédito): 108.

⁴⁹⁵ Ripollès 2007: 64.

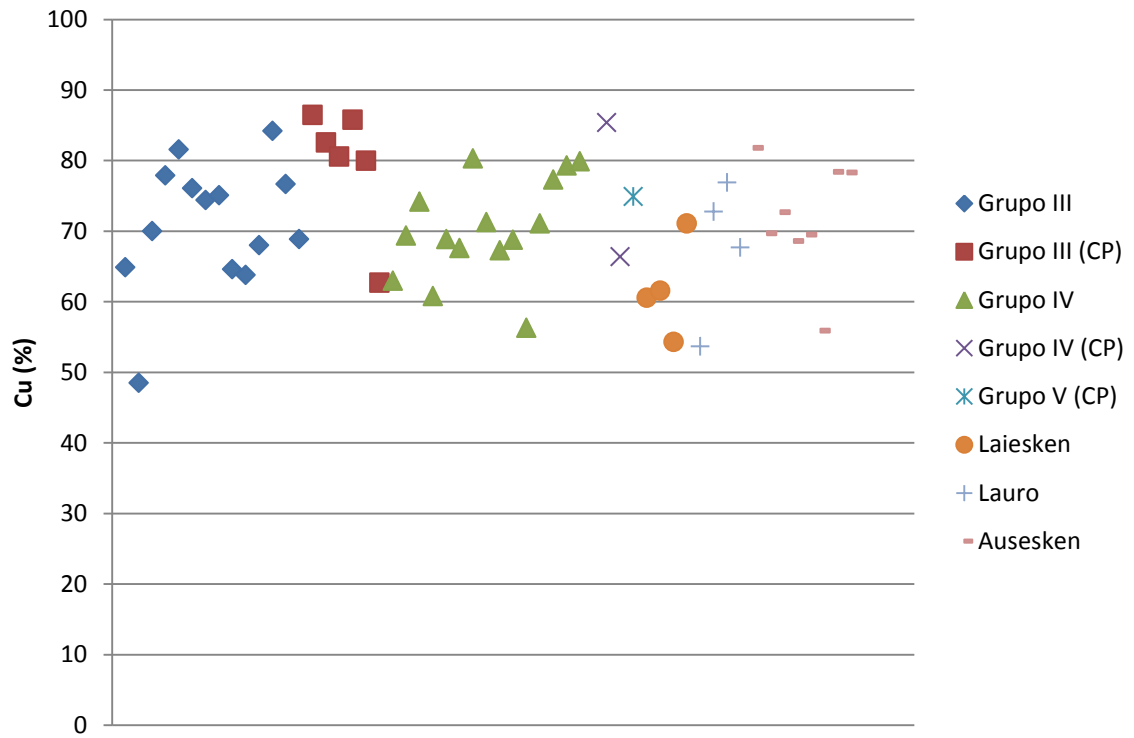


Figura 156. Porcentajes de cobre (Cu) del total de las monedas analizadas.

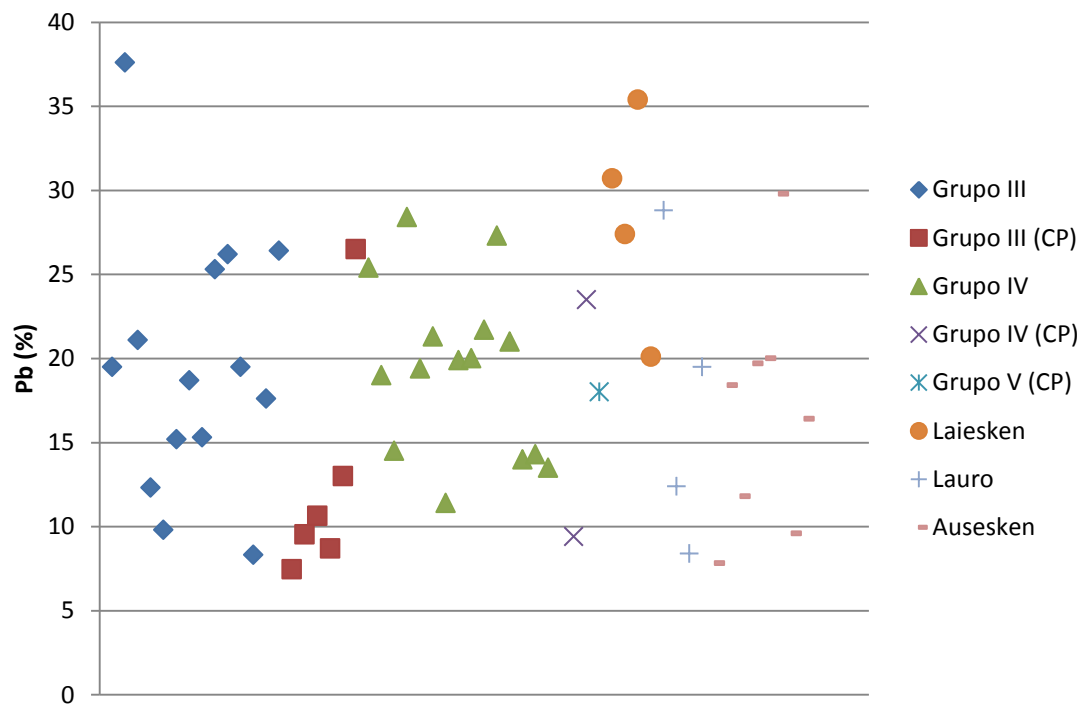


Figura 157. Porcentajes de plomo (Pb) del total de las monedas analizadas.

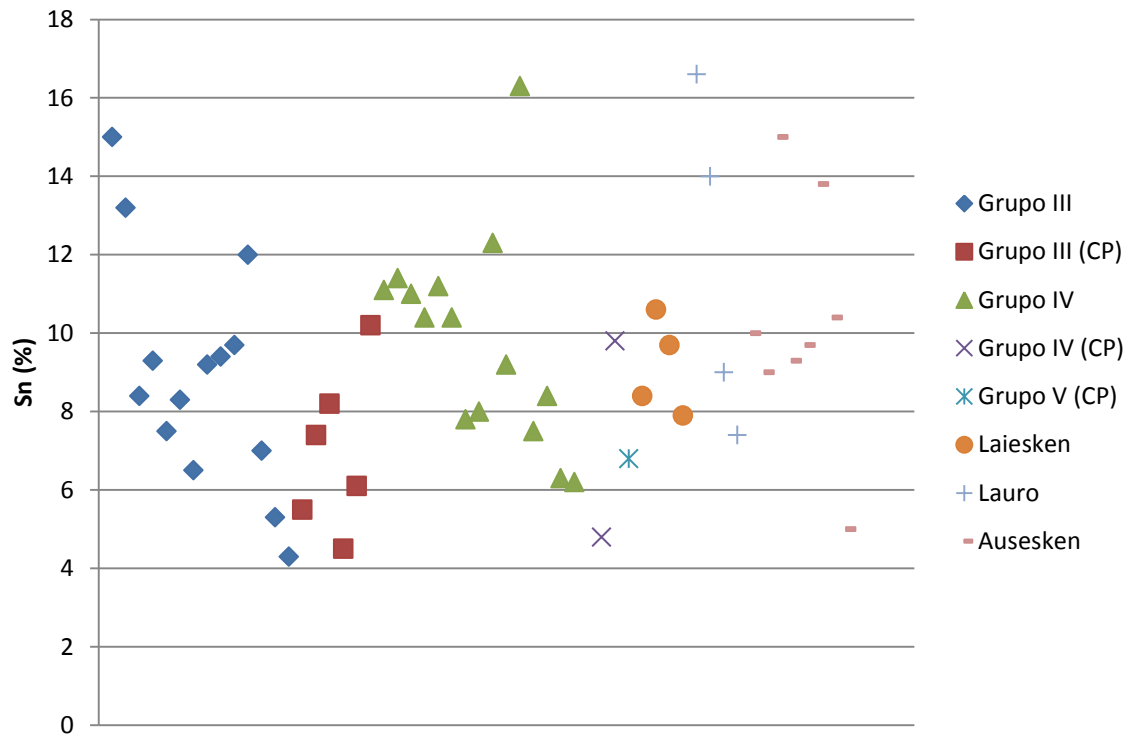


Figura 158. Porcentajes de estaño (Sn) del total de las monedas analizadas.

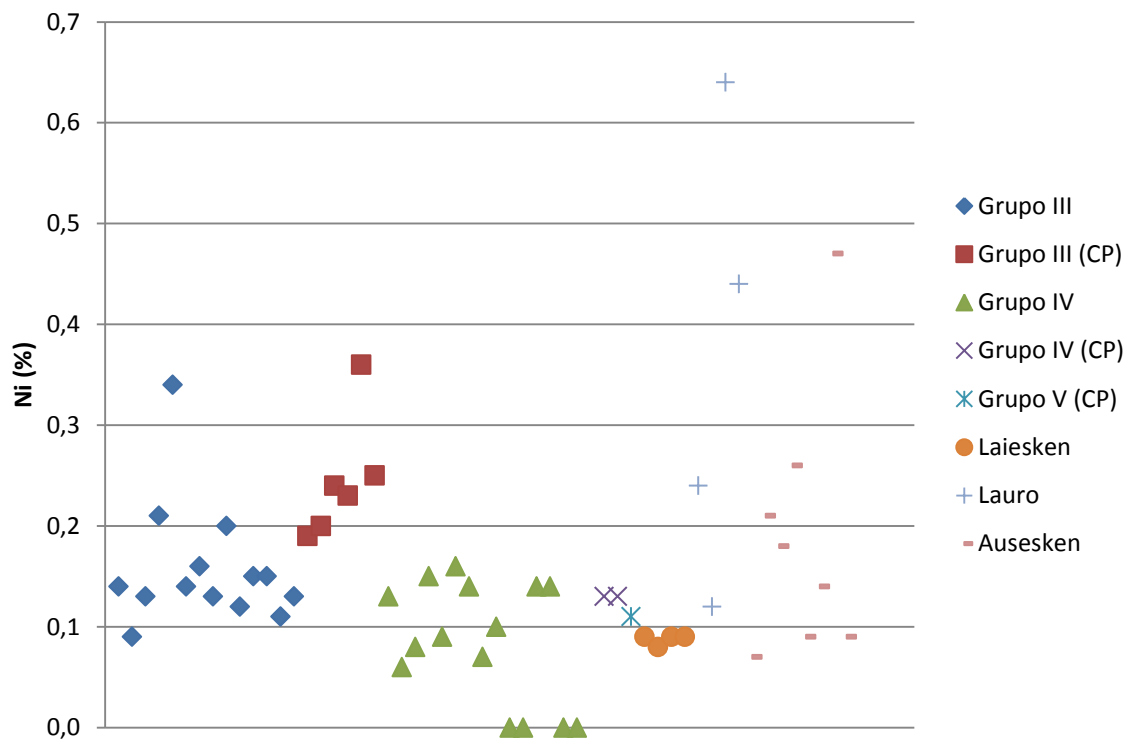


Figura 159. Porcentajes de níquel (Ni) del total de las monedas analizadas.

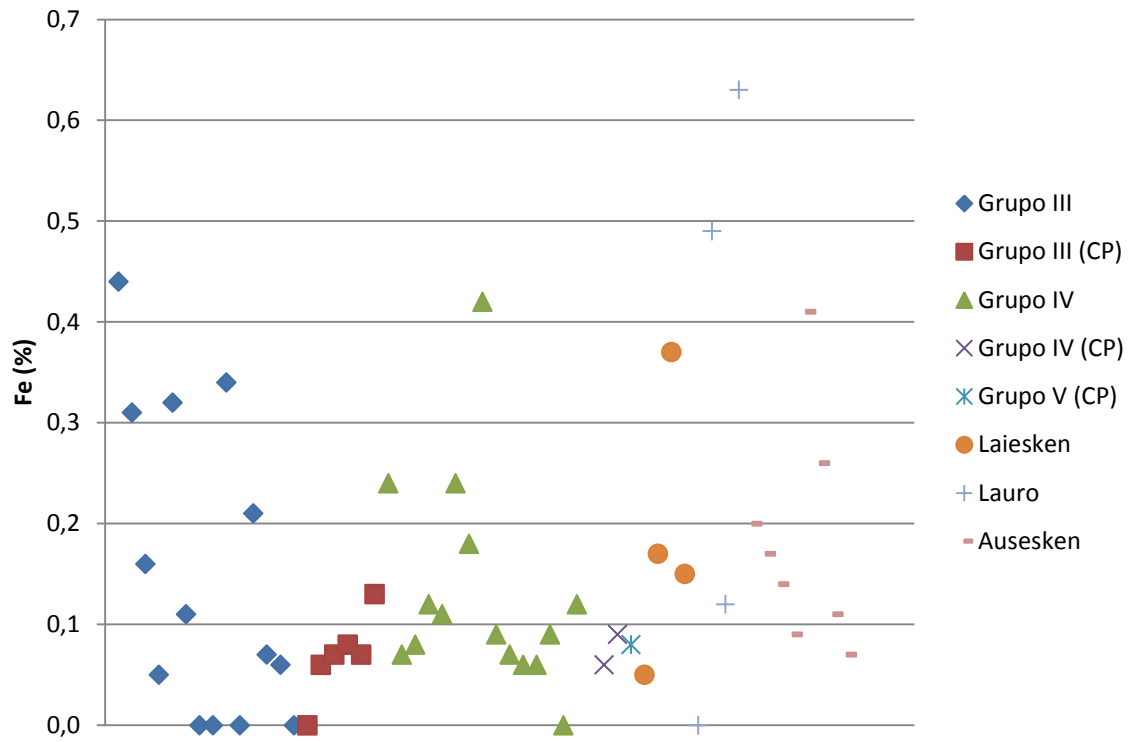


Figura 160. Porcentajes de hierro (Fe) del total de las monedas analizadas.

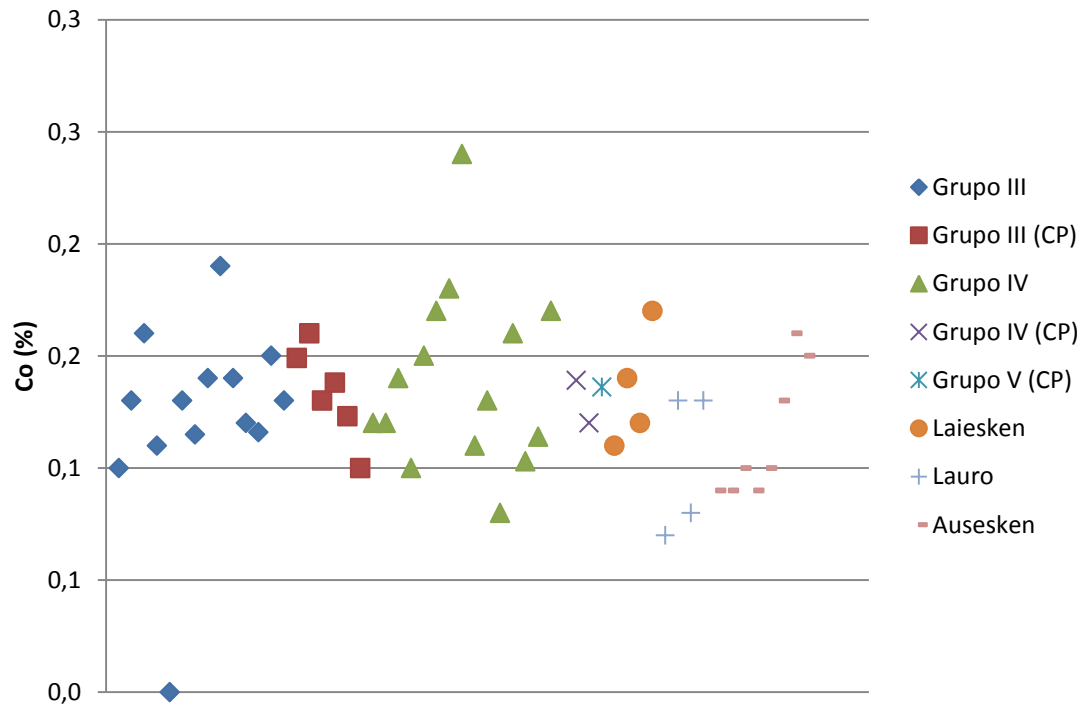


Figura 161. Porcentajes de cobalto (Co) del total de las monedas analizadas.

13.2. Posición de los cuños

Otro de los aspectos técnicos que podemos analizar en un taller monetar es la posición de los cuños: *"La posición de cuños de las monedas esta en relación con la naturaleza de las herramientas y con la forma de trabajo de los artesanos. Los cuños se pudieron fijar con guías, bisagras o abrazaderas; en algunos cuños conservados se han identificado marcas al margen que podían servir de orientación al artesano para colocar el cuño en una determinada posición..."*⁴⁹⁶

Queda claro que la posición de los cuños es un elemento más a tener en cuenta si queremos acercarnos a la tecnología que utilizaba el taller en el momento de su producción. Por ello, dedicaremos unas líneas a tratar de averiguar si la ceca de **ilduro** le prestó o no una atención especial a la hora de acuñar.

Antes de entrar a valorar los resultados, es importante decir que solo se ha trabajado con aquellas muestras que por su tamaño permiten la obtención de resultados fiables. Cuando los ejemplares conocidos no superan la veintena –cosa habitual en muchos de los grupos de la ceca– hemos preferido no evaluarlos, puesto que se requiere de una muestra amplia para poder ver tendencias sin que el azar pueda afectar a los resultados.

Por otra parte, es muy importante mencionar que la obtención de los ejes de una moneda es un proceso algo subjetivo. En una muestra en que muchas de las piezas provienen de catálogos de subastas y publicaciones científicas, no se puede hablar de un criterio uniforme a la hora de obtener los ejes de cada moneda –lo que puede dar lugar a un pequeño margen de variación–. Por ello, aquí se valorarán unas ideas muy básicas y generales sin pretender ser totalmente exhaustivos. Hay que tener presente que en ocasiones, especialmente cuando la conservación de la moneda no es buena, resulta sencillo que dos investigadores distintos puedan dar una cifra ligeramente diferente para los ejes (2 h, 2.30 h, 3 h.).

13.2.1. Período I (150-125 a. C.)

Debido a la escasa muestra de moneda que conforma cada uno de los grupos de este primer período de acuñación de la ceca, nos hemos visto obligados a estudiar de forma conjunta los grupos I.1 y II.1 del taller (11 ejemplares). Si bien lo ideal es estudiar cada grupo independientemente, pensamos que vale la pena realizar este ejercicio ya que los resultados, aunque no serán tan fiables como los que veremos en períodos posteriores, sí que pensamos que son interesantes y permiten elaborar alguna hipótesis inicial.

⁴⁹⁶ Gozálbz y Ripollès 2002: 19.

Como se desprende de la figura 162, y siempre teniendo presente que la muestra no alcanza los mínimos necesarios, parece que existe una clara tendencia a la hora de acuñar los ases unciales reducidos de la ceca a fijar los cuños a las 12 h, sin que se detecte no obstante una rigurosidad extrema en el proceso puesto que hay ejemplos de casi todas las posiciones posibles.

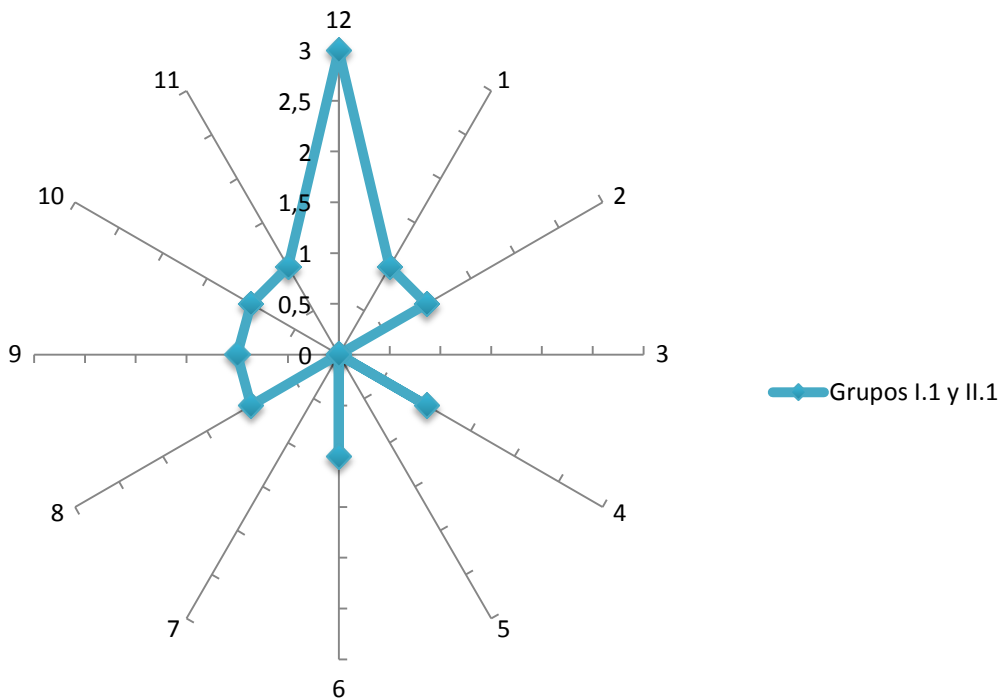


Figura 162. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas de los grupos I.1 y II.1 de Ilduro.

13.2.2. Período II (125-100/90 a. C.)

Dentro de este segundo período de acuñación de la ceca la muestra disponible ha sido mucho mayor. Hemos trabajado con un total de 146 monedas, de las cuales conocemos la posición de los ejes (grupo III.1) y de 77 del grupo IV.1. En esta ocasión sí que estamos convencidos de que ambas muestras son lo bastante representativas como para poder afrontar un análisis real de esta parte del proceso productivo que nos permita vislumbrar unos resultados iniciales.

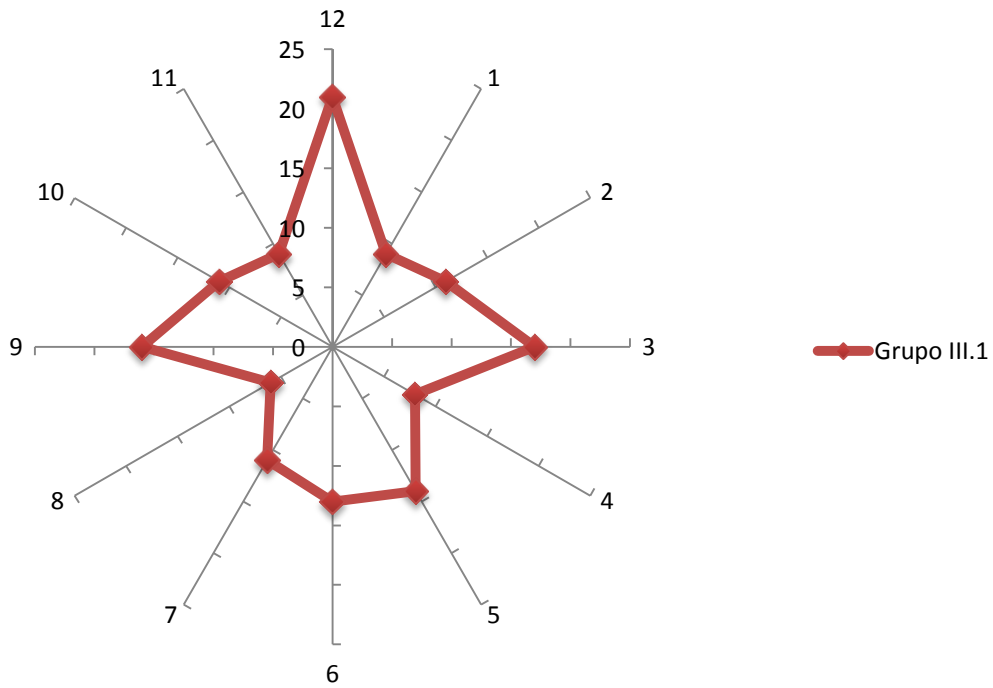


Figura 163. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo III.1 de *ilduro*.

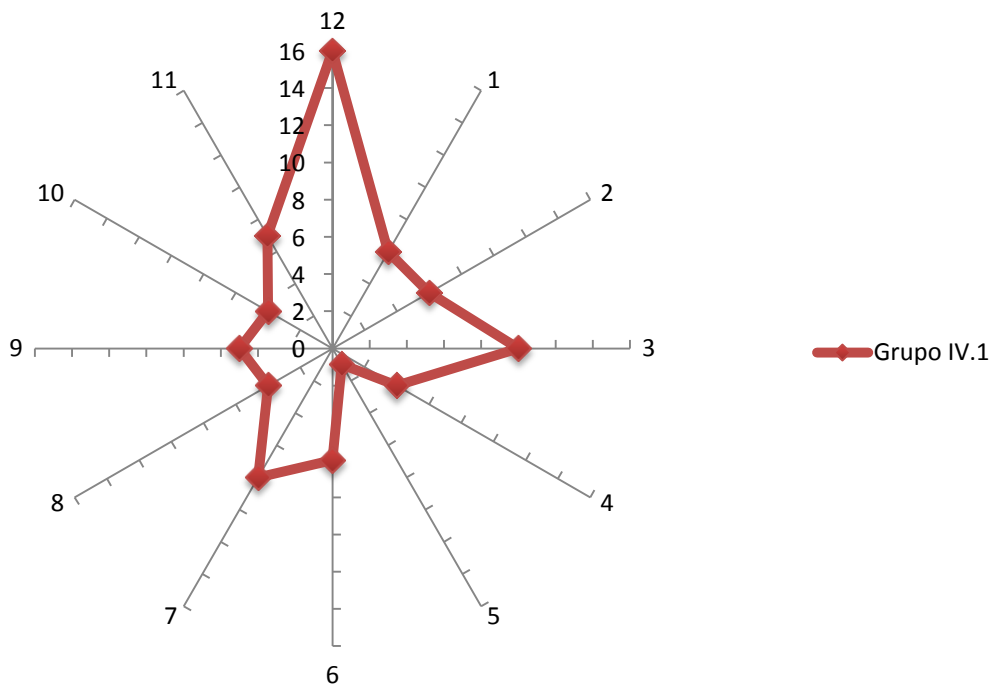


Figura 164. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo IV.1 de *ilduro*.

Al igual que ocurría en el período anterior, parece que existe una tendencia a orientar los cuños a las 12h. No obstante se aprecia que esta posición, si bien preferida, no fue en ningún caso la única. Como bien muestra el histograma que

adopta la forma de una estrella (figura 163), es frecuente que las monedas de este grupo III.1 de **ilduro** tengan los ejes a las 3 y las 9 h.

Similares son los resultados para las unidades del grupo IV.1 de la ceca. En esta ocasión nuevamente se ve una tendencia clara hacia las 12 h que, una vez más, resulta ser la posición preferida (figura 162). En un segundo plano, pero también con una presencia importante, documentamos una segunda posición en la que los ejes se fijan a las 3h.

13.2.3. Período III (90/80-72 a. C.)

Es sin duda el período más interesante. Por primera vez la muestra es lo bastante amplia como para estudiar el grupo V de **ilduro** al completo. Empezaremos por el valor más elevado (la unidad; 209 ejemplares) para finalizar con su único divisor conocido (el cuarto; 29 ejemplares).

En el caso del grupo V.1 (unidades) el histograma (figura 165) nos muestra una predilección por orientar los cuños a las 12 y las 9 h que serían por tanto las posiciones preferidas. Algo por detrás, pero con un número significativo de piezas, encontramos una tendencia secundaria hacia las 2 y las 3 h.

Totalmente distinto es el caso de los divisores en los que la tendencia se invierte. En las monedas del grupo V.2 de **ilduro**, la posición preferida para los cuños son las 2 y las 3 h (figura 166).

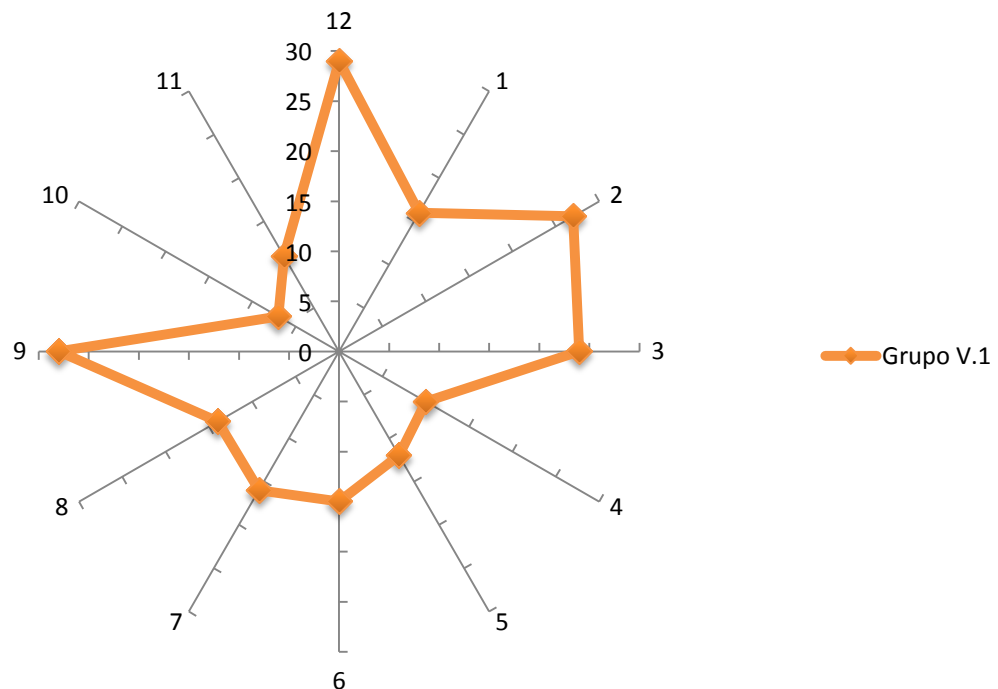


Figura 165. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo V.1 de **ilduro**.

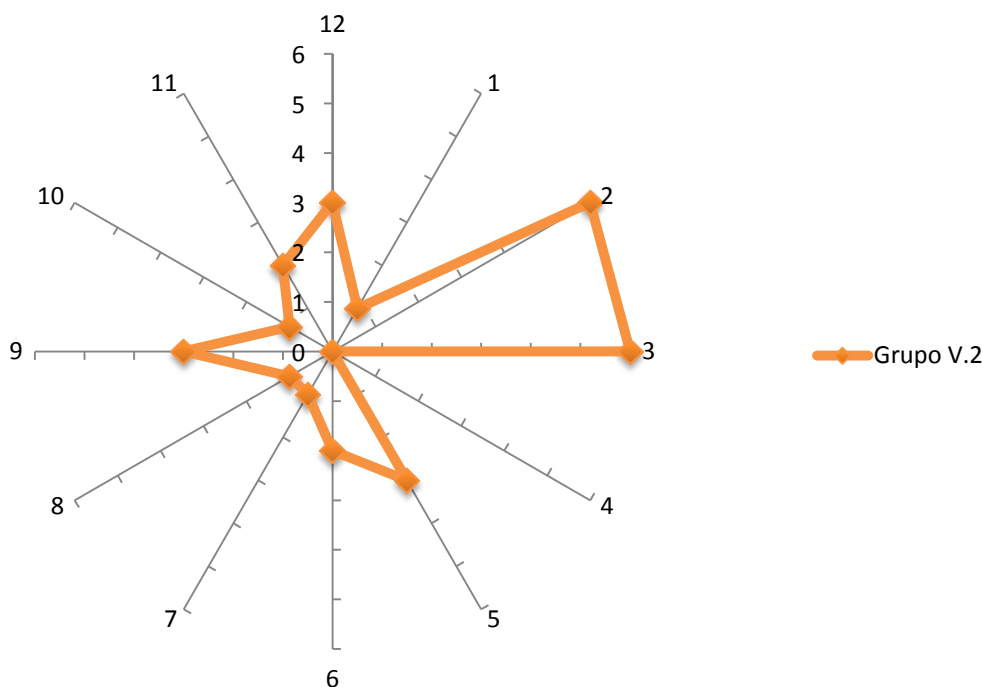


Figura 166. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo V.2 de *ilduro*.

13.2.4. Interpretación de los resultados

En líneas generales la tendencia para los distintos grupos y períodos de la ceca parece ser bastante similar. Existiría en ases unciales reducidos y unidades una posición favorita o mayoritaria que fija los cuños a las 12 h. Como hemos visto, esta puede verse complementada en cada grupo estudiado por otras secundarias que suelen orientarse a las 3 o a las 9 h.

Por el contrario, en el caso de los divisores y, con el lastre de haber trabajado solamente con el grupo V.2 (cuartos), da la sensación de que la posición preferida se modifica. En esta ocasión parece que se tiende a fijar los cuños a las 2 o las 3 h.

Si bien parece que es posible detectar preferencias dentro del taller de **ilduro** a la hora de orientar los cuños durante el proceso de emisión, resulta imposible afirmar que la ceca de **ilduro** acuñó siempre utilizando una posición fija. Al igual que sabemos que los ejes de los cuños de las monedas de Cartago siempre se fijaron a las 12 h o que las monedas sasánidas normalmente presentan una posición cercana a las 3 h⁴⁹⁷, en el caso de **ilduro** da la sensación de que se buscaron los puntos cardinales (N, S, E, O) o lo que es lo mismo los ejes del reloj (12, 3, 6, 9).

⁴⁹⁷ Gozálbz y Ripollès 2002: 19.

Cualquier argumento que intente justificar el porqué de esta tendencia no dejará de ser una hipótesis. No conocemos las herramientas ni los elementos que utilizó el taller durante el proceso de acuñación, por lo que apenas tenemos un punto de partida. Aun así, sabemos que en algunos cuños de otros talleres se han conservado marcas al margen que podrían haber servido al artesano para fijar el cuño en una posición concreta⁴⁹⁸. Podría ser factible que el taller de **ilduro** hubiese empleado este tipo de iniciativas, ya que la regularidad con que sus monedas se fijan a las 12, las 3 o las 9 h hace plausible el valorar que el artesano/os hubiese dispuesto de algún mecanismo para orientar correctamente los cuños⁴⁹⁹. Qué llevaría al artesano a elegir una posición concreta es a día de hoy una incógnita. Una opción es que los cambios de posición tengan que ver con los turnos del personal (cada turno una posición, como ya se ha propuesto para la República romana), con la preferencia de distintos artesanos por una posición concreta (ya sea por comodidad a la hora de trabajar como por superstición o rutina), pero también puede deberse a un proceso de acuñación en el que no se controla dicha actividad. Posiblemente esta última opción sea la que parece más factible en el caso de **ilduro** aunque no estamos en posición de descartar ninguna otra hipótesis.

13.3. Consideraciones finales

Si bien son muchísimas las preguntas acerca de cómo produjo sus emisiones la ceca de **ilduro**, han sido muchas las respuestas que hemos obtenido en relación a la composición metálica y a la posición de cuños de sus monedas, al menos para las de los grupos III.1 y IV.1 de la ceca.

Gracias a la fluorescencia de rayos X nos hacemos una idea detallada del tipo de aleación utilizada por los artesanos (bronce plúmbeo) y que básicamente ahora sabemos que se componía de cobre, plomo y estaño. Además, las variaciones en las cantidades utilizadas por el taller a la hora de hacer la mezcla nos indica que no existía un interés por controlar o mantener estables las cantidades de cada uno de los metales.

Gracias al estudio de la posición de los cuños hemos visto como no parece existir la intención de fijar una posición concreta para los cuños de anverso y reverso a la hora de acuñar la moneda. Lo que nuevamente apunta que no existía un control exhaustivo en un proceso que ahora sabemos era bastante rudimentario en cuanto a lo que a sus aspectos técnicos se refiere.

⁴⁹⁸ Gozálbz y Ripollès 2002: 19.

⁴⁹⁹ Gozálbz y Ripollès 2002: 19.

Sin duda la comparación con lo que pasa en cecas como la de Roma unido al estudio de los tipos, nos debe de hacer pensar en unos artesanos locales a los que poco les preocupaba ser meticulosos a lo largo del proceso de producción. De la misma manera, el hecho de que existiese tal permisividad en la composición de la aleación utilizada y en la posición de los cuños pensamos que es indicativo de un escaso control sobre este numerario que, quizás, por su bajo valor, pudo ver delegada su acuñación –por la administración romana– en manos de las élites locales. Esta idea, que explicaría bien por qué el numerario de **ilduro** se sirve del alfabeto ibérico y no del latino y que justificaría la rentabilidad no especialmente elevada que se le da a los cuños (véase capítulo 14), no debe de contradecir el hecho de que fuese Roma quien, directa o indirectamente, estaría en última instancia introduciendo la moneda y por lo tanto monetizando una sociedad antes desmonetizada (véase capítulo 19).

14. PRODUCCIÓN Y VOLUMEN DE EMISIÓN

En el momento de estudiar un taller de moneda, calcular y establecer el volumen de su producción –aunque sea aproximadamente– es de vital importancia para poder comprenderlo. Partiendo del estudio de cuños llevado a cabo (véase capítulo 17), se realizará una propuesta durante las siguientes páginas sobre la productividad que tuvo la ceca de **ilduro**. En primer lugar, se llevará a cabo una estimación del número de cuños que el taller empleó a lo largo de su existencia, datos que serán posteriormente interpretados y evaluados en términos económicos en la segunda parte del capítulo.

En este estudio, se coincide plenamente con Ripollès cuando comenta: «*El propósito de este análisis (el cálculo del número original de cuños) no es la obtención de la verdad absoluta, que es inalcanzable, sino la de aproximarnos a una probabilidad, siendo preferible esta opción a no intentar ninguna estimación*»⁵⁰⁰. Ello no es óbice para que se desee expresar la opinión de que, si bien los resultados son meramente orientativos, el hecho de que haya un consenso entre los investigadores para realizar los cálculos de forma idéntica –al menos, en nuestro país– permite llevar a cabo comparaciones relativamente fiables entre la producción documentada en diferentes talleres antiguos. Es decir, una estimación de que **śaiti** acuñara sus monedas de bronce utilizando un total de 89 cuños de anverso por 186 de **arse** y 205 de **kese**⁵⁰¹ –más allá del parecido que estas cifras tengan con las reales, pues siempre son aproximadas en mayor o menor medida– ofrece una comparación relativa real. La ceca de **kese** emitió 2,3 veces más moneda de bronce que **śaiti**, lo que posibilita determinar la envergadura y riqueza acuñada por ambas cecas. Ello se debe a que el error en los mencionados cálculos –en el caso de existir– será el mismo para todos los talleres, algo que faculta compararlos entre sí⁵⁰².

⁵⁰⁰ Ripollès 2007: 77.

⁵⁰¹ Estimaciones extraídas de Ripollès 2007: 85, fig. 63.

⁵⁰² Evidentemente, la comparación no resulta tan simple, pues hay otros factores –por ejemplo, la productividad de cada cuño– que pueden condicionar notablemente este tipo de comparaciones. Aun así, resultan útiles a modo orientativo.

Esta idea resulta fundamental a la hora de relacionar la cantidad total de moneda puesta en circulación por cada ceca así como de valorar qué talleres tuvieron una mayor repercusión en la monetización de Hispania. También sobre la base del volumen emitido y del metal con que trabajaron (plata o bronce), es posible hacer cálculos sobre qué se pagó con la moneda estudiada y qué generó dicha demanda de numerario si la emisión está bien fechada.

Antes de entrar a valorar cuál fue la importancia de los distintos grupos emitidos por el taller de **ilduro**, surge la necesidad de preguntarse si queda alguna denominación o grupo acuñado por la ceca que no se conozca. Obviamente, el presente estudio no está en situación de responder rotundamente a esta pregunta, pero es razonable pensar que la posibilidad de obviar a un grupo entero es muy escasa –por no decir inexistente– considerando la muestra que se posee y tras dar un exhaustivo repaso a la historiografía de la ceca (véase capítulo 8). La opción de que surja una nueva denominación –sobre todo, un divisor de escaso valor– no puede descartarse tan fácilmente, pero, en todo caso, poco afectaría al volumen global de la producción de la ceca. En la misma línea, el tamaño de la muestra recogida garantiza que se conoce la práctica totalidad de los cuños abiertos por la ceca –a excepción de los del período I (grupos I y II), en el que la rareza de las piezas imposibilita su estudio detallado– siendo tan solo probable la aparición de un de nuevos cuños dentro del grupo V.1. Dicha posibilidad tampoco puede descartarse dada la alta productividad de este grupo (60 cuños de anverso y 61 de reverso); es más, resulta altamente factible como bien indican los cálculos estadísticos. No obstante, la mencionada aparición de algunos cuños nuevos no afectaría en gran medida a los cálculos que se llevarán a cabo, ya que estos partirán del número original de cuños estimados para el taller –no del de los conocidos a día de hoy–.

Por todo ello, no es aventurado considerar que la producción de la ceca de **ilduro** podría calcularse con bastante exactitud, con la única salvedad del mencionado período I, para el que solo se posee la certeza de que su rendimiento fue muy bajo –por tanto, poco relevante–, pero sin poder concretar más.

14.1. Características de la muestra estudiada

En este capítulo, como podrá verse más adelante, siempre se trabajará con monedas cuyos cuños han sido identificados. No obstante, y a modo de herramienta comparativa, sería bueno dar algunas pinceladas sobre el tipo y cantidades de moneda que conforman la muestra inicial –es decir, todas las piezas conocidas independientemente de que sus cuños hayan podido, o no, ser

identificados– antes de entrar de lleno en la producción del taller. Estas cifras serán especialmente útiles en el momento de valorar la producción del primer período de la ceca, el cual no da lugar a la estadística debido a la rareza de sus piezas.

Si las 725 monedas estudiadas –con sus distintas denominaciones– se distribuyen entre sus respectivos grupos y períodos, los resultados son los siguientes:

Los grupos I y II son minoritarios y apenas sobrepasan el 5 % del total de la muestra. El grupo III representa al 30 %, mientras que el IV se queda en cifras del 15 %. Finalmente, el grupo V es el mejor representado sumando el 50 % de todas las monedas examinadas (figura 167).

Los resultados son muy similares si estos mismos datos se agrupan por períodos:

El primero de ellos supone tan solo el 5 % del total de las piezas, y que los períodos II y III completan la muestra con cifras del 45 y del 50 %, respectivamente (figura 168).

Como se deduce de observar la figura 168, la sensación inicial es que la producción de los períodos II y III de **ilduro** fue más o menos parecida, hipótesis que, sin embargo, no parece cumplirse –lo cual se tratará más adelante– y que resulta indicativa de que la muestra recogida para el grupo V.1 –a pesar de sus 307 monedas– es posiblemente algo escasa y deberá ampliarse en el futuro.

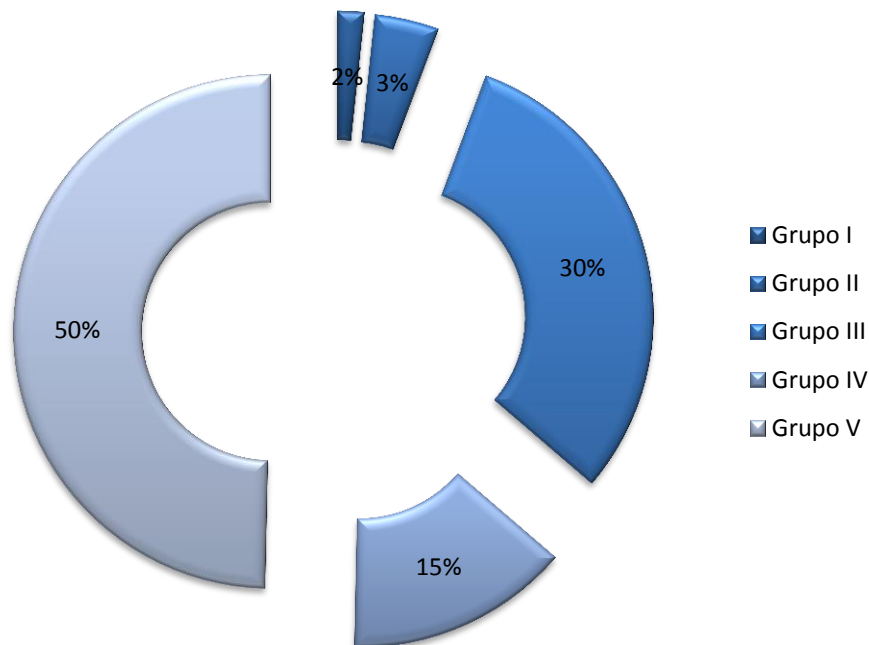


Figura 167. Distribución del total de monedas estudiadas según el grupo de acuñación al que pertenecen.

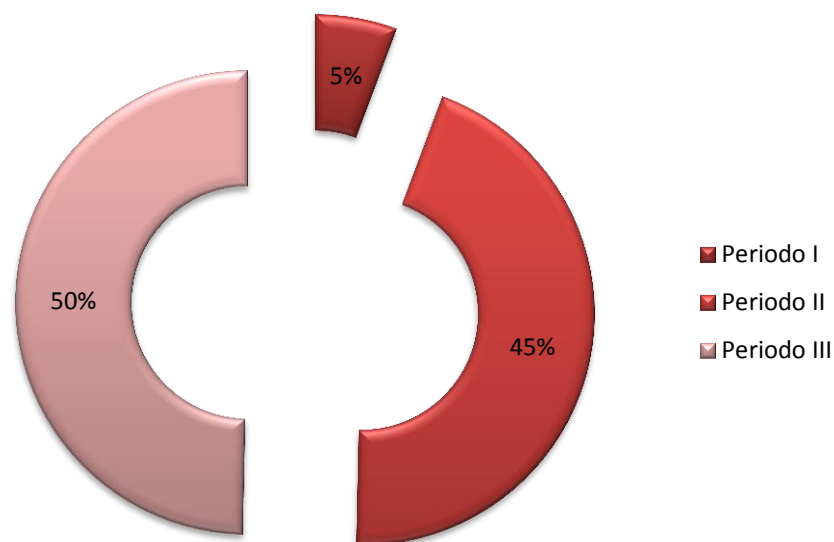


Figura 168. Distribución del total de monedas estudiadas según el período de acuñación de la ceca al que pertenecen.

14.2. Volumen de las distintas emisiones de *ilduro*

Para poder realizar una estimación del volumen de las distintas emisiones de la ceca de *ilduro*, el primer paso es conocer –cuanto menos, de manera aproximada– la cantidad de cuños que el taller utilizó originalmente. Ya se ha comentado con anterioridad (véase capítulo 2) que hasta los más críticos aceptan que el cálculo del número de cuños estimado para una amonedación concreta basándose en las propuestas de Carter, Esty y Good está proporcionando resultados óptimos⁵⁰³. Por ello, las fórmulas matemáticas elaboradas por estos autores se emplearán a lo largo del presente capítulo con el objeto de llevar a cabo los cálculos estadísticos siempre y cuando estos sean factibles⁵⁰⁴. Dichas fórmulas son:

Carter

$$k' = [n(n - 1)] / [2(n - d)] - (n - 2) / 3 - (n - d) / 18.$$

$$\text{Si } n < 2d, k' = nd / (1.214n - 1.197d).$$

$$\text{Si } 2d < n < 3d, k' = nd / (1.124n - 1.016d).$$

$$\text{Si } n > 3d, k' = nd / (1.069n - 0.843d).$$

Esty

$$k_2 = 2n / [r - 4 + (8r + r^2)^{1/2}].$$

Good

$$C' = 1 - (N_1/n) + 2N_2 / (n(n-1))$$

$$x = C' \pm (2/n)[N_1 + N_2 - (N_1^2/n)]^{1/2}.$$

⁵⁰³ Sobre este tema, véase Esty 1986: fórmula B1, G1, H1, J2 y J3; 2006; Carter 1983.

⁵⁰⁴ Los cálculos estadísticos solo se han realizado sobre aquellas denominaciones cuya muestra es de 10 o más monedas.

Es importante matizar algunas de las nomenclaturas aquí empleadas –ya sea en las tablas o en el texto– antes de iniciar el estudio detallado de cada uno de los grupos. N es el número de monedas cuyos cuños de anverso y reverso han sido identificados (nunca el total de ejemplares que conforman la muestra). La rentabilidad de estos (n/D) es el resultado de dividir N entre el número de cuños estimados tras aplicar las fórmulas anteriormente expuestas⁵⁰⁵; cuanto más alto es el resultado, más rentables fueron los cuños utilizados. Finalmente, en las tablas, se puede distinguir una columna con el epígrafe 1F/2F. Todos los cuños –de anverso o de reverso– de los que solo se conoce una moneda fabricada con ellos se clasifican bajo 1F. Por contra, el número de casos se anotará como 2 fichas –por tanto, 2F– cuando se conocen dos ejemplares. Estas cifras son relevantes en el momento de llevar a cabo los cálculos estadísticos, por lo que es interesante mostrarlas en las tablas a modo informativo.

14.2.1. Grupo I

Como se ha avanzado, poco puede decirse de esta primera emisión, ya que solo se conocen 12 monedas que se corresponden con dos valores diferentes –5 ejemplares de as y 7 de sextante uncial reducido–. Debido a la presencia de alguna de estas piezas en contextos arqueológicos más tardíos respecto a la fecha de emisión de la moneda –como es el caso del as recuperado en las excavaciones de Can Balencó (Argentona)⁵⁰⁶–, así como a la aparición de ejemplares del grupo II de **ilduro** y de otros talleres que emitieron siguiendo el mismo sistema ponderal –uncial reducido– en contextos del 100-90 a. C., la posibilidad de que las piezas más antiguas hubiesen sido retiradas del mercado es pequeña y en absoluto se hizo exhaustivamente si fue así. Por tanto, el escaso número de monedas conocido debe achacarse a la baja productividad del taller en estos momentos; es decir, se utilizaron pocos cuños de anverso y reverso. En cuanto a los ases unciales reducidos (grupo I.1), pudieron identificarse 2 cuños de anverso y 3 de reverso, mientras que se hizo lo propio con 2 cuños de anverso y 2 de reverso en el caso de los sextantes unciales reducidos.

La exigua muestra de la que se dispuso para ambos valores no permitió aplicar la estadística con el fin de estimar el número original de cuños. Aun así, y teniendo en cuenta el reducido número de piezas conocidas, parece lógico suponer que la emisión de este primer grupo de la ceca de **ilduro** fue asimismo escasa. Por consiguiente, también podría inferirse que los cuños utilizados fueron pocos y muy

⁵⁰⁵ Siempre se parte de las cifras obtenidas basándose en la propuesta H1 de Esty (1986) para llevar a cabo estas operaciones.

⁵⁰⁶ CODEX SCCL 1995.

bajo el valor total del numerario puesto en circulación por la ceca en este momento.

14.2.2. Grupo II

Algo mayor es la muestra del grupo II de la ceca, con un total de 29 monedas conocidas que corresponden a cuatro valores distintos (as, semis, triente y sextante uncial reducido). Pese al leve incremento de dicha muestra, los argumentos sobre el volumen de producción expuestos con anterioridad son totalmente extrapolables a este grupo II de **ilduro**. Ahora, y como ocurría con el grupo I del taller, el escaso número de monedas conocidas quizá se deba a la baja productividad que la ceca continuaba teniendo. Por lo que se refiere a los ases unciales reducidos (grupo II.1), únicamente pudieron identificarse los cuños de 6 monedas (4 de anverso y 4 de reverso). En el caso de los semises unciales reducidos (grupo II.2), las piezas de cuños identificados ascienden a 7 (2 cuños de anverso y 2 de reverso), mientras que, para los trientes unciales reducidos (grupo II.3), se identificaron 1 cuño de anverso y 2 de reverso en un total de 6 ejemplares. Finalmente, por lo que respecta a las monedas de menor valor –los sextantes unciales reducidos–, se diferenciaron los cuños de 3 monedas (2 de anverso y 3 de reverso).

Con una muestra tan escueta estadísticamente hablando, los comentarios que se realizarán a continuación deben ser tomados con mucha cautela, puesto que no dejan de ser meras hipótesis –no fue viable aplicar cálculos estadísticos a las distintas denominaciones del grupo II–. En el caso de los ases unciales reducidos (grupo II.1), el hecho de que se diferencien hasta 4 cuños de anverso y de reverso en un número tan escaso de monedas parece indicar que la producción de ases pudo ser ligeramente mayor que la del grupo I. Algo similar ocurre con los sextantes unciales reducidos (grupo II.4). Sobre un total de 4 monedas cuyos cuños pudieron ser identificados, se diferenciaron 2 de anverso y 3 de reverso. La cifra parece elevada en relación con el número de monedas con las que se ha trabajado, por lo que cabe esperar que algún cuño nuevo aparezca en el futuro. Distinto, sin embargo, es lo que sucede con los semises y los trientes unciales reducidos (grupos II.2 y II.3 respectivamente). En los primeros, el hecho de que solo se hayan documentado dos cuños de anverso y dos de reverso sobre un total de siete monedas parece indicar que la ceca utilizó pocas parejas de cuños –¿quizá solo dos?–. Muy similar es lo que sucede con los trientes unciales reducidos (II.3). Sobre una base de 6 monedas, se identificaron 1 único cuño de anverso y 2 de reverso. Nuevamente, y sin que el tamaño de la muestra permita tener certezas

sobre este aspecto –podría deberse al azar–, parece factible que conozcamos todos o casi todos los cuños abiertos por el taller para esta denominación.

Una vez más, sería lógico deducir que la producción de este segundo grupo de la ceca de **ilduro** fue también exigua.

14.2.3. Grupo III

La ceca de **ilduro** emitió una amplia gama de valores en el grupo III: unidades (grupo III.1), mitades (grupo III.2), tercios (grupo III.3) y cuartos (grupo III.4). De este grupo III, se conoce la práctica totalidad de los cuños de mayor valor que la ceca utilizó –la unidad–, lo que permite tener, asimismo, un buen conocimiento del valor total del metal emitido.

En cuanto a las unidades, el hecho de que la cantidad de monedas cuyos cuños se han identificado sea elevada en proporción al número de cuños distintos diferenciados es un indicio fiable de que casi todos los cuños de anverso y reverso que el taller utilizó se conocen (tabla 27, III.1), pudiendo solamente aparecer algún cuño nuevo –uno o dos– de reverso. Por el contrario, el número de monedas (N) de divisores –mitades, tercios y, especialmente, cuartos– con las que se ha trabajado se redujo considerablemente. Si bien no se ha querido renunciar a la estadística en esta ocasión, es fundamental tomar con mucha precaución los resultados que pasan a describirse a continuación.

En las mitades (grupo III.2), haber identificado un único cuño de anverso para las 17 monedas conocidas parece ser indicio fiable de que la ceca de **ilduro** abrió un único cuño a la hora de producir esta denominación. En cuanto a los reversos –para los que se han diferenciado 3 cuños distintos–, las estimaciones del número original de cuños dan valores muy próximos a 3 (tabla 27, III.2). Por tanto, una vez más y siempre teniendo presente que la muestra es reducida, se podría especular que todos o casi todos los cuños empleados por el taller originalmente se conocen. Menos certezas existen al abordar los resultados obtenidos para el valor tercio (grupo III.3), del que se conocen 5 cuños de anverso y 6 de reverso sobre 14 monedas. Los cálculos indican que la posibilidad de que aparezcan nuevos cuños es elevada. Las estimaciones acerca del número de cuños utilizados en origen son cercanas a los 6 o 7 para el caso de los de anverso, por lo que parece factible que, al menos, aparezcan 1 o 2 cuños más. Esta posibilidad –la de documentar nuevos cuños en el futuro– se incrementa para los reversos. Según los números de la tabla 27 (III.3), la ceca utilizó 9 o 10 cuños distintos en origen. Como solo 6 han podido identificarse hasta el momento, la posibilidad de que aparezcan nuevos cuños de reverso es elevada dado que apenas se conoce el 60 % de los cuños que el taller abrió para esta denominación. Prácticamente nada se puede decir sobre el valor

cuarto, para el que solo se conocen 2 piezas, lo que invalida cálculo estadístico alguno. Es significativo que las dos únicas monedas conocidas compartan cuños de anverso y de reverso, lo que –junto con el reducido número de piezas documentadas– podría indicar que fue una denominación de la que se acuñaron muy pocas monedas utilizándose posiblemente una única pareja de cuños. No obstante, habrá que esperar a futuros hallazgos para confirmar o refutar esta posibilidad.

Dentro del grupo III de **ilduro**, como ya se ha señalado con anterioridad, tan solo la muestra de las unidades (grupo III.1) es lo suficientemente grande como para poder valorar aspectos tales como la rentabilidad de los cuños o el valor de la moneda puesta en circulación. Con una n/D de 6,95 para los anversos, y teniendo presente que se conoce la mayoría de los cuños existentes, no se puede hablar de una rentabilidad especialmente elevada –aunque sí aceptable–, lo que reflejaría el trabajo de unos artesanos no excesivamente cualificados y experimentados. Tal hipótesis encaja bien con lo expuesto al tratar los aspectos técnicos de la producción de la ceca (véase capítulo 13). En esta, la variabilidad de la aleación ternaria utilizada en las distintas coladas, así como el laxo –por no decir inexistente– control sobre la posición de los cuños ya indicaban una mano de obra poco meticulosa y una escasa preocupación por la calidad del proceso productivo en general.

En cuanto al volumen de moneda fabricada –tema que se tratará con más profundidad en la segunda parte del capítulo–, se puede avanzar que debió de ser extremadamente bajo en el caso de los valores fraccionarios, mientras que los números se amplían notablemente respecto a los grupos I y II en las unidades sin llegar, no obstante, a cantidades relevantes económicamente hablando.

Tabla 27. Estimación del número original de cuños de anverso y reverso de las monedas del grupo III de **ilduro**.

Grupo	Valor	1F / 2F	Núm. cuños	Carter	Esty	Good	Int. Good
III.1 N = 139	Unidad	2 / 3	Anverso 19	19,92 ± 0,64	20,00	19,27	18,51 – 20,1
		3 / 5	Reverso 28	31,14 ± 1,26	30,93	28,53	
III.2 N = 17	Mitad	0 / 0	Anverso 1	0,98 ± 0,06	1,01	1,00	1,00 – 1,00
		0 / 0	Reverso 3	3,26 ± 0,37	3,25	2,94	2,94 – 2,94
III.3 N = 13	Tercio	1 / 2	Anverso 5	6,82 ± 1,48	6,75	5,27	3,88 – 8,23
		1 / 3	Reverso 6	9,16 ± 2,31	9,09	6,00	
III.4 N = 2	Cuarto	0 / 0	Anverso 1	1,62 ± 2,07	1,62	–	–
		1 / 1	Reverso 1	1,62 ± 2,07	1,62	–	–

Tabla 28. Estimación del número original de cuños de anverso y reverso de las monedas del grupo IV de **ilduro**.

Grupo	Valor	1F / 2F	Núm. cuños	Carter	Esty	Good	Int. Good
IV.1	Unidad	0 / 0	Anverso 8	8,09 ± 0,28	8,22	8,00	8,00 – 8,00
N = 84		6 / 2	Reverso 19	21,63 ± 1,21	21,45	20,34	18,86 – 22,08

14.2.4. Grupo IV

El grupo IV está exclusivamente compuesto por unidades. La muestra de que se dispone es buena, ya que se han identificado los cuños de 84 piezas (tabla 28). Esto permite realizar una aproximación bastante real sobre el número de cuños abiertos por la ceca originariamente y la importancia de este grupo dentro de la riqueza total que el taller puso en circulación a lo largo de su existencia.

Se identificaron 8 cuños distintos de anverso y 19 de reverso. Basándose en los cálculos estadísticos realizados, parece que se conoce la totalidad de los cuños de anverso que la ceca abrió, mientras que existe la posibilidad de que aún aparezcan al menos dos o tres cuños nuevos en el caso de los de reverso. Por tanto, se tiene un conocimiento bastante completo de la emisión.

La rentabilidad de estos cuños ($n/D = 10,22$) es algo mayor que la vista para las unidades del grupo III ($n/D = 6,95$) y relativamente alta si se compara con las obtenidas para los cuños de las unidades del grupo V ($n/D = 2,78$). Este es uno de los grupos cuyos cuños se cuentan entre los más rentables del taller de **ilduro** –el más rentable entre la denominación unidad–, aspecto que se ve reflejado en la cantidad de piezas que comparten cuños de anverso y reverso (figura 198).

14.2.5. Grupo V

Dentro del grupo V –el único acuñado durante el período III de producción de la ceca–, pueden observarse dos realidades muy distintas:

Primeramente, para el mayor de sus valores –las unidades (grupo V.1)–, fueron identificados los cuños de un total de 209 ejemplares (N). Los 60 cuños de anverso y 61 de reverso diferenciados suponen cifras muy elevadas que, unidas a las múltiples ocasiones en que solamente se conocen uno o dos ejemplares (F1 / F2) de un cuño de anverso o reverso, son datos de por sí indicativos de que se trata de un caso algo peculiar. Las sospechas se confirmaron tras realizar los cálculos estadísticos. Las cifras expuestas en la tabla 29 (grupo V.1) indican que aún faltan cuños por aparecer tanto en lo que se refiere a los anversos como a los reversos. En los anversos, se estima en aproximadamente 72 el número de cuños originales que la ceca utilizó; en los reversos, dichas estimaciones parecen situarse cerca de los 74.

De confirmarse esto en el futuro –el estudio del grupo V.1 de **ilduro** no se puede dar por cerrado con los datos actuales–, estaríamos ante una amonedación importante tanto numérica como económicamente hablando. El elevado número de cuños estimados unido al alto peso medio de estos bronceos (14,13 g) –comparable e incluso algo superior al de los ases semiunciales romanos del momento– pudo hacer que jugasen un relevante papel como medio de pago en las transacciones de bajo y medio valor; principalmente, si se tiene en cuenta la posibilidad de que la ceca ya se hubiese desplazado a la nueva ciudad de *Iluro* durante su período III de acuñación (véase capítulo 9). Un asentamiento de semejantes características –importantes edificios y espacios públicos, sistema de alcantarillado, organización en retícula, etc.–⁵⁰⁷, aún en construcción con total seguridad, sin duda concentró a una importante cantidad de población (residentes, comerciantes, mano de obra, etc.) que indudablemente generó una fuerte demanda de numerario con el que satisfacer los pagos de menor cuantía⁵⁰⁸.

Por otro lado, da la sensación de que la rentabilidad de los cuños fue muy desigual dentro de este grupo V.1 de **ilduro**; no obstante, ello podría deberse nuevamente al tamaño algo escaso de la muestra. Este tema volverá a tratarse más adelante, pero son muchos los cuños en general de los que tan solo se conocen una o dos piezas, quedando una n/D total para los anversos de 2,78; es la más baja de **ilduro** en todos sus períodos y para la totalidad de los grupos cuya muestra es lo suficientemente grande para permitir afrontar estudios de este tipo⁵⁰⁹.

La segunda de las mencionadas realidades afecta al único valor fraccionario de este grupo V de **ilduro**: el cuarto (grupo V.2). En este caso, se han identificado los cuños de 43 monedas (N) fabricadas con 1 único cuño de anverso y 3 de reverso (tabla 29, V.2). Las estimaciones señalan que, con casi total certeza, todos los cuños de anverso y de reverso que la ceca abrió al producir dichas monedas son conocidos.

Al igual que ocurría con las unidades, la envergadura de la muestra –siempre teniendo presente que se trata de un divisor de bajo valor y que, por tanto, no se puede esperar un volumen de producción similar al del valor unidad– hace pensar que la cantidad de cuartos producidos durante este período fue importante. Una prueba de ello es la relevancia que estas piezas adquieren rápidamente en la

⁵⁰⁷ Sobre *Iluro*, véase la tesis doctoral de Joaquim García.

⁵⁰⁸ «A medida que se desarrolla la estructura cívica, las ciudades generan una serie de necesidades que conllevan gastos: obras de carácter público como edificios comunes —ya sean civiles o religiosos—, infraestructuras, sistemas de defensa y vías de comunicación, la administración y todo el personal que mueven a su alrededor». Otero 1998: 124.

⁵⁰⁹ Una ratio de 2,75 es inferior a las cifras más bajas de cecas como *Valentia* o *śaitabi*. Ripollès 1988: 40; 2007: 79.

circulación monetaria del valle de Cabrera de Mar, donde desplazaron al valor mitad como divisor más utilizado una vez puestas en circulación (véase capítulo 7).

Quizá uno de los aspectos más sorprendentes y que parece difícil de explicar es por qué la relación n/D es muy baja $-2,78-$ en las unidades y, extremadamente elevada $-$ la más alta registrada por la ceca $-$ para los cuartos. La teoría dice que una n/D elevada indica cuños de calidad y artesanos expertos que alargan la vida de los mismos, mientras que ocurre todo lo contrario cuando la n/D es baja. Parece imposible que los artesanos y la calidad de los cuños sea tan diferente en monedas que se sabe son prácticamente coetáneas, por lo que tal diferencia podría deberse a dos aspectos importantes:

El primero de ellos es una muestra aún algo pequeña para las unidades del grupo V.1, lo que podría explicar en parte este fenómeno junto con un posible cambio en las pautas productivas $-$ que se explicarán al valorar la producción de este período $-$.

El segundo aspecto, y puede que el más importante, tiene que ver con el tamaño de los cuños. Es sabido que la vida de un cuño es inversamente proporcional a su tamaño. Es decir, cuanto mayor es el diámetro del mismo y del cospel a acuñar, antes se fracturará⁵¹⁰. Eso explica por qué, en líneas generales, se utiliza un número inferior de cuños para fabricar los divisores así como el motivo por el que siempre se producen en menores cantidades. Esto puede hacerse extensivo a todos los grupos de **ilduro** $-$ las mitades del grupo III también presentan una n/D más elevada que las unidades $-$ y, fundamentalmente, al grupo V.

Para finalizar, el aumento detectado en la producción del taller durante el último período de emisión podría explicar en parte por qué estas monedas parecen presentar una difusión mayor que la del resto del numerario de la ceca (véase capítulo 16). En este caso, y al contrario de lo que ocurría con las unidades de grupos anteriores, la distancia que alcanzarán con respecto a la ubicación del taller será mayor cuanto mayor sea también el montante de moneda emitido.

Tabla 29. Estimación del número original de cuños de de las monedas del grupo V de **ilduro**.

Grupo	Valor	1F / 2F	Núm. cuños	Carter	Esty	Good	Int. Good
V.1 N = 209	Unidad	27 / 10	Anverso 60	72,55 ± 2,97	71,97	68,86	64,21 – 74,24
		22 / 13	Reverso 61	74,12 ± 3,07	73,55	67,96	63,39 – 73,24
V.2 N = 43	Cuarto	0 / 0	Anverso 1	0,95 ± 0,02	1,01	1,00	1,00 – 1,00
		0 / 0	Reverso 3	2,97 ± 0,12	3,05	2,99	2,99 – 2,99

⁵¹⁰ Este fenómeno se detecta en las unidades del grupo II de **saitabi**. En muchas ocasiones, al igual que ocurre en el grupo V.1 de **ilduro**, solo se conocen dos o tres monedas que utilizan el mismo cuño. Según el autor del estudio, ello es debido al diámetro de las piezas (30-31 mm), característica que también se da en las unidades del grupo V de **ilduro** (29-31 mm). Ripollès 2007: 79.

14.3. Valoración global de la producción

El examen de las monedas de **ilduro** indica que la ceca inició su producción con elevados estándares de calidad, que se detectan en el exquisito arte mostrado por algunos de sus cuños iniciales y en la calidad final de las monedas fabricadas (grupo I.1 cat. 3a; grupo II.1, cat. 1a y 1b). El estilo tremendamente realista de dichos primeros cuños de la ceca indica que esta dispuso de grabadores experimentados. Esto puede considerarse significativo, ya que es una constante que parece repetirse en muchas de las cecas del NE peninsular; las ciudades suelen mostrar una cierta preocupación a la hora de crear un buen producto inicial, pero normalmente irá decayendo y el mencionado producto pierde calidad con el paso del tiempo⁵¹¹.

En **ilduro**, este fenómeno se detecta especialmente en el paso del período I al II, aunque la calidad de los cuños –exceptuando algunos casos muy concretos; especialmente, en el grupo IV.1, cat. 13-20– parece se mantuvo en unos estándares muy aceptables. En general, se puede decir que los grabadores que abrieron los cuños de **ilduro** conocían bien su oficio. Este argumento lleva a pensar en la presencia de profesionales itinerantes, aunque –como ya se ha expuesto en el capítulo anterior– no puede decirse lo mismo de los artesanos que se ocuparon de los aspectos técnicos del proceso de fabricación de las monedas cuyo trabajo denota unos estándares mucho más bajos.

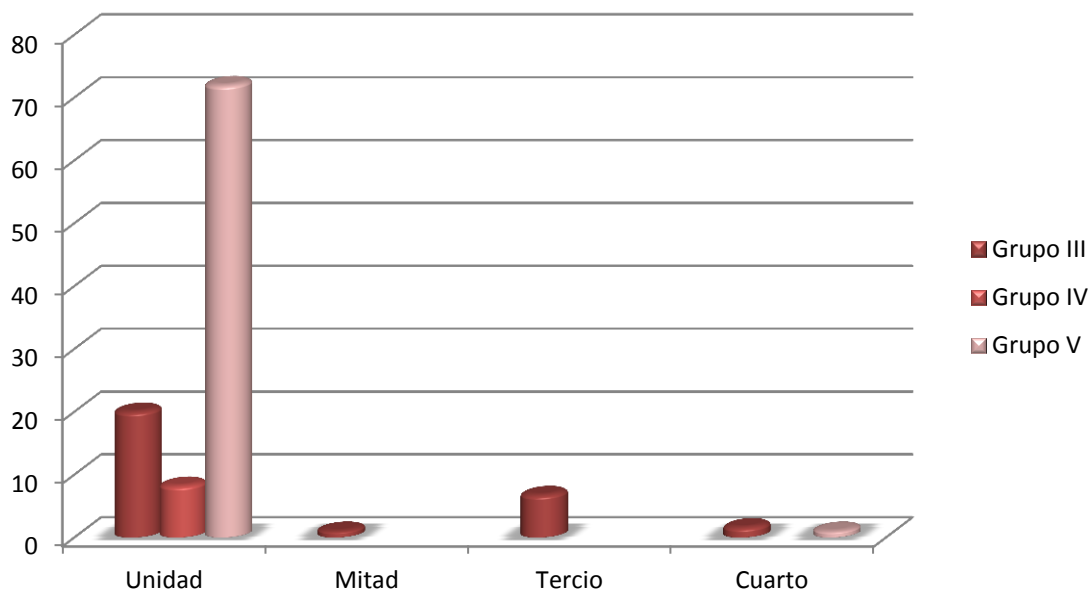


Figura 169. Estimación del número de cuños de anverso utilizados en la fabricación de las diversas denominaciones de **ilduro** que siguen el patrón ibérico o local (períodos II y III).

⁵¹¹ Este dato se puede apreciar en líneas generales consultando el *CNH*, y también se ha puesto de relieve en estudios monográficos recientes; por ejemplo, el de **śaitabi**. Ripollès 2007: 82.

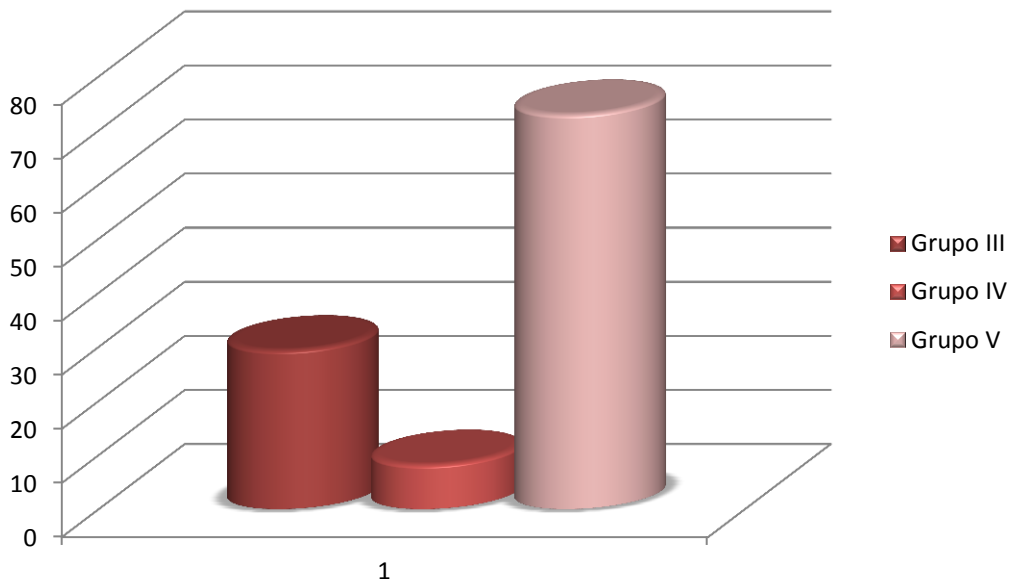


Figura 170. Estimación del número de cuños de anverso utilizados por la ceca de **ilduro** a lo largo de los periodos II y III.

El taller de **ilduro** acuñó una amplia gama de denominaciones y pesos, tanto en las emisiones que siguieron el sistema basado en el as uncial reducido romano (período I) como en aquellas otras que lo hicieron con el patrón ibérico o local (períodos II y III; figura 169). En el primero de los casos, la ceca emitió ases, semises, trientes y sextantes, y produjo unidades, mitades, tercios y cuartos en el segundo (períodos II y III).

Es interesante ver cómo las diferentes denominaciones emitidas no están igualmente representadas en las cifras de producción del taller, siendo siempre el valor unidad el más representativo en los grupos cuya muestra es significativa (grupos III, IV y V); así lo reflejan tanto la cantidad de cuños que han podido identificarse como las estimaciones realizadas sobre el número de cuños originales. El montante de estos cuños estimados en origen para los valores fraccionarios es bajo dentro del total que abrió la ceca. En el período II, suponen el 25 % del total con porcentajes del 3 % para el valor mitad, 18 % para el valor tercio y 4 % para el valor cuarto (figura 171). En el período III, por su parte, el valor cuarto solo supone el 1 % de los cuños estimados (figura 172)⁵¹². Ahora bien, estas cifras no deben interpretarse de forma aislada, pues serían engañosas de hacerlo así. De ese modo, siempre hay que tener presente tanto el número de piezas cuyos cuños se han identificado como la rentabilidad de los mismos y

⁵¹² Estos cálculos no se han realizado para los grupos I y II debido a la escasa muestra de que se dispone.

trabajar con ambos datos; solo así se podrá intentar cuantificar aproximadamente el volumen de cada denominación emitida por la ceca.

En este trabajo, no se va a valorar en profundidad la estimación del número de monedas fabricadas a partir del número de cuños abiertos originalmente por la ceca. A día de hoy, no hay consenso en esta materia que esté lo suficientemente extendido y plasmado en trabajos de similar factura para que su aplicación resulte útil⁵¹³. En relación con este tipo de cálculos, las propuestas son diversas: Sellwood manufacturó cuños de tetradracmas utilizando las técnicas antiguas llegando a producir entre 10.000 y 16.000 monedas con cospeles calientes y solamente entre 5.000 y 8.000 con el cospel en frío⁵¹⁴. Otra cifra a tener en cuenta es la propuesta por Kinns de 20.000 unidades por cuño⁵¹⁵. Por último, Crawford, que trabajó con denarios de la República romana, estimó en 30.000 las monedas obtenidas a partir de cada cuño de anverso⁵¹⁶. Para las estimaciones que se llevarán a cabo en este apartado –siempre aproximadas y meramente orientativas–, se ha empleado la cifra de 20.000 monedas por cuño propuesta por Kinns. La decisión de partir de dicha cifra se basa en dos puntos distintos:

De las estimaciones acerca de la cantidad de moneda capaz de producir un cuño por término medio, la de Kinns sea quizás la más sólida⁵¹⁷.

Se elige esta cifra porque ha sido utilizada en otros trabajos de similar factura –que estudian talleres ibéricos que también acuñaron sobre borce– y con los que se llevaran a cabo comparaciones⁵¹⁸.

Sin entrar demasiado en este tipo de cálculos –que, hay que repetir, solo se utilizarán de forma orientativa–, sí parece necesario delimitar y contextualizar mínimamente la producción total de la ceca de **ilduro**. A lo largo de los tres cuartos de siglo en que se estima la vida del taller, aproximadamente 102 cuños de anverso fueron utilizados en los períodos II y III y entre todas las denominaciones⁵¹⁹. Dicho número, aun condicionado por la baja rentabilidad que muestran los cuños del grupo V.1, no deja de ser significativo. Independientemente del criterio que se aplique para calcular la estimación media de monedas que se pueden fabricar a partir de un solo cuño, la cifra total de piezas emitidas por **ilduro** estaría en torno a

⁵¹³ Sobre el tema, véase el debate mantenido entre F. Callataÿ (1988; 1989; 2011) –que lleva al extremo las posibilidades de los cálculos estadísticos aplicados a esta área de estudio– y T. V. Buttrey (1993; 1994) –que niega rotundamente que tales cálculos se puedan realizar–.

⁵¹⁴ Sellwood 1963.

⁵¹⁵ Kinns 1983: 18.

⁵¹⁶ Crawford 1974: 694.

⁵¹⁷ Kinns 1983: 1-22.

⁵¹⁸ Ripollès 2007: 85.

⁵¹⁹ Las cifras obtenidas mediante el modelo de Esty se han tomado para este cálculo (véanse tablas 27-29).

las 2.040.000⁵²⁰. Si se tiene presente que la gran mayoría de ellas –aproximadamente 1.840.000– son unidades y, por tanto, cabe suponerles un cierto valor –siempre considerando que se trata de bronce–, la cantidad de riqueza acuñada por el taller no fue nada despreciable.

No obstante, y como ya se ha señalado al analizar las características productivas de cada uno de los grupos de la ceca, esta cifra total debe matizarse y dividirse entre los distintos períodos si se quiere obtener una visión real del volumen de moneda elaborado por el taller en cada momento.

La producción de la ceca de **ilduro** parece mostrar tres realidades distintas muy posiblemente debido a que las necesidades de numerario del territorio al que la ceca abastecía fueron evolucionando a lo largo de la vida del taller.

14.3.1. Período I (150-125 a. C.)

Basándose en las cifras ofrecidas en el apartado anterior –escaso número de monedas acuñadas–, parece que la ceca trabaja con un solo yunque durante este primer período. Es decir, tan solo hay una pareja de cuños funcionando en cada momento sin un yunque para cada grupo o valor emitido. De ese modo, no parece factible que hubiese diversos equipos trabajando de forma simultánea. El hecho de que uno de los reversos del grupo I.2b (cat. 1) enlace con un anverso utilizado en el grupo II.4 así parece indicarlo (figura 189). Esta hipótesis permite plantear, además, la idea de que el grupo I sea algo anterior –ya sea en horas o años– al II.

Como se aprecia en la figura 168, tan solo el 5 % de las monedas estudiadas puede asociarse a este primer período. Adicionalmente, un elevado número de dichas monedas son valores fraccionarios y, por tanto, numerario de muy bajo valor. Al no poder aplicar la estadística a una muestra demasiado reducida, no es posible –como se hará en los períodos II y III– ofrecer una cifra mínima de monedas acuñadas, ya que esta sería totalmente ficticia de hacerlo. Lo que sí parece seguro es que se trata de una producción muy reducida y que no parece suficiente para monetizar al valle de Cabrera de Mar ni, mucho menos, a una parte importante del territorio layetano. Muy probablemente, fue un numerario destinado a un espectro social muy concreto de los habitantes del mencionado valle, y es plausible asociarlo con las élites locales, personajes foráneos –administradores, comerciantes, etc.–, contingentes militares y sus redes logísticas y de abastecimiento (véase capítulo 19). Bastante avanzado el siglo II a. C. (150-125 a. C.), es este un territorio en el que aún no se ha interiorizado el uso de la moneda

⁵²⁰ Las cifras del primer período de la ceca no se han contabilizado en este cálculo, pues no es factible realizar cálculos sobre el número de cuños que la ceca utilizó en origen. Aun así, y como ya se ha comentado a lo largo de este capítulo, la producción de este primer período fue muy reducida.

como mecanismo habitual de pago. En resumen, el valle de Cabrera de Mar sigue siendo un territorio desmonetizado en líneas generales, así lo demuestra el hecho de que no se documentado moneda circulando en estas cronologías (véase capítulo 7).

14.3.2. Período II (125-100/90 a. C.)

El taller de **ilduro** aumentó notablemente su producción tanto en cantidad como en valor emitido durante el período II. Entonces, la ceca utilizó aproximadamente unos 38 cuños de anverso, de los cuales el 75 % corresponde al valor más elevado, la unidad (figura 171), a diferencia de lo observado en el período anterior.

Mediante el estudio de cuños, parece posible afirmar que –al igual que ocurría en el período I– en este se sigue trabajando con un único yunque sustituyendo los cuños a medida que se agotan. El hecho de que el cuño de anverso del grupo III.3 (cat. 1a-2a) y del grupo III.4 sea el mismo (figura 197) indica, además, que quizá no existió un yunque para cada denominación, sino que todas se acuñaron en uno solo y, por tanto, no de manera simultánea mediante la creación de distintos grupos de trabajo. Por desgracia, resulta imposible saber si la acuñación de los distintos valores de un grupo fue consecutiva –una tras otra de forma inmediata– o si existieron períodos de inactividad –aunque no muy prolongados– en medio, opción que parece la más plausible como se verá en el capítulo siguiente.

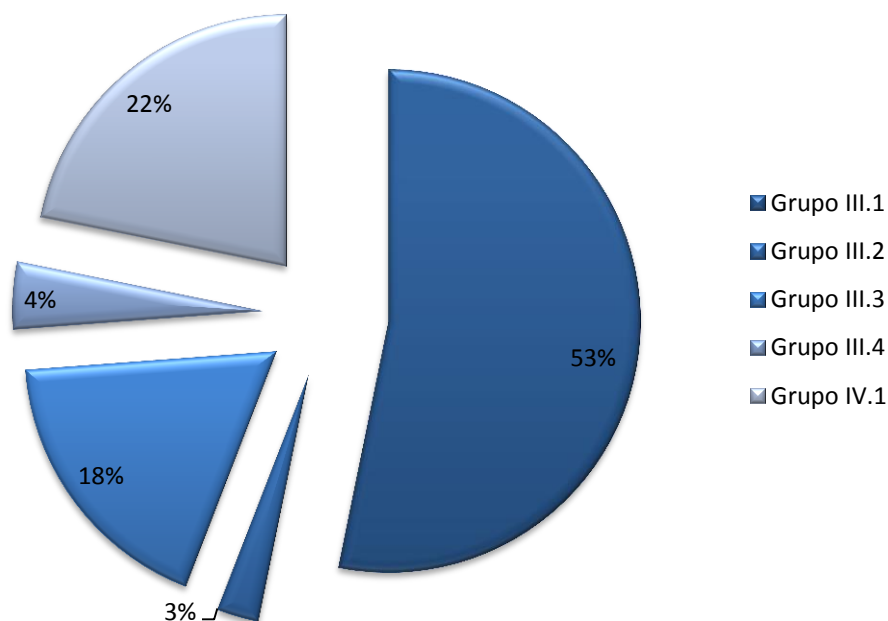


Figura 171. Repartición de los cuños de anverso utilizados por la ceca de **ilduro** a lo largo del período II.

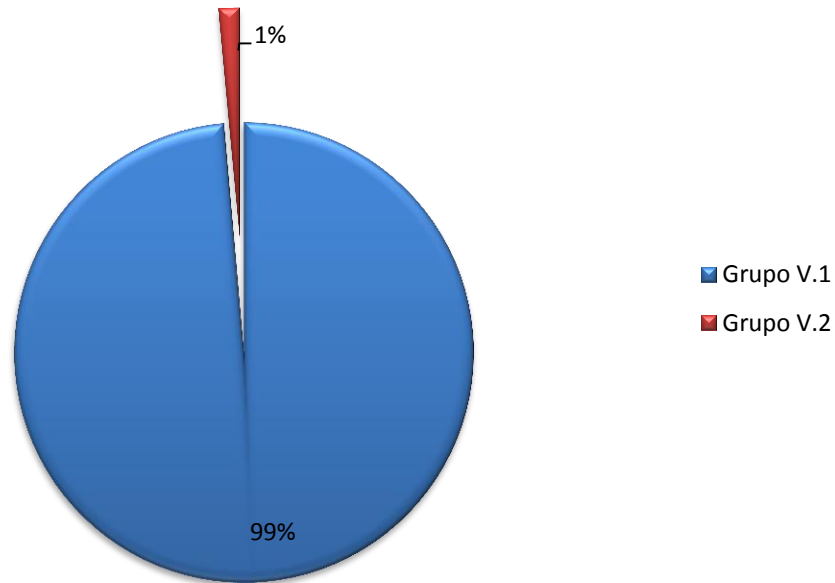


Figura 172. Distribución de los cuños de anverso utilizados por la ceca de **ilduro** a lo largo del período III.

Todo indica que, aunque la producción se incrementa sustancialmente en este segundo período, la ceca sigue manteniendo una estructura muy similar a la de la fase anterior. Se sirve de un único grupo de trabajo –3 o 4 personas– cuya pauta de actuación es clara: utilizan un solo yunque y sustituyen los cuños –ya sean de anverso, de reverso o los dos– solo cuando estos quedan inservibles, manteniendo generalmente el cuño de la pareja que aún es aprovechable⁵²¹. Dicha metodología se aprecia con claridad en las figuras 194 y 198 (grupos III.1 y IV.1), en las que diversos cuños –de reverso normalmente– conectan con un mismo cuño de anverso.

Teniendo presente el número de cuños utilizado originalmente en el período II –aproximadamente 29 cuños de anverso, 20 de ellos del valor unidad– quedaría una estimación siempre aproximada de 580.000 monedas puestas en circulación, de las que unas 400.000 serían unidades y las restantes 180.000 se dividirían entre las denominaciones de menor valor (mitades, tercios y cuartos). Si bien las cifras son mucho más elevadas que las del período anterior, sigue siendo una suma modesta aunque, no obstante, superior a toda la producción de otros talleres layetanos; por ejemplo, el de **lauro**⁵²². Este, es un dato significativo de la escasa monetización de este amplio territorio en períodos muy avanzados del siglo II a. C. y ya a caballo de la centuria siguiente.

⁵²¹ No se han observado hasta la fecha cuños reparados o retocados, aunque se sabe que fueron habituales tales prácticas dentro de este tipo de procesos productivos para así alargar su vida.

⁵²² La producción de **lauro** se estima en 22,77 cuños de anverso. Llorens y Ripollès 1998: 97-106.

14.3.3. Período III (90/80-72 a. C.)

Es en el tercer período –90/80-72 a. C.– cuando la ceca realmente dispara su producción elevándola a cifras importantes. En este instante, se estima que el taller utiliza 73 cuños de anverso, dato que aún se hace más notable si se tiene presente que todos, excepto uno, corresponden al valor unidad (grupo V.1). Dicha unidad eleva su peso hasta los 14,13 g de media, uno de los más altos de todas las monedas emitidas en el NE peninsular en esta época⁵²³.

El volumen de emisión no es lo único que la ceca de **ilduro** cambia a lo largo del período III. Como se explica en el capítulo 9, es muy posible que el taller también modifique su ubicación desplazándose a la ciudad de *Iluro*. Además, cambios relevantes en las prácticas productivas del mismo pueden detectarse en este momento. En efecto, el taller seguía unas pautas muy concretas cambiando los cuños de forma individual a medida que estos se deterioraban en los períodos anteriores; ahora, esta práctica parece modificarse. Como se observa en la figura 199, se conocen 24 parejas de cuños que no enlazan con ninguna otra sobre un total de 60 cuños de anverso y 61 de reverso conocidos. El cambio en la relación número de cuños de anverso/reverso es, asimismo, un fenómeno que debe ser explicado y que resulta de interés.

Es cierto que esta pauta puede achacarse en parte a una muestra insuficiente. No obstante, existe toda una serie de cuños documentados en un importante número de monedas (anversos núm. 18, 28, 32, 35, 37, 48, 49, 52, 53 y 55; reversos núm. 10, 13, 22, 23, 25, 30, 32, 45, 49, 53 y 54, (figura 199), cosa que no debería ocurrir con tanta frecuencia si la muestra no es realmente la adecuada. Así, da la sensación de que el problema no debe buscarse tanto en el tamaño de dicha muestra –cuya ampliación ayudaría sin lugar a dudas en el futuro– como en las pautas productivas del taller.

La hipótesis que se plantea en el presente trabajo –siempre teniendo en mente que será necesario esperar a futuros estudios para confirmarla o refutarla– es que la ceca podría haber cambiado el sistema productivo con su traslado a *Iluro*, y existirían dos posibilidades que explicarían los resultados del estudio de cuños:

La primera parte de la premisa de que la ceca ya no trabajaría con un solo yunque en este momento, sino con dos. Estos funcionarían paralelamente quizá para aumentar la velocidad del proceso de acuñación dado el mayor número de piezas que debían emitirse; es decir, habría dos equipos distintos que seguirían métodos diferentes. Uno de los yunques seguiría la pauta vista en períodos anteriores –sustituyendo a cada cuño a medida que se agotaran, mientras que el

⁵²³ Para tener una idea aproximada de los pesos medios de las emisiones de otros talleres, véanse el *CNH* y el *ACIP*.

otro trabajaría con parejas de cuños. En este caso, ambos cuños se sustituyen al mismo tiempo independientemente de cuál de ellos se gaste antes –ya sea de anverso o de reverso–, de manera que raramente existen enlaces en diagonal entre los cuños –como ocurre en muchos momentos en la figura 199– si una ceca utiliza este sistema.

La segunda posibilidad sugiere que la ceca sigue acuñando con un solo yunque utilizando el sistema de parejas de cuños inicialmente. En un momento determinado –quizá por el coste que tiene la sustitución de ambos cuños a la vez–, el taller cambia su método volviendo al utilizado en los períodos anteriores –sustituir únicamente el cuño gastado, no la pareja–.

Ambas posibilidades podrían explicar satisfactoriamente la cadena de cuños de este grupo V.1.

Más allá de la verosimilitud de ambos modelos –totalmente hipotéticos a día de hoy–, parece evidente que la ceca modifica sustancialmente su organización en este período final –se detectan unos momentos de inestabilidad en lo que al uso de los cuños se refiere–. No solo se producen cambios importantes en su producción y volumen de emisión –anversos y reversos que, por vez primera, son extraídos del yunque para utilizarlos de nuevo posteriormente–, sino que también varían el peso, el módulo y el estilo de las monedas (véanse capítulos 11 y 12).

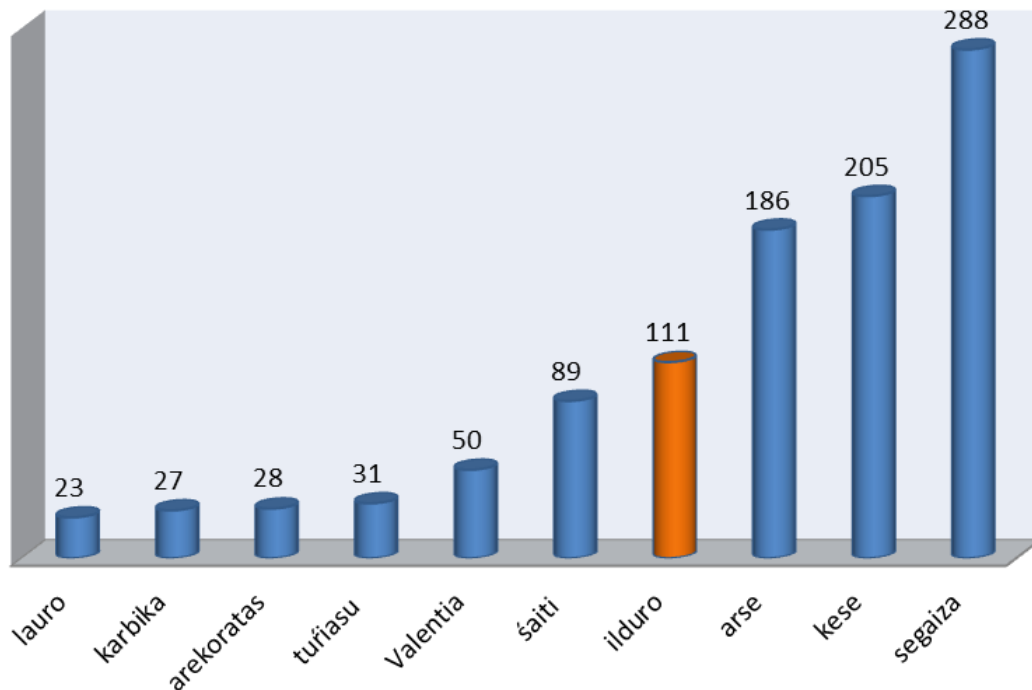


Figura 173. Número de cuños de anverso (en bronce) estimados para las emisiones de ilduro⁵²⁴ y de otras cecas del NE peninsular según datos extraídos de la obra de Ripollès 2007: 85, fig. 63.

⁵²⁴ Este cálculo no contabiliza los cuños del período I del taller que, aunque pocos, deberían añadirse.

Tabla 30. Resumen de las estimaciones sobre el número de cuños originales de anverso y reverso utilizados por la ceca de *ilduro*.

Metal	Denominación	Grupo	Anverso	Reverso
AE	As uncial reduc.	I.1	---	---
AE	Sextante uncial reduc.	I.2	---	---
AE	As uncial reduc.	II.1	---	---
AE	Semis uncial reduc.	II.2	---	---
AE	Triente uncial reduc.	II.3	---	---
AE	Sextante uncial reduc.	II.4	---	---
AE	Unidad	III.1	20,00	30,93
AE	Mitad	III.2	1,01	3,25
AE	Tercio	III.3	6,75	9,09
AE	Cuarto	III.4	1,62	1,62
AE	Unidad	IV.1	8,22	21,45
AE	Unidad	V.1	71,97	73,55
AE	Cuarto	V.2	1,00	3,05
TOTAL			110,58	142,94

La ceca de *ilduro* puso en circulación aproximadamente un de 1.460.000 monedas de bronce entre el 90-80 y el 72 a. C. Basándose en la estimación del número original de cuños, 1.440.000 serían unidades y 20.000 cuartos⁵²⁵ utilizando aproximadamente 73 cuños de anverso distintos, cifra nada despreciable como se verá más adelante al valorar las producciones de otros talleres de la Citerior.

Más allá de unas estimaciones que deben ser siempre totalmente orientativas, no cabe duda de que la producción monetaria de *ilduro* desempeñó un papel fundamental en la monetización –aparentemente progresiva, pero constante– del valle de Cabrera de Mar, y jugó un papel clave en su proceso de colonización con toda certeza. Como ocurre en muchos otros talleres, parece que su numerario pudo servir como medio/instrumento de pago en los intercambios y transacciones de bajo y medio nivel.

Finalmente, si se valora la producción de la ceca en un marco más amplio –como el de los talleres de la Hispania Citerior que emitieron bronce–, la de la ceca de *ilduro* se situó en un punto medio. Por desgracia, y pese a que los estudios monográficos dedicados a talleres monetarios son cada día más frecuentes, estos aún no son tan abundantes como sería de desear. Resulta complicado hoy en día cuantificar y valorar la producción de *ilduro* dentro del NE peninsular. Con toda seguridad, sus números están lejos de los de los talleres más productivos de este

⁵²⁵ Dada la baja productividad de muchos de los cuños utilizados para fabricar las unidades ($n/D = 2,78$) y la altísima productividad del único cuño de anverso estimado para los cuartos, parece que estas cifras deberían variar sensiblemente en favor de los cuartos.

territorio, como **sekaisa**⁵²⁶, **kese**⁵²⁷ o **arse**⁵²⁸, pero también bastante por encima de otros como **lauro**⁵²⁹, **tuñasu**⁵³⁰ o *Valentia*⁵³¹. Así pues, parece que su producción habría de situarse entre las de **śaiti**⁵³² y **arse** (figura 173)⁵³³.

⁵²⁶ Gomis 2001: 132-145.

⁵²⁷ Villaronga 1983: 95-99.

⁵²⁸ Ripollès y Llorens 2002: 183-213.

⁵²⁹ Llorens y Ripollès 1998: 97-106.

⁵³⁰ Gozálbés 2009a: 127-131.

⁵³¹ Ripollès 1988: 35-46.

⁵³² Ripollès 2007: 77-86.

⁵³³ Es importante mencionar que para que la comparación efectuada resultaría mucho más precisa si se evaluase la importancia histórico-arqueológica y el tiempo de actividad de los talleres comparados con el de **ilduro**.

15. CRONOLOGÍA Y ORDENACIÓN DE LAS EMISIONES

La ordenación de las emisiones en períodos de acuñación es, posiblemente, una de las tareas más complejas y que requiere de un mayor rigor en el estudio de una ceca. Es importante tener presente que –una vez establecida dicha clasificación y al igual que ocurre con las tipologías cerámicas–, estas piezas podrán utilizarse como un criterio más a la hora de fechar unidades estratigráficas, tarea para la cual la moneda ibérica resultaba escasamente útil hasta no hace mucho.

La cronología de las distintas series del taller de **ilduro** –como sucede con tantos otros talleres ibéricos y celtibéricos– es un asunto complejo ya abordado anteriormente en mayor o menor medida⁵³⁴. Normalmente, existen pocas evidencias cronológicas para afrontar la datación de la moneda ibérica, y la mayor parte de las mismas tiene un carácter indirecto y poco concluyente. El caso de **ilduro** es sustancialmente distinto. La importante cifra de monedas de este taller recuperadas en las excavaciones realizadas en el valle de Cabrera de Mar –sobre todo, en el asentamiento tardo-republicano, pero también en el *oppidum* de Burriac– junto con otros ejemplares procedentes de las intervenciones realizadas en Mataró, Badalona o Tona (El Camp de les Lloses), permiten trabajar con una información fiable y privilegiada. Si bien no resuelven en absoluto todas las cuestiones sobre cronología y ordenación de la ceca⁵³⁵, estos datos son de gran utilidad en el momento de proponer una evolución razonada del proceso productivo del taller al compararlos con la información obtenida del estudio de los atesoramientos que contienen moneda de **ilduro**.

15.1. Cronología de las emisiones

15.1.1. Atesoramientos

Una de las principales fuentes de información cuando se trabaja con la cronología de una ceca son los atesoramientos. Uno de ellos que solamente

⁵³⁴ Campo 2005: 74-79; Martí 2008: 52-56; Sinner 2012: 80-83.

⁵³⁵ Las denominadas emisiones iniciales del taller (período I, grupos I y II), como se verá a lo largo de este apartado (Sinner 2013b: 55-56; grupos I y II), siguen siendo una incógnita en algunos aspectos.

contenga monedas de una misma ceca ayudará a establecer la secuencia de emisiones del taller siempre y cuando todas las piezas no se correspondan con un mismo momento. Habitualmente, las más desgastadas serán anteriores a las que ofrecen pocos o ningún indicio de haber circulado. De la misma manera, aquellas emisiones que no se encuentren representadas en la ocultación podrán considerarse posteriores una vez ese extremo se justifique adecuadamente. Las deducciones extraídas de un atesoramiento de grandes dimensiones serán más fiables que las que se obtengan de un pequeño conjunto de monedas. Al mismo tiempo, las conclusiones deducidas del estudio de diversos atesoramientos pertenecientes a un mismo momento cronológico serán siempre las más seguras, siendo uno de los mejores ejemplos de ello la sistematización del denario romano en la época republicana⁵³⁶.

La cantidad de información será aún mayor cuando los atesoramientos se componen de numerario procedente de diversos talleres, como ocurre en los que presentan moneda de **ilduro**. Además, permitirán relacionar a las emisiones de la ceca estudiada con las de otras vecinas, pudiendo establecer así un mínimo *terminus ante quem* y *post quem* a partir de la presencia o ausencia de una determinada pieza en uno u otro tesoro.

Desafortunadamente, son pocos los atesoramientos conocidos del NE peninsular⁵³⁷ que contienen moneda ibérica, y muchos menos los que presentan ejemplares del taller de **ilduro**. Tan solo los conocidos como tesoros de Balsareny⁵³⁸, Cànoves⁵³⁹, Azaila⁵⁴⁰ y el de la calle de Lladó (Badalona)⁵⁴¹ cumplen este requisito⁵⁴².

El de Balsareny es uno de los atesoramientos más antiguos que destacar, ya que es el que aporta una mayor cantidad de información debido al importante número de bronce de **ilduro** que proporcionó (42). Esta ocultación se ha fechado, basándose en el estudio de las piezas –símbolos, epigrafía, metrología, etc.– y en su comparación con el numerario presente en el hallazgo de Azaila, en torno al horizonte del año 100 a. C. Villaronga consideró que el motivo de su ocultación y posterior pérdida podría haber sido la inestabilidad generada en la península por las

⁵³⁶ Crawford 1974.

⁵³⁷ Villaronga 1993; García-Bellido y Blázquez 2001: 162-165.

⁵³⁸ Villaronga 1961: 9-102.

⁵³⁹ Estrada y Villaronga 1967: 135-194.

⁵⁴⁰ Romagosa 1971; Beltrán 1995: 102-107.

⁵⁴¹ Gurt y Padrós 1993; Padrós 2001: 71-73.

⁵⁴² Para obtener información detallada sobre cada una de estas ocultaciones, véase el capítulo 16, dedicado a la dispersión de la moneda de la ceca. En él, se presentan y analizan detalladamente cada una de estas ocultaciones.

invasiones del pueblo germánico de los cimbrios (104 a. C.)⁵⁴³. Los datos cronológicos obtenidos a partir del estudio de dicha ocultación parecieron confirmarse con la aparición del atesoramiento de Cànoves, cuya composición y cronología resultó ser muy similar⁵⁴⁴. Posteriormente, esta datación fue matizada por Marta Campo, que data a ambas ocultaciones como del c. 90 a. C.⁵⁴⁵.

Algunos datos relevantes se extraen del examen detallado de estas ocultaciones, que permiten fechar las emisiones del taller de **ilduro**:

Los ejemplares de la ceca hallados en ambos tesoros son siempre unidades del grupo III, que se caracteriza por presentar el signo ibérico Γ en su forma más antigua o clásica (I-1)⁵⁴⁶. La única excepción para ello es un ejemplar, un as uncial reducido, perteneciente al grupo II⁵⁴⁷. No parece apresurado plantear que la ceca de **ilduro** solo había acuñado las series de peso similar al del as uncial reducido romano (17-24 g) y aquellas que presentan el signo ibérico Γ en su forma clásica (I-1) en el momento en que dichas ocultaciones –Balsareny y Cànoves– se llevaron a cabo. Si se acepta la premisa anterior, podría plantearse que estas amonedaciones –grupos I, II y III– fueron acuñadas con anterioridad al año 100 a. C. –fecha en que Villaronga sitúa la ocultación de los atesoramientos– o al 90 a. C. –si se contempla la teoría de Campo–. Tal hipótesis llevaría por deducción lógica a proponer que todas las emisiones de la ceca con el signo ibérico Λ o innovado (I-2) serían posteriores al horizonte del año 100 a. C. o al del 90 a. C. dependiendo de la datación que se acepte como válida.

No resulta menos interesante la información aportada por los tesoros de Azaila y de la calle de Lladó (Badalona). Con un marco cronológico coetáneo e inmediatamente posterior al de las Guerras Sertorianas⁵⁴⁸, estos presentan escasos ejemplares de moneda de **ilduro**, pero proporcionan datos significativos. En dichas ocultaciones, se documentan hasta cuatro unidades del grupo V de la ceca, la que exhibe el símbolo oreja en sus anversos –3 en Azaila y 1 en la calle de Lladó–. Basándose en estos datos, parece plausible plantear que el taller objeto de estudio ya había finalizado su producción en el momento de la ocultación del atesoramiento más antiguo, el de Azaila (80-72 a. C.).

En opinión personal del autor de esta tesis, y volviendo sobre el debate abierto respecto a la cronología de las ocultaciones de Cànoves y Balsareny, los

⁵⁴³ Villaronga 1961: 33.

⁵⁴⁴ Estrada y Villaronga 1967: 139.

⁵⁴⁵ Campo 2005: 75.

⁵⁴⁶ Sobre las formas clásicas e innovadas, véase Rodríguez Ramos 1997: 70.

⁵⁴⁷ Villaronga (1994: 194) data a estas emisiones como de inicios del siglo II a. C.

⁵⁴⁸ Sobre la datación de Azaila, véase Romagosa 1971: 79-81; Beltrán 1995: 102-107 y Ripollès 2007: 87, entre otros. Sobre la cronología de la ocultación de la calle de Lladó, véase Gurt y Padrós 1993: 31-21 y Padrós 2001: 71-73.

datos propuestos por Villaronga parecen ser fiables; al menos, en el caso de Balsareny. Como se verá más adelante, todas las series que componen las emisiones de los grupos III y IV de **ilduro** circularon de forma coetánea y en porcentajes muy similares en los niveles fechados en torno al 100-90 a. C. del yacimiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. Resulta poco creíble que el hecho de que no se documente ni un solo bronce del grupo IV entre las 42 piezas de **ilduro** halladas en Balsareny se deba al azar⁵⁴⁹. Eso solo podría explicarse si dichas monedas aún no habían sido emitidas o puestas en circulación –o si todavía no habían llegado a Balsareny– antes del 100 a. C. Si, como plantea Campo, la ocultación hubiese tenido lugar en el c. 90 a. C. debería ser posible encontrar ejemplares pertenecientes a estas series, pues se sabe que ya circulaban de forma abundante casi una década antes en el valle de Cabrera de Mar, y la distancia entre este y el lugar del hallazgo apenas llega a los 80 km.

Por el contrario, en el presente estudio se comparte la opinión de Marta Campo al afirmar que la ocultación de Cànoves posiblemente fuese algo posterior a la de Balsareny, como muy bien justifica la autora gracias al análisis y la comparación de las diferentes series procedentes del taller de **lauro** halladas en ambos atesoramientos⁵⁵⁰.

15.1.2. Hallazgos aislados procedentes de intervenciones arqueológicas

Sin duda alguna, los hallazgos procedentes de las intervenciones arqueológicas tendrán que ser –siempre en contextos estratigráficos fiables– los que corroboren o refuten en última instancia cualquier teoría que pretenda asignar una cronología a un numerario que, como el ibérico, ofrece escasa información por sí mismo.

Siguiendo el esquema de clasificación y ordenación propuesto en su día para las emisiones de la ceca⁵⁵¹ –y sobre el que no se incidirá nuevamente para evitar ser repetitivos–, seguidamente se intentará ofrecer una cronología para cada uno de los grupos que la ceca acuñó. Para ello, utilizaremos criterios meramente arqueológicos, aunque teniendo siempre presente la información procedente de los atesoramientos.

Grupos I y II

Estas emisiones se caracterizan por seguir el patrón metrológico del as uncial reducido romano (véase capítulo 12) siempre y cuando la metrología de la

⁵⁴⁹ Villaronga 1961: 23.

⁵⁵⁰ Campo 2005: 75.

⁵⁵¹ Sinner 2013b.

moneda ibérica se asocie a este sistema de pesos. Los pesos medios son de 19,1 g (grupo I.1) y 20,5 g (grupo II.1) para su valor más alto, el as. Son, por tanto, muy próximos a los 22,5 g alcanzados por el as uncial reducido romano hacia el 158 a. C., que posiblemente bajó hasta los 18 g en la década del 130 a. C.⁵⁵². Desafortunadamente, son pocos los ejemplares disponibles de estas emisiones iniciales que puedan fecharse estratigráficamente; muy posiblemente, debido a que dichas monedas debieron de ser realmente reducidas en cuanto a número de ejemplares, y muy pocas piezas han llegado hasta nosotros (véase capítulo 14).

Por si lo escaso de la muestra no fuese inconveniente suficiente, los pocos ejemplares que se pudieron documentar y fechar basándose en la cerámica de barniz negro (campaniana A) procedente de la unidad estratigráfica en la que se hallaron las piezas (UE 1021) dieron una cronología relativamente amplia (150-100 a. C.) para tres (núm. 2-4, tabla 31) de las cinco piezas conocidas⁵⁵³. La número 5 (tabla 31) proporciona la certeza de que dichas acuñaciones ya circulaban antes del c. 100 a. C., mientras que la número 1 (tabla 31) –procedente de un estrato mucho más moderno– es de poca ayuda dado que se sabe con certeza que la ceca ya había finalizado su producción en esos momentos.

Afortunadamente, una revisión reciente y exhaustiva de la UE 1021 –así como de los demás contextos cerámicos procedentes del sector de Can Masriera (antes inédito, véase capítulo 5)–, ha permitido acotar algo más la cronología disponible (150-100 a. C.). La total ausencia de cerámica de la variante media de Cales –habitual en el valle a partir del último cuarto del siglo II a. C. (véase capítulo 6)– y la escasa presencia de ánfora itálica en una unidad estratigráfica bien representada en cuanto a número de fragmentos cerámicos son indicios que parecen situar dicha cronología en el tercer cuarto del siglo II a. C. (150-125 a. C.)⁵⁵⁴.

Tabla 31. Ejemplares conocidos de las emisiones iniciales de la ceca de **ilduro** procedentes de excavaciones arqueológicas.

Núm.	Bibl.	Valor	Yacimiento	UE	Cron. UE	Núm. dif.
1	CNH 1	As	Can Balengó	15066	75-50 a. C	15066-16
2	CNH 2	Triente	Can Masriera	1021	150-125 a. C.	1021-4
3	CNH 4	As	Can Masriera	1021	150-125 a. C.	1021-3
4	CNH 5	Semis	Can Masriera	1021	150-125 a. C.	1021-2
5	CNH 6	Triente	Ca l'Arnau	2007	c.100 a. C.	2007-13

⁵⁵² Crawford 1974: 52-54; Ripollès 2007: 69.

⁵⁵³ Sinner (en prensa [a]).

⁵⁵⁴ Agradecemos la información a A. Martín.

Partiendo del excelente estado de conservación de los ejemplares de la UE 1021 –indicativo de una escasa o nula circulación cuando quedaron sellados estratigráficamente–, parece plausible proponer un momento indeterminado entre el 150-125 a. C. como aquel en que la ceca de **ilduro** inició su producción (figura 174). El último de los argumentos que apoyan a esta cronología es el desgaste del ejemplar anteriormente mencionado procedente del atesoramiento de Balsareny. Esta as del grupo II de la ceca tuvo una intensa circulación en el momento de ser atesorado. Aun teniendo presente que el desgaste de una pieza depende de infinitas variables relacionadas con su uso y circulación –y, por tanto, no puede utilizarse como criterio único para asignar una cronología–, sí debería ser un indicio que, a priori, indique un horizonte alejado del año 100 a. C. como posible fecha para la acuñación de estas emisiones. Parece nuevamente apropiado pensar, pues, en un momento indeterminado del tercer cuarto del siglo II a. C.



Figura 174. Ejemplares de los grupos I y II de **ilduro** recuperados en la UE 1021 de Can Masriera; a. Unidad uncial reducida grupo II (DMCB); b. Semis uncial reducido del grupo I (DMCB); c. Sextante uncial reducido del grupo I (DMCB) (escala 1,5:1).

Por otra parte, las intervenciones arqueológicas realizadas en los diferentes sectores excavados del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar –así como las del poblado ibérico de Burriac– no han aportado moneda ibérica en ningún otro estrato que pueda ser fechado con anterioridad al 125 a. C. (véase capítulo 7). Si bien es cierto que ambos yacimientos han sido tan solo parcialmente excavados –sectores de Ca l’Arnau-Can Mateu en 1997-98⁵⁵⁵, Can Benet en 2002⁵⁵⁶, y los conocidos como Can Masriera en el año 2003 (inédito) y Can Rodon de l’Hort en 2006 y 2010⁵⁵⁷– también lo es que fueron objeto de constantes intervenciones arqueológicas –posteriormente publicadas muchas de ellas– las cuales han ofrecido un buen conocimiento de la estratigrafía del yacimiento, de los hallazgos numismáticos y de sus cronologías. Es un hecho que el poblado ibérico que ocupa una gran parte de la montaña de Burriac sigue siendo aún un gran desconocido, pero fue posible asignar un contexto arqueológico más preciso a muchas de las monedas procedentes de las campañas más antiguas gracias a la actualización de los hallazgos realizados en el *oppidum* ibérico⁵⁵⁸ aparte de las monedas de las excavaciones más recientes y, por tanto, con contextos estratigráficos.

Sin que la datación por ausencia sea el único argumento que ofrecer –pues se sabe que las emisiones iniciales fueron tremendamente reducidas– es razonable creer que este dato es indicativo y que debe hacer pensar en una cronología más cercana al 125 a. C. como la fecha más antigua posible para la aparición de la moneda de **ilduro** de cara a ulteriores trabajos⁵⁵⁹.

No obstante, los nuevos descubrimientos llevados a cabo en excavaciones arqueológicas serán los que deban confirmar o refutar esta hipótesis en el futuro. Hasta entonces, y sobre la base de la metodología arqueológica, no es posible proponer otra cronología para estas primeras emisiones que no sea la de 150-125 a. C.

Grupos III y IV

Las antes denominadas emisiones intermedias del taller⁵⁶⁰ (grupos III y IV) se caracterizan por mostrar la habitual cabeza masculina mirando a la izquierda en los anversos de las monedas ibéricas. Estas series son las mejor conocidas a día de

⁵⁵⁵ García *et al.* 2000; Martí 2004.

⁵⁵⁶ Martí 2009.

⁵⁵⁷ Sinner y Martí 2011.

⁵⁵⁸ Zamora 2006-2007.

⁵⁵⁹ Esta misma fecha fue anteriormente propuesta por Volk (1996) como una de las posibles para la aparición del controvertido denario ibérico.

⁵⁶⁰ Sinner 2013b: 108-110.

hoy y de las que se posee un mayor número de ejemplares procedentes de contextos estratigráficos fiables (tabla 32). Dichas amonedaciones sufren una importante reducción de peso –hasta la mitad– oscilando los pesos de su valor máximo –la unidad– entre los 9 y los 12 g, propios del patrón de acuñación ibérico o local. Basándose en la relación de peso que presentaban con respecto a la moneda romano-republicana, se ha propuesto que tales piezas pudieron ser consideradas como equivalentes a los semises unciales reducidos desde la óptica romana⁵⁶¹.

De la lectura de la tabla 32 se desprende que las emisiones del período II del taller de **ilduro** (grupos III y IV) ya circulaban abundantemente en torno a las décadas de 100-90 a. C. Debido al buen estado de conservación de la mayoría de las monedas recuperadas –aunque se ve con claridad que habían circulado–, parece difícil que lo hubiesen hecho durante mucho tiempo antes de quedar selladas estratigráficamente.

Por otro lado, 41 de los 42 ejemplares de **ilduro** hallados en Balsareny se corresponden con el valor unidad del grupo III. De esos 42, ninguno es del grupo IV, y ambas series circularon de forma coetánea y en cantidades similares a partir del año 100 a. C. (tabla 32) en los diferentes sectores del yacimiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. Teniendo esto en cuenta, resulta evidente que las unidades de **ilduro** que utilizan el signo ibérico Γ –y, por tanto, sus divisores– son algo anteriores a aquellas del mismo taller que graban su leyenda utilizando el signo Λ , lo que se puede afirmar gracias a la comparación entre el tesoro de Balsareny y los hallazgos aislados procedentes del asentamiento tardo-republicano. Este dato explica su ausencia en los tesoros de Canovès y Balsareny.

Se sabe, pues, que únicamente las monedas de los grupos I-III se habían emitido alrededor del año 100 a. C., y que se hizo lo propio con las del grupo IV en el 100-90 a. C. De ese modo, se tiene un término *ante quem* en torno al año 100 a. C. para los ejemplares que utilizan el signo ibérico Γ (grupos I-III), que será a su vez el término *post quem* para las series que emplean el signo ibérico Λ en su variante innovada (grupos IV-V).

Volviendo sobre la tabla 32, hay dos ejemplares de la ceca (números 5 y 6) que pudieron circular entre el 150 y el 90 a. C. según la cronología del estrato; se sabe que el número 15 lo hizo entre el 125 y el 100 a. C., y en 125-75 a. C. por lo que se refiere a los números 12 y 13. El hecho de que al menos cuatro unidades del grupo III de la ceca pudiesen haber circulado con anterioridad al horizonte del año 100 a. C., junto con la certeza de que una al menos lo hizo con toda seguridad (núm. 15, tabla 32) apunta –como bien indicaban los atesoramientos– a que,

⁵⁶¹ Llorens y Ripollès 1998:92.

efectivamente, debe contemplarse la posibilidad de que las monedas del grupo III puedan ser algo anteriores a las del grupo IV, y que siempre aparecen en estratos con cronologías en torno al año 100 a. C. o posteriores.

Por desgracia, no se puede establecer un término *post quem* fiable para las emisiones del grupo III, por lo que su acuñación tendría que situarse a priori en algún momento indeterminado entre el 150 y el 100 a. C. (cronología más amplia posible). No obstante, hay otros elementos de juicio que podrían ser suficientes para matizar esta cronología. En primer lugar, debe tenerse presente que estas series (grupo III) son más modernas que las emitidas en el período I (150-125 a. C.) como indican sus características metrológicas, el tesoro de Balsareny y los hallazgos aislados del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. En segundo, es importante considerar el escaso desgaste de las piezas procedentes del mencionado tesoro de Balsareny⁵⁶², lo que indica una poca circulación en el momento de su ocultación; al tratarse de 41 ejemplares de esta serie, su exiguo deterioro parece ser un signo que acerca su fecha de emisión al horizonte del año 100 a. C. Finalmente, no se puede olvidar que ni un solo ejemplar del grupo III del taller de **ilduro** ha sido documentado en el valle de Cabrera de Mar con anterioridad al 125 a. C., mientras que son muchas las unidades de este mismo grupo que circulan en cronologías del último cuarto del siglo II a. C. o posteriormente.

Es posible considerar que se poseen argumentos suficientes para proponer un momento indeterminado dentro del último cuarto del siglo II a. C. como el más propicio para la acuñación de este grupo III. Además, sería muy próximo al año 100 a. C. dado que las monedas del grupo III de **ilduro** aparecen en los mismos estratos que las del grupo IV –lo que indica que circularon prácticamente de forma coetánea–, y el tesoro de Balsareny, junto con el ejemplar número 15 (tabla 32), constituirían las únicas pruebas que permiten establecer una división cronológica mínima entre estos dos grupos.

Mucho más sencillo parece acotar la fecha de emisión del grupo IV. El tesoro de Balsareny y los hallazgos aislados procedentes del valle de Cabrera de Mar (c. 100 a. C.) proporcionan su término *post quem*, mientras que el *ante quem* viene dado por el descubrimiento de múltiples ejemplares de este grupo en los estratos fechados en torno al 100-90 a. C. De ese modo, queda una cronología aproximada de acuñación del 100-90 a. C.

⁵⁶² Información facilitada por el propio Leandre Villaronga, que estudió la ocultación en su día.

Tabla 32. Ejemplares pertenecientes al período II de la ceca de *ilduro* procedentes de excavaciones arqueológicas.

Núm.	Bibl.	Valor	Yacimiento	UE	Cron. UE	Núm. dif.
1	CNH 8	Unidad	Ca l'Arnau	2002	c. 100 a. C.	2002-2
2	CNH 8	Unidad	Ca l'Arnau	2006	c. 100 a. C.	2006-2
3	CNH 8	Unidad	Ca l'Arnau	2006	c. 100 a. C.	2006-3
4	CNH 8	Unidad	Ca l'Arnau	2007	c. 100 a. C.	2007-15
5	CNH 8	Unidad	Burriac	2034	150-90 a. C.	2
6	CNH 8	Unidad	Burriac	2036b	150-90 a. C.	5
7	CNH 8	Unidad	Can Benet	1114	100-90 a. C.	1114-1
8	CNH 8	Unidad	Can Benet	1114	100-90 a. C.	1114-2
9	CNH 8	Unidad	Can Benet	1114	100-90 a. C.	1114-3
10	CNH 8	Unidad	Can Benet	1117	100-90 a. C.	1117-11
11	CNH 8	Unidad	Can Benet	1087	100-75 a. C.	1087-5
12	CNH 8	Unidad	Camp de les Lloses	---	125-75 a. C.	98.83.320
13	CNH 8	Unidad	Camp de les Lloses	---	125-75 a. C.	99.224.835
14	CNH 11	Tercio	Ca l'Arnau	2066	c. 90 a. C.	2066-2
15	CNH 11	Tercio	Can Benet	1018	125-100 a. C.	1018-191
16	CNH 11	Tercio	Ca l'Arnau	2324	100-90 a. C.	2324-1
17	CNH 13	Unidad	Ca l'Arnau	2002	c. 100 a. C.	2002-3
18	CNH 13	Unidad	Ca l'Arnau	2007	c. 100 a. C.	2007-16
19	CNH 13	Unidad	Ca l'Arnau	2007	c. 100 a. C.	2007-17
20	CNH 13	Unidad	Ca l'Arnau	2007	c. 100 a. C.	2007-18
21	CNH 13	Unidad	Ca l'Arnau	2365	100-90 a. C.	2365-3
22	CNH 13	Unidad	Ca l'Arnau	2087	100-90 a. C.	2087-2
23	CNH 13	Unidad	Burriac	9	145-135 a. C.⁵⁶³	76-9
24	CNH 13	Unidad	Burriac	3003	75-50 a. C.	3003-228
25	CNH 13	Unidad	Horts del Rector	009	100-75 a. C.	009-1
26	CNH 13	Unidad	Can Segarra	Nivell I	c. 90 a. C.	S1N1-3
27	CNH 13	Unidad	Can Benet	1114	100-90 a. C.	1114-4
28	CNH 13	Unidad	Can Benet	1114	100-90 a. C.	1114-5
29	CNH 13	Unidad	Can Benet	1114	100-90 a. C.	1114-6
30	CNH 13	Unidad	Can Benet	1089	100-75 a. C.	1089-16
31	CNH 13	Unidad	Can Masriera	1042	100-80 a. C.	1042-11
32	CNH 13	Unidad	Can Masriera	1042	100-80 a. C.	1042-12

⁵⁶³ El número 23 de la tabla 32 se sale de los parámetros expuestos, cosa que debe ser explicada. Basándose en los materiales publicados que contextualizan y fechan la pieza, manda la Dressel 1A. El resto de los materiales no parece ser muy fiable en su conjunto, pues las PE11 son ánforas muy antiguas, mientras que las púnicas T5231 no van más allá del 175 a. C. Por ello, cabe la posibilidad de que el estrato esté mezclado o contaminado, ya que es seguro que este tipo de emisión no puede aparecer asociada a tales materiales. A partir de aquí, es cierto que la cerámica de barniz negro daría esta cronología, pero el porcentaje de dicho material es escaso. Hay demasiados elementos que rompen la homogeneidad del conjunto, por lo que el estrato no se ha considera fiable.

Grupo V

Es la última de las emisiones de este taller así como la más numerosa en número de cuños documentados (véase capítulo 14). La monedas del grupo V de la ceca se caracterizan por presentar el símbolo oreja en el anverso y por ser algo más pesadas que las de los grupos III y IV.

Basándose en la ausencia de dichos ejemplares en el yacimiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar⁵⁶⁴, es presumible que esta última emisión se acuñase en la nueva ubicación de la ceca, el asentamiento de *Iluro*, una vez el valle de Cabrera de Mar hubo sido parcialmente abandonado como núcleo urbano.

Los datos de la tabla 33 muestran que las monedas de la serie final de **ilduro** ya circulaban con total seguridad durante el segundo cuarto del siglo I a. C. No obstante, esta cronología podría acotarse más a partir de algunos argumentos complementarios:

Aunque la datación por ausencia no es un criterio válido por sí mismo, la total ausencia de ejemplares de esta última serie del taller en el asentamiento de la época tardo-republicana del valle de Cabrera de Mar –debe recordarse que empezó a mostrar síntomas de abandono en torno al 90-80 a. C.– es, sin duda, un dato muy significativo. Del mismo modo, la inexistencia de monedas procedentes de la ceca de **baitolo** –taller que inició la acuñación de sus emisiones poco después del año 100 a. C.⁵⁶⁵– en dicho yacimiento reforzaría esta teoría. Por otro lado, es sabido que estas monedas son habituales en los estratos más tardíos del *oppidum* de Burriac (tabla 33) –asentamiento que pervive hasta mediados del siglo I a. C.– y que, además, son mayoritarias en los hallazgos monetarios procedentes de las ciudades de *Iluro* (Mataró) y *Baetulo* (Badalona), ambas fundadas en torno al 90/80-80/70 a. C.⁵⁶⁶. Teniendo en cuenta tales datos, parece perfectamente factible plantear un término *post quem* para estas amonedaciones cercano al 90-80 a. C.

Recordando lo ya expuesto sobre los atesoramientos con moneda del taller de **ilduro**, no aparecían ejemplares pertenecientes a esta emisión ni en el de Balsareny (c. 100 a. C.) ni en el de Cànoves (c. 90 a. C.), lo que refuerza el término *post quem* que se acaba de proponer. Por el contrario, las monedas de esta última serie de la ceca sí aparecen en los tesoros de Azaila (80-72 a. C.) y de la calle de Lladó, en Badalona (67 a. C.), cuyas fechas de ocultación son de la época de Sertorio o posteriores, como ya se ha comentado en reiteradas ocasiones. Sobre la base de las ocultaciones, parece evidente que el atesoramiento de Azaila

⁵⁶⁴ Pérez Almoguera 1996: 43; Martí 2004: 360; 2009: 383; Campo 2005: 77-79.

⁵⁶⁵ Padrós (2002: 109; 2012: 50) propone una cronología de acuñación para las primeras series de **baitolo** entre el 100 a. C. y el 90-80 a. C.

⁵⁶⁶ Padrós 2012: 50; García (no publicado): 520.

proporciona el término *ante quem*, por lo que es factible proponer un *terminus ante quem* en torno al 80-72 a. C.

Existen, por tanto, argumentos sólidos con los que proponer una cronología bastante precisa para la emisión final de la ceca de **ilduro**, que estaría comprendida entre el 90-80/72 a. C. La ausencia de ejemplares de esta emisión en el asentamiento tardo-republicano de Cabrera de Mar (90-80 a. C.), así como en los atesoramientos de Balsareny y Cànoves (c. 100 a. C. y c. 90 a. C., respectivamente), es la clave para fechar el término *post quem*. Por otra parte, la ocultación del atesoramiento de Azaila (80-72 a. C.) sería el hecho histórico que marca el término *ante quem*.

Tabla 33. Ejemplares pertenecientes al período III de la ceca de **ilduro** procedentes de excavaciones arqueológicas.

Núm.	Bibl.	Valor	Yacimiento	UE	Cron. UE	Núm. dif.
1	CNH 14	Unidad	Burriac	---	70-40 a. C.	75124
2	CNH 14	Unidad	Burriac	I	80-60 a. C.	75214
3	CNH 14	Unidad	Burriac	llc2	100-70 a. C.	75224
4	CNH 14	Unidad	Burriac	llc2	100-70 a. C.	75225
5	CNH 14	Unidad	c. Na Pau	1066	75-50 a. C.	---
6	CNH 14	Unidad	Can Balençó	15015	Último decenio s. I a. C.	---
7	CNH 16	Cuarto	Can Balençó	15016	Último decenio s. I a. C.	---
8	CNH 16	Cuarto	Burriac	3003	75-50 a. C.	3003-229
9	CNH 16	Cuarto	Burriac	3003	75-50 a. C.	3003-230
10	CNH 16	Cuarto	Burriac	3002	50-40 a. C.	---

15.2. Ordenación de las emisiones

Tras las evidencias analizadas, la producción de la ceca de **ilduro** se puede ordenar en tres períodos distintos dentro de los cuales se incluyen los cinco grupos de acuñaciones conocidos. Los criterios de cohesión de estos grupos son firmes por cuestiones estilísticas y metrológicas (véanse capítulos 11 y 12), y cuando presentan diversas denominaciones, estas se han ordenado de mayor a menor. Se ha podido sugerir una cronología bastante ajustada en la mayoría de los casos, lo que sin duda es un gran avance en el estudio de la moneda de este taller.

15.2.1. Período I (150-125 a. C.)

Los grupos I y II del taller de **ilduro** se engloban dentro de este primer período basándose en criterios epigráficos, tipológicos, estilísticos y metrológicos.

El único ejemplar que permite fechar a las monedas del grupo I de esta ceca es un triente uncial reducido recuperado en las excavaciones realizadas en la

parcela conocida como Can Masriera –en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar (figura 174 c)–. Esta moneda pertenece a la UE 1021 y, como ya se ha comentado anteriormente, presenta una cronología del 150-125 a. C. De la misma manera, también se encontraron una unidad (figura 174 a) y un semis uncial reducido (figura 174 b) del grupo II del taller en esta UE 1021. De ese modo, no hay criterio arqueológico alguno que, a día de hoy, permita diferenciar cronológicamente a las emisiones de los grupos I y II u ordenarlas de más antiguas a más modernas, pues su desgaste es similar –apenas circularon–. Por el contrario, son claros los indicios que indican que ambos grupos fueron acuñados de manera sucesiva dentro de un mismo período. En la misma línea, y como se ha visto en capítulos anteriores, tampoco existen razones epigráficas o metrológicas claras que puedan ayudar a realizar esta ordenación, ya que sendos grupos utilizan la misma leyenda (ϺΓΔϺH), y sus pesos y módulos son prácticamente idénticos. Estas similitudes indican nuevamente la posible pertenencia de dichos dos grupos a un mismo período de producción, pero dificultan su ordenación.

Llegados a este punto, el único criterio que permite decidir cuál de estos grupos debe ser considerado como el más antiguo son las relaciones entre los diferentes cuños utilizados. Como se señala en el capítulo 11, las monedas del grupo I de **ilduro** utilizan unos tipos y símbolos muy similares a los de las monedas más antiguas de las cecas ausetanas. Estas características tipológicas parecen modificarse con posterioridad, adaptándose a las mostradas por la ceca de **laiesken**. Gracias al estudio de cuños, se sabe que un cuño de reverso del grupo I.2 (cat. 3a) enlazan con uno de los anversos del grupo II.4 (cat. 1a). Por tanto, y basándose en esta combinación de los cuños de anverso y reverso, se puede aseverar que la ceca reutilizó un cuño de reverso –posiblemente aún en buen estado– del grupo anterior (I.2) al iniciar la producción del II.4. Este detalle posibilita afirmar que las monedas del grupo I son algo anteriores a las del II.

Tabla 34. Ordenación de la producción de los grupos I y II de **ilduro**.

Cronología	Grupo	Valor	Marcas A/R	Ref. bibl.
150-125 a. C.	I	As	Jabalí/---	CNH 1
		Sextante	Delfín/---	CNH 2
		Sextante	Delfín	CNH 3
150-125 a. C.	II	As	---/---	CNH 4
		Semis	---/---	CNH 5
		Triente	---/---	CNH 6
		Sextante	---/---	CNH 7

Tabla 35. Síntesis del período I de ilduro (grupos I-II).

Grupo	Imagen	Cat. / valor	Tipo	Peso	Cuños anv ⁵⁶⁷
I.1		1 - 3 As	A/ Cabeza masculina, jabalí. R/ Jinete con lanza	19,91 g	2
I.2		1 - 2 Sext.	A/ Cabeza masculina, delfín. R/ Dos delfines superpuestos	3,51 g	2
		3 Sext.	A/ Cabeza masculina, delfín. R/ Delfín a izquierda		1
II.1		1 - 5 As	A/ Cabeza diademada R/ Jinete con lanza	20,5 g	4
II.2		1 - 2 Semis	A/ Cabeza diademada R/ Caballo en solitario	10,1 g	2
II.3		1 - 2 Triente	A/ Cabeza a derecha R/ Dos delfines a derecha	7,18 g	1
II.4		1 - 4 Sext.	A/ Cabeza diademada R/ Delfín a derecha	3,96 g	2

⁵⁶⁷ En esta tabla se muestran los cuños de anverso identificados, no los utilizados en origen por la ceca. Sobre este aspecto véase capítulo 14.

15.2.2. *Período II (125-100/90 a. C.)*

Es probable que no transcurriesen demasiados años entre la acuñación de los grupos I y II de la ceca de **ilduro** y los del período siguiente (grupos III y IV). Este dato es interesante, ya que parece indicar que la primera producción de la ceca –quizá pensada para cubrir unas necesidades muy concretas y puntuales, de ahí su corta tirada– pronto resultó insuficiente para cubrir las necesidades de numerario en el valle.

Posiblemente ese fue el motivo para fabricar las piezas del grupo III de la ceca de **ilduro**, una emisión mucho mayor –la segunda más amplia del taller con 26 cuños identificados de anverso y 38 de reverso⁵⁶⁸ que debería hacer frente a una demanda bastante más elevada de moneda. El crecimiento de dicha demanda es un hecho que no solo parece afectó al valle de Cabrera de Mar, sino a toda la Layetania y a otros territorios, como el ausetano –así lo demuestra la creciente producción de sus talleres en estos momentos–. De todas las monedas de otras cecas ibéricas recuperadas en el valle (véase capítulo 7), las que siguen el patrón uncial reducido –posiblemente coetáneas a las de los grupos I y II de **ilduro**– son minoría, pero suficientes para indicar que circularon y se utilizaron. No parece que su escasez pueda deberse a una retirada planificada del numerario más antiguo, ya que se presentan en un amplio número de unidades estratigráficas con contextos diferentes, si bien son muy escasas.

Basándose en el aumento de la producción en algunas cecas del NE peninsular⁵⁶⁹, da la sensación de que una creciente necesidad de moneda se produjo en la zona en algún momento indeterminado entre el 125 y el 100 a. C., y que esta se solucionó con la emisión del grupo III y, posteriormente, se complementó con las unidades del grupo IV de la ceca en el valle de Cabrera de Mar. Por qué surgió esta demanda de moneda es una cuestión que sigue siendo objeto de estudio y sobre la que se volverá en la parte final de este trabajo (véase capítulo 19), aunque es difícil poder ofrecer respuestas convincentes. En la misma línea, la razón por la que el patrón metrológico uncial reducido dejó de utilizarse y se adoptó el ibérico o local de 10-12 g en estos momentos es otra de las incógnitas con las que lidiar.

Retomando la ordenación de las emisiones de este segundo período de acuñación, parece evidente que resulta algo más sencilla gracias al tesoro de Balsareny y a los hallazgos aislados de moneda en el valle de Cabrera de Mar.

⁵⁶⁸ El número total de cuños cuantificados es la suma de todas las denominaciones del grupo III de **ilduro**.

⁵⁶⁹ Villaronga 1994: 184-202.

Sin incidir nuevamente en los argumentos antes expuestos, la ausencia de moneda del grupo IV de la ceca en Balsareny (c. 100 a. C.) y el hecho de que esta circulase en porcentajes muy similares a los del grupo III en los estratos del 100-90 a. C. documentados en el asentamiento tardo-republicano del mencionado valle parecen motivos suficientes para proponer que el grupo III de **ilduro** es algo anterior al IV –para el que se he propuesto una cronología del 100-90 a. C.– Otro de los motivos que llevan a esta ordenación se encuentra en las leyendas de la ceca. Como también se ha mencionado con anterioridad, las monedas del grupo III de **ilduro** presentan el símbolo Γ en su forma clásica, mientras que las del grupo IV muestran la variante innovada (Λ)⁵⁷⁰. Finalmente, que no se hayan documentado enlaces a lo largo del estudio entre ninguno de los cuños de anverso o reverso conocidos para los grupos III y IV (véase capítulo 17) parece confirmar la existencia de un parón en la producción de la ceca que, por breve que fuese, permite diferenciar claramente la existencia de estos dos grupos.

No obstante, se ha decidido incluir a las monedas de los grupos III y IV dentro del período II (125-100/90 a. C.) por diversos motivos; en primer lugar, debido a sus idénticas características metrológicas y tipológicas. La cabeza de los anversos siempre mira a la izquierda, y el módulo y peso de las monedas son prácticamente idénticos. Por otro lado, la cronología del 100-90 a. C. para los ejemplares del grupo IV está exclusivamente basada en el hallazgo de Balsareny y en las pocas monedas conocidas cuyos contextos estratigráficos resultan fiables (tabla 32, núm. 17-32). Si bien parece importante indicar esta diferenciación existente a día de hoy, es probable que se carezca de datos suficientes para considerarla definitiva. Finalmente, la hipótesis que aquí se plantea es que ambos grupos están relacionados y responden a unos mismos condicionantes históricos que, es una opinión, son algo distintos a los de las monedas del grupo V. Por este motivo, la opción más inteligente sería agruparlos en un mismo período.

Tabla 36. Ordenación de la producción de los grupos III y IV de **ilduro**.

Cronología	Grupo	Valor	Marcas A/R	Ref. Bibl.
125-100 a. C.	III	Unidad	---/---	CNH 8
		Mitad	---/---	CNH 9
		¿Tercio/sesto?	---/---	CNH 11
		Cuarto	W/---	Vill. 1998
100-90 a. C.	IV	Unidad	---/---	CNH 13

⁵⁷⁰ Sobre las leyendas como criterio de ordenación en la ceca de **ilduro**, véase Sinner 2013b: 104-106.



Figura 175. Valores pertenecientes a la primera fase de producción del grupo III de *ilduro*; a. Unidad (DMCB); b. Mitad (AV); c. Tercio (AV); d. Cuarto (CC) (escala 1,5:1).

Posiblemente, la ceca produjo el grupo III cuando la demanda de numerario se incrementó en el valle. Dicho grupo consta de una amplia escala de valores (unidades, mitades, tercios y cuartos), lo que resulta lógico si se acuña moneda destinada a cubrir pequeñas transacciones. En contraposición, el grupo IV solo emitió el valor unidad, y parece que se acuñó algo después –quizá al hacerse patente la necesidad de un mayor número de unidades–, dato que, a su vez, indica que las fracciones acuñadas habían sido suficientes. Es más, pudiera ser que las unidades del grupo IV se emitiesen en dos fases tal y como indican los dos estilos diferentes (grupo IV, cat. 1-12 y 13-20).

Esta teoría explicaría perfectamente el lapso de tiempo –que se desconoce con exactitud, pero que hubo de ser muy breve– transcurrido entre ambos grupos y que se vio reflejado en la ocultación de Balsareny. De la misma manera, la hipótesis concuerda con las características productivas de cada uno de los grupos razonando por qué el III emitió una amplia escala de valores pero el IV solo acuñó unidades.

Una vez aclarado el orden de los mencionados grupos III y IV, es necesario matizar que posiblemente también existieron dos fases de emisión diferenciadas, aunque consecutivas dentro del III; al menos, los estilos de los cuños así lo parecen

indicar⁵⁷¹. En efecto, existe un primer estilo muy característico que permitiría relacionar a las unidades del grupo III.1 (cat. 1-4) con las mitades del III.2 (cat. 1), los tercios del III.3 (cat. 1-3) y los cuartos del III.4 (cat. 1) (figura 175). Algunos anversos de esta primera fase son de una calidad muy superior a la del resto del grupo III, pero esta diferencia se hace especialmente evidente en los reversos. No solamente la calidad de los reversos es mayor, sino que su estilo resulta tremendamente similar. Además, la leyenda presenta una característica muy concreta en todas las denominaciones: un punto o glóbulo en los vértices de cada signo ibérico. Este rasgo estilístico confiere a las monedas un aspecto muy peculiar que, posiblemente –unido a las otras similitudes mencionadas–, permitiría relacionarlas entre sí. Si bien el parecido de estas monedas podría achacarse a la mano de un mismo grabador; esta idea, se ve matizada por el número de cuños conocidos. Efectivamente, en líneas generales –y con la excepción del valor cuarto (grupo III.4) propio de la primera fase–, el número de cuños pertenecientes a esta supuesta fase (unidades mitades y tercios; grupo III.1 cat. 1-4; III.2 cat. 1 y III.3 cat. 1-3) es mucho menor que el de los que se pueden asociar a la siguiente (véase capítulo 17). Por si este dato no fuese lo bastante indicativo, el valor cuarto –debe recordarse que únicamente se emitirá en este momento– reutiliza el cuño del valor tercio, al que se añade el signo ibérico **to/do** (W) para poder así diferenciar los anversos de cada uno de estos dos valores. Finalmente, en el nivel metrológico, los ejemplares de la primera fase (grupo III.1, cat. 1-4; III.2, cat. 1; III.3, cat. 1-3 y grupo III.4) son algo más pesados –aunque poco– que los de la siguiente. Habría que diferenciar la presencia de esta primera y corta producción dentro del grupo III de la ceca del resto, lo que ayudaría a explicar algunas de las diferencias en los pesos y módulos de las monedas; especialmente, en el grupo III.3. Adicionalmente, aclararía la relación existente entre los cuartos y los tercios del grupo III, que había sido un problema hasta ahora (véase capítulo 12)⁵⁷².

Si bien se ha seguido esta distinción en dos fases en el catálogo y las láminas del presente trabajo –clasificando como más antiguos a los ejemplares con las características mencionadas–, el grupo III no se ha llegado a dividir en dos al considerar que argumentar tales diferencias en este apartado dedicado a la ordenación es a día de hoy suficiente. Si bien el estudio de cuños indica la ruptura de la cadena en muchos casos, parece que el anverso del valor mitad (grupo III.2) –emparejado con los reversos de la primera fase (cat. 1)– es el mismo que en los reversos de la segunda (cat. 2-3)–. Además, resulta imposible apreciar diferencia

⁵⁷¹ También es cierto que estas diferencias podrían deberse a la actuación de distintos grabadores, aunque se puede razonar que existieron dos fases productivas, diferenciadas aunque consecutivas, basándose en los cuños conocidos.

⁵⁷² Sinner 2013b: 99-102.

cronológica alguna entre las monedas de ambas fases, por lo que parece mejor indicar esta posible división en dos posible fases del grupo III sin llegar a establecer dos grupos distintos de momento y hasta que se cuente con nuevas aportaciones al respecto.









Figura 176. Valores pertenecientes a la segunda fase de producción del grupo III de **ilduro**; a. Unidad (CP); b. Tercio (CM) (escala 1,5:1).



Figura 177. Diferentes estilos mostrados en las dos fases del grupo IV de **ilduro**; a. Unidad fase I (DMCB); b. Unidad fase II (DMCB).

Tabla 37. Síntesis del período II de *ilduro* (grupos III-IV).

Grupo	Imagen	Cat./valor	Tipo	Peso	Cuños an ⁵⁷³ .
III.1		1 - 37 Unidad	A/ Cabeza laureada R/ Jinete con lanza	9,96 g	19
III.2		1 - 3 Mitad	A/ Cabeza laureada R/ Caballo en solitario	6,1 g	1
III.3		1 - 7 Tercio	A/ Cabeza laureada R/ Dos delfines a derecha	2,2 g	5
III.4		1 Cuarto	A/ Cabeza laureada, símbolo to/do . R/ Medio Pegaso a derecha	3,35 g	1
IV.1		1 -11 Unidad	A/ Cabeza laureada (primer estilo) R/ Jinete con lanza	9,3 g	8
		12 - 20 Unidad	A/ Cabeza laureada (segundo estilo) R/ Jinete con lanza		

Volviendo al discurso de la acuñación, la ceca emitiría una corta tirada de unidades, mitades, tercios y cuartos (grupo III.1, cat. 1-4; III.2, cat. 1; III.3, cat. 1-3; III.4, cat. 1) en un primer momento, y la complementaría inmediatamente después con la emisión de un amplio número de unidades y de una nueva tirada de tercios (grupo III.1, cat. 5-37; III.3 cat. 4-7). Posiblemente, esto se hizo así para satisfacer la demanda de aquellas denominaciones, que habían quedado cortas en un primer momento. Finalmente, y tras un breve período de tiempo, el valor unidad

⁵⁷³ En esta tabla se muestran los cuños de anverso identificados, no los utilizados en origen por la ceca. Sobre este aspecto véase capítulo 14.

sería nuevamente demandado, a lo que la ceca respondería con la emisión del grupo IV.

15.2.3. Período III (90/80-72 a. C.)

Posiblemente sea el período más sencillo de ordenar, pues se compone de un único grupo de acuñaciones –grupo V–. Al mismo tiempo, y como se señala en el apartado dedicado a la cronología, es también el mejor fechado.

Se dispone de argumentos sólidos para proponer una cronología comprendida entre el 90-80 y el 72 a. C., siendo la ausencia de ejemplares de esta emisión en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar (90-80 a. C.), así como en los atesoramientos de Balsareny y Cànoves (c. 100 a. C. y c. 90 a. C., respectivamente), la clave para establecer el término *post quem*. La ocultación del atesoramiento de Azaila (80/72 a. C.) marcaría el *ante quem*. Por tanto, no hay duda alguna de que es el más moderno y último de los grupos acuñados por la ceca.




Figura 178. Diferentes valores emitidos por el grupo V de *ilduro*; a. Unidad (GNC); b. Cuarto II (GNC) (escala 1,5: 1).

Tabla 38. Ordenación de la producción del grupo V de *ilduro*.

Cronología	Grupo	Valor	Marcas A/R	Ref. bibl.
90/80-72 a. C.	V	Unidad	Oreja/---	CNH 14-15
		Cuarto	Oreja/•••	CNH 16

Se trata de un grupo bastante homogéneo en el que, más allá de las diferencias propias entre grabadores, apenas se distinguen características tipológicas que ayuden a ordenar su numerario. Por ello, las relaciones entre los cuños han servido de guía a la hora de ordenar las monedas del catálogo. Tan solo es posible encontrar una leve diferencia en los reversos de las unidades: la pierna del jinete puede estar estirada hacia delante o doblada –en mayor o menor medida– hacia atrás.

Tabla 39. Síntesis del período III de *ilduro* (grupo V).

Grupo	Imagen	Cat./valor	Tipo	Peso	Cuños anv. ⁵⁷⁴
V.1		1 – 85 Unidad	A/ Cabeza laureada, oreja R/ Jinete con lanza	14,13	60
V.2		1 – 3 Cuarto	A/ Cabeza laureada, oreja R/ Medio Pegaso	3,65	1

⁵⁷⁴ En esta tabla se muestran los cuños de anverso identificados, no los utilizados en origen por la ceca. Sobre este aspecto véase capítulo 14.

16. DISPERSIÓN⁵⁷⁵

Los hallazgos numismáticos de procedencia conocida y fiable permiten delimitar y evaluar con bastante detalle el territorio en el que se utilizaba la moneda objeto de estudio. Las pautas de poblamiento y las vías de comunicación terrestres, marítimas y fluviales son factores que condicionan la dispersión del numerario. No debe olvidarse que las personas transportan la moneda desplazándose, en general, por la red viaria que une a los núcleos en los que se agrupan⁵⁷⁶. De ese modo, este capítulo tiene por objeto examinar la difusión de la moneda de **ilduro**, entender el alcance de las emisiones de la ceca e interpretar los patrones de dispersión de su numerario. Para ello, se cuenta con los datos proporcionados por fuentes distintas pero complementarias, como los atesoramientos y hallazgos aislados; primordialmente, los procedentes de excavaciones arqueológicas.

16.1. Ocultaciones con moneda de ilduro

16.1.1. Balsareny

En 1953, algunos bronce ibéricos que presentaban una curiosa y característica pátina negra aparecieron en el mercado numismático⁵⁷⁷. La rareza de las piezas despertó el interés de Villaronga, quien inició una persistente tarea de indagación que, finalmente, permitió confirmar la pertenencia de estas monedas a una misma ocultación. Gracias a este exhaustivo estudio, hoy sabemos que dicho atesoramiento se encontró en un bosque situado en las cercanías de los términos municipales de Balsareny y Sallent, en las inmediaciones del río Llobregat y a unos 20 km de Manresa⁵⁷⁸. Su ocultación, según el autor, debe relacionarse con el clima de inestabilidad generado por las invasiones cimbrias del 104 a. C., y la cronología

⁵⁷⁵ El presente capítulo está basado en un trabajo que el autor publicó recientemente (Sinner 2013a) en el que se estudia la difusión de las emisiones ibéricas layetanas y reproduce algunas partes del mismo en ocasiones.

⁵⁷⁶ Ripollès 2007: 94.

⁵⁷⁷ Información facilitada por L. Villaronga.

⁵⁷⁸ Villaronga 1961: 47.

que propone basándose en el análisis de las piezas y su comparación con las halladas en Azaila es de c. 100 a. C. Esta cronología ha generado cierta controversia que también afecta a la ocultación de Cànoves, y Campo la ha matizado recientemente proponiendo que la ocultación de ambos atesoramientos se produjo c. 90 a. C.⁵⁷⁹.

Posiblemente nunca se sabrá con exactitud la composición total del hallazgo, pero se documentaron al menos 420 monedas (tabla 40), entre las que 42 –el 10 % del total– procedían del taller de **ilduro**. No es de extrañar la ausencia de ejemplares de **baitolo** en esta ocultación, pues –como bien ha indicado Padrós⁵⁸⁰– este taller no iniciaría su actividad hasta el 100-90/80 a. C., acotando posteriormente la totalidad de la producción de la ceca en torno al 90-80/72 a. C.⁵⁸¹.

Si se examina la ubicación de los talleres representados de forma importante en el hallazgo, llama la atención la proximidad de todos ellos al lugar de la ocultación (50-100 km de distancia)⁵⁸². Las monedas localizadas en Balsareny se adscriben sin excepción alguna a los territorios vecinos a la Lacetania (lugar del hallazgo), mientras que las de **laiesken**, **ilduro** y **lauro** son originarias de la Layetania, territorio localizado aproximadamente al E del lacetano. Los talleres de **ausesken**, **eusti** y **ore** proceden de la Ausetania, al N de la Lacetania. La ceca de **ildiargesken** podría ser local o muy próxima si se considera ilergete, lo que explicaría la abundante presencia de sus emisiones aun cuando estas no son especialmente numerosas. Finalmente, los territorios cosetanos (SO) e ilergetes (O) son también vecinos y de ellos proceden las monedas de **kese** e **ildiída**, respectivamente.

Esta dispersión pone de relieve el carácter marcadamente regional o local que se desprende al estudiar la circulación de la moneda ibérica, dato bien documentado desde hace años⁵⁸³ y que explica por qué únicamente se encuentran acuñaciones de poblaciones próximas –cuyo radio de acción no supera en ningún caso los 100 km de distancia– en el hallazgo. Posiblemente, esta circulación estaría articulada en torno a pequeñas rutas interiores que tendrían al río Llobregat y a la calzada de Manio Sergio –lo que se verá a lo largo del capítulo– como principales ejes de comunicación con la costa layetana. Eso facilitaría la llegada de este numerario y del cosetano, algo más alejado.

⁵⁷⁹ Campo 2005: 75.

⁵⁸⁰ Padrós 2002: 109.

⁵⁸¹ Padrós 2012: 50.

⁵⁸² Villaronga 1961: 34.

⁵⁸³ Martín Valls 1967; Ripollès 1982; Sinner 2013, entre otros.

Tabla 40. Composición del hallazgo de Balsareny según Villaronga 1961, y Llorens y Ripollés 1998: 67, fig. 6.

Ceca	Núm. monedas	Valor	Vives	CNH
laieşken	4	unidad	25-1	1
	2	unidad	---	4
	14	unidad	25-7	5
	18	unidad	25-4	8
	2	unidad	---	11
ilduro	1	unidad	24-4	4
	41	unidad	24-10	8
lauro	4	unidad	21-7	11
	3	unidad	---	15
	5	unidad	21-5	16
	4	unidad	21-2	6
	11	unidad	---	7
	2	unidad	---	---
	9	unidad	21-1	9
	3	unidad	21-8	14
auşesken	1	unidad	22-4	1
	24	unidad	22-8	8
	21	unidad	22-9	11
	2	unidad	ind.	ind.
eusti	18	unidad	23-1	5
	18	unidad	23-4	10 y 11
eustibakula	2	unidad	23-5	13
ore	9	unidad	23-1	1
ildirgesken	12	unidad	26-1	1
	10	unidad	---	4
	10	unidad	26-1	9
	33	unidad	---	12
ildirda	1	unidad	27-3	4
	3	unidad	27-12 y 13	20
kese	7	unidad	31-13	11
	3	unidad	34-8	21
	2	unidad	32-2	22
	1	unidad	34-1	31
	3	unidad	33-4	34
	12	unidad	33-10	39
	6	unidad	32-14	51
	1	unidad	33-15	55
	7	unidad	34-4	61
	2	unidad	35-15	62
	18	unidad	33-18	63
	15	unidad	32-8	67
	5	unidad	35-3	76
	1	unidad	34-12	78
	1	unidad	ind.	ind.
Indet.	39	unidad		
Desc.	9	unidad		

16.1.2. Cànoves

La población de Cànoves i Samalús se halla a unos 11 km al NE de Granollers, en la estribación occidental del macizo del Montseny. Durante los trabajos de limpieza de la maleza llevados a cabo en un bosque próximo a la población (Molí d'en Ribes), al apartar unas piedras, se descubrió un conjunto de 41 monedas de bronce que presentaban una cierta alineación entre ellas; posiblemente, fosilizando la forma de la saca que las contenía⁵⁸⁴. Villaronga fue nuevamente uno de los encargados de documentar el hallazgo; en esta ocasión, mediante el calco de las piezas en primer lugar y, posteriormente, realizando un estudio detallado del mismo⁵⁸⁵.

El autor situó esta ocultación dentro del mismo horizonte cronológico que el de Balsareny –coincidiendo con el paso de los cimbrios en el 104 a. C.⁵⁸⁶–, datación que pudiera tener que modificarse ligeramente debido a la abundante presencia de la última emisión de **lauro** en Cànoves y que no aparece en Balsareny⁵⁸⁷. Parece que, en este caso, lo más acertado sería establecer la fecha de la ocultación en c. 90 a. C., como ha propuesto Campo⁵⁸⁸.

Tabla 41. Composición del hallazgo de Cànoves según Estrada y Villaronga 1967, y Llorens y Ripollès 1998: 71, fig. 8.

Ceca	Núm. monedas	Valor	Vives	CNH
laiešken	1	unidad	25-7	5
ilduro	1	unidad	24-10	8
lauro	1	unidad	21-7	11
	1	mitad	21-3	8
	1	unidad	21-1	7
	4	unidad	21-8	14
	15	unidad	21-4	17
aušesken	4	unidad	22-8	8
	1	unidad	22-9	11
eusti	1	unidad	23-1	5
	3	unidad	23-4	10 y 11
eustibakula	1	unidad	23-5	13
ildiřgesken	2	unidad	26-1	1
	1	unidad	26-5	10

⁵⁸⁴ Estrada y Villaronga 1967: 135.

⁵⁸⁵ Estrada y Villaronga 1967.

⁵⁸⁶ Como ya han comentado con anterioridad Llorens y Ripollès 1998: 74-75, si bien es probable que alguna de tales ocultaciones responda a la inestabilidad generada por el paso de los cimbrios en el 104 a. C., existen indicios tanto numismáticos como arqueológicos que obligan a ser cautelosos con esta hipótesis.

⁵⁸⁷ Llorens y Ripollès 1998: 70.

⁵⁸⁸ Campo 2005: 75.

La composición de este atesoramiento –mucho más modesto que el localizado en Balsareny y encontrado en territorio layetano– incluía en esta ocasión un ejemplar de la ceca de **ilduro**, y el taller de **lauro** era el mejor representado con diferencia –21 piezas– (tabla 41). El resto de las piezas que pudieron clasificarse se distribuían de la siguiente manera: 1 moneda de **laiesken** –Layetania–, 10 ejemplares de territorio ausetano –5 de la ceca de **ausesken** y 5 de **eusti**– y 3 piezas de la vecina Lacetania –todas ellas acuñadas por el taller de **ildirgesken**⁵⁸⁹–.

La composición del hallazgo de Cànoves ratifica lo que ya se intuía en Balsareny: se trata de una circulación regional cuyo radio de dispersión no supera los 50 km. Esta reducción del campo de acción podría explicarse debido al pequeño tamaño del atesoramiento, lo que a su vez justifica la ausencia de talleres más alejados al lugar del hallazgo –como los de **kese** o **ildirda**–, presentes en Balsareny. Por otro lado, la abundante presencia de moneda de **lauro** hace plausible la hipótesis de que dicha ceca se encontrase en las inmediaciones de la ocultación⁵⁹⁰. En la misma línea, la importante representación de moneda ausetana en territorio layetano parece confirmar una tendencia a utilizar la moneda más cercana –o la que resultaba más familiar– sin importar excesivamente el taller o territorio emisor⁵⁹¹.

Finalmente, en el presente trabajo no se comparte la opinión de Villaronga cuando relaciona la composición regional de dichos hallazgos –Balsareny y Cànoves– con la ausencia de vías de comunicación. Es más, tal circulación podría estar indicando la existencia de una vía de penetración hacia el interior que, desde la costa central catalana, iría en dirección a tierras ausetanas. Esta teoría, sobre la que se volverá más adelante, explicaría por qué la moneda de **ausesken** es la mejor representada en el valle de Cabrera de Mar por detrás de la ceca local –**ilduro**– o por qué la presencia de cecas ausetanas en el hallazgo de Cànoves es superior a cecas como **laiesken** o **ilduro**, propias de este territorio.

Teniendo presente el abanico cronológico que se está considerando, parece factible vincular estas emisiones con la reforma de la red viaria del NE peninsular y la existencia de asentamientos tardo-republicanos como el de Cabrera de Mar (Layetania) o de El Camp de les Lloses, en Tona (Ausetania) (véase capítulo 19), donde la moneda que curiosamente más circula es la de **ausesken**⁵⁹².

⁵⁸⁹ Estrada y Villaronga 1967: 136.

⁵⁹⁰ Llorens y Ripollès 1998: 71.

⁵⁹¹ Llorens y Ripollès 1998: 70.

⁵⁹² Duran *et al.* (en prensa).

16.1.3. Azaila

En 1920, durante las excavaciones realizadas en el poblado ibérico del Cabezo de Azaila (Bajo Martín), aparecieron dos atesoramientos (tabla 42). El primero de ellos, que se encontró caído sobre las losas de la casa 1 D, presenta una gran variedad de cecas peninsulares en proporción a su tamaño –112 ejemplares de los que solo el 3,5 % pertenecía a talleres layetanos–. Estos datos parecen apuntar a un proceso de formación de carácter itinerante, y cabe pensar que procedía de la bolsa de un personaje extranjero o de alguien que hubiese recorrido grandes distancias (¿quizá un soldado o un comerciante?)⁵⁹³. El segundo lote, de mucho mayor tamaño –601 monedas de las que menos del 0,2 % pertenecían a talleres layetanos–, había sido escondido en un peldaño de la escalera de acceso a la torre O. Puesto que la mayoría del numerario procedía de cecas ilergetes y sedetanas –disminuyendo el número de monedas a medida que las cecas representadas se alejan del área de Azaila–, sería razonable considerar un proceso de formación distinto al del primer lote. En este caso, la ocultación parece ser mucho más representativa de la circulación de moneda propia del poblado⁵⁹⁴.

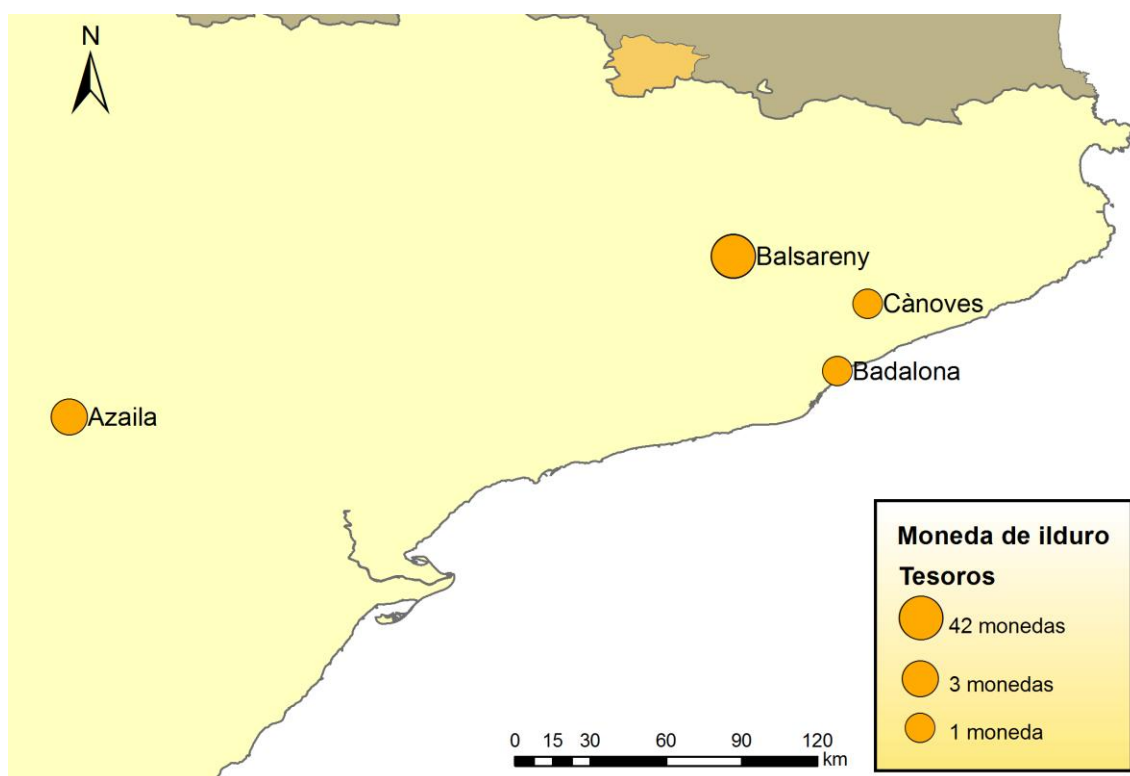


Figura 179. Localización de los atesoramientos con moneda de *ilduro*.

⁵⁹³ Beltrán 1995: 90.

⁵⁹⁴ Beltrán 1995: 90.

Tabla 42. Composición del lote I de Azaila según Romagosa 1971: 73.

Ceca	Lote I	Lote II	Dispersas	Total
undikesken	2	---	1	3
euštibaikula	---	2	---	2
ilduro	2	1	---	3
laiešken	1	---	---	1
kese	14	2	12	28
ildirgesken	1	1	1	3
ešo	1	---	1	2
otobešken	4	2	---	6
ildukoite	1	14	---	15
ařketuřki	---	24	1	25
ildirřa	7	94	6	107
kelse	1	223	8	232
sedeisken	2	49	4	55
lakine	1	31	5	37
salduie	1	33	---	34
alaun	1	---	---	1
ořořis	2	4	1	7
belikiom	10	71	7	88
bolřken	7	25	8	40
segia	3	---	---	3
nertobis	4	---	---	4
burzau	1	---	---	1
sgsars	1	---	---	1
bilbiliz	2	8	---	10
kontebakom	5	5	---	10
sekeiza	6	15	---	21
damaniu	5	3	---	8
tergakom	---	1---	---	1
kaiseza	1	---	---	1
sekobirikes	5	---	2	7
dabaniu	1	---	---	1
oilaunikos	---	1	---	1
arše	2	---	---	2
řaiti	1	---	---	1
ikalesken	2	---	---	2
Valentia	1	---	---	1
Ebusus	1	---	---	1
Castulo	2	1	2	5
Corduba	1	---	---	1
Carmo	2	---	---	2
Massalia	1	---	---	1
Roma	5	6	---	11
Cartago	1	---	---	1

Respecto a la cronología propuesta para estas ocultaciones –objeto de una importante controversia–, parece que finalmente debe situarse en la época de Sertorio⁵⁹⁵. Este dato resulta de interés, ya que implica un horizonte cronológico y unos sucesos históricos aparentemente diferentes a los de Cànoves, Balsareny y, posiblemente también, a la ocultación de El Camp de les Lloses, que parece corresponder al mismo horizonte cronológico aunque no presenta moneda de **ilduro**⁵⁹⁶.

Los bronce de **ilduro** tienen poca presencia en Azaila, lo que es lógico dada su distancia al poblado, y están mejor representados –como cabría esperar– en el lote I (dos monedas de esta ceca) que en el lote II, mucho mayor y en el que tan solo se documentó una pieza de este taller.

Probablemente, la aportación más relevante de Azaila al estudio de la dispersión de la moneda de **ilduro** reside en el hecho de que todos los ejemplares del taller pertenecen a la emisión final del mismo (grupo V.1). Como se verá más adelante, esta última emisión (símbolo oreja) pudo tener una dispersión mayor que la del resto de su numerario. La presencia de hasta tres unidades del taller y, sobre todo, su representación en ambos lotes de formación totalmente distinta– parecen ser un indicio interesante en esta línea.

16.1.4. Calle Lladó (Badalona)

Durante la campaña de excavaciones llevadas a cabo en el sector NE de la *domus* de la calle Lladó (Badalona) –el sector se corresponde concretamente con el patio de la misma– en 1985, tuvo lugar el hallazgo de un atesoramiento compuesto por 29 piezas, de las cuales 23 eran ibéricas. Las monedas –que se guardaron dentro de una bolsa que no se ha conservado según sus descubridores– parece que se ocultaron practicando un agujero en el suelo de lo que en ese momento era un almacén de *dolia* aún en uso⁵⁹⁷.

Aunque muy rica en moneda de **baitolo** –21 ejemplares que suman casi el 75 % del total (tabla 43)–, esta ocultación también escondía un ejemplar de la ceca de **ilduro**, dato de gran interés para el presente estudio. Además, esta es sustancialmente diferente de las anteriores ocultaciones. Efectivamente, no solo presenta moneda ibérica y denarios romanos, sino que los ejemplares de **baitolo** e **ilduro** pertenecen a series más modernas (como ocurría en Azaila con **ilduro**).

⁵⁹⁵ Beltrán 1995: 102-107; Ripollès 2007: 87.

⁵⁹⁶ Sinner 2013a: 175.

⁵⁹⁷ Gurt y Padrós 1993: 29.

Cronológicamente, el atesoramiento tiene una fecha *post quem* del 67 a. C., datación que viene dada por el denario romano más moderno (RRC 408-1a)⁵⁹⁸.

La importante cantidad de moneda de **baitolo** documentada en el descubrimiento de la calle de Lladó supone un argumento de peso a favor de localizar la ceca de **baitolo** en la ciudad tardo-republicana de *Baetulo* –en la misma línea de lo que anteriormente se ha visto para **lauro** y Cànoves i Samalús–. El binomio *Baetulo-baitolo* es, por otra parte, un dato bien documentado en los distintos trabajos que Padrós ha llevado a cabo⁵⁹⁹. No obstante, lo que resulta más interesante para este estudio es la diferencia entre las distintas series layetanas que forman el hallazgo –**ilduro** y **baitolo**–. Ninguna emisión está presente en las ocultaciones de Cànoves o Balsareny, mientras que los ejemplares de **ilduro** pertenecen a la misma serie que las vistas en Azaila (grupo V.1).

Este dato, que ya fue de gran interés a la hora de proponer una cronología para las emisiones del taller y sobre el que se volverá más adelante, pudiera ser igualmente significativo en el momento de buscar patrones en la dispersión de la moneda de **ilduro** tal y como se observará al valorar conjuntamente los datos descritos en las ocultaciones y en los hallazgos aislados.

Tabla 43. Composición de la ocultación de la calle Lladó (Badalona) según Gurt y Padrós 1993: 32-34.

Ceca	Núm. monedas	Valor	Vives	CNH	RRC
baitolo	1	unidad	29-1	3	
	3	unidad	29-2	4	
	17	unidad	29-4	6	
ilduro	1	unidad	24-8	14	
kese	1	unidad	34-4	61	
Roma	1	denario			345-1
	1	denario			300
	1	denario			357-1a
	1	denario			316-1
	1	denario			408-1a
	1	denario			344-3

16.2. Los hallazgos aislados

Antes de iniciar la exposición correspondiente a este apartado, es imprescindible mencionar la metodología seguida aunque sea brevemente:

- La numeración de los hallazgos que se detalla en el anexo de este capítulo se corresponde siempre con la presentada en los mapas.

⁵⁹⁸ Gurt y Padrós 1993: 32.

⁵⁹⁹ Padrós 2001; 2002; 2012.

- Los hallazgos han sido agrupados por municipios, puesto que se trabaja con escalas muy amplias (nunca menores de 1: 1.000.000) que no permiten diferenciar entre distintos yacimientos dentro de un mismo municipio.
- El posicionamiento de los mencionados municipios se ha realizado mediante la utilización de Sistemas de Información Geográfica (SIG) que, salvo error u omisión del autor, deberían proporcionar un elevado grado de precisión al mostrar los patrones de dispersión.
- Los trabajos de Martín Valls⁶⁰⁰ –y, especialmente, el de Ripollès⁶⁰¹– se han tomado como base para la península ibérica, mientras que el estudio de Feugère y Py⁶⁰² ha servido para hacer lo propio con los datos recogidos en el S de Francia. Posteriormente, estos trabajos se han completado con la información procedente de excavaciones arqueológicas recientes; principalmente, con las llevadas a cabo en los municipios de Cabrera de Mar⁶⁰³, Mataró⁶⁰⁴, Badalona⁶⁰⁵, Guissona⁶⁰⁶ y Tona⁶⁰⁷, entre otros. Debido a la magnitud de la bibliografía existente, no se puede pretender ser totalmente exhaustivos, pero el autor de esta tesis sí considera que la muestra recogida alcanza una importancia suficiente como para poder realizar una aproximación a la dispersión de la moneda de la ceca de **ilduro**.
- Solo se han utilizado los hallazgos procedentes de excavaciones arqueológicas o aquellos cuyo origen se considera fiable para elaborar este estudio. Por contra, no se han empleado las monedas de procedencia desconocida, dudosa o simplemente posible reunidas en colecciones públicas o privadas.

16.2.1. Dispersión de la moneda

Como ya se podía intuir al analizar los distintos atesoramientos, el caso de **ilduro** es especialmente complejo debido a la relativa longevidad de sus emisiones. Así, es el único taller layetano presente en las ocultaciones del 100-90 a. C. y en las pertenecientes a la época de Sertorio e, incluso, algo posteriores.

El núcleo o centro del patrón de dispersión es claro e invariable en todo momento (figuras 180 y 181). Se localiza en los municipios de Cabrera de Mar y Mataró (*Iluro*), y su influencia se difumina en dirección N hasta llegar a Arenys de

⁶⁰⁰ Martín Valls 1967.

⁶⁰¹ Ripollès 1982.

⁶⁰² Feugère y Py 2011.

⁶⁰³ Martí 2004; 2009; Campo 2005; Sinner y Martí 2011; 2012.

⁶⁰⁴ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁰⁵ Padrós 2001; 2002.

⁶⁰⁶ Pera 2001.

⁶⁰⁷ Duran *et al.* (en prensa).

Mar (La Torre dels Encantats) y en dirección S hasta Badalona (*Baetulo*). Fuera de este marco principal –que engloba básicamente a la comarca de El Maresme–, se ha documentado una importante presencia de numerario de dicho taller en los enclaves de *Emporion* y *Tarraco*, presencia que puede considerarse totalmente lógica si se tiene en cuenta la influencia político-económica y la relevancia portuaria de las que estos asentamientos disfrutaron a lo largo de los siglos II-I a. C. Tampoco sorprende la aparición de algunos ejemplares del taller en el levante peninsular –concretamente, en el S del País Valenciano–, un territorio no demasiado alejado y aparentemente bien conectado con el litoral centro-catalán mediante la Vía Hercúlea –más tarde Vía Augusta– y, especialmente, por mar. Más interesante resulta la presencia de numerario del taller en el S de Francia; especialmente, en Vieille-Toulouse. Si bien es cierto que se trata de un asentamiento muy explotado arqueológicamente, la presencia de moneda ibérica de **ilduro** –y, principalmente, del NE peninsular– en el S de la Galia parece ser, si no frecuente, algo más que un hecho puntual⁶⁰⁸. Para acabar con este primer análisis general, no puede obviarse el hallazgo de dos ejemplares de la ceca en el centro de la península itálica; concretamente, en el río Liri a su paso por la colonia latina de *Minturnae*⁶⁰⁹. Este dato pudiera parecer meramente anecdótico a priori, pero debe ser considerado tras comprobar los importantes contactos e influencias que se documentan en el valle de Cabrera de Mar (véanse capítulos 5 y 6) procedentes en su gran mayoría del centro de la península itálica⁶¹⁰.

Es en los matices de esta difusión del numerario de **ilduro** donde un análisis pormenorizado por períodos de acuñación podría mostrar diferencias en los patrones de dispersión. Por ello, se realizará seguidamente un detallado estudio de la mencionada dispersión valorando independientemente los hallazgos cuya pertenencia a alguno de los períodos de emisión del taller se conoce.

Es importante tener presente que, desafortunadamente, la fotografía de una pieza hallada muchas veces no se incluye en la publicación o no se especifica la emisión a la que pertenece, por lo que resulta complicado realizar un análisis pormenorizado que ofrezca garantías a día de hoy. No obstante, sí se intuyen ciertas tendencias que podrán ser confirmadas o rebatidas en el futuro a medida que la muestra de los hallazgos se amplíe.

⁶⁰⁸ Feugère y Py 2011: 384-389.

⁶⁰⁹ En este sentido, hay que destacar el trabajo llevado a cabo por C. Stannard, que ha elaborado una base de datos en la que recopiló durante años toda la moneda «extranjera» procedente del río Liri a su paso por la colonia de *Minturnae*; Sinner y Stannard (en prensa).

⁶¹⁰ Sinner y Stannard (en prensa).

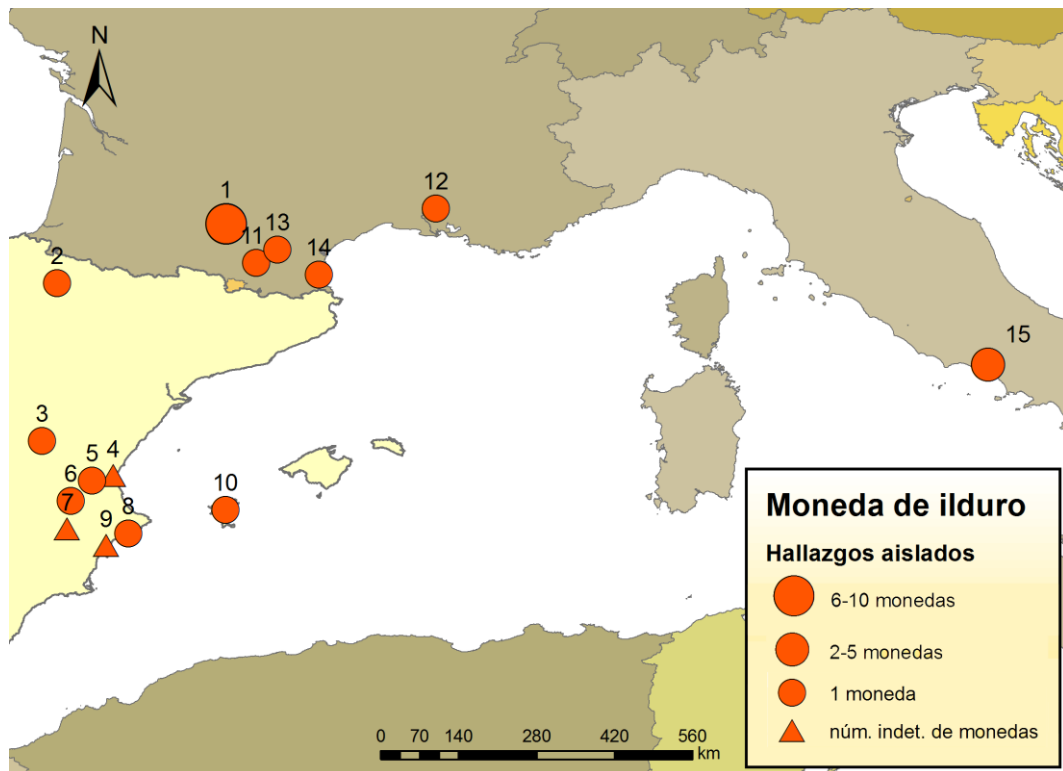


Figura 180. Localización de los hallazgos aislados conocidos del taller de **ilduro** fuera de Cataluña.

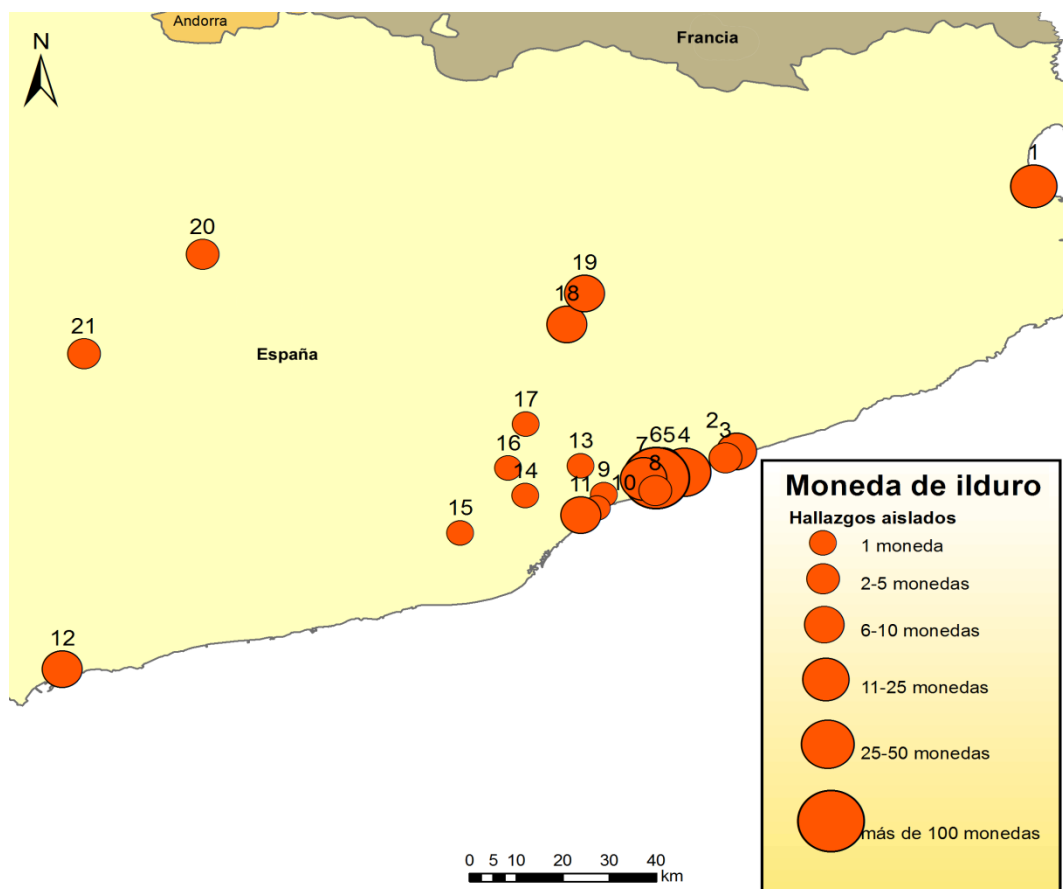


Figura 181. Localización de los hallazgos aislados conocidos del taller de **ilduro** en Cataluña.

16.2.2. Período I (150-125 a. C.)

Debido a los poquísimos ejemplares conocidos –casi todos son de colecciones privadas; por tanto, se desconoce el lugar de su hallazgo–, el estudio de la dispersión del numerario de este primer período de emisión de la ceca cuenta con una muestra altamente reducida –y, por tanto, poco fiable–, motivo por el que hay que ser muy cautos y algo incrédulos a la hora de extraer conclusiones.

Sea como sea, la proximidad entre sí de los hallazgos conocidos (menos de 30 km si se obvia el atesoramiento de Balsareny) y concentrados en dos focos muy concretos, unida a la escasez de piezas que se sabe produjo el taller, parecen indicar una circulación inicial de tipo local y tremendamente reducida restringida de forma casi exclusiva al valle de Cabrera de Mar y al actual municipio de Argentona –localidad vecina y paso natural hacia la Vía Hercúlea en la época antigua a través del Coll de Parpers– (figura 182).

Se podría teorizar, por tanto, con unas primeras emisiones dedicadas a abastecer de numerario a los pobladores de Burriac y a los del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. No obstante, teniendo presente el escaso número estimado de piezas que parece se produjeron (véase capítulo 14), es posible que estas amonedaciones iniciales estuviesen reservadas a un círculo reducido y muy concreto de personas. Cabe pensar que –al menos, durante este primer período y hasta que la ceca se ve obligada a emitir nuevamente en cantidades mucho mayores– son unas emisiones que deben relacionarse –al igual que ocurre con el resto de la moneda ibérica catalana– con la llegada de comerciantes y contingentes itálicos habituados a su uso y sin la que no pueden subsistir, puesto que no entienden ni están habituados a una economía basada en el trueque y el intercambio. Posiblemente, estos personajes –junto con unas élites locales que se sabe adoptan rápidamente modelos de vida de tipo itálico en el valle (véase capítulo 5) o así parecen documentarlo los restos arqueológicos y los documentos epigráficos– introducirán y extenderán el uso de la moneda en la zona rápida y definitivamente. Una interpretación en esta línea podría ayudar a explicar por qué estas primeras monedas siguen el patrón uncial reducido de tipo romano, ya que estarían imitando al sistema metrológico que los recién llegados conocen y aceptan.

Es una moneda que, posiblemente, se utilizará en las actividades cotidianas debido a su escaso valor una vez en circulación y a su amplio repertorio de divisores, como los pequeños intercambios necesarios en el día a día.

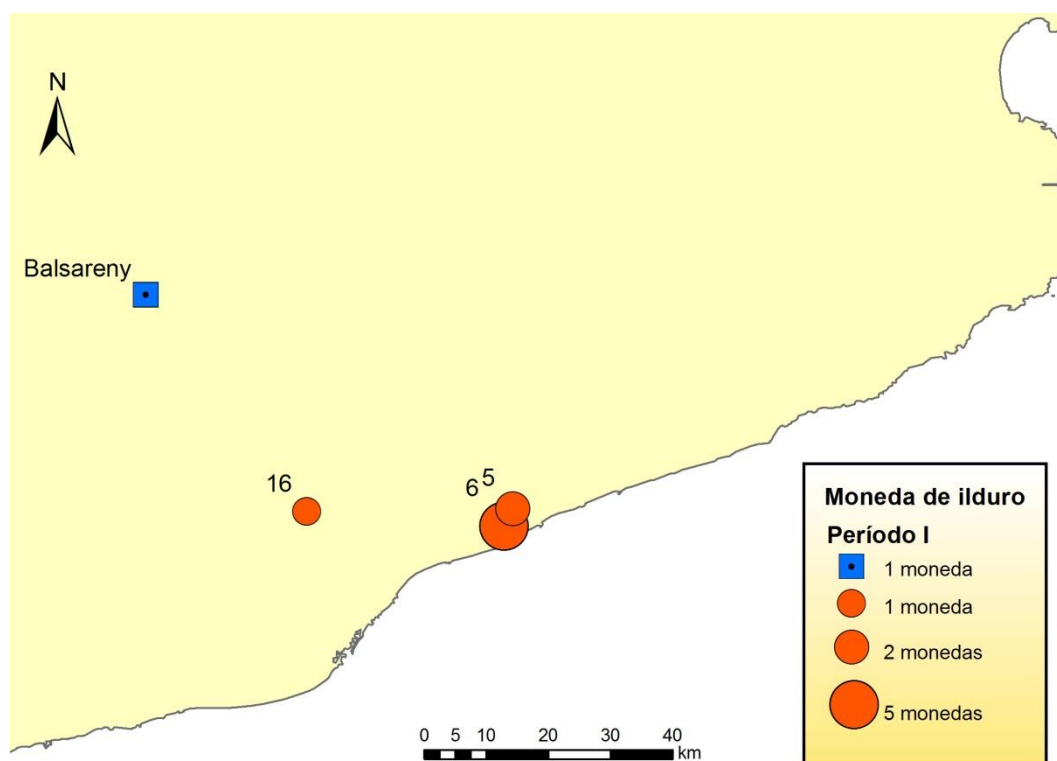


Figura 182. Localización de los hallazgos de monedas de **ilduro** correspondientes al período I de emisión de la ceca (hallazgos aislados en naranja; en azul, los procedentes de ocultaciones).

16.2.3. Período II (125-100/90 a. C.)

Los grupos III y IV del taller del taller se han reunido dentro de un mismo apartado. Si bien parece posible –gracias tanto al hallazgo de Balsareny como a los aislados procedentes del valle de Cabrera de Mar– diferenciar dos grupos distintos de emisiones (véase capítulo 15), estas parecen ser inmediatamente consecutivas en el tiempo. Además, tanto las características tipológicas como metroológicas de las monedas de ambos grupos –III y IV– apoyan dicha teoría. Por todo ello, y sobre la base de las características del estudio que se aborda en este capítulo, parece más apropiado tratar conjuntamente estas monedas, ya que es casi seguro que circularon de forma prácticamente coetánea.

Como ya se avanzaba al abordar todos los períodos de forma conjunta (figuras 180 y 181), el núcleo o centro del patrón de dispersión no variará durante este período. Se localiza en los municipios de Cabrera de Mar y Mataró (*Iluro*), y su influencia se difumina desde este centro en dirección N hasta llegar a Arenys de Mar (La Torre dels Encantats) y en dirección S hasta la zona de la actual Badalona (*Baetulo*). Fuera de este marco principal –que básicamente engloba a la comarca de El Maresme– se documenta una importante presencia de numerario de dicho taller en los enclaves de *Tarraco*, El Camp de Les Lloses (Tona) y Vic (*Ausa*). Los dos primeros se explican por su importancia logística al estar ubicados en dos de las

principales vías de comunicación –la Vía Hercúlea (*Tarraco*) y la Vía de Manio Sergio (El Camp de Les Lloses)– además de ser claros puntos neurálgicos –*Tarraco* principalmente– tanto para contingentes militares como para comerciantes y *negotiatores* itálicos habituados a desplazarse y al uso de la moneda. La presencia de una cantidad significativa de piezas en Mataró, Badalona y Vic podría responder a la longevidad de unas amonedaciones que seguirán en circulación hasta bien entrado el siglo I d. C. No obstante, dichos hallazgos no pueden valorarse en unas cronologías (120-100 a. C.) en que se sabe que ninguna de las tres ciudades todavía había sido fundada (Figura 184).

Merece la pena prestar especial atención a dos detalles: En primer lugar, la moneda emitida por la ceca apenas salía del valle durante el período inicial de acuñación del taller a lo largo de este período –pese a que el volumen de moneda emitido es muy superior– (aproximadamente 39 cuños de anverso estimados y 67 de reverso), esta raramente sobrepasa un área cuyo radio no supera los 80 km. En segundo lugar, el numerario emitido por el taller de **ilduro** durante en el mencionado período solo sobrepasa este círculo imaginario para llegar a Ibiza (*Ebusus*), L'Escala (*Emporion*) y Vieille-Toulouse, centros de una gran actividad comercial todos ellos (figura 183). En el siglo II a. C., *Ebusus* se perfila como uno de los principales productores y exportadores del vino que llegará a la costa central de Cataluña. Si bien su mercado parece ir perdiendo fuerza en beneficio de los productos itálicos a lo largo de la segunda mitad de la centuria (véase capítulo 6), el abundante numerario y los materiales cerámicos procedentes de la isla indican una fuerte presencia de sus comerciantes en la zona. Tal presencia explica sobradamente el hecho puntual de que una de las monedas producidas en el valle partiese hacia la isla; posiblemente, en la bolsa de uno de estos personajes. Los casos de *Emporion* y Vieille-Toulouse no se alejan mucho del que acaba de mencionarse para *Ebusus*. Ambos –aunque cada uno a su manera– actúan como potentes focos receptores y redistribuidores de productos y mercancías itálicas en sus respectivas áreas de influencia, lo que ya explica de por sí por qué reciben numerario de un amplio espectro de talleres. En el caso de *Emporion*, además, se sabe que fue uno de los puntos fuertes de los ejércitos de Escipión primero y de Catón después durante los momentos más álgidos de la Segunda Guerra Púnica (218-206 a. C.) y las posteriores revueltas indígenas (197-195 a. C.). Más allá de la relación que la ciudad griega pudiese tener con el entramado logístico y militar de Roma durante este último cuarto del siglo II a. C. –cuando se acuñaron las emisiones de este período, grupos III y IV (véase capítulo 19)–, parece fácil explicar la llegada de numerario de **ilduro** a la ciudad ya fuese por vía comercial o militar.

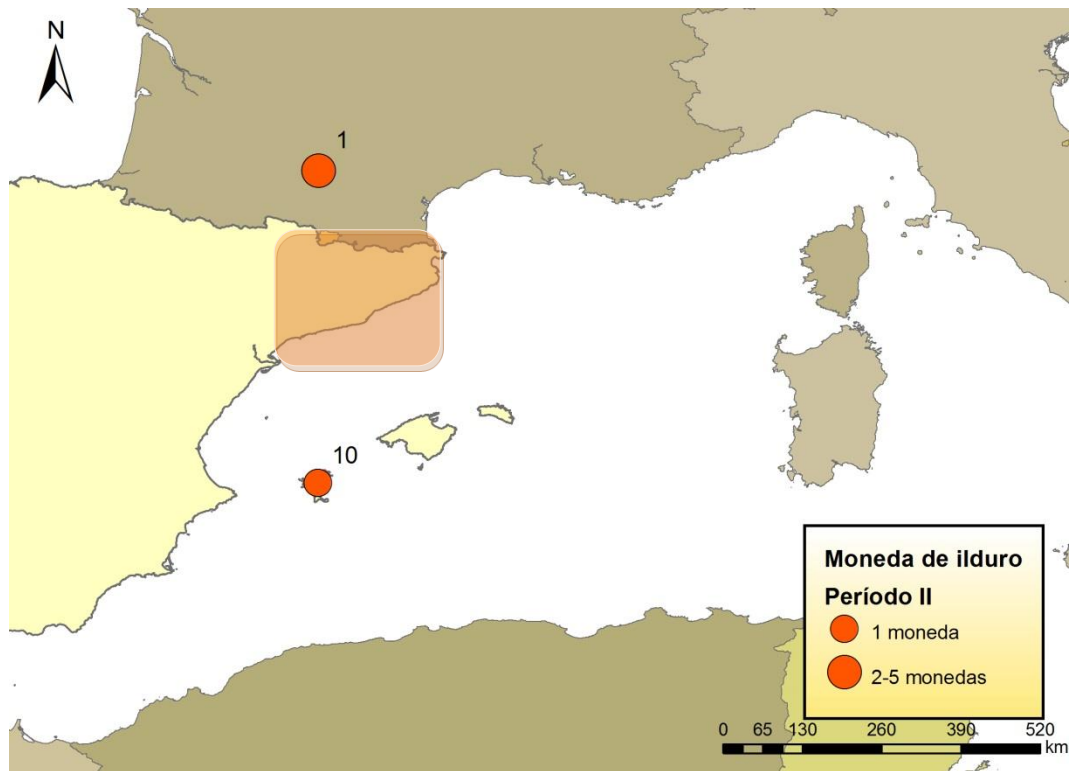


Figura 183. Localización de los hallazgos de monedas de *ilduro* correspondientes al período II de emisión de la ceca recuperados fuera de Cataluña (hallazgos aislados en naranja y procedentes de ocultaciones en azul).

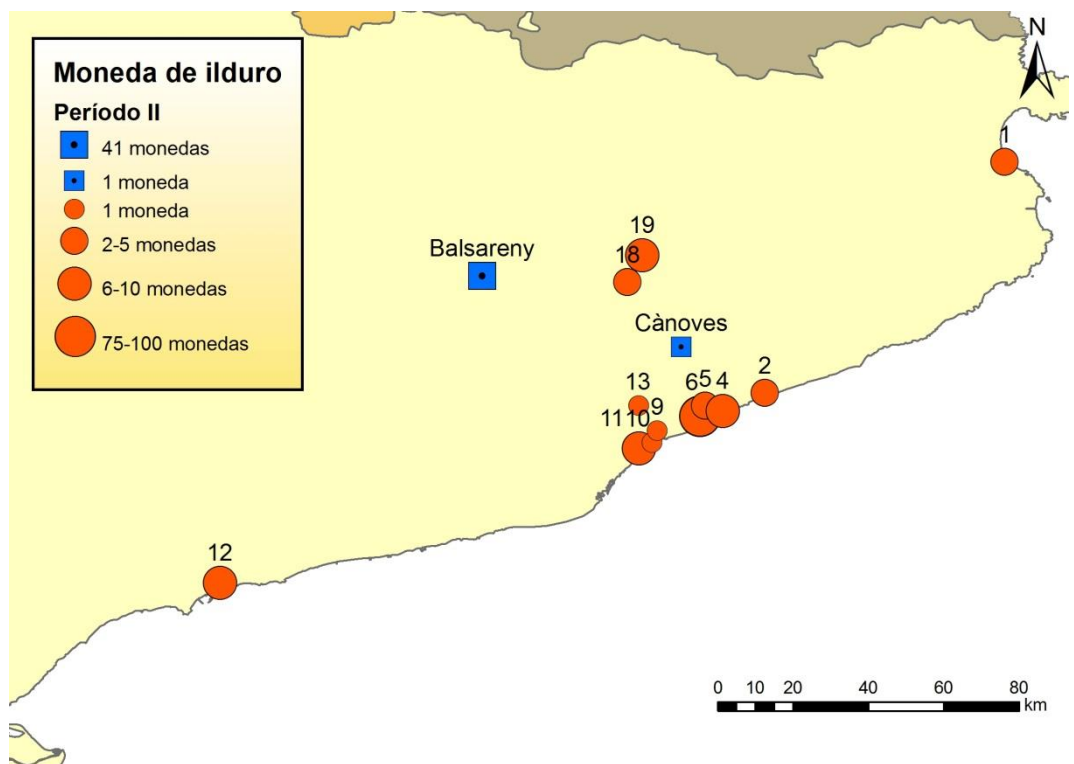


Figura 184. Localización de los hallazgos de monedas de *ilduro* correspondientes al período II de emisión de la ceca recuperados en Cataluña (hallazgos aislados en naranja y procedentes de ocultaciones en azul).

De todo ello, se desprende que la circulación de estas amonedaciones es tremendamente regional, mucho más de lo que cabía suponer cuando se abordó la dispersión del numerario de forma conjunta. En efecto, esta fase puede limitarse prácticamente a los territorios que forman la actual comarca de El Maresme; especialmente, los asentamientos ubicados en la línea de costa, de los que el valle de Cabrera de Mar –y ahora también el poblado íbero-romano de la Torre dels Encantats, aunque en menor medida– son los principales focos de circulación en la comarca.

16.2.4. Período III (90/80-72 a. C.)

El patrón de dispersión de este último período es, posiblemente, el más claro de todos (figuras 185 y 186). Aparentemente, el valle de Cabrera de Mar sigue siendo el centro, aunque los hallazgos se reducen considerablemente en este momento –se pasa de las 84 monedas de los períodos II y III a 28–. Por su parte, el número de hallazgos no solo se mantiene en *Iluro* (Mataró) (9 ejemplares), sino que las cifras prácticamente se igualan entre este y el valle de Cabrera de Mar si se suman las monedas del período II y III (125-100/90 a. C.) –hay que recordar que muchas de esas monedas deben entenderse como un remanente del período anterior aún en circulación, pues la ciudad aún no había sido fundada–. Esto tiene una sencilla explicación, y es que la ceca –así como una importante cantidad de los habitantes tanto de Burriac como del asentamiento tardo-republicano– parece que se traslada a la nueva ciudad de *Iluro*. La presencia de una significativa cantidad de monedas en el *oppidum* ibérico de Burriac y sus alrededores (28 ejemplares) no debe extrañar. Si bien es sabido que el poblado sufre los primeros síntomas de abandono en torno al 90-80 a. C. –posiblemente como consecuencia de la ya mencionada fundación de *Iluro*–, también presenta niveles de ocupación –aunque residuales– que llegan hasta la mitad del siglo I a. C.⁶¹¹ y que justifican sobradamente la existencia de este numerario.

Ya en una escala más amplia y a diferencia de lo que ocurría en el período anterior, los hallazgos aislados de moneda parecen conectar ahora al centro (Cabrera de Mar y Mataró) con la práctica totalidad de las nuevas fundaciones, que tuvieron lugar aproximadamente entre el 90 y el 70 a. C. –prácticamente coetáneas a las series del período III de la ceca–, llegando casi por igual a Empúries (*Emporiae/Emporion*: 13 ejemplares), Vic (*Ausa*: 5 ejemplares), Guissona (*Iesso*: 2 ejemplares), Tarragona (*Tarraco*: 2 ejemplares) y Badalona (*Baetulo*: 2 ejemplares). Posiblemente, la dispersión de la moneda de **ilduro** –al igual que se

⁶¹¹ Miró *et al.* 1988: 111; Zamora 2006-2007: 284, 285.

detecta en el caso de la de **baitolo** en trabajos anteriores– no hace más que poner de relieve un fenómeno que es bien conocido gracias a la arqueología: la reorganización del territorio layetano y del NE peninsular durante el primer cuarto del siglo I a. C. por la administración romana (véase capítulo 19). Al parecer, cuando el numerario de **baitolo** o la emisión final de **ilduro** comienzan a circular, dicha reorganización parece ser una realidad o estar en una fase muy avanzada. Por otra parte, es posible intuir que se produjo en este período III de la ceca, lo que se refleja al estudiar la dispersión del numerario de **ilduro** (figura 186).

Finalmente, y si se amplía aún más el radio del territorio objeto de estudio, puede encontrarse una importante diferencia entre este período y los anteriores. Parece que el numerario del taller aumentó considerablemente su radio de dispersión en este momento, aunque de modo puntual, puesto que los hallazgos documentados son escasos en número de monedas. Tal es así, que no solo va más allá de Cataluña, sino que su patrón deja huellas en gran parte de los territorios del NE peninsular e, incluso, llega puntualmente a la península itálica y al S de Francia (figura 185).

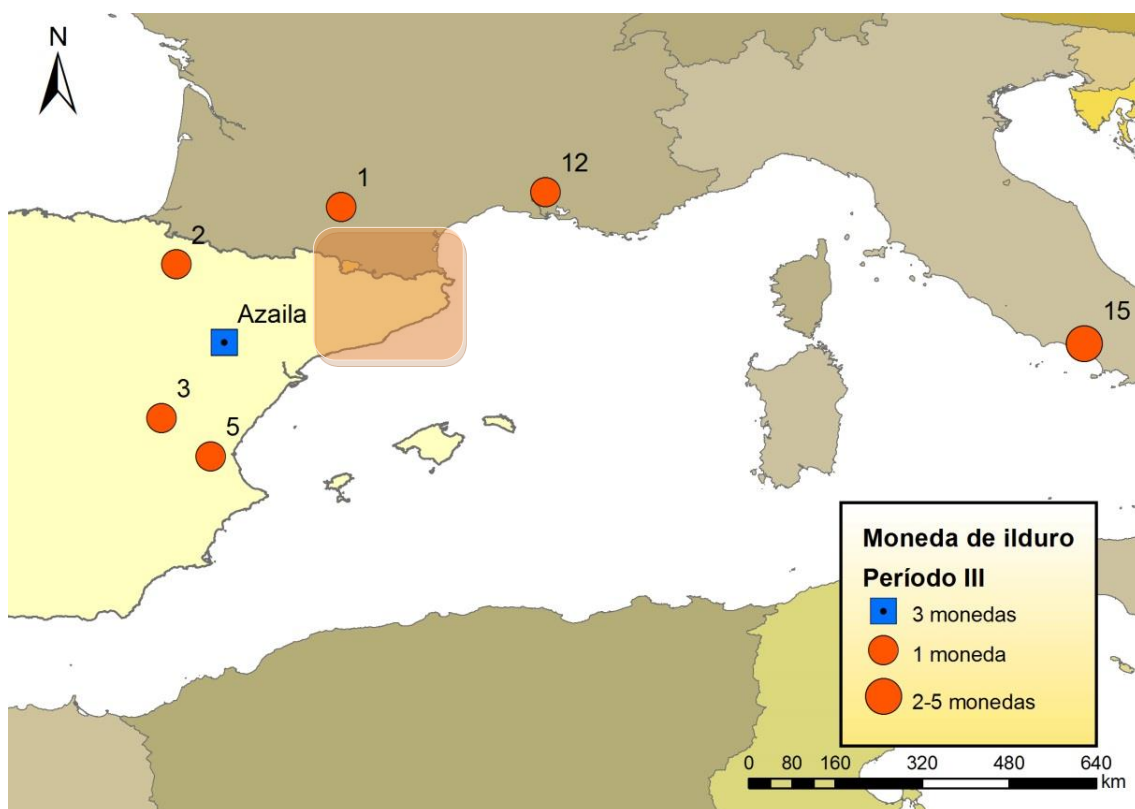


Figura 185. Localización de los hallazgos de monedas de **ilduro** correspondientes a los períodos II y III de emisión de la ceca **recuperados** fuera de Cataluña (hallazgos aislados en naranja y procedentes de ocultaciones en azul).

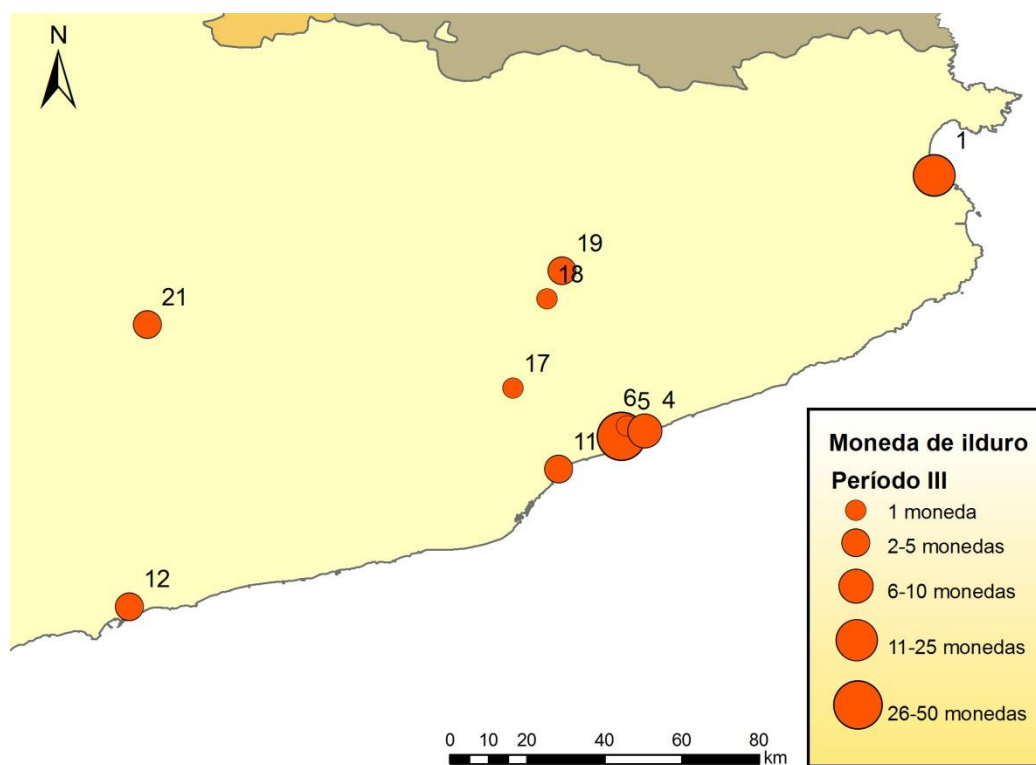


Figura 186. Localización de los hallazgos de monedas de **ilduro** correspondientes a los períodos II y III de emisión de la ceca recuperados en Cataluña.

16.3. Conclusiones

Resulta interesante la total ausencia de moneda de **ilduro** entre Arenys de Mar y el río Tordera (Canet de Mar, Sant Pol, Pineda, Santa Susana, Malgrat de Mar), un área bastante amplia (El Maresme norte) y en la que se conocen asentamientos tanto de la época ibérica como de la tardo-republicana con *Blandae* (actual Blanes) a la cabeza. Tan llamativa ausencia pudiera responder a que se trata de áreas menos excavadas o a que no se les ha prestado suficiente atención en las publicaciones científicas. No parece factible que un numerario como el de **ilduro**, frecuente en los hallazgos del litoral centro-catalán y especialmente abundante en el S de la comarca de El Maresme, nunca llegase a dicha zona. Sin duda, es un dato que habrá que tener presente al abordar futuros trabajos y que pone de relieve una problemática importante: una mayor densidad de moneda puede ser consecuencia directa de una explotación arqueológica del territorio más intensa.

Otra conclusión que se desprende al estudiar la difusión de la moneda de **ilduro** –al igual que ocurre con el resto de las emisiones layetanas⁶¹²– es la diferenciación cronológica existente. Da la sensación de que existen tres períodos de emisión distintos que se traducen en, al menos, dos patrones de dispersión

⁶¹² Sinner 2013a.

diferentes. En los primeros dos, la dispersión de su numerario parece concentrarse en las actuales comarcas de El Vallés y El Maresme, tan solo sobrepasando estos límites territoriales de forma significativa para llegar puntualmente al S de Francia y a los enclaves de *Emporion*, *Tarraco* y, esporádicamente, a *Ebusus*. Todos ellos, como ya se ha mencionado anteriormente, son núcleos accesibles por vía marítima y de una importancia comercial y política excepcional durante la segunda mitad del siglo II a. C.

Dejando a un lado la llegada ocasional de numerario a los núcleos mencionados, el resto del mismo –cuando abandona su patrón litoral habitual– parece relacionarse con una vía de penetración interior que ya se destaca en trabajos anteriores como un importante eje en la difusión de moneda layetana⁶¹³. Esta calzada, que debe identificarse con la de Manio Sergio (120-110 a. C.) y de la que se conoce bien parte de su itinerario gracias a que se han conservado tres miliarios⁶¹⁴ (véase capítulo 3), forma parte de una reforma de la red viaria del NE peninsular que parece condicionó la dispersión del numerario de la ceca⁶¹⁵.

Por tanto, el litoral centro-catalán se une eficientemente con territorios interiores –como el lacetano y el austeano– ya desde finales del s. II a. C., lo que parece quedar reflejado en la posterior dispersión del numerario local. Ello explicaría por qué se documenta la moneda layetana de manera tan importante –en especial, la del taller de **lauro**, el más próximo– en el yacimiento de El Camp de les Lloses, que muy posiblemente estuvo vinculado con la construcción y control de la mencionada red viaria. Del mismo modo, y siguiendo la vía en sentido opuesto, la existencia de esta calzada –sin olvidar al río Llobregat– revelaría el motivo por el que el numerario más habitual en el mencionado litoral catalán –y, especialmente, en el valle de Cabrera de Mar– es el de **auśesken** seguido de cerca por el de **ildiŗgesken** –por detrás del de **ilduro**, ceca local, y del de **kese**, cuya producción es mucho mayor– aun cuando estos talleres emiten mucha menos cantidad de moneda que otros, como el de **undikesken** –aparentemente mejor comunicado con el valle por vía marítima–.

Por el contrario, cuando se analiza la dispersión de la emisión final de **ilduro** –período III–, la llegada de numerario a *Emporion* (ahora *Emporiae*) y *Tarraco* se mantiene, dato que una vez más se explica con facilidad dada la importancia política y comercial de ambos asentamientos. Parece que el goteo de numerario que fluía hacia *Ebusus* deja de documentarse en los hallazgos aislados de inicios del siglo I a. C coincidiendo con el declive de sus contenedores anfóricos en el valle.

⁶¹³ Sinner 2013a: 183.

⁶¹⁴ Mayer y Rodà: 1986; Soto (no publicado): 204.

⁶¹⁵ Sobre la reforma de la red viaria, véase el capítulo 19.

Del mismo modo, en estos momentos aparece una serie de nuevos centros receptores y emisores de numerario –*Baetulo*, *Iluro* o *Iesso*, entre otros– que canalizan la circulación las nuevas emisiones en el nivel regional. Dicho numerario sigue conviviendo con un flujo de moneda ya preexistente que continúa en circulación y seguirá haciéndolo de forma habitual hasta, como mínimo, avanzada la centuria. Si bien la mencionada circulación permanece siendo estrictamente regional, parece estar adaptándose a las nuevas pautas de asentamiento y reorganización del territorio. Eso no es raro, pues –como se indica al principio de este capítulo– son las personas quienes transportan la moneda, y estas, por regla general, se desplazan mediante la utilización de una red viaria que une a las ciudades o núcleos en los que se agrupan⁶¹⁶. Si tales núcleos se desplazan ello se refleja en el patrón de dispersión del numerario existente.

Llegados a este punto, es necesario explicar por qué la emisión final de **ilduro** se documenta de forma relativamente abundante en el S del País Valenciano –y puntual en Aragón, Navarra o Murcia e, incluso, en el centro de la península itálica (figura 185)– si la dispersión de su moneda parece ser regional en todo momento –dato evidente, en general, para todos los períodos con excepción del primero, en el que sería local–. A primera vista, parece que la facilidad de comerciar con el País Valenciano utilizando la vía marítima podría ser una hipótesis probable que también explicaría eficientemente los contactos con el centro de Italia⁶¹⁷. No obstante, y sin que pueda descartarse esta opción –en el caso itálico principalmente, para el que puede ser la más factible⁶¹⁸– el numerario de **ilduro** no parece llegar frecuentemente a ninguna de estas zonas con anterioridad. Un análisis más detallado de los lugares en los que estas piezas han sido recuperadas bien pudiera relacionarlas con el conflicto que enfrentó a Pompeyo y Sertorio (80-72 a. C.). Se documenta moneda de la emisión final de **ilduro** en Azaila (en los dos tesoros), Los Cascajos (Sangüesa, Navarra) y el S del País Valenciano. Parece que Azaila y Los Cascajos –*oppidum* y campamento militar, respectivamente– fueron destruidos a lo largo del conflicto sertoriano y constituyeron escenarios relevantes del mismo con toda certeza, como también lo fue el País Valenciano. No es posible valorar si contingentes layetanos participaron en dicha contienda y, si lo hicieron, de qué manera (tropas, logística, etc.) o en qué bando. Lo que sí parece cierto es que el numerario de **ilduro** alcanzó una difusión más amplia y llegó a zonas ubicadas fuera de su radio de dispersión habitual coincidiendo con los lugares y la cronología de este conflicto.

⁶¹⁶ Ripollès 2007: 94.

⁶¹⁷ En relación con los contactos entre el valle de Cabrera de Mar y la península itálica, véase Sinner y Stannard (en prensa).

⁶¹⁸ Sinner y Stannard (en prensa).

El presente apartado no puede cerrarse sin antes valorar brevemente la presencia de moneda de **ilduro** en el S de Francia. Con toda seguridad, el porcentaje de estas emisiones fue bajo en comparación con el de moneda local, y meramente ocasional su llegada. No obstante, y como ha dejado entrever el trabajo de Feugère y Py⁶¹⁹, dicha llegada de numerario layetano y de otras cecas ibéricas del NE peninsular existió y fue cada vez más significativa. Es razonable pensar que el patrón de dispersión de la moneda muestra que los Pirineos no deben entenderse como una simple barrera cultural, militar o comercial –al menos, no en la época antigua sino todo lo contrario–, lo que explica por qué la recepción de numerario layetano fue mucho mayor en el S de Francia que en cualquier otra área de Hispania más allá de la actual Cataluña⁶²⁰. Este dato, relevante sin lugar a dudas, revela la importancia de incluir a la zona meridional de la Galia a la hora de abordar estudios sobre el NE peninsular. Su excelente comunicación por vía marítima, así como a través de los escasos pasos pirenaicos, probablemente facilitó la llegada de estas amonedaciones, y la moneda de **ilduro** no fue una excepción.

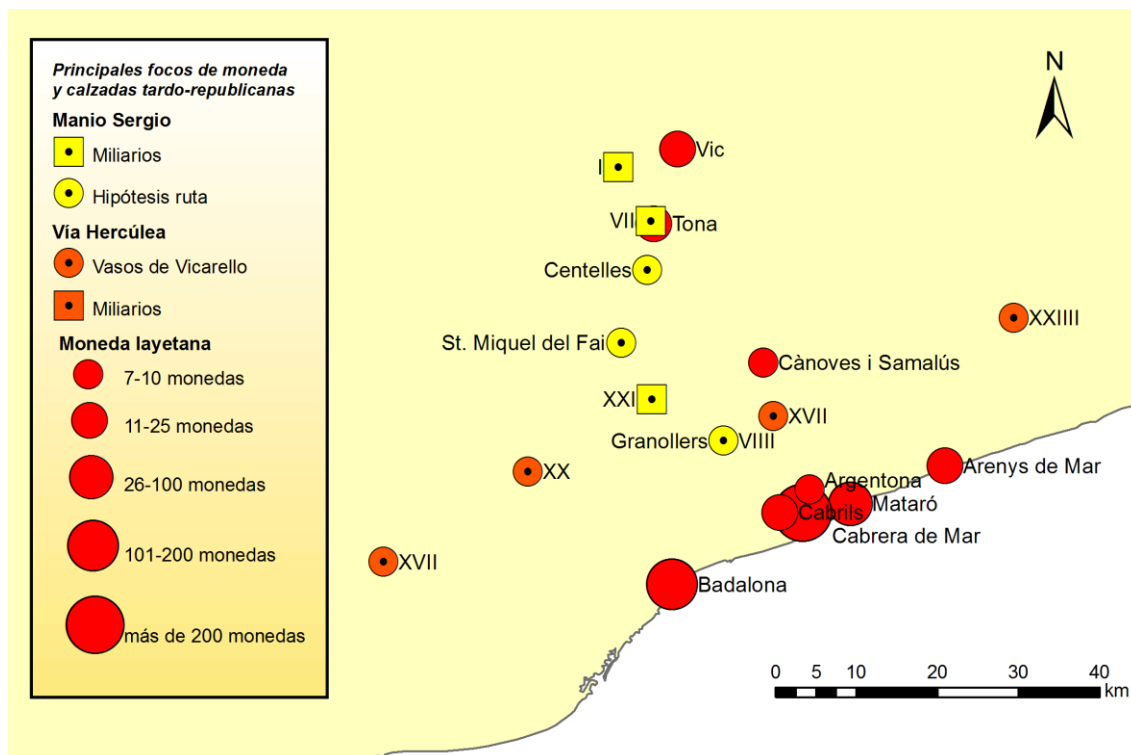


Figura 187. Municipios con una mayor concentración de moneda layetana en relación con los posibles itinerarios de la Vía Hercúlea (naranja) y la Vía de Manio Sergio (amarillo).

⁶¹⁹ Feugère y Py 2011: 384-389.

⁶²⁰ Sinner 2013a.

Finalmente, es de vital importancia mencionar que los datos empleados para elaborar este estudio, aunque de gran interés, continúan siendo en muchos casos dependientes de las áreas mejor conocidas y explotadas arqueológicamente. A medida que aparezcan nuevos hallazgos, será imprescindible elaborar nuevos trabajos que actualicen y reinterpreten las hipótesis hoy propuestas, ayudando así a mejorar el conocimiento que se posee sobre la difusión de la moneda de este taller.

16.4. Anexo

16.4.1. Hallazgos aislados fuera de Cataluña

1. Vieille-Toulouse (9)

9 unidades⁶²¹: 3 CNH 8⁶²², 1 CNH 14⁶²³.

2. Sangüesa (1)

Los Cascajos.

1 unidad: CNH 14⁶²⁴.

3. Alcalá de la Vega (1)

En la zona de la Dehesa.

1 unidad: CNH 14 (actualmente en el Museo del Ayuntamiento de Alcalá de la Vega).

4. Valencia (¿?)

Monedas indeterminadas⁶²⁵.

5. Turis (1)

La Carencia.

1 unidad: CNH 14 (Museo de Prehistoria de Valencia núm. 31223)⁶²⁶.

6. Ayora (1)

Meca.

1 unidad indet.⁶²⁷.

7. Yecla (¿?)

Se mencionan hallazgos de moneda de *Ilturo*, pero no se detalla ni número ni lugar⁶²⁸.

8. Benidorm (1)

Tossal de la Cala.

1 unidad indeterminada⁶²⁹.

9. Alicante (¿?)

Monedas indeterminadas⁶³⁰.

10. Ibiza (1)

1 unidad: CNH 8⁶³¹.

11. Belésta (1)

1 unidad indeterminada⁶³².

12. Saint-Rémy-de-Provence (1)

Glanum

1 unidad: CNH 14⁶³³.

13. La Lagaste (1)

1 unidad indeterminada⁶³⁴.

14. Ruscino (1)

1 unidad indeterminada⁶³⁵.

15. Minturnae (2)

Río Liri.

1 unidad: CNH 14 (información facilitada por C. Stannard).

1 cuarto: CNH 16 (información facilitada por C. Stannard).

16.4.2. Hallazgos aislados en Cataluña

1. L'Escala (15)

Emporion.

1 unidad CNH 14⁶³⁶.

Gabinete Numismático de Cataluña (procedentes de excavaciones en Emporion).

8 unidades: 7 CNH 14 (GNC 13842; 14129; 19201; 19327; 19585; 19604; 19638), 1 CNH 8 (GNC 14369).

Antiguamente en el Museo Arqueológico de Catalunya, ahora en Empúries.

5 unidades: 1 CNH 8, 4 CNH 14.

1 cuarto: CNH 16.

⁶²¹ Melmoux 2005: 48.

⁶²² Saves y Villaronga 1976: 116.

⁶²³ Saves y Villaronga 1976: 118.

⁶²⁴ Labega 1984: 221.

⁶²⁵ Martín Valls 1967: 142; Ripollès 1982: 166.

⁶²⁶ Información facilitada por Manuel Gozálbres.

⁶²⁷ Escolano 1610: núm. 985; Ripollès 1982: 163

⁶²⁸ Azorín 2009: 84-85.

⁶²⁹ Llobregat 1972: 138-139; Ripollès 1982: 163.

⁶³⁰ Martín Valls 1967: 142; Ripollès 1982: 166.

⁶³¹ Fernández 1976: 53-56; Ripollès 1982: 90.

⁶³² Rancoule 1976: 132.

⁶³³ Casado 1980: 15.

⁶³⁴ Richard 1980a: 163.

⁶³⁵ Richard 1980b: 113.

⁶³⁶ Maluquer 1967: 146; Ripollès 1982: 94.

2. Arenys de Mar (9)

Torre dels Encantats.

9 unidades indeterminadas⁶³⁷.

3. Caldes d'Estrac (3)

3 monedas indeterminadas⁶³⁸.

4. Mataró (32)

10 unidades indeterminadas⁶³⁹.

Campo de fútbol.

1 unidad indeterminada⁶⁴⁰.

Calle de Floridablanca.

1 moneda indeterminada⁶⁴¹.

Villa romana de Torre Llauder.

1 unidad: CNH 8 o CNH 13⁶⁴².

c/ Barcelona, 38.

1 unidad: CNH 14⁶⁴³.

c/ d'En Palau, 32 (Can Palauet).

1 unidad: CNH 13⁶⁴⁴.

c/ d'En Xammar (Can Xammar).

1 unidad: CNH 8⁶⁴⁵.

c/ Na Pau

2 unidades: 1 CNH 13, 1 CNH 14⁶⁴⁶.

c/ Sant Cristòfor, 10 (Can Pinós).

1 unidad: CNH 8⁶⁴⁷.

c/ Sant Cristòfor, 12 (Can Puig/Can Fullerachs).

1 unidad: CNH 8 o CNH 13⁶⁴⁸.

c/ Sant Francesc d'Assís, 16.

1 unidad: CNH 8⁶⁴⁹.

c/ Sant Francesc d'Assís, 19.

1 unidad: CNH 14⁶⁵⁰.

El Carreró, 49.

1 unidad indeterminada⁶⁵¹.

Pl. de la Peixateria.

1 unidad: CNH 14⁶⁵².

Pl. de l'Ajuntament.

3 unidades: 2 CNH 13, 1 CNH 14⁶⁵³.

Pl. del Beat Salvador.

1 cuarto: CNH 16⁶⁵⁴.

Pl. Gran, 9.

4 unidades: 1 CNH 13, 3 CNH 14⁶⁵⁵.

5. Argentona (9)

1 unidad indeterminada⁶⁵⁶.

7 unidades: 2 CNH 1, 3 CNH 8, 1 CNH 13, 1 CNH⁶⁵⁷.

1 cuarto: CNH 16⁶⁵⁸.

6. Cabrera de Mar (170)

12 monedas indeterminadas⁶⁵⁹.

2 unidades: 1 CNH 8, 1 CNH 14⁶⁶⁰.

Torrent de la paret nova.

1 unidad: CNH 8⁶⁶¹.

Burriac.

36 monedas indeterminadas⁶⁶².

8 unidades indeterminadas⁶⁶³.

⁶³⁷ Ribas 1973: 168-170; Ripollès 1982: 164.

⁶³⁸ Ribas 1973: 170; Ripollès 1982: 77.

⁶³⁹ Almagro *et al.* 1945: 134-138; Ripollès 1982: 110.

⁶⁴⁰ Mateu 1951: 345; Ripollès 1982: 110.

⁶⁴¹ Fado y Soler 1978: 92; Ripollès 1982: 110.

⁶⁴² Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴³ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴⁴ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴⁵ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴⁶ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴⁷ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴⁸ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁴⁹ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵⁰ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵¹ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵² Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵³ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵⁴ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵⁵ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵⁶ Mateu 1953a: 617; Ripollès 1982: 62.

⁶⁵⁷ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵⁸ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁵⁹ Ribas 1973: 168-169; Ripollès 1982: 74.

⁶⁶⁰ Bonamusa 1979a: 281-282; Ripollès 1982: 71.

⁶⁶¹ Bonamusa 1979b: 181-182.

⁶⁶² Ribas 1973: 168-169; Ripollès 1982: 71.

31 unidades: 15 CNH 14, 9 CNH 13, 7 CNH 8⁶⁶⁴.

2 unidades depositadas Museo de Mataró: 1 CNH 14⁶⁶⁵, 1 CNH 8⁶⁶⁶.

10 cuartos: CNH 16⁶⁶⁷.

1 triente: CNH 6⁶⁶⁸.

Ca l'Arnau.

22 unidades: 11 CNH 8, 11 CNH 13⁶⁶⁹.

5 tercios: CNH 11⁶⁷⁰.

1 triente: CNH 6⁶⁷¹.

1 mitad: CNH 9⁶⁷².

Carrer Barcelona.

1 triente: CNH 6 (inédita).

Horts del Rector.

1 unidad: CNH 13 (inédita).

Can Masriera.

1 as uncial reducido: CNH 4⁶⁷³.

1 semis uncial reducido: CNH 5⁶⁷⁴.

1 triente uncial reducido: CNH 2 (inédita).

5 unidades: 2 CNH 8, 3 CNH 13 (inéditas).

Can Rodon de l'Hort.

1 moneda indeterminada⁶⁷⁵.

6 unidades: 4 CNH 8⁶⁷⁶, 1 CNH 13⁶⁷⁷, 1 CNH 14⁶⁷⁸.

2 tercios CNH 11⁶⁷⁹.

Can Benet.

13 unidades: 5 CNH 8, 7 CNH 13⁶⁸⁰.

1 tercio CNH 11⁶⁸¹.

Can Modolell.

2 unidades: 2 CNH 8⁶⁸².

Camí de Can Segarra.

1 unidad: CNH 13 (inédita)⁶⁸³.

Silos de Can Bartomeu.

2 unidades: 1 CNH 8, 1 CNH 13⁶⁸⁴.

7. Cabrils (12)

12 unidades indeterminadas⁶⁸⁵.

8. Vilassar de Mar (5)

Sant Gines

5 unidades indeterminadas⁶⁸⁶.

9. Alella (1)

1 unidad: 1 CNH 8⁶⁸⁷.

10. Montgat (1)

Turó de Montgat

1 unidad: CNH 8⁶⁸⁸.

11. Badalona (9)

7 unidades: 5 indeterminadas⁶⁸⁹, 1 CNH 8⁶⁹⁰, 1 CNH 14⁶⁹¹.

Plaça Font i Cussó.

1 unidad: CNH 14⁶⁹².

Carrer Fluvià.

⁶⁶³ Mateu 1951: 345; 1953a: 606; Ripollès 1982: 70.

⁶⁶⁴ Martí 2006-2007: 390-406.

⁶⁶⁵ Mateu 1959: 1019; Ripollès 1982: 70.

⁶⁶⁶ Mateu 1959: 1020-21; Ripollès 1982: 70.

⁶⁶⁷ Martí 2006-2007: 390-406.

⁶⁶⁸ Martí 2006-2007: 390-406.

⁶⁶⁹ Martí 2004: 355-365; excavaciones inéditas llevadas a cabo en 2005 y 2007 en Cabrera de Mar.

⁶⁷⁰ Martí 2004: 355-365; excavaciones inéditas llevadas a cabo en 2005 y 2007 en Cabrera de Mar.

⁶⁷¹ Martí 2004: 355-365.

⁶⁷² Martí 2004: 355-365.

⁶⁷³ Sinner 2012: 81, fig. 10.

⁶⁷⁴ Sinner 2012: 79, fig. 7.

⁶⁷⁵ Ribas 1973: 169.

⁶⁷⁶ Sinner y Martí 2011: 599-614; Bonamusa 1979a: 281-282; Ripollès 1982: 78.

⁶⁷⁷ Sinner y Martí 2011: 599-614.

⁶⁷⁸ Bonamusa 1979a: 281-282; Ripollès 1982: 78.

⁶⁷⁹ Sinner y Martí 2011: 599-614.

⁶⁸⁰ Martí 2009: 369-385.

⁶⁸¹ Martí 2009: 369-385.

⁶⁸² Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁸³ La moneda se documenta en el inventario de la memoria de la intervención.

⁶⁸⁴ Información facilitada por Carles Martí.

⁶⁸⁵ Mateu 1953a: 616; Ripollès 1982: 74.

⁶⁸⁶ Ribas 1973: 170; Ripollès 1982: 140.

⁶⁸⁷ Mateu 1971: 616; Ripollès 1982: 60.

⁶⁸⁸ Freixa *et al.* 1991: 56.

⁶⁸⁹ Ribas 1973: 170; Ripollès 1982: 63.

⁶⁹⁰ Mateu 1971: 1283-87;

⁶⁹¹ Mateu 1958: 896; Ripollès 1982: 64.

⁶⁹² Padrós 2001: 76-78.

1 unidad: CNH 8⁶⁹³.

12. Tarragona (9)

Museo Arqueológico Provincial.

8 unidades: 7 CNH 8⁶⁹⁴, 1 CNH 14⁶⁹⁵

1 cuadrante: CNH 16⁶⁹⁶.

13. Montmeló

Can Tacó.

1 unidad: CNH 13⁶⁹⁷.

14. Cerdanyola del Vallès (1)

1 moneda indeterminada⁶⁹⁸.

15. Molins de Rei (1)

Santa Creu d'Olorda.

1 unidad indeterminada⁶⁹⁹.

16. Sabadell (1)

La Salut.

1 unidad: CNH 4⁷⁰⁰.

17. Caldes de Montbuí (1)

Torre Roja.

Monedas indeterminadas⁷⁰¹.

Al menos 1 unidad CNH 14.

18. Tona (6)

2 unidades: CNH 8
(actualmente en el Museo del Camp de les Lloses).

El Camp de les Lloses.

4 unidades: 3 CNH 8, 1 CNH 14⁷⁰².

19. Vic (10)

Museo Episcopal de Vic.

9 unidades: 4 CNH 8, 1 CNH 13, 4 CNH 14⁷⁰³.

1 mitad: CNH 4⁷⁰⁴.

20. Solsona (2)

Museo Diocesano y Comarcal.

2 unidades indeterminadas⁷⁰⁵.

21. Guissona (2)

Iesso.

2 unidades CNH 14⁷⁰⁶.

⁶⁹³ Padrós 2001: 76-78.

⁶⁹⁴ Richard 1977: 71-78; Ripollès 1982: 154.

⁶⁹⁵ Richard 1977: 71-78; Ripollès 1982: 154.

⁶⁹⁶ Richard 1977: 71-78; Ripollès 1982: 154.

⁶⁹⁷ Información facilitada por el Museo de Montmeló.

⁶⁹⁸ Mateu 1952: 507; Ripollès 1982: 86.

⁶⁹⁹ Mateu 1951: 443; Ripollès 1982: 139.

⁷⁰⁰ Mateu 1944: 74; Ripollès 1982: 138.

⁷⁰¹ Montes y Sala 1962: 104; Ripollès 1982: 162.

⁷⁰² Duran *et al.* (en prensa).

⁷⁰³ Información facilitada por el Museo Episcopal de Vic.

⁷⁰⁴ Información facilitada por el Museo Episcopal de Vic.

⁷⁰⁵ Mateu 1951: 387; Ripollès 1982: 145.

⁷⁰⁶ Pera 2001: 54.

17. CATÁLOGO

Con la intención de que el estudio de la ceca de **ilduro** fuese lo más exhaustivo posible, se reunió una importante muestra de monedas que pudiera ser representativa de las que dicho taller emitió en su día. Se han consultado las piezas conservadas en las principales colecciones públicas de Norteamérica y Europa, además de tener acceso a diversas colecciones privadas. A todo ello, se añade el hecho de que el autor de esta tesis tuvo pleno acceso a las fototecas de L. Villaronga y de P. P. Ripollès –cosa que les agradece–, con lo que la mencionada muestra se vio considerablemente aumentada. Finalmente, y como suele ser habitual en este tipo de estudios, se han incorporado las monedas publicadas en catálogos de subastas y aquellas otras provenientes de excavaciones arqueológicas. Tras esta ardua tarea de recopilación y posterior catalogación, se documentó un total de 725 monedas, de las que pudieron identificarse los cuños de anverso y reverso de 539 ejemplares.

Para ordenar las piezas, se siguió el criterio habitual en este tipo de estudios⁷⁰⁷: esto es, distribuyendo las emisiones de la ceca entre tres grandes períodos de acuñación claramente diferenciados (véase Capítulo 15). Cuando la información disponible lo permitió, prevaleció la ordenación por grupos dentro de cada uno de esos períodos. Por grupo, siguiendo la línea de otros trabajos de similar factura⁷⁰⁸, se entiende una unidad de acuñación en el tiempo –aunque no necesariamente consecutiva y emitida de forma ininterrumpida– que, además, puede comprender diversos valores. Posteriormente, cada grupo fue dividido en las distintas denominaciones existentes. Los valores se identifican mediante una serie de características básicas, como el tipo de metal, el peso medio⁷⁰⁹, el módulo y, finalmente, la referencia bibliográfica.

Con el objeto de comprender mejor la ordenación del catálogo, así como la secuencia de cuños establecida, se creyó conveniente incluir un gráfico para cada denominación en el que se presenta la secuencia propuesta para los diferentes

⁷⁰⁷ Ripollès y Llorens 2002: 349.

⁷⁰⁸ Ripollès 2007: 123.

⁷⁰⁹ El número entre paréntesis indica las piezas utilizadas en la elaboración de este cálculo.

cuños de anverso y reverso; el orden que siguen los cuños se muestra en las columnas centrales, mientras que el número de ejemplares conocidos de cada cuño lo hace a izquierda y derecha. Se intentó ordenar las monedas pertenecientes a un mismo cuño en función del grado de desgaste de las mismas (de menor a mayor). A su vez, una breve información acompaña a cada pieza y la identifica, como la ciudad en que fue consultada, la colección o museo donde se conserva en la actualidad y su número de referencia o inventario en el caso de tenerlo.

Un asterisco a la derecha de la numeración que identifica a cada moneda indica que este ejemplar se ilustra en las láminas que siguen a este catálogo. Tales láminas no pretenden solamente mostrar un ejemplar de cada combinación de cuños existente, sino también la evolución de los mismos cuando sea posible. Un listado con los ejemplares cuyos cuños no han podido ser identificados debido a su pésimo estado de conservación –aunque estén documentados como pertenecientes a un valor, grupo y período concretos– se incluye al final de cada denominación. Cuando solamente se ha podido identificar uno de los cuños, este se especifica entre paréntesis.

17.1. Procedencia de las monedas

17.1.1. Colecciones públicas

Alicante. Museo Arqueológico de Alicante (MARQ).

Badalona. Museu de Badalona.

Barcelona. Gabinet Numismàtic de Catalunya del MNAC (GNC).

Brunswick. Herzog Anton Ulrich-Museum.

Cabrera de Mar. Dipòsit temporal de materials de Can Bartomeu (DMCB).

Copenhague. Dansk National Museen.

Jenkins, G. K. (1984). *Sylloge Nummorum Graecorum. The Royal Collection of Coins and Medals, Danish National Museum*. 43, Spain-Gaul, Copenhagen.

Estocolmo. Royal Coin Cabinet.

Ripollès, P. P. (2003). *Sylloge Nummorum Graecorum. Sweden II. The Collection of the Royal Coin Cabinet. National Museum of Economy. Stockholm. Part 6. The G. D. Lorichs collection*. Estocolmo.

Guissona. Museu de Guissona.

Ibiza. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera (MAEF).

L'Escala. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries.

Lérida. Institut d'Estudis Ilerdencs (IEI).

Londres. British Museum, Department of Coins and Medals.

Madrid. Instituto de Valencia de Don Juan (IVDJ).

Ruiz, M. (2000). Las monedas hispánicas del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.

Madrid. Museo Arqueológico Nacional (MAN).

Madrid. Real Academia de la Historia (RAH).

Mataró. Museu de Mataró.

Montmeló. Museu Municipal de Montmeló.

Nápoles. Museo Archaeologico Nazionale di Napoli.

Ripollès, P. P. (1986). *Le Monete Ispaniche nelle Collezioni Italiane, Parte II*. Roma: Bollettino de Numismatica, Monografia.

Nueva York. American Numismatic Society (ANS) e Hispanic Society of America (HSA).

Oxford. Ashmolean Museum, Heberden Coin Room.

París. Bibliothèque Nationale, Cabinet des Médailles (BN).

Ripollès, P. P. (2005). Monedas hispánicas de la Bibliothèque nationale de France. Madrid.

Princeton. Firestone Library, Department of Rare Books and Special Collections.

Roma. Museo Nazionale Romano.

Tarragona. Museu Nacional Arqueològic de Tarragona (MNAT).

Tarrasa. Museu de Terrassa.

Tona. Museu del Camp de Les Lloses.

Tubinga. Universität Tübingen.

Valencia. Biblioteca General Histórica.

Valencia. Museu de Prehistòria de València. Servicio de Investigación Prehistórica (SIP).

Vic. Museu Diocesà de Vic.

17.1.2. Colecciones privadas

No es necesario decir que es posible que las monedas consultadas ya no se encuentren en la misma colección a día de hoy. La existencia de un amplio mercado numismático, tanto nacional como internacional, propicia que muchas de las piezas estén en constante movimiento. Aun así, podría ser interesante mencionar la colección y el lugar en los que el autor tuvo acceso a las mismas.

Barcelona. Archivo Leandre Villaronga.

Barcelona. Colección Fombuena.

Barcelona. Colección anónima⁷¹⁰.

Barcelona. Colección Montañes.

Madrid. Colección Cores.

Mataró. Colección Barceló.

Premià de Mar. Colección Torrents

Roma. Colección Pardini.

Valencia. Archivo Pere Pau Ripollès.

17.1.3. Subastas

Son muchas las monedas incorporadas en este estudio cuya existencia ha sido documentada en catálogos de subastas. Estas piezas se identifican en el catálogo mediante el nombre de la casa subastadora, la fecha de celebración de la subasta y el número del lote. No se dará aquí una relación de las mismas por su mencionado elevado número y porque, además, no ayudaría al lector en el momento de querer localizar las piezas recogidas en este trabajo.

17.1.4. Excavaciones

Las monedas procedentes de algunas las excavaciones ya inventariadas en el Capítulo 16, la provenientes de los trabajos arqueológicos en Pons Gurí –en el yacimiento conocido como La Torre dels Encantats– y las recuperadas en el río Liri –a su paso por la que fuera colonia latina de *Minturnae*⁷¹¹– también fueron incorporadas al presente estudio.

⁷¹⁰ El propietario de la colección no ha querido que se le nombre por lo que respetamos su decisión.

⁷¹¹ El autor de esta tesis agradece a Clive Stannard y a Albert Martín la información facilitada.

17.2. Las emisiones

17.2.1. Período I (150-125 a. C.)

Grupo I

I.1. Ases unciales reducidos. Símbolo jabalí



AE. 19,91 g (5). 31/34 mm. Cuños: variable.

Vives 24-1; Vill. 1; CNH 1; ACIP 1334.

Anv. Cabeza masculina a derecha. Detrás, jabalí.

Rev. Jinete con lanza a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica $\text{M}\Delta\text{AII}$ (**ilduro**).

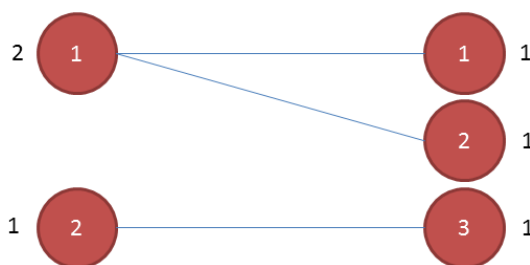


Figura 188. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo I.1

1	A1 R1		
		a*	Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.26. 18,51 g, 12 h.
2	A1 R2	a*	Barcelona. Col. Montañes. 20,30 g, 4 h. (= Sinner 2012, fig. 6).
3	A2 R3	a*	Madrid. Col. Cores núm. 248. 17,91 g, 9 h. (= HSA núm. 11369 = Sub. Vico 14/11/2012 núm. 248).

Otros ejemplares con cuño/os no identificados.

- a Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.21. 21,67 g, 6 h.
- b Badalona. Museu de Badalona núm. 9514. 21,17 g, 12 h.

I.2. Sextantes unciales reducidos. Símbolo delfín⁷¹²

I.2.a. Reverso dos delfines



AE. 3,69 g (3). 17/19 mm. Cuños: variable.

Vives 24-2; Vill. 1t; CNH 2; ACIP 1335.

Anv. Cabeza masculina a derecha. Detrás, delfín.

Rev. Dos delfines superpuestos, el superior a izquierda y el inferior a derecha. Alrededor, inscripción ibérica ϜΓΔϺH (**ilduro**).

- | | | |
|----------|----------|---|
| 1 | A1
R1 | a* Sub. Vico 09/10/2012 núm. 233. 3,53 g. (= HSA núm. 11653). |
| | | b* Barcelona. GNC núm. 33819. 4,04 g, 3 h. |
| 2 | A2
R1 | a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1021-4. 3,52 g, 11 h. |

I.2.b. Reverso delfín



AE. 3,23 g (2). 17/19 mm. Cuños: variable.

Vives 24-3; Vill. 1s; CNH 3; ACIP 1336.

Anv. Cabeza masculina a derecha. Detrás, delfín.

Rev. Delfín a izquierda. Alrededor, inscripción ibérica ϜΓΔϺH (**ilduro**).

- | | | |
|----------|----------|---|
| 3 | A2
R2 | a* Sub. Vico 09/10/2012 núm. 234. 3,27 g. (= HSA núm. 11245). |
| | | b* Barcelona. GNC núm. 33819. 4,04 g, 3 h. |

⁷¹² Tras llevar a cabo un estudio detallado de los cuños, es prácticamente seguro que las monedas hasta ahora clasificadas como CNH 2 (triente) y CNH 3 (sextante) comparten en ocasiones un mismo cuño de anverso. Aunque es factible la posibilidad de que dos denominaciones distintas compartan cuño, se ha decidido agruparlas dentro de un mismo valor –sextante uncial reducido– debido a la similitud en el módulo y peso de las piezas conocidas (véase Capítulo 12).

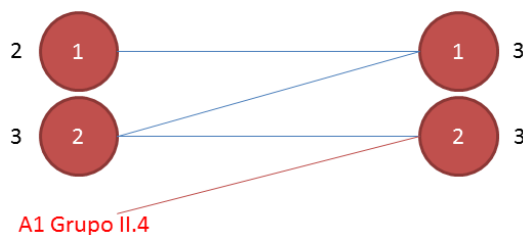


Figura 189. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo I.2.

Otros ejemplares con cuño/os no identificados

a Internet. Col. anónima (R1).

Grupo II

II.1. Ases unciales reducidos. Sin símbolo



1a

AE. 20,5 g (7). 31/32,5 mm. Cuños: variable.

Vives 24-4; Vill. 2; CNH 4; ACIP 1337.

Anv. Cabeza masculina diademada a derecha.

Rev. Jinete con lanza a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica 𐌆𐌆𐌆𐌆 (**ilduro**).

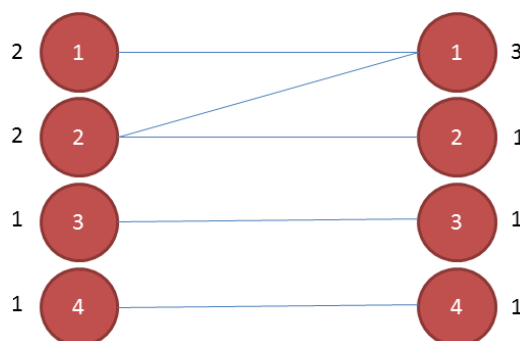


Figura 190. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.1

1 A1
R1

a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1021-3. 16,95 g, 10 h. (Sinner 2012, fig. 10).

b* Sub. Vico 09/10/2012 núm. 235. 21,25 g. (= HSA núm. 11370).

2	A2 R1	a*	Sub. A.N.E 5-6/60 núm. 155.
3	A2 R2	a*	Barcelona. Col. Montañes. 23,78 g, 12 h.
4	A3 R3	a*	Madrid. IVDJ. 20,35 g, 1 h.
5	A4 R4	a*	Sub. Calicó 18 y 19/06/1979 núm. 820. 20,00 g, 2 h. (= Guadán 1969, lám. 34, núm. 299)

Otros ejemplares con cuño/os no identificados

- a Madrid. Col. Cores. 21,85 g, 11 h.
- b Barcelona. Col. Fombuena. 19,34 g, 8 h.

II.2. Semis unciales reducidos. Sin símbolo



1a

AE. 10,1 g (8). 24/27,5 mm. Cuños: variable.

Vives 24-5; Vill. 2a; CNH 4; ACIP 1338.

Anv. Cabeza masculina diademada a derecha.

Rev. Caballo a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica 𐌆𐌇𐌄𐌈 (**ilduro**).

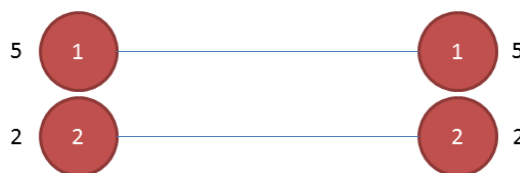


Figura 191. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.2.

1	A1 R1	a*	Madrid. Col. Cores. 12,03 g, 10 h.
		b*	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1021-2. 10,82 g, 12 h. (= Sinner 2012, fig. 7).
		c*	Nueva York. ANS núm. 1944.100.83888. 10,66 g.
		d	Barcelona. Archivo Villaronga núm.1905. 10,70 g, 3 h.
		e	Madrid. IVDJ núm. 1028. 11,91 g, 4 h.

- 2** A2
 R2
- a* Barcelona. GNC núm. 33816. 8,69 g, 3 h.
 b Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18164. 7,89 g, 10 h.

Otros ejemplares con cuño/os no identificados.

- a Sub. Hervera. 21/12/2010 núm. 223. 8,10 g.

II.3. Trientes unciales reducidos. Sin símbolo



AE. 6,38 g (9). 20/22 mm. Cuños: variable.

Vives 24-6; Vill. 2a; CNH 6; ACIP 1339.

Anv. Cabeza masculina diademada a derecha.

Rev. Dos delfines superpuestos a derecha. Entre ellos y entre líneas, inscripción ibérica $\Psi\Upsilon\Delta\Upsilon\text{H}$ (**ilduro**).

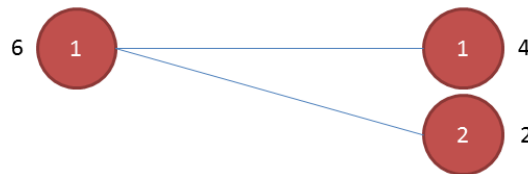


Figura 192. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.3.

- 1** A1
 R1
- a* Mataró. Museu Mataró núm. 6137. 7,04 g, 9 h (= Martí 2006-2007, 408, núm. 4).
 b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2007-13. 6,14 g, 12 h. (= Martí 2004, 362, núm. 2).
 c Barcelona. Archivo Villaronga núm. 6928. 8,20 g, 5 h.
 d Nueva York. ANS núm. 1944.100.83893. 6,04 g.
- 2** A1
 R2
- a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 19-1. 6,93 g, 12 h. (= Sinner 2012, fig. 8).
 b* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 5636. 4,68 g, 2 h.

Otros ejemplares con cuño/s no identificados.

- a Sub. Herrero. 01/12/2005 núm. 68. 5,99 g.

- b Madrid. Col. Cores núm. 764. 6,68 g, 11 h.
- c Barcelona. GNC núm. 33820. 5,76 g, 7 h.

II.4. Sextantes unciales reducidos. Sin símbolo



3a

AE. 3,96 g (5). 15/18 mm. Cuños: 12 h.

Vives 24-7; Vill. 2t; CNH 7; ACIP 1340.

Anv. Cabeza masculina diademada a derecha.

Rev. Delfín a derecha⁷¹³. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica $\text{M}\Gamma\Delta\text{M}$ (**ilduro**).

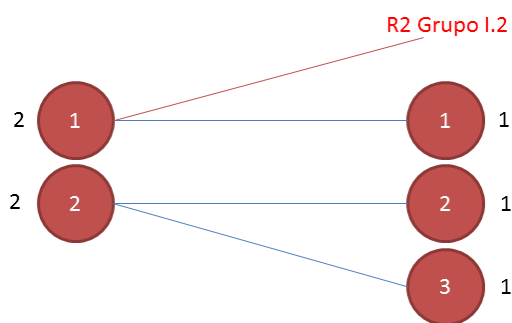


Figura 193. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.4

1	A1 R2 (G.I.2.) a*	Cabrera de Mar. DMCB (sin núm. de inv. asignado). 3,63 g, 12 h.
2	A1 R1 a*	Barcelona. GNC núm. 23401. 2,35 g, 12 h. (= Sinner 2012, fig. 9).
3	A2 R2 a*	Sub. Vico. 09/10/2012 núm. 236. 4,36 g. (= HSA núm. 11467).
4	A2 R3 a*	Madrid. Col. Cores. 5,46 g, 12 h.

⁷¹³ El delfín a la izquierda –típico de los sextantes del grupo I.2– se vuelve a usar durante los momentos iniciales de la acuñación de las monedas del grupo II.4. No obstante, se trata de un caso puntual, por lo que no parece necesario reflejar dicha excepción en la descripción de los anversos y reversos del grupo.

17.2.2. Período II (125-100/90 a. C.)**Grupo III****III.1. Unidades. Leyenda con signo ibérico Ϝ**

AE. 9,96 g (181). 22/27 mm. Cuños: variable.

Vives 24-10; Vill. 3; *CNH* 8; ACIP 1341.

Anv. Cabeza masculina laureada a izquierda.

Rev. Jinete con lanza a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica ϜΔϜH (**ilduro**).

- | | | | |
|----------|----------|------------------------------|--|
| 1 | A1
R1 | a* | Madrid. MAN núm. 1993/67/3435. 9,64 g, 9 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2139). |
| 2 | A2
R1 | a*
b*
c
d
e | Cabrera de Mar. DMCB núm. 2538-7. 11,56 g, 7 h.
Barcelona. GNC núm. 44504. 8,68 g, 3 h.
Tarragona. MNAT núm. 3282. 8,06, 6 h.
Barcelona. Col. Fombuena núm. 419. 10,63 g, 2 h.
Tarragona. MNAT núm. 2712. 11,10 g, 10 h. |
| 3 | A3
R1 | a*
b*
c
d
e
f | Cabrera de Mar. DMCB núm. 28-1. 10,15 g, 8 h. (= Martí 2004, 362 núm. 8).
Tona. Museu del Camp de les Lloses núm. CdL99. 9,80 g, 12 h.
Sub. Calicó. 18 y 19/06/1979 núm. 824. 10,60 g.
Barcelona. GNC núm. 21229. 11,91 g, 1 h.
Madrid. MAN núm. 1973/24/6770. 10,39 g, 10 h.
Barcelona. GNC núm. 14369. 9,89 g, 9 h. |
| 4 | A3
R2 | a* | Mataró. Museu de Mataró núm. 13.04.05. 10,53 g, 9 h. |
| 5 | A4
R3 | a*
b
c*
d | Cabrera de Mar. DMCB núm. 1114-3. 8,96 g, 5 h. (= Martí 2009, fig. 5, núm. 5).
Cabrera de Mar. DMCB núm. 1117-11. 12,75 g, 3 h. (= Martí 2009, 376).
Madrid. Col. Cores núm. 757. 13,18 g, 5 h.
Tarragona. MNAT núm. 3311. 7,16 g, 9 h. |

6	A5 R3	a*	Madrid. Col. Cores núm. 753. 8,43 g, 6 h.
		b*	Barcelona. Col. Montañes. 9,42 g, 12 h.
		c*	Sub. Áureo. 19 y 20/10/1999 núm. 1245. 8,00 g.
		d	Sub. Arcanos. 13/07/1989 núm. 59. 5,9 g.
		e	Premià de Mar. Col. Torrents núm. I-11. 7,37 g.
7	A6 R4	a*	Sub. Vico. 09/10/2012 núm. 237. 9,72 g. (= HSA núm. 11449).
		b	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 530. 12,15 g, 1 h.
8	A7 R5	a*	Cabrera de Mar. DMCB núm. 2528-1. 13,17 g, 12 h.
		b	Sub. A.N.E. 11 y 12/07/1989 núm. 134.
9	A8 R6	a*	Lérida. IEI núm. AE0377. 9,48 g.
		b	Nueva York. ANS núm. 1944.100.83889. 11,66 g ⁷¹⁴
10	A9 R6	a*	Madrid. Col. Cores núm. 754. 7,60 g, 9 h.
		b*	Cabrera de Mar. DMCB núm. Sup-1. 12,25 g, 6 h.
		c	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 766. 10,45 g, 3 h.
		d	Barcelona. Col. Montañes. 13,10 g, 9 h.
		e	Mataró. Museu de Mataró núm. 13.04.04. 12,39 g, 10 h.
11	A9 R7	a*	Mataró. Museu de Mataró núm. 7325. 10,47 g, 6 h. (= Martí 2006-2007, lám. 6, núm. 9).
		b	Estocolmo. Royal Coin Cabinet 11,88 g, 4 h. (= <i>SNG Stockholm</i> núm. 669).
12	A9 R8	a*	Sub. Ebay. 9,81 g.
		b*	Nueva York. ANS núm. 0000.999.53594. 6,78 g, 2 h.
		c	Barcelona. GNC núm. 25921. 10, 29 g, 1 h.
13	A9 R9	a*	Sub. Ebay. 28/11/2012 núm. 251186224133. 10,42 g ⁷¹⁵ .
		b*	Barcelona. GNC núm. 109413. 9,50 g, 3 h.
		c*	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM6135. 8,05 g, 2 h.
		d	Barcelona. GNC núm. 21230. 11,13 g, 3 h.
		e	Barcelona. GNC núm. 21234. 10,71 g, 10 h.
		f	Barcelona. GNC núm. 21233. 6,55 g, 7 h.
		g	Ibiza. MAEF. 11,85 g, 12 h. (Ripollès 1982, 246, núm. 42).
		h	Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0665. 10, 51 g, 4 h.

⁷¹⁴ El reverso de la pieza parece haber sido retocado.

⁷¹⁵ El reverso de la pieza –concretamente, los cuartos traseros del caballo– parece haber sido retocado para marcar con claridad la lanza que porta el jinete, distorsionando de ese modo su forma original.

- 14** A9
R10
a* Sub. Áureo. 01/07/1999 núm. 145. 10,10 g.
b* Madrid. MAN núm. 1993/67/3439. 8,85 g, 4 h. (= Navascués 1969, núm. 2143).
c Tona. Museu del Camp de las Lloses núm. CdL03. 10,50 g, 3 h.
d Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3347. 9,34 g, 2 h.
e Sub. A.N.E. 5-6 / 60 núm. 167.
- 15** A10
R11
a* Mataró. Col. Barceló núm. 1097. 8,43 g, 3 h.
b Cabrera de Mar. DMCB núm. 1087-5. 9,26 g, 7 h. 9 (= Martí 2009, 379, no ilustrada).
c Cabrera de Mar. DMCB núm. 2100-6. 11,71 g, 1 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
d Cabrera de Mar. DMCB núm. 2007-15. 9,04 g, 2 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
- 16** A10
R12
a* Madrid. MAN núm. 1993/67/3441. 7,71 g, 7 h. (=Navascués 1969, lám. LIX núm. 2145).
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1062-13. 8,49 g, 5 h.
c Sub. Hervera & Soler y Llach. 10/07/2008, núm. 2090.
- 17** A11
R13
a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1114-2. 10,59 g, 10 h. (= Martí 2009, fig. 5, núm. 4).
- 18** A12
R14
a* Mataró. Museu de Mataró núm. 3678. 11,63 g, 7 h. (= Martí 2006-2007, lám. 7 núm. 5).
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2494-1. 12,84 g, 8 h.
c Madrid. IVDJ núm. 1026. 8,70 g, 12 h.
d Sub. Calicó. 18 y 19/06/1979 núm. 825.
- 19** A13
R14
a* Tona. Museu del Camp de les Lloses núm. CdL98. 9,50 g, 7 h.
b Barcelona. GNC núm. 14469. 12,97 g, 12 h.
c Sub. Hervera & Soler y Llach. 22/02/2011 núm. 555086.
d París. BN. 9,11 g, 2 h. (= Ripollès 2005, núm. 912).
- 20** A13
R15
a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1114-1. 12,05 g, 5 h. (= Martí 2009, fig. 5, núm. 3).
b* Barcelona. GNC núm. 21231. 11,14 g, 8 h.
c Madrid. MAN núm. 1993/67/3438. 8,90 g, 12 h. (= Navascués 1969, núm. 2142).
d Barcelona. Col. anónima. 11,43 g, 8 h.
e Cabrera de Mar. DMCB núm. 2006-2. 9,96 g, 6 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
f Barcelona. Col Privada núm. 2. 9,56 g, 2 h.

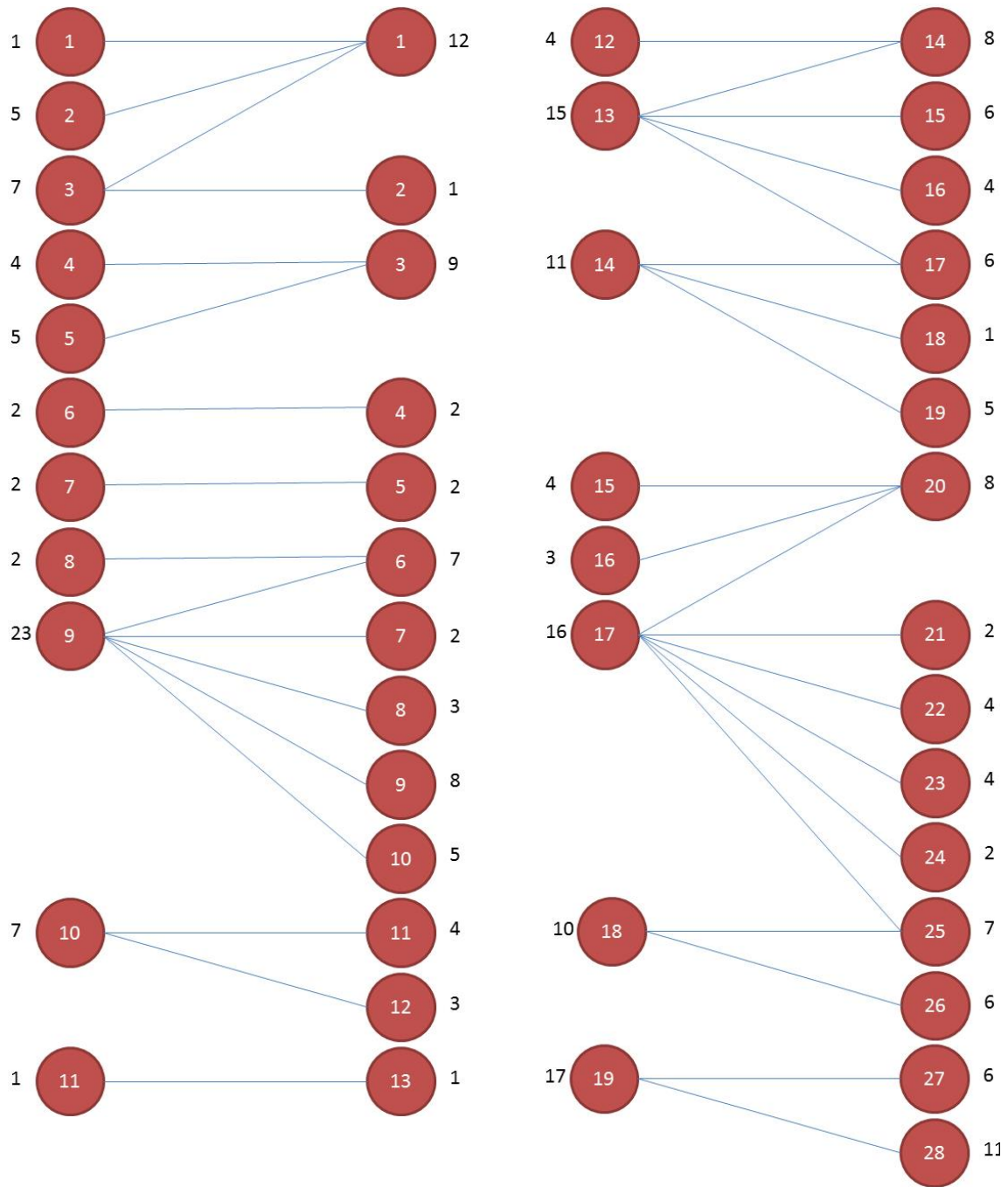


Figura 194. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.1.

- 21** A13
R16
a* Sub. Áureo. 28/05/2003 núm. 3285. 6,80 g.
b* Roma. Col. Pardini núm. 12-238-789. 11,43 g.
c Barcelona. GNC núm. 23398. 10,03 g, 1 h.
d Sub. Hervera & Soler y Llach 12/12/2008 núm. 274. 9,90 g.
- 22** A13
R17
a* Sub. Hervera & Soler y Llach. 10/07/2008 núm. 2088. 7,20 g.

- 23** A14
R17
a* Madrid. IVDJ núm. 1025. 11,24 g, 6 h.
b* Sub. Áureo. 29/10/2008 núm. 222. 10,24 g.
c Barcelona. Col. Montañes. 8,90 g, 6 h.
d Tarragona. MNAT núm. 5663. 6,31 g, 5 h.
e Madrid. MAN núm. 1993/67/3436. 9,02 g, 12 h. (=Navascués 1969, núm. 2140).
- 24** A14
R18
a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1301-1. 9,70 g, 4 h. (= Sinner y Martí 2011, lám. 1, núm. 7).
- 25** A14
R19
a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2528-3. 10,99 g, 10 h.
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2006-3. 9,23 g, 3 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
c París. BN. 10,16 g, 5 h. (= Ripollès 2005, núm. 913).
d Nueva York. ANS núm. 1969.222.4757. 8,19 g, 11 h.
e Barcelona. Col Fombuena núm. 409. 7,91 g, 12 h.
- 26** A15
R20
a* Sub. Áureo. 19/12/1995 núm. 2302. 10,71 g. (= Sub. Áureo. 29/10/1991 núm. 2162).
b* Barcelona. GNC núm. 30302. 9,20 g, 3 h.
c* Barcelona. GNC núm. 21228. 9,51 g, 10 h.
d Tarragona. MNAT núm. 1889. 7,75 g, 1 h.
- 27** A16
R20
a* Sub. Áureo. 31/01/1991 núm. 197. 9,53 g.
b* Mataró. Museu de Mataró núm. 2. 12,12 g, 9 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
c Barcelona. Col. anónima núm. 3. 11,07 g, 8 h.
- 28** A17
R20
a* Mataró. Col. Barceló. 9,42 g, 6 h.
- 29** A17
R21
a* Sub. Hervera & Soler y Llach. 22/02/2011 núm. 501844. 10,80 g. (= Sub. Áureo. 18/09/2002 núm. 279).
b Nueva York. ANS núm. 1969.222.4758. 11,36 g, 11 h.
- 30** A17
R22
a* Madrid. Col. Cores núm. 755. 8,73 g, 1 h.
b* Sub. Hervera & Soler y Llach. 18/12/2008, núm. 273. 8,50 g.
c Barcelona. GNC núm. 109412. 9,51 g, 5 h.
d Sub. Áureo & Calicó. 27/09/2012 núm. 0271. 10,66 g.
- 31** A17
R23
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1908. 9,90 g, 5 h.
b* Madrid. MAN núm. 1993/67/3433. 10,55 g, 9 h.
c Barcelona. GNC núm. 33817. 11,43 g, 5 h.
d Sub. Classical Numismatic Group núm 316. 9,56 g, 11 h.
- 32** A17
R24
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 529. 11,75 g, 12 h.
b* Barcelona. Col. anónima núm. 4. 9,55 g, 9 h.

- 33** A17
R25
a* Mataró. Museu de Mataró núm. 11.09.19. 11,47 g, 1 h.
b* Barcelona. GNC núm. 27553. 8,31 g, 6 h.
c Sub. A.N.E. 5-6 / 60 núm. 161.
- 34** A18
R25
a* Sub. Hervera & Soler y Llach. 05/11/2009 núm. 2196. 10,00 g.
b* Barcelona. GNC núm. 23396. 10,59 g, 3 h.
c Sub. Áureo. 26/04/1994 núm. 337. 14,41 g.
d Barcelona. GNC núm. 30306. 10,68 g, 3 h.
- 35** A18
R26
a* Sub. Áureo. 16 y 17/12/2003 núm. 3262. 11,45 g.
b* Barcelona. GNC núm. 30296. 9,80 g, 11 h.
c Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.13. 11, 47 g, 1 h.
d Barcelona. GNC núm. 30308. 12,27 g, 7 h.
e Sub. A.N.E. 9 y 10/10/1990 núm. 166.
f Barcelona. GNC núm. 30307. 8,93 g, 2 h.
- 36** A19
R27
a* Roma. Museo Nazionale Romano núm. 30-79887. 9,76 g, 3 h. (= Ripollès 1986 núm. 30).
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2528-2. 10,70 g, 3 h.
c Madrid. MAN núm. 1973/24/6768. 13,88 g, 7 h.
d Mataró. Museu de Mataró núm. MCM4629. 13,95 g, 2 h.
e Terrasa. Museu de Terrassa núm. 25778. 9,24 g, 3 h.
f Tarragona. MNAT núm. 3124. 11,42 g, 9 h.
- 37** A19
R28
a* Sub. Calicó. 18 y 19/06/1979 núm. 826. 9,85 g.
b* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3686. 10,79 g, 9 h. (= Martí 2006-2007, lám. 7, núm. 4).
c Mataró. Museu de Mataró núm. 5. 9,97 g, 5 h. (= Martí 2006-2007, lám. 10, núm. 14).
d Cabrera de Mar. DMCB núm. 1178-40. 13,97 g, 12 h. (= Sinner y Martí 2011, lám. 2 núm. 11).
e Barcelona. Archivo Villaronga núm. 538. 11,80 g, 5 h.
f Barcelona. Col. anónima núm. 6. 10,37 g, 3 h.
g Cabrera de Mar. DMCB núm. 2538-4. 11,56 g, 11 h.
h Cabrera de Mar. DMCB núm. 1031-6. 10,57 g, 7 h.
i Badalona. Museu de Badalona núm. 552. 7,40 g, 12 h.
j Barcelona. GNC núm. 19215. 11,26 g, 12 h.
k Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.35. 10,83 g, 10 h.

Otros ejemplares con cuño/s no identificados

- a Badalona. Museu de Badalona núm. 1947. 11,24 g, 9 h. (R1).
b Tona. Museu del Camp de les Lloses núm. CdL11. 11,70 g, 12 h. (R1).
c Badalona. Museu de Badalona núm. 7707. 11,09 g, 3 h. (R1).
d Vic. Musu Diocesà de Vic núm. MEV18168. 10,53 g, 1 h. (R1).
e Barcelona. GNC núm. 21235. 8,92 g, 7 h. (A9).
f Mataró. Museu de Mataró núm. 09.09.26. 10,00 g, 12 h. (A9).
g Mataró. Museu de Mataró núm 14.09.10.. 9,23 g, 5 h. (A9).

- h Tarragaona. MNAT núm. 1821. 11,66 g, 6 h. (A9).
- i Nueva York. ANS núm. 1944.100.83891. 10,56 g, 10 h. (A9).
- j Badalona. Museu de Badalona núm. 715. 9,01 g, 11 h. (A9).
- k Barcelona. GNC núm. 105688. 9,18 g, 3 h. (A10).
- l Mataró. Museu de Mataró núm. 09.09.01. 13,14 g, 1 h. (A10).
- m Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.20. 7,33 g, 12 h. (A10).
- n Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18166. 6,63 g, 12 h. (A10).
- ñ Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.25. 8,37 g, 8 h. (A12).
- o Nápoles. Museo Archeologico Nazionale di Napoli. 11,07 g. (A13). (= SNG, 350, núm. 26).
- p Barcelona. GNC núm. 21000. 9,97 g, 12 h. (A13).
- q Barcelona. GNC núm. 44506. 7,40 g, 12 h. (A13).
- r Madrid. MAN núm. 1993/67/3434. 10,29 g, 4 h. (A13).
- s Sub. Vico. 13/11/2008 núm. 115. 7,80 g. (A15 / R17?).
- t Barcelona. GNC núm. 44503. 5,48 g, 9 h. (A17).
- u Barcelona. GNC núm. 30309. 8,42 g, 6 h. (A17).
- v Barcelona. GNC núm. 105696. 9,27 g, 9 h. (A17).
- w Sub. Àureo. 01/03/2000 núm. 3150. 10,86 g. (A17).
- x Badalona. Museu de Badalona núm. 1995. 11,19 g, 7 h. (A18).
- y Badalona. Museu de Badalona núm. 8471. 7,07 g, 12 h. (A19).
- z Tona. Museu del Camp de les Lloses núm. Cdl (Tona2). 10,50 g, 3 h. (R27).
- aa Sub. Àureo. 15 y 16/12/1998 núm. 1228. 9,61 g. (A6?).
- ab Sub. Àureo. 18/01/1995 núm. 361. 8,44 g. (R6?).
- ac Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0664. 11,85 g, 2 h. (R6?).
- ad Barcelona. Col. anónima núm. 11. 8,96 g, 4 h.
- ae Terrasa. Museu de Terrassa núm. IN22. 8,91 g, 5 h.
- af Barcelona. GNC núm. 30295. 8,96 g, 2 h.
- ag Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18173. 10,60 g, 11 h.
- ah L'Escala. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries núm. 6325. 3,85 g, 4 h.
- ai Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18172. 7,51 g, 6 h.
- aj Desconocida. Excavaciones Pons Guri núm. 21_27.
- ak Badalona. Museu de Badalona núm. 736. 2,91 g, 11 h.
- al Mataró. Museu de Mataró núm. 11.07.22. 13,46 g, 6 h.
- am Barcelona. GNC núm. 44505. 9,80 g, 11 h.
- an Barcelona. GNC núm. 14438. 10,82 g, 11 h.
- añ Barcelona. GNC núm. 21232. 7,11 g, 9 h.
- ao Barcelona. GNC núm. 33818. 9,37 g, 7 h.
- ap Mataró. Museu de Mataró núm. TLL01.03.21. 7,68 g, 3 h.
- aq Barcelona. GNC núm. 30310. 10,81 g, 9 h.
- ar Cabrera de Mar. DMCB núm. 2002-2. 7,94 g, 1 h.
- as Badalona. Museu de Badalona núm. 9461. 8,51 g, 4 h.

III.2. Mitades. Caballo galopando



AE. 6,10 g (18). 18/23 mm. Cuños: variable.

Vives 24-11; Vill. 3a; CNH 9.

Anv. Cabeza masculina laureada a derecha.

Rev. Caballo galopando a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica $\text{M}\Gamma\Delta\text{H}$ (**ilduro**).

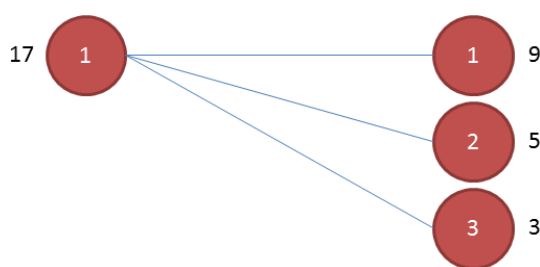


Figura 195. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.2.

1	A1 R1	<p>a* Mataró. Col. Barceló núm. 1217. 6,01 g, 12 h.</p> <p>b* Madrid. MAN núm. 1993/67/3442. 6,69 g, 10 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2146).</p> <p>c* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1264. 6, 20 g, 19 h.</p> <p>d* Barcelona. GNC núm. 21237. 4,66 g, 12 h.</p> <p>e Barcelona. GNC núm. 58706. 7,15 g, 2 h.</p> <p>f Sub. Vico. 09/10/2012 núm. 238. 6,43 g. (= HSA núm. 11701).</p> <p>g Sub. Áureo. 27/09/2000 núm. 353. 6,28 g.</p> <p>h Madrid. IVDJ núm. 1020. 5,82 g, 12 h.</p> <p>i Madrid. MAN núm. 1993/67/3443. 6,13 g, 7 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2147).</p>
2	A1 R2	<p>a* Madrid. Col. Cores núm. 759. 6,93 g, 6 h.</p> <p>b* Barcelona. Col. Montañes. 7,29 g, 2 h.</p> <p>c Sub. Áureo y Calicó. 27/09/2012 núm. 0270. 6, 22 g.</p> <p>d Sub. Hervera. 21/12/2010 núm. 224. 5,0 g.</p> <p>e Barcelona. GNC núm. 21238. 4,77 g, 2 h.</p>
3	A1 R3	<p>a* Sub. Áureo. 15/12/2005 núm. 2109. 7,29 g.</p> <p>b* Madrid. IVDJ núm. 1030. 7,63 g, 4 h.</p> <p>c Estocolmo. Royal Coin Cabinet 5,43 g, 4 h. (= SNG Stockholm núm. 670).</p>

Otros ejemplares con cuño/s no identificados

- a Cabrera de Mar. DMCB núm. 2303. 3,95 g, 6 h. (= Martí 2004, no ilustrada).

III.3. Tercios/sextos? Dos delfines a derecha.



1a

AE. 2,2 g (16). 13/16 mm. Cuños: variable.

Vives 24-12; Vill. 3b; CNH 11.

Anv. Cabeza masculina laureada a derecha.

Rev. Dos delfines a derecha superpuestos. Entre ellos y entre líneas, inscripción ibérica $\text{Ϝ}\text{Γ}\text{Δ}\text{H}$ (**ilduro**).

- | | | |
|----------|----|--|
| 1 | A1 | |
| | R1 | a* Barcelona. Archivo Villaronga. 2,90 g, 2 h.
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1602-1. 2,93 g, 2 h. |
| 2 | A1 | |
| | R2 | a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1018-191. 2,37 g, 8 h. (= Martí 2004, no ilustrada). |
| 3 | A2 | |
| | R1 | a* Madrid. IVDJ núm. 1031. 1,82 g, 4 h. |
| 4 | A3 | |
| | R3 | a* Barcelona. Col. Montañes. 2,38 g, 9 h.
b París. BN. 2,89 g, 11 h. (= Ripollès 2005, núm. 915). |
| 5 | A4 | |
| | R4 | a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2486-1. 1,90 g, 7 h.
b Sub. Áureo. 06/11/2007 núm. 78. 1,90 g.
c Cabrera de Mar. DMCB núm. 2324-1. 2,01 g, 6 h. |
| | | |
| 6 | A4 | |
| | R5 | a* Madrid. Col. Cores núm. 766. 2,01 g, 11 h.
b Cabrera de Mar. DMCB núm. 11-4. 2,50 g, 12 h. (= Sinner y Martí 2011, lám. 1, 1). |
| 7 | A5 | |
| | R6 | a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2492-1. 2,06 g, 3 h.
b Cabrera de Mar. DMCB núm. 2538-1. 1,66 g, 9 h. |

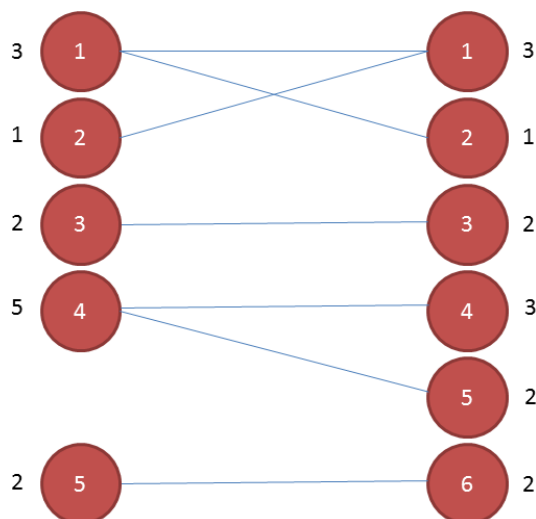


Figura 196. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.3.

Otros ejemplares con cuño/s no identificados

- a Cabrera de Mar. DMCB núm. 2066-2. 1,42, 1 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
- b Cabrera de Mar. DMCB núm. 11-3. 2,16 g, 6 h. (= Sinner y Martí 2011, lám. 1, 2).
- c Barcelona. GNC núm. 33821. 2,35 g, 10 h.

III.4. Cuartos. Signo to/do



AE. 3,35 g (2). 16/17 mm. Cuños: variable.

Vives 24-13; Vill. 1998; ACIP 1345.

Anv. Cabeza masculina laureada a derecha. Detrás signo ibérico Ψ (**to/do**).

Rev. Medio Pegaso a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica $\Psi\Gamma\Delta\Theta$ (**ilduro**).

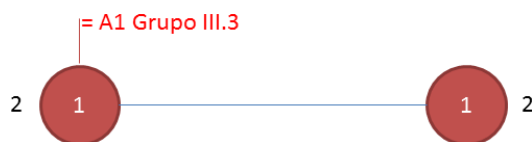


Figura 197. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.4

1 A1⁷¹⁶
R1

- a* Madrid. Col. Cores núm. 760. 3,0 g, 3 h.
- b* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 6931. 3,70 g, 9 h.

⁷¹⁶ Parece que el cuño de anverso A1 del grupo III.4 es el mismo que el A1 del grupo III.3, con la peculiaridad de que se le añadió el signo ibérico (Ψ) al reutilizarse para así poder diferenciarlo.

Grupo IV

IV.1. Unidades. Leyenda con signo ibérico Λ



2a Primer estilo



14a Segundo estilo



AE. 9,30 g (96). 23/27 mm. Cuños: variable.

Vill. 4; CNH 13; ACIP 1346-47.

Anv. Cabeza masculina laureada a izquierda.

Rev. Jinete con lanza a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica
 ἸΛΔΥΗ / ἸΛΔΥΗ (**ilduro**).

- | | | |
|----------|----------|--|
| 1 | A1
R1 | <p>a* Sub. Áureo. 01/07/2004 núm. 2146.</p> <p>b Sub. Hervera & Soler y Llach. 14/07/2009 núm. 2185. 7, 80 g.</p> <p>c Cabrera de Mar. DMCB núm. 2002-3. 10,60 g, 3 h. (= Martí 2004, no ilustrada).</p> <p>d* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2007-16. 9,02 g, 9 h. (= Martí 2004, no ilustrada).</p> <p>e Cabrera de Mar. DMCB núm. 1456-1. 9,73 g, 2 h. (= Sinner y Martí 2011, lám. 2, núm. 1).</p> <p>f Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3341. 9,00 g, 3 h.</p> <p>g Cabrera de Mar. DMCB núm. 009-1. 9,89, 6 h.</p> <p>h Mataró. Museu de Mataró núm. 76-9. 10,02, 1 h. (=Martí 2006-2007, lám. 9, núm. 6).</p> <p>i Barcelona. GNC núm. 105717. 7,18 g, 6 h.</p> <p>j Sub. Hervera. 20/05/2004 núm. 174. 9, 60 g.</p> <p>k Mataró. Museu de Mataró núm. 303-228. 11,14 g, 11 h. (= Martí 2006-2007, lám 9, núm. 13).</p> |
| 2 | A1
R2 | <p>a* Mataró. Museu de Mataró núm. 1544. 10,58 g, 12 h. (=Martí 2006-2007, lám. 5, núm 4).</p> <p>b* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3682. 9,19 g, 12 h. (=Martí 2006-2007, lám. 5, núm 3).</p> <p>c* Barcelona. GNC núm. 23397. 11,01 g, 3 h.</p> <p>d Cabrera de Mar. DMCB núm. 1114-6. 8,73, 1 h. (= Martí 2009. Fig. 5, núm. 8).</p> <p>e Sub. Vico. 09/10/2012 núm. 240. 9,52 g. (= HSA núm. 11575).</p> <p>f Sub. Hervera. 27/06/2006 núm. 107. 7,90 g.</p> <p>g Cabrera de Mar. DMCB núm. 2365-3. 9,47 g, 4 h. (= Martí 2004, no ilustrada).</p> <p>h Cabrera de Mar. DMCB núm. 1114-5. 10,18 g, 7 h. (= Martí 2009, fig. 5, núm. 7).</p> <p>i Cabrera de Mar. DMCB núm. 2053-2. 8,98 g, 8 h. (= Martí 2004, no ilustrada).</p> |

3	A1 R3	j	Mataró. Col. Barceló núm. 1229. 9,47 g, 9 h.
		a*	Barcelona. GNC núm. 109100. 9, 43 g, 9 h.
		b	Sub. Vico. 13/11/2008 núm. 3092. 11,00 g.
		c	Sub. Áureo. 07 y 08/03/1994 núm. 377. 9,94 g.
		d	Valencia. Numario Universidad de Valencia núm. 133. 7, 50g, 2 h.
4	A2 R4	e	Sub. A.N.E 6/60 núm. 165.
		a*	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM7324. 7,80 g, 12 h. (=Martí 2006-2007, lám 5. , núm 1).
		b	Terrassa. Museu de Terrassa núm. IN21. 8,31 g, 12 h.
		c	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3340. 12,21 g, 7 h.
		d*	Barcelona. GNC núm. 44507. 9,09 g, 5 h.
5	A3 R5	e	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3349. 8,12 g, 12 h.
		a*	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM7324. 7,80 g, 12 h.
6	A3 R6	a*	Mataró. Col. Barceló núm. 1230. 9,10 g, 12 h.
		b	Sub. Áureo. 25/04/2007 núm. 2185. 10,66 g.

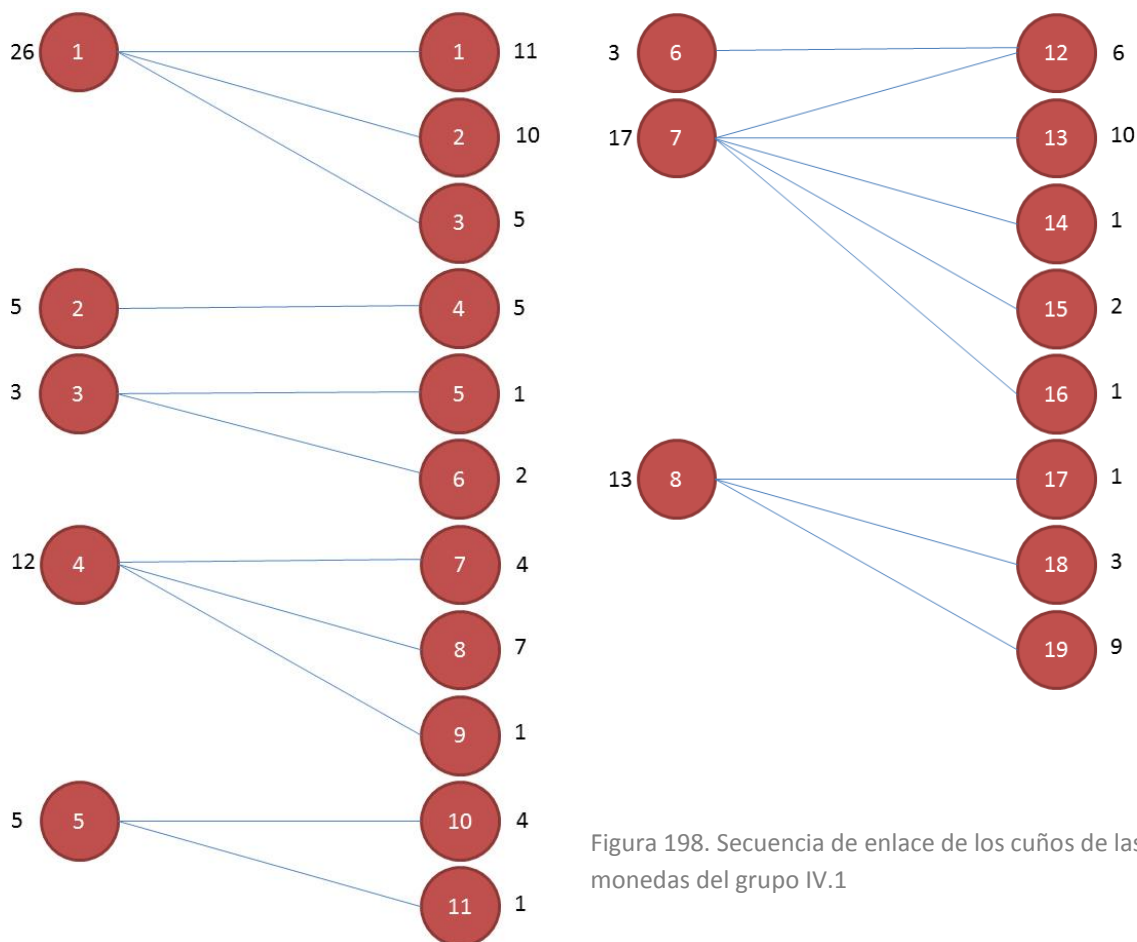


Figura 198. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo IV.1

- 7** A4
R7
- a* Barcelona. Col. Montañes. 9,80 g, 9 h. (= Sub. Hervera 20/05/2004 núm. 173).
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2538-6. 9,32 g, 3 h.
c Sub. Hervera & Soler y Llach. 14/07/2009 núm. 2186. 9, 60 g.
d Mataró. Museu de Mataró núm. 14.05.14. 10,03 g, 9 h.
- 8** A4
R8
- a* Barcelona. Col. Barceló núm. 1220. 8,76 g, 12 h.
b Barcelona. GNC núm. 109102. 10,15 g, 12 h.
c* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2007-17. 9,23 g, 3 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
d* Mataró. Col. Barceló núm. 1218. 9,25 g, 3 h.
e Mataró. Museu de Mataró núm. 11.09.20. 10,65 g, 7 h.
f Roma. Museo Nazionale Romano núm. 31-79888. 7,67 g, 10 h. (= Ripollès 1986 núm. 31).
g Cabrera de Mar. DMCB núm. 2087-2. 8,06 g, 7 h. (= Martí 2004, no ilustrada).
- 9** A4
R9
- a* Barcelona. Col. anónima núm. 5. 9,66 g, 2 h.
- 10** A5
R10
- a* Mataró. Col. Barceló núm. 1219. 6,65 g, 10 h.
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2467. 10,53 g, 2 h.
c Mataró. Museu de Mataró núm. 16. 7,56 g, 10 h. (= Martí 2006-2007, lám. 10. Núm17).
d Mataró. Museu de Mataró núm. 12.05.32. 7,56 g, 10 h.
- 11** A5
R11
- a* Barcelona. GNC núm. 21236. 8,53 g, 12 h.
- 12** A6
R12
- a* Sub. Áureo. 19/12/2006 núm. 79. 10,55 g. (= Sub. Áureo 21 y 22/10/2003 núm. 3332).
b Barcelona. GNC núm. 30660. 7,79 g, 11 h.
c Desconocida. Excavaciones Pons Gurí núm. 20_26.
- 13** A7
R12
- a* Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.14. 8,25 g, 6 h.
b* Cabrera de Mar. DMCB núm. 2538-13. 9, 67g, 11 h.
c Madrid. MAN núm. 1973/24/6769. 9,59 g, 4 h.
- 14** A7
R13
- a* Cabrera de Mar. DMCB núm. 1012-49. 8,04 g, 1 h. (= Martí 2009, fig. 6, núm. 1).
b* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1144. 9,00 g, 12 h.
c Barcelona. Col. anónima núm. 7. 10,04 g, 5 h.
d Cabrera de Mar. DMCB núm. 1020-125. 9,47 g, 11 h. (= Martí 2009, no ilustrada).
e Sub. Áureo. 15/12/1994 núm. 203. 9,52 g. (= Sub. Áureo. 26/04/1994 núm. 2204).
f Sub. Vico. 17/06/1993 núm. 115. 9,70 g.

		g	Madrid. MAN núm. 1993/67/3432. 11,69 g, 11 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2136).
		h	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3359. 11,22 g, 12 h.
		i	Sub. Áureo. 21/05/1996 núm. 2071. 9,36 g.
		j	Madrid. IVDJ núm. 1027. 8, 53g, 6 h.
15	A7 R14		
		a*	Sub. Áureo. 16/03/1993 núm. 2124. 9,50 g.
16	A7 R15		
		a*	Barcelona. GNC núm. 58707. 10,15 g, 11 h.
		b*	Barcelona. GNC núm. 109101. 8, 43 g, 12 h.
17	A7 R16		
		a*	Sub. Vico. 14/11/2012 núm. 2250. 9,60 g.
18	A8 R17		
		a*	Mataró. Museu de Mataró núm. 3679. 8,10 g, 12 h. (= Martí 2006-2007, lám. 3, núm. 14).
19	A8 R18		
		a*	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1208-2. 9,01 g, 2 h.
		b*	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1089-16. 10,18 g, 3 h.
		c*	Mataró. Museu de Mataró núm. 3001-33. 6,95 g, 1 h. (= Martí 2006-2007, lám. 9, núm. 8).
20	A8 R19		
		a*	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1114-4. 8,25 g, 7 h. (= Martí 2009, fig. 5, núm. 6).
		b*	Cabrera de Mar. DMCB núm. 2007-18. 12,04 g, 8 h. (= Martí 2004, fig. 2, núm. 3).
		c*	Mataró. Museu de Mataró núm. 17. 10,61 g, 8 h. (= Martí 2006-2007, lám. 10, núm. 18).
		d	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1082-80. 8,02 g, 10 h. (= Martí 2009, fig. 6, núm. 2).
		e	Cabrera de Mar. DMCB núm. S1N1-3. 8,78 g, 6 h.
		f	Sub. Áureo. 26/04/1994 núm. 339. 8,47 g.
		g	Sub. A.N.E 7 y 8/03/1989 núm. 336.
		h	Sub. Hervera C. 22/02/2011 núm. 424142. 10,80 g.
		i	Sub. Áureo. 21/01/1997 núm. 200. 8,47 g.

Otros ejemplares con cuño/s no identificados

a	Barcelona. GNC núm. 30564. 7,86 g, 12 h. (A8?).
b	Mataró. Museu de Mataró núm. 13.08.09. 7,61 g (A8).
c	Mataró. Museu de Mataró núm. 12.07.23. 6,59 g.
d	Mataró. Museu de Mataró núm. 14.04.34. 9,03 g, 1 h. (R1?)
e	Badalona. Museu de Badalona núm. 1847. 11,64 g, 8 h.
f	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1042-11. 6,75 g, 12 h.
g	Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18169. 8,24 g, 12 h.
h	Madrid. MAN núm. 1993/67/3437. 8,96 g, 2 h (A1). (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2141).
i	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3342. 9,60 g, 7 h (A1).
j	Barcelona. GNC núm. 30303. 9,78 g, 12 h (A1?).
k	Cabrera de Mar. DMCB núm. 1042-12. 8,18 g, 4 h.

- l Madrid. MAN núm. 1993/67/3440. 8,38 g, 5 h (A5?). (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2144).
 m Desconocida. Excavaciones de Pons Gurí núm. 19_25. (A8?).
 n Desconocida. Excavaciones de Pons Gurí núm. 18_24.
 ñ Sub. Áureo. 02/07/2002 núm. 2350. 11,47 g.

17.2.3. Período III (90/80-72 a. C.)

Grupo V

V.1. Unidades. Símbolo oreja



34a Primer estilo (pierna recogida)

72a Segundo estilo (pierna estirada)

AE. 14,13 g (293). 27/33 mm. Cuños: variable.

Vives 24-8; Vill. 5; CNH 14-15; ACIP 1348-49.

Anv. Cabeza masculina laureada a derecha. Detrás símbolo oreja.

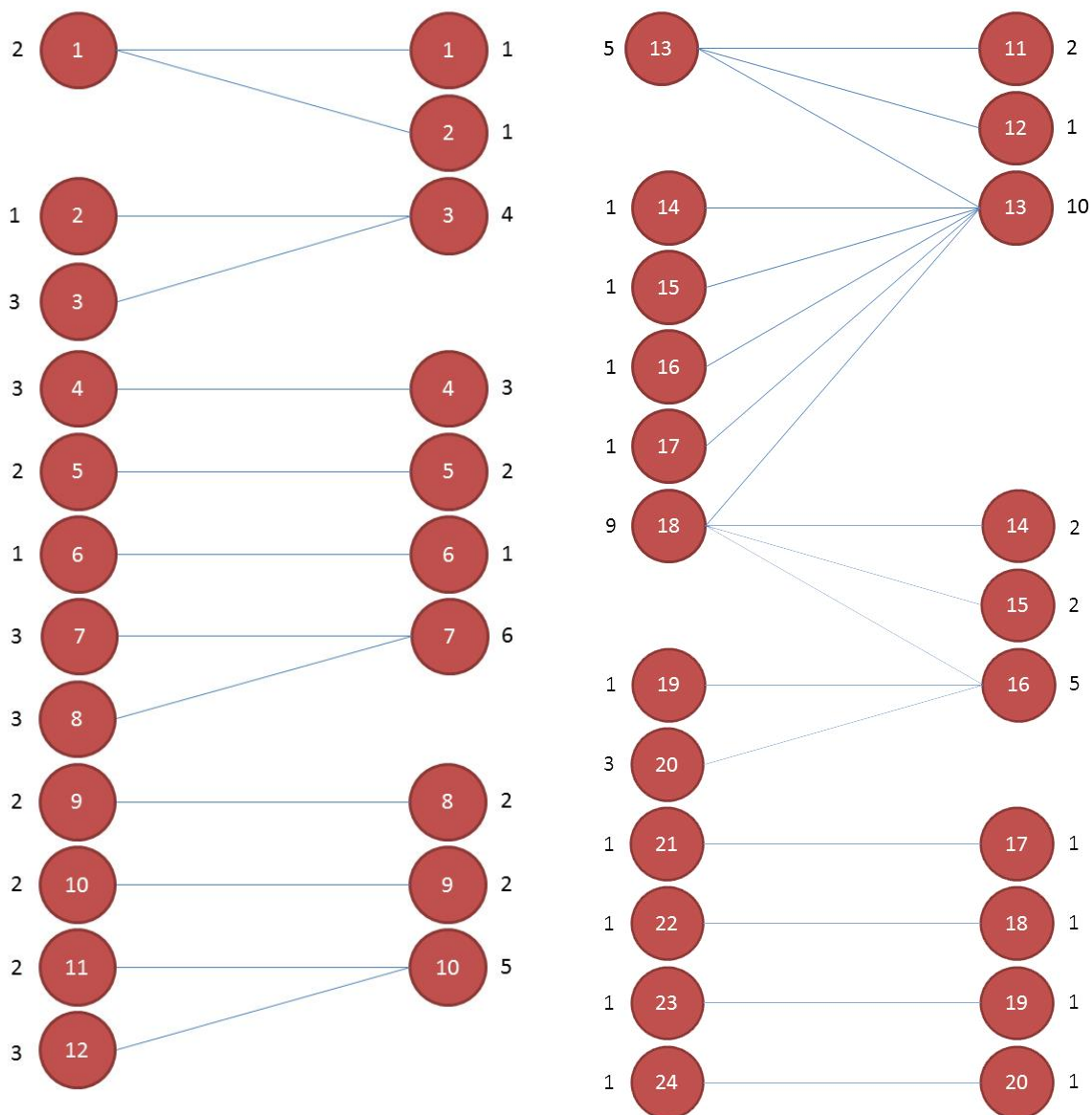
Rev. Jinete con lanza y clámide a derecha. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica $\rho\wedge\Delta\text{H}$ (**ilduro**).

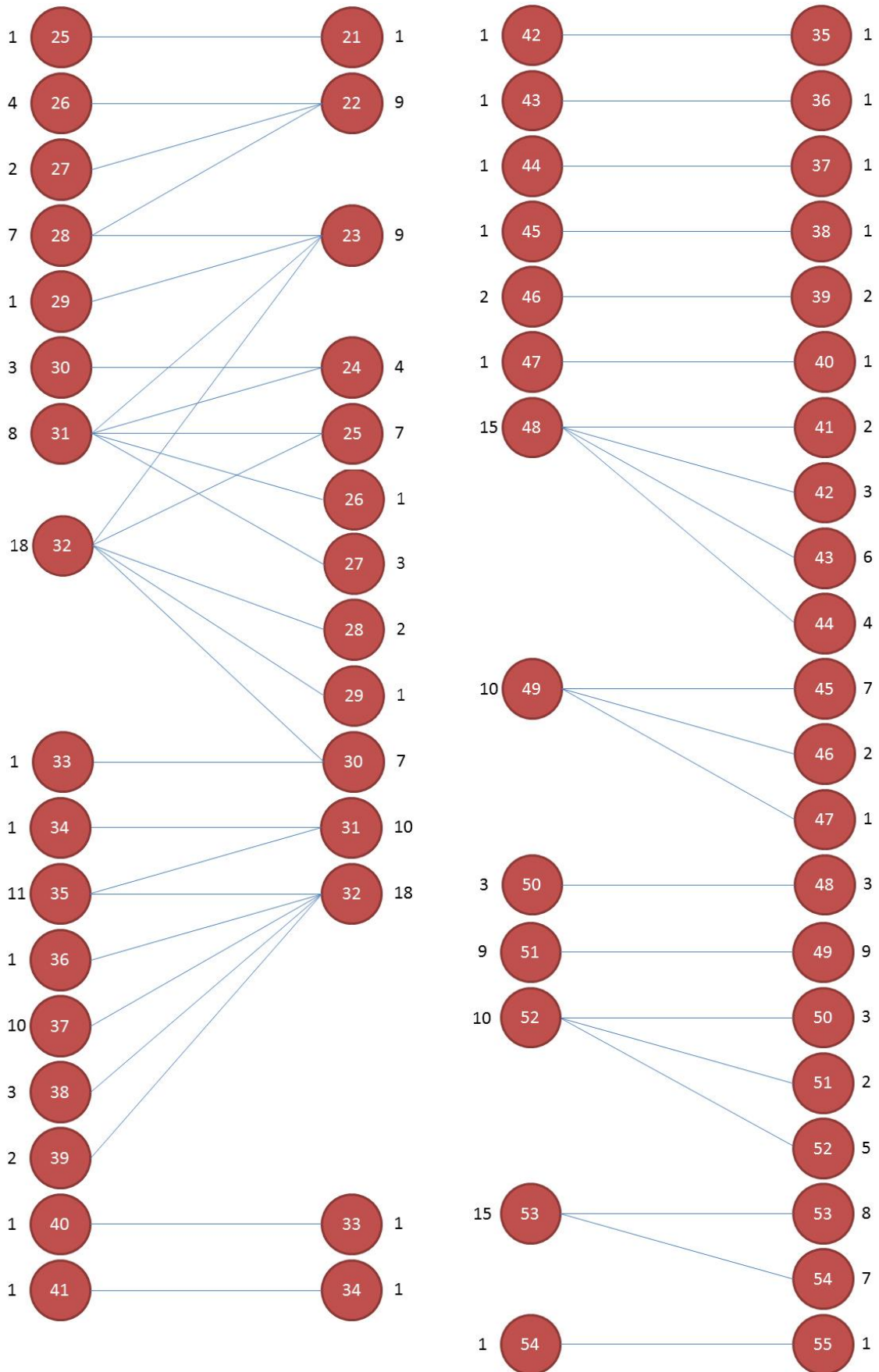
- | | | | |
|----------|----------|----|--|
| 1 | A1
R1 | a* | Mataró. Museu de Mataró núm. 12.04.30. 12 h. |
| 2 | A1
R2 | a* | Barcelona. GNC núm. 19604. 10,77 g, 3 h. |
| 3 | A2
R3 | a* | Madrid. Col. Cores núm. 752. 14,58 g, 5 h. |
| 4 | A3
R3 | a* | Barcelona. Archivo Villaronga núm. 6555. 13,95 g, 2 h.
b Badalona. Museu de Badalona núm. 8346. 12,59 g, 9 h.
c Sub. Áureo. 20/09/2001 núm. 525. 17,64 g. |
| 5 | A4
R4 | a* | Sub. Herrero. 19/05/2005 núm. 69. 13,50 g, 9 h.
b Barcelona. Archivo Villaronga núm. 301-27-2. 12,70 g, 4 h.
c Barcelona. Archivo Villaronga núm. 150. 15,47 g, 1 h. |
| 6 | A5
R5 | a* | Barcelona. Col. Montañes. 16,93 g, 7 h.
b Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1128-1-2. 12,50 g, 9 h. |
| 7 | A6
R6 | a* | Sub. Áureo. 01/03/1995 núm. 187. 14,64 g. |

8 A7
R7
a* Mataró. Museu de Mataró núm. 12.04.35. 12,73 g, 8 h.
b Barcelona. GNC núm. 19585. 14,33 g, 12 h.
c Madrid. MAN núm. 1993/67/3429. 12,63 g, 11 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2133)

9 A8
R7
a* Badalona. Museu de Badalona núm. 3054. 15,94 g, 8 h.
b Sub. Àureo. 25 y 26/04/1989 núm. 58.
c Badalona. Museu de Badalona núm. 524. 15,31 g, 6 h.

10 A9
R8
a* Copenhagen. Dansk National Museen 12,70 g, 11 h. (= SNG Cop. núm. 278).
b Sub. Àureo. 24 y 25/10/2000 núm. 232. 16,48 g.





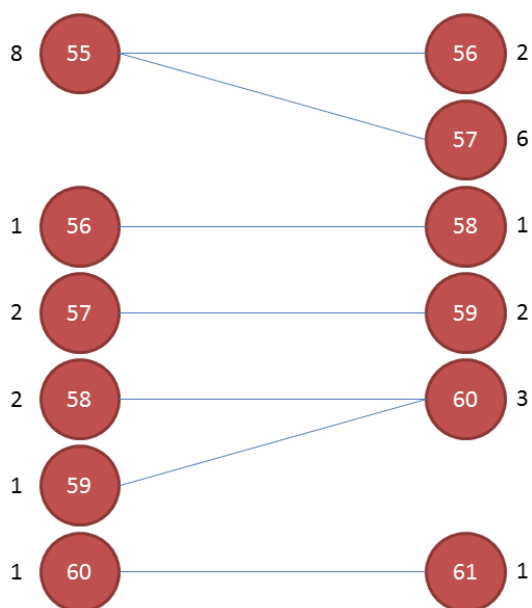


Figura 199. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo V.1

- 11** A10
R9
- a* Barcelona. Col. Montañes. 12,96 g, 7 h. (= Sub. Áureo. 16 y 17/09/2001 núm. 424).
 - b Mataró. Col. Barceló. 13,56 g, 2 h.
- 12** A11
R10
- a* Sub. Áureo. 27/09/2000 núm. 354. 17,60 g.
 - b Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.15. 12,60 g, 3 h.
- 13** A12
R10
- a* Sub. Áureo. 29/09/2004 núm. 264. 15,75 g.
 - b Sub. Hervera. 21/12/2010 núm. 3161. 14,70 g. (= Sub. Áureo. 27/09/2005 núm. 166).
 - c Barcelona. GNC núm. 30305. 17,71 g, 5 h.
- 14** A13
R11
- a* Madrid. MAN núm. 1993/67/3422. 16,66 g, 9 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2126).
 - b Sub. Vico. 11/1985 núm. 23. 17,48 g.
- 15** A13
R12
- a* Sub. Hervera & Soler y Llach. 18/12/2008 núm. 271. 12,13 g. (= Archivo Villaronga núm. 273-25-2; Guadán 1969, lám. 34).
- 16** A13
R13
- a* Barcelona. GNC núm. 23399. 16,65 g, 8 h.
 - b Madrid. MAN núm. 1973/24/6767. 15,19 g, 5 h.
- 17** A14
R13
- a* Sub. A.N.E. 10/02/1998 núm. 121.

- 18** A15
R13
a* Lérida. IEI núm. AE0374. 13,90 g.
- 19** A16
R13
a* París. BN. 21,66 g, 8 h. (= Ripollès 2005, núm. 917).
- 20** A17
R13
a* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3683. 14,95 g, 8 h. (= Martí 2006-2007, lám. 3, núm. 12).
- 21** A18
R13
a* Sub. Vico. 14/11/2012 núm. 251. 12,22 g.
b* Barcelona. Col. Montañes. 18,02 g, 9 h.
c Barcelona. Archivo Villaronga núm. C.P. 585. 21,66 g, 8 h.
d Barcelona. Archivo Villaronga núm. 809-31-2. 14,90 g, 3 h. (Col. Tizón).
- 22** A18
R14
a* Valencia. Museu de Prehistòria de València núm. 22346. 14,71 g, 3 h.
b Sub. Áureo. 01/03/1995 núm. 2117. 14,71 g.
- 23** A18
R15
a* Premià de Mar. Col. Torrents núm. I-10. 16,00 g.
b Badalona. Museu de Badalona núm. 3041. 13,38 g, 12 h.
- 24** A18
R16
a* Mataró. Col. Barcelò. 14,67 g, 12 h.
- 25** A19
R16
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 106-31. 13,40 g, 7 h.
- 26** A20
R16
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1080-25-1. 14,35 g.
b Sub. iNumis. 18/03/2014 núm. 104. 13,76 g, 11 h.
c Barcelona. Archivo Villaronga núm. 315-39-2. 10,90 g, 9 h.
- 27** A21
R17
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 539-17-1. 14,75 g, 9 h.
- 28** A22
R18
a* Sub. Áureo. 05/02/2003 núm. 356. 14,54 g.
- 29** A23
R19
a* Sub. Áureo. 15/12/1994 núm. 202. 12,48 g.
- 30** A24
R20
a* Sub. Ibercoin Tarkis. 25/10/2003 núm. 145. 12,42 g.
- 31** A25
R21
a* Sub. Áureo. 28/02/1992 núm. 194. 22,19 g.
- 32** A26
R22
a* Sub. CNG Electronic Auctions. 30/09/2009 núm. 219. 13,14 g.
b Desconocida. Guadán 1969 núm. 299, lám. 34.

- 33 A27
R22
c Sub. Classical Numismatic núm. 33. 12,00 g, 2 h.
d Sub. Hervera. 28/06/2005 núm. 18. 11,90 g.
- 34 A28
R22
a* Sub. Áureo. 07/11/2007 núm. 2196. 14,65 g.
b Badalona. Museu de Badalona núm. 607. 15,50 g, 1 h.
- 35 A28
R23
a* Madrid. MAN núm. 1920/73/430. 18,90 g, 1 h.
b* Badalona. GNC núm. 30884. 14,75 g, 12 h.
c Mataró. Museu de Mataró núm. MCM75224. 9,72 g, 1 h. (= Martí 2006-2007, lám. 8, núm. 16).
- 36 A29
R23
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1300-1-1. 5 h.
b* Tarragona. MNAT núm. 1855. 10,04 g, 12 h.
c Sub. Áureo. 27/05/1999 núm. 2170. 10,87 g.
d Sub. Áureo. 21/06/2007 núm. 2230. 13,42 g.
- 37 A30
R24
a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 958-27-1. 15,00 g, 9 h.
- 38 A31
R24
a* Sub Áureo. 30/06/1993 núm. 139. 15,69 g.
b Badalona. Museu de Badalona núm. 9528. 11,14 g, 2 h.
c Sub. Calicó. 11/1978 núm. 552. 13,02 g.
- 39 A31
R23
a* Sub Vico. 13/11/2008 núm. 114. 19,40 g.
- 40 A31
R25
a* Madrid. MAN núm. 1993/67/3425. 14,60 g, 8 h. (= Navascués 1969, núm. 2129).
b Madrid. MAN núm. 1993/67/3427. 13,97 g, 4 h. (= Navascués 1969, núm. 2131).
- 41 A31
R26
a* Barcelona. GNC núm. 30298. 14,01 g, 2 h.
- 42 A31
R27
a* París. BN. 19,28 g, 7 h. (= Ripollès 2005, núm. 916).
- 43 A32
R23
a* Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0662. 11,02 g, 3 h.
b Estocolmo. Royal Coin Cabinet 12,13 g, 4 h. (= *SNG Stockholm* núm. 672).
c Oxford. Ashmolean Museum núm. 638. 18,44 g.
- 44 A32
R25
a* Sub. Vico. 09/10/2012 núm. 241. 15,64 g.
b Sub. Áureo. 03/03/1999 núm. 1217. 14,95 g.
- a* Madrid. MAN núm. 1993/67/3424. 16,01 g, 2 h. (= Navascués 1969, núm. 2128).

- b Barcelona. GNC núm. 21224. 14,54 g, 1 h.
c Badalona. Museu de Badalona núm. 633. 15,01 g, 7 h.
d Barcelona. Archivo Villaronga núm. 127-41. 12,20 g, 11 h.
e Mataró. Museu de Mataró núm. MCM75214. 11,37 g, 7 h. (= Martí 2006-2007, lám. 7, núm. 17).
f Roma. Col. Pardini núm. 12-333-884. 12,52 g, 5 h.
- 45** A32
R28
a* Premià de Mar. Col. Torrents núm. I-12. 14,93 g. (= Sub. Hervera & Soler y Llach. 28/02/2012 núm. 554858).
b Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0667. 12,60 g, 10 h.
- 46** A32
R29
- 47** A32
R30
a* Sub. Vico. 10/11/2005 núm. 1115. 13,40 g.
- a* Barcelona. GNC núm. 30297. 13,59 g, 1 h.
b* Premià de Mar. Col. Torrents núm. I-9. 15,09 g.
c* Barcelona. GNC núm. 21225. 13,71 g, 9 h.
d Sub. Calicó. 19/06/1979 núm. 821. 17,75 g, 2 h.
e Sub. Vico. 11/11/2010 núm. 202. 18,00 g.
f Sub. Vico. 13/11/2008 núm. 3090. 15,80 g.
g Barcelona. GNC núm. 19201. 16,76 g, 6 h.
- 48** A33
R30
- a* Mataró. Col. Barcelò. 14,88 g, 2 h.
- 49** A34
R31
- a* Mataró. Col. Barcelò. 12,14 g, 12 h.
- 50** A35
R31
a* Madrid. Col. Cores núm. 747. 13,48 g, 11 h.
b* Mataró. Museu de Mataró núm. 14.05.03. 13,90 g, 1 h.
c Barcelona. GNC núm. 19327. 15,39 g, 6 h.
d Estocolmo. Royal Coin Cabinet 14,37 g, 5 h. (= *SNG Stockholm* núm. 674).
e Barcelona. GNC núm.19638. 14,50 g, 5 h.
f Barcelona. GNC núm. 9434. 13,36 g, 7 h.
g Terrasa. Museu de Terrasa núm. 25868. 11,97 g, 9 h.
h Mataró. Museu de Mataró núm. MCM75225. 13,09 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 8, núm. 17).
i Sub. Ebay núm. 180988729830. 16,00 g, 2 h.
- 51** A35
R32
a* Sub. Arche. 12/1986 núm. 33.
b Guisona. Museu de Guissona núm. M-293. 14,68 g, 11 h.
- 52** A36
R32
- a* Sub. Ars Clasica. 29 y 30/03/1989 núm. 411. 11,94 g.
- 53** A37
R32
a* Sub. Hervera. 24/11/1994 núm. 17. 17,60 g.
b* Mataró. Muesu de Mataró núm. 12.01.11. 11,79 g, 12 h.
c* Madrid. MAN núm. 1993/67/3426. 14,47 g, 6 h. (= Navascués 1969, núm. 2130).
d Barcelona. Archivo Villaronga núm. 58-31. 10,65 g, 11 h.

- e Badalona. Museu de Badalona núm. 631. 12,32 g, 2 h.
 f Barcelona. Archivo Villaronga núm. 33-31. 12,65 g, 4 h. (= Villaronga 865).
 g Barcelona. Archivo Villaronga núm. 67-16. 15,40 g, 2 h.
 h Estocolmo. Royal Coin Cabinet 16,96 g, 7 h. (= *SNG Stockholm* núm. 673).
 i Barcelona. GNC núm. 30300. 10,14 g, 12 h.
 j Sub. Calicó. 19/06/1979 núm. 822. 15,40 g.
- 54** A38
R32
 a* Badalona. Museu de Badalona núm. 638. 14,73 g, 5 h.
 b Lérida. IEI núm. AE0377. 10,46 g.
 c L'Escala. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries núm. 6328. 13,86 g, 12 h.
- 55** A39
R32
 a* Barcelona. GNC núm. 33814. 13,23 g, 1 h.
 b Sub. Euro-Shekel núm. 85. 11,62 g.
- 56** A40
R33
 a* Mataró. Museu de Mataró núm. 12.08.10. 12,17 g, 12 h.
- 57** A41
R34
 a* Mataró. Museu de Mataró núm. 1542. 15,15 g, 3 h. (= Martí 2006-2007, lám. 5, núm. 7).
- 58** A42
R35
 a* Madrid. MAN núm. 1920/73/432. 15,46 g, 9 h.
- 59** A43
R36
 a* Mataró. Museu de Mataró núm. 1570. 10,19 g, 3 h. (= Martí 2006-2007, lám. 1, núm. 11).
- 60** A44
R37
 a* Sub. Áureo. 22/09/2008 núm. 147. 15,81 g.
- 61** A45
R38
 a* Valencia. Museu de Prehistòria de València núm. 31223. 13,50 g, 3 h.
- 62** A46
R39
 a* Sub. A.N.E. 31/01/1980 núm. 78. 16,00 g.
 b Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1115-19-2. 13,20 g, 11 h.
- 63** A47
R40
 a* Madrid. Col. Cores núm. 751. 12,37 g, 3 h.
- 64** A48
R41
 a* Barcelona. GNC núm. 21226. 13,29 g, 10 h.
 b Barcelona. GNC núm. 33815. 16,22 g, 11 h.
- 65** A48
R42
 a* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3687. 16,22 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 4, núm. 8).
 b Barcelona. Archivo Villaronga núm. 301-27-1. 11,00 g, 7 h. (= Col. Rectorat núm. 32).

- 66** A48
R43 c Sub. Classical Numismatic núm. 34. 12,11 g, 7 h.
- a* Estocolmo. Royal Coin Cabinet 15,44 g, 1 h. (= *SNG Stockholm* núm. 671).
- b* Guisona. Museu de Guissona núm. M-266. 16,6 g, 12 h.
- c Sub. Àureo. 02/06/2004 núm. 2146.
- d Sub. Glasgow-Hunterian. 18,6 g.
- e Barcelona. Archivo Villaronga núm. 315-39-1. 17,70 g, 7 h.
- 67** A48
R44 a* Barcelona. Archivo Villaronga. 17,70 g, 2 h.
- b* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1080-25-2. 16,60 g, 2 h.
- c Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1112-37.
- d Sub. Àureo. 16 y 17/12/2002 núm. 393. 17,82 g.
- 68** A49
R45 a* Valencia. Museu de Prehistòria de València núm. 22345. 15,23 g, 3 h. (= Aureo 01/03/1995 núm. 2119).
- b Copenhagen. Dansk National Museen. 19,73, 9 h. (= *SNG Cop.* núm. 277).
- c Barcelona. GNC núm. 13842. 14,08 g, 9 h.
- d* Barcelona. GNC núm. 30304. 13,29 g, 1 h.
- e Madrid. MAN núm. 1993/67/3428. 13,82 g, 9 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2132).
- f Badalona. Museu de Badalona núm. 537. 11,74 g, 3 h.
- g Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0663. 8,41 g, 9 h.
- 69** A49
R46 a* Madrid. Col. Cores núm. 750. 14,47 g, 3 h.
- b Mataró. Col. Barcelò. 13,42 g, 10 h.
- 70** A49
R47 a* Madrid. MAN núm. 1993/67/3431. 11,84 g, 12 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2135).
- 71** A50
R48 a* Sub. Àureo. 26/01/1999 núm. 328. 14,16 g.
- b Sub. Àureo. 21/10/1997 núm. 367. 13,43 g.
- c Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0666. 13,82 g, 10 h.
- 72** A51
R49 a* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM7323. 13,91 g, 2 h.
- b* Barcelona. GNC núm. 23400. 12,79 g, 9 h.
- c* Madrid. RAH núm. 1080. 12,37 g, 11 h.
- d Barcelona. Archivo Villaronga núm. 302-5-1. 14,00 g, 11 h.
- e Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1044-35-1. 14,10, 1 h.
- f Barcelona. GNC núm. 29643. 14,90 g, 6 h.
- g Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18167. 11,97 g, 7 h.
- h Sub. Hervera. 04/07/1997 núm. 122. 18,00 g.
- i Barcelona. Archivo Villaronga núm. 58-29. 12,65, 3 h.

- 73** A52
R50
- a* Madrid. MAN núm. 1993/67/3422. 16,08 g, 4 h. (= Navascués 1969, lám. LIX núm. 2127).
 - b Badalona. Museu de Badalona núm. 12,40 g, 12 h.
 - c Sub. Áureo. 20/09/2001 núm. 526. 12,04 g.
- 74** A52
R51
- a* Mataró. Col. Barcelò. 13,04 g, 7 h.
 - b Badalona. Museu de Badalona núm. 3003. 15,44 g, 3 h.
- 75** A52
R52
- a* Sub. Áureo. 22/09/1997 núm. 309. 14,63 g.
 - b Sub. Hervera. 25/10/2012 núm. 2121. 15,30 g.
 - c Lérida. IEI núm. AE0375. 10,12 g.
 - d Barcelona. Archivo Villaronga núm. 7582. 14,10 g, 10 h.
 - e Sub. Áureo. 03/03/1999 núm. 3294. 15,49 g.
- 76** A53
R53
- a* Sub. Áureo. 27/05/1999 núm. 126. 15,13 g.
 - b* Mataró. Museu de Mataró núm. 6. 14,26 g, 3 h. (= Martí 2006-2007, lám. 10, núm. 9).
 - c Barcelona. Col. Montañes. 14,66 g, 2 h. (= Villaronga 1994, 194, 15).
 - d Barcelona. Archivo Villaronga núm. 273-23. 16,00 g, 2 h.
 - e* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM8867. Falta peso y ejes.
 - f Sub. Áureo. 09/10/2008 núm. 221. 11,80 g.
 - g Terrasa. Museu de Terrassa núm. 25766. 20,00 g, 5 h.
 - h Sub. Áureo. 09/04/2003 núm. 3329. 18,84 g
- 77** A53
R54
- a* Madrid. Col. Cores núm. 748. 16,20 g, 5 h.
 - b* Madrid. IVDJ núm. 1024. 11,16 g, 6 h.
 - c* Sub. Vico. 13/11/2008 núm. 3089. 14,60 g.
 - d Sub. A.N.E. 29 y 30/10/1985 núm. 117.
 - e Roma. Museo Nazionale Romano núm. 34-79885. 11,67 g, 6 h. (= Ripollès 1986 núm. 34).
 - f Sub. Numag. 18/01/1995 núm. 1007. 13,20 g.
 - g Roma. Museo Nazionale Romano núm. 33-79883. 14,16 g, 6 h. (= Ripollès 1986 núm. 33).
- 78** A54
R55
- a* Sub. Vico. 14/01/1988 núm. 14.
- 79** A55
R56
- a* Sub Hervera & Soler y Llach. 05/11/2009 núm. 2194. 12, 48 g.
 - b Sub. A.N.E. 5-6/60 núm. 160.
- 80** A55
R57
- a* Sub. Vico. 12/11/2009 núm. 67. 17,20 g.
 - b* Madrid. Col. Cores núm. 749. 13,41 g, 3 h.
 - c Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1265-27-2.
 - d* Sub. Hervera & Soler y Llach. 28/01/2010 núm. 66. 13,45 g.

		e*	Barcelona. GNC núm. 21227. 17,41 g, 12 h.
		f	Sub. Hervera. 17/12/2013 núm. 2126. 14,61 g.
81	A56 R58		
		a*	Barcelona. GNC núm. 14129. 14,08 g, 2 h.
82	A57 R59		
		a*	Sub. Luis Lalana/ 10/1993 núm. 81. 18 g.
		b	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 866-29-1.
83	A58 R60		
		a*	Sub. Sisó. 03/10/1986 núm. 16. 9,46 g.
		b	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 274-5. 16,75 g, 4 h. (= Villaronga núm. 1906).
84	A59 R60		
		a*	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 1257-3-1. 14,5 g.
85	A60 R61		
		a*	Barcelona. Col. Montañes. 13,90 g, 12 h. (= Archivo Villaronga núm. 1160-11-1).

Otros ejemplares con cuño/s no identificados

a	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 330. 15,70 g, 9 h. (A3?).
b	Madrid. IVDJ núm. 1023. 20,21, 4 h. (R4?).
c	Barcelona. Archivo Villaronga. 11,50 g. (A7?).
d	Sub. Hervera. 20/11/1997 núm. 24. 13,78 g. (A7?).
e	Sub. Calicó. 8 y 9/11/1978 núm. 554. 12,67 g. (A9?).
f	Mataró. Museu de Mataró núm. 1543. 11,35 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 1, núm. 10). (A18?).
g	Barcelona. Archivo Villaronga. 17,67 g. (R27?).
h	Oxford. Ashmolean Museum núm. 637. 12,65 g. (R23?).
i	Barcelona. GNC núm. 105692. 12,14 g, 1 h. (A31?).
j	Sub. Hervera & Soler y Llach. 06/07/2010 núm. 411864. 18,20 g. (A31?).
k	Madrid. MAN núm. 1993/67/3430. 12,57 g, 9 h. (= Navascués 1969, núm. 2134). (A32).
l	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 896-1-1. 11,50 g, 2 h (= Col. Tizón). (A32?).
m	Roma. Museo Nazionale Romano núm. 32-79884. 13,30 g, 1 h. (= Ripollès 1986 núm. 32) (A37?).
n	L'Escala. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries núm. 5152 17,35 g, 8 h. (A41?).
ñ	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 301-31-1. 13,20 g, 12 h. (= Col. Rectoret núm. 36). (A48).
o	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 191-27. 10,60 g, 9 h. (49?).
p	Sub. Áureo. 19/12/1995 núm. 2301. 13,85 g.
q	Madrid. MAN núm. 1973/24/6766. 16,43 g, 2 h.
r	Badalona. Museu de Badalona núm. 7716. 12,93 g, 3 h.
s	Sub. Ancient Coins. 07/05/2009 núm. 6579. 15,70 g.
t	Badalona. Museu de Badalona núm. 3014. 17,73 g, 4 h.
u	L'Escala. Museu d'Empúries núm. 6379. 6,20 g, 7 h.
v	Sub. A.N.E. 5-6/60 núm. 157.

w	Tona. Museu del Camp de les Lloses núm. CdL03. 14,30 g, 8 h.
x	Desconocida. Río Liri (Italia). 7,41 g, 4 h. (=Stannard núm. 53317 ⁷¹⁷).
y	Barcelona. GNC núm. 100874. 10,90 g, 3 h.
z	Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18165. 15,55 g, 9 h.
aa	Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18170. 15,92 g, 2 h.
ab	Barcelona. GNC núm. 105691. 14,13 g, 3 h.
ac	Barcelona. GNC núm. 19523. 12,74 g, 10 h.
ad	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 865. 12,65 g, 3 h.
ae	L'Escala. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries núm. 6326. 10,11 g, 12 h.
af	Barcelona. GNC núm. 5154. 8,43 g, 8 h.
ag	Nueva York. ANS núm. 1944.100.83887. 16,51 g, 12 h.
ah	Mataró. Museu de Mataró núm. 75124. 16,60 g, 1 h. (= Martí 2006-2007, lám. 7, núm. 8).
ai	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM4630. 13,63 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 2, núm. 9).
aj	Badalona. Museu de Badalona núm. 651. 10,10 g, 8 h.
ak	Badalona. Museu de Badalona núm. 709. 14,01 g, 2 h.
al	Badalona. Museu de Badalona núm. 501. 10,98 g, 9 h.
am	Badalona. Museu de Badalona núm. 3186. 10,14 g, 12 h.
an	Mataró. Museu de Mataró núm. 1541. 10,87 g, 1 h. (= Martí 2006-2007, lám. 5, núm. 13).
añ	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 2112-35. 12,14 g, 9 h.
ao	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 586-19-2. 14,00 g, 12 h (= Col. Miralles).
ap	Vic. Museu Diocesà de Vic núm. MEV18171. 16,04 g, 12 h.
aq	Madrid. MAN núm. 1993/67/3584. 7,56 g, 8 h.
ar	Badalona. Museu de Badalona núm. 7240. 15,82 g, 4 h.
as	Alicante. MARQ núm. 64. 13,00 g, 6 h. (= Ripollès 1982, 218, núm. 64).
at	Barcelona. GNC núm. 246. 9,76 g, 6 h.
au	Mataró. Museu de Mataró núm. 14.07.32. 14,20 g, 5 h.
av	Badalona. Museu de Badalona núm. 7239. 18,78 g, 12 h.
aw	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 949-41-2. 11,10 g, 9 h.
ax	Madrid. MAN núm. 1993/67/3421. 19,28 g, 6 h. (= Navascués 1969, núm. 2125).
ay	Sub. Hervera & Soler y Llach. 27/10/2010 núm. 424277. 13,10 g.
az	Mataró. Museu de Mataró núm. MCM6138. 14,44 g, 12 h. (= Martí 2006-2007, lám. 2, núm. 3).
ba	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 639. 6,60 g, 6 h.
bb	Sub. Calicó. 08 y 09/11/1978 núm. 552. 13,02 g.
bc	Terrasa. Museu de Terrasa núm. 125. 10,96 g, 6 h.
bd	Badalona. Museu de Badalona núm. 3047. 12,64 g, 12 h.
be	Barcelona. GNC núm. 105702. 15,50 g, 8 h.
bf	Barcelona. GNC núm. 26668. 12,85 g, 9 h.
bg	Sub. A.N.E. 07 y 09/03/1989 núm. 334.
bh	Nueva York. ANS núm. 1944.100.83890. 15,45 g.
bi	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 301-25-1. 9,40 g, 3 h.
bj	Mataró. Col. Barcelò. 13,94 g, 3 h.
bk	Barcelona. Archivo Villaronga núm. 304-23-1. 13,65 g, 9 h.
bl	Princeton. Firestone Library núm. 4974. 16,09 g, 12 h.

⁷¹⁷ Agradecemos a C. Stannard la información facilitada y el acceso a su base de datos que aun no ha sido publicada.

- bm Roma. Museo Nazionale Romano núm. 29-79944. 14,50 g, 12 h. (= Ripollès 1986 núm. 29).
- bn Sub. Hervera & Soler y Llach. 18/12/2008 núm. 272. 15,60 g.
- bñ Sub. Vico. 11/1983 núm. 68. 15,06 g.
- bo Mataró. Museu de Mataró núm. 22. 15,12 g, 1 h. (= Martí 2006-2007, lám. 9, núm. 18).
- bp Mataró. Museu de Mataró núm. MCM3358. 15,80 g, 3 h.
- bq Mataró. Museu de Mataró núm. 14.05.07. 13,95 g, 9 h.
- br Sub. Hervera & Soler y Llach. 25/10/2011 núm. 523676. 19,00 g.
- bs Madrid. MAN núm. 1920/73/431. 16,43 g, 3 h.
- bt Badalona. Museu de Badalona núm. 527. 17,64 g, 2 h.
- bu Sub. Vico. 17/06/1993 núm. 114. 15,00 g.
- bv Sub. Hervera. 29/06/1995 núm. 1137. 12,88 g.
- bw Madrid. IVDJ núm. 1022. 15,52 g, 10 h.
- bx Hervera & Soler y Llach. 28/01/2010 núm. 65. 14,80 g.
- by Badalona. Museu de Badalona núm. 9526. 13,01 g, 7 h.
- bz Barcelona. Archivo Villaronga núm. 181-25. 11,62 g, 7 h. (= Col. Nuix núm. 261).
- ca Barcelona. Archivo Villaronga núm. 355-1-1. 12,45 g, 5 h.
- cb Barcelona. Archivo Villaronga núm. 915-9-2. 11,60 g, 9 h.
- cc Barcelona. Archivo Villaronga núm. 301-29-1. 12,90 g, 9 h. (= Col. Rectorat núm. 34).
- cd Sub. Moreda. 30/04/1999 núm. 377. 14,80 g.

V.2. Cuartos. Símbolo oreja



AE. 3,65 g (51). 16/19 mm. Cuños: variable.

Vives 24-9; Vill. 5b; CNH 16; ACIP 1350.

Anv. Cabeza masculina laureada a derecha, detrás símbolo oreja.

Rev. Medio Pegaso a derecha. Encima tres glóbulos. Debajo, sobre línea, inscripción ibérica $\Psi\Gamma\Delta\text{H}$ / $\Psi\Gamma\Delta\text{H}$ (**iduro**).

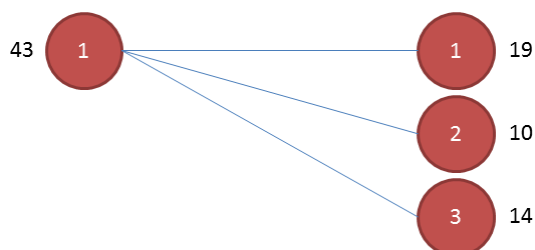


Figura 200. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo V.2.

- 1** A1
- R1
- a* Barcelona. Archivo Villaronga núm. 7503. 4,10 g, 10 h. (= Sub. Áureo. 07/03/2001 núm. 290).

- b* Madrid. Col. Cores núm. 761. 3,29 g, 3 h.
c* Madrid. Col. Cores núm. 763. 4,01 g, 2 h.
d* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM4628. 3,67 g, 9 h. (= Martí 2006-2007, lám. 2, núm. 11).
e Mataró. Museu de Mataró núm. 3003-230. 3,86 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 9, núm. 14).
f Mataró. Museu de Mataró núm. 3002-117. 3,98 g, 5 h. (= Martí 2006-2007, lám. 9, núm. 7).
g Tarragona. MNAT núm. 1836. 3,03 g, 12 h.
h Mataró. Museu de Mataró núm. 3003-229. 4,17 g, 3 h. (= Martí 2006-2007, lám. 9, núm. 15).
i Mataró. Col. Barceló. 3,26 g, 6 h.
j Sub. Numag. 30/04/1999 núm. 101. 3,10 g.
k Sub. Àureo. 02/06/2004 núm. 62. 3,98 g.
l Sub. Hervera. 28/06/2005 núm. 119. 4,20 g.
m Sub. Àureo. 29/09/1998 núm. 725. 3,56 g.
n Sub. Hervera & Soler y Llach. 05/11/2009 núm. 2197. 3,60 g.
ñ Sub. Àureo. 29/10/2008 núm. 225. 2,96 g.
o Sub. Àureo. 15 y 16/12/2004 núm. 3246. 6,96 g.
p Mataró. Col. Barceló. 3,01 g, 3 h.
q Mataró. Museu de Mataró núm. MCM4632. 4,35 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 2, núm. 7).
r Sub. Àureo. 14/06/1994 núm. 2155. 3,46 g.
- 2** A1
 R2
- a* Barcelona. GNC núm. 26677. 3,77 g, 5 h.
b* Barcelona. GNC núm. 33822. 3,54 g, 3 h.
c* Madrid. Col. Cores núm. 762. 4,32 g, 3 h.
d* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM4627. 3,56 g, 12 h. (= Martí 2006-2007, lám. 2, núm. 12).
e Barcelona. Col. Montañes. 3,40 g, 9 h.
f Sub. Speed Auction. 16/09/2011 núm. 511320.
g Sub. Àureo. 14 y 15/01/1992 núm. 771. 3,56 g.
h Sub. A.N.E. 06 y 07/06/1984 núm. 69. 3,62 g.
i Mataró. Museu de Mataró núm. MCM8866. 3,51, 4 h.
j Sub. Hervera & Soler y Llach. 18/12/2008 núm. 277. 4,00 g.
- 3** A1
 R3
- a* Mataró. Museu de Mataró núm. 19. 3,97 g, 8 h.
b* Desconocida. Río Liri (Italia). 3,36 g, 7 h. (= Stannard núm. 14082⁷¹⁸).
c* Sub. Àureo & Calicó. 17/03/2011 núm. 1051. 3,93 g.
d* Mataró. Museu de Mataró núm. MCM4631. 3,10 g, 5 h. (= Martí 2006-2007, lám. 2, núm. 8).
e Sub. Calicó. 18 y 19/06/1979 núm. 823. 3,90 g.
f Sub. Àureo. 02/07/1996 núm. 125. 2,93 g.
g Barcelona. GNC núm. 44508. 3,42 g, 6 h.
h Barcelona. Col. Montañes. 3,62 g, 3 h.
i Barcelona. GNC núm. 26678. 3,63 g, 2 h.
j Sub. Àureo. 21/10/1997 núm. 368. 3,74 g.
k Sub. Speed Auction. 16/09/2011 núm. 511319. 1,85 g.
l Sub. Vico. 09/10/2012 núm. 242. 3,75 g.
m Sub. Hervera & Soler y Llach. 18/12/2008 núm. 275.
n Sub. Àureo. 16/03/1993 núm. 118. 3,94 g.

⁷¹⁸ Agradecemos a C. Stannard la información facilitada y el acceso a su base de datos que aun no ha sido publicada.

Otros ejemplares con año/os no identificados.

- a L'Escala. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Empúries núm. 6333. 2,45 g, 12 h. (A1).
- b Mataró. Museu de Mataró núm. 11.08.19. 3,45 g, 9 h. (A1).
- c Sub. Hervera & Soler y Llach. 18/12/2008 núm. 276. 4,20 g. (A1).
- d Mataró. Museu de Mataró núm. 1545. 3,71 g, 11 h. (A1). (= Martí 2006-2007, lám. 5, núm. 14).
- e Madrid. IVDJ núm. 1033. 3,61 g, 2 h. (A1).
- f Sub. Hervera. 04/07/1997 núm. 120. 3,90 g. (A1).
- g Cabrera de Mar. DMCB núm. BMP-11. 4,34 g, 11 h. (A1).
- h Sub. Vico. 13/11/2003 núm. 57. 3,60 g.
- i Londres. British Museum núm. SNGuk_0902_0668. 3,34 g, 1 h. (A1).
- j Mataró. Museu de Mataró núm. 1546. 1,58 g, 2 h. (= Martí 2006-2007, lám. 1, núm. 12).

18. LÁMINAS

18.1. Período I (150-125 a. C.)

18.1.1. Grupo I

I.1: As uncial reducido: jabalí



1a



2a



3a



I.2: Sextante uncial reducido: delfín / dos delfines



1a



1b



2a



3a



3b



18.1.2. Grupo II

II.1: As uncial reducido: sin símbolo



1a



1b



2a



3a



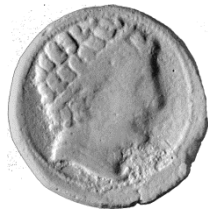
4a



5a



II.2. Semis uncial reducido: sin símbolo



1a



1b



1c



2a



II.3. Triente uncial reducido: sin símbolo



1a



1b



2a



2b



II.4. Sextante uncial reducido: sin símbolo



1a



2a



3a



4a



18.2. Período II (125-100/90 a. C.)

18.2.1. Grupo III

III.1: Unidad: Leyenda con signo ibérico Γ



1a



2a



2b



3a



3b



4a



5a



5c



6a



6b



6c



7a





8a



9a



10a



10b



11a



12a



12b



13a



13b



13c



14a



14b





15a



16a



16b



17a



18a



18b



19a



20a



20b



21a



21b



22a





23a



23b



24a



25a



25b



26a



26b



26c



27a



27b



28a



29a





30a



30b



31a



31b



32a



32b



33a



33b



34a



34b



35a



35b





36a



36b



37a



37b



III.2: Mitades: Caballo galopando



1a



1b



1c



1d



2a



2b



3a



3b



III.3: Tercios: Dos delfines a derecha



1a



1b



2a



3a



4a



5a



6a



7a



III.4: Cuartos: Símbolo **to/do** (W)



1a



1b



18.2.2. Grupo IV

IV.1: Unidad: Leyenda con signo ibérico Λ



1a



1d



2a



2b



2c



3a



4a



4d



5a



6a



7a



7b





14c



15a



16a



16b



17a



18a



19a



19b



19c



20a



20b



20c



18.3. Período III (90/80-72 a. C.)

18.3.1. Grupo V

V.1: Unidad: Símbolo oreja



1a



2a



3a



4a



5a



6a





7a



8a



9a



10a



11a



12a



13a



14a



15a





16a



17a



18a



19a



20a



21a



21b



22a



23a





24a



25a



26a



27a



28a



29a



30a



31a



32a





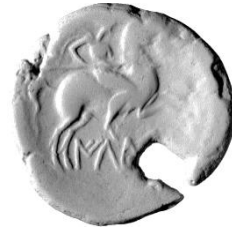
33a



34a



34b



35a



35b



36a



37a



38a



39a





40a



41a



42a



43a



44a



45a



46a



47a



47b





47c



48a



49a



50a



50b



51a



52a



53a



53b





53c



54a



55a



56a



57a



58a



59a



60a



61a





62a



63a



64a



65a



66a



66b



67a



67b



68a





68d



69a



70a



71a



72a



72b



72c



73a



74a





75a



76a



76b



76e



77a



77b



77c



78a



79a





80a



80d



80b



80e



81a



82a



83a



84a



85a



V.2: Cuartos: Símbolo oreja



1a



1b



1c



1d



2a



2b



2c



2d



3a



3b



3c



3d



TERCERA PARTE: EL PROCESO DE COLONIZACIÓN

19. EL PROCESO DE COLONIZACIÓN DEL VALLE DE CABRERA DE MAR: ALGUNAS REFLEXIONES

Intentar describir o explicar los hechos históricos que tuvieron lugar en un área geográfica tan concreta como el valle de Cabrera de Mar es siempre una tarea compleja y que requiere de un cierto margen para la interpretación; más aún si se pretende confirmar o refutar los hechos comparando los escasos datos que se desprenden de los textos clásicos con los procedentes del registro arqueológico para interpretarlos después. La parquedad de palabras de los historiadores antiguos en referencia con el territorio layetano –y, por supuesto, con el valle de Cabrera de Mar– apenas arroja algo de luz sobre el período histórico comprendido entre la Segunda Guerra Púnica y la intervención del cónsul M. Porcio Catón. Afortunadamente, el registro arqueológico es algo más rico, pues aporta datos interesantes para poder comprender los fenómenos que tuvieron lugar en la transición del siglo III al II a. C. durante el último tercio de este y, especialmente, a lo largo del primer cuarto del siglo I a. C. En este capítulo, se intentará combinar ambas fuentes de información para alcanzar una visión lo más aproximada y objetiva posible –aunque siempre hipotética– acerca de cuál era la situación en el valle antes, durante y al finalizar la actividad del taller de **ilduro**⁷¹⁹.

Parece difícil llevar a cabo una tarea de semejante envergadura sin tener en mente un esquema o hilo conductor que ayude a organizar y narrar los hechos de forma comprensible y coherente. Por este motivo –y siempre con fines meramente explicativos– el intervalo de tiempo comprendido entre las Guerras Púnicas y las Guerras Sertorianas será dividido en diversas fases, lo que ayudará a ordenar la información y a presentarla de una forma clara. Debido a la temática y cronología de esta tesis –la ceca de **ilduro** y el proceso de colonización del valle de Cabrera de Mar– una gran parte de este capítulo se dedicará a estudiar los sucesos acaecidos durante la segunda mitad del siglo II a. C., mientras que se hará lo propio con los hechos que tuvieron lugar durante la primera mitad de la centuria de una forma algo más breve e introductoria. La mencionada división en fases o períodos no implica que necesariamente exista un momento de ruptura o cambio con respecto a

⁷¹⁹ En ocasiones, la falta de datos hará que deba recurrirse a áreas más amplias –como la Layetania e incluso el NE peninsular– para poder entender la situación en el valle.

los anteriores intervalos cronológicos que aquí se proponen. Empero, permite observar fenómenos propios dentro de cada período, incidir en sus problemáticas más significativas y elaborar un discurso diacrónico⁷²⁰.

El discurso se inicia con los acontecimientos que acaecieron en el territorio layetano –y, principalmente, en el valle de Cabrera de Mar– durante la Segunda Guerra Púnica. Tales episodios dieron lugar a un momento histórico de inestabilidad y de sublevaciones indígenas que propiciarían la intervención del cónsul M. Porcio Catón (218-195 a. C.). Este primer momento, que abarca desde finales del siglo III a. C. hasta inicios del II a. C. cuenta con un registro arqueológico –pautas de asentamiento, materiales cerámicos y numismáticos– bastante característico y que –como se verá seguidamente– permite relacionarlo –siempre con extrema cautela– con la escasa información que se puede obtener de la atenta lectura de las fuentes.

Posteriormente, sobrevino un segundo período (195-150 a. C.) que se corresponde cronológicamente con los sucesos ocurridos durante la primera mitad del siglo II a. C. Por tanto, se iniciará tras la represión catoniana, lo que parece supuso la pacificación de los territorios de la actual Cataluña –el valle de Cabrera de Mar no fue una excepción–. Posiblemente sea esta la etapa peor conocida para el área objeto de estudio, puesto que nada cabe esperar de los textos clásicos. Esto, unido a un registro arqueológico pobre e insuficiente –los niveles excavados en el valle cuya cronología se adscribe con certeza a este período son escasos–, hace que resulte extremadamente complejo aportar algo de luz a un momento del que tan solo parece conocerse vagamente el comportamiento y la evolución de las cerámicas de importación (véase capítulo 6).

A continuación, se narran los hechos pertenecientes a una tercera fase que podría fecharse entre los años 150 y 90-80 a. C. Esta es mucho más rica arqueológicamente hablando para el valle de Cabrera de Mar, que parece vivir una fase de cambio y transformación. Es un período cuya cultura material se identifica con facilidad, pues presenta un tipo de cerámica importada muy concreta y se caracteriza por la monetización lenta, pero progresiva, del valle (véase capítulo 7). Durante el último cuarto del siglo II a. C., la gran mayoría de emisiones ibéricas layetanas entraron en circulación y tanto el asentamiento tardo-republicano –fundado en un momento temprano de esta fase– como el *oppidum* de Burriac alcanzaron su apogeo siendo, por tanto, un período también muy rico arquitectónica y urbanísticamente hablando (véanse capítulos 4 y 5). Es en este momento cuando el valle de Cabrera de Mar alcanzará su cenit como centro urbano justo antes de apagarse para dejar paso a la posterior *Iluro*.

⁷²⁰ Olesti 2010: 13.

Finalmente, el último lapso de tiempo se corresponde aproximadamente con el segundo cuarto del siglo I a. C. (90/80-50 a. C.), instante en que el taller de **ilduro** cesará su producción y finaliza el hábitat concentrado en el valle. En su lugar, florece una importante ocupación de carácter productivo e industrial, como los centros alfareros y otras estructuras relacionadas con la industria vitivinícola denotan. Históricamente, el conflicto que enfrentó a Pompeyo y Sertorio parece monopolizar unas fuentes que nada aportarán a la hora de interpretar esta fase final en el valle de Cabrera de Mar; no obstante –y gracias una vez más al registro arqueológico–, se podría afirmar que el conflicto poco o nada tuvo que ver con el abandono del valle. La fundación *ex novo* de nuevos centros –como *Baetulo*, *Iluro* y *Blandae*–, la implantación progresiva de un nuevo sistema económico y de explotación del territorio, o la despoblación y posterior abandono de la práctica totalidad de los *oppida* ibéricos –iniciada en las fases anteriores– parece que simplemente debe entenderse como los siguientes pasos de un proceso que arrancó en el 218 a. C. con el desembarco de Escipión en *Emporion*.

19.1. De la Segunda Guerra Púnica a Catón (218-195 a. C.)

19.1.1. La Segunda Guerra Púnica

La Segunda Guerra Púnica fue un conflicto bélico cuya magnitud no tenía precedentes en los territorios peninsulares. Los grupos del NE se vieron obligados a participar de forma más o menos directa y no siempre voluntaria en él y, finalmente, tendrían que tomar partido de un modo u otro. El territorio layetano –y, obviamente, su centro: el valle de Cabrera de Mar– parece que se decantó por apoyar a la causa romana al menos en un primer momento (218 a. C.). Es posible que, como tantas otras comunidades locales, viesen en Roma la contrapartida a la agresiva política expansionista que la familia Barca había ejercido hasta entonces. Tampoco se puede descartar que la renovación de una serie de pactos ya existentes con anterioridad al inicio del conflicto o el establecimiento de nuevas alianzas llevadas a cabo por los Escipiones jugasen un importante papel en esta decisión⁷²¹. Como se ha puesto de relieve en trabajos recientes, el empleo de la *deditio* –rendición incondicional– no tuvo por qué ser siempre el primer estadio en las relaciones entre indígenas e itálicos⁷²²; principalmente, si se tiene presente que su capital –el *oppidum* de Burriac– muestra contactos con el mundo griego ya en la época antigua –quizá desde el siglo VI a. C. y bien documentados desde el siglo V.

⁷²¹ Los autores clásicos describen cómo Cneo Escipión, tras desembarcar en *Emporion* y empezando por los layetanos (Laeetanis), llegó a acuerdos con varias poblaciones indígenas, al mismo tiempo que reafirmaba viejas alianzas. Livio: 21.60.3-4; Polibio: 3.76.2.

⁷²² Naco 2003: 130.

a. C.⁷²³-. Sin duda, su proximidad al enclave de *Emporion* –al igual que a su colonia madre, *Massalia*, aliado de Roma durante toda la guerra– pudo ser un factor determinante para elegir a uno u otro bando.

Otra evidencia que indicaría la fidelidad de este territorio a Roma en el 218 a. C. es la omisión que Tito Livio hace de layetanos e indigetes cuando describe el episodio que tiene lugar inmediatamente después de la toma de *Cissis*. El de Padua narra cómo Asdrúbal subleva a los ilergetes, acto que provoca la reacción de Escipión, quien abandona el cuartel de invierno e invade el territorio ilergete sitiando a su capital, *Atanagrum*. Posteriormente, dirige sendas campañas contra ausetanos y lacetanos⁷²⁴, aliados cartagineses por aquel entonces según Livio⁷²⁵. Resulta complicado creer que el mencionado historiador olvide referirse a indigetes y layetanos –hay que recordar que sí lo hace tras el paso de Cneo Escipión camino de *Cissis* en ese mismo año–, y más bien parece que no les nombra porque –como sus vecinos del N, los indigetes– están en el bando romano. Así, al no verse involucrados en la sublevación, que además tiene lugar en territorios interiores, no hay represalias contra ellos.

Posiblemente nunca se sabrá qué motivó presuntamente a los layetanos a tomar partido en favor de Roma, pero probablemente fue una decisión tomada desde el *oppidum* ibérico de Burriac⁷²⁶. A día de hoy, es imposible demostrar la existencia de alianzas o tratados y, en caso de que existiesen, en qué medida comprometían al pueblo layetano para con los mandos romanos (¿tropas auxiliares⁷²⁷, suministros, avituallamiento, *hiberna*?). En esta misma línea, es bien

⁷²³ Rouillard: 1981.

⁷²⁴ No parece que Lacetanos y Layetanos se confundan o sean un mismo grupo en el texto de Livio. Como se ha comentado (se ha trabajado con la versión latina del texto), el de Padua menciona primero a los «laetanis» en la costa, cercanos al lugar del desembarco (21.60.3), mientras que –pocas páginas después– narra cómo los «lacetanos» (21.70.8) acudieron en auxilio de los ausetanos, al lado del río Ebro. Cuesta creer que sea un simple problema fonético, ya que el parecido entre los dos etnónimos no es tan grande. Además, Livio sitúa los hechos –el desembarco y el recorrido hacia *Tarraco*– exclusivamente en el litoral catalán durante el primer episodio que narra –cabe pensar en indigetes, layetanos y cosetanos–, mientras que se mencionan acontecimientos que tienen lugar en el interior de la actual Cataluña –territorios ilergetes y, posteriormente, ausetanos– al tratar el sitio de *Atanagrum*. Sobre la base de estos datos –y sin que haya certeza alguna al respecto–, parece más factible que existiese una alianza en favor de Roma por parte de las tribus costeras y otra entre las interiores –ilergetes, ausetanos y lacetanos ayudándose mutuamente a modo de supracomunidad– (Ruiz 1998:298). Aunque no son argumentos definitivos, sí pudieran ser indicativos de que layetanos y lacetanos son dos pueblos diferentes al menos en el 218 a. C.

⁷²⁵ Livio: 21.61.5-11.

⁷²⁶ Al menos, si se acepta la interpretación que se ofrece actualmente sobre las estructuras de poder ibéricas y su organización sobre la base de un centro o capital del que depende el resto de *oppida* pertenecientes a la misma etnia. Sanmartí y Santacana 2005: 60-66; Sanmartí 2009.

⁷²⁷ Gracias a la obra de Livio (21.32.3; 24.60), se sabe que la incorporación de tropas auxiliares indígenas dentro del Ejército romano fue una práctica habitual de apoyo hacia las autoridades romanas por parte de estas comunidades.

sabida la próspera alianza que unía a Roma con *Massalia* desde, al menos, el siglo IV a. C.⁷²⁸. Como fundación massaliota, *Emporion* dependía de esta en sus orígenes, y aun cuando parece desligarse de la misma en el siglo IV a. C., permaneció siendo el principal bastión griego en la península. De ese modo, no sería aventurado afirmar que los pueblos costeros cercanos –indigetes y layetanos⁷²⁹ estuviesen bajo la influencia –directa o indirecta– comercial y económica de *Emporion*; además, parecen responder a una realidad histórica y arqueológica muy similar a lo largo del conflicto. Al mismo tiempo, cabe pensar que *Emporion* defendía sus propios intereses económicos, estrechamente vinculados a los de la que fue su colonia madre y, por tanto, a los de sus aliados –Roma–. Esta cadena de intereses podría explicar perfectamente el sentimiento prorromano del litoral N y centro catalán, que no sería más que una apuesta por la continuidad de las redes y las rutas comerciales que les eran conocidas y de las que, de alguna manera, se nutrían y beneficiaban⁷³⁰. A la cabeza del valle de Cabrera de Mar, el *oppidum* de Burriac sería un claro ejemplo de tales políticas.

Dejando a un lado las conjeturas e hipótesis plausibles –aunque indemostrables–, resulta evidente que la posición intermedia del *oppidum* de Burriac con respecto a las plazas fuertes romanas –*Emporion* y *Tarraco*–, tuvo que convertirlo tanto a él como a su *hinterland* en puntos estratégicos vitales para la causa romana al menos durante la primera fase de la conquista. Súmese a ello, además, el control que el valle de Cabrera de Mar ejercía sobre las vías de comunicación existentes (véase capítulo 3) y, fundamentalmente, sobre el denominado Coll de Parpers. Este era una vía que unía el corredor de la depresión prelitoral –la ruta más sencilla para los ejércitos romanos (figura 19)– con el Camí del Contrabandistes y el Camí de la Carena –redes que conectaban los principales *oppida* layetanos entre sí (figura 21)–. La posición y magnitud de este enclave –Burriac– obliga a iniciar una reflexión sobre la posible presencia de tropas romanas

⁷²⁸ Sobre la alianza entre Roma y *Massalia*, véase Ebel 1976: 5-25.

⁷²⁹ El territorio cosetano presenta más dificultades. Recientemente, Bendala (2010: 454-457) ha propuesto que *Tarraco*, en sus orígenes, pudo ser el campamento cartaginés al mando de Hannón que Livio (21.60) sitúa cercano al *oppidum* indígena de *Cissis*.

⁷³⁰ La política expansiva de *Massalia* (Estrabón 4.1.9; *OM*, 470-771), de la cual *Emporion* era el resultado directo, se había visto tremendamente afectada por la agresiva intervención cartaginesa en la península con posterioridad a la Primera Guerra Púnica. Sin lugar a dudas, la expansión de Cartago suponía para *Emporion* –así como para todas aquellas comunidades en su área de influencia– una amenaza directa física, pero principalmente económica. Esto podría explicar su preferencia por el bando romano al iniciarse el conflicto.

en la zona pese a que, actualmente, no hay evidencia arqueológica alguna que apoye a esta idea⁷³¹.

Se conocen ejemplos concretos de la existencia de contingentes itálicos en un asentamiento indígena, a los que los autores clásicos habitualmente se refieren utilizando el término *praesidia*⁷³². En un trabajo reciente, Cadiou ha planteado que la existencia de estos *praesidia* –debido a su escaso número⁷³³– no es prueba suficiente que permita confirmar la presencia de un sistema defensivo ni de un control permanente sobre los territorios hispanos. Para este autor, la función de las guarniciones era mucho más diversa y debe ser enmarcada dentro de un contexto más amplio, como la logística militar y las necesidades operativas del Ejército, y no como parte una política de ocupación permanente⁷³⁴. El historiador francés plantea la importancia de identificar otros mecanismos que justifiquen el éxito de la conquista –así como de la ocupación romana– con un número de tropas que se puede considerar reducido en relación con la población en armas de los territorios ocupados⁷³⁵. Por el contrario, otros autores sí admiten la existencia de una red de establecimientos de control del territorio de carácter más estable (*praesidia*) al menos en los territorios litorales del NE peninsular –área del desembarco considerada como una zona aparentemente segura durante casi todo el conflicto⁷³⁶.

No es posible confirmar o refutar de forma definitiva ninguna de ambas hipótesis, si bien es cierto que no hay restos arqueológicos en el valle de Cabrera de Mar que puedan identificarse o asimilarse en la actualidad con la existencia de un *praesidium*. No obstante, sí existen indicios que podrían aclarar algo este aspecto, como el análisis de las ánforas de procedencia itálica o de las monedas. El estudio llevado a cabo por Asensio pone de relieve que, en los yacimientos ibéricos del área layetana, las ánforas greco-itálicas no siguen los mismos patrones que en los bastiones romanos; es decir, *Emporion* y *Tarraco*⁷³⁷. Algo muy similar ocurre al examinar la evidencia numismática –lo cual se abordará en detalle más adelante–, concentrándose los hallazgos de monedas de ese período en las áreas próximas a los enclaves «romanos» o cercanos a los conflictos armados (figura 201). Este panorama no tiene por qué responder meramente a una dinámica comercial –que

⁷³¹ Recientemente, se ha propuesto la posibilidad de que existiese un *praesidium* en el valle de Cabrera de Mar durante la época de la conquista. García (no publicado): 102-103. Como se argumentará más adelante, el autor de esta tesis no comparte tal opinión.

⁷³² Véanse los casos de *Tarraco* (Livio 21.61.4) e *Illiturgi* (Livio 24.41.8).

⁷³³ Cadiou 2008. Ni las fuentes ni la Arqueología permiten pensar en la existencia de un gran número de este tipo de estructuras a día de hoy.

⁷³⁴ En relación con este tema, hay que prestar especial atención a los *castra* o los *hiberna*. Ñaco 2011.

⁷³⁵ Cadiou 2008.

⁷³⁶ Olesti 2006: 121.

⁷³⁷ Asensio 2001-2002: 82.

seguramente también contribuyó-. Tanto la importante presencia de ánforas greco-italicas –es decir, de vino itálico– como el uso de la moneda en los momentos finales del siglo III a. C. –los pueblos íberos no estaban monetizados– pueden explicarse perfectamente gracias a la presencia de los ejércitos escipiónicos. Si parte de las tropas hubiese estado temporalmente acuartelada –*praesidium*– en el valle de Cabrera de Mar, cabe pensar que habrían dejado huella en el registro arqueológico.

Más allá de la existencia de un campamento en el área objeto de análisis, lo que parece evidente es que la zona comprendida entre la «neápolis» emporitana y el *praesidium* de *Tarraco* –territorio que incluye a toda la costa layetana y a su *oppidum* principal, Burriac– hubo de contemplar el paso constante de legiones romanas y de sus tropas auxiliares con posterioridad al desembarco de Cneo Escipión. En mayor o menor medida, estos contingentes debieron de interactuar tanto con la población como, especialmente, con las élites locales. En relación con esta idea, es muy esclarecedor el pasaje en el que Livio menciona cómo Escipión fue capaz de establecer relaciones pacíficas además de alianzas militares, reclutando de esta manera a múltiples cohortes de auxiliares en la zona⁷³⁸.

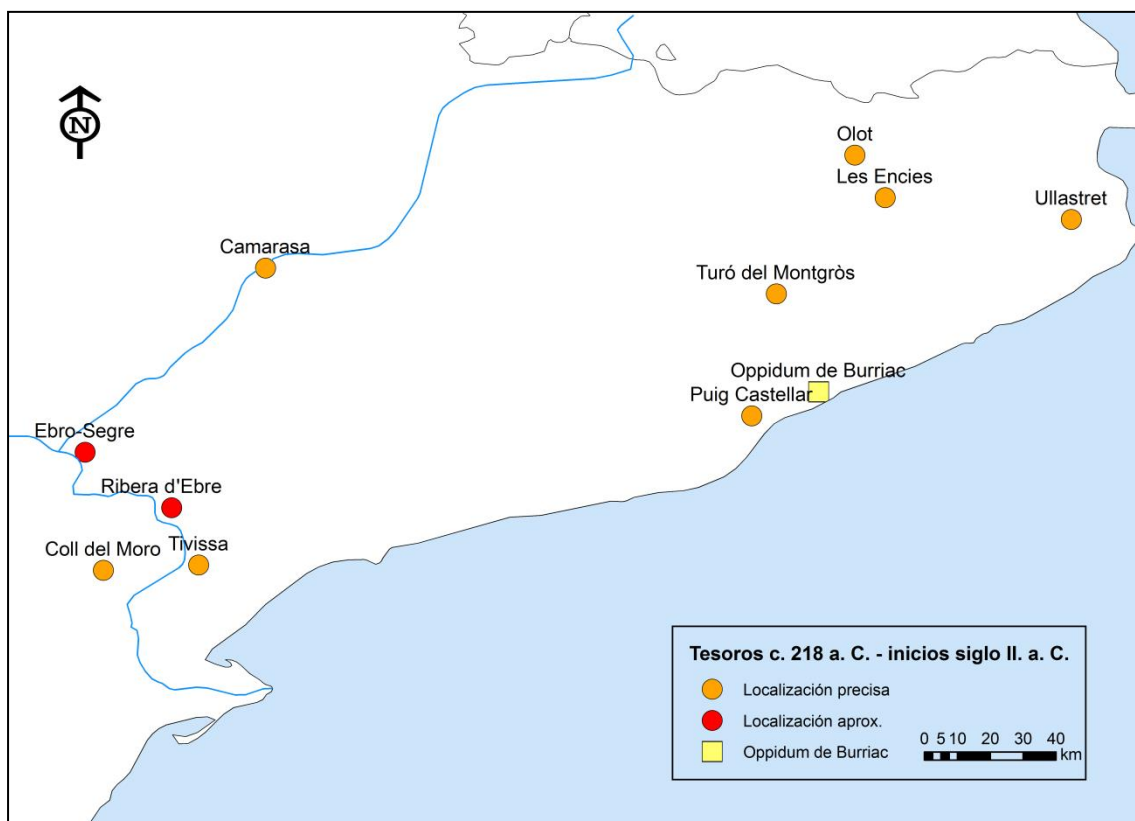


Figura 201. Mapa con los tesoros correspondientes al 218 a. C. e inicios del siglo II a. C. según Campo 2011: fig. 7.

⁷³⁸ Livio 21.61.4.

En el 217 a. C., Tito Livio relata una nueva revuelta ilergete. En esta ocasión, encabezada por Indibil y Mandonio, que invaden los pacíficos territorios aliados de Roma según el pavorino⁷³⁹. Esto no implica que tal invasión afectase directamente a tierras layetanas ni –mucho menos– a su capital –aunque podría ser el caso–, pero deja constancia de la existencia de un período de calma previo al momento de la invasión así como de la existencia de aliados romanos en el NE peninsular –lo que refuerza la hipótesis de que layetanos e indigetes se contasen entre ellos, puesto que se sabe que ilergetes, ausetanos y lacetanos habían luchado en el bando cartaginés el año anterior–. Cabe suponer que se vivirían momentos de inestabilidad en la zona con posterioridad a la misma.

Empero, nada se sabe acerca del posicionamiento del pueblo layetano durante la sublevación indígena nuevamente encabezada por los carismáticos líderes ilergetes Indibil y Mandonio (205 a. C.). En opinión de Livio, no volvería a darse una oportunidad semejante para liberar a la península, pues los romanos habían expulsado a los cartagineses y contaban con tropas nuevas e inexpertas tras licenciar a sus contingentes experimentados⁷⁴⁰. Al describir la batalla, el historiador narra cómo los ausetanos ocuparon el centro de la formación, mientras que los ilergetes conformaban el ala derecha y el ala izquierda quedaba cubierta por otras tribus hispanas de menor importancia⁷⁴¹. La contienda se saldó con la muerte de 13.000 hispanos y la captura de otros 1.800 frente a la pérdida de apenas más de 200 efectivos del bando romano y de sus aliados; la mayoría de ellos, bajas en el ala izquierda⁷⁴².

No hay forma de saber si se encontraban layetanos entre los combatientes que formaron el ala izquierda hispana –cuya descripción es ambigua– o si –por el contrario– estos se contaban entre las tropas auxiliares –aliados– integradas en el contingente dirigido por Léntulo. Es incluso posible que ni siquiera participasen en la batalla. Lo que parece seguro es que la rebelión indígena del 205 a. C. en modo alguno afectó a sus tierras, cultivos, *oppida* o población –al menos, directamente–, pues es conocido que el conflicto se produjo en territorio sedetano⁷⁴³. De ese modo, da la sensación de que el valle de Cabrera de Mar gozó de una relativa calma durante la Segunda Guerra Púnica.

⁷³⁹ «Mandonius Indibilisque, qui antea Ilergetum regulus fuerat, postquam Romani ab saltu recessere ad maritimam oram, concitis popularibus in agrum pacatum sociorum Romanorum ad populandum venerunt».

⁷⁴⁰ Livio 29.1.21-26.

⁷⁴¹ Livio 29.2.5.

⁷⁴² Livio 29.2.17-18.

⁷⁴³ Livio 29.1.26.

19.1.2. La intervención del cónsul M. Porcio Catón

En el 197 a. C., se constituyeron las nuevas provincias –Hispania Citerior y Ulterior–, para las que se designarán sendos *praetores* por vez primera; una nueva etapa en el control del territorio peninsular parece iniciarse en este momento. Se sabe que la llegada de tropas nuevas –8.000 soldados de infantería para cada *praetor*– fue compensada licenciando a los veteranos, que regresarían a la península itálica⁷⁴⁴, dato indicativo de que el número de contingentes itálicos en Hispania seguía sin ser elevado. Esto, unido a unas exacciones que –aunque de carácter irregular⁷⁴⁵– parece grabaron de forma abusiva a las poblaciones locales⁷⁴⁶, posibilitaron o, al menos, prepararon el terreno para la importante sublevación indígena del 197 a. C. Según Bendala, dicha revuelta tendría un marcado carácter púnico, ya que sería liderada por el régulo Luxino, y se habría originado en la ciudad de *Carmo* (Hispania Ulterior)⁷⁴⁷. La sublevación no tardaría en extenderse rápidamente por toda la Citerior, y el control sobre los territorios *Cis Hiberum* se perdió en menos de dos años; este fue un hecho excepcional desde la entrada de los romanos en la península.

Para poder comprender lo acontecido en la Layetania, el episodio vivido por el cónsul M. Porcio Catón en el momento de su desembarco en *Emporion* (195 a. C.) resulta especialmente significativo. Una vez más, Tito Livio da a entender que la revuelta había alcanzado las puertas de la «neápolis» emporitana⁷⁴⁸, dato que obliga a valorar la hipótesis de que, ahora sí, la sublevación no solo afectó a la totalidad de la Layetania, sino que hay motivos para pensar que el pueblo layetano pudo levantarse en armas contra Roma por vez primera desde el 218 a. C.⁷⁴⁹.

Posiblemente, el extraordinario contingente de tropas que desembarcó con Catón⁷⁵⁰, unido a la primera gran victoria del cónsul sobre los indigetes –tribu indígena vecina de los layetanos y asentada en los territorios circundantes a *Emporion*– así como a los diversos episodios de devastación y saqueo a los que las tierras y ciudades de este pueblo fueron sometidas⁷⁵¹, persuadieron a sus vecinos

⁷⁴⁴ Livio 32.28.11.

⁷⁴⁵ Sobre la naturaleza de estas exacciones, véase Ñaco 2003.

⁷⁴⁶ Las fuentes narran reiteradamente las ingentes riquezas que parten hacia el erario romano entre el 206 y el 197 a. C. (Livio 28.38; 31.20.7; 32.7.4; 33.27.2-5), y también se sabe que el precio del grano bajó en la península itálica en el 203 a. C. debido a la llegada de grano hispano (Livio 30.26.5). Tales hechos parecen confirmar una política abusiva de los gobernadores para con las poblaciones locales.

⁷⁴⁷ Livio: 33.21.7-8; Bendala 2010: 446.

⁷⁴⁸ Livio: 34.11;17.

⁷⁴⁹ Livio (34.11.5-6) menciona a los ilergetes como únicos aliados de los romanos en el 195 a. C. Apiano (*Iber.*: 40.161) relata que los enemigos provenían de todas partes, llegando a 40.000.

⁷⁵⁰ Livio (33. 43.1-5) describe en este pasaje los contingentes con los que Catón contaría. Apiano (*Iber.*: 39.160) es más escueto en sus explicaciones, pero también menciona una importante cantidad de tropas.

⁷⁵¹ Livio: 34.9.13; 13.2-3; 34.16.3-4; 34.13.6

layetanos –según las fuentes– para no oponer resistencia posteriormente. Como señala Livio, las noticias sobre lo acontecido en el territorio indigete permitieron al cónsul llegar antes a *Tarraco*, base romana de las operaciones militares en Hispania, lo que apunta a una escasa o nula resistencia layetana⁷⁵².

Dejando a un lado a los autores clásicos y centrándose en datos estrictamente arqueológicos, hay que recordar que el *oppidum* ibérico de Burriac sufrió una serie de importantes reformas urbanísticas durante el último cuarto del siglo IV a. C. e inicios del III a. C. (véase capítulo 4). Dichas reformas convirtieron al asentamiento en un extenso núcleo poblacional dotado de un potente y complejo sistema defensivo (murallas y torres de defensa); es decir, se fortificó. También parece que, en este período, es posible ver a Burriac por vez primera como el centro de un poder político sólido, consolidado y vinculado con el territorio⁷⁵³. Es importante tener presente, aunque sea de forma muy breve, la herencia del período anterior a la conquista. Como se ha comentado, la fortificación de los asentamientos ibéricos y la construcción de sus sistemas defensivos fueron previos a esta etapa. Del mismo modo, los conflictos armados se presentan como parte del *modus vivendi* de los pueblos iberos, gobernados por una élite guerrera ya con anterioridad a la llegada de Roma⁷⁵⁴.

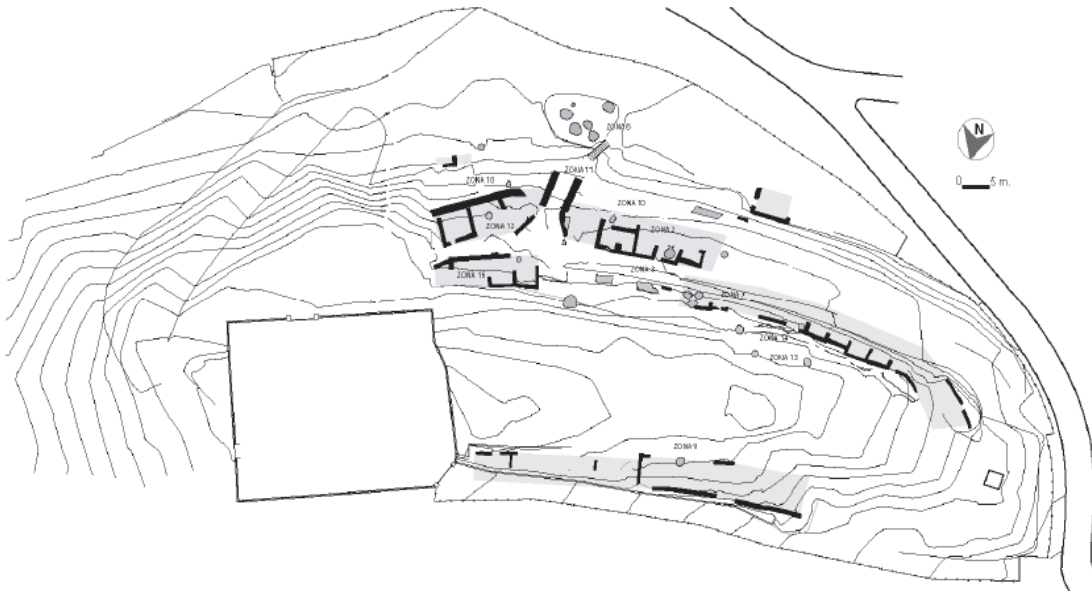


Figura 202. Planta del asentamiento de Turó de Ca n'Oliver (Cerdanyola, Barcelona) durante su última fase de ocupación (200-50 a. C.) según Francés et al. 2005.

⁷⁵² Livio: 34.16.3-8 relata cómo se le acercaban embajadores rindiendo sus ciudades en su camino hacia *Tarraco*. Al llegar a su destino, los territorios al norte del Ebro habían sido pacificados.

⁷⁵³ Zamora 2006-2007: 283.

⁷⁵⁴ Puede encontrarse un estado de la cuestión en Sanmartí y Santacana 2005: 175-179.

No obstante, y como se verá a continuación, parece posible detectar –a finales del siglo III a. C. e inicios del siglo II a. C.– un conjunto de sucesos en gran parte del territorio layetano –y en Burriac, especialmente– que podría guardar relación con esta primera etapa de la conquista que se acaba de describir dadas su magnitud y consecuencias.

La construcción en Burriac de una serie de medidas defensivas adicionales –inacabadas– sumadas a las ya existentes se documenta en este momento. Son ejemplos de ello las torres exentas y un muro que, aunque nunca fue terminado, quizá intentaba fortificar o proteger la vía de acceso al poblado partiendo desde la torre del asentamiento conocido como el Turó dels Dos Pins. Esta fase de refuerzo de las defensas detectada en Burriac es inmediatamente anterior al abandono de un importante número de los *oppida* layetanos –principalmente, de los situados en la vertiente interior de la Sierra Litoral–, así como de muchas de sus estructuras económicas –los campos de silos dedicados a acumular excedentes agrícolas–. Entre dichos *oppida*, parece que aquellos a los que se les ha atribuido una función algo más defensiva no se reconstruirán posteriormente y serán abandonados. Ese es el caso de Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet), Castellruf (Martorelles), Turó de les Maletes, Céllecs o Turó del Vent (Llinars del Vallès). En cambio, aquellos con una función más urbana –como Burriac o el *oppidum* de Ca n’Olivé (figura 202), Turó d’en Boscà, Torre del Encantats o el de la Cadria del Bisbe– no solo no presentan niveles de incendio o destrucción, sino que experimentaron importantes transformaciones y reformas (figura 203). Este tipo de poblado pervive y continuará siendo habitado al menos durante el todo el siglo II a. C., y alguno de ellos incluso hasta mediados de la centuria siguiente. Paralelamente, se documenta una colmatación generalizada de los mencionados campos de silos, lo que podría significar –según las tesis de Asensio *et al.*– el fin de una estructuración social, económica y productiva muy concreta que había alcanzado su apogeo durante el ibérico pleno y que introducía a los grupos íberos situados al N del Ebro dentro de los circuitos comerciales de la Mediterránea occidental –exportaban cereal e importaban bienes de consumo⁷⁵⁵–. Los casos más paradigmáticos de este fenómeno de amortizaciones pueden verse en Burriac (silos de Can Modolell-Can Miralles), Turó del Vent o algunos hallados en Montjuïc⁷⁵⁶. Es cierto que no parece factible vincular a la temprana intervención romana con el final de este sistema productivo basado en el cereal –o, al menos, no de forma directa e inmediata–, puesto que los silos documentados en el territorio siguen siendo abundantes

⁷⁵⁵ Asensio *et al.* 2002.

⁷⁵⁶ Asensio *et al.* 2009: 25.

durante los siglos II-I a. C. No obstante, los sucesos reseñados tendrán una fuerte repercusión en la evolución histórica de la Layetania.

Se daba el primer paso hacia el desmantelamiento del sistema defensivo, económico y administrativo de los layetanos. Los abandonos de la primera línea de *oppida* hacían más vulnerables y accesibles a los centros urbanos –especialmente, a Burriac– que ocupaban la vertiente marítima de la Sierra Litoral. Al mismo tiempo, las tierras de cultivo del cereal –la depresión prelitoral– quedaban desprotegidas y el sistema basado en una compleja red de *oppida* bien organizados, especializados e interconectados entre sí se vio en gran parte desmantelado.

Los episodios descritos hasta el momento –la Segunda Guerra Púnica y la represión catoniana–, han sido normalmente fechados basándose en las tipologías de la cerámica de importación, pero ello no permite diferenciar entre sucesos de índole similar acaecidos en un lapso de tiempo tan breve por mucho que el conocimiento que se posea sobre esas cerámicas sea bueno. Es decir, no hay forma alguna de saber –fundamentándose en argumentos estrictamente arqueológicos– si el refuerzo de las defensas primero y el posterior horizonte de destrucción detectado en el territorio layetano y en el valle de Cabrera de Mar después son consecuencia directa de la entrada romana en el 218 a. C. o el resultado de las sublevaciones indígenas y de la posterior represión llevada a cabo por el cónsul M. Porcio Catón en el 196-195 a. C.

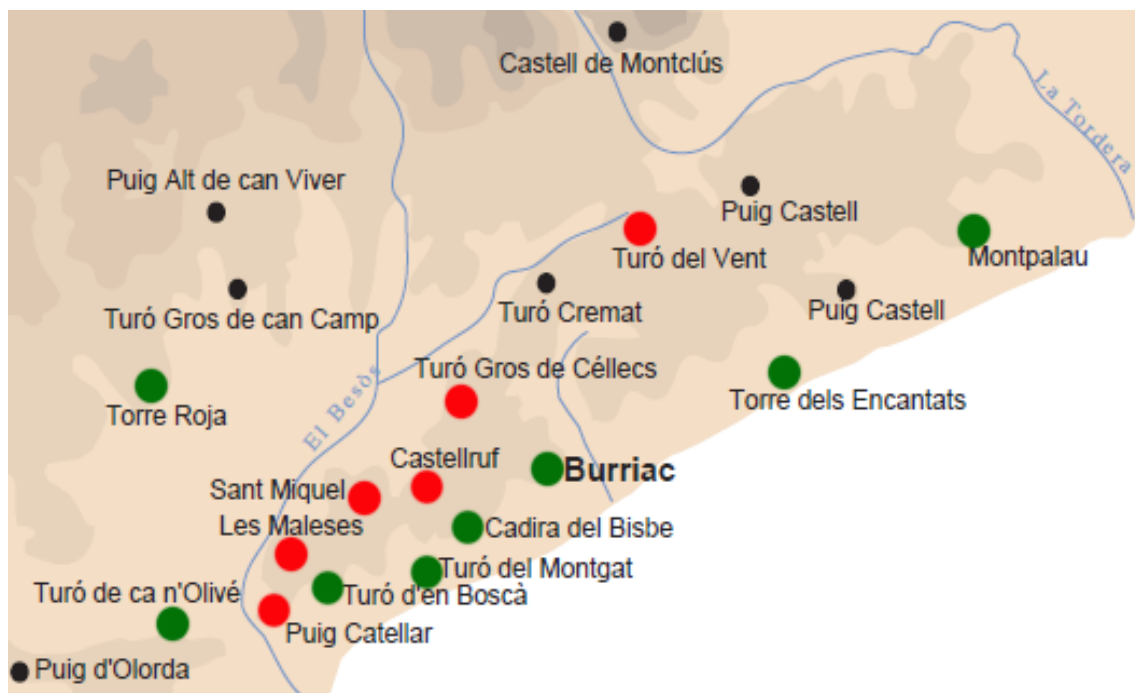


Figura 203. Detalle de los *oppida* layetanos de la Sierra Litoral. Los *oppida* que fueron abandonados a inicios del siglo II a. C. se marcan en rojo. En verde, aquellos que tuvieron continuidad.



Figura 204. Dracma de *Emporion*. Finales del siglo III a. C. (MNAC/GNC) (escala 2:1).



Figura 205. Dracma ibérica de *oro*se. Finales del siglo III a. C. (MNAC/GNC) (escala 2:1).

Algo similar ocurre cuando se recurre al registro numismático. Anteriormente a la Segunda Guerra Púnica, la moneda pareció desempeñar un papel muy limitado o nulo en el funcionamiento económico del NE de la península ibérica. De ese modo, solo las colonias griegas de *Emporion* y *Rhode* llevaron a cabo acuñaciones importantes. Primeramente, *Emporion* acuñó fraccionarias (siglos V-IV a. C.) y, a posteriori, ambas colonias produjeron dracmas y divisores (siglo III a. C.) (figura 204).⁷⁵⁷ Parece que los investigadores coinciden en afirmar que es en estos momentos cuando una importante cantidad de moneda indígena de plata se pone en circulación en el NE peninsular por vez primera; naturalmente, las dracmas y los divisores de imitación emporitana (figura 205)⁷⁵⁸. En un principio, estas amonedaciones locales se consideraron coetáneas al conflicto que enfrentó a Roma con Cartago, cuando la moneda –en palabras de Villaronga– «servía para comprar voluntades»⁷⁵⁹. Estudios más recientes parecen indicar que estas emisiones también podrían ser el reflejo de las sublevaciones indígenas encabezadas por los ilergetes, como se desprende del estudio de las ocultaciones de Ullastret y del Turó del Montgròs⁷⁶⁰. Es interesante mencionar que no se ha recuperado ninguna de estas monedas en el valle de Cabrera de Mar, por lo que vincular directamente tales sucesos con la Numismática resulta imposible a día de hoy. No obstante, el argumento *ex silentio* es, sin duda, significativo y apunta a una escasa presencia

⁷⁵⁷ Villaronga 1979: 99-110; 2000; 2002.

⁷⁵⁸ Villaronga 1979: 113-114; 1998.

⁷⁵⁹ Villaronga 1979: 118; Pérez Almoguera 1996: 37-56.

⁷⁶⁰ Campo 1998: 31.

militar en la zona –como se ve en la figura 201 las ocultaciones coinciden perfectamente con las zonas de conflicto–.

La interpretación de los textos clásicos dibujaba una Layetania romanófila desde el 218 a. C. sin enfrentamientos importantes en su territorio, que debe ser considerado como aliado. Sin embargo, esta situación podría haber cambiado después de la sublevación indígena del 197 a. C. Tras el desembarco de Catón, su victoria y el saqueo de los territorios indigetes, las fuentes mencionan que la llegada hasta *Tarraco* fue rápida, lo que hacía intuir una rendición pactada o una escasa resistencia por parte del territorio layetano y, fundamentalmente, de su capital –Burriac–. Gracias a la evidencia arqueológica, esta versión de los hechos podría matizarse de forma importante. Parece que la intervención del cónsul en el 195 a. C. resultó traumática para esta región, que posiblemente recibió el mismo trato represivo que las mencionadas fuentes describen en el caso de sus vecinos indigetes (represión, saqueos, etc.)⁷⁶¹.

Resumendo, la empresa de fortificar los núcleos de población más importantes –con Burriac a la cabeza– podría entenderse como un acto previo al conflicto, y la destrucción y abandono de un importante número de sus *oppida* como prueba de la represión y de los saqueos posteriores⁷⁶². Suponiendo que esta hipótesis sea correcta, sería posible comprender mejor los sucesos acaecidos en el valle de Cabrera de Mar durante la primera fase de la conquista, la única en que el territorio objeto de estudio pudo tener un papel activo en dicho conflicto. El valle gozó de una relativa estabilidad a partir del 195 a. C. lo que probablemente permitió que se iniciasen procesos de convivencia e interacción entre las poblaciones locales y los distintos grupos foráneos recién llegados que darán lugar al valle híbrido de etapas posteriores.

19.2. La primera mitad del siglo II a. C. (195-c. 150)

19.2.1. La herencia de la sublevación indígena del 197 a. C.

Las fuentes reiteran que el NE peninsular quedó pacificado tras la intervención de Catón y el desmantelamiento simultáneo de las murallas de todos

⁷⁶¹ En relación directa con esta idea, debe mencionarse el episodio en el que Catón decide que, si su empresa militar tiene éxito, sus ejércitos deberán ser capaces de autoabastecerse en campaña. En otras palabras, sus tropas tenían que subsistir gracias a la práctica del saqueo y la extorsión que sufrirían las poblaciones locales.

⁷⁶² Estos abandonos ya han sido relacionados con la intervención del cónsul M. Porcio Catón por Sanmartí y Santacana (2005: 185). Aun así, hay que ser muy cautos dado que los argumentos para establecer una relación causa-efecto no son claros ni determinantes.

los *oppida* de la Hispania Citerior⁷⁶³. Por tal motivo, los historiadores antiguos –mucho más interesados por las hazañas bélicas y los triunfos militares que por la evolución y la administración de los territorios conquistados– desviaron su interés hacia puntos más conflictivos dentro de la cuenca mediterránea. Este interés por las zonas de conflicto explica por qué no harán mención alguna al área objeto de estudio en lo sucesivo. La Layetania –así como al resto del litoral catalán entre el Ebro y *Emporion*– pasa a ser la retaguardia, y el frente bélico de la Citerior avanza hacia el interior, hacia la Celtiberia.

Más allá de la verosimilitud de una afirmación que podría valorarse como demasiado optimista y genérica –el desmantelamiento simultáneo de las murallas de todos los *oppida* de la Hispania Citerior–, sin duda fruto de una narración objetiva y partidista –la arqueología contradice la versión de las fuentes, como se verá más adelante⁷⁶⁴ pero ampliamente aceptada por una buena parte de la historiografía moderna, sí parece cierto que el territorio layetano disfrutó de un período de relativo sosiego tras la intervención del cónsul. Posiblemente, esta calma contrastaría con el panorama de destrucción y desolación –fruto del pillaje y el expolio– que los ejércitos de Catón habrían dejado a su paso. Prueba de ello son las importantes cantidades de riqueza que el de *Tusculum* ingresó al erario romano a su regreso a la metrópoli⁷⁶⁵.

Parece que las estructuras político-económicas layetanas, tal y como habían sido conocidas antes de la Segunda Guerra Púnica, ya nunca volverían a ser las mismas, y tanto el valle de Cabrera de Mar como el territorio layetano son un claro ejemplo de ello. Como se ha señalado, existen evidencias de que al menos parte de sus infraestructuras defensivas y económicas fueron parcialmente destruidas o desmanteladas. Sería factible, pues, creer que dichos acontecimientos podrían guardar relación con el episodio anteriormente mencionado en el que Catón hizo desarmar a las poblaciones sometidas para asegurarse el control total de la Citerior obligándolas, además, a desmantelar sus murallas⁷⁶⁶. En esta tesis, como ya se ha comentado, la opinión es que dicho episodio es a todas luces exagerado en el caso de la Layetania. Las murallas de la capital de este territorio, Burriac –o lo que se conoce de ellas–, permanecieron intactas y no hay indicio alguno que confirme los sucesos narrados por las fuentes –más allá del desmontaje de la torre del Turó dels Dos Pins–. No obstante, si se interpreta como una figura literaria –hipérbole–

⁷⁶³ Livio: 34.17.7-12; Apiano, *Iber.*: 41.

⁷⁶⁴ Richardson (1998: 27) comenta cómo, después de la marcha de Catón, los pretores que le sucedieron –P. Escipión Nasica (Ulterior) y Sex. Digicio (Citerior)– hubieron de hacer frente a continuas sublevaciones como consecuencia de la situación que el cónsul había dejado tras de sí.

⁷⁶⁵ Livio: 34.46.2-3.

⁷⁶⁶ Livio: 34.17.7-12; Apiano, *Iber.*: 41.

utilizada por los historiadores antiguos para dar más importancia y grandeza a la acción, el famoso episodio podría hablar de una actuación contra ciertos mecanismos defensivos o sistemas de control del territorio. En tal caso, sería factible relacionar este capítulo con el abandono definitivo de algunos *oppida* layetanos –como Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet), Castellruf (Martorelles), Turó de les Malezes, Céllecs o Turó del Vent (Llinars del Vallès)–; posiblemente, durante la represión y los saqueos posteriores. Un indicio más que apunta a una interpretación en esta línea es el mayor dinamismo aparentemente vivido por otros núcleos también indígenas en ese mismo momento – La Torre Roja (Caldes de Montbui), Can Fatjó (Rubí), Ca n’Olivé y, especialmente, el *oppidum* de Burriac–. Dinamismo que quizá se explique por el reasentamiento y los movimientos migratorios de los habitantes de los poblados destruidos o en decadencia hacia aquellos que pervivieron.

Parece que los portadores del *imperium* promocionaron voluntaria o involuntariamente una serie de *oppida* –los que actuaban como centros urbanos– en detrimento de otros⁷⁶⁷. Dicha actuación podría ser entendida como un primer paso hacia la urbanización del territorio; es decir, la creación por encima de un sistema tribal de núcleos urbanos que sirvieran como centros administrativos. Así, las obligaciones y cargas impuestas por Roma a las comunidades subordinadas podrían concentrarse en esos *oppida*⁷⁶⁸.

También se detectan cambios importantes en el campo de lo simbólico. El valle de Cabrera de Mar –el único lugar en que se conocen necrópolis layetanas– había desarrollado un fastuoso –a la par que selectivo– rito funerario (véase capítulo 4) lo largo de los siglos IV y III a. C. Estas prácticas –que parecen estarían destinadas exclusivamente a la aristocracia local– dejaban constancia del estatus y poder en vida de sus miembros además de mostrar su pertenencia a una misma familia o grupo social. Todas estas áreas de enterramiento dejarán de utilizarse a finales del siglo III a. C. e inicios de la centuria siguiente. Sin lugar a dudas, y aunque resulta difícil concretar más, parece imposible desligar este fenómeno de los sucesos narrados hasta el momento⁷⁶⁹.

De la lectura de Livio, es posible deducir que los contingentes itálicos presentes en la Citerior tuvieron que verse notablemente reducidos después de la partida del cónsul. Como se acaba de mencionar, Catón viajó a Roma en el 194 a. C. para celebrar el triunfo que le había sido concedido gracias a su intervención en

⁷⁶⁷ Olesti 2006: 128.

⁷⁶⁸ Roldán 2012: 22.

⁷⁶⁹ Sanmartí y Santacana 2005: 186.

los asuntos hispanos⁷⁷⁰, por lo que necesariamente se llevó consigo a su ejército consular, elemento imprescindible para realizar una entrada triunfal en la *urbs* y el correspondiente desfile. En esta misma línea, las fuentes parecen muy claras en lo referente a la repatriación hacia la península itálica de los veteranos de guerra a lo largo del período anterior, y no se dispone de indicio alguno que apunte a un cambio de esta política al menos hasta la llegada de Tiberio Sempronio Graco. Obviando el caso de Itálica (actual Santi Ponce, Sevilla) –sin duda, la excepción que confirmaba la norma⁷⁷¹–, no parece posible que se asentasen veteranos en territorio hispano –ni mucho menos en territorio layetano o en el valle de Cabrera de Mar– en un momento tan incipiente de la conquista. Todo parece apuntar, pues, a que la presencia de tropas en el litoral catalán –un área prorromana en ese momento inmersa en un período posbélico–, debió de quedar reducida a la mínima expresión y, seguramente, concentrada en *Emporion* y *Tarraco*, puntos fuertes y principales puertos de Roma en el NE peninsular⁷⁷².

Finalmente, y para completar este hipotético esbozo del panorama que Catón dejó tras de sí, es importante hacer referencia al aspecto demográfico. Si se valoran las cifras que ofrecen los historiadores antiguos –aunque son genéricas y no se centran en el área objeto de estudio–⁷⁷³, cabe pensar que este fue un período de importante disminución demográfica provocada por las bajas causadas en la Segunda Guerra Púnica –reclutamiento de auxiliares por parte de uno y otro bando–, por las resultantes de las revueltas ilergetes que tuvieron como campo de batalla el suelo de la actual Cataluña (206-205 a. C.) y por las que la represión catoniana (195 a. C.) provocó. Independientemente de que se parta de la situación más optimista para el territorio layetano y su capital –Burriac–⁷⁷⁴, tamaña pérdida de vidas difícilmente pudo verse compensada con población inmigrante y comerciantes itálicos.

No hay indicios de que el tipo de presencia romana previsto para Hispania desde la *urbs* durante este período fuese más allá del ámbito estrictamente militar. Evidentemente, la llegada constante de contingentes bélicos tuvo que implicar una intensificación del comercio facilitando el arribo de dichos comerciantes itálicos y de sus productos (véase capítulo 6). Posiblemente, estos se beneficiaron de esa presencia militar para llevar a cabo sus negocios y transacciones sin necesidad de disponer de núcleos o asentamientos urbanos propios⁷⁷⁵, y quizá emplearon el

⁷⁷⁰ Livio: 34.46.2-3.

⁷⁷¹ Apiano, *Iber.*: 38.

⁷⁷² En el 191 a. C., Livio (37.50.8) especifica que hay dos legiones en Hispania.

⁷⁷³ Solana 1998.

⁷⁷⁴ Olesti 2006: 127.

⁷⁷⁵ Richardson 1998: 20.

oppidum de Burriac como centro de redistribución de sus mercancías ya fuese directamente o mediante relaciones clientelares⁷⁷⁶. Sin embargo, no parece que dichas actividades –que seguramente afectaron en mayor o menor medida a las poblaciones locales y contribuyeron a que el proceso de colonización se acelerase– pudieran compensar ni mucho menos las bajas sufridas como consecuencia directa de las levadas y del intenso período de estrés bélico vivido.

Recapitulando, el panorama general que parece vislumbrarse para la Hispania Citerior entre el 195 y el 180 a. C. es el de una lucha prácticamente continua y asistemática. Como ya apuntaba Richardson, «[...] da la impresión de que nunca hubo un plan de conquistar la península, sino que se produjo una especie de pesca al azar de pueblos contra los que combatir y de botín que llevarse»⁷⁷⁷. A su manera, esta idea conecta bien con la visión de Ñaco, quien señala que el saqueo puntual y reiterado sobre los *stipendiarii* –como resultado directo de una economía de guerra– es la causa del drenaje de ingentes cantidades de riquezas extraídas de Hispania, y no el resultado de una incipiente fiscalidad impuesta desde Roma⁷⁷⁸. Los ingresos aportados al erario de esta son un ejemplo de la política llevada a cabo por los mandos romanos de forma constante al menos durante el primer tercio del siglo II a. C.⁷⁷⁹. Hispania constituyó la primera experiencia colonial importante de la *urbs* fuera de la península itálica y Sicilia. Las realidades políticas, sociales y culturales eran muy distintas en esos lugares a las del caso hispano, por lo que no parece que las mismas estrategias o pautas de actuación se llevaran a cabo de forma preconcebida. La experiencia de Roma en Iberia –al menos, en este momento– parece ser un proceso que se retroalimenta a sí mismo a medida que los acontecimientos se suceden, y en ningún caso parece responder a una estrategia de conquista y control previamente planeada.

En un nivel más local, la Layetania –y con ella el valle de Cabrera de Mar– posiblemente, pasó a ser uno de los diversos territorios sometidos a *stipendium*. Como se ha propuesto en trabajos anteriores, la relativa fidelidad de un territorio a Roma quizá pudo significar la recepción de un trato menos agresivo e, incluso, su promoción como centro urbano, pero en modo alguno parece factible que evitase ser explotado y sometido a políticas abusivas de forma puntual o habitual⁷⁸⁰.

⁷⁷⁶ Las relaciones clientelares son entendidas por el autor de esta tesis como aquellas establecidas a título individual entre dos personas (patrono-cliente), sin que estas incumbiesen a la *gens* (Pina Polo 2012: 72). Sobre las relaciones clientelares ver: Badian 1958; Amela 2002 y Pina Polo 2012 entre otros.

⁷⁷⁷ Richardson 1998: 28.

⁷⁷⁸ Ñaco 2003: 142.

⁷⁷⁹ Livio: 34.46.2; 36.39; 39.29.4; 40.16.17.

⁷⁸⁰ Prieto 1998: 90; Olesti 2006: 130.

19.2.2. ¿Un territorio de retaguardia?

Una vez que el conflicto –o, cuanto menos, el frente bélico– se desplazó hacia tierras celtíberas, el litoral catalán –y, por supuesto, el valle de Cabrera de Mar– quedó relegado a un segundo plano tanto en las fuentes –de las que prácticamente desaparece–. Llegados a este punto, la función de territorios como el layetano –con Burriac a la cabeza–, pero especialmente la de sus vecinos –indigetes al N y cosetanos al S con sus respectivos baluartes: *Emporion* y *Tarraco*– posiblemente quedó reducida a ser meramente vertebradora del territorio, actuando a su vez como una importante red de aprovisionamiento para los ejércitos del interior en ese momento inmersos en el conflicto de la Celtiberia. Cabe suponer que tales necesidades fueron diferentes en cada momento, quizá como retaguardia y de aprovisionamiento durante los períodos de estrés bélico y, muy posiblemente, de *hiberna* en los recesos del enfrentamiento⁷⁸¹. Sin lugar a dudas, el litoral catalán se perfila entonces –gracias a las mencionadas condiciones– como el lugar idóneo para que la conquista dé paso a un proceso de colonización: «*Entre campaña y campaña, el ejército no era licenciado, sino que se retiraba a territorios pacificados –precisamente, los más fértiles– donde era posible tener contactos no bélicos con la población indígena. Es totalmente comprensible que se ataran lazos, incluso de tipo familiar [...] se trata, desde luego, de una colonización irregular y no conocemos bien las características ni las condiciones de asentamiento [...]*»⁷⁸². Posiblemente, este tipo de interacciones y el modo en que Roma intentó regularizarlas marcarían el devenir del valle de Cabrera de Mar en sus etapas siguientes.

Resulta especialmente complejo valorar la relación que el *oppidum* de Burriac y sus élites mantendrían con el nuevo poder o el estatus de que disfrutaban así como el control real que poseían sobre lo que antiguamente había sido su territorio. Por un lado, se podría pensar en la pervivencia de políticas anteriores basadas en pactos personales y relaciones clientelares establecidas entre las mencionadas élites locales y el general al mando⁷⁸³. Posiblemente, eso implicaría una mayor libertad de acción por parte de los grupos dirigentes, quienes mantendrían el dominio y la posesión de las tierras siempre y cuando cumplieren con dichos pactos cualesquiera que fuesen. Tampoco deben olvidarse las políticas que Roma aplicó en la gestión de sus distintas provincias, unos mecanismos de control algo más elaborados –como el de la *redditio*–. Una vez impuestas las medidas oportunas bajo la ordenación jurídica de la *deditio*, esta práctica suponía la teórica devolución de leyes y tierras a sus antiguos propietarios permitiendo a los

⁷⁸¹ Olesti 2006: 130.

⁷⁸² Roldán 2012: 23.

⁷⁸³ Livio: 21.60.3-4; Polibio: 3.76.2.

nuevos *dediticii* continuar ocupando y trabajando tales tierras. Eso sí, dicha concesión solamente debía extenderse durante el tiempo necesario hasta que la Administración romana estuviese en condiciones de proceder a la reorganización del territorio⁷⁸⁴. Tras el episodio de Catón y la instauración de las dos provincias –Citerior y Ulterior–, este segundo mecanismo parecería ser el más adecuado para una zona pacificada sobre la que nada impide utilizar mecanismos de poder algo más elaborados aunque incipientes. Además, esta hipótesis explicaría bien por qué todo el territorio se reorganizó rápidamente en un corto período de tiempo llegado el momento. Cabe pensar que ese modelo permitió a Roma crear las infraestructuras necesarias para tal reorganización sin apenas sentir la necesidad de tener que recurrir a la fundación de asentamientos itálicos, ya que las estructuras locales –*oppida*– se aprovecharon y dotaron de un nuevo significado. Una actuación en esta línea permitió, además, implicar a las poblaciones locales –y, especialmente, a sus élites– en el proceso. Tan necesario como el centro urbano era un elemento indígena que aceptase las tareas de la administración en nombre y beneficio de Roma. Posiblemente a cambio de realizar estas funciones, las aristocracias locales verían confirmados sus privilegios económicos y sociales⁷⁸⁵. Los «nuevos» centros urbanos –reinventados más que nuevos– que, como Burriac, habían sido promocionados ya desde la etapa anterior, jugarían un rol importante en la colonización desde entonces.

Cómo estos nuevos centros –y, sobre todo, el *oppidum* de Burriac– podían contribuir a la causa romana en el ámbito económico –su condición de *stipendiarii* hace pensar que así era– no resulta menos complejo. No se posee dato alguno que permita responder a esta pregunta, por lo que –una vez más– es necesario recurrir a los argumentos más genéricos aparentemente válidos para toda la Hispania Citerior. Parece ser que –hasta el año 133 a. C. al menos y sin que esta fecha signifique un cambio radical en dichas políticas– la República se valió de instrumentos a priori simplistas y provisionales a la hora de reclamar contribuciones. En territorios como los del NE peninsular –que habían sido importantes focos del conflicto bélico pocos años atrás–, es probable que se optara por una política fiscal asistemática. Este supuesto –que resulta totalmente válido para el territorio layetano– se ve reforzado por la carencia de una arraigada tradición monetaria en la zona⁷⁸⁶. Como se ha señalado, las primeras emisiones indígenas surgieron como consecuencia directa de un conflicto armado y no tuvieron continuidad más allá del mismo. La instauración de políticas fiscales

⁷⁸⁴ Ñaco 2003: 233.

⁷⁸⁵ Roldán 2012: 22.

⁷⁸⁶ Ñaco 2003: 221.

regulares que implicasen el pago con moneda parece altamente improbable en estos momentos, en los que aún no se había puesto en circulación la gran mayoría del numerario ibérico –sobre todo, el acuñado en plata–, con el que, cabe pensar, se podría hacer frente a desembolsos de semejante envergadura⁷⁸⁷.

19.2.3. Los primeros bronce ibéricos del NE peninsular

Por alusión directa, no puede dejar de mencionarse que algunas amonedaciones –principalmente, las series más antiguas de **undikesken** y **kese**– podrían haberse emitido en un momento avanzado de este período. Se ha propuesto una cronología del segundo cuarto del siglo II a. C. para las primeras⁷⁸⁸. No obstante, se trata de un número relativamente modesto de bronce que difícilmente podrían haber satisfecho necesidades fiscales; en opinión de Marta Campo, estas primeras emisiones pueden vincularse con el pago en moneda de una parte del *stipendium* legionario. Esta idea parece plausible si se tiene en cuenta la importancia logística y militar de las dos ciudades vinculadas a estas cecas –*Tarraco* y *Emporion*–, principales cuarteles de invierno o *hiberna* en la zona. Dicho numerario podría haber servido, por tanto, para satisfacer los pequeños gastos cotidianos generados durante los períodos de inactividad⁷⁸⁹ –esos en los que, como hemos visto, la verdadera colonización tenía lugar–. Para **kese**, cuyos elementos de datación son escasos y realmente problemáticos –como, por ejemplo, el de la moneda procedente de Renieblas III–, la autora propone una cronología del 150-125 a. C.⁷⁹⁰.

No parece casual que indigetes y cosetanos, que conocían la moneda desde hacía siglos –y cabe suponer que también los layetanos–, sintiesen en ese momento la repentina necesidad de emitir numerario propio y, además, en cantidades importantes. Las circunstancias paralelas que los dos núcleos vivían con la ubicación de sendos *praesidia* desde el 218 a. C. debieron no solo de fomentar una presencia importante de tropas romanas e itálicas, sino también –a esas alturas de la conquista– de magistrados, funcionarios, burócratas, comerciantes y otros

⁷⁸⁷ La validez de este argumento queda condicionada y, al mismo tiempo, se retroalimenta de un tema tan complejo como es la datación del denario ibérico. Como muy bien destacan Ñaco y Prieto (1999: 226-241) y Ñaco (2003: 220), los apriorismos han provocado que los argumentos numismático e histórico se invaliden. En general, mientras que la temprana aparición del denario ibérico prueba la existencia de una incipiente fiscalidad para los historiadores, la existencia de dicha fiscalidad indica una datación antigua para el denario ibérico en opinión de los numismáticos. Por su parte, y aunque no es concluyente, la Arqueología aporta indicios claros que apoyan una datación baja para estas amonedaciones. Véase Crawford 1985: 94 y, especialmente, Volk 1996. Sobre la cronología del denario ibérico, puede encontrarse una síntesis en Cadiou 2008: 524-543; Gozálbos 2009b: 86-92.

⁷⁸⁸ Campo 2002: 80-82.

⁷⁸⁹ Campo 2002: 81.

⁷⁹⁰ Campo 2002: 82-83.

personajes habituados al uso de la moneda que, sin duda, necesitaban numerario *in situ*⁷⁹¹.

En lo que al valle de Cabrera de Mar se refiere, no hay constancia de actividad por parte de la ceca de **ilduro** en esos momentos ni tampoco se detecta la existencia de moneda en circulación (véase capítulo 7). Da la sensación de que la moneda siguió siendo un bien escaso que no jugaría un papel destacado ni en el funcionamiento económico de este territorio ni en las formas de regulación de las transacciones indígenas hasta, al menos, un momento avanzado de la fase siguiente.

La dicotomía existente entre estos tres territorios situados uno al lado del otro es, sin duda, un hecho relevante y muy indicativo sobre quiénes promovieron y usaron la moneda. Las áreas en que los autores clásicos informan de la frecuente llegada de tropas romanas y personajes foráneos debido al establecimiento de *praesidia* son las primeras en emitir moneda ibérica. Por el contrario, el valle de Cabrera de Mar –por el que, como se ha señalado, supuestamente discurrieron los ejércitos que transitaban entre *Emporion* y *Tarraco*– no vio necesidad de acuñar numerario propio en esos momentos, y tampoco de utilizar el ajeno. La impresión es que, efectivamente, tanto la actividad emisora como el uso de la moneda deben relacionarse no solo con la presencia romana en el territorio, sino con los pocos asentamientos más o menos «estables» de que Roma disponía en la zona al menos durante la primera mitad de siglo II a. C. Esta hipótesis podría reforzar el discurso anterior, en el que se defiende la inexistencia de un *praesidium* o de una guarnición romana permanente en el valle de Cabrera de Mar. De haber existido, podría pensarse que las necesidades del valle se habrían asemejado mínimamente a las de *Emporion* o *Tarraco*, y su circulación de moneda así lo reflejaría. Posiblemente, la fase siguiente –momento en que aparecen las primeras acuñaciones de **ilduro**– ofrece la confirmación a dicha hipótesis con la aparición del yacimiento tardo-republicano, en el que la presencia foránea está bien documentada.

García Riaza apunta: «[...] la utilización romana de moneda local puede aportarnos datos relevantes para el estudio del estatus jurídico de la ciudad emisora, ya que este puede presentar distintos grados: una alianza económico-militar con Roma (*Emporion*), una situación de autonomía con pago de indemnizaciones de guerra (*celtíberos en la paz gracana*), un estatus estipendiario (*comunidades del cuadrante nororiental tras la actividad de Catón*) [...]»⁷⁹². Quizá –durante la primera mitad del siglo II a. C.– solamente habrían tenido prerrogativas para emitir moneda las ciudades ibéricas que tenían una alianza militar con Roma

⁷⁹¹ Campo 2002: 81-84

⁷⁹² García 1999: 52.

(*Emporion-undikesken* y *Tarraco-kese*), pero no aquellas otras que mantenían un estatus distinto a este, ya fuese estipendiario o de cualquier otro tipo.

Basándose en tales argumentos, el autor de la presente tesis no comparte la opinión de Villaronga⁷⁹³ –posteriormente recogida por Olesti⁷⁹⁴–, que propone una cronología de primera mitad del siglo II a. C. para algunos bronceos layetanos, ausetanos o lacetanos si se entiende a **ildirgesken** como una ceca lacetana⁷⁹⁵. En este sentido, las estratigrafías de yacimientos arqueológicos como el de El Camp de les Lloses –y, principalmente, el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar– parecen ofrecer pruebas claras de que no circuló moneda ibérica de ninguno de los talleres adscritos a dichos territorios con anterioridad a la segunda mitad del siglo II a. C. (véase capítulo 7)⁷⁹⁶.

19.3. La segunda mitad del siglo II a. C. e inicios del I a. C. (150-90/80 a. C.)

A partir de la segunda mitad del siglo II a. C. –coincidiendo con la caída de Numancia y el final de las Guerras Celtíberas– parece detectarse un giro en la política de Roma en el NE peninsular. Esta estrategia pudo verse modificada por el hecho de tratarse de una zona de retaguardia más o menos pacificada en la que, como hemos visto, experimentar con medidas algo más duraderas era factible, pero fundamentalmente –como se verá a lo largo del presente capítulo– como parte de una política intervencionista más amplia que afectó igualmente a gran parte del arco mediterráneo que separa a la península itálica de Hispania.

En concreto, la conquista de la Galia Narbonense y de las Islas Baleares –zonas estrechamente vinculadas con el NE peninsular y, en especial, con sus territorios litorales–, ayuda a entender este cambio en el *modus operandi* de Roma. La necesidad de conectar y organizar unos territorios cada vez más integrados en las rutas comerciales mediterráneas –y, por tanto, importantes en el desarrollo económico de la propia península itálica– debió de pasar a ser un tema de primer orden⁷⁹⁷.

19.3.1. El binomio *Burriac-asentamiento tardo-republicano*

Al adentrarse en el área objeto de estudio –el territorio layetano y, fundamentalmente, el valle de Cabrera de Mar–, se puede comprobar que la

⁷⁹³ Villaronga 1994: 175-202.

⁷⁹⁴ Olesti 2006: 130.

⁷⁹⁵ La adscripción de la ceca de **ildirgesken** resulta compleja. Villaronga (1978: 9) la clasifica como ilergete, aunque con matices: «Por otra parte, otro grupo de los ilergetes, al este de Iltirta, acuña moneda con la leyenda ibérica Iltirkesken en un completo estado de independencia de aquellos».

⁷⁹⁶ Duran et al. (en prensa).

⁷⁹⁷ Olesti 2010: 27.

arqueología es especialmente generosa a lo largo de este tercer período (150-90/80 a. C.) y especialmente fructífera en el municipio homónimo, donde los vestigios documentados para la segunda mitad del siglo II a. C. –y muy concretamente durante el último tercio de la centuria– son extraordinarios.

En primer lugar, hay que centrar la atención en el *oppidum* ibérico de Burriac. Sin extenderse demasiado –pues el estudio detallado del asentamiento se ha afrontado en el capítulo 4 de este trabajo–, es importante mencionar que el poblado experimentará un crecimiento y un dinamismo significativos a lo largo de la segunda mitad de la centuria y, principalmente, desde el último tercio del siglo II a. C. De ese modo, llegará a alcanzar una superficie que se estima de entre 10 y 12 hectáreas, sufriendo al mismo tiempo una importante remodelación urbanística –el almacén de *dolia* o la aparición de nuevas calles son ejemplos de ella– cuyo elemento más destacado y emblemático es la imponente reforma en *opus quadratum* de la puerta meridional del poblado⁷⁹⁸. Sobre la base de los restos arqueológicos documentados, queda patente que el principal núcleo poblacional indígena parece adoptar metodologías y técnicas constructivas de carácter y tradición itálicas durante este período. Especialmente, se generalizará la utilización de materiales anteriormente inexistentes –como las *tegulae*, los *imbrices* o los *dolia*– y aumentará considerablemente la utilización y el consumo de otros productos itálicos de importación (véase capítulo 6). Estos materiales y técnicas se combinan, no obstante, con el empleo de elementos de tradición y factura local que ya se documentaban en fases anteriores; los hogares, la construcción en adobe o los silos en el interior de las viviendas son algunos ejemplos. Dicha combinación de técnicas locales e itálicas será una constante a lo largo de todo el valle además de estar presentes en otros *oppida* layetanos, como Ca n’Olive, La Torre dels Encantats, Turó d’en Boscà, etc.

Paralelamente a estas reformas, se sabe que un asentamiento sin parangón en cuanto a sus características en todo el territorio layetano se estableció en el valle, a los pies de la montaña de Burriac y a poco más de 1 kilómetro de distancia del poblado⁷⁹⁹. Este núcleo presenta marcadas evidencias de arquitectura privada y pública de carácter itálico –termas, *domus*, pavimentos en *opus signinum*, materiales constructivos itálicos, etc.– que contrastan con una epigrafía que se sirve de la lengua ibérica como mecanismo de expresión, la acuñación de moneda

⁷⁹⁸ Zamora 2006-2007: 252-257.

⁷⁹⁹ El autor de esta tesis quiere aprovechar para destacar el arduo trabajo arqueológico que, desde 1997-1998 hasta hoy, se está llevando a cabo en dicho municipio de manera ininterrumpida y del cual ha formado parte durante casi ocho años. Gracias a los esfuerzos de un ayuntamiento modesto –y, sobre todo, de su arqueólogo municipal, el Sr. Albert Martín– este importante yacimiento continúa teniendo una importante difusión tanto a escala nacional como internacional.

utilizando alfabeto y tipos ibéricos o la inhumación de neonatos (recién nacidos fallecidos durante el parto) bajo las viviendas (véase capítulos 5 y 6). Parece que su ocupación pudo iniciarse *ex novo* –no se conocen fases ibéricas anteriores relacionadas con el mismo– a mediados del siglo II a. C., y continuará habitado de forma ininterrumpida hasta aproximadamente el primer cuarto del siglo I a. C. Dicho asentamiento, del que actualmente se conoce una superficie edificada de casi 3 hectáreas –seguramente era mucho mayor–, alcanzará su apogeo durante el último cuarto del siglo II a. C.⁸⁰⁰.

Sin lugar a dudas, las formas en que estos dos asentamientos interactuaron entre sí y con su territorio adyacente constituyen una de las piezas clave para entender el proceso de colonización del mencionado valle de Cabrera de Mar. Ya se ha comentado con anterioridad en el presente estudio que este yacimiento ha sido interpretado como un centro urbano de origen itálico fundado *ex novo* por la Administración romana para tutelar el proceso de «romanización» de la antigua Layetania ibérica⁸⁰¹. El problema de esta hipótesis interpretativa es que no parece explicar satisfactoriamente la proximidad con el mayor de los *oppida* layetanos –Burriac–. Si su cercanía tenía como objetivo «controlar» o «tutelar» a la población local, cabe pensar que este asentamiento debería de haber estado dotado de un importante sistema defensivo –del que no hay prueba alguna hasta el momento– o, como mínimo, ubicarse en una posición ventajosa y fácilmente defendible –como ocurre en los casos de *Emporion* y *Tarraco*–. Por otro lado, sería lógico suponer que al poblado ibérico le hubiesen exigido el desmontaje total o parcial de su sistema defensivo en el momento de construir este núcleo urbano. Al menos, no se le habría permitido ampliarlo con la imponente construcción en *opus quadratum* –técnica constructiva por otra parte típicamente itálica– documentada en la puerta meridional (figura 32). No parecería seguro «tutelar» o «controlar» un territorio en el que los recién llegados itálicos –minoritarios en número con toda certeza– se estableciesen en un asentamiento sin defensa alguna y emplazado en la parte baja de un valle –pésimo lugar militarmente hablando–, mientras que los grupos locales –bajo su tutela y mucho más numerosos– residían en un *oppidum* fuertemente fortificado que preside y controla todo el territorio.

Una segunda hipótesis, en parte complementaria con la primera y que matiza de un modo interesante la relación entre el poblado ibérico y el asentamiento tardo-republicano, se ha propuesto recientemente. Para Olesti, el centro administrativo pasaría a ser una «*civitas*» y englobaría al conjunto del valle

⁸⁰⁰ García *et. al.* 2000.

⁸⁰¹ García *et al.* 2000: 39.

de Cabrera de Mar, siendo este un núcleo híbrido romano-indígena con una prolongación hacia el valle⁸⁰². Esta teoría tiene diversas ventajas:

Concuerda bien con los datos arqueológicos expuestos en la primera parte de esta tesis. Si entre ambos centros urbanos existiese una marcada dicotomía –itálicos/indígenas– que permitiera separarlos, cabría esperar encontrar diferencias en la cultura material presente en sendos yacimientos –un mayor volumen de cerámica de importación, grafitos en latín, como ocurre en la ciudad itálica de *Valentia*, o una circulación de moneda algo distinta–. Por el contrario, la circulación de moneda, las cerámicas de importación y el estudio de los grafitos (véanse capítulos 6 y 7) no parecen evidenciar la existencia de esta diferenciación, que se limita exclusivamente a la monumentalidad de algunas construcciones de tipo itálico presentes en el asentamiento tardo-republicano.

En su tesis doctoral, García discrepa de la hipótesis de Olesti apuntando que ambos yacimientos parecen seguir una trayectoria distinta. Como ejemplo, pone que –aunque en Burriac se aprecian indicios de decadencia desde inicios del siglo I a. C.– se mantienen niveles de hábitat hasta mediados de la centuria, momento en que es definitivamente abandonado. Por contra, no se detecta este proceso en el asentamiento tardo-republicano del valle, sino que es abandonado hacia el 80-70 a. C. de forma uniforme. Una opinión personal es que este argumento no resulta suficiente para negar la tesis de Olesti, aunque pone de relevancia un aspecto importante: prestar atención al abandono de los dos núcleos, cosa que ayudará a poder confirmar o refutar en el futuro las hipótesis hoy planteadas. Como se indica en el capítulo 5, las estructuras del cuadrante SE de la parcela (figura 63) en el solar conocido como Can Rodon ofrecen una cronología algo más tardía, y los niveles de abandono llegarían hasta mediados del siglo I a. C.⁸⁰³. En la misma línea, aunque aún está pendiente de excavación y estudio, hay indicios de que ciertas estructuras aparentemente residenciales ubicadas en la parcela denominada Ca l'Arnau –ubicada al N de las termas– también podrían tener un final algo más tardío. Además, cuando se habla del abandono del asentamiento tardo-republicano, se hace como centro urbano. Sin embargo, y esto se volverá a tratar más adelante, existe una importante actividad productiva ya desde el segundo cuarto del siglo I a. C. Por todo ello, parece apresurado afirmar actualmente que existen diferencias importantes entre el abandono de Burriac y el del asentamiento tardo-republicano cuando ambos yacimientos –y muchos de sus niveles arqueológicos– aún no han sido excavados y más aún sabiendo que persisten niveles de ocupación importantes

⁸⁰² Olesti 2010: 29, nota 14.

⁸⁰³ Sinner y Martí 2011: 607.

en los dos centros, pero desposeídos del significado que tuvieron durante la segunda mitad del siglo II a. C.

Por su parte, la aseveración de Olesti al considerar a ambos yacimientos como un solo núcleo romano-indígena resulta un tanto aventurada; sobre todo, cuando nada se sabe acerca del estatus que uno u otro asentamiento pudieron llegar a tener y cuando apenas empiezan a vislumbrarse algunos indicios sobre la identidad de sus pobladores. Es cierto que existen casos similares –aunque todos con sus respectivas peculiaridades–, como los de *Tarraco* o *Emporion*, que parecen dar un paso en esta dirección en estos momentos⁸⁰⁴. No obstante, también es un hecho que –en ambos casos y desde los inicios de la conquista– las fuentes relatan la presencia estable de *praesidia* en dichos núcleos así como su condición de *hiberna* –lo que asegura un contacto asiduo entre la población indígena y la foránea ya desde el 218 a. C. con todo lo que ello supone–. Empero, y como se ha indicado al inicio de este capítulo, no hay prueba alguna de que se diese una situación similar en el valle de Cabrera de Mar, por lo que extrapolar lo sucedido en otros centros –fundamentalmente, de la importancia de *Tarraco* o *Emporion*– al valle parece algo arriesgado teniendo en cuenta que las fuentes y la arqueología todavía no han aportado pruebas concluyentes en ese sentido.

Basándose en los datos a los que se ha podido tener acceso a lo largo de este estudio –y sin poder afirmar en absoluto que poblado ibérico y yacimiento tardo-republicano sean un único núcleo urbano política y jurídicamente hablando, cosa que facilitaría mucho la tarea de identificar a la ciudad de **ilduro**⁸⁰⁵–, da la sensación de que ambos asentamientos –así como el resto de los yacimientos «dispersos» y coetáneos del valle de Cabrera de Mar– funcionan como una unidad económicamente hablando al menos durante el último cuarto del siglo II a. C. Se presenta, por tanto, la imagen de un territorio densamente poblado en la que el componente indígena parece ser mayoritario. Posiblemente, cabría emplazar a la mayor parte de la población indígena en el poblado ibérico y en los asentamientos «dispersos» colindantes. En el otro extremo, unas élites ya muy integradas dentro de las costumbres y *modus vivendi* romano y algunos importantes –política y económicamente hablando– personajes itálicos relacionados con la administración de la «*civitas*» y de su territorio (legados, oficiales, *negotiatores*, *mercatores*, etc.) tendrían su residencia en el asentamiento tardo-republicano.

⁸⁰⁴ Olesti 2010: 28.

⁸⁰⁵ Actualmente no queda nada claro si **ilduro** –además de un taller de moneda– fue también el nombre ibérico que recibió el *oppidum* de Burriac o si, como bien han apuntado López y Martín (2011) era el topónimo con que se conocía al asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar en la época antigua.

Dejando a un lado la función urbana del valle de Cabrera de Mar –que parece no poder ponerse en duda a día de hoy–, es importante tener presentes dos trabajos recientes en el momento de interpretar el rol que el asentamiento tardo-republicano del valle jugó dentro del proceso de colonización del NE peninsular:

El primero es el excelente estudio de Cadiou, en el que el autor niega la existencia de un ejército de ocupación romano relacionado con una incipiente organización provincial –idea que como ya hemos comentado la arqueología parece confirmar al menos en Cabrera de Mar–, proponiendo en su lugar una red de asentamientos asociados con la logística de las tropas romanas cuyas funciones serían mucho más amplias⁸⁰⁶.

El segundo, llevado a cabo por Ñaco y Principal y centrado en el NE peninsular, matiza y concreta el trabajo del anterior proponiendo la existencia de dos niveles distintos dentro de esta red articulada en torno al 120-90 a. C. De ese modo, los *castella* constituirían la primera línea (militar), y asentamientos como El Camp de les Lloses formarían la segunda con una función mucho más logística de apoyo, control de las vías de comunicación y abastecimiento⁸⁰⁷.

Es pronto para ir más allá del terreno de las conjeturas, pero quizá no debería descartarse la posibilidad de que el asentamiento tardo-republicano –o el valle de Cabrera de Mar si se adoptan las tesis de Olesti– pudiese haber conformado la tercera línea de esta compleja estructura logística además de resultar un atractivo polo de atracción para los productos y los comerciantes itálicos. De ese modo, habría actuado como el principal núcleo urbano en la zona –donde tanto las élites locales como los altos mandos y otros personajes relevantes podrían encontrar las comodidades y servicios que seguramente requerían y a las que estaban acostumbrados– y como puerto de llegada de los bienes procedentes de Italia y de otros puntos de la Mediterránea –vía *Emporion* posiblemente, como así parece atestiguarlo el pecio de Isla Pedrosa⁸⁰⁸–. Sin lugar a dudas, todos estos productos resultaron imprescindibles para abastecer a una compleja red que, de un modo u otro, había de contar con una salida al Mediterráneo. A todas luces, y como se verá a continuación, parece que Cabrera de Mar fue esa salida. Al mismo tiempo, la «dependencia» de una parte importante de esta mencionada red del valle de Cabrera de Mar explicaría a la perfección por qué este centro se promociona y monumentaliza de semejante manera a lo largo de la segunda mitad del siglo II a. C. Esta teoría también da respuesta a otros aspectos estudiados en la primera parte

⁸⁰⁶ Cadiou 2008: 279-416.

⁸⁰⁷ Ñaco y Principal 2012.

⁸⁰⁸ Sobre el pecio de Isla Pedrosa, véase Foster 1975; Barberá 1975; Richard y Villaronga 1975; Pascual 1975. Existe una revisión del tema en Sinner y Stannard (en prensa).

de esta tesis doctoral, como la tipología de las construcciones o la cultura material –incluidas las ánforas brindisianas, cuya aparición se ha relacionado recientemente con el Ejército romano–.

19.3.2. Los asentamientos de tipo itálico y su integración en la red viaria

De manera prácticamente coetánea a la reforma de Burriac, y a la aparición del asentamiento tardo-republicano, Roma parece actuar sobre la red viaria del NE peninsular –más allá de la Vía Hercúlea– por vez primera. En efecto, los trabajos de construcción de toda una serie de infraestructuras –calzadas– cuyo origen parece tener un carácter militar –inicialmente al menos– y cuyo fin sería articular el territorio conectándolo más eficientemente con otros puntos de la geografía del NE peninsular se inician en estos momentos. Los tramos de vía conservados, así como los miliarios, son la prueba fehaciente de que calzadas como la de Manio Sergio (120-110 a. C.) (figuras 23 y 24) o la que discurría desde *Ad fines* hacia el valle del Ebro (*Celsa*) ya eran una realidad en aquel entonces⁸⁰⁹. Recientemente, se ha redimensionado la extensión y organización de esta red viaria (figuras 206 y 207) conectando la Vía de *Manlius Sergius* con otra que podría unir a las ciudades de *Gerunda* y *Auso*⁸¹⁰. Como bien indica Soto, esta calzada pondría en comunicación a ambas urbes para, después, hacer lo propio con *Auso*, *Sigarra* e *Iesso*, terminando su recorrido en *Ilerda*. Soto reconoce, y el autor de esta tesis lo apoya, que las evidencias arqueológicas que permitan tener la certeza de la existencia de esta vía continúan siendo pocas⁸¹¹; sobre todo, en cronologías del tercer cuarto del siglo II a. C. o anteriores y previas a la fundación de dos de los tres centros urbanos que comunica. En este sentido, Soto comenta que no parece viable que dicha calzada tuviese un uso continuado hasta, al menos, la fundación de los núcleos de *Gerunda* y *Auso*.

Estos restos arqueológicos –los miliarios–, que fosilizan de alguna manera las primeras rutas que surcaron el suelo catalán, han sido además relacionados por algunos autores⁸¹² con el amojonamiento al que Polibio hace referencia para esta

⁸⁰⁹ Es importante recordar que los miliarios se documentan a partir de C. Graco (123 a. C.), lo que quiere decir que no debe descartarse la posibilidad de que esta u otras vías ya existiesen con anterioridad.

⁸¹⁰ Soto (no publicado) 198-200.

⁸¹¹ «Els principals elements arqueològics que donen alguna informació sobre el possible existència i traçat de la via són un ara romana votiva al mig d'unes ruïnes d'un temple romà, prop del santuari del Coll d'Osor (Tarrés 2002, 226), els basaments d'un pont, possiblement romans, a Malafogassa, així com d'altres elements documentats per Llinàs/Merino (1991; 1999). Establir el possible traçat de la via en aquests paratges resulta de moment força difícil, donades les poques dades arqueològiques documentades». Soto (no publicado): 198.

⁸¹² Mayer y Rodà 1986: 165.

época⁸¹³. En este momento, y siempre con las pertinentes reservas, parece que las fuentes se ven corroboradas en líneas generales por los hallazgos arqueológicos. Pareciera que la actuación de Roma sobre los territorios que se extienden por las actuales costas de Cataluña y S de Francia es importante en estos momentos y mucho más planificada que en períodos anteriores. No se puede dejar de pensar en la repavimentación de la vía que unía a *Emporion* con el Rhone y que, en adelante, sería conocida como Vía *Domitia* (130-120 a. C.). El interés que la *urbs* tenía en comunicar por vía terrestre la península itálica con Hispania de forma segura y definitiva es algo innegable en aquel entonces, y su fin último consistía en asegurar una de las rutas comerciales y militares más importantes del Mediterráneo occidental.

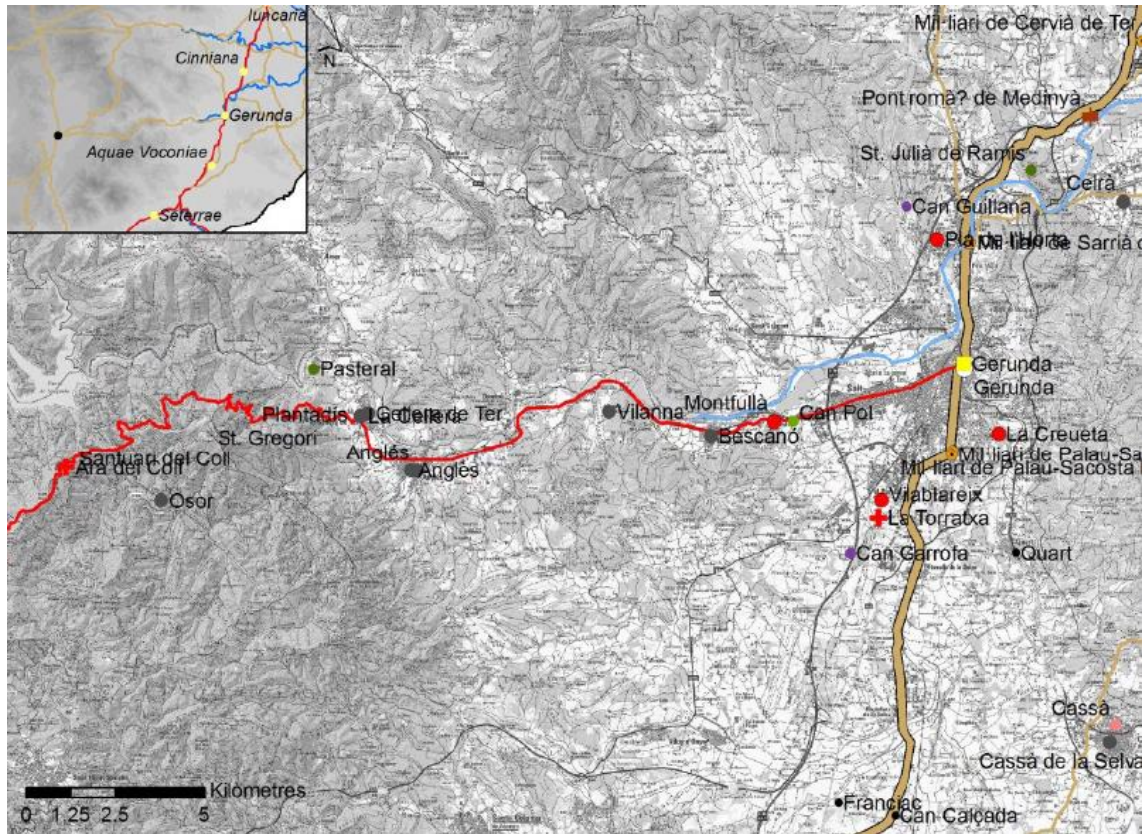


Figura 206. Primer tramo de la vía que uniría *Gerunda* con *Auso* según Soto (no publicado): 199, fig. 136.

⁸¹³ Polibio: 3.39.8.

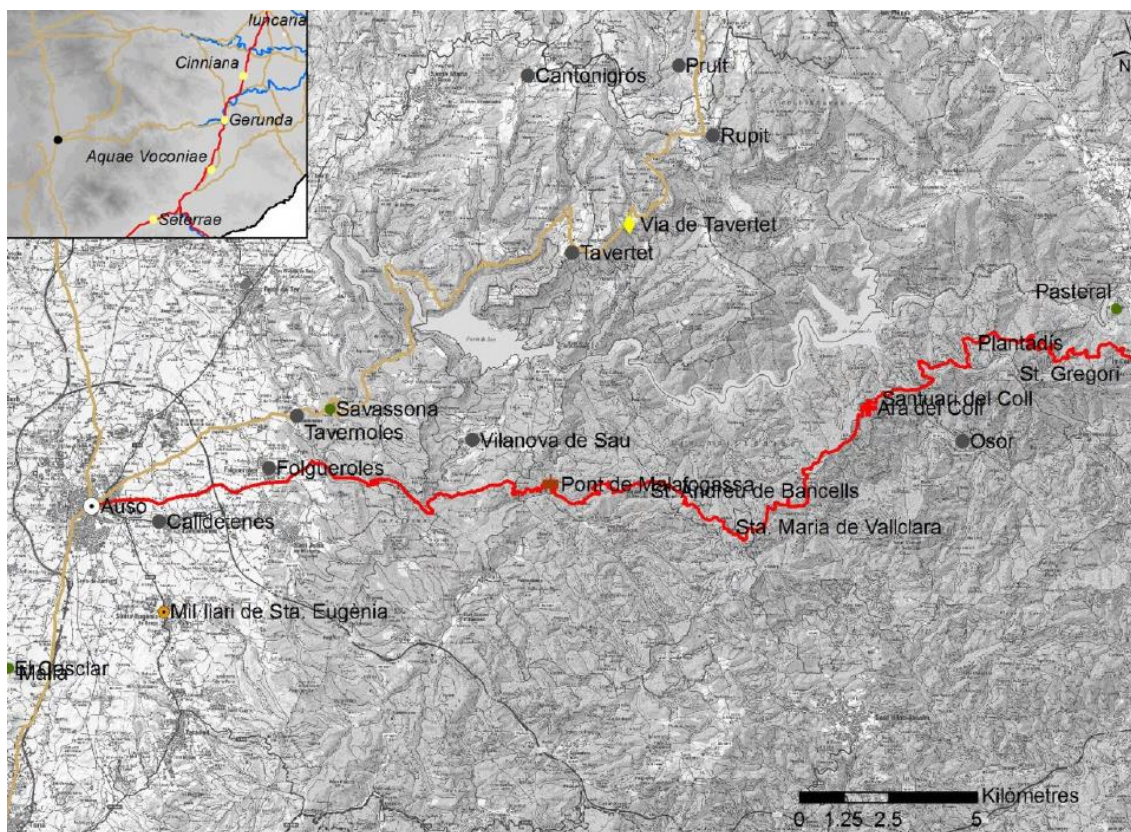


Figura 207. Segundo tramo de la vía que uniría Gerunda con Auso según Soto (no publicado): 200, fig. 138.

Recientemente, la investigación arqueológica ha permitido identificar una serie de yacimientos que, aunque con características algo distintas entre sí, comparten un marcado carácter itálico –arquitectura, cultura material, etc.– y cronologías situadas entre mediados del siglo II a. C. y el primer cuarto de la centuria siguiente. Estos asentamientos, de los que el valle de Cabrera de no parece debería desvincularse, no solo permiten comprender la mencionada reforma de la red viaria, sino que también dejan entrever la existencia de rutas de penetración hacia el interior⁸¹⁴. Es decir, fosilizan esa anteriormente mencionada salida al mar imprescindible en estos momentos tan tempranos del proceso de colonización; especialmente, hasta la consolidación de la ruta terrestre que unió a Hispania con la península itálica.

Como ya han comentado otros autores⁸¹⁵, en esta tesis se coincide en señalar que el valle de Cabrera de Mar –junto con *Emporion* y *Tarraco*– fue uno de los puntos clave para el control y la integración de la costa central de Cataluña en la órbita romana. La proyección del mismo hacia el interior resulta evidente, conectando con la depresión de El Vallés y la Vía Hercúlea –eje central de todas las

⁸¹⁴ Rodrigo *et al.* (en prensa).

⁸¹⁵ Pera *et al.* (2014): 538-542.

comunicaciones– a través del Coll de Parpers. Desde esta vía, partían todas las rutas hacia el interior o a la Galia. Yacimientos como el de Can Tacó (figura 210)⁸¹⁶ o El Camp de les Lloses (Tona) (figura 209)⁸¹⁷ –más al N– constituirían puntos estratégicos y logísticos integrados en la nueva red viaria. El eje Cabrera de Mar-El Camp de les Lloses no solo unía a la Layetania con la Ausetania, sino que posiblemente era la principal vía de comunicación costa-interior en un radio superior a 50 o 60 km y, por tanto, poseía vital importancia. La accesibilidad hacia los territorios interiores era compleja en la época antigua, y no existían muchas rutas cuyos costes de transporte no fuesen desmesurados; de hecho, prácticamente tan solo Cabrera de Mar y *Tarraco* tenían rutas claras de penetración hacia el interior en cronologías tan tempranas (figura 208).

La comunicación entre El Camp de les Lloses y el valle de Cabrera de Mar no solo se refleja en la circulación de la moneda⁸¹⁸, sino también en la tipología y la cultura material presentes en sendos asentamientos. El Camp de les Lloses (125-75 a. C.) –un *vicus* de carácter logístico-militar relacionado con el control de la nueva red viaria mencionada con anterioridad según sus excavadores– presenta edificaciones organizadas reticularmente sobre la base de dos ejes que discurren en dirección N-S al igual que sucede en el asentamiento tardo-republicano. Arquitectónicamente, destaca la presencia de viviendas ubicadas en torno a un patio central o atrio; no obstante, sus restos son más modestos que los del asentamiento tardo-republicano del valle⁸¹⁹. Por otro lado, y como se señala en el capítulo 6 para el valle de Cabrera de Mar, este yacimiento muestra una cultura material mixta muy rica en importaciones cerámicas (ánforas itálicas y vajilla de mesa), lingotes de plomo, herramientas e instalaciones para el trabajo metalúrgico, piezas de bronce de elaborada factura y un larario –elementos todos ellos presentes en el valle de Cabrera de Mar– entre otros objetos que, sin lugar a dudas, deben asociarse con la población itálica. Por otro lado, se documentan inhumaciones de no neonatos bajo los suelos de las viviendas –ya mencionado en el apartado 19.3.1–, una importante presencia de grafitos en lengua ibérica y abundante cerámica local, todo lo cual se observa, asimismo, en el asentamiento tardo-republicano. La fecha de abandono de los asentamientos –90-80 a. C. en el caso del de la época tardo-republicana del valle y 75 a. C. para El Camp de les Lloses–, unido a la ausencia de

⁸¹⁶ Pera *et al.* (2014): 528-532; Rodrigo *et al.* (en prensa).

⁸¹⁷ Álvarez *et al.* (2000).

⁸¹⁸ Sinner 2013a: 182-184.

⁸¹⁹ Sobre El Camp de les Lloses, véase Álvarez *et al.* 2000; Duran *et al.* 2008; Ñaco y Principal 2012: 160-165.

elements o infraestructura defensiva en los dos yacimientos, completan un amplio conjunto de similitudes que parecen demostrar la conexi3n entre ambos⁸²⁰.

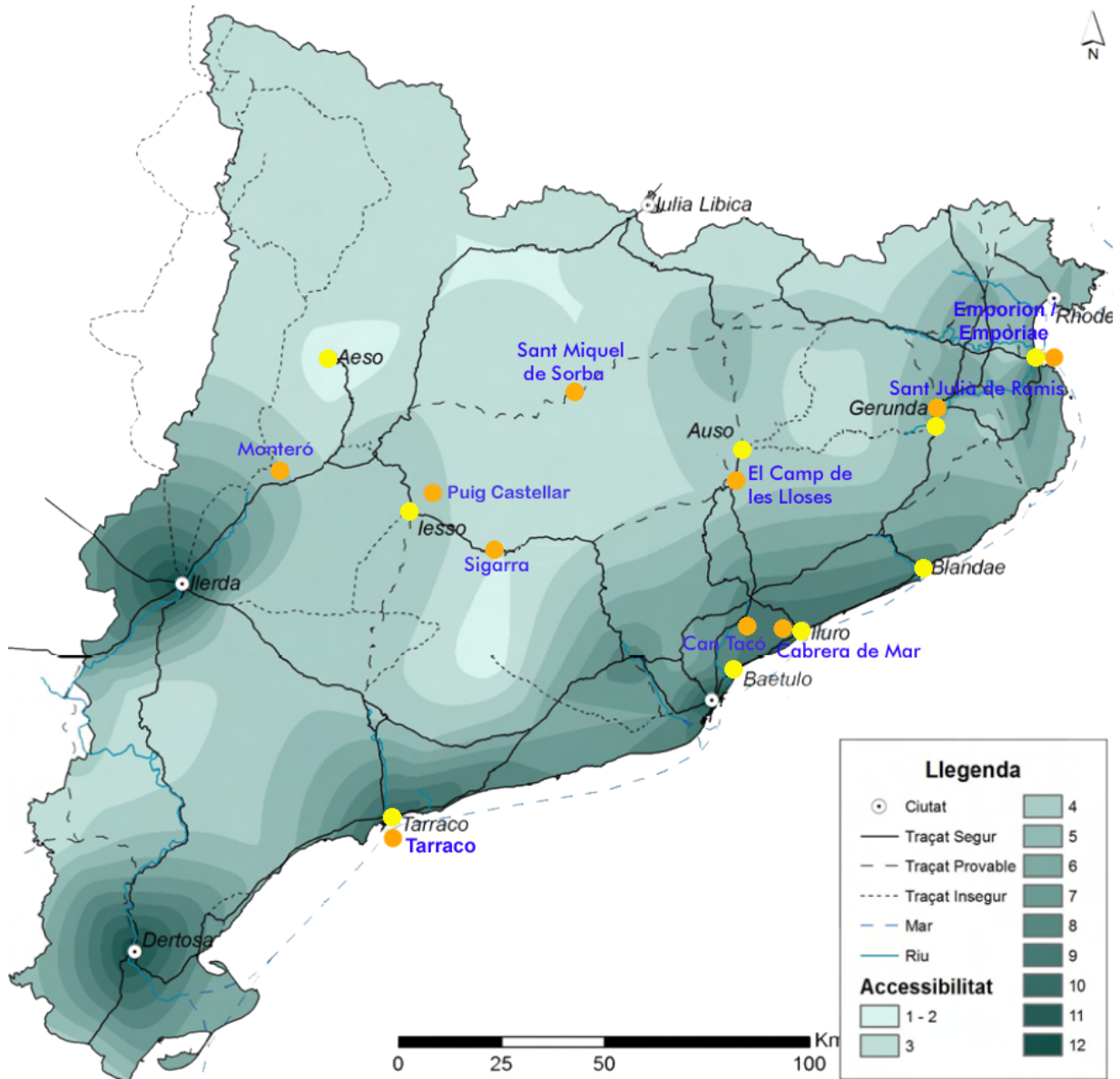


Figura 208. Mapa interpolado con la accesibilidad del territorio catala3n en dos fases. En naranja (primera fase), los asentamientos de «tipo it3lico» (125-75 a. C.); en amarillo (segunda fase), las fundaciones del primer cuarto del siglo I a. C. Mapa seg3n Soto (no publicado): 443, fig. 288 y adaptado por el autor de este trabajo.

⁸²⁰ Estas similitudes ya fueron mostradas anteriormente por Olesti 2010: 31.

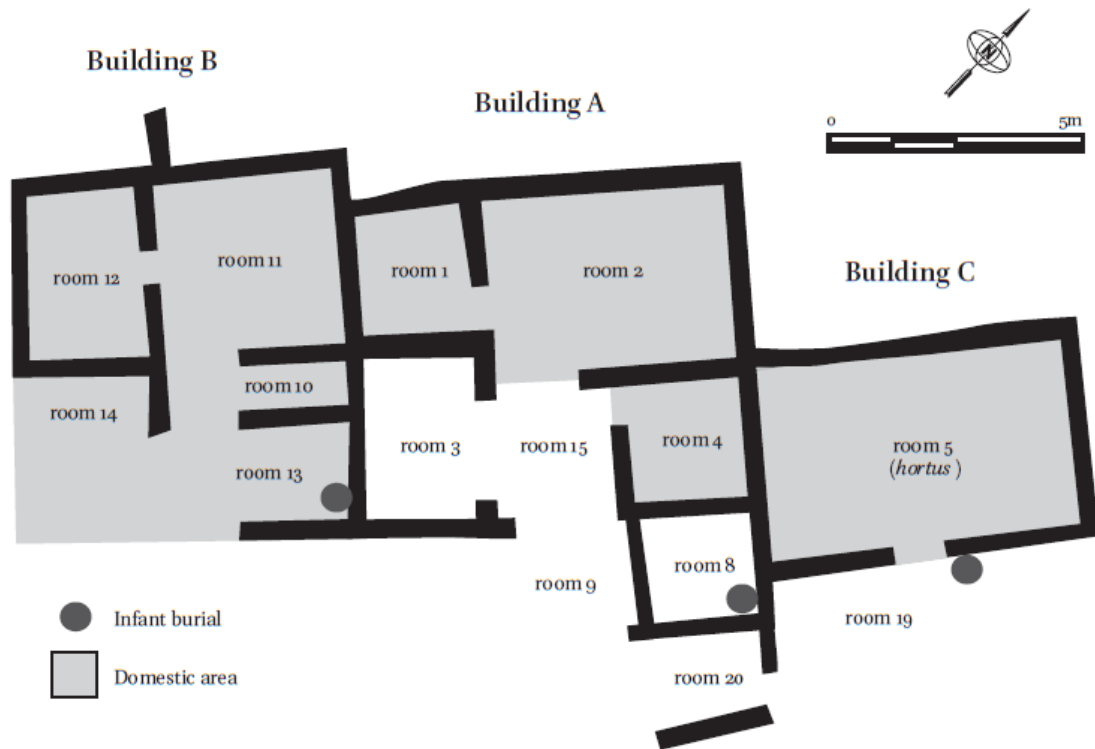


Figura 209. Planta del yacimiento de El Camp de les Lloses según Ñaco y Principal 2012: fig. 2.



Figura 210. Fotografía aérea del yacimiento de Can Tacó.

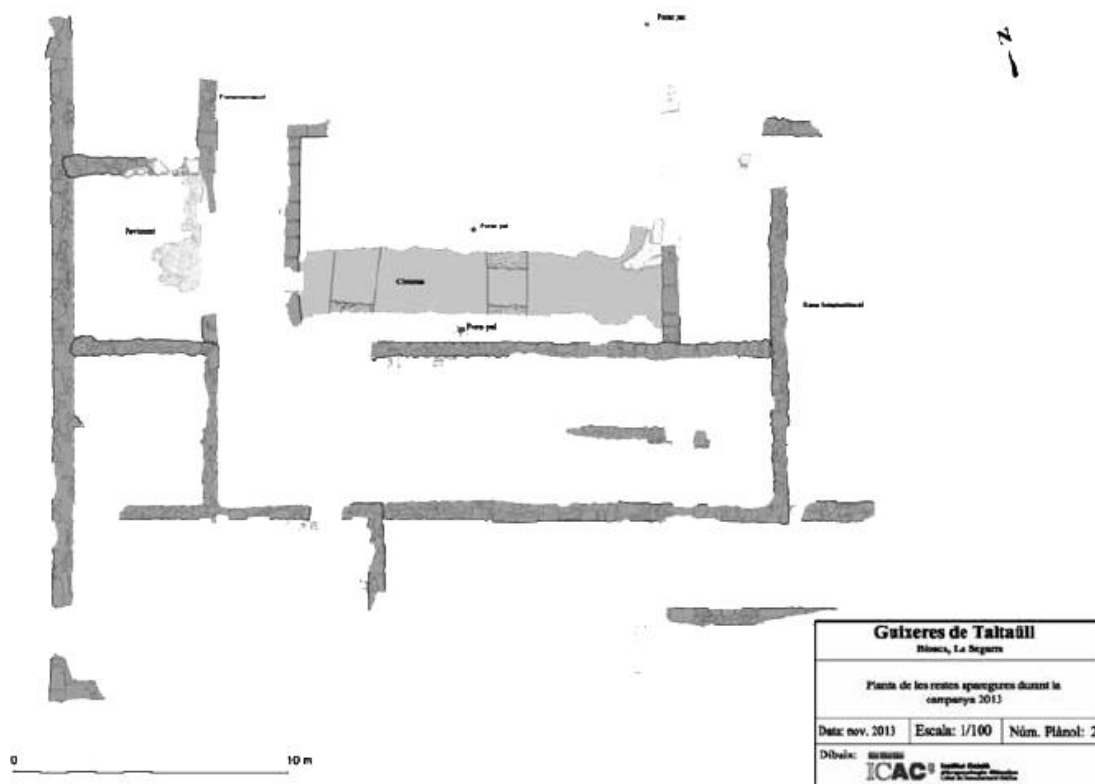


Figura 211. Planta sector 1 del yacimiento de Puig Castellar según Pera et al. 2014: fig. 6.

Por lo que a la red de comunicaciones se refiere, desde El Camp de les Lloses –siempre aceptando las tesis de Soto⁸²¹–, parte una segunda ruta en dirección E relativamente paralela a la Vía Hercúlea, que comunica con el enclave de Sigarra (Els Prats del Rei), lugar donde recientemente se ha identificado un yacimiento ibérico en el que se documentan niveles con una importante cultura material de tipo itálico. Basándose en su posición estratégica, y aunque sus características son poco claras aún y deberán concretarse en el futuro, sus funciones serían similares a las de Can Tacó. En este caso, su emplazamiento permite tener una excelente visión de la confluencia de los arroyos Mogent y Congost, que dan lugar al Besós. Por su parte, Sigarra tiene una situación también privilegiada sobre los cursos del Llobregós –desde donde se accede al asentamiento de Puig Castellar (Biosca, Lérida) (figura 211) si se remonta el valle del río⁸²²– y el Cardener –vinculado a la Ruta de la Sal–. La ubicación de Puig Castellar –un posible enclave militar⁸²³– es importante, pues sería el último punto de enlace con el

⁸²¹ Soto (no publicado). En lo relativo a la red viaria del NE peninsular, las tesis de Soto han sido recientemente recogidas por Pera *et al.* 2014: 536-542.

⁸²² Pera *et al.* (2014): 533-537.

⁸²³ El yacimiento se encuentra en una fase muy incipiente del proceso de excavación. No obstante, muestra un importante recinto amurallado con una construcción monumental de planta rectangular

yacimiento de Monteró (Camarasa)⁸²⁴ –situado al E–, donde esta vía transversal finalizaría. En cuanto a Monteró (Figura 212), es una posición elevada que controla un vado del río Segre y el valle del río Noguera Pallaresa, que discurre hasta los Pirineos. Tipológicamente, presenta ciertos parecidos con Puig Castellar (Biosca) –ambos poseen muralla perimetral y hábitat en la parte superior–, y se ha interpretado como un pequeño *castellum* ocupado por tropas romanas o auxiliares que, durante un breve período de tiempo (125-75 a. C.), controlarían este territorio y los pasos hacia las sierras prepirenaicas y a los Pirineos⁸²⁵.

Toda esta red de asentamientos que presenta cronologías entre el 150 y el 75 a. C. tendría la función de controlar el territorio y las vías de comunicación. A su vez, y como ya se ha señalado, parece que el valle de Cabrera de Mar sería su principal salida a la costa, lo que convierte a este –y, sobre todo, al asentamiento tardo-republicano– en uno de los mayores centros de redistribución de productos del NE peninsular y en un enclave logístico de vital importancia para el avituallamiento de las tropas acuarteladas en los diversos puntos de la Cataluña interior (Monteró y Puig Castell).



Figura 212. Planta del yacimiento de Monteró según Belarte *et al.* 2010: fig. 4.

edificada mediante la utilización de grandes bloques de piedra arenisca tallados que parecen apoyar dicha hipótesis.

⁸²⁴ Ferrer *et al.* 2009.

⁸²⁵ Ferrer *et al.* 2009: 147-148.

Ya totalmente dentro del campo de las hipótesis, parece que podría existir una interesante ruta costa-interior interior-costa –posiblemente militar en su origen, pero que seguramente también frecuentaron comerciantes y civiles de forma habitual a medida que la segunda mitad de la centuria avanzaba– que discurría hacia El Camp de les Lloses desde el valle de Cabrera de Mar. Este asentamiento habría actuado como un «hub» dentro de la incipiente red viaria republicana del NE peninsular (figura 208). El Camp de les Lloses debería entenderse, pues, como un punto logístico en el que las tropas –seguramente auxiliares (locales) en su mayoría considerando la cultura material híbrida del yacimiento⁸²⁶– pudiesen abastecerse, recibir, almacenar y reparar armamento, herramientas y otros utensilios metálicos –lo que explica la importante actividad metalúrgica detectada⁸²⁷– para continuar su marcha hacia los *castella* ubicados en Puig Castell, Monteró o Sta. Eulalia de Riuprimer –milla I de la Vía de Manio Sergio– si la hipótesis de Arrayás sobre la existencia de un posible *castellum* en la zona fuese confirmada⁸²⁸.

Evidentemente, la presencia militar no puede desvincularse de la actuación sobre la red viaria dado que –como se ha propuesto anteriormente– cabe suponer que una de las principales funciones de tales contingentes en la zona sería pavimentar y construir calzadas por las que, posteriormente, se desplazarían. Ñaco y Principal señalan en ese sentido: «*El Camp de les Lloses [...] Therefore, we may presume that such a military logistical outpost, perhaps garrisoned by a mixture of Roman, Italian and local troops, undertook, amongst other activities, a major role in road building, as has sometimes been proposed*»⁸²⁹.

Resulta llamativo que todo este entramado logístico, aparentemente dotado de un fuerte componente militar, se refleje en el registro arqueológico casi 100 años después de la llegada de los primeros contingentes romanos a la península. Cuál fue el detonante que generó una actuación de semejante envergadura aún es algo poco claro y, sin duda, tendrá que concretarse en el futuro; aun así, ciertas posibilidades pueden intuirse. Las fuentes dan la espalda al área objeto de estudio entre la caída de Numancia (133 a. C.) y el inicio las Guerras Sertorianas (82 a.

⁸²⁶ Así parecen indicarlo los distintos documentos epigráficos recuperados que utilizan la lengua ibérica. Ferrer *et al.* 2009. Cabe pensar que el número de tropas itálicas debería de ser muy reducido, y resulta significativa la imposibilidad de enviar soldados en el 104-101 a. C. Barrandon 2007: 236. Sobre el crucial papel que jugaron las tropas auxiliares a finales del siglo II a. C. e inicios de la centuria siguiente, hay que tener presente el importante rol de los celtíberos en la defensa de Hispania ante los cimbrios (Apiano, *Iber.*: 99) o el papel que dichas tropas auxiliares desarrollaron en las Guerras Gálicas. Sobre este último tema, véase Erdkamp 1998: 70.

⁸²⁷ Álvarez *et al.* 2000; Ñaco y Principal 2010: 172.

⁸²⁸ Arrayás 2007: 56. La existencia de los restos de un *castellum* en Santa Eulalia de Riuprimer aún no ha sido confirmada arqueológicamente, por lo que debe tomarse con reservas.

⁸²⁹ Ñaco y Principal 2012: 174.

C.), por lo que resultan de escasa utilidad. Tampoco parece que la comisión de diez *decemviri* enviada a Numancia⁸³⁰ tuviese la tarea de implementar políticas agresivas que pudieran justificar una reorganización de la Citerior, ya que, como muy bien apunta Barrandon: «*On ne peut en aucun cas attribuer à ces légations sénatoriales une quelconque action de réorganisation du territoire de la province d'Hispanie Citerieure: elles ne s'occupent que du règlement de la paix dans les territoires nouvellement intégrés à la province*»⁸³¹.

Muy posiblemente, las causas de esta actuación no deban buscarse en los territorios afectados directamente ni en el interior de la propia provincia Citerior, pero sí en otras áreas relativamente cercanas y de vital importancia en la geopolítica de la *urbs* en esos momentos. Se sabe que la Galia transalpina fue creada en el 125 a. C., mientras que la primera colonia fuera de la península itálica, *Narbo Martius*, se fundó en el 118 a. C. Por otro lado, la fundación de Palma y Pollentia –actuales Islas Baleares– por el cónsul C. Metellus (123 a. C.)⁸³² parece responder a la necesidad de erradicar a la piratería de la zona, aunque probablemente las razones fueron otras: la necesidad de asegurar la ruta marítima entre Hispania (*Tarraco*) y Roma durante el periodo de la conquista de la Narbonense (el año 124 a. C. se produjo la destrucción de Entremont y la fundación de *Aquae Sextiae*, Aix-en-Provence, por parte del cónsul C. Sextio Calvino) y, en un segundo plano, quizás también controlar las actividades comerciales de los ebusitanos⁸³³. Esto nos deja con, al menos, dos focos conflictivos muy próximos al área objeto de estudio en el mismo momento en que la red viaria se reorganiza y aparecen la mayoría de los asentamientos de carácter itálico anteriormente mencionados. En esta dirección parece apuntar el texto de Estrabón cuando el autor dice: «[...] *because the latter had barred passes leading to Iberia that ran through the seaboard. And in fact, they kept making raids both by land and sea, and were so powerful that the road was scarcely practicable even for great armies*»⁸³⁴. No será hasta el año 102 a. C. cuando finalicen los conflictos abiertos en la Galia Transalpina y la Ulterior, que las insurrecciones indígenas reaparecerán en el interior de la Hispania Citerior; más concretamente, en territorio celtíbero⁸³⁵.

Probablemente, entre la caída de Numancia (133 a. C.) y el 102 a. C., las revueltas y los focos de conflicto se sucedieron tanto en la Ulterior como en el otro

⁸³⁰ Es importante mencionar la existencia de otras dos comisiones (104 a. C. y 97-94 a. C.) con tareas de pacificación similares a la del 133 a. C. Pina Polo 1997; Barrandon 2007.

⁸³¹ Barrandon 2007: 232.

⁸³² Estrabón: 3.5.1-2.

⁸³³ Pena 2004: 70.

⁸³⁴ Estrabón 4.6.3.

⁸³⁵ Apiano, *Iber.*: 100; Richardson 1986: 156-171.

lado de los Pirineos y en las Baleares. Es importante mencionar que la cordillera pirenaica no será controlada hasta, por lo menos, el reinado de Augusto⁸³⁶, lo que explica bien la necesidad de establecer una cierta vigilancia sobre sus pasos –ejercida, por ejemplo, por los *castella* de Monetró y Puig Castellar–. Por tanto, esta tesis coincide con Ñaco y Principal cuando dicen que el NE peninsular pudo jugar un importante rol –retaguardia– en el abastecimiento –tanto de recursos humanos (*auxilia*) como de provisiones y armamento– de las tropas desplazadas a dichos frentes⁸³⁷ –principalmente, durante el proceso de creación y consolidación de la Galia Transalpina y hasta reafirmar la conexión terrestre entre Hispania y la península itálica– y, sobre todo, al enfatizar la importancia y el papel activo que las poblaciones locales tuvieron en las operaciones militares llevadas a cabo en el mencionado NE peninsular⁸³⁸ y –según entiende el autor de esta tesis– en el proceso de colonización de sus territorios. Solo así se explica la naturaleza híbrida de la cultura material de muchos de estos asentamientos, muy distinta a la de otros relacionados con el ámbito militar –como los campamentos numantinos o *Castra Caecilia* (Cáceres el Viejo); este último, en la *Ulterior*⁸³⁹–.

La presencia de comandantes u otros altos rangos romanos no se niega en este trabajo. No obstante, da la sensación de que serán las élites locales y muchos de los *auxilia* reclutados –hay que recordar que se han diferenciado hasta tres tipologías distintas dependiendo del tipo de asentamiento y de su función– quienes llevaron a cabo una importante parte de las tareas tanto castrenses como logísticas⁸⁴⁰. Sin duda, esta participación –que aunque se intuye, deberá concretarse mucho en el futuro– explica dos fenómenos distintos: el uso extensivo de lengua y moneda ibéricas en la mayor parte de estos asentamientos y la integración de un importante sector de la sociedad ibérica del momento –élites y guerreros– en las actividades romanas haciendo propia la causa ajena y estableciendo una serie de vínculos personales con los comandantes romanos, que se sabe fueron una significativa realidad durante la primera mitad del siglo I a. C. gracias a las guerras civiles.

⁸³⁶ Rico 1997.

⁸³⁷ Ñaco y Principal 2012: 172.

⁸³⁸ López 2010: 182-183; Ñaco y Principal 2012: 176.

⁸³⁹ Díaz 2008: C18-C23; C88-C94; C97-C104; C112-C113; U9-U15. En el caso de Monetró, la dualidad ibérico-itálico parece estar bien documentada (Ferrer *et al.* 2009). Para Puig Castellar, habrá que esperar a futuras campañas de excavación, ya que aún no se han recuperado materiales que sustenten o nieguen esta afirmación.

⁸⁴⁰ Ñaco y Principal 2012: 177. En esta tesis, se comparte la idea de los autores al afirmar que, efectivamente, la moneda ibérica fue emitida por la población local y utilizada profusamente en los campamentos militares y otras instalaciones logísticas. No obstante, y como se verá a continuación, no parece que fuese una moneda estrictamente militar.

19.3.3. El proceso de monetización

No es posible construir un modelo explicativo sobre la colonización del valle de Cabrera de Mar durante la segunda mitad del siglo II a. C. sin detenerse en la monetización del territorio. En menos de un siglo, el panorama monetario cambió totalmente tanto en el valle como en el resto del territorio layetano y del NE peninsular. A partir del 125 a. C. –y, sobre todo, durante la última década de la centuria y hasta el 90-80 a. C.–, este territorio sin tradición monetaria anterior pasó a tener una rica circulación de moneda de bronce. Si bien dicha circulación fue a todas luces mayoritariamente regional (véase capítulo 7), sin duda prueba la existencia de contactos –de forma directa o indirecta– con otras muchas áreas peninsulares y, principalmente, con la Galia Transalpina e, incluso, con la península itálica (figura 80)⁸⁴¹.

Como se pudo ver al analizar la dispersión de la moneda layetana⁸⁴² –y también al tratar la de **ilduro** (véase capítulo 16)–, los hallazgos aislados muestran dos pautas muy claras para las emisiones ibéricas layetanas en este momento:

La primera, con una distribución regional y que incluía a la mayoría de los hallazgos aislados, se localizaba alrededor de las mencionadas vías de comunicación –especialmente, la de Manio Sergio y la Hercúlea (figura 187)–.

La segunda, cuyo recorrido era mucho más amplio pero que tan solo englobaba a una pequeña parte de los hallazgos, mostraba que el numerario ibérico del NE peninsular tendía a concentrarse en la zona del golfo de León y del lado francés de los Pirineos cuando salía de su zona de uso habitual (la actual Cataluña). Nuevamente, y ya se ha reiterado con anterioridad, parece que tanto la difusión como la circulación del numerario estudiado recalcan la conexión existente entre ambos lados de los Pirineos⁸⁴³.

El debate sobre la cronología de las primeras monedas ibéricas acuñadas en la Layetania –posiblemente 150-125 a. C. (véase capítulo 15)– es interesante por sí mismo, mas no decisivo sobre el proceso de monetización de la zona debido al escaso número de piezas emitidas⁸⁴⁴. Sin querer entrar en dicho debate una vez más –ya se han apuntado algunas ideas en el punto 19.2.3–, el hecho de que el

⁸⁴¹ Sobre estos contactos, véase Sinner y Stannard (en prensa).

⁸⁴² Sinner 2013a.

⁸⁴³ Un trabajo reciente con mapas muy ilustrativos en Freugère y Py 2011.

⁸⁴⁴ Existe la posibilidad de que las emisiones que siguen el patrón del as uncial reducido romano puedan ser algo anteriores, como se ha visto para **ilduro** a lo largo de este trabajo. No obstante, estas monedas representan un volumen mínimo dentro del total de las emisiones layetanas, por lo que son poco relevantes a la hora de explicar el cambio de una sociedad desmonetizada a otra que ya nunca abandonará el uso de la moneda. La bibliografía existente sobre la cronología de la moneda ibérica en general –principalmente, la del denario ibérico– es muy amplia. Se pueden consultar algunas síntesis en Knapp 1977; Crawford 1985; Beltrán 1998; Campo 1999: 68-70; Cadiou 2008: 524-543; Gozálbés 2009b: 86-92.

grueso del numerario ibérico layetano fue acuñado entre el 125 y el 80-72 a. C. y en al menos dos momentos claramente diferenciados –aunque muy próximos en el tiempo–, parece ser totalmente cierto hoy en día gracias a las ocultaciones (véase capítulo 16) y a las estratigrafías bien conocidas de yacimientos como el de Cabrera de Mar o El Camp de les Lloses. El primer período (125-90/80 a. C.) coincide con el segundo de acuñación de la ceca de **ilduro**, la potenciación de Burriac, el auge del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, la actuación sobre la red viaria y la aparición de los mencionados asentamientos de tipo itálico. El segundo (90/80-72 a. C.), por su parte, lo hace con el período III del taller de **ilduro** y es paralelo a la reorganización definitiva del territorio layetano, a la fundación *ex novo* de ciudades como *Baetulo*, *Iluro*, *Iesso* o *Aeso* –con ceca propia todas ellas– y al conflicto que enfrentó a Pompeyo y Sertorio; los dos primeros aspectos se comentaran más adelante, pues pertenecen a la siguiente fase de estudio.

Parece que la moneda ibérica no escapa al constante proceso de hibridación que puede verse habitualmente en los yacimientos arqueológicos del momento. Se trata de un numerario que se sirve de unos tipos, una metrología –patrón de 10-12 g– y un alfabeto –el ibérico– locales, por lo que cabría pensar que las ciudades ibéricas las están acuñando de forma plenamente autónoma. No obstante, su difusión en la Layetania –basada en el estudio de los hallazgos aislados– parece adaptarse fielmente a la nueva reforma de las vías de comunicación, mientras que esta moneda se documenta en cantidades más importantes en los asentamientos con significativos niveles tardo-republicanos y marcadas características itálicas –como el tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar, El Camp de les Lloses y el yacimiento de Monteró–. Todo ello parece vincular a estas acuñaciones de alfabeto íbero con la geopolítica romana en el territorio.

Se ha propuesto recientemente que la moneda ibérica habría sido emitida para pagar a las tropas auxiliares incorporadas de forma más o menos eventual al Ejército romano: «*Los hispanos que recibieron moneda en torno al año 100 lo hicieron porque luchaban en tanto que soldados del Ejército romano*»⁸⁴⁵. Esta hipótesis explicaría la presencia de dicha moneda en contextos aparentemente militares –como en el caso de Monteró o de los propios campamentos numantinos ya fuera de la zona estudiada– y relacionados con la logística militar –El Camp de les Lloses–. No obstante, dicha propuesta –dejando a un lado las emisiones en

⁸⁴⁵ López 2010: 182. La idea se recoge también en Ñaco y Principal 2012: 176. El autor de esta tesis no contempla la posibilidad de que tales piezas se usasen a modo de «fichas», pues se tiene constancia de su uso en el valle de Cabrera de Mar fuera de contextos exclusivamente militares, donde tal posibilidad sí parecería factible, pero el «token» no podría utilizarse fuera del ámbito castrense.

plata⁸⁴⁶, pues **ilduro** nunca acuñó sobre este metal ni tampoco lo hizo ningún otro taller layetano– parece presentar varios problemas:

En primer lugar, existe un cierto consenso entre los filólogos a la hora de distinguir diferentes topónimos en las acuñaciones ibéricas del NE peninsular. Este hecho –la inclusión del nombre de la ciudad emisora en el tipo de la moneda– parece identificarlas como emisiones en origen ciudadanas y no militares⁸⁴⁷. Las únicas emisiones de esta época –aunque algo posteriores– que pueden considerarse como tales –estrictamente militares– hasta la fecha son los denarios romanos que los *imperatores* acuñaron durante el conflicto sertoriano y las guerras civiles⁸⁴⁸. En estas emisiones, aparece el nombre del general al mando o el del *quaestor* responsable de la fabricación del numerario, marcas que no parecen detectarse en las monedas ibéricas de bronce de este período⁸⁴⁹.

En segundo, los hallazgos aislados demuestran que la moneda ibérica no solo circuló en contextos relacionados con la logística militar o las actividades de un ejército, sino que está ampliamente documentada su circulación de forma habitual en centros con una mayoría de población local y carácter urbano o residencial –eso sí, siempre vinculados a niveles tardo-republicanos–. El *oppidum* ibérico de Burriac o el poblado conocido como Torre dels Encantats (Arenys de Mar) y La Cadira del Bisbe, son buenos ejemplos de ello dentro del territorio layetano. Finalmente, al analizar la dispersión del numerario ibérico layetano, se observó que hay hallazgos aislados en un elevado número de asentamientos –con tipologías muy diversas– cuyos niveles arqueológicos alcanzan cronologías de finales del siglo I a. C.⁸⁵⁰–. Por eso, restringir la moneda ibérica de bronce al ámbito estrictamente militar parece poco factible basándose en los datos procedentes de los hallazgos arqueológicos⁸⁵¹.

Todo apunta a que las piezas ibéricas de bronce –al menos, en el territorio layetano– fueron acuñadas por las principales ciudades para satisfacer unas necesidades muy concretas y puntuales, pero sin que parezca que pretendiesen dotar de numerario a todos los espectros de la sociedad. Como se ha visto al estudiar la producción de **ilduro**, el volumen de moneda emitido por la ceca no sería suficiente para un territorio tan extenso y densamente poblado como el layetano; cuanto menos, no durante la segunda mitad del siglo II a. C. Estos datos

⁸⁴⁶ Sobre el denario ibérico, su cronología y sus usos, pueden consultarse algunas síntesis en Knapp 1977; Crawford 1985; Beltrán 1998; Campo 1999: 68-70; Cadiou 2008: 524-543 o Gozálbos 2009b: 86-92, entre otros.

⁸⁴⁷ Sobre las acuñaciones con sufijo –s(ken) que podrían ser la excepción véase el capítulo 10.

⁸⁴⁸ Campo 1999: 62-63.

⁸⁴⁹ Arévalo y Marcos 1998: 27.

⁸⁵⁰ Sinner 2013a: anexo.

⁸⁵¹ Sobre los posibles usos de la moneda ibérica, véase Otero 1998. Ya fuera de la Citerior, se observa que ciertos asentamientos mineros también tuvieron una circulación muy rica en moneda ibérica.

parecen confirmarse dada la escasa producción de la ceca de **lauro** –el segundo de los tres talleres que acuña en la Layetania en estos momentos⁸⁵²–.

Quizá la pregunta adecuada sea: ¿Qué necesidades concretas y puntuales llevaron a las ciudades layetanas a emitir moneda? No cabe duda de que la respuesta a esta cuestión pasa por la presencia de población foránea –ya fuese de modo permanente (colonos) o temporal (comerciantes, militares, etc.)– habituada al uso diario de la misma. Sin duda, estos personajes estimularían la monetización de una sociedad que nunca antes había tenido necesidad de ello, como también han propuesto otros autores⁸⁵³.

Una hipótesis que podría explicar el origen del numerario ibérico en el NE peninsular podría ser que se tratara de amonedaciones emitidas por las mismas *civitas* que Roma promocionó a lo largo del siglo II a. C. y, especialmente, a partir de la segunda mitad de la centuria –**Tarraco-kese**, **Emporion-undikesken**, **Ilerda-ildiída**, Cabrera de Mar-**ilduro**, etc.– para satisfacer las necesidades diarias de un sector muy concreto de su población que fue en aumento y requería de numerario *in situ* (comerciantes, *negotitatores*, colonos itálicos, militares, etc.). Estos centros urbanos y densamente poblados serán, a su vez, el lugar adecuado para que el Ejército romano –como ya se ha indicado, muy presente en el NE peninsular entre el 125 y el 75 a. C.– se abastezca y reclute a los aliados necesarios para completar sus legiones⁸⁵⁴. Si existieron acuerdos bilaterales entre Roma y las ciudades hispanas –basándose en que estas proporcionarían *frumentum* y *stipendium* a los incorporados al servicio, como se sabe ocurría entre Roma y las ciudades itálicas⁸⁵⁵–, ello podría esclarecer por qué la moneda ibérica se documenta de manera abundante en ambos contextos: «*Aunque los historiadores romanos insisten con frecuencia en la desorganización de los guerreros indígenas [...] son muchas y más reveladoras las alusiones a su estrategia de combate y sobre todo a los desplazamientos de sus contingentes entre ciudades e incluso regiones; y ello porque implicaría la existencia de una organización militar y de una intendencia destinada al mantenimiento de la tropa fuera de su lugar de origen, más o menos desarrollada según los casos. Es muy posible, por lo tanto, que algunas de las acuñaciones ibéricas sirvieran para mantener sus propias tropas*»⁸⁵⁶.

⁸⁵² Llorens y Ripollès 1998: 97-106. Es cierto que no se tienen datos sobre la producción de **laiesken**, pero no parece que pudiera ser mucho mayor que la de los períodos I y II de **ilduro** basándose en las cifras del *CNH*, por lo que todo apunta en esta dirección.

⁸⁵³ Campo 2005: 79;

⁸⁵⁴ Como bien argumenta Cadiou (2008: 114, 541), la proporción de aliados respecto al Ejército romano estuvo siempre equilibrada y en proporción de 1:1, lo que significa que la mitad de la tropa era local.

⁸⁵⁵ Naco y Prieto 1999: 212.

⁸⁵⁶ Otero 1998: 121

Otro fenómeno que podría relacionar la circulación de la moneda entre el ámbito urbano y el militar podría encontrarse en los *canabae* o mercados que ofrecían a las tropas productos y servicios⁸⁵⁷. Cabe pensar que, previamente, adquirirían estos en los principales centros urbanos –como el valle de Cabrera de Mar en el caso del territorio layetano–. A este respecto, resulta muy ilustrativo el pasaje de Apiano en el que explica cómo Cornelio Escipion expulsó, en el 134 a. C., a todos los comerciantes, prostitutas, mercaderes, adivinos y otros personajes a los que se habían encomendado los soldados⁸⁵⁸.

En resumen, los gastos de intendencia fueron clave en el mantenimiento del Ejército y en la monetización de Hispania. No obstante, estaban condicionados por la ubicación de los campamentos y las relaciones de estos con la estructura socioeconómica local, con la que interactuaron de forma pacífica (compra de suministros, desarrollo de *canabae*) o intimidatoria (incautaciones, indemnizaciones, saqueos)⁸⁵⁹. Esta relación representa un elemento fundamental para la comprensión de toda circulación numismática –y, en especial, de la que aquí se trata– pero hace extremadamente difícil dilucidar el origen de la moneda ibérica.

Al hablar del denario ibérico, Knapp apunta: «*Here it is important to distinguish between the use and the purpose [...]*»⁸⁶⁰. En el caso de la moneda ibérica de bronce –al menos, en la Layetania–, tanto su circulación como el contexto de sus hallazgos y atesoramientos no permiten afirmar a día de hoy cuál fue el propósito último de su acuñación⁸⁶¹ –suponiendo que fuese solo uno y que, además, fuese el mismo para todas las emisiones, cosa que no está nada clara–. Quizá no sea tan importante hallar la causa última de emisión «the purpose», y poco importa que sean monedas emitidas inicialmente en contextos militares –y que, rápidamente, pasaran a utilizarse en otros ámbitos– como que se trate de numerario ciudadano –que, además, se utilizó asiduamente para sufragar pequeños

⁸⁵⁷ Campo 1999: 71.

⁸⁵⁸ Apiano, *Iber.*: 85.

⁸⁵⁹ García 1999: 39.

⁸⁶⁰ Knapp 1977: 15.

⁸⁶¹ En el NE peninsular, los estratos en que se ha recuperado la mayor parte de estas monedas son niveles tardíos o de abandono, por lo que muestran el momento final de su circulación, que es el que se acaba de describir y en el que la moneda se utiliza habitualmente en ámbitos muy distintos. Para poder afirmar cuál fue el propósito último de estas emisiones, habría que aclarar la cronología inicial de las mismas y, posteriormente, ver en qué contextos de esa cronología aparecen dichas monedas. En esta línea, futuras excavaciones en yacimientos que se sabe presentan niveles de tercer cuarto del siglo II a. C. –como Burriac, el asentamiento tardo-republicano de Cabrera de Mar o Puig Catellar, entre otros– resultarán fundamentales. Como se ha comentado varias veces a lo largo de esta tesis, son muy pocos los estratos fiables excavados anteriores o coetáneos al 125 a. C., y muchos menos aún los que presentan moneda ibérica. Hasta que la documentación arqueológica no avance en este sentido, difícilmente se podrán aclarar con garantías tanto la cronología como el fin último de estas amonedaciones.

gastos de intendencia-. Más allá del orden de unos factores que poco alteran el resultado final en opinión del autor, lo que realmente importa es entender «the use». Efectivamente, lo que acabará monetizando tanto al territorio layetano como a una gran parte del NE peninsular en todos los ámbitos y niveles de la sociedad es el uso cada vez más habitual de estas amonedaciones.



Figura 213. Mitad de **undikesken**, segunda mitad del siglo II a. C. (MNAC/GNC) (escala 1,5:1).

19.3.4. Hacia nuevas formas de ocupación y explotación del territorio

Tampoco se puede desvincular al valle de Cabrera de Mar de otro fenómeno cuya relevancia es extraordinaria dentro del proceso de colonización del territorio layetano. Naturalmente, se trata de las nuevas formas de ocupación y explotación del mismo; es decir, de la ocupación agrícola de la llanura litoral.

La existencia en el mencionado valle de una serie de «asentamientos dispersos» en los que las técnicas constructivas locales se combinan con las itálicas –zócalo de piedra, recrecimiento en adobe, *tegulae*, *imbrices*, muros estucados, etc.– y que suelen amortizar los campos de silos anteriores (véase capítulo 4) obliga a plantearse la función y papel que estas estructuras jugaron en el desarrollo económico del territorio y en sus mecanismos de producción. Estos asentamientos de pequeño tamaño disponían tan solo de dos o tres estancias destinadas al hábitat y a las actividades productivas (cobertizos, establos, almacenes, etc.). Tal es el caso de los yacimientos de Can Segarra⁸⁶², Can Bartomeu (figura 40)⁸⁶³, Can Modoloell⁸⁶⁴ y Ca l'Esteban, en el valle de Cabrera de Mar⁸⁶⁵. Fuera de los límites del mismo, este fenómeno no desaparece y pueden añadirse los de Can Balencó⁸⁶⁶ –en el vecino municipio de Argentona–, Can Bada, Can Majoral y Camí de la Geganta⁸⁶⁷ –en la actual ciudad de Mataró–. Como bien apunta García, todos ellos

⁸⁶² Pérez Sala y Cela (no publicado): Memòria de l'excavació d'urgència realitzada al camí de Can Segarra-Can Bartomeu (Cabrera de Mar). Cabrera de Mar; Zamora 2006-2007: 306-307.

⁸⁶³ García y Zamora 1993: 150-151; Zamora 2006-2007: 306.

⁸⁶⁴ Pujol y García 1994: 102; Zamora 2006-2007: 307.

⁸⁶⁵ Pujol y García 1994: 102; Zamora 2006-2007: 307.

⁸⁶⁶ CODEX 1995.

⁸⁶⁷ Pujol y García 1994: 100-101.

apenas deben de suponer una pequeña muestra del número total que existió, por lo que la magnitud de dicho fenómeno requiere especial atención⁸⁶⁸.

Es probable que estos asentamientos deban ser considerados como explotaciones autónomas basadas en la unidad doméstica, ya que no hay pruebas que indiquen lo contrario pese a la proximidad entre ellos. Por otra parte, esta idea no se opone a la posibilidad de que tales explotaciones fuesen capaces de generar excedentes con los que comerciar y, de ese modo, permitir a sus dueños conseguir unos ingresos con los que mantener a la explotación y hasta crecer (reparación de herramientas, elaboración de productos manufacturados, etc.) o responder a las exigencias fiscales⁸⁶⁹.

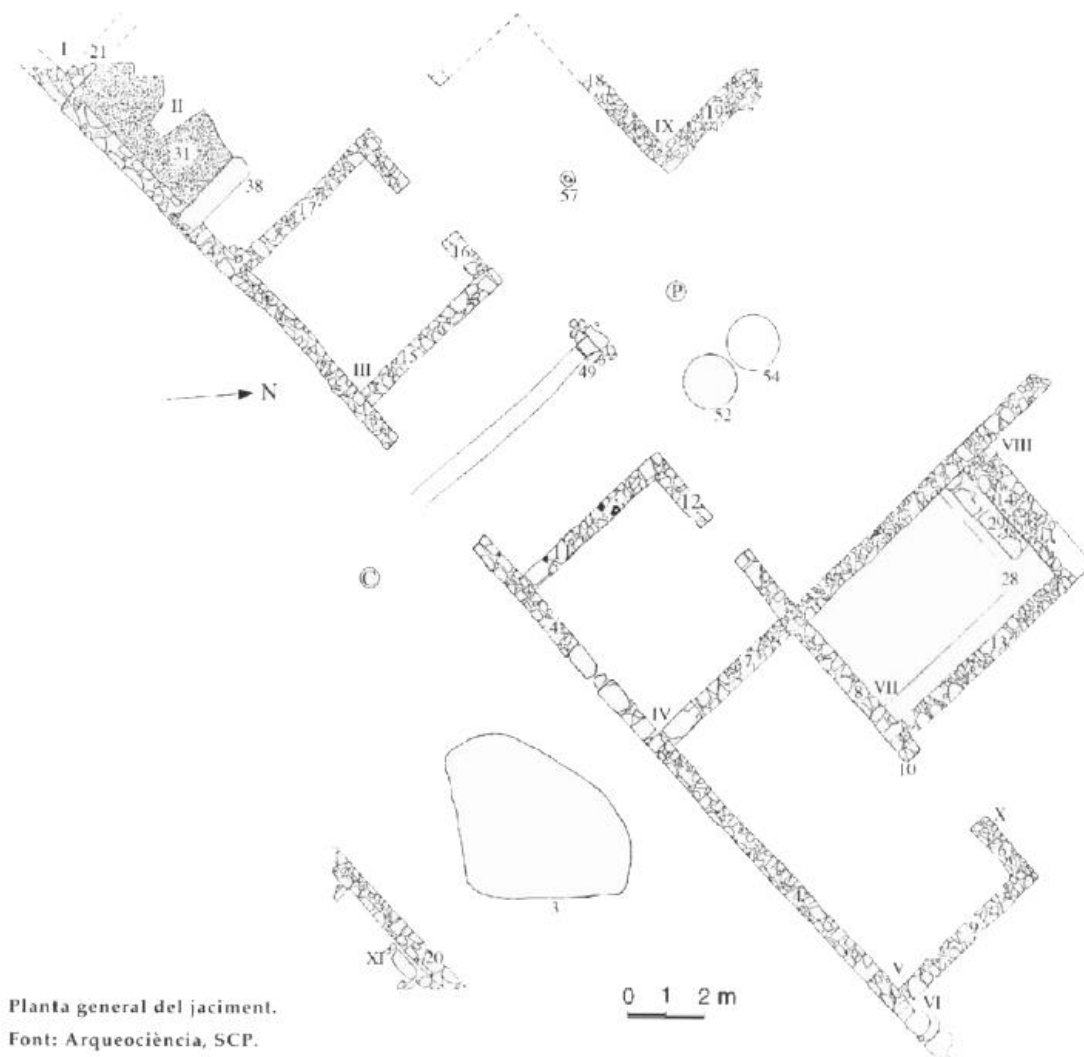


Figura 214. Planta del yacimiento de Can Rosell según Arqueociència SCP.

⁸⁶⁸ García (no publicado): 106. Los trabajos de catalogación llevados a cabo en la obra de Prevosti (1981) así parecen confirmarlo.

⁸⁶⁹ Revilla 2010: 152.

Ya hace tiempo que este cambio en las pautas de asentamiento se interpretó como el resultado del mencionado abandono de los *oppida* layetanos y que, por tanto, el reasentamiento de sus pobladores en la zona de la llanura litoral no debía confundirse con la implantación y posterior difusión del sistema villa. En palabras de Olesti: «[...] podríem parlar d'un procés de colonització agrícola interior –en tant que són les mateixes poblacions les que posen en explotació noves terres–, si be aquí la paraula colon no fa cap referència a població vinguda d'Itàlia, al contrari. De fet, com veurem, creiem que aquest fenomen de reassentament o recolonització agrícola va íntimament lligat al fenomen de la urbanització i al desenvolupament dels nous centres urbans a partir dels nuclis indígenes preexistents»⁸⁷⁰.

Por el contrario, otros autores puntualizan la existencia de un vacío cronológico importante entre dicho abandono y la aparición de estas pequeñas «granjas», y entienden el surgimiento de esos asentamientos rurales como parte de una estrategia bien planificada e inducida por Roma –aunque protagonizada por las comunidades locales– y que habría que enmarcar dentro de un proceso mayor, como lo es la organización provincial⁸⁷¹. Tales asentamientos –que no pueden entenderse como meras explotaciones agrícolas de la llanura litoral dado que su realidad era mucho más compleja⁸⁷², como ya se ha mencionado– alcanzaron su apogeo a lo largo del siglo I a. C.

También con cronologías y abandonos muy similares a los detectados en el valle de Cabrera de Mar (90-80 a. C.), puede encontrarse dentro del territorio layetano un conjunto de asentamientos aparentemente agrícolas, aunque algo distintos a los anteriores. Es el caso de los yacimientos de Can Massot (Montornès), Can Rosell (Llinàrs del Vallès) (figura 214)⁸⁷³, Can Martí (Samalús) y Mas Gusó (Bellcaire)⁸⁷⁴. Estos asentamientos rurales no parecen ser explotaciones intensivas, pero tienen un marcado carácter itálico y una estructura arquitectónica más compleja y de mayor envergadura a diferencia de las «pequeñas granjas». En cualquier caso, son diferencias tipológicas suficientes que no permiten descartar que su explotación cayera en manos foráneas.

La misma dicotomía existente en el ámbito urbano parece apreciarse en el medio rural, y se documentan estructuras de apariencia itálica –como en el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar o en los agrícolas de Can Massot, Can Rosell, etc.– y otras que siguen mostrando un carácter mucho más indígena aunque ya incorporan las nuevas técnicas y materiales constructivos

⁸⁷⁰ Olesti 1995; Olesti 2010: 33.

⁸⁷¹ García (no publicado): 107.

⁸⁷² Se puede consultar un buen estado de la cuestión en Revilla 2010.

⁸⁷³ Barrasetas *et al.* 1997.

⁸⁷⁴ Jàrrega 2000: 275-281.

–*tegulae, dolium*, etc.–, como Burriac o las pequeñas «granjas» del valle de Cabrera de Mar.

Al igual que ocurría cuando se entró a valorar la población del asentamiento tardo-republicano, las tesis que defienden que las estructuras mixtas se debieron a nativos altamente integrados en el proceso de colonización no gozan de una base más firme que aquellas otras que consideran se trataba de colonos itálicos que adaptaron sus construcciones a los materiales y mano de obra disponibles. Lo mismo sucede en las estructuras con marcado carácter itálico, para las que se puede argumentar un propietario ibérico ya muy integrado y habituado al *modus vivendi* romano –es importante tener presente que el proceso de cohabitación e hibridación entre nativos e itálicos ya supera la centuria en esos instantes–. Desafortunadamente, y a diferencia de lo que ocurre en el asentamiento tardo-republicano –en el que numismática y epigrafía permiten decantarse por una u otra hipótesis aun sin certeza alguna–, las evidencias no siempre son tan claras en el caso de los asentamientos dispersos, por lo que resulta complicado tomar partido por uno u otro modelo.

Si bien la filiación del propietario no tiene por qué ser un punto fundamental en todas las ocasiones –el árbol que no deja ver el bosque–, es evidente que se trata de un territorio que está sufriendo un intenso proceso de hibridación y cambio cultural desde el 218 a. C. y que está ya muy avanzado a estas alturas. Este proceso, que va en dos direcciones, se detecta en toda la región y tendrá infinidad de variables si es evaluado a menor escala –caso por caso haciendo un análisis microhistórico– tanto en el medio urbano como en el rural sin que el primero pueda desvincularse del segundo. Las situaciones particulares de cada unidad familiar tuvieron que ser muchas y muy diferentes; por tanto, también lo serían sus respuestas y maneras de adaptarse e integrarse en el proceso general.

Es indudable que la ocupación y explotación del territorio debieron de recaer principalmente en manos de las poblaciones locales, pero también es probable –a la vista de las evidencias expuestas a lo largo de este capítulo– que –al menos, en la Layetania y en el valle de Cabrera de Mar– la presencia constante de población foránea –siempre minoritaria– jugara un importante papel en la construcción y consolidación de este mundo híbrido que tomará una forma clara a partir del segundo cuarto del siglo I a. C. y que adquirirá su madurez a finales de la centuria. Tanto en el medio urbano como en el rural, la numismática (véase capítulo 7), la epigrafía, los materiales de importación (véase capítulo 6), la arquitectura, etc., indican que estamos ante un territorio, el valle de Cabrera de Mar, que evoluciona de forma unitaria en esos momentos, bien integrado dentro del nuevo sistema económico y comercial promovido por Roma y, por tanto, listo para el siguiente

paso dentro del mencionado proceso de colonización: la reorganización definitiva del territorio.

19.4. El primer cuarto del siglo I a. C. (90/80-50 a. C.)

19.4.1. Los abandonos del 90-80 a. C.

Aunque pueda parecer extraño, la década de 90-80 a. C. no se ha elegido al azar para separar esta fase de la precedente. Ciertamente, podría parecer que el año 100 habría sido más significativo, pero hoy se sabe –gracias a las aportaciones arqueológicas– que el valle de Cabrera de Mar inició un irreversible proceso de abandono en la mencionada década que será una realidad hacia la mitad del siglo I a. C. Si bien este importante episodio de abandonos no afectó por igual a los dos grandes yacimientos del valle, ambos parecen mostrar los primeros síntomas de forma coetánea (90-80 a. C.). Sin lugar a dudas, el asentamiento tardo-republicano es el lugar donde el proceso de abandono se verá de una forma más clara –también es el yacimiento mejor conocido–. Hasta donde se sabe, el núcleo urbano –incluidos sus baños y la práctica totalidad de sus espacios residenciales, Can Mateu y Ca l’Arnau– quedará despoblado antes de acabar el segundo cuarto de la centuria, lo que supuso el abandono total del sector más occidental del asentamiento. No obstante, parece que el fin de la fase urbana dio inicio a otra artesanal o productiva que se analizará más adelante y de la que el alfar de Ca l’Arnau será el edificio más emblemático. Algo más complejo resulta interpretar lo sucedido en el sector oriental. Aquí –si bien los abandonos de los espacios de culto, como Can Masriera o la *insula* de Can Rodon de l’Hort, parecen claros y coetáneos con el episodio descrito– resulta mucho más complicado matizar en qué momento se abandonaron otras estructuras, como las de la parte E del solar, que probablemente pudieron pervivir algo más en el tiempo. Al igual que en el sector occidental, también se han documentado los restos de otro centro productor –Can Pau Ferrer– en el lado E de la riera del municipio. Eso parece confirmar que, a medida que la parte baja del valle quedaba despoblada, iba siendo reocupada –posiblemente resultó fácil reutilizar espacios y materiales constructivos– por una serie de alfares cuya producción ya guardaba una relación directa con el nuevo modelo económico: el cultivo de la vid y la producción y exportación de vino. Por desgracia, la relación entre este nuevo modelo económico emergente y los asentamientos dispersos anteriormente tratados es aún poco clara y, sin duda, un tema que deberá desarrollarse en trabajos futuros.

Paralelamente, en la parte N del valle, Burriac no era ajeno a lo que sucedía ni permaneció inmutable durante esta fase. El *oppidum* fue asimismo abandonado

de manera progresiva y pacífica. Los síntomas iniciales de dicho abandono se documentan en torno a los años 100-90 a. C., y afectan a la cisterna del poblado⁸⁷⁵ y a un importante número de habitaciones⁸⁷⁶. Posteriormente, se produjo un segundo episodio –alrededor de los años 80-70 a. C.– en el que se abandonarán nuevas estructuras, entre las que destacan un conjunto de viviendas y el almacén de *dolia* (figura 34); adicionalmente, la cisterna pasará a utilizarse como vertedero⁸⁷⁷ –lo que denota el fin del mantenimiento de las estructuras públicas o de uso comunal–. Parece evidente que –aparte de la perduración de núcleos de hábitat en Burriac– todo aquello que apuntaba a un núcleo urbano importante y fuertemente jerarquizado en las fases anteriores –que incluso podría haber funcionado como un importante centro de redistribución– es abandonado en estos momentos.

A pesar de la decadencia que el *oppidum* de Burriac muestra contemporáneamente con estas primeras fases de despoblamiento (90-70 a. C.), siguen detectándose niveles de ocupación y hasta un cierto dinamismo en algunas áreas del poblado. Prueba de ello son las remodelaciones realizadas en el sector central, en el que –al menos– se construyó una nueva vivienda y la apertura de una calle está documentada. Por otra parte, todo apunta a que algunas áreas del poblado siguen usándose en aquel entonces. Se puede hablar, por tanto, de la existencia de un hábitat residual que parece permanecer activo hasta mediados del siglo I a. C. (50-40 a. C.), cuando se fecha el abandono final del asentamiento.

19.4.2. Del núcleo urbano al centro productor

En un momento aún poco conocido, pero en el que el proceso de despoblación del valle de Cabrera de Mar aún no parece estar muy avanzado, se detectan los primeros cambios relacionados con la obtención de excedentes. Estos se reflejan inicialmente en la presencia de un tipo de producción local muy minoritaria y todavía mal conocida que elabora ánforas imitando a las formas itálicas más populares en el valle hasta el momento –greco-itálicas, Dressel 1A y Dressel 1C, siendo estas últimas las más habituales⁸⁷⁸–.

Las pruebas sobre la producción de ánforas a una escala relevante se hacen muy evidentes y adquieren importancia a medida que el valle pierde su función como centro urbano preeminente dentro de la Layetania en beneficio de las nuevas ciudades de *Iluro* y *Baetulo*. Así, en el sector conocido como Ca l'Arnau Can Mateu,

⁸⁷⁵ Miró *et al.* 1988.

⁸⁷⁶ Zamora 2006-2007: 285.

⁸⁷⁷ Zamora 2006-2007: 285.

⁸⁷⁸ Martín y García 2007: 72.

se instala un centro productor de cronología fundacional aún imprecisa, pero que amortiza parte de las estructuras urbanas anteriores y que se sabe estaba en pleno funcionamiento durante el segundo cuarto del siglo I a. C. El susodicho alfar denota una interesante actividad que, quizá, podría dividirse en distintas etapas dado que los vertederos que acogen a los materiales desechados suelen corresponderse siempre con una misma tipología, y los más habituales son ánforas de tipo Dressel 1 Citerior, Tarraconense 1 y, finalmente, Pascual 1⁸⁷⁹. Este complejo, el mayor actualmente conocido en el valle de Cabrera de Mar, pareció contar con una superficie superior a los 600 m². El horno (figura 215) –la estructura principal del alfar– se encontró en un excelente estado de conservación, y eso permitió describirlo detalladamente. Se trata de una estructura de planta cuadrangular de aproximadamente 7 x 6 m construida con piedra cohesionada con barro. Incorpora en su interior tanto el laboratorio como la cámara –donde ardía el fuego–, así como la bóveda del *praefurnium* (1,40 m), cuyo piso se pavimentó hacia inicios de la segunda mitad del siglo I a. C. con baldosas de 29 x 44 cm y con la boca de acceso orientada hacia la riera del municipio⁸⁸⁰. Además de la producción anfórica primaria, el alfar elaboró de forma complementaria vasos de paredes finas –básicamente, de las formas Mayet 3, 3A y 14–, cerámica común, material de construcción –lógicamente– y también *dolia* casi con toda certeza.

Parece que hay que situar a la fase final de este centro a principios del siglo I a. C., momento en que se llevó a cabo la producción de la forma más tardía –la Pascual 1–, tal y como parecen atestiguarlo los restos de TS itálica hallados, entre los que se han identificado vasos de la forma Consp. 31.1⁸⁸¹.

Más al N, y entre la riera de Cabrera de Mar y el torrente de Sant Feliu, otras evidencias de esta fase productiva del valle se encontraron en 1997. En esta ocasión, los trabajos de excavación documentaron un vertedero de ánforas del tipo Dressel 1 Citerior en la parcela identificada como Can Pau Ferrer. Parece que la cronología de este vertedero debe situarse dentro de la primera mitad del siglo I a. C., y hay que vincular su existencia –obviamente– con la presencia de un nuevo alfar próximo, aunque aún desconocido.

Un dato de especial relevancia para tener en cuenta es que la presencia de la Dressel 1 Citerior en el valle ha de calificarse como de habitual en los contextos estratigráficos que cronológicamente le corresponden, mientras que sus hallazgos en otros lugares de la Layetania donde se ha detectado son esporádicos o excepcionales. Además, su producción solo se ha atestiguado claramente en el valle

⁸⁷⁹ Martín y García 2007: 72. Puede encontrarse un buen estado de la cuestión sobre la cronología de estas producciones en López y Martín 2008.

⁸⁸⁰ Para una descripción detallada de la estructura, véase Martín y García 2007: 75-78.

⁸⁸¹ Martín y García 2007: 79.

de Cabrera de Mar, y este aspecto productivo no acaba de clarificarse del todo en otras localizaciones⁸⁸².

Algo parecido ocurre con la siguiente forma anfórica –la Tarraconense 1–, que se encuentra en gran abundancia en el valle de Cabrera de Mar en los contextos de segunda mitad del siglo I a. C. y antes de la generalización de la Pascual 1, mientras que su presencia y producción fuera del valle es mucho más ocasional que la de las formas anfóricas posteriores. En algunos alfares de reducidas dimensiones –Can Notxa en Argentona y Les Casetes en Mataró–, esta forma constituye casi el único elemento de producción y no aparecen formas posteriores. En otros, por contra, la Tarraconense 1 representa curiosamente el estadio inicial de la producción de ánforas en el alfar, siendo en muchos casos difícil de encontrar en contextos aislados de la Pascual 1, como sería el caso –por ejemplo– del centro productor de El Mujal-El Roser, en Calella⁸⁸³.

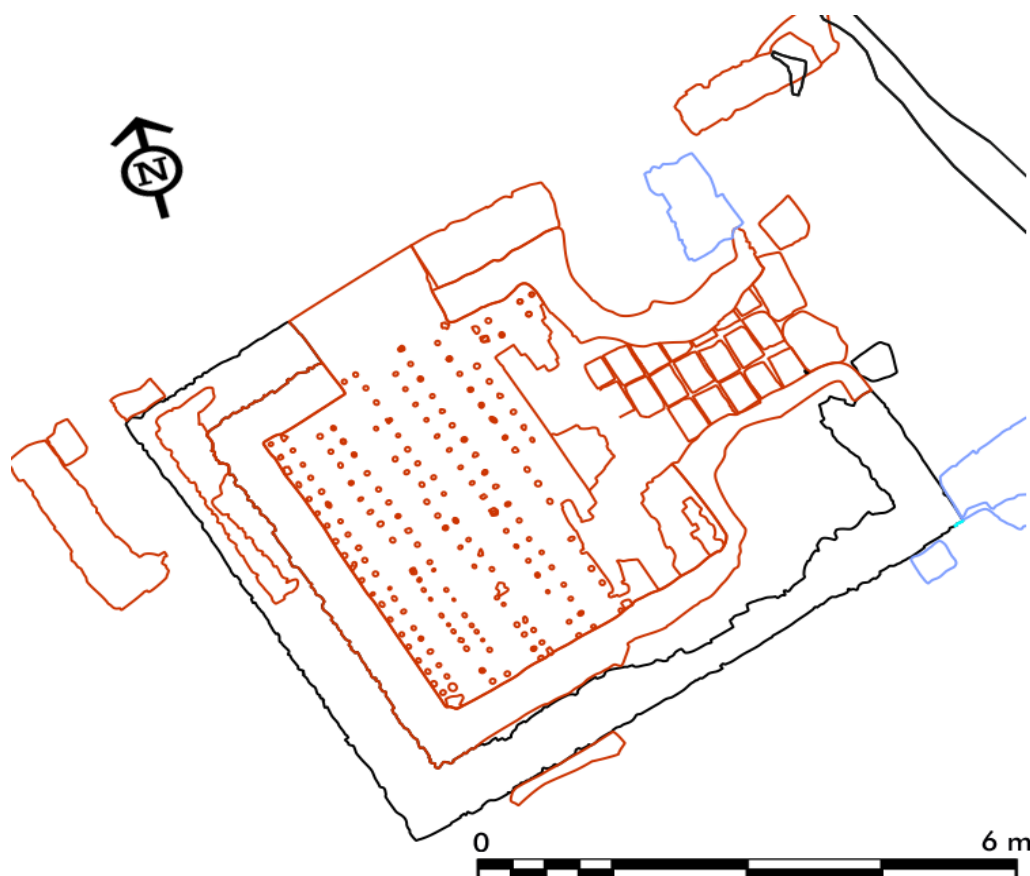


Figura 215. Planta del horno perteneciente al centro productor de Ca l'Arnau (según A. Martín).

⁸⁸² El autor de esta tesis agradece la información proporcionada por Albert Martín.

⁸⁸³ El autor de esta tesis agradece la información proporcionada por Albert Martín.

A partir de la aparición de la Pascual 1 y de la Dressel 2-3, tanto la Layetania como también el valle de Cabrera de Mar se convirtieron en un territorio especializado en el cultivo de la vid. Prueba de ello son los múltiples alfares conocidos en la zona, que se han documentado entre los ríos Llobregat y Tordera, así como en las regiones situadas más al interior; sobre todo, dentro de las actuales comarcas de El Baix Llobregat, El Vallès Occidental y El Vallès Oriental. La relevancia de este nuevo tipo de explotación tampoco escapa a los historiadores antiguos, quienes dan fe de la calidad e importancia de los vinos layetanos: «*Los viñedos layetanos en Hispania son famosos por el mucho vino que de ellos se obtiene, pero los tarraconenses y lauronenses lo son por su finura, así como los balearicos se comparan con los mejores de Italia*»⁸⁸⁴.

Así pues, la producción y exportación de los vinos layetanos no fue en ningún caso un hecho puntual o de pequeño alcance, sino un proceso que, como mínimo, se inició en el primer cuarto del siglo I a. C. y que coincide con la reorganización definitiva de un territorio que, entre otras muchas cosas, parece que también vio modificada su principal actividad económica.

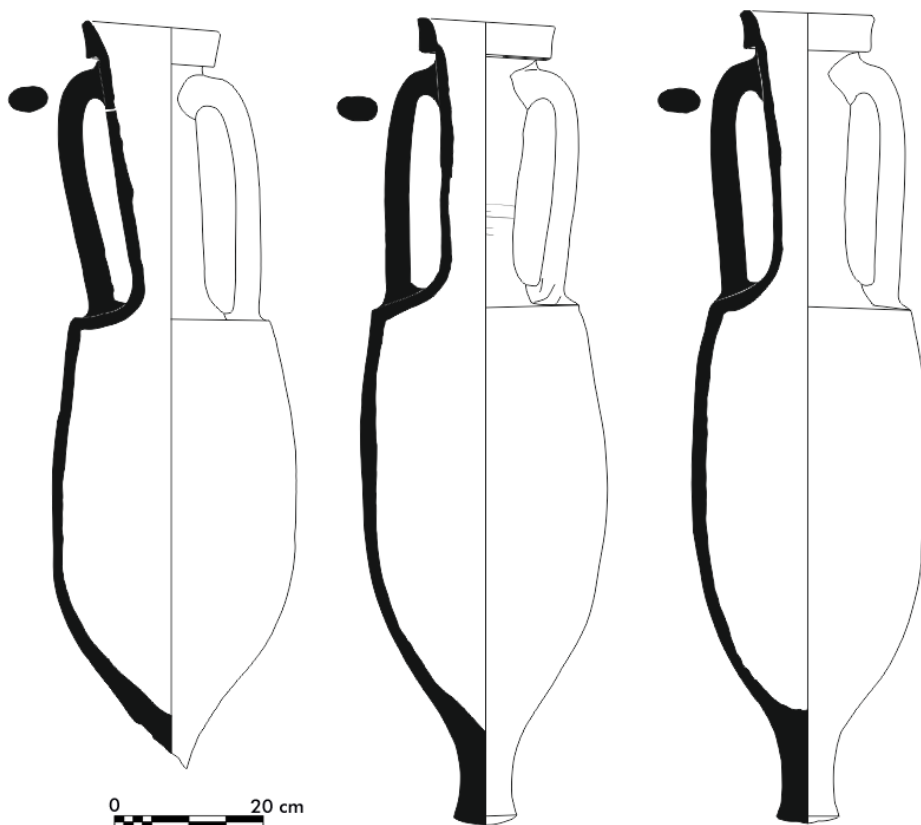


Figura 216. Ánforas Dressel 1 Citerior procedentes del vertedero de Can Pau Ferrer (dibujos de A. Martín, lámina montada por el autor).

⁸⁸⁴ Plinio, *HN*: 17.71. Puede encontrarse un buen estado de la cuestión sobre los vinos lauronenses y su adscripción a la Layetania en Llorens y Ripollès 1998: 31-34.

19.4.3. La implantación de la villa: algunas reflexiones

Resulta imposible continuar con este modelo teórico sin analizar la problemática que supone la implantación del sistema villa en dicho territorio. Tradicionalmente, la aparición de este tipo de estructuras ha servido para argumentar la existencia de un sistema muy concreto de explotación de los recursos asociado con un avanzado estado de «romanización», por lo que amerita ser tratado en el presente capítulo; cuanto menos, someramente⁸⁸⁵.

En líneas generales, la historiografía catalana ha abordado el tema de la aparición de la villa desde dos ópticas distintas:

Las tesis «indigenistas» consideran que la mayor parte de los establecimientos rurales anteriormente descritos son pequeñas unidades de explotación y de filiación ibérica; de ese modo, la villa como tal no surgirá hasta la época de Augusto⁸⁸⁶.

Por contra, otros autores consideran a la villa como un elemento necesario en la explotación del territorio y, por tanto, fechan su aparición a principios del siglo I a. C. como parte de un proceso ligado a la fundación *ex novo* de ciudades de planta romana (*Iluro*, *Baetulo*, etc.) y a la aparición del cultivo de la vid; es decir, en estos momentos⁸⁸⁷.

Ruestes propone la existencia de cronologías distintas para un único fenómeno –la implantación de la villa– en áreas muy próximas y pertenecientes a un mismo territorio –el layetano–, lo que se añade a esta problemática. La autora detecta dos momentos distintos para la implantación de los nuevos sistemas de explotación agrícola. En el área de *Baetulo*, este fenómeno tendría lugar ya dentro del siglo II a. C., mientras que no se produciría hasta el paso del siglo II al I a. C. en *Iluro*⁸⁸⁸. Más allá de la veracidad de esta teoría –que la presente tesis no está en posición de confirmar o refutar–, parece que la premisa de que un mismo territorio –en el que, como ya se ha comentado, seguramente existieron muchas realidades diferentes– pueda seguir ritmos distintos dentro de los distintos procesos de cambio que se están viviendo –y que estos sean detectables– resulta interesante cuanto menos, puesto que muestra el riesgo de sacar conclusiones demasiado genéricas.

Sin lugar a dudas, el mayor problema para decidir cuándo tuvo lugar la implantación de la villa es la ambigüedad que la definición de la propia palabra –«villa»– presenta en sí misma⁸⁸⁹. Ya en los textos clásicos⁸⁹⁰, se especifica que no

⁸⁸⁵ Sobre la aparición de las *villae*, véase Jàrrega 2000; Revilla y Zamora 2006; Revilla 2010; Palahí 2010; Olesti 2010.

⁸⁸⁶ Olesti 1995.

⁸⁸⁷ Palahí 2010: 64.

⁸⁸⁸ Ruestes 2002: 666-681.

⁸⁸⁹ Palahí 2010: 69-70.

todos los edificios rústicos son villas. De la misma manera, es posible apreciar la dificultad que los propios cronistas tienen en el momento de definir este concepto con precisión. Como bien apunta Palahí, parece haber un cierto consenso entre los historiadores antiguos de que la villa ha de ser una construcción extraurbana y que debe tener una vertiente económica⁸⁹¹. No obstante, el propio concepto es dinámico y se halla en evolución constante complicando extraordinariamente su descripción⁸⁹². Tampoco buscar paralelismos en la península itálica parece haber ayudado a la hora de establecer los orígenes de la villa en Hispania. Si bien los patrones de difusión y explotación del territorio no parecen haber sido muy distintos a los que tuvieron lugar en la península ibérica, resulta poco útil crear dichos paralelismos para ambos territorios. La capacidad de adaptación mostrada por Roma para con las estructuras ya existentes en cada área no solo facilitó la asimilación de los grupos indígenas, sino que también generó un modelo propio con sus características y particularidades en los territorios colonizados⁸⁹³.

Parece evidente que la villa ha de encontrarse mínimamente protegida, dominar un cierto terreno, disponer de un abastecimiento regular de agua y estar bien comunicada –ya sea por vía terrestre, marítima o fluvial– para poder comercializar parte de su producción. Sobre la base de esas premisas, es obvio que el concepto de villa es inviable durante la conquista de una región –se carecía de las infraestructuras necesarias y los mercados potenciales–. No obstante, ninguna de tales necesidades pareció ser un obstáculo durante la segunda mitad del siglo II a. C. en las regiones que tenían su centro político en el valle de Cabrera de Mar. Como se ha visto, era un territorio aparentemente pacificado, integrado en una importante y bien protegida red viaria que, además, disponía de un núcleo poblacional de grandes dimensiones –el valle de Cabrera de Mar– desde donde redistribuir, comercializar y exportar los productos.

Como muy acertadamente observa Lafon, la villa puede estudiarse desde tres puntos de vista distintos: como monumento (su vertiente más arquitectónica), como dominio concebido para generar beneficios y como medio ideológico para reafirmar un cierto poder social y político en el territorio⁸⁹⁴. Los conceptos de villa como sistema socioeconómico o como elemento arquitectónico determinado no parecen desarrollarse paralelamente en el territorio layetano, siendo la realidad económica –ya emergente con la aparición de las «pequeñas granjas» o unidades de explotación– posiblemente anterior a la arquitectónica, que –efectivamente– se

⁸⁹⁰ Varrón, *De re rustica*: 3.2.7.

⁸⁹¹ Palahí 2010: 69.

⁸⁹² Se puede consultar un excelente estado de la cuestión en Palahí 2010.

⁸⁹³ Palahí 2010: 72.

⁸⁹⁴ Lafon 2001: 12.

consolidará mucho más adelante⁸⁹⁵. Tradicionalmente, es probable que se haya dado una excesiva importancia al primero de estos tres aspectos –el monumento y sus características arquitectónicas–, mientras que el segundo y, fundamentalmente, el tercero –esto es, el económico e ideológico– quizá sean mucho más importantes para entender el proceso que aquí se trata.

19.4.4. La fundación de Iluro (80-70 a. C.)

Posiblemente, la ciudad de *Iluro* se fundó en un lugar ya anteriormente habitado. Las características del emplazamiento elegido, una colina a escasos 30 m sobre el nivel del mar en medio de la llanura litoral y cercano a dos cursos de agua estacionales que hacían de las tierras un espacio fértil para el uso agrícola, convirtieron a ese lugar en un excelente punto en el que asentarse. Como bien comenta García: «*La primera vegada que es plantejà la possibilitat d'existència d'un nucli d'hàbitat preexistent en el solar on es fundà la ciutat romana d'Iluro fou en un treball sobre la romanització de la zona (Cerdà, Garcia Roselló 1987), on es proposava la hipotètica existència d'un "petit assentament rural ibèric de plana", al qual s'hi sobreposava la ciutat romana. De fet, l'existència d'un teòric assentament ibèric ja havia estat proposada per Jaume Lladó en els anys 50 del segle passat. La tesi es repetí en altres articles [...]*»⁸⁹⁶.

Más allá de la existencia, o no, de un asentamiento previo en el solar elegido, la construcción de una nueva ciudad cuyas características urbanísticas no responden a la evolución continuada del urbanismo preexistente –sino que se planifican previamente y se llevan a cabo de manera unitaria rompiendo con lo anterior– debe considerarse como una fundación *ex novo*. Un problema importante a la hora de fijar la cronología fundacional de este tipo de asentamientos es que –salvo que esta quede recogida en algún texto o documento epigráfico, como en los casos de *Valentia* en el 138⁸⁹⁷ a. C., *Palma* o *Pollentia* (123 a. C.)⁸⁹⁸ entre otros– transcurrirá un intervalo de tiempo –no necesariamente pequeño– entre el momento de producirse el rito fundacional y la construcción física de los principales edificios que conformarán la *civitas*. Por ello parece muy coherente el criterio utilizado por García al fechar la fundación de la ciudad en el 80-70 a. C. basándose en las evidencias arqueológicas, pues no existen datos sobre cómo y cuándo se

⁸⁹⁵ Palahí: 2010: 74. Sobre la fase previa de «acumulación» que suponen los pequeños núcleos –que ponen las bases de una nueva economía agrícola–, véase Sanmartí *et al.* 1987; Miret *et al.* 1991.

⁸⁹⁶ García (no publicado): 518.

⁸⁹⁷ Livio, *Per.*: 50.4.

⁸⁹⁸ Estrabón: 3.5.1-2.

desarrolló el mencionado rito o ceremonia fundacional aunque cabe suponer que este sería algo anterior.

Así, un tipo de estructuras arqueológicas muy concretas –especialmente, las de carácter público, dado que ordenan y estructuran la ciudad– será el que permita aseverar que *Iluro* ya es una realidad. A continuación, se hará un breve repaso a algunos de estos elementos imprescindibles para comprender por qué *Iluro* ha de entenderse como la evolución lógica –el siguiente paso– del proceso de colonización e hibridación acaecido en el valle de Cabrera de Mar y del que trata la tercera parte de esta tesis⁸⁹⁹.



Figura 217. Propuesta de los límites y distribución en retícula de la ciudad de *Iluro* según Cerda *et al.* 1994.

⁸⁹⁹ Este trabajo no pretende hacer un repaso exhaustivo a todos aquellos elementos que conforman los niveles fundacionales de *Iluro*. Los datos arqueológicos que se expondrán a continuación han sido tomados de la tesis doctoral de J. García (no publicado): 515-525. Se recomienda al lector consultar dicho trabajo para tener una visión más amplia sobre la fundación de la ciudad.

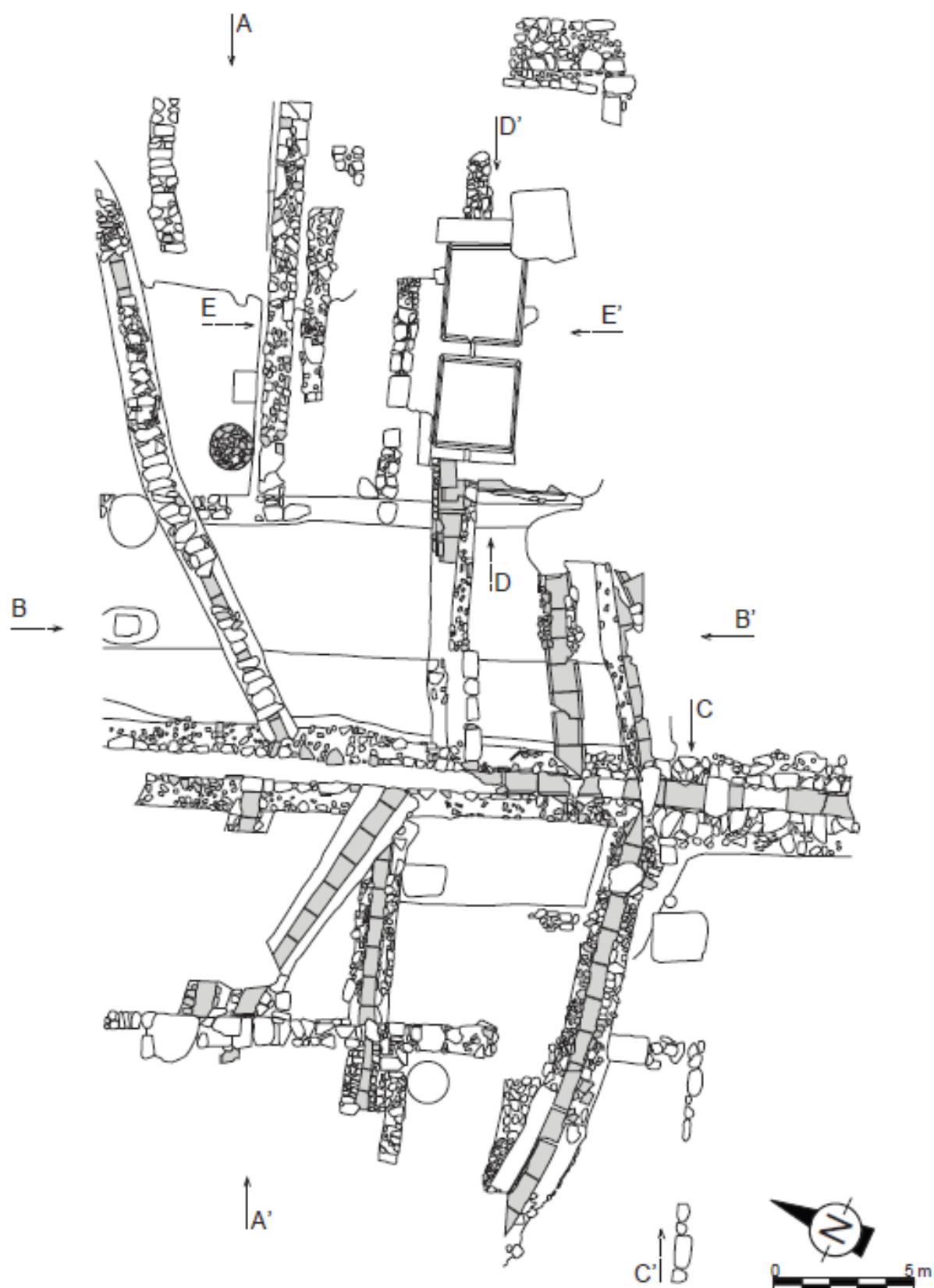


Figura 218. Planta de uno de los tramos del *cardo maximus* de Iluro según García (no publicado): 250, fig. 68.

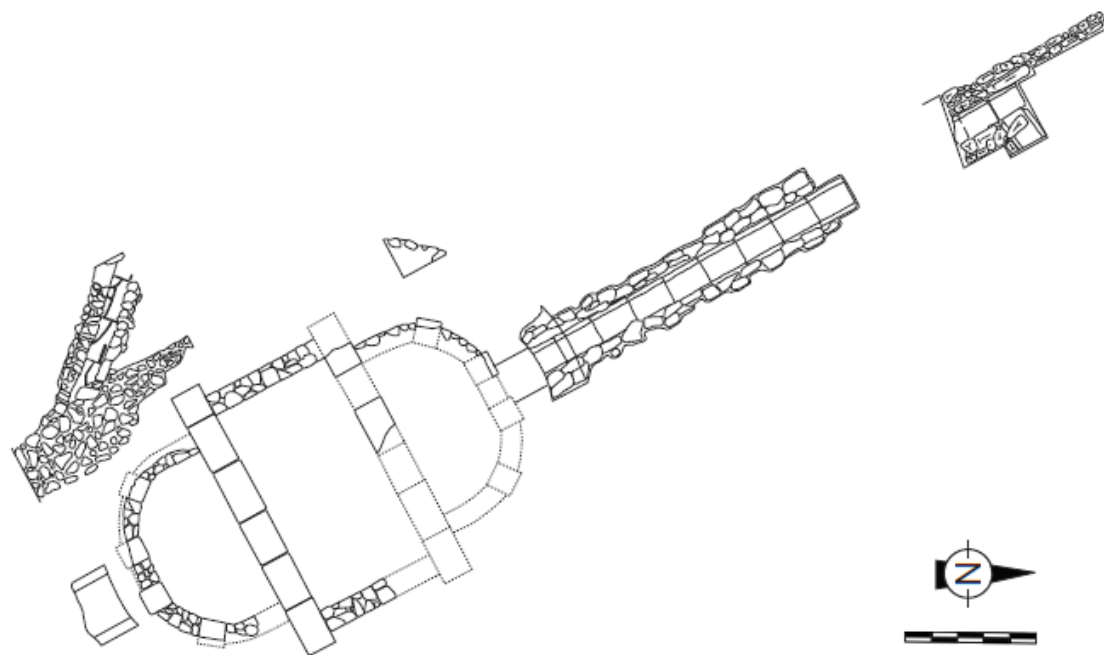


Figura 219. Planta de la fuente levantada en el *cardo maximus* de la ciudad de *Iluro* según García (no publicado): 201, fig. 44.

En primer lugar, es importante destacar dos actuaciones muy concretas que delimitan el espacio y definen claramente la creación de una nueva ciudad: la muralla y el trazado urbano; es decir, las calles. En *Iluro*, ambas se datan a principios del segundo cuarto del siglo II a. C. La creación del *pomerium* no solo delimita y cierra el espacio intramuros en el que se edificará la ciudad, sino que tiene una función adicional defensiva y un alto grado de simbolismo. En el caso objeto de estudio, este constaba de *murum*, *portae* y *turres*⁹⁰⁰. La ordenación interior del mencionado *pomerium* quedaría claramente determinada desde un primer momento a partir de los ejes principales propios de la ciudad romana –el *cardo maximus* (figura 218) y el *decumanus maximus*–. Estos articularán al resto de calles demarcando con precisión los espacios que tanto los edificios públicos como los privados –*insulae*– podrán ocupar. Como se puede ver, dos elementos nuevos que no podían apreciarse conjuntamente ni en el asentamiento tardo-republicano del valle ni en Burriac aparecen en *Iluro*: la presencia de una muralla que define perfectamente el perímetro urbano y un urbanismo en retícula totalmente planificado. En Burriac, como es obvio, tal estructura en retícula resulta imposible dadas las herencias de un yacimiento en altura y edificado en terrazas –aunque sí presenta un potente sistema defensivo–. Por el contrario, no hay restos de ningún sistema de este tipo o de una muralla que delimite el espacio urbano en el asentamiento del valle. No obstante, pueden verse elementos que se acercan a

⁹⁰⁰ García (no publicado): 521.

dicha distribución del espacio en retícula –la calle principal (Can Rodon de l’Hort, figura 62) tiene aproximadamente 5 m de ancho, sin pavimento ni sistema de alcantarillado– y que deslindan posibles ínsulas en los sectores de Can Benet y, principalmente, en Can Rodon de l’Hort. La comparación entre lo que hasta ahora se sabe de este incipiente trazado urbano con la descripción que García realiza de *Iluro* es, cuanto menos, sugerente: «*Iluro es bastí ex novo, amb una orientació dels carrers nord-nord-oest/sud-estest, i una retícula urbana regular de vies paral·leles i perpendiculars que delimitaven insulae també regulars. Els carrers que es coneixen d’aquest període havien de ser d’estructura senzilla, tenien una amplada de 4,80 m, no disposaven de voreres ni de clavegueram, i la seva pavimentació era de terra compactada*»⁹⁰¹.

Iluro presenta, no obstante, otros elementos de arquitectura pública y privada –ya fechados en el segundo cuarto del siglo II a. C.– que deben tratarse y compararse con los examinados en la primera parte de esta tesis para el valle de Cabrera de Mar. En los espacios o estructuras que se pueden considerar públicos, el primero de estos elementos sería la cisterna. Construida en la zona N del recinto urbano con la intención de aprovechar la pendiente y, de ese modo, facilitar el suministro a la ciudad, ocupaba una superficie de 455 m² y podía almacenar hasta 1.183.000 l de agua. Esta estructura no parece encontrar su paralelo en el asentamiento republicano del valle –ya que apenas se estima en 17.500 l la capacidad del depósito de Mas Català– ni en la cisterna del poblado ibérico –cuyos 25 m² tampoco pueden compararse con la envergadura del documentado en *Iluro*–. Por tanto, se observa una clara evolución en el almacenamiento, control y gestión del agua en la nueva ciudad que se orienta hacia patrones itálicos. Una prueba de este uso urbanita del líquido elemento en *Iluro* sería la construcción de una posible fuente erigida en medio del *Cardo Máximo* de la ciudad (figura 219)⁹⁰². Debe pensarse en un suministro público, frecuente y habitual que iría mucho más allá de las necesidades de subsistencia, cosa no detectada hasta el momento en el valle de Cabrera de Mar, donde las termas serían la única evidencia de un uso del agua en contextos «públicos»⁹⁰³.

⁹⁰¹ García (no publicado): 522.

⁹⁰² García *et al.* 2000: 47.

⁹⁰³ Aun así, hay que tener presente que –pese a ser unas termas «públicas»– el acceso a las mismas muy posiblemente estuvo restringido a un cierto sustrato poblacional.

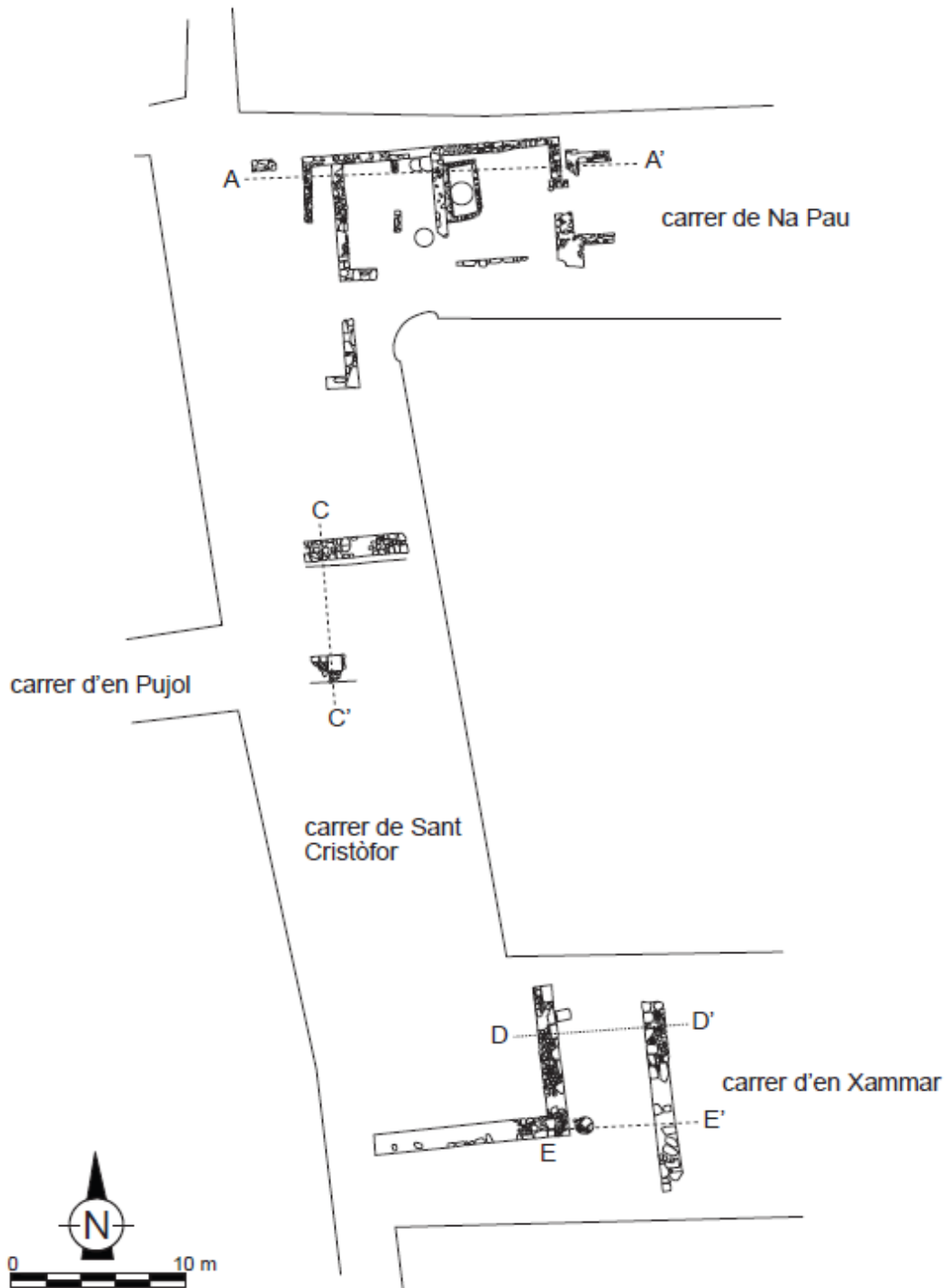


Figura 220. Planta de las estructuras que conforman el posible *macellum* de la ciudad de *Iluro* en la época republicana según García (no publicado): 465, fig. 200.

La existencia en *Iluro* de un posible *macellum* (figura 220) identificado en un edificio de planta rectangular de 22 x 35 m que consta de un criptopórtico y que parece estuvo ornamentado con columnas de granito y pavimentado en *opus signinum*⁹⁰⁴ es otro de los elementos que aún no se han podido constatar en el valle. Sin lugar a dudas, debió de existir un espacio dedicado a las actividades

⁹⁰⁴ García (no publicado): 523.

comerciales en el asentamiento tardo-republicano, y así lo atestigua la cantidad de cerámicas de importación –que tenían que ser redistribuidas en algún lugar– al igual que otros productos importados –que se sabe llegaban en abundancia al valle– como los vinos itálicos y la vajilla de mesa. En el estado actual del conocimiento, posiblemente –y siempre con la vista puesta en que las excavaciones apunten hacia esta dirección– la ubicación más plausible para una estructura semejante envergadura en el valle estaría en el sector de Ca l’Arnau, al N de las termas (figura 47). En esa misma zona –y durante el proceso de delimitación de las estructuras de dicho sector–, se documentaron –en mitad de un gran espacio que parece abierto– los restos de dos columnas construidas mediante ladrillo cohesionado con mortero de cal –la misma técnica utilizada en los soportes que aguantaban los *labrum* en las termas–.

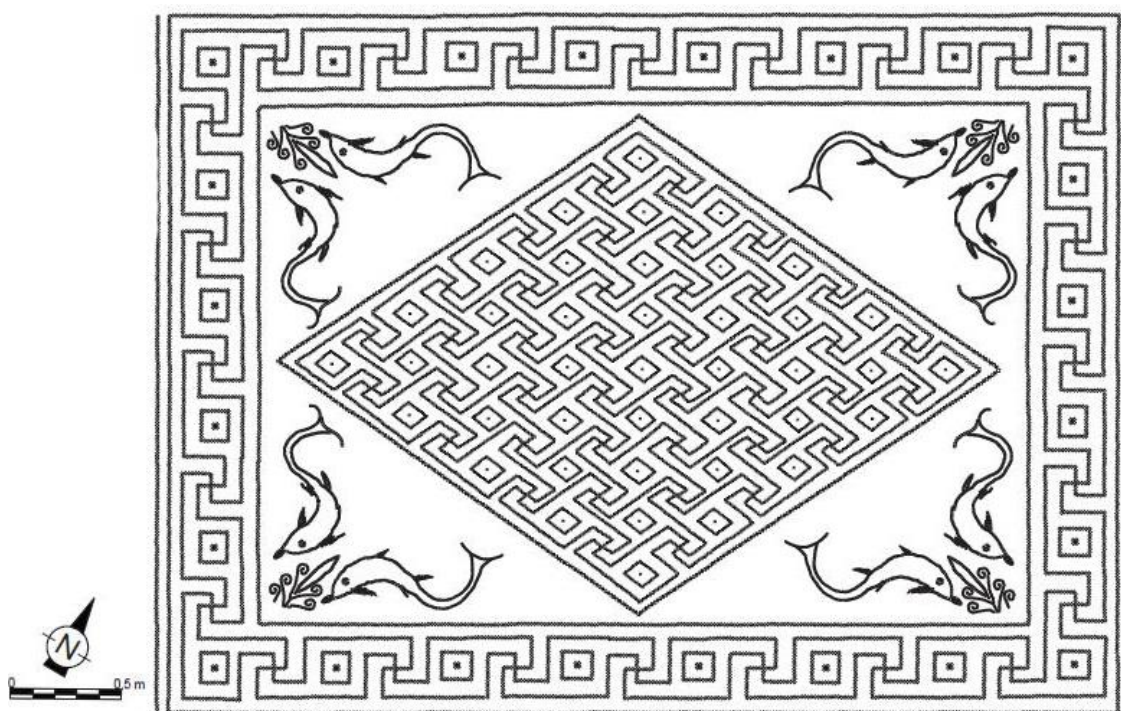


Figura 221. Reconstrucción del mosaico de los delfines perteneciente a la *domus* de la Plaça Gran según García (no publicado): 210, fig. 47.

Pasando a la esfera de lo privado, la ciudad de *Iluro* muestra tres tipos distintos de edificaciones a lo largo de sus primeros años de vida. En su mayoría –al igual que ocurre en Burriac o en algunos sectores del asentamiento tardo-republicano, eso sí minoritarios–, son ámbitos domésticos pequeños –no más de 40 m²–, sin compartimentar y construidos con un zócalo de piedra sobre el que se levanta una pared de adobe. Estas estructuras no presentan ni enlucidos de cal ni ningún otro elemento parietal por el estilo. Los pavimentos son de tierra batida, y

los hogares se colocaban directamente en el suelo sobre una preparación cerámica⁹⁰⁵. Se trata de un modelo de construcción que parece ser más rudimentario que los documentados en el asentamiento tardo-republicano y que deja entrever la pervivencia de un estilo de vida muy similar al de cualquier poblado ibérico habitado a principios de la centuria –como Burriac–. El segundo nivel parece presentar un grado de complejidad superior. En efecto, ya se documentan espacios compartimentados indicativos de una especialización en la funcionalidad de los mismos. Tales estructuras tampoco son desconocidas en el valle de Cabrera de Mar, y podrían tener su reflejo en los espacios residenciales de Can Mateu –cuyo aspecto encaja bien a priori con esta descripción–. Finalmente, en el tercer nivel y conviviendo con estas estructuras domésticas o residenciales simples, pueden encontrarse las *domus* de arquitectura compleja y acabados suntuosos. En ellas, la distribución espacial, los materiales y los programas decorativos utilizados siguen modelos totalmente itálicos. Un buen ejemplo en ese sentido sería la *domus* de la Plaça Gran, que contaba con un peristilo, un corredor porticado, diferentes *cubicula* –uno de ellos identificado como un posible *triclinium* debido a la presencia de un mosaico en el que se representan delfines (figura 221)– e, incluso, parece que disponía de baños propios⁹⁰⁶. Este tercer nivel tampoco es desconocido, pues su tipología –salvando las distancias– recuerda notoriamente a la *domus* de Can Benet, y hasta podría ser que otras muestras de este tipo de viviendas se documenten en el futuro al excavar el sector de Can Rodon de l’Hort.

Resulta evidente que *Iluro* supone el siguiente paso hacia la «romanidad» en la esfera de lo público y en todo aquello relacionado con la *civitas* y las estructuras fundamentales de la misma. De ese modo, se da un salto cualitativo en relación con los modelos que –a día de hoy al menos– pueden verse en el valle de Cabrera de Mar. Sin embargo, la situación se antoja muy distinta en el aspecto de lo privado y en lo que a sus habitantes se refiere. Los pocos datos que se tienen señalan a una población que poco o nada variará con respecto a lo observado en el valle –al menos en sus modos de vida–. Probablemente, se está unificando dentro de un mismo *pomerium* a una gran parte de los distintos grupos sociales ya documentados en la fase anterior y repartidos por dicho valle; los tres niveles de hábitat diferenciados pueden ser una primera prueba de ello. Simplificando mucho un discurso que, sin duda, es bastante más complejo, los pobladores más humildes del *oppidum* de Burriac y del valle ocuparían el primer nivel. Aquellos que adquirieron cierta posición, ya fuese gracias a las relaciones clientelares o a las oportunidades comerciales, y que podían aspirar a un nivel de vida intermedio

⁹⁰⁵ García (no publicado): 524.

⁹⁰⁶ García (no publicado): 524-525

–como el documentado en las viviendas de Can Mateu– conformarían el segundo. Finalmente, unos espacios lujosos y suntuosos que albergarían a unas élites indígenas ya integradas dentro de la Administración «romana» de la ciudad y del *modus vivendi* itálico –además de otros personajes foráneos relevantes y sus familias– harían lo propio con el tercero. Muy probablemente, estos últimos deberían relacionarse con las políticas económicas, comerciales y militares que –como ya se ha visto– Roma ejerció sobre el NE peninsular a lo largo de la segunda mitad del siglo II a. C. y, fundamentalmente, a partir del último cuarto de la centuria.

Otro de los elementos que –según entiende este autor– resulta muy indicativo sobre el estado de «romanización» y el componente étnico que muestra un grupo humano –concretamente, el que habitó en el valle de Cabrera de Mar y la ciudad de *Iluro*– es la lengua. La lengua y el alfabeto son dos de los rasgos culturales más importantes y característicos de toda civilización. Cuando dos lenguas conviven en un mismo territorio, la más fuerte acaba relegando y sustituyendo a la otra por regla general. No obstante, ocasionalmente puede darse el fenómeno de la diglosia, mediante el que una de las mencionadas lenguas pasa a ser utilizada en los canales oficiales y la otra queda restringida a los ámbitos coloquial y familiar⁹⁰⁷.

En lo referente a *Iluro*, se conocen quince inscripciones: tres de ellas con más de 2 signos y doce con 1 o 2 signos. Tal y como ocurría con los grafitos documentados en el valle de Cabrera de Mar (véase capítulo 6), la hipótesis más plausible es que se trate de marcas de propiedad; es decir, nombres personales o marcas que identifican al propietario del objeto sobre el que aparecen⁹⁰⁸. Así pues, la epigrafía ibérica vuelve a ser mayoritaria en *Iluro*, lo que demuestra no solo la pervivencia de ciertos rasgos culturales indígenas en una ciudad aparentemente romana, sino que, además, indica que una gran parte de sus habitantes eran originarios del territorio layetano –como ocurría en el mencionado valle de Cabrera de Mar–. El autor de esta tesis no coincide totalmente con García cuando este comenta: «[...] a partir de la reestructuració territorial que comportà, entre d'altres, la fundació d'Iluro, és irrellevant intentar dissociar la població a partir del seu origen ètnic, tot i que hi devia haver-hi certs aspectes, sobretot culturals, que encara la diferenciaven»⁹⁰⁹.

Efectivamente, es cierto que los habitantes de origen ibérico o itálico tendrán comportamientos muy similares y tenderán a mezclarse hasta formar un

⁹⁰⁷ Arasa 2001: 39.

⁹⁰⁸ Panosa 1993.

⁹⁰⁹ García (no publicado): 153.

único sustrato cultural en momentos tan avanzados del proceso de colonización. No obstante, poder verificar la importante presencia de nativos en la fundación de ciudades como *Iluro* o *Baetulo* en sus estadios más iniciales mediante el uso de la escritura permite matizar mucho la afirmación de que ambos centros fueron creados a partir de la desmovilización de ejércitos: «*This would explain why they are small, since the first inhabitants would have been a small number of Roman citizens settled as a consequence of the circumstances that led to the implementation of a programme of town creation*»⁹¹⁰.

Como se ha visto a lo largo de este trabajo, la fundación de *Iluro* y de *Baetulo* en la Layetania –al igual que probablemente ocurre también con *Iesso* o *Aeso*, en el interior de Cataluña, o con la *Emporiae* romana– no respondió a una reorganización territorial repentina, sino que fue el resultado de un proceso de convivencia e hibridación en el valle de Cabrera de Mar –y seguramente también en otros muchos lugares del NE peninsular con sus peculiaridades y particularidades– que se ha intentado desarrollar en esta tesis.

Quizá todas estas nuevas fundaciones deban entenderse de la misma manera y dentro de un mismo contexto que, en primer lugar, es heredero de los mecanismos empleados en la etapa previa: la actuación de Roma sobre la red viaria y las rutas marítimas del NE peninsular –que se consolida en esos momentos– y la fundación de los mencionados asentamientos «itálicos», encargados de controlarla, de articular el territorio –son sustituidos por ciudades (figura 222)– y, probablemente, de servir de apoyo a los contingentes que la *urbs* había movilizado al sur de una Galia –ya una provincia consolidada y bien comunicada con Hispania a través de la Vía Domitia y unas rutas marítimas seguras–.

En segundo lugar, la mencionada etapa previa no podría comprenderse sin otras dos fases de este proceso que la preceden: la bélica –Segunda Guerra Púnica– y la que se ha denominado «de conquista», en la que posiblemente el proceso de colonización empezó a fraguarse.

Teniendo presente todo esto, pensamos que Guitart describió acertadamente todas estas nuevas fundaciones al referirse a las urbes de *Iesso* y *Aeso*: «*[...] their walled enclosures suggest that they had a strategic role, but another of their functions would almost certainly have been to structure the territory in which were settled not only Latin or Italian Roman citizens, in greater or smaller numbers, but also elite members of the indigenous population. The objective would have been to organize a political community that would embrace an extensive territory and its inhabitants*».

⁹¹⁰ Guitart 2006: 60.

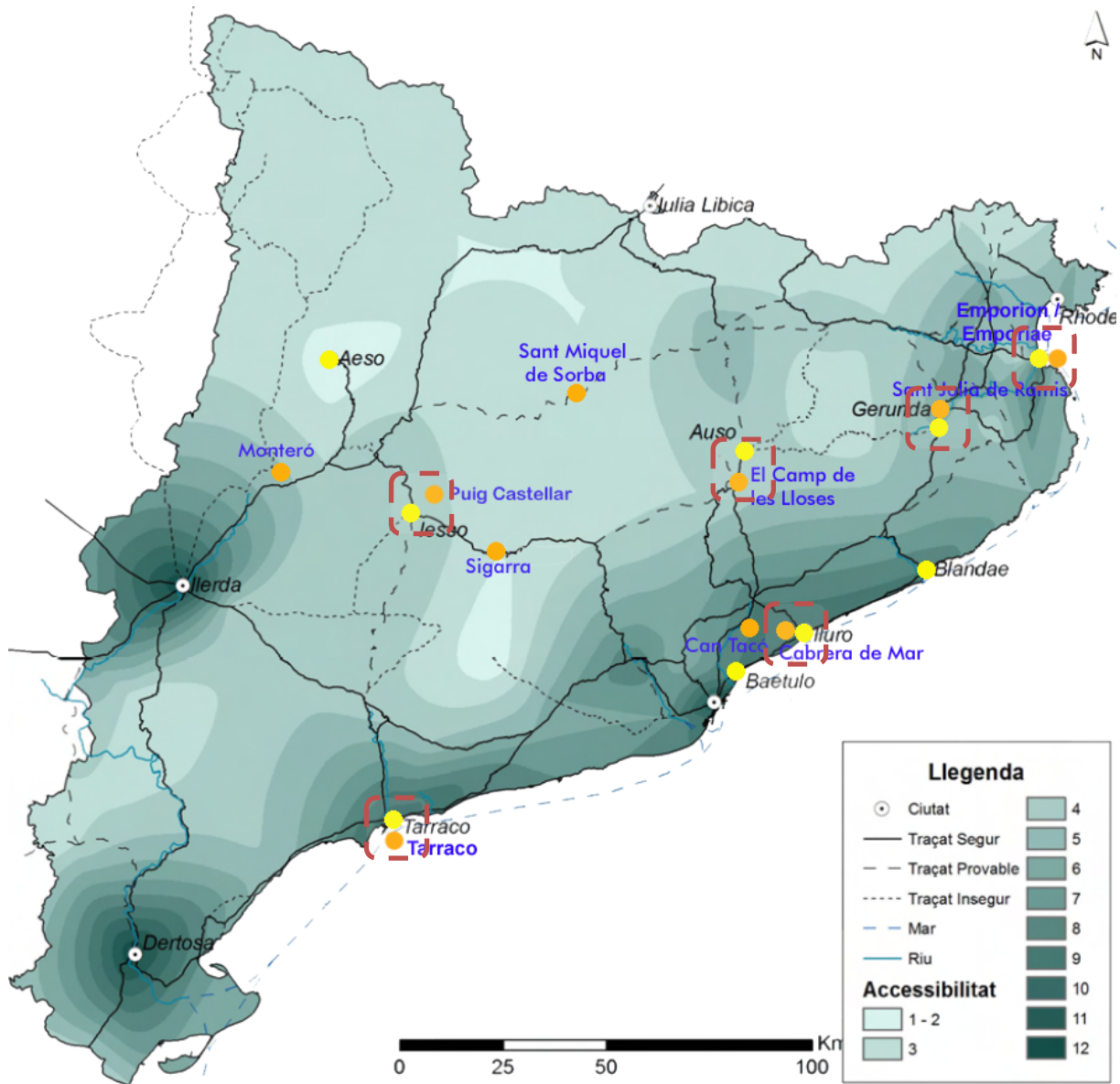


Figura 222. Mapa interpolado con la accesibilidad del territorio catalán en dos fases. En naranja (primera fase), los asentamientos de «tipo itálico» (125-75 a. C.); en amarillo (segunda fase), las fundaciones del primer cuarto del siglo I a. C. Los cuadrados rojos indican aquellos lugares donde un asentamiento de «tipo itálico» pudo ser sustituido por una ciudad fundada *ex novo* en la fase posterior. Mapa según Soto (no publicado): 443, fig. 288 y adaptado por el autor de este trabajo.

20. CONCLUSIONES

20.1. El valle de Cabrera de Mar: un ejemplo de hibridación

El valle de Cabrera de Mar muestra un importante conjunto de tradiciones locales que se mezclan con influencias externas en prácticamente todos los aspectos relevantes propios de una sociedad urbana al menos desde la segunda mitad del siglo II a. C. y hasta que tiene lugar la secuencia de abandonos del 90-80 a. C. –episodios que afectaron tanto al poblado ibérico como al asentamiento de la época tardo-republicana–. Este proceso dará como resultado una realidad híbrida evidente en el registro arqueológico, pero tremendamente compleja de interpretar al elaborar el discurso histórico y numismático.

En el nivel arquitectónico, los dos asentamientos del valle incorporan técnicas constructivas y materiales propios de la península itálica –como el uso de *tegulae*, *imbrices*, *dolia*, *opus signinum*, etc.– al igual que lo hacen las pequeñas «granjas» o unidades agrarias de explotación. Sin lugar a dudas, el asentamiento tardo-republicano muestra ejemplos de arquitectura pública y privada cuya monumentalidad y funcionalidad hacen pensar en una actividad edilicia promovida por y para personajes foráneos –posiblemente, romanos o itálicos– sobre la base del contexto histórico del momento. Un excelente ejemplo de ello son las termas públicas de Ca l'Arnau (figura 43). No obstante, el poblado de Burriac también desarrolla por aquel entonces un tipo de arquitectura pública monumental con marcadas connotaciones «itálicas», aunque orientada a funcionalidades distintas. Tal es el caso del «almacen de *dolia*» o, especialmente, la reforma de la puerta meridional realizada mediante la técnica constructiva del *opus quadratum* (figura 32) a los que, por el contrario, se ha prestado mucha menos atención. Asimismo, algunos sectores del asentamiento tardo-republicano en los que las técnicas constructivas y los espacios domésticos y productivos tienen más de ibérico que de itálico tienden a pasarse por alto.

El trazado urbano de este asentamiento presenta espacios –*insulae*– delimitados por calles que parecen organizadas en retícula. Una de ellas, situada en la parcela de Can Rodon de l'Hort, tiene más de 5 metros de anchura y 50 de longitud (figura 62). Sin embargo, los ejes principales que articulan el yacimiento

son dos cursos estacionales de agua: la riera de Cabrera de Mar y el torrente de Sant Feliu. Además, una gran parte de la actividad constructiva parece adaptarse a la orografía del terreno, y los diferentes conjuntos constructivos se disponen en distintas alineaciones (figura 42). Estas características –en opinión del autor– difieren de la estructura en retícula y perfectamente compartimentada propia de una planificación *ex novo* de tipo itálico o romano, como las que se verán posteriormente en las ciudades de *Iluro* (figura 217) o *Baetulo*.

Al estudiar las cerámicas de importación⁹¹¹ –concretamente, la presencia de ánforas en el valle–, se observan también dinámicas muy similares en ambos asentamientos. En Burriac, las ánforas itálicas suponen el 73,91 % del total, mientras que esta cifra desciende al 68,58 % en el valle. La Dressel 1 será la forma preferida en ambos yacimientos, destacando la Dressel 1A durante la segunda mitad del siglo II a. C. –aunque también se documenta la variante 1C de forma minoritaria–. Las ánforas púnicas alcanzaron en el *oppidum* cifras del 35,71 %, y su presencia suma el 24,02 % del total en el asentamiento tardo-republicano. Aunque algo distintas, estas cifras no parecen significativas en los planos económico o comercial. También se hallaron ánforas brindisinas tanto en Burriac como en el mencionado asentamiento. Recientemente, se ha propuesto la hipótesis de que dichas ánforas serían indicadores de la presencia de tropas romanas en la península durante la segunda mitad del siglo II a. C. por tratarse de contenedores destinados al transporte de aceite, producto extraño en la dieta ibérica⁹¹².

Cuando se abordó la circulación monetaria en la región, no se pudieron apreciar diferencias importantes entre la cantidad de monedas recuperadas en uno y otro yacimiento –173 ejemplares en el poblado ibérico y 164 en el asentamiento tardo-republicano–. La circulación es marcadamente regional en los dos núcleos, y la moneda layetana es la más habitual en ambos –40,85 % del total en el asentamiento tardo-republicano y 33,54 % en Burriac–. La ceca local –*ilduro*– siempre es la mejor representada con el 28,87 % de las piezas en el asentamiento tardo-republicano. En el *oppidum* ibérico, por su parte, alcanza el 25,61 % del total de piezas recuperadas. Tampoco se detectan diferencias importantes entre las denominaciones preferidas, predominando la unidad en sendos yacimientos con el 64,08 y el 68,07 % del total, respectivamente; resumiendo: las mismas cecas y valores se repiten reiteradamente en ambos núcleos. Es más, si alguno de ellos parece recibir una mayor cantidad de moneda procedente de Roma o de talleres

⁹¹¹ Aunque indicativos, los datos de este estudio aún son parciales y deberán ser completados en el futuro.

⁹¹² Pera *et al.* 2014: 541-542.

algo más alejados –especialmente, numerario que utiliza el alfabeto fenicio–, ese es el *oppidum* ibérico.

Dejando a un lado los aspectos con una vertiente a priori más económico-comercial y poniendo el foco en los de carácter cultural y cultural, nuevamente se encuentra un valle híbrido. Es cierto que en el asentamiento tardo-republicano se ha detectado lo que podría ser un pequeño templo provincial de reducidas dimensiones y marcadas influencias itálicas (figura 59), pero también lo es que dicho templo convive en el mismo valle con la «Cova de les Encantades». Este es un santuario ibérico en el que parece se habrían llevado a cabo prácticas cultuales al menos desde el siglo IV a. C. y hasta momentos avanzados del I a. C.⁹¹³. La dualidad itálico-ibérico aflora de nuevo en el ámbito de lo privado. En la parcela de Can Rodon de l'Hort, se halló una estatuilla de bronce que se interpretó como un dios lar –deidad romana protectora de la vivienda–, lo que implica la presencia de un larario y, por ende, la existencia de un culto de tradición romana. No obstante, tanto en una de las *domus* de Can Rodon de l'Hort como hasta en cuatro ocasiones en los espacios residenciales del sector conocido como Can Mateu (figura 51), se encontraron inhumaciones –fetos humanos– en los niveles fundacionales de las viviendas, lo que sin duda permite documentar la pervivencia de un rito de carácter ibérico⁹¹⁴.

Concentrándose en los datos epigráficos estudiados a lo largo de esta tesis⁹¹⁵, la realidad de un valle mixto surge una vez más. Las veintitrés inscripciones representadas en la tabla 4 utilizan el signario ibérico, lo que ofrece una valiosa información sobre la lengua empleada en el valle –cuanto menos, en la esfera de lo doméstico⁹¹⁶– así como de la composición étnica de una parte importante de sus habitantes. De estas inscripciones, hasta once grafitos podrían responder a nombres personales; es decir, deben ser interpretados como la marca con la que el propietario grabó un objeto que poseía. Sin embargo, tan solo cuatro –tres en Burriac y uno en el asentamiento tardo-republicano– de estos once breves documentos epigráficos parecen ser nombres itálicos grabados utilizando el alfabeto ibérico, y el resto son de origen y tradición ibérica. Estos datos podrían ser muy significativos si se comparan con los procedentes de otros asentamientos prácticamente contemporáneos, como *Valentia* (Valencia) o La Cabañeta (El Burgo

⁹¹³ Coll *et al.* 1994.

⁹¹⁴ Este tipo de ritos también se documenta en los niveles fundacionales de la ciudad de *Lesso* (información facilitada por César Carreras).

⁹¹⁵ En esta tesis, solo se han estudiado brevemente los grafitos sobre cerámicas importadas.

⁹¹⁶ A día de hoy no se ha documentado ningún documento epigráfico de carácter público –a excepción de la moneda– por lo que nada sabemos sobre la lengua utilizada en el valle en los documentos oficiales.

de Ebro, Zaragoza)⁹¹⁷. El primero –ya citado en reiteradas ocasiones a lo largo de este estudio dada la similitud de sus baños con los del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar (figura 44)– es una fundación itálica bien documentada (138 a. C.), por lo que no debe sorprender que los grafitos recuperados acostumbren a utilizar casi siempre la lengua y el alfabeto latinos⁹¹⁸. Los porcentajes tienden a equipararse en La Cabañeta, pero los grafitos que emplean el alfabeto ibérico siguen siendo minoría frente a los que usan el latino⁹¹⁹. Todo apunta, pues, a que el valle de Cabrera de Mar tuvo más en común –en el nivel poblacional– con otros núcleos de tradición y carácter indígena –como Azaila o el *oppidum* de Ca n’Oliver (Cerdanyola del Vallès), donde la epigrafía ibérica es predominante– que con aquellos en los que la presencia itálica es un hecho consumado, como *Valentia*, La Cabañeta, *Emporion* y *Cartago Nova* –en la costa de la Citerior– o en algunos asentamientos con marcado carácter militar –léase los campamentos numantinos o *Castra Caecilia* (Cáceres el Viejo); este último, en la *Ulterior*⁹²⁰–.

Poco o nada se sabe acerca de cuándo y cómo se inició este proceso de hibridación, aunque puede afirmarse sin duda que ya se encontraba en una fase muy avanzada en el último cuarto del siglo II a. C. Esta realidad –que pudiera denominarse «itálico-ibérica»– parece incontestable en Burriac y, especialmente, en el asentamiento tardo-republicano, y se detecta tanto en la esfera de lo público como de lo privado.

20.2. La ceca de ilduro

La ceca de **ilduro** acuñó toda su producción entre la segunda mitad del siglo II a. C. e inicios de la centuria siguiente, emitiendo el grueso de la misma entre el 125 a. C. y el 80-72 a. C. Gracias a los hallazgos aislados procedentes de contextos estratigráficos fiables –así como a los atesoramientos que contienen moneda de **ilduro**–, ha sido posible diferenciar tres períodos distintos de producción para este taller:

Período I (150-125 a. C.).

Período II (125-100/90 a. C.).

Período III (90-80/72 a. C.).

⁹¹⁷ Ambas ciudades serán destruidas en las Guerras Sertorianas –momento en que se abandona el valle de Cabrera de Mar–. Hasta dicho momento, las tres urbes apenas contaban con menos de una centuria de vida, lo que hace tremendamente interesante la comparación.

⁹¹⁸ El autor de esta tesis agradece la información facilitada por Albert Ribera.

⁹¹⁹ Mínguez y Díaz 2011: 82.

⁹²⁰ Díaz 2008.

La similitud con el topónimo *Ildum* primero y la pervivencia del topónimo **ilduro** en el que sería el *municipium* de *Iluro* –actual ciudad de Mataró– después, hizo suponer a una gran parte de los primeros estudiosos que la ceca debía de ubicarse en una de estas dos ciudades. En trabajos posteriores, y a lo largo de este estudio, se ha podido comprobar que la realidad de **ilduro** es mucho más compleja, pues el taller tuvo dos emplazamientos distintos. La hipótesis más plausible defiende que la ceca inició su producción en el valle de Cabrera de Mar –muy posiblemente, en el asentamiento de época tardo-republicana (períodos I y II del taller)– para trasladarse después a *Iluro*, donde terminaría dicha producción (período III).

Las monedas de **ilduro** son el único documento epigráfico que permite documentar el nombre de la ciudad ibérica o íbero-romana predecesora de la *Iluro* romana. Su leyenda no siempre permaneció invariable, y se han documentado hasta cuatro variantes que únicamente se diferencian entre sí en la manera de representar los signos ibéricos **tu/du** y **I** (tabla 20) utilizando siempre el nominativo singular en la construcción de la misma. Como ocurre en la mayoría de las emisiones ibéricas, dichas variantes hacen referencia al topónimo de la ciudad, sobre cuyo significado se puede decir muy poco. Untermann llegó a la conclusión de que las partículas **ildif** e **ildur** –y sus traducciones latinas *Iler* e *Ilur*– podían significar ciudad u *oppidum*⁹²¹, mientras que el elemento **-o** es una característica propia de la formación de topónimos de esta área lingüística ibérica, como **ilduro**, **auso** o **lauro**. El topónimo **ilduro**, por tanto, parece que haría referencia a la condición urbana del asentamiento.

Al igual que el resto de los talleres layetanos, esta ceca solamente acuñó moneda de bronce. Su producción, como ya se ha comentado, puede organizarse en tres períodos claramente diferenciados. Los criterios que han confirmado su ordenación relativa son firmes y se basan en cuestiones estilísticas y metrológicas y, además, se han visto completados con la información procedente de los hallazgos aislados y de los atesoramientos. De ese modo, el taller elaboró ases, semises, trientes y sextantes unciales reducidos a lo largo del primero de dichos períodos (150-125 a. C.). En este, sus monedas se dividen en dos grupos (I y II) que parecen seguir el sistema ponderal basado en el estándar del as uncial reducido romano. El as, la moneda de mayor valor, presenta un peso medio aproximado cercano a los 20 g (19,91 g grupo I y 20,5 g grupo II) (figura 135). Durante el segundo período (125-90/80 a. C.), el taller emitió unidades, mitades, tercios y cuartos. En este momento, la ceca modificó su sistema ponderal pasando a utilizar el ibérico o local de 10-12 g, propio de la mayor parte de los talleres del

⁹²¹ Untermann 1990: 187-189.

NE peninsular durante el último cuarto del siglo II a. C. El valor más elevado, la unidad, tendrá un peso medio de 9,96 g (grupo III) y de 9,30 g (grupo IV) (figuras 139 y 140). Finalmente, en el último período (90-80/72 a. C.), el taller solamente acuñará unidades y cuartos, aunque elevará ostensiblemente el peso de sus monedas llegando a una unidad cuyo peso medio es de 14,13 g (figura 143).

Si el esquema propuesto para la producción de **ilduro** se extrapola a los otros talleres layetanos –**laiesken**, **lauro** y **baitolo**–, puede llegarse a dos conclusiones:

Primera, que el esquema propuesto para **ilduro** se adapta bien al resto de talleres layetanos tanto metrológica como cronológicamente.

Segunda, **ilduro** fue la más longeva de las cecas layetanas.

El taller de **laiesken**, por su parte, emitirá moneda siguiendo el patrón del as uncial reducido romano (equivalente al período I de **ilduro**) y, posteriormente, siguiendo el sistema ponderal local de 10-12 g (período II), con el que finalizará su producción. Por lo que respecta a la ceca de **lauro**, inició y cerró sus emisiones utilizando el sistema de pesos ibérico o local, por lo que todas sus monedas posiblemente deban englobarse dentro del período II –idea que los hallazgos aislados parecen reforzar–. Finalmente **baitolo**, el último de los talleres layetanos en iniciar su producción, acuñó todas sus monedas entre el 90-80 y el 72 a. C.; por tanto, dicha producción es paralela en el tiempo a la del período III de **ilduro**. Ambas cecas emitieron sus respectivas series desde las ciudades de *Baetulo* e *Iluro* –fundaciones *ex novo* de patrón romano– en un momento en que la mayoría de las cecas ibéricas del NE ya habían terminado su actividad. Estos hechos hacen pensar que la vida productiva de talleres como los de **iešo** y **aeso** –ubicados en las ciudades de *Iesso* y *Aeso*, y cuya fundación y tipología se asemeja mucho a la de los dos casos layetanos que se acaban de mencionar– debe fecharse, posiblemente, entre el 90 y el 80-72 a. C.

Se sabe que las monedas pertenecientes a períodos de acuñación distintos –y, por ello, con pesos y módulos diferentes⁹²²– circularon conjuntamente en el valle de Cabrera de Mar. Así pues, parece lógico creer que las piezas más antiguas y pesadas no se retiraron –o, al menos, no totalmente– de la circulación. Posiblemente, los usuarios finales de dichas monedas fueran quienes buscasen la manera de normalizar y compatibilizar esta situación. La fórmula más sencilla pudo ser adoptar el tipo de reverso –jinete = unidad; caballo = mitad; medio Pegaso = cuarto; delfín = sexto– como indicador del valor de la pieza independientemente de la existencia de unos patrones ponderales concretos marcados por las autoridades

⁹²² Para **ilduro**, se han documentado monedas de los períodos I y II circulando conjuntamente en el valle de Cabrera de Mar y de los períodos II y III en las excavaciones llevadas a cabo en Mataró.

emisoras. Además, hay que tener presente que los diversos grupos de **ilduro** circularon frecuentemente con monedas cuyos patrones no eran romanos ni locales –los casos de *Ebusus* y *Massalia* fueron los más habituales–, y cuyos tipos poco o nada se asemejaban a los locales. En esta ocasión, el módulo de las monedas fue posiblemente lo que sirvió para valorarlas. Sea como fuere, parece evidente que no hubo restricciones que condicionasen la libre circulación de numerario por distintos que fuesen su origen, peso y estilo.

Cómo fabricaron los artesanos las monedas de **ilduro** es un tema que sigue presentando muchas incógnitas. No obstante, es conocido que la ceca utilizó cospeles elaborados con una aleación ternaria rica en cobre –también denominada «bronce plúmbeo»– durante su período II de acuñación y, posiblemente, también a lo largo del III gracias a los análisis por fluorescencia de rayos X (tablas 22-24). Las importantes variaciones existentes en las cantidades de estaño –y, principalmente, de plomo y cobre– utilizadas por el taller en cada una de sus coladas indican un control cuanto menos laxo a la hora de mantener estable la calidad y la composición de la aleación. En la misma línea, la dificultad de identificar un patrón en la posición de los cuños (figuras 162-166) apunta hacia un proceso de fabricación bastante rudimentario en cuanto a lo que a sus aspectos técnicos se refiere, y que podría indicar una mano de obra poco experimentada. Sin poder afirmarlo taxativamente, da la sensación de que la fabricación de la moneda estuvo en manos de artesanos locales.

Otro aspecto importante del taller que se ha examinado es la cantidad de moneda que la ceca fabricó (tabla 30). Apenas se tienen datos del primer período, y la producción del taller durante el mismo no ha podido ser calculada –aunque se sabe que fue muy escasa–. No obstante, el volumen de moneda acuñado por la ceca de **ilduro** sí pudo ser estimado para los dos períodos siguientes. En el II, se abrieron en torno a 29 cuños de anverso –20 de ellos de la denominación unidad–, lo que supondría una estimación mínima aproximada de 580.000 monedas puestas en circulación –400.000 unidades y 180.000 fracciones (mitades, tercios y cuartos)–. Más tarde, la producción se incrementó notablemente en el período III, cuando la ceca puso en circulación no menos de 1.460.000 monedas de bronce utilizando unos 73 cuños de anverso –72 de la denominación unidad y 1 para el cuarto–. Basándose en la estimación del número original de cuños, se habrían emitido 1.440.000 unidades y 20.000 cuartos⁹²³. Por tanto, la ceca de **ilduro** abrió

⁹²³ Dada la baja productividad de muchos cuños utilizados para fabricar las unidades ($n/D = 2,78$) y la altísima del único cuño de anverso estimado para los cuartos, parece que estas cifras deberían variar sensiblemente en favor de los cuartos.

como mínimo 102 cuños de anverso⁹²⁴ a lo largo de sus períodos II y III de producción, con los cuales pudo fabricar y, posteriormente, poner en circulación al menos 2.040.000 monedas de bronce⁹²⁵, de las que aproximadamente 1.840.000 eran unidades.

Dos datos significativos podrían servir para hacerse una idea aproximada del valor de la moneda producida por el taller de **ilduro**:

En primer lugar, Plinio señala que siempre se daba un denario por 10 ases en la soldada⁹²⁶, mientras que el cambio sería de 16 ases por cada denario en otros contextos. Si estos números se extrapolan a la producción de la ceca –10 ases por denario–, el montante económico estimado para **ilduro** estaría en torno a los 191.167 denarios⁹²⁷.

En segundo lugar –y gracias a Polibio en este caso–, se sabe que un legionario –infante– cobraba dos óbolos al día⁹²⁸ –que podrían equivaler a 1/3 de denario– en el siglo II a. C., por lo que el coste anual de una legión republicana estaría entre 600.000 y 1.500.000 de denarios⁹²⁹. Ni la producción de **ilduro** ni, posiblemente, la de todos los talleres layetanos en conjunto llegó a acercarse jamás a esta cifra. Teniendo en cuenta tales reflexiones –hay que insistir en que son meramente orientativas–, da la impresión de que la moneda de **ilduro** –al menos, en origen y por sí misma– no pretendió dotar de moneda a un territorio⁹³⁰. Más bien parece ser un numerario emitido puntualmente y cabe razonar destinado a cubrir los pequeños gastos y facilitar las transacciones cotidianas de un reducido espectro de la población.

Si se valora la producción de la ceca en un marco más amplio –como el de los talleres de la Hispania Citerior que emitieron bronce–, la de esta ceca se situó en un término medio. Con toda seguridad, sus números están lejos de los de talleres más productivos del territorio, como **sekaisa**⁹³¹, **kese**⁹³² o **arse**⁹³³, pero

⁹²⁴ A esta suma habría que añadir los cuños del período I que no han podido ser estimados en este trabajo.

⁹²⁵ Como se repite a lo largo de todo el presente estudio, estas cifras son meramente orientativas y deben entenderse así.

⁹²⁶ Plinio, *HN*: 33.45.

⁹²⁷ En esta cifra se han incorporado también las denominaciones más pequeñas además de las unidades. Se. Hemos partido de la base de que 2 mitades, 3 tercios y 4 cuartos son equivalentes a una unidad respectivamente.

⁹²⁸ Polibio: 4.39.12-15. El coste anual de un infante sería de 120 denarios al año. El de un jinete se triplicaría pues estos cobraban un denario al día.

⁹²⁹ Sobre el coste de una legión ver: Otero 1998: 120; Campo 1999: 61.

⁹³⁰ Quizás las monedas del período III pudieron monetizar a la ciudad de *Iluro*.

⁹³¹ Gomis 2001: 132-145.

⁹³² Villaronga 1983: 95-99.

⁹³³ Ripollès y Llorens 2002: 183-213.

también bastante por encima de otros como **lauro**⁹³⁴, **tufiasu**⁹³⁵ o **Valentia**⁹³⁶. Así pues, parece que su producción habría de situarse entre la de **śaiti**⁹³⁷ y **arse** (figura 173)⁹³⁸.

La dispersión del numerario emitido difícilmente puede desvincularse del volumen de su producción –cuanta más moneda emitida, mayor deberá ser su dispersión a priori–. La difusión de las monedas de **ilduro** en los períodos I y II –150-90/80 a. C.– parece concentrarse en las actuales comarcas de El Vallés y El Maresme, tan solo sobrepasando estos límites territoriales de forma significativa para llegar puntualmente al S de Francia y a los enclaves de *Emporion*, *Tarraco* y, esporádicamente, a *Ebusus* (figuras 182-184). Todos ellos, como ya se ha mencionado anteriormente, son núcleos accesibles por vía marítima y de una importancia comercial y política excepcional durante la segunda mitad del siglo II a. C. Cuando las monedas abandonan su radio de acción más inmediato –las comarcas de El Vallés y El Maresme–, parecen relacionarse con las principales vías de comunicación; especialmente, con el eje costa-interior, que conecta el territorio layetano con el ausetano mediante la Vía de Manio Sergio (120-110 a. C.).

Por el contrario, si se analiza la dispersión de la emisión final de **ilduro** –período III, 90-80/72 a. C.–, el patrón y el radio de difusión de sus monedas presentan algunas peculiaridades (figuras 185 y 186). La llegada de numerario a *Emporion* (ahora *Emporiae*) y *Tarraco* se mantiene, dato que se explica una vez más dada la importancia política y comercial de ambos asentamientos. Por el contrario, el goteo de numerario que fluía hacia *Ebusus* deja de documentarse en los hallazgos aislados de inicios del siglo I a. C. coincidiendo con el declive de sus contenedores anfóricos en la zona. Entonces, aparece una serie de nuevos centros receptores y emisores de numerario –*Baetulo*, *Iluro*, *Iesso* o *Aeso*– que monopolizan la circulación monetaria a escala regional. Finalmente, esta última emisión de la ceca –la que presenta el símbolo oreja– se documenta de forma relativamente abundante en el S del País Valenciano y puntual en Aragón, Navarra o Murcia e, incluso, en el centro de la península itálica, más concretamente en el río Liri. Un análisis más detallado de los lugares en los que estas piezas han sido recuperadas –más allá de los dos ejemplares del río Liri (Italia), que posiblemente se explican por los contactos comerciales⁹³⁹– podría relacionar la difusión de dichas

⁹³⁴ Llorens y Ripollès 1998: 97-106.

⁹³⁵ Gozálbés 2009a: 127-131.

⁹³⁶ Ripollès 1988: 35-46.

⁹³⁷ Ripollès 2007: 77-86.

⁹³⁸ Es importante mencionar que la comparación efectuada resultaría mucho más precisa si se evaluase la importancia histórico-arqueológica y el tiempo de actividad de los talleres comparados con los de **ilduro**.

⁹³⁹ Sinner y Stannard (en prensa).

monedas con el conflicto que enfrentó a Pompeyo y Sertorio (80-72 a. C.). Se ha recuperado moneda de la emisión final de **ilduro** en Azaila (en los dos tesoros), Los Cascajos (Sangüesa, Navarra) y el S del País Valenciano. Azaila y Los Cascajos –*oppidum* y campamento militar, respectivamente– fueron destruidos durante el conflicto sertoriano y constituyeron –al igual que las tierras valencianas– escenarios relevantes del mismo.

La dispersión y la cronología de las emisiones del taller podrían relacionarse con dos momentos históricos bien diferenciados:

Las monedas de los períodos I y II parecen coincidir cronológicamente con la actuación de Roma sobre la red viaria del NE peninsular, así como con la fundación de los mencionados asentamientos «itálicos» encargados de controlarla, de articular el territorio y, probablemente, de servir de apoyo a los contingentes que la *urbs* había movilizadado al sur de la Galia –lo que explicaría la presencia del numerario de **ilduro** y de otras cecas del NE peninsular en la zona–.

En cuanto a las piezas del período III, parecen estar relacionadas con el conflicto que enfrentó a Pompeyo y Sertorio y con las fundaciones *ex novo* de las ciudades de *Emporiae*, *Iluro*, *Baetulo*, *Iesso* y *Aeso*. A estas, como ya se ha visto, se les ha atribuido un origen militar que respondía a una doble finalidad: desmovilizar y asentar a veteranos de guerra junto con las élites y parte de la población local y asegurar el control de la Vía Hercúlea y los pasos pirenaicos que daban acceso a la recién consolidada provincia de la Galia transalpina.

A día de hoy, resulta imposible diferenciar entre el uso final que se les dio y el propósito último al que responden las emisiones de la ceca. Pese a la presencia del numerario de **ilduro** en contextos relacionados de una forma más o menos directa con actividades de carácter militar, no se puede afirmar que sea una moneda acuñada exclusivamente para sufragar pequeños gastos de intendencia. Los hallazgos aislados de dicho numerario de los períodos I y II se documentan igualmente en yacimientos que, a priori, nada tienen que ver con las actividades del ejército o de sus tropas auxiliares –Can Balencó, La Cadira del Bisbe, La Torre dels Encantats, El Turó de Montgat y Burriac, entre otros–. Por eso, está claro que fue utilizado mucho más allá del mencionado ámbito militar, y es habitual en asentamientos de carácter urbano con niveles arqueológicos del último cuarto del siglo II a. C. De la misma manera, las monedas del período III son frecuentes en unas ciudades que, aparte de su posible vinculación inicial con el ejército, no tardaron en evolucionar y se convirtieron rápidamente en importantes núcleos de población con una intensa actividad edilicia, productiva y comercial que, perfectamente, pudieron generar la necesidad de numerario con el que hacer frente a transacciones de pequeño y medio valor.

A modo de síntesis, se puede decir que la ceca de **ilduro** y sus acuñaciones deben relacionarse, en última instancia, con la intervención que la Administración romana llevó a cabo en el territorio layetano y resto del NE peninsular durante la segunda mitad del siglo II a. C. No cabe duda de que una producción de moneda en volúmenes tan bajos y prolongada en el tiempo –la vida del taller debe estimarse aproximadamente en 50 años, lo que no significa que no tuviese períodos de inactividad– no pretende dotar de moneda a un territorio densamente poblado como el layetano o el del valle de Cabrera de Mar. Más bien, esto obedecería a la presencia de población foránea –ya fuera de modo permanente (colonos) o temporal (comerciantes, militares, etc.)– habituada al uso diario de dicha moneda y que generó nuevas demandas de numerario cada cierto tiempo; posiblemente, a medida que el activo circulante emitido por el taller se mostraba insuficiente. Sin duda, los personajes antes mencionados promovieron e introdujeron el uso de la moneda en una sociedad que nunca antes había tenido necesidad de ella.

20.3. El proceso de colonización: del *oppidum* a la *civitas*

Desde el siglo IV –y, fundamentalmente, a lo largo del III a. C.– el *oppidum* ibérico de Burriac y su periferia se convirtieron en un núcleo urbano densamente poblado. A partir de estos momentos, el valle de Cabrera de Mar se presenta como el centro político y administrativo de un amplio territorio a cuyos habitantes se refieren los autores clásicos como layetanos; es decir, aquellos que habitan la Layetania. Así lo demuestra la existencia de un poder centralizado y perfectamente asentado que, desde el siglo IV a. C. como mínimo, realizó una distribución racional y bien organizada tanto de dicho territorio como de los recursos existentes.

Se trata, pues, de «un Estado de tipo arcaico» en pleno crecimiento que, mediante una estudiada estructura basada en una importante red de *oppida* bien organizados e interconectados entre sí tanto visualmente como mediante caminos (figuras 25 y 27), extendió sus dominios por las actuales comarcas de El Maresme, El Vallès Oriental, El Vallès Occidental, El Barcelonès El y Baix Llobregat.

En el territorio layetano, Roma se encontró con una sociedad compleja en la que el carácter urbano de la misma ya se había desarrollado notablemente con anterioridad al 218 a. C. –el *oppidum* de Burriac es un claro ejemplo de ello–, pero en la que el aspecto étnico aún parecía tener un papel preponderante. Un indicio que apoya a esta teoría es la existencia del etnónimo «layetanos»⁹⁴⁰. Tras un

⁹⁴⁰ Es cierto que dichos etnónimos nos llegan a través de los historiadores antiguos, por lo que no tienen por qué ser indicativos de las realidades anteriores a la conquista. No obstante, sí parece que los historiadores griegos y romanos percibieron de forma unitaria un marcado componente étnico en los pueblos ibéricos del NE.

primer período de estrés bélico –Segunda Guerra Púnica–, y otro posterior que podría denominarse «de conquista», parece que Roma utilizó el componente urbano de esta sociedad en beneficio propio, respetando primero y potenciando después los núcleos residenciales más relevantes –el *oppidum* de Burriac (figura 35), el Turó de Ca n’Olivé (figura 202) o la Torre dels Encantats–, pero desarmando previamente a aquellos poblados que daban forma al sistema colectivo o comunitario (tanto defensiva como productivamente) –Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet), Castellruf (Martorelles), Turó del Vent (Llinars del Vallès), etc. (figura 203)–.

En todo el NE peninsular –y la Layetania no será una excepción–, se detecta un constante proceso de reorganización y jerarquización del territorio que difícilmente puede achacarse a las élites locales por sí mismas, pero tampoco parece posible que se llevase a cabo sin su participación. Posiblemente, este hecho respondería inicialmente a pactos personales entre dichas élites locales y unos generales romanos que vieron una fuente inagotable de botín, guerra y gloria en Hispania durante su conquista. Después, y a medida que la segunda mitad de la centuria (siglo II a. C.) avanzaba, pudieron desarrollarse mecanismos mucho más complejos que acabarían por desembocar en una verdadera reorganización del territorio. Con posterioridad a la caída de Numancia –y, especialmente, durante el último cuarto del siglo II a. C.–, se aprecia una actuación de la Administración romana que estimula el desarrollo de determinados *oppida* indígenas favoreciendo a los centros híbridos –*Emporion*, *Tarraco* o Cabrera de Mar–, actúa sobre las vías de comunicación y crea una serie de asentamientos también de naturaleza híbrida que controlarán el territorio –El Camp de les Lloses (figura 209), Monteró (figura 212) y Puig Castellar (figura 211) son buenos ejemplos–. Se trata de una política ya totalmente intervencionista –que parece contar con la colaboración de al menos una parte de la población local– y que cabe suponer que favoreció y consolidó sus intereses económicos, políticos y militares tanto en la provincia Citerior como al otro lado de los Pirineos y en las Baleares.

En el Valle de Cabrera de Mar, este proceso se puede ver con claridad gracias al rico patrimonio arqueológico documentado. Inicialmente, se observa una clara promoción y transformación del *oppidum* ibérico de Burriac; posteriormente –y a partir de mediados del siglo II a. C., pero con un desarrollo pleno alcanzado durante el último cuarto de la centuria–, un nuevo modelo de asentamiento mucho más adaptado a sus contemporáneos itálicos tendió a convertirse en el motor económico de esta región así como en el elemento aglutinador de los rasgos culturales indígenas e itálicos. El asentamiento tardo-republicano del Valle de Cabrera de Mar posiblemente surgió como consecuencia de esta interacción (figura

42. Su emplazamiento a los pies del mencionado *oppidum* y en un punto equidistante entre *Emporion* y *Tarraco* –bien conectado, por tanto, con las Vía Hercúlea y la de Manio Sergio– no se eligió al azar, y resultaba ideal para llevar a cabo y consolidar ese proceso de hibridación e integración (figura 208).

De esta manera, el elemento urbano se impulsó sobre el étnico, la *civitas* sobre el *oppidum*. El resultado final dentro del área objeto de estudio es el abandono definitivo del modelo basado en los *oppida* –ya notoriamente desposeído de su significado y funcionalidad original posiblemente desde la intervención del cónsul Catón– para adoptar otro nuevo basado en la ciudad y en la explotación de su «hinterland». Primero, mediante la aparición de asentamientos dispersos que actuaron como pequeñas unidades de explotación –«granjas»– y, posteriormente, con la implantación del sistema basado en la villa. Esta política –en ningún caso casual– facilitaría la tendencia hacia un sistema urbano y de explotación del territorio con el tiempo similar –aunque nunca igual– a los modelos itálicos, que Roma conocía bien. Muchos autores han visto en ello un paso de la propiedad comunal controlada y administrada por unas élites militares hacia una relativa privatización de la tierra y su producción; eso era algo usual en Italia, pero desconocido en la Layetania. Con ello, Roma no solo debilitaba aún más unas estructuras ya casi disueltas tras el proceso bélico de la conquista y la represión catoniana, sino que continuaba atacando a unos lazos tribales y comunitarios cada vez más débiles y ya condenados a desaparecer.

A partir del 90-80 a. C., los cambios se aceleran de forma vertiginosa. Efectivamente, el abandono del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar así como de una gran parte del poblado ibérico de Burriac se inicia en este momento. Esta secuencia generalizada de abandonos coincide cronológicamente con la fundación *ex novo* del que será el *oppidum civium Romanorum* de *Iluro* –asentamiento de patrón y características ya totalmente itálicas (figura 217)⁹⁴¹–. El caso de *Iluro*, como el de tantas otras fundaciones coetáneas –*Baetulo*, *Iesso* o *Aesso*–, no debe entenderse simplemente como la creación de un nuevo espacio en el que asentar a los antiguos pobladores del valle más «romanizados» junto con algunos colonos itálicos y las tropas desmovilizadas. Antes bien, tales fundaciones representan la consolidación de la geopolítica romana iniciada en la fase anterior –se sigue actuando sobre la red viaria ampliándola al tiempo que se consolida con la fundación de ciudades (figura 222)–. Se crean, por tanto, nuevas *civitas* desde las que se reorganizará, controlará, repartirá y explotará el territorio ya desde la óptica y las pautas socioeconómicas romanas. La sustitución de centros híbridos, como el del valle de Cabrera de Mar –Burriac,

⁹⁴¹ Sobre *Iluro*, véase García (no publicado).

asentamiento tardo-republicano–, por ciudades de patrón romano acabaría de integrar lenta pero totalmente a unas élites y una población indígena cada vez más habituada al *modus vivendi* romano –lo que denota el éxito del modelo híbrido propio del período anterior– dentro de las estructuras de la República.

La aparición de estos nuevos núcleos facilitaba la creación de una también novedosa Administración, así como de otro modelo religioso, social y cultural que, sin tener que destruir los elementos anteriores –la pervivencia de la lengua ibérica es un excelente ejemplo de ello–, acabará por imponerse totalmente con el tiempo.

La fundación de *Iluro* debe entenderse como el resultado directo de un complejo proceso de colonización, cohabitación e hibridación que tuvo lugar en el valle de Cabrera de Mar y en muchos otros territorios del NE peninsular durante más de una centuria. Este largo proceso rompió de una manera lenta, pero definitiva, con las estructuras indígenas preexistentes y desembocó en la formación de un nuevo sustrato étnico y cultural.

20B. CONCLUSIONS

20b.1. Cabrera de Mar Valley: an example of hybridization

The Cabrera de Mar valley reveals an important combination of local traditions mixed with external influences in practically all the relevant aspects of an urban society – at least from the second half of the second century B.C. until the sequence of abandonments of the period 90-80 B.C. – incidents that affected both the Iberian *oppidum* and the settlement of the late-Republican period. As a result, this created a hybrid situation, which is evident in the archaeological record, but which is extremely complex to interpret in the context of discussing historical and numismatic developments.

At the architectural level, the two settlements in the valley incorporate construction techniques and materials typical in the Italian peninsula –the use of *tegulae*, *imbrices*, *dolia*, *opus signinum*, etc.– as do «farms» or agrarian units of production. Undoubtedly, the late-Republican settlement shows examples of public and private architecture and functionality whose significance suggests building activity promoted by and for outsiders –possibly Roman or Italic– according to models in use in that particular historical period. An excellent example of this is the public baths of Ca l'Arnau (figure 43). The Iberian settlement of Burriac also develops a type of monumental public architecture with strong «Italic» undertones, though for different purposes. Such is the case of the «*dolia storeroom*” or, specifically, the alteration of the southern gate that used the construction technique of *opus quadratum* (figure 32), which, on the contrary, has received much less attention. Similarly a number of areas of the late-Republican settlements, where construction techniques observable in domestic spaces and workshops are more Iberian than Italic, tend to be overlooked.

The urban layout of this settlement consists of *insulae* delineated by streets that seem to be organized in a grid formation. One of them, situated in the Can Rodon de l'Hort sector, is more than five meters in width and 50 meters in length (figure 62). However, the main axes that articulate the site are two seasonal streams: the Cabrera de Mar stream and the Sant Feliu torrent. Furthermore, a great part of the construction activity seems to adapt to the terrain, where the

various construction areas are arranged on distinctly different alignments (figure 42). These characteristics –in the author’s opinion– differ from the network structure with perfectly self-compartmentalized *ex novo* planning of Italic or Roman type, as will be seen later in the cities of *Iluro* (figura 217) or *Baetulo*.

In studying the imported ceramics –in particular, the presence of amphorae in the valley– one may observe similar dynamics in both settlements. In Burriac, Italic amphorae represent 73.91% of the total, while this figure drops to 68.58% in the valley. Dressel 1 amphorae will become the preferred form in both settlements, with Dressel 1A particularly notable during the second half of the second century B.C., although the 1C variant is documented in small quantities. Punic amphorae amount to 35.71% of all amphorae attested in the *oppidum*, while they make up 24.02% of the total in the late-Republican settlement. The difference in these figures does not seem significant in economic or commercial terms. Amphorae from Brindisi were also found in Burriac as well as in the late-Republican settlement. Recently, it has been argued that these amphorae are indicators of the presence of Roman troops in the peninsula during the second half of the second century B.C., as these containers were used for the transport of oil, a product foreign to the Iberian diet.

In addressing the circulation of coins in the region, it is not possible to distinguish significant differences between the amount of coins discovered at either site: 173 examples in the Iberian settlement and 164 in the late-Republican settlement. Coin circulation is distinctly regional in both centres, with the Laietani coinage the most common in both: 40.85% of the total in the late-Republican establishment and 33.54% in Burriac.

The local mint – **ilduro** – is always the best represented, making up 28.87% of the pieces found in the late-Republican settlement. While in the Iberian *oppidum*, it represents 25.61% of the total of coins found. No significant differences can be detected between the preferred denominations, with the standard unit making up 64.08% and 68.07% in both settlements respectively; in short: the same mints and monetary units are continuously repeated in both settlements. Moreover, if either of them appears to receive a higher quantity of currency from Rome or other distant mints, especially currency using the Phoenician alphabet, it is the Iberian *oppidum*.

Leaving to one side economic and commercial questions, and focusing on those of a cultural and cultic character, once again one finds a hybridized valley. What could be a small provincial temple of reduced dimensions and marked Italic influences has been detected in the late-Republican settlement (figura 59). In fact this temple coexists in the same valley as the «Cova de les Encantades», an Iberian

sanctuary in which it seems that cultic practices took place, at least from the fourth century B.C. until the late first century B.C. This Italic/Iberian duality emerges once again in the private sphere. In the Can Rodon de l'Hort sector, a bronze statuette which has been interpreted as a Lar was found –the Roman protective deity of housing–, from which we may infer the presence of a *lararium* and therefore the existence of a traditionally Roman cult. Nevertheless, not only in one of the *domus* of Can Rodon de l'Hort, but also in up to four cases in the residential spaces of the sector known as Can Mateu (figure 51), burials of human fetuses were found in the foundation levels of the housing, which certainly documents the survival of rituals of Iberian character.

If one focuses on the epigraphic data studied throughout this dissertation, the picture of a mixed valley arises once again. The 23 inscriptions presented in table 4 are in Iberian script, which provides valuable information on the language used in the valley –at least in the domestic sphere– as well as on the ethnic composition of an important part of its local inhabitants. In these inscriptions, up to 11 graffiti could represent personal names; i.e. they must be interpreted as the symbol with which the owner engraved an object which he owned. However, only four –three in Burriac and one in the late-Republican settlement– of these 11 brief epigraphic documents seem to be Italic names written in the Iberian alphabet; the rest are of Iberian origin and tradition. These data could be very significant when compared to those from other contemporary settlements, such as *Valentia* (Valencia) or La Cabañeta (El Burgo de Ebro, Zaragoza). The first –already mentioned repeatedly throughout this study given the similarity of the baths with those of the late-Republican settlement of Cabrera de Mar (figure 44)– is a well-documented settlement established in 138 B.C; thus it is not surprising that the writing so far discovered almost always uses the Latin alphabet and language.

Similar percentages are found at La Cabañeta, but the graffiti that employ the Iberian alphabet continue to constitute a minority compared to those that use the Latin alphabet. Therefore, everything points towards the fact that the Cabrera de Mar valley had more in common –in terms of its population– with other settlements of indigenous tradition and character –such as Azaila or the *oppidum* of Can Oliver (Cerdanyola del Vallès), where Iberian epigraphy is predominant –than with those in which an Italic presence is a *fait accompli*, as at *Valentia*, La Cabañeta, *Emporion* and *Carthago Nova* –along the Citerior coast– or in other settlements with a noticeably military character –like the camps at Numantia or, in Hispania Ulterior, at *Castra Caecilia* (Cáceres el Viejo). figura 44

Next to nothing is known regarding when or how this hybridization process started, although it can be argued that it was already well advanced by the last

quarter of the second century B.C. This situation – which we might call «Italo-iberian»– seems incontestable in Burriac and especially in the Late-Republican settlement, where it can be detected both in the public and private spheres.

20b.2. The **ilduro** mint

The entire production of the **ilduro** mint falls between the second half of the second century B.C. and the beginning of the first, with the bulk of its coins issued between 125 B.C. and 80/72 B.C. Thanks to isolated discoveries from reliable stratigraphic contexts –such as the hoards containing coins of **ilduro**–, it has been possible to differentiate three distinct periods of production:

Period I (150-125 B.C.).

Period II (125-100/90 B.C.).

Period III (90-80/72 B.C.).

The similarity with the toponym *Ildum*, and the survival of the name **ilduro** in what would become the *municipium* of *Iluro* (today the town of Mataró), led a number of early scholars to assume that the mint must have been located in one of these cities. Later studies, and this thesis, have shown that the reality was more complex, and that the mint of **ilduro** struck coins in two separate locations. The most plausible hypothesis is that the mint began production (periods I and II) in the Cabrera de Mar Valley –quite possibly in the late-Republican settlement–, but later moved to *Iluro*, in the final period III.

The coins of **ilduro** are the only epigraphic evidence of the Iberian city, or the Ibero-Roman predecessor of Roman *Iluro*. The nominative singular ethnic on the coins exists in four variants, with the only differences being the manner in which the Iberian signs **tu/du** and **I** (table 20) are represented. As in the case of most Iberian issues, such variants refer to the way in which the toponym of the city is represented, and very little can be inferred about their significance. Untermann concluded that the particles *ildiř* and *ildur* –and their Latin translations *Iler* and *Ilur*– could mean city or *oppidum*, while the **-o** element is characteristic of the form of toponyms found in this Iberian linguistic area, as in **ilduro**, **auso** or **lauro**. The name **ilduro**, therefore, would seem to refer to the urban nature of the settlement.

As with other Laietani mints, **ilduro** struck only bronze, in each of the three clearly distinct periods of production. The criteria by which their relative chronology is established are clear, and based on stylistic and metrological characteristics, supplemented with information from stray finds and from hoards. In its first period (150-125 a. C.), the mint struck reduced uncial *asses*, *semisses*, *trientes* and

sextantes. In this period, its coins may be divided into two groups (I and II), which both appear to derive from the Roman reduced uncial *as* standard. The largest denomination, the unit or *as*, weighs about 20 g (Group 1: 19.91 g; Group II: 20.5 g) (figure 135). During the second period (125-90/80 B.C.), the mint issued units (*asses*), halves (*semisses*), thirds (*trientes*) and quarters (*quadrantes*), on a weight standard that moved towards the local Iberian standard of 10-12 g, typical of most mints in the North-East of the Iberian peninsula during the last quarter of the second century B.C.: the unit averages 9.96 g in group III, and of 9.30 g in group IV (figures 139 y 140). Finally, during the last period (90-80/72 BC), **ilduro** minted only units and quarters, while markedly increasing the weight standard, with a unit whose average weight was 14.13 g (figure 143).

If this proposed pattern of production for **ilduro** is considered in relation to other Laietani mints –**laiesken**, **lauro** and **baitolo**–, two conclusions may be drawn:

First, that the proposed pattern of **ilduro** fits well with that of the other Laietani mints, both in terms of metrology and chronology.

Second, that **ilduro** was the longest lived mint in Laietania.

The mint of **laiesken** first struck on the Roman uncial *as* standard used in period I at **ilduro**, and then passed to the local standard of 10-12 g of **ilduro**'s period II, after which it closed. The entire output of the **lauro** mint was on the local Iberian standard, so that all its coins may be assigned to period II, which seems to be supported by the evidence of stray finds. Finally **baitolo**, the latest of the Laietani mints to start striking, produced its entire coinage between 90-80 and 72 B.C., which parallels period III of **ilduro**. *Baetulo* and *Iluro* are both *ex novo* Roman-style foundations that struck at a time when most Iberian mints in the North-East had already closed. On the basis of this analysis, the production of mints such as **iesó** and **aeso** –located in the cities of *Iesso* and *Aeso*, whose foundation and character closely resemble the two Laietani centres, *Baetulo* and *Iluro*– possibly also dates to between 90 and 80-72 B.C.

It is clear that coins of all three periods –despite their different weights and modules– circulated together in the Cabrera de Mar valley. This appears to demonstrate that the older and heavier coins were not withdrawn for circulation, or, at least, not totally. The users of these coins could have standardized and harmonized this mixed coin stock in a number of ways. The simplest would have been to base value on the reverse type –rider = unit; horse = half; fore-part of Pegasus = quarter; and dolphin = *sextans*– without taking the weight standards into account. It must also be borne in mind that the different **ilduro** groups frequently circulated with coins of neither Roman nor local type –the coins of

Ebusus and *Massalia* are the most common–, which had little in common with the local coins. In such cases, the coin module was possibly what defined the value at which they were assimilated to the coin stock. In any case, it is evident that there were no restrictions that limited the free circulation of coins, no matter what their origin, weight or style.

Many uncertainties remain regarding coin production technologies at **ilduro**. X-ray fluorescence analysis (tables 22-24) has shown that the mint prepared flans (blanks) of a rich ternary alloy of copper –also known as «leaded bronze»– during its minting period II and, possibly, also during period III. The varying proportions of tin –and, especially, of lead and copper– in the various batches of alloy suggest a rather lax oversight of quality and composition. The difficulty in identifying a pattern in the die axes (figures 162-166) may also suggest imprecise technical practices, and may indicate inexperienced manpower. Without this being certain, this may suggest that local artisans produced the coins.

A further important question for understanding the nature and function of the mint is the projected volume of production (table 30). There is little data from the first period, from which to postulate production, but it appears to have been very low. However, there is better data from which to estimate the production of the **ilduro** mint in periods II and III.

In period II, the mint used 29 projected obverse dies –20 for the unit–, which, assuming a moderate 20,000 coins per obverse die, would represent a minimum production of 580,000 coins: 400,000 units and 180,000 fractions (halves, thirds and quarters: *semisses*, *trientes* and *quadrantes*). Production increased notably in period III, when the mint struck at least 1,460,000 bronze coins from about 73 projected obverse dies –72 for the unit and 1 for the quarter (*quadrans*)– or 1,440,000 units and 20,000 quarters.

In sum, the mint of **ilduro** used at least 102 obverse dies during periods II and III, with which it could produce and put into circulation at least 2,040,000 coins, with the overwhelming bulk –1,840,000 coins– being units. Two significant pieces of literary evidence may be used to put the overall value of the coins produced by the **ilduro** mint in context, by comparing it to the annual pay of a Roman legion:

First, Pliny notes that the denarius always comprised 10 asses, for the purposes of military pay, while it comprised 16 asses in other contexts. Using, for the sake of the comparison, the military rate, the minimum production for the **ilduro** mint may be estimated to be around 191,167 denarii.

Secondly –thanks to Polybius in this case–, we know that a legionary earned two obols a day –1/3 of denarius– in the second century B.C., so that the annual

cost of a Republican legion would be between 600,000 and 1,500,000 *denarii*. Clearly, the entire output of the **ilduro** mint, even possibly, of all Laietani mints together could not come close to such a sum. On the basis of this comparison, it appears that the coinage of **ilduro** could not have been the vehicle of large scale capital expenditure. The lack of a silver coinage also shows this. Rather, it seems to be a currency issued from time to time to cover small expenses and to facilitate the daily transactions of a narrow spectrum of the population.

When evaluating the production of the mint in a broader context –such in relation to the other mints of Hispania Citerior that issued bronze–, **ilduro** stands in the mid range. Its output volume was far below that of the most productive mints of the area, such as **sekaisa**, **kese** or **arse**, but well above others such as **lauro**, **tuñasu** or *Valentia*, at a level of about **śaiti** and **arse** (figure 173).

It is difficult to separate the diffusion of the coinage once issued from the volume of its production, because the more coins that were minted, the wider the likely dispersion. The spread of coins of **ilduro** in periods I and II – 150-90/80 B.C. – seems to be focussed on the present regions of El Valles and El Maresme, just going beyond these areas, to reach south France, *Emporion*, *Tarraco* and sporadically, *Ebusus* (figures 182-184). These are all areas accessible by sea, and were of great importance as commercial and political centres during the second half of the second century B.C. When coins left the El Valles and El Maresme regions, they seem to have followed the main routes of communication, in particular the routes from the coast into the interior, which connect the territory of the Laietani with that of the Ausetani, along the Manius Sergius road (120-110 B.C.).

The pattern and range of diffusion of the final issue of –period III, 90-80/72 B.C.– presents some peculiarities (figures 185 y 186). The presence of these coins at *Emporion* (now *Emporiae*) and *Tarraco* is once again to be explained by their political and commercial importance. But, from the start of the first century B.C., the trickle of coins that had reached *Ebusus* is no longer documented in the stray finds there, and this coincides with the decline in the numbers of amphora of *Ebusus* found in Laietania. From then on, a number of new cities that mint and receive coins start to appear –*Baetulo*, *Iluro*, *Iesso* or *Aeso*– and monopolize monetary circulation at the regional level. Finally, **ilduro**'s last issue –with the ear symbol– is documented abundantly in the south of the País Valenciano, in particular in Aragon, Navarra and Murcia, and it is also found in the River Liri in the central Italy. A closer look at the places where these pieces have been found –not taking into account the two coins from the Liris valley in central Italy, which are probably to be explained by commercial contacts– may suggest that their distribution reflects the movement of coins in the context of the conflict between Pompey and Sertorius

(80-72 B.C.). Coins of **ilduro**'s final issue has been found in Azaila (in two hoards), the Cascajos (Sangüesa, Navarra), and the south of the País Valencià. Azaila, an *oppidum*, and Los Casjacos, a military camp, were both destroyed during the Sertorian war, and were –as was the territory around Valencia– focusses of military movements during these conflicts.

The dispersion and chronology of **ilduro** issues may reflect two distinct historical moments:

The coins of periods I and II appear to match chronologically Rome's creation of a road network in the North-East of the Iberian Peninsula, which was related to the foundation of the «Italic» settlements mentioned. These were responsible for controlling and articulating territories, and probably served as support for troops that the *urbs* had mobilized for action in South Gaul, which would explain the presence there of coins from **ilduro** and from other mints of the North-East Iberian peninsula.

Coins from period III appear to be related to the conflict between Pompey and Sertorius and to be connected with the *ex novo* foundations of the cities of *Emporiae*, *Iluro*, *Baetulo*, *Iesso* and *Aeso*. These were founded for military purposes: both to demobilize and settle military veterans, along with the local elites and part of the local population, and to ensure control of the Via Herculea and the routes across the Pyrenees that provided access to the newly established province of Transalpine Gaul.

Despite the presence of the coins of **ilduro** in contexts more or less directly involved with military activities, it is not possible to affirm that it was a coinage minted primarily to cover small military supply expenses. Isolated discoveries of coins of periods I and II are also documented from archaeological sites that, *a priori*, had nothing to do with the activities of the army or auxiliary troops –Can Balençó, La Cadira Bisbe, La Torre dels Encantats, El Turó de Montgat and Burriac, among others. It is clear that the coinage was used far beyond the military sphere, and it is common in urban settlements with archaeological levels dating to the last quarter of the second century B.C. Similarly, coins of period III are common in cities that, apart from a possible initial connection with the army, did not take long to evolve and became important settlements with intense civic, productive and commercial activities that could perfectly well have generated a need for small change to facilitate transactions of small and medium value.

In summary, the mint of **ilduro** and its coinage must ultimately relate to the arrival of the Roman administration in the territory of the Laietani in the North-East of the peninsula, during the second half of the second century BC. There is no doubt that the production of coinage in such low volumes and over so prolonged a

period –the lifetime of the mint should be estimated at about 50 years, including periods of inactivity– did not aim to provide liquidity for large-scale purposes, for example for military pay, in the densely populated area of Laietania or the Cabrera de Mar valley. Rather, it responded to the presence of individuals of foreign origins –either permanent settlers or temporary traders, military personnel, etc.– who were accustomed to the daily use of coinage, and who generated new demands for coinage from time to time, possibly when the coinage already in circulation proved insufficient. No doubt, their habitual use of coinage promoted and introduced the use of coined money in a society that had never before had a need for it.

20b.3. The process of colonization: from *oppidum* to *civitas*

From the fourth century onwards and especially throughout the third century B.C., the Iberian *oppidum* of Burriac and its surrounding area became a densely populated urban area. As of then, the Cabrera de Mar valley became the political and administrative center of a vast territory whose inhabitants classical authors refer to as the Laietani –that is, those who inhabit Laietania. This is demonstrated by the existence of a centralized and perfectly settled power that from the fourth century B.C. onwards made a rational and well-organized distribution of both the territory and its existing resources.

It is, therefore, «a state of archaic type» developing through a careful structure based on an extensive network of well-organized *oppida* interconnected both visually and via the road-system (figures 25 y 27), which extended its power over the current regions of El Maresme, El Vallès Oriental, El Vallès Occidental, El Barcelonès y Baix Llobregat.

In the territory of the Laietani, Rome encountered a complex society, whose urban character had already significantly developed prior to 218 B.C. –the *oppidum* of Burriac is a prime example of it– but the ethnicity aspect of it still seemed to play a major role. One indication that supports this theory is the existence of the ethnonym «Laietani». After an initial period of war – the Second Punic War– and another immediately following it that one might call the «conquest period», it seems that Rome used the urban component of this society for their own benefit, first respecting and later strengthening the most relevant residential centers –the *oppidum* of Burriac (figure 35), the Turo de Ca n'Olivé (figura 202) or the Torre dels Encantats– but previously disarming those towns that had shaped the collective system or community (both defensively and productively) –Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet), Castellruf (Martorelles), Turó del Vent (Llinars del Vallès), etc. (figura 203)–.

Throughout the NE of the peninsula – including Laietania– a constant reorganization and hierarchization of territory may be detected, which can hardly be attributed to local elites themselves, but neither does it seem possible that it was carried out without their participation. However, this would initially respond to personal agreements reached between local elites and Roman generals who saw an inexhaustible source of plunder, war and glory in Hispania during its conquest. Then, and as the second half of the second century B.C. advanced, more complex mechanisms developed that would eventually lead to a real reorganization of the territory. After the fall of Numantia –and, especially, during the last quarter of the second century B.C.– the Roman administration encouraged the development of certain indigenous *oppida*, favoring hybrid centers –such *Emporion*, *Tarraco* and Cabrera de Mar, established communication routes and created a series of settlements of a hybrid nature, which also controlled the territory –El Camp de les Lloses (figura 209), Montero (figura 212) and Puig Castellar (figura 211) are good examples. This involved a policy that was fully interventionist and which seems to have had the cooperation of at least a portion of the local population. It presumably favoured and strengthened Roman economic, political and military interests in the province of Citerior as well as across the Pyrenees and in the Balearic Islands.

In the valley of Cabrera de Mar, this process can be clearly identified thanks to the rich archaeological heritage documented. Initially, there is a clear promotion and transformation of the Iberian *oppidum* of Burriac; later –from the mid-second century B.C. onwards, but fully developed during the last quarter of the century–, a new settlement pattern, much more suited to its Italic contemporaries, tended to become the economic engine of this region, as well as a means of unifying elements of its indigenous and Italic cultural traits. The late-Republican settlement of Cabrera de Mar valley possibly arose as a consequence of this interaction (figure 42). Its location at the foot of the aforementioned *oppidum*, located equidistantly between *Emporion* and *Tarraco* –well-connected therefore by means of the Via Herculea and the Manius Sergius road– was not chosen randomly, and was ideal for carrying out and consolidating the hybridization and integration process (figura 208).

Thus, the urban element developed from the ethnic, the *civitas* from the *oppidum*. The end result within the area of study was the definitive abandonment of the model based on the *oppida* –well stripped of its original meaning and functionality possibly since the intervention of consul Cato– to be followed by the adoption of a new model based on the city and exploitation of its hinterland. This occurred, initially, through the appearance of scattered settlements which acted as small operating units –«farms»– and then, with the implementation of the system

based on the villa. This policy – in no ways a chance occurrence– would facilitate the tendency towards an urban system and the exploitation of territory similar – although never identical– to the Italic models that Rome was most familiar with. Many authors have seen in this a passage from property controlled communally and administered by military elites towards a relative privatization of land and production; that was something usual in Italy, but previously unknown in Laetania. In this manner, Rome not only further weakened structures that had been seriously undermined during the military process of conquest and the repression of resistance in the area of Catalonia, but also continued attacking increasingly weak tribal community ties, which, as a result, grew increasingly weaker and were doomed in time to disappear.

As of 90-80 B. C., such changes were accelerating at a dizzying rate. Indeed, the abandonment of the late-Republican settlement of Cabrera de Mar valley as well as much of the Iberian settlement of Burriac begins at this time. This generalized sequence of abandonments coincided chronologically with the *ex novo* foundation of what would become the *oppidum civium Romanorum* of *Iluro* – a settlement with a fully Italic layout and urban features (figura 217). As far as *Iluro* is concerned, as in many other contemporary foundations –for example, *Baetulo*, *Aesso* or *Iesso*– it must not be understood simply as the creation of a new space in which the former inhabitants of the «Romanized» valley settled alongside some Italic settlers and demobilized soldiers. Rather, such foundations represented the consolidation of Roman geopolitical policy initiated in the previous phase –which continued to act upon the road network amplifying it while amalgamating it with the establishment of the cities (figura 222)–. Hence new *civitates* were created, as a result of which territory was reorganized, monitored, distributed and exploited in a distinctly Roman socio-economic manner. The replacement of hybrid centers like Cabrera de Mar valley –Burriac, late-Republican settlement– by cities of a Roman type would serve to integrate slowly, but completely elites and the indigenous population, who had become increasingly accustomed to Roman lifestyles –as a result of the success of the hybrid model itself in the previous period– within the structures of the Republic.

The emergence of these new centers facilitated the creation of a new administration, as well as different religious, social and cultural models, without destroying the original elements –the survival of the Iberian language is an excellent example of this– which in time would come to be fully imposed.

The foundation of *Iluro* may be understood as the direct result of a complex process of colonization, cohabitation and hybridization that took place in the Cabrera de Mar valley and in many other areas of the NE of the Iberian peninsula

for over a century. This long process slowly, but ultimately destroyed pre-existing indigenous structures and led to the formation of a new ethnic and cultural milieu.

ABREVIATURAS

Libros

ACIP	Villaronga, L., Benages, J. (2011). <i>Ancient Coinage of the Iberian Peninsula</i> . Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Numismatics.
CNH	Villaronga, L. (1994). <i>Corpus Nummorum Hispaniae Ante Augusti Aetatem</i> . Madrid.
MLH	Untermann, J. (1990). <i>Monumenta Linguarum Hispanicarum, Band III. Die iberischen Inschriften aus Spanien</i> . Wiesbaden.
RRC	Crawford, M. H. (1974). <i>Roman Republican Coinage</i> . London: Cambridge University Press.
SNG Cop.	Jenkins, G. K. (1984). <i>Sylloge Nummorum Graecorum. The Royal Collection of Coins and Medals, Danish National Museum</i> . 43, Spain-Gaul, Copenhagen.
SNG Stockholm.	Ripollès, P. P. (2003). <i>Sylloge Nummorum Graecorum. Sweden II. The Collection of the Royal Coin Cabinet. National Museum of Economy. Stockholm. Part 6. The G. D. Lorichs collection</i> . Estocolmo.
Vives	Vives, A. (1926). <i>La moneda hispánica</i> . Madrid.

Abreviaturas comunes

a. C.	antes de Cristo	lám.	lámina
AE	bronce	mm.	milímetros
Anv.	anverso	N	norte
A/R	anverso/reverso	NE	nordeste
col.	colección	núm.	Número
d. C.	después de Cristo	O	oeste
E	este	Ref.	referencia
Fig.	figura	Rev.	reverso
g	gramos	S	sur
h	horas	Sub.	subasta
		UE	unidad estratigráfica

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV. (2002). *Handbook of X-Ray Spectrometry: Methods and Techniques*. New York.
- Abascal, J. M. y Ripollès, P. P. (1995). Metales y aleaciones en las acuñaciones antiguas de la península ibérica. *Saguntum*, 28.
- Abascal, J. M., Gozálbés, M. y Ripollès, P. P. (1996). Varia Metallica (1): Anàlisis de monedes antigues, medievals i modernes. *Acta Numismàtica*, 26, 17-51.
- Agustín, A. (1587). *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*. Tarragona.
- Akerman, J. Y. (1846). *Ancient coins of cities and princes, geographically arranged and described*. London.
- Alcázar, B. (1676). *Discurso de las medallas desconocidas españolas escrito por el p. Bartolomé Alcázar para Lastanosa y fechado en Madrid, 29 de agosto de 1676*: BN mss. 6334, fols. 15-19v 6 6392, fols. 23-34.
- Almagro-Gorbea, M. (1995). Iconografía numismática hispánica: Jinete y cabeza varonil. En M. P. García-Bellido y R. M. S. Centeno (ed.), *Actas del I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. La moneda hispánica, ciudad y territorio* (Vol. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIV, 53-64). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Almagro-Gorbea, M. (2005). Ideología ecuestre en la Hispania prerromana. *GLADIUS*, XXV, 151-186.
- Almagro, M., Rafols, J. y Corominas, J. (1945). *Carta Arqueológica de España*. Madrid.
- Almirall, J. (1971). Acuñaciones greco-hispanas de Rhode e imitaciones bárbaras. *Acta Numismàtica*, 1, 25-37.
- Álvarez, R., Durán, M., Mestres, I., Molas, D. y Principal, J. (2000). El jaciment del Camp de les Lloses (Tona, Osona), i el seu taller de metalls. *Saguntum, Extra*, 3, 271-281.
- Amela, L. (2002). *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*. Instrumenta 13. Barcelona.
- Amela, L. (2004). La acuñación bilingüe de Kelse/Cel(sa). *Habis*, 35, 207-217.

- Arasa, F. 2001. *La romanització a les comarques septentrionals del litoral valencià. Poblament ibèric i importacions itàliques en els segles II-I aC*. Serie de Trabajos Varios, 100. València.
- Arévalo, A. (1999). *La ciudad de Obulco: sus emisiones monetales*. Sigüenza (Guadalajara).
- Arévalo, A.; Marcos, C. (1998). *El depósito monetar de Torelló d'en Cintes (Mahón, Menorca)*. Barcelona.
- Arrayás, I. (2007). Al voltant de la «romanització» del nord-est de la península ibèrica. *Pyrenae*, 38-2, 47-72.
- Arsa, F. (2013). L'Hostalot (Vilanova d'Alcolea, el Baix Maestrat). Excavacions a la «mansio Ildum» de la via Augusta. El complex arquitectònic de l'horreum. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 31, 163-202.
- Asensio, D. (2001-2002). Àmfores importades, comerç i economia entre els pobles ibèrics de la costa catalana (segles VI-II aC): un exercici de quantificació aplicada. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 12, 67-86.
- Asensio, D. (2010). El comercio de ánforas itálicas en la península ibérica entre los siglos IV y I a. C. y la problemática en torno a las modalidades de producción y distribución. *Bolletino di archeologia on line, Volume speciale B / B8/ 3*, 23-41.
- Asensio, D., Francés, J., Ferrer, C., Guàrdia, M. y Sala, O. (2001). Formes d'ocupació del territori i estructuració econòmica al sud de la Laietània. *Actes de la Taula Rodona Territori polític i territori rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*, 227-251. Ullastret.
- Asensio, D., Francès, J. y Pons, E. (2002). Les implicacions econòmiques i socials de la concentració de reserves de cereals a la Catalunya costanera en època ibèrica. *Cypsela*, 14, 125-140.
- Asensio, D., Cela, X., Miró, C., Miró, M.^a T. y Revilla, E. (2009). El nuci ibèric de Montjouïc. Les sitges de Magòria o de Port. Barcelona. *Quarhis: Quaderns d'Arqueologia i Història de la Ciutat de Barcelona*, 5, 15-85.
- Azorín, M. (2009): *Yecla. Memorias de su identidad*. Yecla: F. J. Muñoz eds., 84-85.
- Badian, E. (1958). *Foreign Clientelae (264-70 B. C.)*. Oxford: Clarendon Press.
- Barrandon, N. (2007). Le rôle des légations sénatoriales dans la gestion de la province d'Hispanie Citériure entre 133 et 82 avant J. C. *Domitia*, 8/9, 227-240.
- Barrasetas, E., Olivares, D. y Sánchez, E. (1997). El jaciment de can Rossell (Llinars del Vallès), segle I a. C. *Lauro*, 13, 5-12.
- Bautista de Erro, J. (1806). *Alfabeto de la lengua primitiva de España*. Madrid.

- Barberá, J. (1968). La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Colección Rubio de la Serna). *Ampurias*, 30, 97-150.
- Barberá, J. (1969). La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (excavación 1968-1969). *Ampurias*, 31-32, 169-189.
- Barberá, J. (1975). El cargamento de cerámica barnizada de negro del pecio de Isla Pedrosa (L'Estartit, Gerona). *Inmersión y Ciencia*, 8-9, 79-85.
- Barberá, J. y Pascual, R. (1979-1980). Burriac, un yacimiento protohistórico de la costa catalana (Cabrera de Mar, Barcelona). *Ampurias*, 41-42, 203-242.
- Belarte, C., Olmos, P. y Principal, J. (2010). ¿Los romanos «iberizados»? Aportaciones romanas y tradiciones indígenas en la Hispania Citerior mediterránea. *Bolletino di archeologia on line, Volume speciale A / A8 / 7*, 96-111.
- Beltrán, A. (1982). Notas sobre los tipos monetarios de las monedas «Ibéricas». *Numismatica e Antichità Classiche*, 11, 161-176.
- Beltrán, F. (1998). De nuevo sobre el origen y la función del «denario ibérico» *La moneda en la societat ibèrica, II Curs d'Història monetària d'Hispania*, 101-117. Barcelona.
- Beltrán, F. (2004). Imagen y escritura en la moneda hispana. En F. Chávez y F. J. García (ed.), *Actas del III Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. Moneta Qua Scripta. La moneda como soporte de escritura* (Vol. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXIII, 125-139. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Beltrán, M. (1995). *AZAILA. Nuevas aportaciones deducidas de la documentación inédita de Juan Cabré Aguiló*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Bendala, M. (2010). La retaguardia hispana de Aníbal. *Mainake*, 32, 437-460.
- Blázquez, J. M. (1975). *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Madrid.
- Bonamusa, J. (1979a). Numismática de Cabrera de Mar, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Mataró i el Maresme* 8-9. Mataró, 281-282.
- Bonamusa, J. (1979b): Troballes numismatiques a Cabrera de Mar. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Mataró i el Maresme* 7. Mataró.
- Botet, J. (1908). *Les Monedes Catalanes* (Vol. 1). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.
- Boudard, P. A. (1859). *Essai sur la numismatique iberienne précédé de recherches sur l'alphabet et la langue des ibères*. Paris.
- Buttrey, T. V. (1993). Calculating Ancient Coin Production: Facts and Fantasies. *The Numismatic Chronicle*, 153, 335-351.

- Buttrey, T. V. (1994). Calculating Ancient Coin Production II: Why it cannot be done. *The Numismatic Chronicle*, 154, 341-352.
- Cacciotti, B. y Mora, G. (1995). La moneda ibérica en las colecciones y tratados de Numismática españoles de los siglos XVI a XIX. En M. P. García-Bellido y R. M. S. Centeno (ed.), *Actas del I Encuentro peninsular de Numismática antigua. La moneda hispánica, ciudad y territorio* (Vol. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIV, 351-359). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Cadiou, F. (2008). *Hibera in Terra Miles. Les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la république (218-45 av. J. C.)*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Callataÿ, F. (1988). L'utilisation des statistiques en numismatique (metrologie, estimation du nombre de monnaies émises). *Les nouvelles de l'archéologie*, 33, 8-10.
- Callataÿ, F. (1989). L'enjeu de l'utilisation des statistiques dans les études de numismatique antique. *La vie numismatique*, 39-5, 161-163.
- Callataÿ, F. (2011). Quantifying Monetary production in Greco-Roman times: a general frame. En F. Callataÿ (ed.), *Quantifying Monetary Supplies in Greco-Roman times*, 7-30.
- Campo, M. (1984). Tesorillo de denarios romano-republicanos hallado en Cataluña. *Saguntum* 18, 229-248.
- Campo, M. (1998). Les primeres monedes dels ibers: El cas de les imitacions d'Emporion. *La moneda en la societat ibèrica, II Curs d'Història monetària d'Hispania*, 27-47. Barcelona.
- Campo, M. (1999). Els exèrcits i la monetització d'Hispania (218-45 aC). *Moneda i exèrcits, III Curs d'Història monetària d'Hispania*, 59-81. Barcelona.
- Campo, M. (2002). La producció d'Untikesken i Kese: Funció i circulació a la ciutat i al territori. *Funció i producció de les seques indígenes, VI Curs d'Història monetària d'Hispania*, 77-104. Barcelona.
- Campo, M. (2005). Emissió i circulació monetàries al nord-est de la Hispania Citerior al final de la república. *La moneda al final de la república: Entre la tradició i la innovació, IX Curs d'Història monetària d'Hispania*, 73-93. Barcelona.
- Campo, M. (2007). La interpretació de les emissions del N.E. de la Hispania Citerior (segles XVI-XXI). *La interpretació de la moneda: passat i present, XI Curs d'Història monetària d'Hispania*, 103-118. Barcelona.
- Campo, M. (2011). Mercado, dinero y moneda en el nordeste de Iberia (ss. V-III a.C.). In M.P. García-Bellido, L. Callegarin y A. Jiménez (Ed.), *Actas del IV Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. Barter, Money and Coinage*

- in the Ancient Mediterranean (10th - 1st centuries BC)*. (Vol. Anejos de Archivo Español de Arqueología, LVIII, 189-202). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Carter, G. F. (1983). A Simplified Method for Calculating the Original Number of Dies from Die-Link Statistics. *American Numismatic Society. Museum Notes*, 28, 195-206.
- Casado, F. (1980): Une monnaie ibérique d'Ilduro «à l'oreille» aux environs de Glanum (Saint-Rémy-de-Provence, B.-du-Rh.). *Cahiers Numismatiques*, 63, 15-17.
- Cela, X., Zamora, D. y Revilla, V. (2002). El jaciment ibèric de l'Hostal (Cabrera de Mar, El Maresme). *Laietania*, 13, 49-67.
- Cerdà, M. (1858). *Catálogo general de las antiguas monedas autónomas de España con noticia de sus leyendas, tipos, símbolos y pueblos a que corresponden*. Madrid.
- Cerdá J. A., García Roselló, J., Martí, C., Pera, J., Pujol, J. y Revilla, V. (1994). *Iluro, oppidum civium romanorum: estado de la cuestión. Actes XIV Congrès Internacional d'Arqueologia Clàssica, La ciutat en el món romà*. Tarragona, 1993. Vol. 2. Tarragona, 97-99.
- Chávez, F. (2012). «Arqueología de la conquista como elemento identitario: moneda y epigrafía monetaria». En J. Santos Yanguas y G. Cruz Andreotti (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: El caso hispano, VII Revisiones de Historia Antigua*, Anejos de Veleia, Vitoria-Gasteiz, 2012, 173-206.
- CODEX SCCL, (1995). Can Balençó, autopistes i Arqueologia. *Memòria de les excavacions en la prolongació de l'autopista A-19*. Barcelona, 57-88.
- Coll, R., Cazorla, F. y Bayés, F. (1994). El santuari ibèric de la Cova de les Encantades del Montcabrer (Cabrera de Mar, El Maresme). Estudi preliminar. *Laietania*, 9, 33-86.
- Correa, J. A. (1994). La lengua ibérica. *Revista Española de Lingüística*, 24-2, 263-287.
- Crawford, M. H. (1969). *Roman Republican Coin Hoards*. London: Royal Numismatic Society.
- Crawford, M. H. (1974). *Roman Republican Coinage*. London: Cambridge University Press.
- Crawford, M. H. (1985). *Coinage and Money under the Roman Republic*. Berkeley: University of California Press.

- Crawford, M. H. (2003) «Land and People in Republican Italy». Braund, D. y Gill, C. (ed.). *Myth, History And Culture In Republican Rome: Studies in Honour of T.P. Wiseman*. Exeter, 56-72.
- De Hoz, J. (1993). *La lengua y escritura ibéricas y las lenguas de los íberos*. Actas del V coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la península ibérica, Salamanca.
- De Hoz, J. (2002). El complejo sufijal -(e)sken de la lengua ibérica. *Palaeohispanica*, 2, 159-168.
- Delgado, A. (1857). *Catalogue des monnaies et des médailles antiques du moyen age et des temps modernes, en or, en argent et en bronze, composant le cabinet numismatique de feu Mr. Gustave Daniel de Lorichs, Chambellan et Ancien Chargé d'Affaires de S. M. le Roi de Suède et de Norwége en Espagne*. Madrid.
- Delgado, A. (1871-1876). *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España* (tomos I-III). Sevilla.
- De la Serna, R. (1888). Noticia de una necrópolis anterromana en Cabrera de Mataró (Barcelona). *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo XI.
- Díaz, B. (2008). *Epigrafía latina republicana de Hispania*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona.
- Dietler, M. (2009). Colonial Encounters in Iberia and the Western Mediterranean: An Exploratory Framework. En M. Dietler y C. López-Ruiz (ed.), *Colonial encounters in ancient Iberia: Phoenician, Greek, and indigenous relations*, 3-48. Chicago, London: The University of Chicago Press.
- Domínguez, A. (1991). *Medallas de la Antigüedad. Las acuñaciones ibéricas y romanas de Osca*. Huesca.
- Durán, M., Mestres, I. y Principal, J. (2008). *Les colleccions de l'exposició permanent del Camp de les Lloses (Tona)*. Tona (Barcelona).
- Ebel, C. (1976). *Transalpine Gaul. The emergence of a Roman province*. Leiden: E. J. Brill.
- Erdkamp, P. (1998). *Hunger and the sword: warfare and food supply in Roman Republican wars (264-30 B. C.)*. Amsterdam.
- Escolano, G. (1610). *Décadas de la historia de la insigne y coronada Ciudad y Reino de Valencia*. Valencia.
- Estrada, J. y Villaronga L. (1967). La «Lauro» monetar y el hallazgo de Cànoves (Barcelona). *Ampurias XXVIII*, 135-194.
- Esty, W. W. (1986). Estimation of the Size of a Coinage: a Survey and Comparison of Methods. *The Numismatic Chronicle*, 142, 185-215.

- Esty, W. W. (2006). How to estimate the original number of dies and the coverage of a sample. *The Numismatic Chronicle*, 166, 359-364.
- Fado, R. y Soler, A. (1978): Troballes romanes al carrer de Fortuny (Mataró), *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Mataró i el Maresme*, 4. Mataró, 91-92.
- Fernández, J. H. (1976). La circulación monetaria ibérica en Ebusus. *Numisma*, 138-143, 49-57.
- Ferrer, J. (2005). Novetats sobre el sistema dual de diferenciació gràfica de les oclusives sordes i sonores. *Palaeohispànica*, 5, 957-982.
- Ferrer, J. (2012). La lengua de las leyendas monetales ibéricas. En A. G. Sinner (ed.), *La moneda de los íberos. Ilturo y los talleres layetanos*, 28-43. Solsona.
- Ferrer, J., Garcés, I., González, J. R., Principal, J. y Rodríguez, J. I. (2009). Els materials arqueològics i epigràfics de Monteró (Camarasa, la Noguera, Lleida). Troballes anteriors a les excavacions de l'any 2002. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 27, 109-154.
- Feugère, M. Py, M. (2011). *Dictionnaire des monnaies découvertes en Gaule méditerranéenne (530-27 av. notre ère)*. Paris.
- Foerster, F. (1975). Descripción general de los trabajos realizados en el yacimiento submarino Ante Isla Pedrosa. *Inmersión y Ciencia*, 8-9, 113-128.
- Francés, J., Sala, O., Guàrdia, M., Hernández, J. y Asensio, D. (2005). Aproximació a l'evolució urbanística del poblament laietà del Turó de Ca n'Oliver (ss. VI-I a. C). *Món Ibèric als Països Catalans*. XIII Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Puigcerdà. Vol. 1, 479-512.
- Freixa, A., Juan, J., Moreno, V., Ocaña, M. V. y Sala, F. (1991). Noves aproximacions a l'estudi del turó de Montgat (el Maresme). *Laietania*, 6. Mataró, 35-56.
- Gaillard, J. (1852). *Description des monnaies espagnoles et des monnaies étrangères qui ont eu cours en Espagne depuis les temps les plus reculés jusqu'à nos jours: composant le cabinet monétaire de Don José García de la Torre, ancien ministre de la justice*. Madrid.
- García, E. (1999). La financiación de los ejércitos en época romano-republicana. *Moneda i exèrcits, III Curs d'Història monetària d'Hispania*, 39-58. Barcelona.
- García, J. (1991). La necrópolis layetana del «Turó dels Dos Pins» (Cabrera de Mar). En J. Blánquez y V. A. Del Val (coords.), *Congreso de Arqueología ibérica: Las Necrópolis*, 109-144. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Varia 1.

- García, J. (no publicado [2013]). *Gènesi, fundació i període republicà de la ciutat romana d'Iluro (Hispania Tarraconensis)*. Tesis doctoral: Universitat de Barcelona.
- García, J., Martín, A. y Cela, X. (2000). Nuevas aportaciones sobre la romanización en el territorio de *Iluro (Hispania Tarraconensis)*. *Empúries*, 52, 29-54.
- García, J. y Zamora, D. (1993). La vall de Cabrera de Mar. Un model d'ocupació del territori a la Laietània ibèrica. *Laietania*, 8, 146-179.
- García, J. y Zamora, D. (2005). Les necròpolis ibèriques a Catalunya. En O. Mercadal (coord.) (ed.), *XIII Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà: homenatge a Josep Barberà i Farràs. Puigcerdà, 14 i 15 de novembre de 2003*, 955-970. Puigcerdà.
- García-Bellido, M. P. (1992). La moneda, libro en imàgenes de la ciudad. En R. Olmos (Ed.), *La sociedad ibérica a través de la imagen*, 232-249. Madrid.
- García-Bellido, M. P. y Blàzquez, C. (2001). *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*. Vol. 2. Madrid.
- García-Bellido, M. P. (2002-2003). Los gestos de poder divino en la imaginería ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29, 227-240.
- Gil Farrés, O. (1966). *La moneda hispánica en la Edad Antigua*. Madrid.
- Guitart, J. (2006). Iluro, Baetulo, Iesso and the establishment of the Roman town model in Catalunya. En L. Abad, S. Key, S. Ramallo (ed.), *Early Roman Town in Hispania Tarraconensis*, 51-62. Portsmouth: Journal of Roman Archaeology Supplementary Series, 62.
- Gimeno, F. (1950). *Aportación al estudio de las monedas de Laie*. Vol. Serie A, número 4. Barcelona: Gabinete numismático de Cataluña.
- Gomis, M. (2001) *Las acuñaciones de la ciudad celtibérica de SEGEDA/sekaiza*. Teruel-Mara-Zaragoza.
- Gozálbes, M. (2009a). *La ceca de Turiazu. Monedas celtibéricas en la Hispania republicana*. Valencia: Servicio de Investigación Prehistórica del Museo de Prehistoria de Valencia. Serie de Trabajos Varios, número 110.
- Gozálbes, M. (2009b). Circulación y uso de los denarios ibéricos *Us i circulació de la moneda a la Hispània Citerior, XIII Curs d'Història monetària d'Hispania*, 83-103. Barcelona.
- Gozálbes, M. (2012). Divinitats i herois a les emissions iberes i celtiberes de la Citerior *Déus i mites de l'antiguitat. L'evidència de la moneda d'Hispania*, 46-51. Barcelona.

- Gozálbes, M. (2012b). Peso y valor de las monedas de bronce en la Hispania republicana. El complejo panorama de una época convulsa. *La moneda en temps de crisi. XVI Curs d'Història monetària d'Hispania*, 47-67. Barcelona.
- Gozálbes, M. (2010). Divinitats i imatges sagrades. *Els ibers, cultura i moneda*, 64-69. Barcelona.
- Gozálbes, M. y Ripollès, P. P. (2002). La fabricación de moneda en la Antigüedad *Actas del IX Congreso Nacional de Numismática*, 11-34. Zaragoza.
- Guadan, A. (1969). *Numismática ibérica e íbero-romana*. Madrid: Instituto Español de Arqueología.
- Guàrdia, M. (2014). Repensant *Lauro*: el projecte de recerca al poblat ibèric del Puig del Castell de Samalús (Cànoves i Samalús). *Revista del Centre d'Estudis de Granollers*, 18, 75-91.
- Gurt, E. y Padrós, P. (1993). El tesoro de monedas de la casa romana del carrer Lladó. *Carrer dels Arbres*, 4, 29-37.
- Heiss, A. (1866). Breves apuntes sobre la época de las monedas celtíberas y el idioma en que están escritas. *Memorial numismático español*, 1, 64-73.
- Heiss, A. (1870). *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne*. Paris.
- Hill, G. F. (1931). *Notes on the Ancient Coinage of Hispania Citerior*. New York: The American Numismatic Society.
- Hingley, R. (2005). *Globalizing Roman Culture: Unity, Diversity and Empire*. London: Routledge.
- Hübner, E. (1888). *La Arqueología de España*. Barcelona.
- Hübner, E. (1893). *Monumenta Linguae Ibericae*. Berlin.
- Jàrrega, R. (2000). El poblament rural i l'origen de les *villae* al nord-est d'Hispania durant l'època romana republicana (segles II-I a. C.). *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 21, 271-302.
- Jenkins, G. K. (1984). *Sylloge Nummorum Graecorum. The Royal Collection of Coins and Medals, Danish National Museum*. 43, Spain-Gaul, Copenhagen.
- Knapp, R. C. (1977). The date and purpose of the Iberian denarii, *The Numismatic Chronicle*, 137, 1-18.
- Knapp, R. C. (1987). Spain. En A. M. Burnett y M. H. Crawford (ed.), *The Coinage of the Roman World in the Late Republic*, 19-42. British Archaeological Reports, International Series 326.
- Labeaga, J. C. (1984): Hallazgos monetarios en Sangüesa, *Donostia-San Sebastián: Eusko Ikaskuntza* 2, 221-244.
- Lafon, X. (2001). Villa marítima. *BEFAR*. Roma, 307.
- Lastanosa, V. J. (1645). *Museo de las medallas desconocidas españolas*. Huesca.

- Llorens, M. M. (1998). La imatge monetària dels pobles ibers de la Citerior. *La moneda en la societat ibèrica. II Curs d'Història monetària d'Hispania*, 49-65. Barcelona.
- Llorens, M. M. y Ripollès, P. P. (1998). *Les encunyacions ibèriques de Lauro*. Granollers: Ajuntament de Granollers.
- López, A. y Martín, A. (2008). Tipologia i datació de les àmfores tarraconenses produïdes a Catalunya. En J. A. A. Mullor (ed.), *La producció i el comerç de les àmfores de la «Provincia Hispania Tarraconensis»: homenatge a Ricard Pascual i Guasch: actes de les jornades d'estudi celebrades al Palau Marc de la Generalitat de Catalunya els dies 17 i 18 de novembre de 2005* (Vol. Monografies 8, 689-724). Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- López, A. y Martín, A. (2010). Un nuevo centro productor de ánforas tarraconenses, paredes finas y otras cerámicas en Can Rodon de l'Hort (Cabrera de Mar, Barcelona). *REI CRETARIAE ROMANAE FAVORVM* (Vol. 41, 1-14).
- López, A. y Martín, A. (2011). Les produccions de ceràmica romana de parets fines al nucli itàlic d'Ilturo (Cabrera de Mar). En J. Modolell (ed.), *Estudis d'arqueologia i d'història de Cabrera de Mar*, 1-27. Cabrera de Mar.
- López, F. (2010). Moneda ibèrica y gens Mariana (107-90 a. C.). *GLADIUS*, XXX, 171-190.
- Lorichs, G. D. (1852). *Recherches numismatiques concernant principalement les médailles celtibériennes*. Paris.
- Lostal, J. (1992). *Los miliarios de la provincia Tarraconense (conventus Tarraconense, Cesaraugustano, Cluniense y Cartaginense)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Maluquer, J. (1967). La colección arqueológica Víctor Català. *Pyrenae*, 3. Barcelona, 123-149.
- Marco, F. (1998). Entre el estereotipo y la realidad histórica: la emergencia de los pueblos pirenaicos antiguos. En F. J. Rodríguez y F. J. Navarro (ed.), *Los pueblos prerromanos del norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico*, 51-87. Pamplona.
- Marín, C. y Ribera, A. (1999). *Las termas romanas de l'Almoïna (Valencia)*. Valencia.
- Marín, C. y Ribera, A. (2000). Las cerámicas de barniz negro de Valentia. *La ceràmica de vernís negre dels ss. II i I a. C.: centres productors mediterranis i comercialització a la península ibèrica*, 91-106. Mataró.
- Martí, C. (1984). La circulació monetària del poblament ibèric de Burriac i el seu hinterland a la llum de les últimes troballes de la campanya d'excavacions de 1983. *Laietania*, 2-3, 152-184.

- Martí, C. (2004). Las monedas del yacimiento romano republicano de ca l'Arnau-can Mateu (Cabrera de Mar, Barcelona). En F. Chávez y F. J. García (eds.), *Actas del III Encuentro peninsular de Numismática antigua. Moneta Qua Scripta. La moneda como soporte de escritura* (Vol. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXIII, 355-365). Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Martí, C. (2006-2007). Les monedes trobades en el poblat ibèric de Burriac, Cabrera de Mar, L'oppidum de Burriac. Centre del poder polític de la Laietània ibèrica. *Laietania*, 17. Mataró, 369-417.
- Martí, C. (2008). La seca «ibèrica» d'Ilturo: historiografia i dades recents. Altres qüestions sobre numismàtica ibèrica del nord-est peninsular. *Laietania*, 18, 37-76.
- Martí, C. (2009). Las monedas de las excavaciones en «Can Benet» (Cabrera de Mar, Barcelona). En A. Arévalo (ed.), *Actas del XIII Congreso Nacional de Numismática. Moneda y Arqueología*, 369-385. Madrid-Cádiz.
- Martín, A. y García, J. (2002). La romanización en el territorio de los layetanos y la fundación de la ciudad romana de *Iluro (Hispania Tarraconensis)*. En J. M. Jiménez y A. Rivera (ed.), *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, 195-204. Valencia.
- Martín, A. y García, J. (2007). La vall de Cabrera de Mar. Focus inicials de la producció vitivinícola de la Laietània *Pottery workshops and agricultural productions. Studies on the rural world in the Roman period*, 2 (69-82). Girona.
- Martín Valls, R. (1967). *La circulación monetaria ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Matamoros, D. (1991). Els ancoratges antics de Vilassar de Mar/Cabrera de Mar i de Mataró (El Maresme). *Laietania*, 6, 85-98.
- Mateu, F. (1944). Hallazgos monetarios III. *Ampurias*, 6, 215-237.
- Mateu, F. (1951). Hallazgos monetarios VI. *Ampurias*, 13, 203-255.
- Mateu, F. (1952). Hallazgos monetarios VII. *Numario Hispánico* I, 1-2, Madrid, 255-264.
- Mateu, F. (1953). Hallazgos monetarios VIII. *Numario Hispánico* II, 3. Madrid, 92-105.
- Mateu, F. (1958). Hallazgos monetarios XV. *Numario Hispánico* VII, 13. Madrid, 67-78.
- Mateu, F. (1959). Hallazgos monetarios XVI. *Numario Hispánico* VIII. Madrid, 15-16.
- Mateu, F. (1971). Hallazgos monetarios XXI. *Numisma*, 108-113, 177-208.

- Mattingly, D. J. (2002). Vulgar and weak «Romanization», or time for a paradigm shift? *Journal of Roman Archaeology*, 15, 535-540.
- Miret, M., Sanmartí, J. y Santacana, J. (1991): «From indigenous structures to the roman world: models for the occupation of central coastal Catalonia». En G. Barker-J. Lloyd (eds.), *Roman Landscapes. Archaeological survey in the Mediterranean region*. London, 47-53.
- Mayer, M. y Rodà, I. (1986). La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria. *Actas de la reunión sobre epigrafía hispánica de época republicana (Zaragoza, 1983)*, 157-170. Zaragoza.
- Meadows, K. (1994). You are what you eat: diet, identity and Romanisation. En D. S. Cottam, S. Scott y J. Taylor (eds.), *TRAC 94: Proceedings of the Fourth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*, 133-140. Durham: Oxbow Books.
- Melmoux, P. Y. (2005). Recherches sur les monnaies de Vieille-Toulouse (Haute Garonne), Languedoc Numismatique, numéro spécial «monnaies de Vieille-Toulouse». *Bulletin de l'Amicale numismatique du Midi*, 52.
- Mínguez, J. A. y Díaz, B. (2011). Grafitos sobre cerámica –ibéricos, latinos, griegos y signos– procedentes del yacimiento romanorrepublicano de La Cabañeta (El Burgo de Ebro, Zaragoza). *Archivo español de Arqueología*, 84, 51-86.
- Miró, J., Pujol, J. y García, J. (1988). El dipòsit del sector occidental del poblament ibèric de Burriac (Cabrera de Mar. El Maresme). Una aportació al coneixement de l'època ibèrica tardana al Maresme (s. I a. C.). *Laietania*, 4, 1-140.
- Navascués, J. M. 1962. Ni Bárquidas ni Escipión. *Homenaje a C. de Mergelina*. Valladolid, 665-683.
- Navascués, J. M. (1969). *Las monedas hispánicas del Museo Arqueológico Nacional*, 2 vols. Barcelona.
- Ñaco, T. (2001). *Milites in oppidis hibernabant*. El *hospitium militare* invernal en ciudades peregrinas y los abusos de la hospitalidad *sub tectis* durante la república. *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 27/2, 63-90.
- Ñaco, T. (2003). *Vectigal Incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente romano: su impacto histórico en el territorio (218-133 a. C.)*. Oxford: British Archaeological Reports, International Series 1158.
- Ñaco, T. y Prieto, A. (1999). Moneda e historia monetaria en la Hispania republicana: ¿Economía, política, fiscalidad? *Studia historica: historia antigua*, 17, 193-241.
- Ñaco, T. y Principal, J. (2012). Outposts of Integration? Garrisoning, Logistics and Archaeology in North-Eastern Hispania, 133-82 B. C. En S. T. Roselaar (ed.),

- Processes of Integration and Identity Formation in the Roman Republic*, 159-178. Leiden-Boston: Brill.
- Olesti, O. (1994). *Les actuacions pompeianes a Catalunya: reorganització del territori i fundació de noves ciutats*. Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica, Tarragona.
- Olesti, O. (1995). *El territori del Maresme en època republicana (ss. III-I a. C.)*. *Estudi d'arqueomorfologia i història*. Mataró.
- Olesti, O. (2000). Integració i transformació de les comunitats ibèriques del maresme durant los ss. II-I a. C.: un model de romanització per a la Catalunya litoral i prelitoral. *Empúries*, 52, 55-86.
- Olesti, O. (2006). El control de los territorios del nordeste peninsular (218-100 a. C.): un modelo a debate. En T. Ñaco e I. Arrayás (eds.), *War and Territory in the Roman World. Guerra y territorio en el mundo romano*, 119-148. Oxford: British Archaeological Reports, International Series 1560.
- Olesti, O. (2010). Urbanització, integració i gestió del territori al nord-est de la península Ibèrica en època republicana (segles II-I a. C.) *Time of changes. In the beginning of the Romanization*, 11-59. Girona: Studies on the Rural World in the Roman Period 5.
- Otero, P. (1998). Uso y función de las monedas ibéricas. *La moneda en la sociedad ibèrica, II Curs d'Història monetària d'Hispania*, 119-140. Barcelona
- Padró, J. y Sanmartí, E. (1992). Áreas geográficas de las etnias prerromanas en Cataluña. *Complutum*, 2-3, 185-194.
- Padrós, C. (2010). Els camins antics i les vies romanes a la comarca d'Osona (Barcelona). Estat de la qüestió. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 28, 233-245.
- Padrós, P. (2001). La circulació monetària a la ciutat de Baetulo (Badalona) durant el segle I a. C. *Moneda i vida urbana, V Curs d'Història monetària d'Hispania*, 65-88. Barcelona.
- Padrós, P. (2002). El protagonisme de la moneda ibèrica a les ciutats romanes tardorepublicanes: *Betulo* i la seca de *Baitolo* *Funció i producció de les seques indígenes. VI Curs d'Història monetària d'Hispania*, 105-123. Barcelona.
- Padrós, P. (2012). Las cecas layetanas. La ceca de Baitolo. En A. G. Sinner (ed.), *La moneda de los íberos. Ilturo y los talleres layetanos*, 44-54. Solsona.
- Palahí, L. (2010). La romanització al nord-est peninsular i els orígens de la villa *Time of changes. In the beginning of the Romanization*, 61-87. Girona: Studies on the Rural World in the Roman Period 5.

- Panosa, I. (1993). Nuevas inscripciones ibéricas de Cataluña. *Complutum*, 4, 175-222.
- Panosa, I. (2001). Novedades de epigrafía ibérica en Cataluña y algunos aspectos metodológicos. *Actes del VIII Coloquio Internacional sobre Lenguas y Cultura Prerromanas de la península ibérica (1999)*, 511-540. Salamanca.
- Pardini, G. (no publicado). *Rinvenimenti monetali a Pompei, Contesti e circolazione*. Tesis doctoral: Università degli Studi di Salerno, 2011-2012.
- Pascual, R. (1975). Las ánforas de Isla Pedrosa. *Inmersión y Ciencia*, 8-9, 87-92.
- Pedrals, A. (1892). *Catálogo de la colección de monedas y medallas de Manuel Vidal Cuadras y Ramón*. Barcelona.
- Pellicer, J. M. (1887). *Estudios histórico-arqueológicos sobre Iluro. Antigua ciudad de la España Tarraconense, región layetana*. Mataró.
- Pena, M. J. (2004). La tribu Velina en Mallorca y los nombres de Palma y Pollentia. *Faventia*, 26/2, 69-90.
- Pera, J. (2001). Aproximació a la circulació monetària de la ciutat romana de Iesso (Guissona, Lleida). *Moneda i vida urbana, V Curs d'Història monetària d'Hispania*, 53-63. Barcelona.
- Pera, J., Carreras, C., Rodrigo, E., Padrós, N., Romaní, N., Ros, J. y Guitart, J. (2014). El proceso previo a la fundación de las ciudades romanas en el NE de la *Hispania Citerior*: los ejemplos de Can Tacó y Puig Castellar. *Agri Centuriati*, 10, 527-544.
- Pérez, S. (1993). Observaciones sobre los sufijos ibéricos. *Fontes Linguae Vazconum*, 63, 221-229.
- Pérez, S. (2009). Sufijos nominales protohispanicos: los étnicos y gentilicios. *Arse*, 43, 33-50.
- Pérez, A. (1996). Las cecas catalanas y la organización territorial romano-republicana. *Archivo español de Arqueología*, 69, 37-56.
- Pérez, A. (2001). iltir'/iltur = *oppidum*. Los nombres de lugar y la ciudad en el mundo ibérico. *Faventia*, 23/1, 21-40.
- Pérez, M. y García, J. (2002). El jaciment arqueològic del mas Català: un assentament rural d'època ibèrica situat a la vall de Cabrera de Mar. *Laietania*, 13, 5-48.
- Pina, F. (1993). ¿Existió una política romana de urbanización en el nordeste de la Península Ibérica? *Habis*, 24, 77-94.
- Pina, F. (1997). Las comisiones senatoriales para la reorganización de Hispania (Appien, Iber., XCIX-C). *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 23-2, 83-104.
- Pina, F. (2012). «Generales y clientelas provinciales: ¿Qué clientelas?», en J. Santos Yanguas y G. Cruz Andreotti (eds.), *Romanización, fronteras y etnias*

- en la Roma antigua: El caso hispano, VII Revisiones de Historia Antigua. Anejos de Veleia, Vitoria-Gasteiz, 2012, 55-79.
- Prevosti, M. 1981. *Cronologia i poblament a l'àrea rural d'Iluro*. Premi Iluro 1980, Mataró.
- Prieto, A. (1998). Las transformaciones económicas de la *Hispania Citerior* durante la época republicana. En J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la república romana. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 20-24 de septiembre de 1993)*, 87-98. Madrid.
- Pujol i Camps, C. (1887). *El dinero de Iluro. Estudios histórico-arqueológicos sobre Iluro*. Mataró.
- Pujol, J. y García, J. (1982-1983). El grup de sitges de Can Miralles-Can Modolell (Cabrera de Mar, Maresme): Un jaciment d'època ibèrica situat en la rodalia del poblat de Burriac. *Laietania*, 2-3, 46-145.
- Pujol, J. y García, J. (1994). El poblament ibèric dispers al Maresme central: l'exemple de Can Bada (Mataró) i el procés de romanització des de l'inici de la colonització agrícola fina al neixament d'Iluro. *Laietania*, 9, 87-129.
- Rancoule, G. (1976): Une série d'objets antiques provenant de l'oppidum de Mayné à Belesta, Ariège. *Cypselia* I, 129-135.
- Revilla, V. (2010). Rural settlement in the central littoral area and the interior regions of Catalonia in the 1st and 2nd centuries BCE *Time of changes. In the beginning of the Romanization*, 139-159. Girona: Studies on the Rural World in the Roman Period 5.
- Revilla, V. y Zamora, D. (2006). Organització i dinàmica del poblament al territori d'Iluro (Mataró, Barcelona) entre els segles II a. C. i IV d. C. *Rhythms and Cycles of Countryside Romanization*, 41-66. Girona: Studies of the Rural World in the Roman Period 1.
- Ribas, M. (1934). *Origen i fets històrics de Mataró*. Mataró.
- Ribas, M. (1973). Algunos datos interesantes sobre monedas de Ilduro. *Pyrenae*, 9. Barcelona, 165-172.
- Ribas, J. (1924). 'El poblat ibèric d'Ildure'. Pensament Marià de la Costa de Llevant, any XVIII. *Quadrens de Prehistòria i Arqueologia de Mataró i el Maresme (1977)*, 3.
- Ribas, J. (1952). *El poblament d'Iluro. Estudi arqueològic i topogràfic des dels temps prehistòrics fins a la destrucció d'Iluro*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.
- Ribera, A. y Principal, J. (2013). El material más apreciado por los arqueólogos. La cerámica fina. La cerámica de barniz negro. En A. Ribera (coord.), *Manual de cerámica romana. Del mundo helenístico al Imperio romano*, 43-146. Alcalá

- de Henares. Museo Arqueológico Regional. Madrid: Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias, Sección de Arqueología.
- Richard, J. C. y Villaronga, L. (1975). Las monedas. *Inmersión y Ciencia*, 8-9, 73-78.
- Richard, J. C. (1977): Monedas de la Galia y romano-republicanas del Museo Arqueológico Provincial de Tarragona. *Acta Numismàtica*, 7, 71-88.
- Richard, J. C. (1980a): Les découvertes monétaires du site antique de Lattes. *Journal communal de Lattes*, 10, 17-18.
- Richard, J. C. (1980b): Les monnaies de Ruscino, dans Ruscino. Château-Rousillon. Perpignan (P. O.). *Etudes archéologique I (Suppl. 7 à la RAN)*. Paris, 107-150.
- Richardson, J. S. (1998). *Hispania y los romanos*. Barcelona: Crítica.
- Rico, Ch. (1997). *Pyrénées romaines. Essai sur un pays de frontière (IIIe siècle av. J. C. - IVe siècle ap. J. C.)*, Madrid.
- Ripollès, P. P. (1982). *La circulación monetaria en la Tarraconense Mediterránea*. Valencia: Servicio de Investigación Prehistórica, Serie de Trabajos Varios, número 77.
- Ripollès, P. P. (1986). *Le Monete Ispaniche nelle Collezioni Italiane, Parte II*. Roma: Bollettino de Numismatica, Monografia.
- Ripollès, P. P. (1988). *La ceca de Valentia*. Valencia: Estudis Numismatics Valencians, 9.
- Ripollès, P. P. (2003). *Sylloge Nummorum Graecorum. Sweden II. The Collection of the Royal Coin Cabinet. National Museum of Economy. Stockholm. Part 6. The G. D. Lorichs collection*. Estocolmo.
- Ripollès, P. P. (2005). *Monedas hispánicas de la Bibliothèque nationale de France*. Madrid.
- Ripollès, P. P. (2007). *Las acuñaciones de la ciudad ibérica de Saitabi*. Valencia.
- Ripollès, P. P. y Abascal, J. M. (1996). *Las monedas de la ciudad romana de Segóbriga (Saelices, Cuenca)*. Barcelona-Madrid.
- Ripollès, P. P. y Abascal, J. M. (1998). Varia Metallica (II): anàlisis de monedes antigues. *Acta Numismàtica*, 28, 33-52.
- Ripollès, P. P. y Llorens, M. M. (2002). *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*. Sagunto.
- Rodrigo, E., Carreras, C., Guitart, J. y Pera, J. (en prensa). La presencia romana en el NE de la *provincia Citerior* durante el siglo II a. C. Aproximación arqueológica a partir de los yacimientos de Can Tacó (Montmeló, Barcelona) y Puig Castellar (Biosca, Lleida). *Archivo español de Arqueología*.

- Rodríguez, J. (1997). Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica. *Archivo Español de Arqueología*, 70, 13-30.
- Rodríguez, J. (2002). Índice crítico de los formantes de compuesto de tipo onomástico en la lengua íbera. *Cypsela*, 14, 251-275.
- Rodríguez, J. (2005). Introducció a l'estudi de les inscripcions ibèriques. *Revista de la Fundació Privada Catalana per a l'Arqueologia Ibèrica*, 1, 13-146.
- Roldán, J. M. (2012). «La colonización republicana», en J. Santos Yanguas y G. Cruz Andreotti (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: El caso hispano, VII Revisiones de Historia Antigua*. Anejos de Veleia, Vitoria-Gasteiz, 2012, 13-27.
- Romagosa, J. (1971). Azaila: Dos tesoros, dos mensajes. *Acta Numismàtica*, 1, 71-78.
- Rouillard, P. (1981). La céramique grecque du Burriac (Cabrera de Mar, Barcelona) conservée au Museu de Mataró. *Laietania*, 1, 7-14.
- Ruestes, C. (presentada en 2002), *El poblament antic a la Laietània litoral (del Besòs a la riera de Caldes): l'aplicació d'un GIS (Sistema d'Informació Geogràfica) a l'estudi de la seva evolució i les seves relacions espacials*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Ruestes, C. (2008). Social organization and Human Space in North-Eastern Iberia During the Third Century B. C. *Oxford Journal of Archaeology*, 127(4), 359-386.
- Ruiz, A. C. (1998). Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales. *Saguntum*, núm. Extra 1, 285-300.
- Ruiz, M. (2000). Las monedas hispánicas del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.
- Sánchez, E. (1987). *El poblament pre-romà al Bages: el poblament pre-romà a les valls mitjanes del Llobregat i del Cardener*. Manresa: Caixa d'Estalvis, D. L.
- Sanmartí, J. (2004). From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia. *Pyrenae*, 35-1, 7-41.
- Sanmartí, J. (2009). Colonial Relations and Social Change in Iberia (seventh to third centuries B. C.). En M. Dietler y C. López-Ruiz (eds.), *Colonial Encounters in Ancient Iberia: Phoenician, Greek, and Indigenous Relations*, 49-88. Chicago: University of Chicago Press.
- Sanmartí, J. y Santacana, J. (1987): «Intercanvi, producció agrària i models comercials a la costa del Penedès», *El vi a l'antiguitat, I Col·loqui internacional d'arqueologia romana (Badalona, 1985)*. Badalona, 31-40.
- Sanmartí, J. y Santacana, J. (2005). *Els Ibers del nord*. Barcelona.

- Saulcy, F. (1840). *Essai de classification des monnaies autonomes de l'Espagne*. Metz.
- Savès, G. y Villaronga, L. (1976): Les monnaies de la péninsule ibérique trouvées en France dans la région de Midi-Pyrénées (IV). *Acta Numismática* 6, 107-130.
- Sellwood, D. (1963). Some experiments in Greek minting technique. *The Numismatic Chronicle*, 3, 217-231.
- Sestini, D. (1818). *Descrizione delle medaglie ispane appartenenti alla Lusitania, alla Betica, e alla Tarragonese che si conservano nel Museo Hedervariano*. Firenze.
- Silgo, L. (2007). El complejo sufijal (e)skén y las constituciones políticas de las ciudades de Iberia. *Arse*, 41, 15-20.
- Sillières, P. (1999). Le *camino de Aníbal*, principal axe des communications entre l'est et le sud d'Hispanie. En R. M. S. Centeno, M. P. García-Bellido y G. Mora (coords.), *Actas del II Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. Rutas, ciudades y moneda en Hispania* (Vol. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XX, 239-250). Porto: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Simon, I. (2010). *Ilturbilos*, un antropónimo ibérico en El Palomar de Oliete (Teruel). *Saguntum*, 42, 119-122.
- Sinner, A. G. (2012). La ceca de *Ilturo*. Estado de la cuestión. En A. G. Sinner (ed.), *La moneda de los íberos. Ilturo y los talleres layetanos*, pp. 72-83. Solsona.
- Sinner, A. G. (2013a). La difusión de las emisiones ibéricas layetanas. *Saguntum*, 45, 171-192.
- Sinner, A. G. (2013b). Una aproximación a las emisiones de la ceca de *Ilturo*. *Pyrenae*, 44-1, 91-116.
- Sinner, A. G. y Martí, C. (2011). Las monedas de las excavaciones (2006-2010) en «Can Rodon de L'Hort» (Cabrera de Mar, Barcelona). *Actas del XIV Congreso Nacional de Numismática (Nules-Valencia, 25-27 de octubre 2010)*, 599-614.
- Sinner, A. G. y Martí, C. (2012). La circulación monetaria en el valle de Cabrera de Mar (El Maresme, Barcelona). En A. G. Sinner (ed.), *La moneda de los íberos. Ilturo y los talleres layetanos*, 55-71. Solsona.
- Sinner, A. G. y Stannard, C. (en prensa). A central Italian coin with «Dionysus/Panther» types from Cabrera de Mar (El Maresme, Barcelona), and contacts between central Italy, *Hispania Citerior* and *Hispania Ulterior* in the 2nd and 1st centuries B. C. *Saguntum*, 46.

- Solana, J. M. (1998). Ensayo demográfico de los años 155/133 a. C. según datos de las fuentes escritas. En J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la crisis de la república romana. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 20-24 de septiembre de 1993)*, 9-32. Madrid.
- Soto, P. (no publicado [2010]). *Anàlisi de la xarxa de comunicacions i del transport a la Catalunya romana: Estudis de distribució i mobilitat*. Tesis doctoral: Universitat Autònoma de Barcelona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Sydenham, E. A. (1952). *The coinage of the Roman Republic*. Londres.
- Untermann, J. (1964). Zur gruppierung der hispanischen 'reitermünzen' mit legenden in iberischer schrift. *Madriider Mitteilungen*, 5, 91-155.
- Untermann, J. (1990). *Monumenta Linguarum Hispanicarum, Band III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*. Wiesbaden.
- Velaza, J. (1998). La epigrafía monetar paleohispánica: breve estado de la cuestión. *La moneda en la societat ibèrica, II Curs d'Història monetària d'Hispania*, 67-84. Barcelona.
- Velaza, J. (2011). El elemento -o en la formación de topónimos del área lingüística ibérica. En M. J. García, T. Amado, M. J. Martín, A. Pereiro y M. E. Vázquez (ed.), *Avtiδωρον: Homenaje a Juan José Moralejo*, 567-572. Universidad de Santiago de Compostela.
- Velázquez, L. J. (1752). *Ensayo sobre los alfabets de las letras desconocidas, que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España*. Madrid.
- Villaronga, L. (1958). La evolución epigráfica en las leyendas monetales ibéricas. *Numisma*, 30, 9-52.
- Villaronga, L. (1961). El hallazgo de Balsareny. *Numario Hispánico*, 19-20, 9-102.
- Villaronga, L. (1978). *Las monedas ibéricas de Ilerda*. Barcelona: Asociación Numismática Española.
- Villaronga, L. (1979). *Numismática antigua de Hispania*. Barcelona.
- Villaronga, L. (1983). *Les monedes ibèriques de Tarraco*. Tarragona.
- Villaronga, L. (1993). *Tresors monetaris de la península ibèrica anteriors a August: Repertori i anàlisi*. Barcelona: Asociación Numismática Española, Societat Catalana d'Estudis Numismàtics.
- Villaronga, L. (1994). *Corpus Nummvm Hispaniae Ante Augusti Aetatem*. Madrid.
- Villaronga, L. (1998). *Les dracmes ibèriques i llurs divisors*. Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Numismàtics, Institut d'Estudis Catalans.
- Villaronga, L., Benages, J. (2011). *Ancient Coinage of the Iberian Peninsula*. Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Numismatics.
- Vives, A. (1926). *La moneda hispánica*. Madrid.

- Volk, T. R. (1996). Retroconversion and the numerical analysis of Roman Republican coin-hoards. Part II. *Rivista italiana di numismatica e scienze affini*, 83-131.
- Webster, J. (2001). Creolizing the Roman Provinces. *American Journal of Archaeology*, 105, 209-225.
- Wissowa, G. (1916-1919). Interpretatio Romana. Römische Götter im Barbarenlande. *Archive for History of Religion*, 1-49.
- Woolf, G. (1998). *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zamora, D. (1996). *Les ceràmiques de vernís negre del poblal ibèric del Turó d'en Boscà. Aproximació a la interpretació històrico-arqueològica del poblal*. Barcelona.
- Zamora, D. (2006-2007). L'*oppidum* de Burriac. Centre del poder polític de la Laietània ibèrica. *Laietania*, 17, 1-417.
- Zamora, D., Pujol, J., García, J. Y Cela, X. (2001). *El poblament ibèric a la costa laietana. Burriac i el seu territori*. Actes de la taula rodona Territori polític i territori rural durant l'edat del ferro a la Mediterrània occidental (Girona 25 a 27 de maig de 2000). Monografies d'Ullastret, 2, Girona.
- Zóbel, J. (1880). *Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el Imperio romano*. Madrid.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Imagen de las tablas de la base de datos realizada en Microsoft Access.	20
Figura 2. Imagen de la ficha numismática realizada en Microsoft Access.....	21
Figura 3. Imagen de la biblioteca digital utilizada en la elaboración de este trabajo.	21
Figura 4. Primera secuencia de imágenes de los pasos necesarios para obtener el molde de una moneda (pasos 1-5).	23
Figura 5. Segunda secuencia de imágenes de los pasos necesarios para obtener el molde de una moneda (pasos 6-10).....	24
Figura 6. Comparación entre la fotografía original de la moneda y del molde. En líneas generales, se aprecia mucho mejor el cuño de la pieza en el molde debido a que el material absorbe la luz, evita reflejos y resalta las sombras.....	25
Figura 7. Imagen de una de las unidades estratigráficas inventariadas.	26
Figura 8. Representación de una cadena de cuños perteneciente al estudio de la ceca de tuñasu	28
Figura 9. Comparación de dos reversos de la ceca de ilduro mediante la utilización de software especializado para el diseño gráfico.	29
Figura 10. Cálculo del número de cuños utilizando las fórmulas de Carter, Esty y Good.....	30
Figura 11. Moneda del grupo IV.1 de ilduro una vez se ha eliminado la pátina para poder realizar el posterior análisis.....	31
Figura 12. Representación esquemática del proceso de emisión de fluorescencia X.	32
Figura 13. Equipo con el que se realizaron los análisis.	32
Figura 14. Fotografía del proceso de preparación de las monedas (fotografía del autor).	33
Figura 15. Imagen de la zona sometida a análisis observada con el microscopio electrónico. Las zonas oscuras muestran alteraciones y son indicativas de que se debe seguir puliendo su superficie.	34
Figura 16. Mapa topográfico del valle de Cabrera de Mar (imagen extraída de Google Maps).....	39

Figura 17. Localización del municipio de Cabrera de Mar (azul) dentro de la comarca de El Maresme (Barcelona).	40
Figura 18. Mapa hidrológico de la comarca de El Maresme (García inédito: 16). ...	42
Figura 19. Mapa con el relieve de la comarca de El Maresme y la llanura de El Vallès (imagen extraída de Google Earth).	43
Figura 20. Mapa del territorio layetano y sus pueblos vecinos según Claudio Ptolomeo.	45
Figura 21. Recorrido del <i>Camí dels Contrabandistes</i> y del <i>Camí de la Carena</i> a su paso por Badalona (Ruestes 2008: 362, fig. 2).....	48
Figura 22. Recorrido de la Vía de Parpers. Soto (no publicado): 203, fig. 141.....	49
Figura 23. Primer tramo del recorrido de la Vía de Manio Sergio. Soto (no publicado): 205, fig. 142.	53
Figura 24. Segundo tramo del recorrido de la Vía de Manio Sergio. Soto (no publicado): 206, fig. 143.	53
Figura 25. Mapa visibilidad <i>oppida</i> layetanos con un radio de 8 km (Sanmartí y Santacana 2005: 78).	57
Figura 26. Mapa con la visibilidad de los <i>oppida</i> layetanos en la zona de la actual Badalona (Ruestes 2008: 371, fig. 7).....	58
Figura 27. Mapa con los principales <i>oppida</i> layetanos (García inédito: 78, fig. 7). 59	
Figura 28. Imagen de la montaña de Burriac tomada desde El Montcabrer (fotografía del autor).	62
Figura 29. Imagen de una de las torres del poblado ibérico de Burriac.	64
Figura 30. Imágenes de las tumbas de la necrópolis del Turó dels Dos Pins (fotografías de A. Martín y F. Bayés).	66
Figura 31. Planta de la puerta meridional de Burriac. Zamora 2006-2007: fig. 1...68	
Figura 32. Imágenes de la puerta meridional de Burriac (fotografías de A. Martín).	69
Figura 33. Planta del llamado «edificio público» de Burriac (Barberà y Pascual 1979-1980).....	70
Figura 34. Planta del llamado «almacén de <i>dolia</i> », de Burriac (Barberà y Pascual 1979-1980).	71
Figura 35. Planta del <i>oppidum</i> ibérico de Burriac. García (no publicado): 81, fig. 9.	74
Figura 36. Evolución del poblamiento en el valle de Cabrera de Mar. 1. Poblamiento desde mediados del siglo VI a. C. al siglo IV a. C. 2. Poblamiento desde el siglo IV a. C. hasta finales del siglo III a. C. 3. Abandonos de finales del siglo III a. C. e inicios del siglo II a. C. Poblamiento a mediados del siglo II a. C. hasta mediados del siglo I a. C. García (no publicado): fig. 10.	75

Figura 37. Planta del grupo de silos de Can Bartomeu (García y Zamora 1993: fig. 14).	77
Figura 38. Imagen del exterior y el interior de la Cova de les Enacantades (Cabrera de Mar) (fotografías del autor).	77
Figura 39. Planta del yacimiento del Turó dels Dos Pins. García y Zamora 1993: fig. 21.	78
Figura 40. Planta del asentamiento de Can Bartomeu. García y Zamora 1993: fig. 10.	79
Figura 41. Principales parcelas (en naranja) del asentamiento tardo-republicano de Cabrera de Mar. Sector O: 1. Can Benet; 2. Ca l'Arnau-Can Mateu; 3. La Guardiola; sector E: 4. calle Sant Vicenç; 5. Can Masriera; 6. Can Rodon de l'Hort.....	82
Figura 42. Planta general del yacimiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar según A. Martín y el autor.	83
Figura 43. Imagen de las termas de Ca l'Arnau (Cabrera de Mar, Barcelona) (fotografía de A. Martín).	85
Figura 44. Imagen de las termas de l'Almoina (fotografía cedida por el SIAM).	86
Figura 45. Imagen de los <i>tubuli</i> encontrados en el <i>alveus</i> de las termas de Ca l'Arnau durante el proceso de excavación (fotografía de A. Martín).	87
Figura 46. Tipologías de los distintos <i>tubuli</i> ahusados utilizados en la construcción de las cubiertas de las termas de Ca l'Arnau (ilustración de A. Martín).	87
Figura 47. Planta del sector conocido como Ca l'Arnau (planta según A. Martín y el autor).	88
Figura 48. Detalle de las termas de Ca l'Arnau (planta según A. Martín y el autor).	89
Figura 49. Planta de las termas de l'Almoina (imagen cedida por el ayuntamiento de Valencia y el SIAM).	89
Figura 50. Imagen del sector de Can Mateu (fotografía de A. Martín).	90
Figura 51. Planta de las estructuras de Can Mateu (planta según D. Olivares).	91
Figura 52. Detalle de uno de los mosaicos de la <i>domus</i> de Can Benet (fotografía de F. Bayés).....	92
Figura 53. Detalle del único mosaico de la <i>domus</i> de Can Benet elaborado con escoria férrica (fotografía de A. Martín).	93
Figura 54. Imagen general de la <i>domus</i> de Can Benet (fotografía del autor).	93
Figura 55. Ortofoto de la <i>domus</i> de Can Benet realizada con base en el estudio fotogramétrico llevado a cabo en 2013 por J. Biosca.	93
Figura 56. Planta del sector conocido como Can Benet. Las líneas rojas han sido restituidas a partir de la ortofoto (planta según el autor).	94

Figura 57. Imagen final de la excavación llevada a cabo en la parcela conocida como calle de Sant Vicenç (fotografía del autor).	95
Figura 58. Planta de las estructuras documentadas en la parcela conocida como calle de Sant Vicenç (planta según J. Aguelo y el autor).	96
Figura 59. Excavación llevada a cabo en la parcela de Can Masriera (arriba) y primer plano de la escalera de acceso al templo (abajo) (fotografía de A. Martín). 97	
Figura 60. Planta del sector de Can Masriera (según A. Martín).	97
Figura 61. Ortofoto de los restos arqueológicos documentados en la parcela de Can Rodon de l'Hort sobre la base del estudio fotogramétrico llevado a cabo en 2012 (ortofoto de J. Biosca).	98
Figura 62. Planta del sector conocido como Can Rodon de l'Hort. La flecha naranja señala la calle que estructura el sector. Las estructuras que no han sido etiquetadas pertenecen todas ellas a la fase tardo-republicana (planta según A. Martín y el autor).	99
Figura 63. Habitaciones dedicadas a actividades productivas en el cuadrante SO (fotografía del autor).	101
Figura 64. Planta de la parcela conocida como Mas Català (Pérez Sala y García 2002).	103
Figura 65. Propuesta de servicio ideal siglo III a. C. Belarte <i>et al.</i> 2010: 106, fig. 13. Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.	106
Figura 66. Propuesta de servicio ideal c. 200 a. C. Belarte <i>et al.</i> 2010: 106, fig. 13. Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.	107
Figura 67. Porcentaje de cerámica de barniz negro del tercer cuarto del siglo II a. C. recuperada en el valle de Cabrera de Mar.	108
Figura 68. Propuesta de servicio ideal c. 120-75 a. C. (Belarte <i>et al.</i> 2010: 106, fig. 13). Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.	110
Figura 69. Porcentajes de cerámica de barniz negro recuperada en el valle de Cabrera de Mar en contextos del primer cuarto del siglo I a. C.	111
Figura 70. Tipos más habituales de la campaniense A en el valle de Cabrera de Mar durante el segundo cuarto del siglo I a. C.	112
Figura 71. Cerámica campaniense B. Belarte <i>et al.</i> 2010: 106, fig. 13. Las formas más habituales en el valle de Cabrera de Mar se marcan en color naranja.	113
Figura 72. Porcentajes de ánforas importadas hacia el asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar.	117

Figura 73. Ánforas de origen púnico recuperadas (núm. de fragmentos) en los yacimientos ibéricos del valle de Cabrera de Mar.	117
Figura 74. Lámina con los grafitos sobre cerámicas importadas con dos o más signos procedentes de Burriac. La numeración coincide con la de la tabla 4 (dibujos de C. Velasco y A. Martín).	120
Figura 75. Lámina con grafitos sobre cerámicas importadas con dos o más signos procedentes del asentamiento tardo-republicano del valle de Cabrera de Mar. La numeración coincide con la de la tabla 4 (dibujos de C. Velasco y A. Martín).	121
Figura 76. Mapa con la localización de todas las cecas presentes en el valle de Cabrera de Mar. La numeración que identifica a cada ceca coincide con la de la tabla 5.	128
Figura 77. Mapa de círculos que muestra la procedencia y cantidad de moneda recuperada en el valle de Cabrera de Mar. La numeración que identifica a cada ceca coincide con la de la tabla 5.	129
Figura 78. Porcentajes de los nominales hallados en el valle de Cabrera de Mar (Sinner y Martí 2012: 63, tabla 5).	130
Figura 79. Procedencia de las monedas halladas en el valle de Cabrera de Mar (Sinner y Martí 2012: 61, tabla 2).	132
Figura 80. Mapa interpolado con la localización de las monedas recuperadas en el valle de Cabrera de Mar.	142
Figura 81. Imagen de la portada del libro de Antonio Agustín <i>Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades</i> . Tarragona, 1587.	148
Figura 82. Imagen de la obra de Lastanosa (1645: 223), en la que se graba por primera vez lo que parece ser una moneda de la ceca de ilduro	150
Figura 83. Imagen de la obra de Velázquez de Velasco (1752: tabla XIV, núm. 7) en la que se ilustra una moneda de la ceca de ilduro	151
Figura 84. Imagen de la obra de Bautista de Erro (1806: lám. 8, núm. IIII) en la que se ilustra una moneda de la ceca de ilduro (imagen a escala 1,5:1).	152
Figura 85. Imagen de la lámina XVIII de la obra de Lorichs (1852: lám. XVIII). .	157
Figura 86. Imagen de la lámina XIX de la obra de Lorichs (1852: lám. XIX).	157
Figura 87. Imagen de la lámina XXI de la obra de Boudard (1859), en la que se ilustran diversos ejemplares de la ceca de ilduro	159
Figura 88. Imagen de la lámina XXVII de la obra de Heiss (1870), en la que se ilustran diversos ejemplares de la ceca de ilduro	160
Figura 89. Imagen de la lámina CXLVIII de la obra de Delgado (1871-1876), en la que se ilustran diversos ejemplares de la ceca de ilduro	163
Figura 90. Fragmento del mapa de las monedas con leyendas ibéricas acuñadas en la Hispania Citerior realizado por Zóbel (1880: lám. VII).	165

Figura 91. Imagen de la lámina I de la obra de Pujol i Camps (1887), en la que el autor ilustra diversos ejemplares de la ceca de ilduro	169
Figura 92. Imagen de la lámina II de la obra de Pujol i Camps (1887), en la que el autor ilustra diversos ejemplares de la ceca de ilduro	170
Figura 93. Fragmento del mapa de Hübner (1893), en el que se aprecia la doble ubicación de ilduro	171
Figura 94. Imagen de la lámina XXIV de la obra de Vives y Escudero (1926).	177
Figura 95. Mapa con la circulación de la moneda de ilduro según Martín Valls (1967: lám. XIV).	178
Figura 96. Imagen de la lámina 34 de la obra de Guadán (1969: lám. 34).	178
Figura 97. Unidad de lauro . Último cuarto del siglo II a. C. (escala 2:1) (DMCB).	187
Figura 98. Mapa del poblamiento íbero-romano en El Vallès durante los siglos II-I a. C., en el que los autores sitúan aproximadamente a la ciudad de <i>Lauro</i> (Estrada y Villaronga 1967, mapa III).	188
Figura 99. Imágenes del poblado ibérico del Puig del Castell. Vista general (arriba) y detalles de la muralla y de una de las torres de levante (abajo) (fotografías de M. Guàrdia montadas por el autor).	189
Figura 100. Imágenes de la ciudad de <i>Baetulo</i> . Vista general de las termas públicas (fotografía de A. Guillen).	190
Figura 101. Unidad de baitolo . 90/80-72 a. C. (escala 1,5: 1) (CT).	191
Figura 102. Representación del proceso de acuñación de una moneda.	192
Figura 103. Recreación hipotética de un taller de acuñación (dibujo de MARQ). ..	193
Figura 104. Analíticas de la muestra núm. 1.	196
Figura 105. Analíticas de la muestra núm. 2.	197
Figura 106. Analíticas de la muestra núm. 3.	198
Figura 107. Imagen de una de las tuberías de plomo recuperadas en las excavaciones de Ca l'Arnau (fotografía de A. Martín).	198
Figura 108. Imagen del conjunto de estancias dedicadas al trabajo metalúrgico localizadas en Can Rodon de l'Hort (fotografía del autor).	200
Figura 109. Imagen detallada de una de las estancias y del horno excavado en Can Rodon de l'Hort (fotografía del autor).	201
Figura 110. Anversos de laiesken (izquierda) e ilduro (derecha) con estilos similares (escala 1,5:1) (AV; Ex HSA).	202
Figura 111. Imagen de los Vasos de Vicarello y su itinerario. En naranja, la parte del itinerario en la que se menciona <i>Ildum</i>	206
Figura 112. Variantes clásica (izquierda) e innovada (derecha) del signo ibérico I	210

Figura 113. Imagen de la obra de Velázquez de Velasco (1752: tabla XIV, núm. 7), en la que se ilustra una moneda de la ceca de ilduro con el signo adoptando la forma P (la figura no está a escala).....	211
Figura 114. Imagen de la lámina XXVII de la obra de Heiss (1870), en la que se ilustra una moneda de la ceca de ilduro con el signo ʃ en posición invertida (la figura no está a escala).	211
Figura 115. Imagen de la lámina I de la obra de Pujol i Camps (1877) mostrando una moneda de la ceca de ilduro con el signo ʃ en posición invertida (la figura no está a escala).	211
Figura 116. Reverso del grupo IV.1 de ilduro (cat. 7a), en el que el signo tu/du adopta la forma de nuestra letra A. 100-90 a. C. (escala 2:1).....	212
Figura 117. Variantes conocidas de la leyenda: a. ilduro con signo I clásico y signo tu/du sordo; b. ilduro con signo I clásico y signo tu/du sonoro; c. ilduro con signo I evolucionado y signo tu/du sonoro; d. ilduro con signo I evolucionado y signo tu/du sordo.	213
Figura 118. Anverso de estilo helenístico del taller de laiesken (CC) (escala 2:1).	218
Figura 119. Ases unciales reducidos de ilduro . a. Anverso de estilo ausetano. 150-125 a. C. (CM); b. Anverso de estilo helenístico (DMCB). 150-125 a. C. (escala 1,5:1).	219
Figura 120. Unidades de ilduro . a. Grupo III. 125-100 a. C. (MCM). b. Grupo IV. 100-90 a. C., (AV) (escala 2:1).	221
Figura 121. Unidad del período III de ilduro. 90/80-72 a. C. (CM) (escala 2:1)...	221
Figura 122. Detalle de los distintos diseños de casco utilizados por la ceca de ilduro a lo largo de sus emisiones. a. Grupo I.1; b. Grupo IV.1; c. Grupo III.1; d. Grupo V.1.	222
Figura 123. Moneda de bronce de Hierón II de Siracusa (MPV) (escala 2:1).	223
Figura 124. Semis uncial reducido del grupo II.1 de ilduro 150-125 a. C. (DMCB) (escala 2:1).	223
Figura 125. Semis uncial reducido de laiesken . Segunda mitad del siglo II a. C. (CC) (escala 2:1).....	224
Figura 126. Mitad del grupo III de ilduro . 125-100 a. C. (GNC/MNAC) (escala 2:1).	225
Figura 127. Sextante uncial reducido de estilo ausetano del grupo I de ilduro . 150-125 (GNC/MNAC) (escala 2:1).	225
Figura 128. Triente uncial reducido del grupo II de ilduro . 150-125 a. C. (GNC/MNAC) (escala 2:1).....	226
Figura 129. Tercio del grupo III de ilduro . 125-100 a. C. (AV) (escala 2,5:1). ...	227

Figura 130. Sextante uncial reducido de estilo ausetano del grupo I de ilduro . 150-125 a. C. (antigua colección HSA; escala 2,5:1).	228
Figura 131. Sextante uncial reducido del grupo II de ilduro . 150-125 a. C. (antigua colección HSA; escala 2,5:1).....	229
Figura 132. Cuartos de ilduro . a. Grupo III. 125-100 a.C. (AV); b. Grupo V. 90/80-72 a. C. (MCM) (escala 2:1).....	230
Figura 133. Fotografía y reconstrucción en 3D de la cabeza de jabalí hallada en Cabrera de Mar (fotografía de A. Martín. 3D A. Biosca; montaje del autor).	233
Figura 134. Símbolos utilizados por la ceca de ilduro : a. Jabalí; b. Delfín; c. Signo ibérico to/do ; d. Oreja.	235
Figura 135. Histograma de los pesos de los ases unciales reducidos de ilduro (grupos I.1 y II.1).	239
Figura 136. Semis uncial reducido del grupo II.2 de ilduro . 150-125 a. C. (DMCB) (escala 2:1).....	240
Figura 137. Triente uncial reducido del grupo II.3 de ilduro . 150-125 a. C. (DMCB).	241
Figura 138. Sextante uncial reducido del grupo II.4 de ilduro . 150-125 a. C. (DMCB) (escala 2:1).	241
Figura 139. Histograma de los pesos de las unidades del grupo III.1 de ilduro . .	243
Figura 140. Histograma de los pesos de las unidades del grupo IV.1 de ilduro ...	243
Figura 141. Mitad del grupo III.2 de ilduro . 125-100 a. C. (AV) (escala 2,5:1)..	244
Figura 142. Tercio del grupo III.3 (cat. 1-3) de ilduro (arriba) (AV). Cuarto del grupo III.4 de ilduro (abajo) (CC) (escala 1,5:1).....	245
Figura 143. Histograma de los pesos de las unidades del grupo V.1 de ilduro	249
Figura 144. Cuños de anverso del grupo V.1 de ilduro en los que se aprecia el exceso de metal y el diámetro real del cuño. 90/80-72 a. C. (CB/CT).....	250
Figura 145. Histograma de los pesos de los cuartos del grupo V.2 de ilduro	250
Figura 146. Cuarto del grupo V.2 de la ceca de ilduro (CC) 90/80-72 a. C. (escala 2:1).....	251
Figura 147. Gráfica que representa la desviación típica de los distintos grupos de ilduro	252
Figura 148. Diagrama de cajas con los pesos de los diferentes grupos de ilduro . Dichas cajas reúnen al 50 % de los pesos, y el punto medio de las mismas representa a la mediana. Los extremos de las líneas verticales son los percentiles 10 y 90.	252
Figura 149. Pesos de las monedas presentes en el hallazgo de Balsareny. En rojo, las de patrón de 10-12 g; en naranja, las de patrón uncial reducido (17-23 g)...	255

Figura 150. Distribución por pesos de las unidades de bronce acuñadas en Hispania durante los siglos III-I a. C. según datos del <i>CNH</i> . Gozálbres 2012: fig. 2.....	256
Figura 151. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del grupo III.1 de ilduro	261
Figura 152. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del grupo IV.1 de ilduro	263
Figura 153. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del tipo <i>CNH</i> 5 de laiesken	266
Figura 154. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del tipo <i>CNH</i> 9, 14 y 16 de lauro	266
Figura 155. Porcentajes de cobre (Cu), plomo (Pb) y estaño (Sn) en las monedas del tipo <i>CNH</i> 8 de ausésken	267
Figura 156. Porcentajes de cobre (Cu) del total de las monedas analizadas.....	269
Figura 157. Porcentajes de plomo (Pb) del total de las monedas analizadas.	269
Figura 158. Porcentajes de estaño (Sn) del total de las monedas analizadas.	270
Figura 159. Porcentajes de níquel (Ni) del total de las monedas analizadas.....	270
Figura 160. Porcentajes de hierro (Fe) del total de las monedas analizadas.....	271
Figura 161. Porcentajes de cobalto (Co) del total de las monedas analizadas.	271
Figura 162. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas de los grupos I.1 y II.1 de ilduro	273
Figura 163. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo III.1 de ilduro	274
Figura 164. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo IV.1 de ilduro	274
Figura 165. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo V.1 de ilduro	275
Figura 166. Histograma que refleja la posición de los cuños de las monedas del grupo V.2 de ilduro	276
Figura 167. Distribución del total de monedas estudiadas según el grupo de acuñación al que pertenecen.	281
Figura 168. Distribución del total de monedas estudiadas según el período de acuñación de la ceca al que pertenecen.	282
Figura 169. Estimación del número de cuños de anverso utilizados en la fabricación de las diversas denominaciones de ilduro que siguen el patrón ibérico o local (períodos II y III).	290
Figura 170. Estimación del número de cuños de anverso utilizados por la ceca de ilduro a lo largo de los períodos II y III.	291

Figura 171. Repartición de los cuños de anverso utilizados por la ceca de ilduro a lo largo del período II.....	294
Figura 172. Distribución de los cuños de anverso utilizados por la ceca de ilduro a lo largo del período III.	295
Figura 173. Número de cuños de anverso (en bronce) estimados para las emisiones de ilduro y de otras cecas del NE peninsular según datos extraídos de la obra de Ripollès 2007: 85, fig. 63.	297
Figura 174. Ejemplares de los grupos I y II de ilduro recuperados en la UE 1021 de Can Masriera; a. Unidad uncial reducida grupo II (DMCB); b. Semis uncial reducido del grupo I (DMCB); c. Sextante uncial reducido del grupo I (DMCB) (escala 1,5:1).	306
Figura 175. Valores pertenecientes a la primera fase de producción del grupo III de ilduro ; a. Unidad (DMCB); b. Mitad (AV); c. Tercio (AV); d. Cuarto (CC) (escala 1,5:1).	317
Figura 176. Valores pertenecientes a la segunda fase de producción del grupo III de ilduro ; a. Unidad (CP); b. Tercio (CM) (escala 1,5:1).	319
Figura 177. Diferentes estilos mostrados en las dos fases del grupo IV de ilduro ; a. Unidad fase I (DMCB); b. Unidad fase II (DMCB).	319
Figura 178. Diferentes valores emitidos por el grupo V de ilduro ; a. Unidad (GNC); b. Cuarto II (GNC) (escala 1,5: 1).	321
Figura 179. Localización de los atesoramientos con moneda de ilduro	328
Figura 180. Localización de los hallazgos aislados conocidos del taller de ilduro fuera de Cataluña.	334
Figura 181. Localización de los hallazgos aislados conocidos del taller de ilduro en Cataluña.....	334
Figura 182. Localización de los hallazgos de monedas de ilduro correspondientes al período I de emisión de la ceca (hallazgos aislados en naranja; en azul, los procedentes de ocultaciones).	336
Figura 183. Localización de los hallazgos de monedas de ilduro correspondientes al período II de emisión de la ceca recuperados fuera de Cataluña (hallazgos aislados en naranja y procedentes de ocultaciones en azul).	338
Figura 184. Localización de los hallazgos de monedas de ilduro correspondientes al período II de emisión de la ceca recuperados en Cataluña (hallazgos aislados en naranja y procedentes de ocultaciones en azul).....	338
Figura 185. Localización de los hallazgos de monedas de ilduro correspondientes a los períodos II y III de emisión de la ceca recuperados fuera de Cataluña (hallazgos aislados en naranja y procedentes de ocultaciones en azul).	340

Figura 186. Localización de los hallazgos de monedas de ilduro correspondientes a los períodos II y III de emisión de la ceca recuperados en Cataluña.....	341
Figura 187. Municipios con una mayor concentración de moneda layetana en relación con los posibles itinerarios de la Vía Hercúlea (naranja) y la Vía de Manio Sergio (amarillo).	344
Figura 188. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo I.1	355
Figura 189. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo I.2.	357
Figura 190. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.1	357
Figura 191. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.2.	358
Figura 192. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.3.	359
Figura 193. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo II.4	360
Figura 194. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.1. ...	364
Figura 195. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.2. ...	368
Figura 196. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.3. ...	370
Figura 197. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo III.4	370
Figura 198. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo IV.1	372
Figura 199. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo V.1.....	378
Figura 200. Secuencia de enlace de los cuños de las monedas del grupo V.2.....	387
Figura 201. Mapa con los tesoros correspondientes al 218 a. C. e inicios del siglo II a. C. según Campo 2011: fig. 7.....	427
Figura 202. Planta del asentamiento de Turó de Ca n'Oliver (Cerdanyola, Barcelona) durante su última fase de ocupación (200-50 a. C.) según Francés et al. 2005...	430
Figura 203. Detalle de los <i>oppida</i> layteanos de la Sierra Litoral. Los <i>oppida</i> que fueron abandonados a inicios del siglo II a. C. se marcan en rojo. En verde, aquellos que tuvieron continuidad.....	432
Figura 204. Dracma de <i>Emporion</i> . Finales del siglo III a. C. (MNAC/GNC) (escala 2:1).....	433
Figura 205. Dracma ibérica de orose . Finales del siglo III a. C. (MNAC/GNC) (escala 2:1).	433
Figura 206. Primer tramo de la vía que uniría <i>Gerunda</i> con <i>Auso</i> según Soto (no publicado): 199, fig. 136.	450
Figura 207. Segundo tramo de la vía que uniría <i>Gerunda</i> con <i>Auso</i> según Soto (no publicado): 200, fig. 138.	451
Figura 208. Mapa interpolado con la accesibilidad del territorio catalán en dos fases. En naranja (primera fase), los asentamientos de «tipo itálico» (125-75 a. C.); en amarillo (segunda fase), las fundaciones del primer cuarto del siglo I a. C. Mapa según Soto (no publicado): 443, fig. 288 y adaptado por el autor de este trabajo.	453

Figura 209. Planta del yacimiento de El Camp de les Lloses según Ñaco y Principal 2012: fig. 2.	454
Figura 210. Fotografía aérea del yacimiento de Can Tacó.....	454
Figura 211. Planta sector 1 del yacimiento de Puig Castellar según Pera <i>et al.</i> 2014: fig. 6.....	455
Figura 212. Planta del yacimiento de Monteró según Belarte <i>et al.</i> 2010: fig. 4. .	456
Figura 213. Mitad de undikesken , segunda mitad del siglo II a. C. (MNAC/GNC) (escala 1,5:1).	465
Figura 214. Planta del yacimiento de Can Rosell según Arqueociència SCP.	466
Figura 215. Planta del horno perteneciente al centro productor de Ca l'Arnau (según A. Martín).	472
Figura 216. Ánforas Dressel 1 Citerior procedentes del vertedero de Can Pau Ferrer (dibujos de A. Martín, lámina montada por el autor).	473
Figura 217. Propuesta de los límites y distribución en retícula de la ciudad de <i>Iluro</i> según Cerda <i>et al.</i> 1994.	477
Figura 218. Planta de uno de los tramos del <i>cardo maximus</i> de <i>Iluro</i> según García (no publicado): 250, fig. 68.	478
Figura 219. Planta de la fuente levantada en el <i>cardo maximus</i> de la ciudad de <i>Iluro</i> según García (no publicado): 201, fig. 44.	479
Figura 220. Planta de las estructuras que conforman el posible <i>macellum</i> de la ciudad de <i>Iluro</i> en la época republicana según García (no publicado): 465, fig. 200.	481
Figura 221. Reconstrucción del mosaico de los delfines perteneciente a la <i>domus</i> de la Plaça Gran según García (no publicado): 210, fig. 47.....	482
Figura 222. Mapa interpolado con la accesibilidad del territorio catalán en dos fases. En naranja (primera fase), los asentamientos de «tipo itálico» (125-75 a. C.); en amarillo (segunda fase), las fundaciones del primer cuarto del siglo I a. C. Los cuadrados rojos indican aquellos lugares donde un asentamiento de «tipo itálico» pudo ser sustituido por una ciudad fundada <i>ex novo</i> en la fase posterior. Mapa según Soto (no publicado): 443, fig. 288 y adaptado por el autor de este trabajo.	486

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Características principales del equipo utilizado.	33
Tabla 2. Límite de detección del instrumental utilizado en los análisis.....	33
Tabla 3. Origen de los fragmentos de ánfora estudiados recuperados en el asentamiento tardo-republicano de Cabrera de Mar. Sinner y Stannard (en prensa).	117
Tabla 4. Grafitos sobre cerámica importada procedentes del valle de Cabrera de Mar.....	119
Tabla 5. Procedencia y número de monedas recuperadas en el valle de Cabrera de Mar (Sinner y Martí 2012: 58, tabla 1).	127
Tabla 6. Comparación por cecas con una presencia superior al 5 % del total en alguno de los dos yacimientos comparados (Sinner y Martí 2012: 562, tabla 3)..	130
Tabla 7. Presencia de moneda layetana en ambos yacimientos arqueológicos (Sinner y Martí 2012: 562, tabla 4).	130
Tabla 8. Circulación monetaria en el valle durante el último cuarto del siglo II a. C. (Sinner y Martí 2012: 64, tabla 6).	134
Tabla 9. Circulación monetaria en el valle durante el primer cuarto del siglo I a. C (Sinner y Martí 2012: 66, tabla 7).	135
Tabla 10. Monedas recuperadas por períodos y yacimientos (Sinner y Martí 2012: 68, tabla 9).	136
Tabla 11. Circulación monetaria en el valle durante el primer cuarto del siglo I a. C. (Sinner y Martí 2012: 66, tabla 7).	137
Tabla 12. Cuadro con los principales avances y preocupaciones que condicionaron los estudios numismáticos entre los siglos XVI y mediados del XIX.	149
Tabla 13. Ordenación de las emisiones de ilduro según Zóbel (1880 tomo II: 222-235).	166
Tabla 14. Ordenación de la producción de ilduro según Pujol i Camps (1887: 204-208).	168
Tabla 15. Clasificación de las monedas de ilduro según Vives y Escudero (1926: 44-47).	173

Tabla 16. Cuadro de las monedas de ilduro pertenecientes al grupo uncial del jinete ibérico según Gil Farrés (1966: 148).	176
Tabla 17. Cuadro de las monedas de ilduro pertenecientes a la serie primera del jinete ibérico. Gil Farrés 1966: 211.	176
Tabla 18. Ordenación de la producción de ilduro . Untermann 1975: 189.	179
Tabla 19. Ordenación de la producción de ilduro . Villaronga 1994: 192-194.....	181
Tabla 20. Leyendas conocidas para la ceca de ilduro	210
Tabla 21. Metrología de las monedas de ilduro	251
Tabla 22. Análisis metalográficos de monedas del grupo III.1 de ilduro realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).....	260
Tabla 23. Análisis metalográficos de monedas del grupo IV.1 de ilduro realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).....	260
Tabla 24. Análisis metalográficos de una moneda del grupo V.1 de ilduro realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).....	261
Tabla 25. Inventario de los elementos metálicos presentes en la UE 2007 de Can Mateu.	263
Tabla 26. Análisis metalográficos de monedas de lauro , laiesken y aušesken realizados mediante fluorescencia de rayos X (ED-XRF).....	265
Tabla 27. Estimación del número original de cuños de anverso y reverso de las monedas del grupo III de ilduro	286
Tabla 28. Estimación del número original de cuños de anverso y reverso de las monedas del grupo IV de ilduro	287
Tabla 29. Estimación del número original de cuños de de las monedas del grupo V de ilduro	289
Tabla 30. Resumen de las estimaciones sobre el número de cuños originales de anverso y reverso utilizados por la ceca de ilduro	298
Tabla 31. Ejemplares conocidos de las emisiones iniciales de la ceca de ilduro procedentes de excavaciones arqueológicas.	305
Tabla 32. Ejemplares pertenecientes al período II de la ceca de ilduro procedentes de excavaciones arqueológicas.	310
Tabla 33. Ejemplares pertenecientes al período III de la ceca de ilduro procedentes de excavaciones arqueológicas.	312
Tabla 34. Ordenación de la producción de los grupos I y II de ilduro	313
Tabla 35. Síntesis del período I de ilduro (grupos I-II).	314
Tabla 36. Ordenación de la producción de los grupos III y IV de ilduro	316
Tabla 37. Síntesis del período II de ilduro (grupos III-IV).	320
Tabla 38. Ordenación de la producción del grupo V de ilduro	321
Tabla 39. Síntesis del período III de ilduro (grupo V).	322

Tabla 40. Composición del hallazgo de Balsareny según Villaronga 1961, y Llorens y Ripollés 1998: 67, fig. 6.	325
Tabla 41. Composición del hallazgo de Cànoves según Estrada y Villaronga 1967, y Llorens y Ripollès 1998: 71, fig. 8.	326
Tabla 42. Composición del lote I de Azaila según Romagosa 1971: 73.....	329
Tabla 43. Composición de la ocultación de la calle Lladó (Badalona) según Gurt y Padrós 1993: 32-34.....	331